

+ 1371335

2. 720207 93

John ...



Yo soy Satan , que vengo
Del bátraro profundo ;
Yo soy EL DIABLO MUNDO ;
Inclinate ante mi.

(El Diablo Mundo, Segunda parte.)

EL DIABLO MUNDO.

CONTINUACION Y CONCLUSION DEL POEMA

R. 26.410

DE

DON JOSÉ DE ESPRONCEDA,

POR

DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.—1871.

LEZCANO y ROLDAN, editor propietario.

EL DIABLO MUNDO.

CONTINUACION Y CONCLUSION DE LA FORMA

CON JOSE DE ESPRONCEDA

por

ALBORNOS

DE

La propiedad de esta obra y la de sus dibujos y grabados pertenece á D. José María de Lezcano y Roldán, y todo ejemplar que no lleve las contraseñas que se han adoptado, se considerará como furtivo para los efectos de la ley, protectora de los derechos de propiedad.

SEGUNDA EDICION



MADRID.—1871

Propietario

Imprenta de J. M. Ducazal, plaza de Prim, 6.

EL EDITOR AL PÚBLICO.

Al ofrecer al público la edicion segunda de este libro, cuyos ejemplares de la primera hubo necesidad de aumentar en su día en número considerable, no entra en nuestro ánimo el extendernos en largas consideraciones para hacer apreciar su mérito literario. Son tantas las bellezas de primer orden que campean en sus páginas, tan profundos y delicados los pensamientos que ellas contienen, tan ricas y abundantes sus imágenes y descripciones, y tan fácil, sonora y castiza su versificacion, que desde luégo bastarian por sí solas para colocar dignamente al que las ha escrito en el primer grupo de nuestros más distinguidos poetas.

La empresa, si hemos de decir verdad, era bastante árdua. La conclusion de EL DIABLO MUNDO parecia en extremo problemática, puesto que nadie, ó á lo más muy pocas personas, habian podido darse cuenta del pensamiento que guiara la pluma de D. José de Espronceda. El Sr. Carrillo de Albornoz, como él mismo indica en las notas adicionales que ha querido dejar intactas en esta segunda edicion, se propuso continuar la obra de aquel célebre literato *con materiales suyos propios*, y al hacerlo así, con el más distinguido acierto, ha visto premiados sus afanes y compensadas sus vigiliass (de las que fuimos testigos), con unánimes elogios por parte de la prensa y con el favor del público, que, Dios mediante, esperamos vaya cada vez en aumento.

Tal vez la excesiva modestia del Sr. Carrillo, cuya delicadeza no quisiéramos ofender al dedicarle estas líneas, pudo ser un verdadero obstáculo para el éxito que al fin alcanzó su obra; tal vez esa misma modestia pudo perjudicarle y dar ocasion á que alguna orgullosa notabilidad olimpica, ó alguna nulidad envidiosa, hubieran podido mostrarle cierto despego. La prudente desconfianza de sí mismo, que debiera ser prenda inherente y atributo esencial de todo hombre de talento, suele ser muchas veces la peor carta de recomendacion para alcanzar gloria y utilidad. Por fortuna, el trabajo, la honradez y el ingenio hallan casi siempre su estímulo y recompensa; porque la generalidad de los hombres, la gran masa del público, único juez tan severo como inapelable en estas materias, conservan en toda ocasion un fondo de justicia que nadie puede contrarestar, ni ménos destruir.

Por estas razones, nosotros que de editores á medias hemos pasado á ser propietarios exclusivos de esta obra, y que sabemos los grandes elogios que á la misma han tributado muchisimas personas respetables por su posicion y elevado criterio, nos lisonjamos de que no ha de ser la presente edicion la última que demos á luz. La continuacion de EL DIABLO MUNDO, escrita por D. Maximino Carrillo de Albornoz, merece muy bien ser conocida de todos los amantes de la gaya ciencia, y debe ocupar desde luégo, segun nuestra humilde opinion y la de las distinguidas personas á que nos hemos referido, un puesto preferente en las librerías y en los gabinetes de estudio de cuantos se dediquen á leer y escribir versos castellanos.

Madrid: 1874.

Lezcano y Roldán.

Al ofrecer al público la edición segunda de este libro, cuyos ejemplares de la primera hubo necesidad de aumentar en su día en número considerable, no entra en nuestro ánimo el extenderlos en largas consideraciones para hacer presente su mérito literario. Son tantas las bellezas de primer orden que campan en sus páginas, tan profundos y dulces los pensamientos que ellas contienen, tan ricas y abundantes sus imágenes y descripciones, y tan fácil, segura y castiza su verificación, que desde luego bastaría por sí sola para adorar dignamente a que las ha escrito en el primer grupo de nuestros más distinguidos poetas.

La empresa, en tanto de decir verdad, era bastante árdua. La comisión de E. C. D. no sólo no paró en extremo profanamente, puesto que nadie ó á lo más muy pocas personas, habian podido darse cuenta del pensamiento que entra en la plan de D. José de Espinosa. El Sr. Carrillo de Albornoz, como él mismo indica en las notas que cronológicas que ha querido dejar insertas en esta segunda edición, se propuso continuar la obra de aquel coloso literario con necesarias y otras mejoras, y al hacer así, con el mismo diligente acierto, las vastas promesas sus libros y composiciones sus rigurosas (de las que últimos testigos) con algunas claves por parte de la prensa y con el favor del público, que Dios permite, consiguiera para cada vez un aumento.

En vez de exornar modestamente el libro, cuya belleza no quisieramos olvidar al dedicar este trabajo, como se ha verificado, para el efecto que al fin se deseaba, se ocupó en vez de en una modesta y útil prefación, y de un índice de que se componen hoy una hermosa colección, y de una agradable dedicatoria hecha en el mismo lenguaje. La prefación, que debiera ser breve, instructiva y sencilla, como el trabajo de talante, se ha hecho larga y abultada. Por fortuna, la honestidad y el decoro hallan castigados en esta obra y recomendar por el interés de los lectores, la gran obra del público, que se ha en su día en un libro que en estas épocas, consisten en esta obra, no sólo de justicia, pero también de equidad, ni pueden destruir.

Por estas razones, nosotros que de editores á muchos hemos pasado á ser propietarios de esta obra, y que sabemos las grandes cosas que á la misma han tributado muchos y personas respetables por su posición y de alto mérito, nos habíamos propuesto no dar la ser la continuación de ellas, que hemos á la E. C. D. continuación de la obra de D. José de Espinosa, que el Sr. Carrillo de Albornoz, merece muy bien ser conocida de todos los amantes de la gran obra, y debe ocupar desde luego, según nuestra humilde opinión y la de las distinguidas personas á que nos hemos referido, un puesto preeminente en la literatura y en los galantes de estudio de quienes se dedican á leer y escribir versos castellanos.

Madrid: 1871.

EL DIABLO MUNDO.

SEGUNDA PARTE.

.....Vi todo lo que se hace debajo del sol, y
hé aquí todo es vanidad y aflicción de espíritu.
.....¿Qué provecho sacará el hombre de su
trabajo y de la aflicción de espíritu con que es ator-
mentado debajo del sol?

Todos sus días llenos están de dolores y miserias.

(El Eclesiastes.)

LIBRO PRIMERO.

CANTO I.

Dedicado á la memoria de D. José de Espronceda (1).

Hondo gemido en derredor acaso
En este instante pavoroso zumba,
Mientras que yo, con vacilante paso,
En busca me dirijo de una tumba.
Tibia la luz del sol baña el ocaso;
El viento en sus cavernas se derrumba,
Y el hondo valle, imágen del olvido,
Queda en silencio y soledad sumido.

No hay rumores, no hay luz; inquieto en vano
Ver tras la niebla el horizonte ansio;
Solo el símbolo hermoso del cristiano,
Descubro en medio del camino mio.
Acudo, llego; mi atrevida mano
De un sáuce aparta el pabellon sombrío,
Y mis ojos atónitos ofuscan
Los mismos cuadros que mis ojos buscan.

Ya del cielo hasta el monte, que su cumbre
Levanta enhiesta en orgulloso alarde,
Un mar parece que de viva lumbre

Sin consumirse esplendoroso arde.
Ya con fiera congoja y pesadumbre
Miro, y con ojo y corazón cobarde,
Sombras vagas, que tristes, misteriosas,
A mi lado desfilan silenciosas.

Y el monte desaparece; brota el suelo
Vapores mil; la tempestad avanza
Y la nube que enluta el ancho cielo
Cubre al sol moribundo en lontananza.
Rómpele al cabo el palpitante velo
Con la cárdena luz que el rayo lanza
Y el viento vá las nubes azotando
Con los truenos que lejos van rodando.

Y la niebla se trueca en vaporosas
Nítidas gasas, y se eleva ufana,
Formando mil figuras caprichosas
De nácar, oro y encendida grana.
Y me figuro que con frescas rosas
Bajo mis pies el suelo se engalana,
Entretanto que al pie de la arboleda
El sepulcro descubre de ESPRONCEDA.

(1) Véase la primera de las notas que van al final de la obra.

No es un sueño; su nombre allí grabado
Está en el mármol que sus restos guarda;
Y entre el polvo hay un libro sepultado
Que há mucho tiempo su final aguarda.
Y hay también un laud que está callado.
Espera un vate; mas el vate tarda....
¡Oh! permitid que el corazón se inflame
Y de este modo en mi delirio esclame:

¡Génios divinos! ¡dadme vuestro aliento!
Dejad que pulse la vibrante lira;
Dejad que espese con sonoro acento
La osada idea que á mi mente inspira.
Quiero seguir el rumbo turbulento
De este mundo de farsa y de mentira,
Que así se agita en infernal pelea
Como en sus ejes rápido voltea.

De Espronceda seguir quiero atrevido
Las huellas que trazó en su DIABLO MUNDO;
Quiero anudar el hilo interrumpido
Aunque es árduo el proyecto en que me fundo.
Si el plectro es rudo, y tardo y dolorido,
Y el ingenio incapaz, pobre, infecundo,
Que el mundo me castigue porque intento
A un cadáver robar el pensamiento.

¡Espronceda!.... Con ánimo impaciente
Buscaba el sol de espléndida ventura
Que el hombre forja en su delirio ardiente
Mientras su frágil existencia dura.
Y al ver la pobre humanidad doliente
Siempre vagando por la noche oscura
Del porvenir incierto, al hombre mira
Y por su suerte con afán suspira.



Y ora débil, cobarde, amilanado;
Ora lleno de pena y sinsabores;
Ora inquieto, bullente, entusiasmado;
Ora feliz y respirando amores;
Ora, en fin, de esperanzas rodeado,
O de horribles tormentos y dolores,
En donde quiera que al mortal retrata
Su mágico pincel nos arrebatá.

.....
Un misterio continuo es la existencia,
Y Espronceda, tal vez con soberano
Esfuerzo, sondear en su impaciencia
Quiso el terrible misterioso arcano.
Y adquiriendo por fin esa experiencia,
Triste blason del infeliz humano,
Bastando audáz el tenebroso velo
Víctima fué de su impaciente anhelo.

Que es la experiencia un páramo sombrío
Donde sólo se albergan desengaños,
Como en el fondo del sepulcro frío
A do nos llevan los cansados años.
Funesta realidad, árido hastío
Que mata para siempre los estraños
Espléndidos proyectos, la quimera
Dorada y rica de la edad primera.

De esa edad de esperanza y de ventura
Y de castos purísimos amores;
De esa edad en que, libres de amargura,
Do quier hallamos aromosas flores;
En que llenos de amor y de ternura
Venimos á este valle de dolores,
Para encontrarnos, al salir de un sueño,
Vano el placer y el bienestar pequeño.

Juguetes ¡ay! de mísero destino
Glorias, triunfos, riquezas codiciamos;
Y en hondo afán y en padecer continuo
Las sonrisas en lágrimas trocamos.
Y el autómatas emprende su camino;
Y corremos, y apenas recordamos
Que escrita su sentencia eternamente,
Tiene la pobre humanidad doliente.

Dios la escribió: Su espíritu flotaba,
Grande, eterno, invisible, poderoso,
Sobre el abismo inmenso que formaba
El insondable caos misterioso.
Espíritu potente que inundaba
Con ráfagas de fuego, el tenebroso
Espacio incomprensible, do mugían
Las aguas que ante Dios se estremecían.

Y su voz y su espíritu dijeron:
«Haya cielos y mundos de alegría;»
Y soles en el aire aparecieron
Con mil mundos de mágica poesía.
Y espíritus angélicos surgieron
Entonando con dulce melodía,
Cantares al Señor que los formaba
Y un emperio magnífico les daba.

Sol y luna y estrellas refulgentes,
Ligeras nubes y anchurosos mares;
Valles y montes, cristalinas fuentes,
Tiernos arbustos, flores á millares;
Peces ligeros, aves diligentes;
Frutos sin cuento, aromas singulares;
Brisas, colores, celestial encanto.....
Todo brotó con el precepto santo.

Y luego Dios, cuyo poder alcanza
Tanto prodigio á realizar, contento
Vió sin duda tan súbita mudanza,
Y dijo al punto con benigno acento:
«A mi imagen y propia semejanza
»Quiero al hombre formar;» y fué al momento
Formado el hombre, porque el hombre fuera
Árbitro y rey de la creación entera.

Árbitro y rey que fementido y vano
Los decretos de Dios puso en olvido;
Árbitro nécio, y torpe soberano
Que, por consejos de Satán movido,
Quiso sondear el misterioso arcano;
Quiso abarcar con ánimo atrevido
La recóndita, eterna y pura ciencia
Que guarda la suprema inteligencia.

Y entonces Dios, desde su inmensa altura,
Castigó la soberbia y la osadía
De aquella pobre, miserable hechura
Que así igualarse al Hacedor quería.
Y vióse débil la infeliz criatura
Vagando triste un día y otro día,
Como frágil barquilla sin piloto
Que empuja el cierzo y que combate el noto.

Y el ángel caído,
Tendiendo sus alas,
Fijó sobre el mundo
Su ardiente mirada
Diciendo para sí:

«Cuanto aquí miro, á mí me pertenece;
Cuanto este mundo ante mi vista ofrece,
Todo ha de ser sin duda para mí.»

Y viendo llegar de lejos
Cien y cien generaciones,
Sociedades diferentes,
Razas diversas de hombres,
Pueblos que nacen y acaban,
Siglos que pasan veloces,
Cien idiomas distintos,
Trages, usos, religiones.....
—«Yo haré, continuó, que sea
Victima de sus errores
Ese mísero mortal
Que en pos de la dicha corre
Y el camino de esa dicha
Siempre nécio desconoce.»

«Yo la duda que destroza,
Y la envidia que corroe,
Y la calumnia que mata,
Y el rencor que nada oye,
Haré brotar en su pecho
Acibarando sus goces,
Para que blasfeme impío
Del cielo con lengua torpe.»

«Yo haré que los celos halle
Cuando busque los amores;
Le daré falsos amigos
Que su corazón destrocen
Tendiéndole astuta mano
Que agudo puñal esconde.»

«Yo le daré sed de gloria,
De riquezas y de honores,
Sin que jamás satisfecho
Con su suerte se conforme,
Porque en su pecho el vacío
Hará que siempre se ahonde
La mano de la implacable
Ambición que su alma absorbe.»

«Yo llenaré sus historias
De crímenes y de horrores,
Para que, al ver su pasado,
De sus crímenes enormes
Se avergüence, renegando
De esa raza vil y torpe
Que en el estado salvaje
De su propia raza come
Y abandona sus hijuelos
Como las bestias feroces (1).»

«Yo encenderé las hogueras
De horribles inquisiciones;
Inventaré los tormentos;
Aliento y vida á los bronce
Prestaré, porque en la guerra
Se destruyan esos hombres,
Mientras se talan sus campos
Y se achicharran sus trojes.»

«Y luego por otras vías
Mi plan seguiré, y los orbes
Se estremecerán, oyendo
Mil y mil confusas voces,
De hipócritas embusteros,
De infames embaucadores,
Que á la muchedumbre halaguen
Fingiéndose sus apóstoles,
En tanto que las cadenas
Para sus hermanos forjen.»

«Hermano que muchas veces
Premie las buenas acciones,
Las virtudes estimule

(1) Esto es demasiado fuerte; pero téngase en cuenta que es el diablo el que habla.

Y socorra al que le implore,
 Insultando á la desgracia;
 Llevando inclemente al borde
 Del abismo, al desdichado
 Que astutos consejos tome,
 O arrojando desdeñoso
 Al rostro del *pobre pobre*
 Una burlona sonrisa
 O un brutal «Dios le perdone.»

«Y en esta lucha incesante,

Entre mendigos y próceres,
 Entre la virtud y el crimen,
 Entre ancianos y entre jóvenes,
 Entre monarcas y pueblos,
 Entre mujeres y hombres;
 Siempre la honradez, esclava
 De viejas preocupaciones,
 Verá entronizarse el vicio,
 Que osado se le antepone,
 Cubriéndose en su impudencia
 De soberbios relumbrones.»



«Y ora se erijan repúblicas,
 Ora tronos se desplomen,
 Ora imperios arruinen
 Modernas revoluciones;
 Que la libertad se anuncie
 Como astro de paz al hombre,
 O que luégo desaparezca
 Entre negros nubarrones,
 Y el despotismo se eleve,
 Y lleven conquistadores,

Tintos en sangre, do quiera
 Sus maldecidos pendones;
 La humanidad, siempre herida,
 Sufrirá penas atreces,
 Buscando la dicha en vano
 En sus locas convulsiones,
 Hasta que ponga la muerte
 Un término á los dolores
 De su cuerpo, y venga su alma
 A mis lóbregas mansiones.»

II.

Así con triste, cavernoso acento
 El enemigo de los hombres dijo;
 Y tendiendo sus alas pavorosas
 Por la región fantástica del viento,
 Que de luto y horror se vió vestida,
 Rebelde al cielo dirigió sus ojos
 Chispeantes de cólera y enojos.
 Surcó el espacio al bátrato bajando,
 Y de entonces acá..... Pero de fijo
 Dirás, caro lector, que soy prolijo,
 Y encogiéndote de uno y otro hombro
 Al mirar mi poética ensalada,
 Llegarás á notar, lleno de asombro,
 Que con tanto decir no he dicho nada,
 Pues es sabido que rencor profundo
 Al diablo inspira nuestro pobre mundo.

Y observarás al par que si Espronceda
 Murió, no es culpa tuya; que leiste
 Su poema; que viste como queda
 Sin acabar; que no le concluiste
 Por la misma razón; que en un abismo
 De ráncias é insensatas reflexiones
 Te introduce; que deje digresiones;
 Que Espronceda murió sin tu permiso
 Y sin el mío, porque Dios lo quiso;
 Y que, aunque sábio era,
 Dicen que fué un tremendo calavera.

Y añadirás también que si el rebelde
 Ángel del mal, fijándose en el mundo,
 Sobre él lanzó su bárbaro anatema
 En su rencor profundo,
 Dios también, bondadoso,
 Las flaquezas del hombre contemplando
 Y haciendo ver su voluntad suprema,
 El espacio anchuroso
 De angélicas virtudes fué llenando,
 Para hacer de esta suerte
 Que invisibles espíritus divinos,
 Mitigando las sombras de la muerte,
 De la vida alumbrasen los caminos.

Todo es verdad, lector, sorbido el seso,
 Turbado, no miraba,
 —Humilde y dócil ya te lo confieso—
 Que en un mar de delirios me engolfaba;
 Y sin querer aparecer profundo
 (Cosa que estuvo lejos de mi mente),
 Debí decirte, lisa y llanamente,
 Que pienso continuar EL DIABLO MUNDO,
 Aunque es mi númen, en verdad, escaso
 Y no se si podré salir del paso.

Pero era fuerza comenzar diciendo,
 Según yo lo comprendo,
 La razón de mi empresa;
 Que aunque á tí no te importe, me interesa
 Un poco, y mas que un poco,
 Puesto que voy á abandonar mi puesto
 Oscuro, y no quisiera que por loco
 Me tomasen, y al par por inmodesto
 Cuando á las musas de Espronceda invoco.

Esto dicho, y pesando tus razones,
 Procuraré enmendarme
 Dejando esas amargas reflexiones
 Que pudieran tal vez perjudicarme.
 Atado al pensamiento
 Que otro inició, por nadie ni por nada
 Debo dejar la obra comenzada
 Del tristemente interrumpido cuento.

Desecho, pues, la duda
 Con que afanos en mi interior batallo.
 Y antes que nadie á convencerme acuda
 Conozco la razón, la siento y callo.

Mas si la vida es sueño
 Y siempre deseamos
 Prolongar con empeño
 Este sueño que vida apellidamos,
 Permite que otro poco
 Soñando permanezca
 Por mas que ya, como indiqué, de loco
 Concepto te merezca.
 Escucha, pues, con calma
 Los íntimos secretos de mi alma.

III.

Hace noches, lector, (y vá de cuento
 Digno en verdad de serte relatado),
 Que leyendo me hallaba en mi aposento
 A la luz de un quinqué medio apagado,
 Cuando en reloj acompasado y lento
 Dieron las doce; y yo, aunque desvelado,
 Cerré el libro en que ávido leía
 Y al cerrarle sentí melancolía.

Escusado es decirte que era aquello
 Un poema que en raro, suave encanto,
 Lo sublime confunde con lo bello
 Como mezcla la risa con el llanto.
 De un talento feráz raudo destello
 Que al llegar nada mas que al sexto canto,
 Entre un yerto cadáver y una vieja
 Apagado á su vez místico se aleja (1).

Y en un piélago inmenso que alborota
 Nuestro incesante afán y ardiente anhelo,
 Entré dudas sin cuento el alma flota
 Como en las ondas frágil barquichuelo.
 Y aquella senda que llevaba ignota
 Remontándose audáz al alto cielo,
 Y el pensamiento que el autor guardaba
 De menos echa quien leyendo estaba (2).

Y solo queda un libro en nuestra mano,
 Y en la mente una historia interrumpida,
 Y en el alma un impulso soberano
 Que á sondar la existencia nos covida;
 Y queda al corazón roedor gusano,
 Y á los ojos la lágrima perdida,
 Y al espíritu inquieto y abatido
 El ansia de acabar lo interrumpido.

Ó tal vez el recuerdo esplendoroso
 De los encantos que pintar solía,
 Cuando en calma feliz un mundo hermoso
 Á nuestra vista presentar sabía,
 Bañado por la luna, en el reposo
 De la noche serena, limpia y fría,
 Ó animado, feliz, rico y bulliente
 Á los rayos de un sol resplandeciente.

Mas sintiéndome al cabo fatigado,
 Sin poder continuar, en mi despecho
 Á mi alcoba me fui, y aun preocupado,
 Medio vestido me arrojé en el lecho.
 Quedé dormido, y luego trasportado

(1) Los que tengan presentes todos los detalles de la parte que escribió Espronceda, recordarán que éste inspirado poeta murió cuando acababa de terminar el canto VI, y que al final de dicho canto quedaba el pobre Adam, protagonista de la obra, al lado de una vieja infeliz que lloraba y maldecía junto al cadáver de su hija.

(2) Véase la segunda de las notas que van al final.

Á otro mundo me ví menos estrecho
Que al mirarlo mi vista fascinaba
Con la pompa y las galas que ostentaba.

Horizontes sin fin, soles radiantes,
(Pues soles son allí lo que aquí estrellas),
Campos de luz, espléndidos cambiantes,
Vistosa alfombra de esmeraldas bellas,
Sutil rocío en gotas de diamantes
Que se fija en las flores, mientras ellas
Ricos aromas al callado viento
Regalan á su vez con dulce aliento.

Pintadas aves, tierna melodía
Que el corazón conmueve y arrebata;
Floresta eterna de enramada umbría
Y arroyos mil de derretida plata.
Y á lo lejos, de rica orfebrería,
Un templo que se ensancha, se dilata,
Y aunque inmóvil, parece toma vuelo
Hasta perderse en la región del cielo.

Templo de augusta, de sin par belleza,
De soberana, osada arquitectura,
Que en vano describirte mi rudeza
Ansiosa de agradarte audaz procura.
Solo diré que reúne á su grandeza
Encanto, majestad, grata hermosura,
Y que es, en fin, por abreviar mi historia,
El templo aquel, el templo de la gloria.

Yo entreteanto solícito contemplo
Todo aquello que juzgo sobrehumano,
Y febril á pisar me atrevo el templo
Sin pensar ¡ay de mí que soy profano.
Realizado por mí tan raro ejemplo,
Dentro me hallé, y en mi delirio insano
Soñaba que mi nombre encontraría...
Y era soñar el ciego que veía.

En lápidas de mármoles bruñidos,
En bronce, jaspes y con letras de oro,
De bardos españoles, esculpidos
Hallé mil nombres; ¡inmortal tesoro!
Vi en ricos pedestales sostenidos
Sus bustos gigantesco; vi el sonoro
Laud allí en sus manos; ví cercadas
Sus sienes de coronas laureadas.

Y lleno de vigor el pensamiento,
Nutrida el alma de entusiasmo ardiente,
Vagando la razón en turbulento
Vértigo ignoto que abrasó mi frente,
Sus sombras evocé, quise un momento
Sentir en mí la chispa refulgente
Con que Dios á los sábios ilumina
Y hace brotar su inspiración divina.

Tal ambición mi mente avasallaba,
Tan alta idea mi ánimo arrogante
Henchido de ilusión atesoraba,
Que feliz me creí llegar triunfante
Al logro de mi afán; y así pensaba,
Cuando envuelto en relámpago brillante,
Que súbito mis ojos deslumbró,
A mi lado Espronceda apareció.

Quedóseme mirándome un momento,
Y luego que calmó la ansiedad mía,
Con voz sonora y reposado acento
Que sarcástico al par me parecía:
—«¡Par diez! me dijo, que estarás contento
Cuando á tanto se atreve tu infancia,
Y tantas son tus ilusiones bellas
Que tú mismo á tí mismo te atropellas.»

«¡Desdichado!... la gloria, cual la entiendes,
Lejos está de tu insensato anhelo;
Pero ¡ay de tí si remontar pretendes
Hacia esa gloria tu atrevido vuelo!
¡Ay de tus alas, si tus alas tienes,
¡fearo loco, á la región del cielo,
Y el sol derrite con su ardor la cera
Y ruedas luego desde la alta esfera!»

«¡La gloria!.. yo la amé; con sus albores
Vino á irradiar en mi altanera frente;
Y al oír alabanzas y loores
Entonaba mi cántico vehementemente.
Pero ese aplauso se trocó en dolores;
Pero esa gloria calcinó mi mente;
Pero ese nombre que cobraba el mío
Llenó mi vida de enojoso hastío.»

«Los ojos que en mis ojos se fijaban;
La atención ó frialdad con que me oían;
Los necios que á los cielos me ensalzaban;
Los sábios que á su vez me reprendían;
Los críticos que acá me ponderaban
Y allá como lebreles me mordían;
Todos á un tiempo, sin hallar remedio,
Vinieron ¡ay! á redoblar mi tedio.»

«Y entretanto, en los bronce, en la historia,
Palpaba yo la vanidad del hombre,
Que al vivo niega con el pan la gloria
Y presta luego adoración á un nombre.
Nombre de aquel, que en miserable escoria
El sepulcro trocó, para que asombre
El raro ejemplo de elevar altares
El hombre al hombre que mató á pesares.»

«Al hombre que, en su patria peregrino,
Es víctima quizá de su talento,
Y que juguete de fatal destino
En vano eleva su plegaria al viento.
Al que solo encontrara en su camino
Indiferencia, envidia ó descontento,
Y en el bogar, el hambre, el luto, el llanto,
Como el célebre manco de Lepanto.

«¡Oh! ¡si esa vida te parece grata,
Si esa es la gloria que pretendes hoy,
Si el porvenir del sabio te arrebató...!
¡Ensancha el corazón! yo te lo doy.
La muerte, que me hurtó á la vida ingrata,
Un libro me robó que á darte voy;
Ponte tu nombre, en la razón me fundo:
Ahí tienes concluido EL DIABLO MUNDO.»

Dijo y huyó; mi vista entusiasmada
El libro recorrió... ¡cuánta belleza!
Allí ví la existencia retratada
Del hombre, sus miserias, su flaqueza;
La grandeza de Dios... Pero turbada
Mí dormida razón, á ver empiezo
Otra luz, otro sol... un nuevo día;
Desperté, se acabó la ilusión mía.

Desde entonces, lector, sentí un vacío
En el alma, por cierto no pequeño;
Luchaba inquieto el pensamiento mío
Por realizar mi afortunado sueño.
Mas ¿cómo hacerlo, si faltaba brio
Á mi escaso talento, y tal empeño
Superior á mi número...?—Con llaneza
Confieso que asaltóme la tristeza.

Pero una vieja, que á mi casa viene
Y me suele contar cuentos diversos,
Y en grande estima, al parecer, me tiene

Segun pondera mis cuitados versos;
Inquiere, indaga, escucha, se previene,
Nota mi duda, advierte mis perversos
Ratos de mal humor, pónese alerta
Y al fin y al cabo, cuanto quiere acierta.

Apenas comprendió mis inquietudes
—«Cobra aliento, me dice entusiasmada;
Escribe, escribe con valor; no dudes;
Tu intencion no es perversa, no es culpada.
Sila gloria anhelaste, ¿á qué la eludes?
Si eludirla no quieres, la jornada
Empieza, porque aquel que está parado
Nunca al término llega deseado.»

«Lo que puedas hacer por la mañana
No lo dejes jamás para la tarde.
Nunca pereza se vistió galana
Ni hizo de rica ostentacion y alarde.
El que es bravo en la lid, las lides gana;
Nada se ha escrito de ningun cobarde;
El hombre muere en paz, cual muere en guerra,
Y el que no pasa el mar, se queda en tierra.»

«Escribe, pues, escribe diligente;

Repito que tu accion no es reprehensible
Y el lector no será tan exigente
Que te vaya á pedir un imposible.
Al que dá lo que tiene ¿qué valiente
Puede exigirle mas si no es posible...?
Si eres otro, ¿qué nécio habrá que pueda
Demandarte que seas Espronceda?»

Dijo y calló; pero infundióme aliento
Conociendo que el critico sabia
Sustituir lo escaso del talento
Con este afan que me sostiene y guia.
Con este fuego que en el alma siento,
Con mi amor á la rica poesia,
Que presta galas al estéril suelo
Y hace que el hombre se remonte al cielo.

Y pues ya, con escasas escepciones,
Espero una benévola acogida,
Y el lector odiará las digresiones,
Mucho mas si no es corta la medida,
Justo es, que atendiendo á sus razones
Y acudiendo á la historia interrumpida
Ponga un punto final en esta octava
Donde este canto-introduccion acaba.

CANTO II.

I.

Despues de una noche de danza y verbena
Madrid un instante desierto quedó;
La voz del sereno lejana resuena
Cantando las horas que marca el reló.

Ó acaso mas lejos, confuso, perdido,
El trémulo paso se llega á escuchar
De algun desdichado mortal desvalido
Que vaga doliente sin casa ni hogar.

Ó ahullar estridente de can callejero,
Ó el sordo mugido del viento que brama;
Ó el hondo suspiro del pobre trapero;
Ó el golpe ruidoso de alguno que llama.

De alguno que vuelve del juego trinando,
Ó acaso del baile dó halló su ilusion,
Y estuvo un instante en su puerta llamando
Y luego el reposo cual todos buscó.

Y queda desiérta la calle sombría;
Y torna en silencio Madrid á quedar;
Se apagan las luces, acértese el dia;
La córte sacude su sueño fugaz.

II.

Poco á poco, perezosa
El alba, suelto el cabello
Rubio, se vá despertando
Los bellos ojos abriendo.

Poco á poco, densas nubes,
Empujadas por el viento
Sutil, en trozos menudos
Vánse pálidas rompiendo.

La luna pierde su brillo,
Rumores vagos, inquietos,
Perdidos en el espacio,
Vienen turbando el silencio.

Y la tierra se estremece
En su amoroso contento;
Y nace la aurora al cabo
Y se coloran los cielos.
Blanca, pura y nacarada
Á Febo vá precediendo
Y las sombras ahuyentando
Mientras la enamora el céfiro.

Tendiendo vá por Oriente
Un manto de terciopelo
Azul, con franjas de plata,
De estrellas bordado el centro;

Y sus álas desplegando
Cruza el espacio de un vuelo
Sobre los campos floridos
Lluvia de perlas vertiendo.

Y la arboleda se agita;
Y sonoros arroyuelos
En trasparentes cristales
La ofrecen límpido espejo.

Las avecillas gozosas
Con sus trinos y gorgeos,
Elevan alegres cantos
Ya que no pueden incensos.

Y feliz naturaleza
Cobra su perdido aliento,
Pues los génius de la noche
Van al fin desapareciendo.

Todo es aroma, frescura,
Dicha, paz, grato sosiego;
Todo mueve á la esperanza
Que alegre brota en el pecho.

Soló el hombre que en la córte

Llegó á vivir algun tiempo,
Dejó ya de enamorarse
De ese crepúsculo bello.
De ese despertar magnífico
De la aurora y de los cielos,
Que indiferentes miramos
Si por acaso lo vemos.

Pero reparo, lectores,

Que os estais de mí riendo,
Por ser rancia mi poesia,
Pastoriles mis recuerdos.

Las horas que aquí pasamos
Las pasamos en el lecho;
Quien trasnocha no madruga,
Y el que madruga es un necio,
O es un hombre cuidadoso
Que debe pasar su tiempo



Madrid al amanecer.—Parte de la Puerta del Sol é Iglesia del Buen Suceso.—(1840.)

Invirtiéndole prudente
En cosas de mas provecho.
Direis que ya se han pasado
De Garcilaso los tiempos,
Y que de idilios y églogas
No es ya siglo el siglo nuestro.
Direis que pintar el mundo
Segun és tan solo debo;
Que le presento dormido

Y quereis verle despierto.
Vivo, animado, confuso,
Vário, bullente y espléndido;
Por el gas iluminado
Que es el sol de los modernos.
Teneis razon ¡ vive Cristo!
Soy un torpe, soy un lerdo,
Y á reanudar voy al punto
El hilo roto del cuento.

III.

Salió, repito, la naciente aurora,
 Que los cielos colora,
 Y á poco un pueblo entero
 Torna á invadir la poblacion desierta.
 Una ventana aqui, y allí una puerta
 Se entreabre; veloz el pasajero
 Corre á ocupar el potrero que le aguarda
 En una diligencia siempre tarda,
 Á la que el nombre en las ciudades vale
 Pues solo de estas diligente sale.

Arranca ya las calles atronando (1)
 Y otros carros circulando;
 Burras de leche por do quier pululan
 Su esquila resonando;
 La mano loca, ufana,
 Del retozon, alegre monaguillo,
 Agita la campana
 Que llama á la primera
 Misa del alba; gente vocinglera
 Ocupa en el mercado
 El puesto señalado
 Donde se espandan las doradas frutas,
 La carne ó el pescado,
 Y aun la verdura, fiera
 Causa eterna de lances y disputas,
 Que ya renombre ha dado
 Á la rica en vocablos verdulera.

¡Tremenda algarabía!
 El fámulo prudente,
 Sisa, invocando á los piadosos cielos,
 Por tomar una copa de aguardiente
 Y unos cuantos buñuelos,
 Con el cual el trabajo no se siente
 Y se quitan del sueño los vapores
 Que impiden murmurar de los señores.

La muchachuela lista
 Citada está con el feliz soldado,
 Que en su hoja de vicios ó servicios
 Piensa añadir, con tan feliz conquista,
 Un timbre señalado,
 Sino mienten indicios muy propicios.

Todo es bulla, ruido, desconcierto,
 Éste corre, aquel vuela, otro se pára;
 Vocea el uno; el otro calla y mira
 Y al notar tanto humor, tanta algazara,
 Tal vez de envidia ó de dolor suspira.

Y en tanto sale el sol, su luz chispea;
 Coches, caballos, forastera gente
 Que con la boca abierta se pasea
 Admirada de ver tanto incidente;
 Las tropas que á sus guardias van llegando,
 Tambor marcial y músicas tocando;
 Las arpas de ambulantes trovadores;
 Los ciegos vocingleros,
 Los perros, el calor, los majaderos
 Tocadores de infaustos organillos;
 El *tin-tin* de ruidosos veloneros (2);
 La arena que pregonan cien chiquillos;
 Los mil ropavejeros;
 La infernal batahola que dá espanto...
 ¡Ah corte de Madrid! ¿quién te desea?
 ¿No es mejor despertar en una aldea?

(1) La accion pasaba en 1840. Hoy salen pocas diligencias de Madrid. El ferro-carril las ha convertido en ómnibus. Es lo mismo.

(2) Los velones han cedido el puesto á los quinqués. El petróleo ha matado la industria de los lijos de Lucena. Estos son los únicos interesados en protestar contra semejante adelanto.

IV.

Un hombrecillo en tanto,
 De facha singular, frente arrugada,
 De estatira ruin, de edad cumplida,
 Envuelto en una capa mal traída,
 Y acaso peor *levada*,
 Presuroso las calles recorria;
 Y aunque el calor en grados acreciera
 Y acaso daba al hombrecillo enojos,
 Lo fijo y cierto era
 Que no ser conocido pretendia
 Pues marchaba embozado hasta los ojos.

No bien al Avapiés hubo llegado
 Paróse en el umbral de cierta casa;
 Duda un instante, mas despues, osado
 Cobrando bríos el zaguan traspasa;
 Y allí al siniestro lado,
 Aunque es su vista por demás escasa,
 Halla una puerta que salvar desea
 Por lo cual suavemente la golpea.

Apenas el ruido
 De sus golpes allá dentro resuena
 Cuando el acento tierno, dolorido,
 De una pobre mujer llena de pena,
 Acento infiel que un gran dolor denuncia:
 —¿Quién es?—al punto con afan pronuncia.

Y una mano impaciente abrió al instante;
 Y una beldad de formas peregrinas,
 Inquieta y anhelante
 En el dintel se presentó llorando
 Un nombre raro rápida invocando.
 —¡Adam!... gritó la hermosa;
 Y el hombre—No es tu Adam, responde ufano;
 Y ella, gimiendo y redoblando en vano
 El llanto que vertia:
 —¡No es mi Adam! ¡no es mi Adam! se repetia.

—No es tu Adam, replicóla el hombrecillo
 Con chocante ademan, dando un meneo
 Que el embozo despiiega de su capa.
 —Sin duda el pajarillo,
 Prosiguió, de la jaula te se escapa
 Y olvidándote se anda de bureo
 De flor en flor saltando...»

Iba á seguir, cuando la hermosa, dando
 Un grito que espesaba su firmeza,
 Se levantó indignada,
 La diestra mano de puñal armada,
 Y el pecho palpitando
 Con sin igual fiera.
 La ira rebosa entre sus labios rojos,
 Sube el carmin á colorar su frente,
 Y en su mirar ardiente
 Rayos fulminan sus brillantes ojos.

—¡Fuera de aquí! gritó con rudo acento;
 Menguado sacerdote (f); ¡fuera! ¡fuera!

(1) Cuando Espronceda sacó á relucir este tipo, puso por nota las palabras siguientes:

«Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará también, como nosotros, de haber hallado en su vida alguno que haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezuquino ente que aquí tratamos de describir.»

Por mi parte debo añadir que no he querido eliminar de mis mal perjeñados cuadros esta antipática figura; sino que mas bien la he destacado con mas fuerte colorido, por razones que hasta el mas tímido lector sabrá apreciar cuando llegue el momento de poder hacerlo.

Ó ¡vive Dios! que si me das tormento
Ni el mismo Adam que en tu favor viniera
Bastara ya á salvarte.

—¿Vas á matarme?—Sí, voy á matarte.

Y cual feroz leona
Que al viento dá sus ásperos rugidos,
Y aguja el diente, y busca jadeando
Sus cachorros queridos,
El hondo valle de pavor llenando;
Así la esbelta jóven,
A quien vimos llorando conmovida,
Ora en su orgullo y en su amor herida,
Levántase mas fiera,
Mas imponente acaso.

Dió el hombre atrás un paso
Al mirar la actitud de la manola,
Y aunque su rostro demudaba el miedo,
Sacando del bolsillo una pistola:
—¡Quieta, Salada! dijola muy quedo.
Juegos de manos, juegos de villanos;
No hay que enfadarse, prenda;
¿A qué tomar el cielo con las manos?
Todo fué broma, basta de contienda.
Si tu Adam te es infiel y te abandona,
Ó si en cambio se está manso cordero
Á tu lado, adorando en tu persona,
Yo no lo sé ni averiguarlo quiero.
Anoche, es la verdad, le vimos triste,
Esquivando tal vez tu pasion tierna,
Cuando, entregada á tu furor, heriste
Á un hombre en la taberna.
Despues maldijo el ocio
En que contigo á su pesar vivia,
Y, pensando en hacer un buen negocio,
Burlóse de tu amor y tu agonía,
Dejando por la nuestra tu compañía,
Si bien parece la aventura estraña.
Alejése de tí, tú te quedaste
Llorando su partida;
Y ahora, que vengo á mitigar tu duelo,
El grito pones en el alto cielo,
Bien poco agradecida;
Lo cual prueba que en locos pareceres
Siempre fuisteis iguales las mujeres.
Por lo demás, á mi nunca me matan
Los ajenos cuidados;
Los celos te arrebatan
Porque ellos fueron siempre arrebatados.
Mas no hay, ¡par diez! que avinagrar el gesto;
Amor te vuelve loca,
Y el amor es un bicho muy molesto
Cuando con celos en el alma toca.
Yo bien conozeo tus sutiles mañas;
Tú las mias, hablemos sin testigos
Como buenos amigos...
Ó te abraso de un tiro las entrañas.»

Dijo el hombre y calló, luego un instante
En silencio quedó la estancia aquella,
Escuchándose solo el anhelante
Respirar de la bella,
Que, no por miedo, por dolor sin duda,
Baja el puñal y permanece muda.

¡Pobre mujer! con intencion impia,
La hoguera de sus celos atizando,
Aquel hombre insultaba su agonía;
Mas ella, sollozando
Y absorta en su pesar, ya no le oia.
Cesaron sus enojos,
Á ser débil tornó, trajo á su mente
La idolatrada imágen de su amante,
Y de sus bellos ojos

Mil lágrimas cayeron lentamente
Eclipsando la luz de su semblante.

V.

Contemplábala en tanto el hombrecillo
Con maligna intencion; en llama impura
Por ella ardió con criminal deseo
Cuando admiró su espléndida hermosura.

Era entonces Salada una manola
Gentil como ella sola;
De génio audaz, incitadora, osada;
Ligera como el viento;
Tan feliz como el ave en la enramada
Y libre como el pez en su elemento.
Coqueta y descarada,
Fué la delicia de su barrio un dia:
Las bellas la envidiaron,
Los hombres con afan la codiciaron,
Mientras ella de todo se reia
Y alegre por do quiera discurría.

Llegó entonces á verla
El hombre aquel de repugnante aspecto,
Y en lúbrica pasion todo encendido,
Miserable y abyecto,
Trató de poseerla
Su edad y condicion dando al olvido.
Ella le oyó, miróle con descoco,
Le arrojó una burlona carejada
Y exclamó:—«Padre cura, usted está loco
Ó ha pensado que es tonta la Salada.
Si se ha de condenar, y eso está escrito,
Con otra se condene á toda prisá;
No ha hecho Dios para usted este palmito...
Y déjeme ya en paz, que voy á misa.»

Desde entonces, el torpe y miserable
Ministro del Señor, que así amenguaba
Su santo ministerio
Y á la Iglesia y al mundo deshonraba,
Sintió su pecho de rencor henchido;
Mas no sacando de su amor partido,
Viendo que en vano suplicar sería,
Se trazó nueva senda, y codicioso
Fijó en el oro su mirada impia.

Una noche, rondando á la Salada,
Vió á un mancebo gentil, que cauteloso
Seguido de un doméstico, á la reja
Se acercó de la jóven; parecia
Hombre de ativo y elegante aspecto,
Y el eriado un lazo disfrazado
Que, humilde y circunspeto,
Iba con él un tanto rezagado.

—¿Quién será? pensó el cura; por su porte
No parece un cualquiera; la Salada
Es la chica mas guapa de la corte,
Y no tendria nada
De estraño, que un señor se enamora
Y el vado con empeño tantease.
Veamos: es preciso conocerle;
Que si es rico y se encuentra enamorado,
Dadivoso será: y á lo que infiero
Bien podré entretenerle
Haciéndole que viva confiado
En un tercero, que será el primero
En trastornar sus planes amrosos,
Y en sacarle el dinero
A trueque de consejos ingeniosos
Que le tengan contento y alejado.»

Dijo: y luego curioso, diligente,
Á la luz de un opaco reverbero

Consiguió verle el rostro; y con sorpresa
 Esclamó de repente
 Una palmada dándose en la frente:
 —Ya le conozco, sí, su estampa es esa.
 Mas ¿cómo aquí se anda
 De esta manera el conde de la Banda?
 Por vida suya y mía
 Que parece imposible
 Haya puesto en olvido á su Lucía.
 Tan ciego parecía
 Cuando con ella le casé, no habiendo
 Otro recurso que triunfar mintiendo.
 Mas ¿por qué así me estraña
 Tal conducta en un noble, aunque de España
 El tal un grande sea
 Cuando esos nobles... ¡ah! mi sangre enciende
 De mis afrentas el recuerdo triste;
 Que á un noble debo el ser, y nobles fueron
 Los que por siempre en la orfandad me hundieron.
 Los que sin ver que vocacion no habia
 En este corazon, petrificado
 Á fuerza de sufrir tantos pesares,
 Al Dios crucificado
 Quisieron que invocara en sus altares.
 Y alejando de mí toda ventura,
 Humillando á mi madre; arrebatao
 Á mi amor aquel ángel inocente,
 Cuya dulce ternura
 Separado me hubiera eternamente
 De la sentina del inmundo vicio,
 Crueles me empujaron
 Al fondo de un horrendo precipicio.
 Y mi fé, mi razon, mis ilusiones,
 Al abismo rodaron;
 Alas di á mi rencor, y mis pasiones
 Indómitas al fin se desataron.
 ¿Hice bien, ó hice mal? ¿Pude al violento
 Huracan de mi loco pensamiento
 Resistencia oponer? ¡Pregunta nécia!
 El mundo me desprecia
 Sin ver que él me empujó... Pues bien, recoja
 De su semilla el fruto; y si un malvado
 Hacer quiso de mí, los dos luchemos;
 Que si al verme, se pasma ó se sonroja,
 El mundo y yo seremos
 Árbol podrido él, yo seca hoja
 Que el aquilon arrastre impetuoso
 Y que, inflamada por el rayo, prenda
 Fuego al monte y los árboles encienda.»

Así diciendo el cura, no advertia
 Que ya la calle estaba silenciosa,
 Solitaria y sombría,
 En tanto que la luz cárdena y triste
 De un relámpago, hendia
 El denso manto de la noche fria.

Después de un breve rato
 De sepulcral silencio y de prolijo
 Afán, llevó de nuevo
 A su rostro la mano helada, y dijo:
 —¡Nécio! ¡nécio de mí! ¿qué estoy hablando?
 Yo solo, yo, impotente,
 Con el mundo luchar? ó estoy soñando,
 Ó la locura se albergó en mi mente.
 ¿Qué imagino? ¿Qué intento? Si yo fuera
 Neron, al mundo en Roma convirtiera.
 Entonces con placer ante mis ojos
 Un mar de viva lumbre
 Viera estenderse inmenso por do quiera.
 Y un gigante flamígero, elevando,
 Desde el valle á la cumbre
 De la montaña, los mechones rojos
 De su ardiente erizada cabellera,
 Fuera el mundo á mi vista aniquilando,

Por saciar mi rencor y mis enojos,
 Aunque el fuego que al mundo hiciera trizas
 Me envolviese en sus cálidas cenizas.
 Mas yo no soy Neron; torpe, menguado,
 Con ánimo cobarde
 Cobré amor á la vida y los placeres;
 Para volver al bien no encuentro el vado;
 Para alzarme y crecer es ya muy tarde.
 ¿Quién soy yo? ¡pobre cura!... tú, ¿quién eres?
 ¿Quién eres? ¡Un malvado!»

Miró luego en redor, cual si temiera
 Que su acento se oyera,
 Y encogiendo sus hombros de repente:
 —Nadie me escucha, dijo, solo estoy;
 Nadie notó que me volví demente
 Y ya es fuerza tornar á ser quien soy.
 Veamos: es preciso
 Andar muy sobreaviso
 Para saber por dó pisando voy;
 Que hay jueces y hay fiscales
 Y verdugos también; no acibaremos
 Los bienes y los males,
 Y á vivir y á gozar lo que nos queda
 De vida por acá; que allá es oscuro
 El porvenir.» Y pronunciando impuro
 Un sacrilego y torpe juramento,
 Así prosigue al cabo de un momento:

—Yo idolatro á Salada;
 Yo quiero que me ame;
 Que su ardiente mirada
 Sobre mi triste corazon derrame.
 ¿Lo podré conseguir? ¿Me será dado
 Que alguna vez me mire compasiva?
 ¿Podré comprar con oro
 Aquel tan codiciado
 Riquísimo tesoro?
 ¡Ay! no lo sé. Salada siempre esquivada
 Y dura se presenta.
 ¿Tendré un rival tal vez? en la violenta
 Llama de amor, su corazon acaso
 Pudo abrasarse como yo me abraso?
 ¿Quién sabe?... Acaso el conde...
 Pero no, no es el conde; si Salada
 Al conde prefiriese,
 Disfrazado á rondarla no vendria,
 Ni ella en el vil tugurio
 En que hasta aquí vivió, residiria.
 Mas ¿cómo, cómo pudo
 Ese conde olvidar á su Lucía?
 Preciso es indagar; yo veré al conde
 Y el misterio sabremos
 Que ante mi vista y mi razon se esconde.
 Siempre es mejor que con cautela obremos.»

Desde la noche aquella
 El cura no dejó ni una tan sola
 De ir á ver á la reja de la bella
 Codiciada manola,
 Si aquel conde rondándola seguía.
 Y una vez y otra vez allí sus ojos
 Vieron al jóven pasear la calle,
 Y hablar con una vieja
 Astuta y redomada
 Que su cuarto tenia
 Contiguo al que habitaba la Salada.

Otra noche con ésta
 Le vió con gran porfia
 Detenerse y hablar lleno de fuego;
 Mas la jóven, por única respuesta,
 Sin escuchar su ruego,
 Con gran desembarazo,

Cual si estuviere por su honor alerta,
 Dió un terrible portazo
 Diciéndole:—Deténgase en mi puerta,
 Que aquí nadie ha de entrar mas que uno solo.»

—¿Si tendrá la manola su manolo?
 Dijo el jóven á aquel que le seguia.
 ¡Oh! si tal fuera, de la estrella mia
 Renegara mil veces
 Del dolor apurando hasta las heces.
 Yo por ella, mi honor teniendo en poco,
 Vine aquí disfrazado;
 Yo por ella mi alcázar he dejado
 Y he venido á rondarla como un loco,

Sin caer en la cuenta
 De que acaso tuviera por afrenta
 El mundo mi pasion; y que con mofa
 Me veria, engolfado en mi locura,
 Ir frenético en pos de esa criatura
 De tan ruin y miserable estofa.
 ¡Oh! vámonos de aquí; lejos huyamos
 Y nunca mas al Avapiés volvamos.

Marcháronse los dos; el cura de ellos
 En pos marchó tambien; y desde entonces
 El jóven no volvió; pero volvía
 El cura, y entablando con Salada
 Y con la vieja plática sabrosa,



Hizose al cabo amigo de la hermosa
 Que feliz como nunca parecia.
 —¿Qué te pasa? por fin la dijo un dia;
 ¿Estás enamorada?
 —¡Oh! si, con alma y vida;
 Contestó prontamente la Salada.
 Estoy de amor herida
 Y soy correspondida.
 —Y ¿quién es el galan que así, tan presto,
 Como á boca de jarro,
 Te dió en el corazon?—El mas bizarro,
 Mas bravo y mas apuesto
 Que la tierra pisó.—Ya tengo gana
 De verle.—¿Si? pues mire usted, padre curiana,

Me pienso que voy pronto á complacerle.
 Mas tenga usted cuidado
 De no venir á importarnos mucho.
 Es en dar *gofetás* Adam muy ducho
 Y pudiera zurrarle la badana,
 O hacerle ir del todo trasquilado,
 Si con bromas se viene aquí por lana.
 Repito que cuidado
 Y vaya usted con Dios, y hasta otro dia.»—

Sintió el cura que ardiente renacia
 El no estinguído fuego
 Allá en su pecho; y con placer hubiera
 Matado á su rival si allí le viera.

En su delirio ciego:

—¡Adam! ¡Adam! con furia repetía;
¿Quién es ese mortal que nunca he visto
En casa de Salada,
Ni en la taberna, ni en garito alguno?
¿Quién será, ¡vive Cristo!
Ese ¡ay de mí! mancebo afortunado,
Rival aborrecido
Cuyo nombre jamás llegó á mi oído?
¿Será posible que ni el conde pueda
Lograr que al cabo la manola ceda
Vencida por el brillo de su cuna,
Y que aquel ignorado
Galan, aquí á su lado
Goce del bien que tanto apetece
Los que el oro y la dicha la ofrecemos?
¡Dicha!... no, no; la dicha no es el oro;
Que si él la dicha diera,
Tambien yo alguna vez dichoso fuera
En brazos ¡ay! de la mujer que adoro.»

Diciendo así el mal cura
Vió salir á la jóven á la calle
Luciendo el breve pié y el lindo talle
Con tentadora y lúbrica apostura.
Contenta estaba y como nunca bella;
El cura con ardor siguió su huella
Celoso; la vió ufana
Cruzar la córte; y luego en derechura
Dirigirse á la cárcel de la villa,
Y acercarse veloz á una ventana
Donde la espera un hombre en cuyos ojos
La luz de amor abrasadora brilla.

Lleno el cura de afán, llenó de enojos,
—¡Torpe de mí! exclamó; yo no pensaba
Que en la cárcel Salada encontraría,
Cuando á ver al tío Lucas se acercaba,
Ese amador que tanto ponderaba.
Y á decir la verdad, su bizarría
Bien en el rostro juvenil ostenta.
¡Qué hermoso es! ¡qué hermosa!
Y ella tambien ¡qué hermosa se presenta!
Parece que el destino, á mi reposo
Y á mi dicha oponiendo eterna valla,
Los hizo para amarse, y hoy se goza
En obligarme á presenciar mi afrenta!
Ya ni aun la duda en mi interior batalla;
Menguado soy en todo
Y al notar que se adoran de ese modo,
De celos ¡ay! mi corazón estalla.»

Y era verdad; en tanto que él sentía
Rebramar en su pecho destrozado
Todo un mar de dolor y de agonía,
En un mundo encantado
De sensaciones plácidas vivía
Salada; y con su amante
Sustentó larga plática sabrosa,
Hasta que al fin á sorprenderla vino
La vaga y misteriosa
Luz espirante de la tarde hermosa.

De su éxtasis divino
La voz del carcelero
Pudo sacarla al fin; mas ella, dando
A su querido Adam su adiós postrero
Hasta el siguiente día,
Le dijo suspirando:
—Adios, mi bien; no olvides que te quiero
Mil veces mas que á la existencia mía;
No olvides que muy pronto tu Salada
Te volverá la libertad amada.»

Tiróle con su mano
Un beso de su boca
Y luego el pié liviano
Movió, corriendo cual si fuese loca;
Tornando atrás la vista
Para mirar al adorado preso,
Que allí quedaba con su ardiente beso,
Y que en cambio, con alma enamorada,
Clavó en ella su vívida mirada,
Que á manera de rápida centella
Cruzó el espacio y reflejóse en ella.

Y el cura, tras la bella,
Ardiendo en ciega ira,
Corrió calles y plazas; y resuelto
A demandar piedad para su loco
Afan, cuando la noche poco á poco
Dejó el mundo en lobreguez envuelto,
Se acercó, suspirando,
Mil frases murmurando,
Que la jóven con calma desdeñosa
Y maligna sonrisa rechazaba,
Pues entonces gozosa
Solo en el preso y en su amor pensaba.

Y así pasaron días
Siendo testigo el cura malhadado
De aquellas conferencias y alegrías,
Hasta que al fin á su rival odiado
En libertad pusieron;
Y sus ojos atónitos pudieron
Admirar mas y mas la gentileza
Y el valor y arrogancia
De aquel mancebo á quien cedió la hermosa
La mitad de su lecho y de su estancia.

La vida misteriosa
Que desde entonces con Adam hiciera,
Mas que nunca feliz y apasionada
La graciosa Salada,
Dió pábulo á la envidia de las gentes
Que, en cien círculos varios,
Con lenguas maldicientes
Hicieron infinitos comentarios.
Y era cosa de ver como las viejas
Curiosas indagaban
La vida de los dos, desentrañando
Circunstancias añejas;
Y como, murmurando
Las mozuellas del barrio, se fijaban
En el traje de Adam, y le observaban
Preguntando quién era;
Mas en tanto que así cuchicheaban,
Cada cual para si tener quisiera
Un amante tan guapo y tan rollizo.

Después el diablo hizo
Que por el barrio de Avapiés corriera
Un rumor, al principio un tanto leve,
Que fué tomando proporcion estraña,
Pues se dijo una cosa que en España
Nadie creerá en el siglo diez y nueve.

Se afirmó que aquel mozo,
Al cual apenas le apuntaba el bozo,
Era un grande estantigua marrullero,
Sexagenario, brujo y hechicero,
Que, enamorado de Salada un día,
Y sabiendo que en vano intentaría
Obtener los amores
Y los dulces favores
De aquella jóven, que tan solo goza
Con ser amada por la gente moza,
Invocando á Merlin y á otros cien magos,
A fuerza de untos y de ciertos tragos

De un elixir famoso
Que él mismo fabricó de buena gana,
Consignió de la noche á la mañana
En un ser convertirse el mas hermoso
De cuantos vió naturaleza humana.

Pié con esto hubo ya para que algunas
Comadres importunas,
De esas rancias jamonas peregrinas
Que suelen emplear la vida entera
Tan solo en atisbar á sus vecinas,
Con aplomo dijera
Que por las noches, con sus propios ojos,
Vagando por la acera
De Salada, un fantasma visto habia
De tan rara fealdad y gesto adusto,
Que al verlo, casi se murió del susto.
Y de aquí deducian
Los nécios que la oian
Que la fantasma aquella
Era el diablo que andaba tras la huella
Del viejo brujo en jóven convertido;
Y como el diablo siempre apercebido
Vive, y no deja de apuntar con calma
Cuando es la fecha de llevarse un alma,
Se creyó que esperaba, hecho un pelmazo
A la puerta de Adam, que cierto plazo
Que al mal viejo impusiera,
Al cabo trascurriera;
Con lo cual la manola se hallaria
Junto á un triste espantajo el mejor día,
En vez de hallarse con aquel amante
Tan bello, vigoroso y arrogante.
Y se dijo, por fin, que ella sabia
Tan diabólica historia; y se afirmaba
Que, llena siempre de mortal recelo,
Velando el sueño de su Adam, lloraba
Pidiendo paz y proteccion al cielo.

Y aquí, caro lector, se me figura
Que charlo sin cordura;
Y estoy mirando á mas de cuatro sábios
Que, frunciendo las lábios,
Encogiendo los hombros
Y arqueando las cejas,
Dirán que es todo relacion de viejas
Que les causa ictericia;
Y algunos, sonriendo con malicia
Por hacer mi destino mas amargo,
Añadirán que el canto es algo largo,
Flojo el lenguaje y falto de lirismo;
Con otras mil y mil observaciones
Prudentes, y atinadas reflexiones,
Que tambien me dirijo yo á mi mismo
En ciertas ocasiones.
Mas es el caso que empeñada tengo
Mi palabra y seguir quiero la historia,
Por lo cual á contarla me prevengo
Apelando al sentido y la memoria.
Y alegre algunas veces,
Triste otras; ya mustio, ya inspirado;
En llano estilo, grave ó reposado,
Procurando afanoso complacerte,
Desearé que mi pluma correr pueda
Con mas ó menos venturosa suerte;
Mas diciendo á mi vez con Espronceda
Que yo tambien á mi placer me ajusto
Y allá van versos donde vá mi gusto.

Por eso aquí suspendo
Las historias del cura y de Salada
Y su rara entrevista.
Mi musa está cansada
Y tambien tú lo estás; ya lo comprendo.
Quédate, pues, con Dios, y hasta la vista;
Que en el canto inmediato
Reanudar te prometo mi relato.

CANTO III.

Prosiguiendo, lector, la interrumpida
Narracion, si es que aliento
Tomaste como yo, y estás contento,
Te diré que la gente entretenida
En todo el barrio de Avapiés estaba,
El caso comentando prodigioso
De aquel viejo, trocado en un instante
En un mancebo hermoso y rozagante,
A quien el mismo Lucifer rondaba
La calle por las noches cuidadoso.

Si el cura fomentaba
Semejantes hablillas
Entre ciertas menguadas gentecillas,
No lo dice la crónica secreta.
Pero es lo mas factible
Que la fantasma horrible
Era un hombre y no un diablo, y que ese hombre
(Del cual seguimos ocultando el nombre
Adoptando la máxima discreta
Que aconseja contar, porque no haya
Disgustos ni quebranto,
Ciertos milagros sin nombrar al santo),
Era el cura y no otro;

El cual, corriendo como ardiente potro,
A impulsos ya de la pasion y el vicio,
Ni aun vislumbrar queria
El hondo precipicio
En que ciego y frenético se hundia.

—No hay que dudar, decia
Cierta mañana á su mansion tornando;
Salada torturando
Debe estar al mocito, el cual parece
Que ya se vá hastiando
En la prision que con su amor le ofrece.
Tanto, nécia, en sus brazos te ha tenido
Que ya del dulce nido
Quiere escapar.... Pues bien, yo haré que sea
Arrastrado por locas ilusiones;
Y que, transido de dolor, se vea
Juguete de sus miserables pasiones.
Yo encenderé en su alma
La sed del oro que tambien me acosa;
Por otras bellas perderá su calma;
Y Salada, la altiva, la orgullosa,
La que me mira con desden y enojos,
Tal vez un día se pondrá de hinojos

A mis plantas... si, si; y entonces, dando
 Rienda suelta por fin á la venganza,
 Cuyo gérmen feroz mi pecho esconde,
 Sino queda cumplida mi esperanza
 Lógrela al cabo el opulente conde.
 Que él por ella tambien loco padece
 Y oro sin cuento por su amor ofrece.»

Desde aquel mismo dia
 El cura fué logrando
 Lo que astuto alcanzar se proponia.
 Sus lábios balbucieron
 Al oido de Adam frases pomposas;
 Pintóle un mundo lleno de placeres
 Y mil voluptuosas
 Seductoras mujeres
 Que en mágicos salones se movian
 Al compás de una música sonora;
 Y torrentes de luz que despedian
 Mil arañas lucientes;
 Y espejos refulgentes;
 Y aroma embriagadora;
 Joyas, flores, un mundo de hermosura
 Y mil mundos de amor y de ventura.

Seducido el mancebo
 Con tan faláz fantástica pintura,
 Picó al fin en el cebo;
 Halló en su pecho la inquietud cabida;
 Juzgó el presente pálido y sombrío;
 Y anhelando volar hácia otra vida
 Sintióse presa de mortal hastío.

En vano la Salada
 De su amor le pintó los dulces lazos;
 En vano enamorada
 Le retuvo feliz entre sus brazos.
 Adam de ellos buyó; floja la rienda
 De su ambicion insana,
 Lanzóse por la senda
 Del crimen, que engalana
 Con bellos atavíos
 Su pérfido y astuto consejero.
 Huyó de su mansion, y triste y sola
 La cuitada manola
 Pasó una noche eterna suspirando,
 Las lentas horas con afán contando.
 Vió la luz de la aurora
 Que indecisa los vidrios de su reja
 Iluminó; y mas tarde
 Melancólicamente
 El sol sobre su frente
 Dejó caer sus tibios resplandores;
 Alumbrose de súbito su estancia
 Testigo de sus plácidos amores;
 Su lecho estaba intacto;
 El silencio en redor solo reinaba
 Y en vano con la vista
 La pobre jóven á su Adam buscaba.

—¡Desdichada de mí! dijo con pena;
 Ni mi amante vendrá, ni yo en mi duelo
 Podré vivir sin verle.
 Ya para mí no hay paz, ya no hay consuelo.»

Así, mientras vertia
 Un copioso raudal de amargo llanto,
 Salada triste con dolor decia;
 Mas de pronto, á pesar de su quebranto,
 Alzó su tersa frente,
 Mostró su rostro hermoso
 Animado y sereno,
 Y su apretado seno
 Magnífico y turgente,
 Palpitó de emoció y gozo henchido.

—¡Él es! ¡mi Adam! gritó cual si despierta
 Las sombras ahuyentase
 De un sueño maldecido;
 Y corriendo feliz hácia la puerta:
 —¡Será mi Adam! esclama;
 Mi Adam sin duda que á la puerta llama.»

Dijo y abrió: ¡cuán presto su alegría
 Volvió á desaparecer! el torpe cura
 Llegó á insultar su amor y su agonía
 Y á redoblar sus celos y amargura.
 Entonces fué, cuando en furor montando,
 Blandió el puñal altiva la manola,
 Y cuando el hombre misero, temblando
 Sacó de su bolsillo una pistola,
 Y pronunció en voz baja
 Breve discurso de malicia lleno
 Que á la Salada en su furor ataja
 Infiltrando en su pecho atroz veneno.
 Cuando trémula, en fin, llena de espanto,
 Cual tórtola viuda
 Que juzga el mundo á su horfandad estrecho,
 Tira el puñal y permanece muda;
 Muda de asombro y cólera y despecho.

Y es que el nombre de Adam, nombre querido
 De su alma enamorada,
 Resonaba en su oido
 Con mágico poder; y fascinada,
 Cual pajarillo por la sierpe odiada,
 Cual potro altivo que tascando el freno
 Al cabo se somete,
 De impotente furor, de rabia lleno,
 Al esperto ginete,
 Así Salada en su mortal quebranto,
 Al cura oyendo sumergiése en llanto.

¡Pobre mujer para el dolor nacida!
 ¡Flor delicada que brotó en la roca
 En medio de una mar embravecida
 Que aniquila y destruye cuanto toca;
 Que iracunda sus olas desatara
 Y al punto de nacer la destrozara!
 ¡Triste es tu sino, tu fortuna poca!

Sus fuerzas se agotaron;
 Trocó en dolor sus ásperos enojos
 Y una vez y otra vez ¡ay! se llenaron
 De lágrimas sus ojos.
 Ya no hay dichas ni encantos para ella;
 Pálida brilla en el cenit su estrella;
 El sol no puede iluminar el día
 Que en su concepto es ya noche sombría.
 Tan solo piensa en el galán querido,
 Piensa en sus horas de ilusión pasada,
 Y de todo olvidada
 Aun su propio dolor pone en olvido.

Cayó el puñal rodando por el suelo
 Y el hombre le guardó; sentóse ella
 Y abismada en su triste desconsuelo
 Dobló la frente y se mostró mas bella.
 Mas bella, mucho mas; porque no hay nada
 Que aumente los encantos de una hermosa
 Como el verla, no altiva y rencorosa,
 Sino tierna y humilde y resignada.

—Escúchame un momento,
 Dijo el cura despues tomando asiento;
 Atiéndeme y no seas
 Tan terca en tus ideas.
 ¿A qué llorar en tu delirio insano
 Si el remedio mejor está en tu mano?
 Escúchame y advierte
 Que soy ya perro viejo;

Que siempre me intereso por tu suerte
Y que es de sábios el tomar consejo.»

Viendo el hombre á la jóven abismada,
Hizo avanzar su silla,
Y cogiendo una mano de Salada:
—Escúchame, chiquilla,
Le dijo; estáme atenta
Y yo te juro que serás dichosa.
Ajusta bien tu cuenta:
La venganza fué siempre muy sabrosa;
Véngate tú de Adam; que tus enojos
Aviven de su amor la muerta llama,
Y ya verás como á tus piés de hinojos
Viene á decirte que tu amor le inflama.
Verás como te ama
Entonces, ya verás...—¡Ay! si así fuera,
Esclamó la manola suspirando,
Yo tus consejos con placer siguiera;
Mas si en su pecho compasion no cabe,
Si no me sigue amando,
¿Cómo he de hacer que por amarme acabe?
Yo le adoré.... ¡jamás á conocerle
Llegara loca un día!
Sentirme ciega, idolatrarle al verle,
¡Todo fué uno por desdicha mía!

—Tienes razon, el cura le contesta;
Sin ese amor que enciende tus entrañas
Y tanto te molesta
Con visiones quiméricas y estrañas,
Sabe el cielo que alfombras pisarias
Y ostentaras feliz sobre tu frente
Diademas de brillantes pedrerías.
Y tu seno turgente,
Tu desnuda garganta,
Tu esbélto talle, cual ninguno airoso,
Tu brevísima planta,
Todo tu cuerpo hermoso—
Gala y joya del suelo
Que te ha visto nacer, entre ropajes
De raso y terciopelo,
Y ricos y magníficos encajes,
Aprisionado vieras
Para ostentar tus formas hechiceras.
Tú la reina serias
De mil soberbias y orgullosas damas;
Mas ya que aquí prefieres
Pasar tus tristes días
Junto al hombre que amas,
Por mas que él sienta con tu amor hastío,
Ten, al menos, presente que el vacío
Del corazón, á veces no lo llena
Una caricia y llénalo un desvío.
¡Qué diablos! tanto amor cansa y dá pena.
Tú le celas, le abrumas;
Tú de sus álas arrancar las plumas
Quisiste, ¡vano intento!
No miraste que el ave cruzar quiere
Por la region del viento
Y que sin álas en su cárcel muere.
Dáte suelta, muchacha;
La perdiz buena es, mas si comemos
Siempre perdiz, al cabo nos empacha.
Basta ya de ridiculos extremos
Y á vivir, prenda mía.»

—¡Vivir! ¡vivir!... ¡Dichoso el que muriendo
El mundo trueca por la tumba fria!
Dichoso tú que mi sufrir horrendo
No comprendes; si tú lo adivinaras,
Si tú mi duelo vieras,
De seguro de mi piedad tuvieras.
¿Por qué? ¿Por qué me pintas esa vida
De placer y ventura

Si no la envidio yo? Yo viviria
Feliz con vida oscura
Viviendo de mi Adam en compañía.
Mas tú no tienes corazón ni entrañas
Y con pinturas mágicas engañas
Al hombre que yo adoro;
Le muestras de delicias un tesoro,
Le seduces, le arrancas de mi lado
Y en vano ¡ay triste! compasion imploro.
¿No fué anoche arrastrado
A su pesar mi Adam idolatrado?
¿No fuiste tú con bárbara porfia...!
¡Oh! si.... ¿te acuerdas? Vuestro plan infame
Le repugnaba; el pobre no queria
Convertirse en ladrón.... yo le rogaba
Y él propicio á mi ruego se mostraba.
Entonces le pintaste á la condesa
Jóven y hermosa; mágicos salones....
¿Qué sé yo cuántas cosas le pintaste!
¡Solo sé que á la senda le lanzaste
Del crimen; sé que sola
He pasado la noche suspirando;
Que le estoy esperando;
Que no viene á buscar á su manola!
Que un instante cerrar pude mis ojos,
De tanto llorar rojos,
Y le ví con los ojos de mi alma
Otra vez en la cárcel; y á la reja
Del húmedo y estrecho calabozo
Donde yo le veía,
Una mujer, hermosa como un cielo,
Hablábale de amor; y el pobre mozo
Sus palabras hipócritas creía.
Y en tanto, me moría
De pena, y en mi bárbaro desvelo
Mis manos alargaba
Por ver si á mi rival matar podia;
Mas ella prolongaba
Mi suplicio, mostrando desdeñosa
Su faz serena, hermosa;
Y vi que de repente,
Para aumentar mi duelo y mi quebranto,
Vistiendo un rico manto
Condal corona colocó en su frente.

—¡Cuánto sufrí en mi horrible desvario!
(Volvió á decir Salada interrumpiendo
Su triste narracion.) ¡Si al dueño mio
Siquiera hubiese hallado
Al despertarme, junto á mi sentado!
¡Pero él no llega, y tú que le llevaste
Vienes á verme, sin decir siquiera
En dónde le dejaste!
¡Oh! ¿por qué callas? ¿Por desdicha el sueño
Que acabo de contar, se ha realizado?
¿Está mi bien, mi dueño,
Nuevamente en la cárcel encerrado?

Era tanta la angustia de Salada
Que el cura, aun siendo poca
La compasion que en realidad sentía,
Llegó á temer que se volviese loca
Y trató de calmar su pena impia.
—Tu amante, dijo, en libertad se encuentra
Aunque no lo merece.
—¿Y en dónde está?—Lo ignoro;
Mas pienso que en tu ausencia no padece
Ni vierte como tú tan triste lloro.
Anoche en el palacio á donde fuimos
Hizo mil necesidades;
Por él en *polvorosa* nos pusimos;
Por él, en fin, se malogró la empresa,
Pues nunca presumimos
Que le hiciese *tulin* una condesa.
—¡Mientes, mientes!—Por mucho que te enfades

Te estoy diciendo la verdad desnuda :
 La opulenta viuda ,
 La condesa de Alcira , en cuya casa
 Nuestra gente se hallaba de visita ,
 Despertó , y la maldita ,
 Al ver la novedad de lo que pasa ,
 Sin duda gritar quiso
 Pues fueron todos á tapar su boca ;
 Mas tu Adam les provoca
 Defendiendo á la dama ; y tal escándalo
 Movieron sus fatales desatinos
 Que diéronse de guarda los vecinos.
 Yo dí la voz de alerta ,
 Mis hombres se alarmaron
 Y al entrar la justicia por la puerta
 Por los balcones ellos se escaparon.
 —¿Tambien mi Adam?—Tambien , yo te lo juro.
 —¡Mientes!—No miento , créeme , Salada :
 El sitio estaba oscuro
 Y Adam con todos se escapó ; turbada

Tu mente está ; deliras , te preocupas
 Con esos sueños ; mas si aquí viniera
 Mi acólito , el buen Pupas ,
 Lo mismo que te digo él te dijera .»

No bien el cura pronunciado habia
 Estas palabras , la entornada puerta
 Un mozuelo entreabrió.—Ven , dijo entonces
 Salada levantándose y corriendo
 Al instante al encuentro del muchacho
 Que al cura le hizo un guiño sonriendo.
 —Explica sin empacho
 Ni rebozo , si Adam preso se halla ,
 Dijo al fin el indigno sacerdote.
 —¿ Me esplico?—Si , á fé mia ,
 Respondió la manola dominando
 Su recóndito afán y su agonía.
 ¿No ves que está saltando
 Mi corazon y de inquietud estalla?
 —Vámos , Pupas , esplicate.—Se halla....



—¿Dónde? ¿Dónde?—¿Lo digo?—Sí , revienta
 Volvió á esclamar el cura que veía
 Cada vez á Salada mas violenta
 Y calmarla algun tanto apetecía.

—Pues , si lo he de decir , gritó el muchacho
 Con acento salvaje y fé dañada ,
 Perdónele Salada
 Y allá vá sin rodeos la noticia.
 Cuando anoche ese guapo á la condesa
 Defendió , malogrando nuestra empresa ,
 Y vino la justicia ,
 Y usted dió el grito , y todos nos salimos
 Por el balcon pidiendo al miedo á las ,
 Adam se entró.... se entró.... varios le vimos ,
 En una casa de mujeres malas .»

Aun no acabado habia
 De pronunciar con sin igual descaro
 Su última frase Pupas , cuando un grito

De dolor infinito
 Lanzó del pecho la infeliz Salada
 Cayendo al suelo exánime y sin vida.
 Y la grana encendida
 De sus mejillas , que á las gayas flores
 De mayo les robaron sus colores ,
 Y el rosicler á la naciente aurora ,
 De triste palidez se vé nublada ;
 Y cesa de irradiar en su mirada
 La rica lumbré pura
 Que en su pupila mágica fulgura ;
 Y de sus lábios los corales rojos
 Palidecen tambien ; y el rico seno
 Ya no palpita de sus globos lleno.
 ¡Pobre mujer ! ¡en su mortal desmayo
 Parece herida por potente rayo !

—¡ Al cabo con la tuya te saliste !
 Dijo el cura lanzando una mirada
 Iracunda y sombría sobre Pupas.

¿La ves? ¡pobre Salada!
 ¡Pobre de mí que la contemplo muerta!
 Mas, no... su mano yerta
 Aun late aquí en la mía!
 —¿Morirse por amores?... ¡tontería!
 ¿Y de pena se muere?
 Dijo el muchacho con gentil frescura.
 ¿Y es usted quien lo dice, señor cura?
 ¿Usted que á todas horas
 De fingidas las tacha y de traidoras?
 —Tienes razon, muchacho;
 ¡Ella vive! la sangre por sus venas
 Circula perezosa;
 Pero circula ¡oh rabia! ¡oh desventura!
 Pronto á la vida volverá y su eterno
 Amor por ese hombre,
 Mi suplicio será, mi horrible infierno.»

Y luego loco se pasó una mano
 Por la abrasada frente;
 Sonrió con esfuerzo sobrehumano
 Y exclamó de repente:
 —«Vamos de aquí; su vista me asesina;
 En delirante abrasador deseo
 Y en ansias de vengarme de la ingrata
 Me siento arder; huyamos; segun veo
 La ropa me trajiste.

—Si, señor, aquí está.—Pues venga y vamos,
 Que ya del pecho el corazon se escapa
 Y alguna vez es fuerza le venzamos.»

Dejó al punto la capa
 Y tomando un levita, que en un lio
 El muchacho traía
 Con otras prendas, pronto disfrazado
 Quedó de tal manera
 Que el mismo ya no era
 Pues otro con tal traje parecia.
 Sacó luego unos verdes anteojos
 Y en su chata nariz quiso ponerlos;
 Mas antes, acercándose á Salada,
 Clavó en ella sus ojos,
 Mientras Pupas aguardate impaciente
 Junto á la puerta que abre diligente.

—¡Oh! ¡qué hermosa! ¡qué hermosa!
 Volvió á exclamar sus formas contemplando;
 Y al notar que el muchacho impertinente
 Seguíale acechando,
 Por la postrera vez su vista ansiosa
 Clavó en la faz turbada,
 En el ebúrneo seno y en el talle
 De la pobre Salada
 Y ambos á dos lanzáronse á la calle.

CANTO IV.

I.

Cuenta la historia... pero aquí, lectores,
 Mi espíritu intranquilo,
 Volar queriendo en alas
 Del placer, la virtud y los amores,
 Romper quisiera el hilo
 Del fatigoso cuento
 Que vá de pobres galas
 Adornando afanoso el pensamiento.

¡Oh! ¡cómo cansa el orden! ¡cómo hastia
 La triste realidad de la penosa
 Existencia sombría
 Envuelta siempre en su mezquina prosa!
 Razon, razon tenia
 Espronceda, que triste se quejaba
 De ese afan de medir el mundo entero
 A compás; *no hay locura*
Iguat á la del lógico severo
 Que á perfecta y raquítica estructura,
 Y á número y medida
 Intenta reducir con nécia calma
 Los arcanos profundos de la vida
 Y hasta el inquieto batallar del alma.

¡Feroz esclavitud; reglas odiosas!
 Yo quise impertinente
 Seguir las escabrosas
 Sendas que el hombre con afan doiente
 Cruzando vá; mis manos temblorosas
 Arrancar intentaron
 La lira que pendía
 Del desmayado sáuce que la tumba

De Espronceda cubria.
 Quise tocar las cuerdas vibradoras,
 Que entre mis dedos con dolor saltaron,
 Y escenas por do quier conmovedoras
 Mis atónitos ojos contemplaron.

Tal vez la vista inquieta
 Ora intento apartar de esos dolores
 Buscando en mis delirios de poeta
 Otra vida, otro bien, otros amores.
 ¿Por qué, por qué de flores
 La ruta que Salada
 Sigue, no miro por do quier sembrada?
 ¿Por qué se me presenta
 Del fermentido cura
 La desdichada y misera figura?
 ¿Por qué, en fin, se violenta
 Mi mente, dando sin igual rodeo
 Para buscar al héroe de esta historia
 Que sepultado veo
 En un abismo de abyeccion? ¡Dios mio!
 ¿Por qué el mundo contiene tanta escoria,
 Tanto dolor y padecer sombrío?

—Mejor, mejor quisiera,
 A mi oprimido corazon dejando
 Vagar por otra esfera,
 Ir otros mundos de placer buscando.
 Quisiera con galana
 Diestra pluma, espectáculos mas bellos
 Describir; yo, lector, te pintaria
 Los vívidos destellos
 Del claro sol, cuando despunta el dia,
 Porque al mirar su resplandor, con ellos
 Se inundara tu pecho de alegría.

Yo entonces te diría ,
 Debajo la enramada
 (Dosel del manso y sonoro río ,
 Cuyas orillas bordan gayas flores
 Y dó cantan su amor los ruiseñores) ,
 Cuán dulce y sosegada
 Es la ignorada vida
*De aquel que huye el mundanal ruido ,
 Y sigue la escondida
 Senda por donde han ido
 Los pocos sábios que en el mundo han sido.*

Vieras también el agua que desata
 La fuente que naciendo se despeña
 Como líquida plata
 Saltando loca de la agreste breña.
 Vieras también los tiernos pastorcillos
 Cruzando la llanura ,
 Y los mansos y alegres corderillos
 Que pacen en un bosque de verdura.
 Y en medio del espacio ,
 Lleno de perlas y de polvos de oro ,
 Vieras lucir sus alas de topacio
 Inquietas mariposas
 Besando nardos y pintadas rosas.

Y bajo la estrellada

Bóveda inmensa de zafir luciente ,
 Los rayos de la luna plateada
 Vieras de pronto iluminar tu frente.
 Y en las cálidas noches del estío,
 La mies dorada en blando balanceo
 Vieras en torno tú , yo en torno mío.
 Y el céfiro traería
 En su aliento suavísimos aromas
 De ricas fresas y olorosas pomas ,
 Susurrando con plácida armonía
 Donde , junto al ameno
 Alegre huertecillo ,
*Flérida para tí dulce y sabrosa
 Mas que la fruta del mercado ajeno ,
 Mostrárate en su faz pura y hermosa ,
 La casta y pudorosa
 Pasión que guarda en su inocente seno.*

Vieras cruzar las fáciles veredas
 De los fértiles llanos ,
 Y las frescas pomposas alamedas ,
 Niños , mozos y ancianos ,
 Que caminando van , con anhelante
 Paso veloz hácia el hogar bendito ,
 En tanto que distante
 Alegre clamorea
 La sonora campana de la aldea.



Y víralos en esta , embebecidos
 Besar la frente de la amada esposa ;
 O de los hijos , con afán queridos ,
 Desenredar la cabellera hundosa .
 Y al pié del emparrado ,
 De rico fruto en su sazón cuajado ,
 Mientras nace la luz de un nuevo día ,
 En amigable y grata compañía ,
 Gozar de la serena
 Calma augusta que el ánima enajena
 Y que hasta Dios el pensamiento guía .

Mas ¡ay! ¿á dónde loco ,
 Errante el mío , se dirige y ciego ?
 ¿ Por qué esos cuadros de ventura evoco
 Si ábrego impío los destruye luego ?
 Al sol su sacro fuego
 Roban ya del invierno los rigores
 Porque vida y calor no dé á las flores .
 ¡ Mirad ! en el espacio la tormenta
 Poderosa se agita
 Y la creación al parecer palpita .
 La nube cenicienta ,
 Se estiende , se acrecienta ,

Y con su sombra oscura
 Viste de luto el monte y la llanura.
 La tempestad despues furiosa estalla;
 Trémula el ave y asustada calla;
 Y juguete de fieros torbellinos,
 En locos remolinos
 Cruge en el aire la tostada hoja
 De que el árbol temblando se despoja.
 Se cubre de tinieblas el espacio;
 Y brama el huracan; y rueda el trueno
 De los nublados oprimiendo el seno,
 Que en rasgar prepotente se recrea
 El rayo que iracundo centellea.
 ¡Mirad! ¿no veis? La inmensa catarata
 Rómpe se al fin; el aluvion parece
 Que de anegar al universo trata.
 Mugiente el rio y desatado crece
 Los campos asolando;
 Y el torrente, bramando
 Con poderoso empuje,
 Sobre sí va llevando,
 Cuál leve arista, cuál ligera pluma,
 Troncos añosos entre hirviente espuma.

Todo es tristeza, soledad y espanto;
 A impulsos de la cólera divina
 Todo parece que á su fin camina.
 El alma en su quebranto
 Se arma tambien de la áspera rudeza
 Que reina en la natura.
 Y Flérida doliente,
 Perdida la salud y la hermosura,
 Triste se agita en el cuitado lecho
 Arrancando suspiros á su pecho,
 Mientras en medio de la noche oscura
 Al lúgubre silbido
 De los vientos, responde
 Del lobo hambriento el pavoroso ahullido.

Y aqui no sé ya en dónde
 Buscar, lector, la terrenal ventura
 Que á mi vista se esconde.
 Y al par se me figura
 Que amostazado estás, pues ves que nécio
 Camino á oscuras sin saber á dónde.
 Y es lo peor que la razon te sobra
 Pues alargo mi obra
 Con tantas digresiones indigestas
 Y pinturas molestas.
 Hace muy bien la lógica que mide
 Los vuelos de la loca fantasia
 Y juicio y tacto con razon la pide.
 ¿Quién sabe si esa dicha que la mia
 Buscó en los campos la ciudad me oculta?
 Volvamos á la culta
 Capital de la noble monarquía,
 Y dejando á Salada
 Triste y sumida en el dolor insólito
 Que eclipsó de su rostro la hermosura,
 Sigamos al mal cura
 Que á la calle lanzóse con su acólito.

II.

Tan pronto como estuvieron
 A solas ambos á dos,
 El indigno sacerdote
 Al muchacho se acercó.
 —Dime luego, dime luego,
 Dijo bajando la voz,
 Dónde se oculta el imbécil
 Que nuestros planes frustró.
 Anoche por culpa suya

Yo me vi en la precision
 De daros la voz de alerta.
 ¡Pobres de todos sinó!
 Yo no sé quién fué el demonio
 Que, convertido en soplon,
 A la justicia dió aviso;
 Mas la justicia llegó.

Yo ví á todos que á la calle
 Bajaban por el balcon,
 Y ví á ese mozo maldito
 Saltar cual gamo veloz.

Y malogróse la empresa
 Fraguada con tal primor;
 Los muy cobardes huyeron
 Sin castigar su traicion.

Solo tú á mi lado estabas;
 Solos quedamos los dos;
 Y yo me hallé desarmado;
 Desarmado ¡voto á brios!

Más tú que un puñal tenias,
 Tú que escuchaste mi voz;
 Tú que viste mi coraje;
 Que notaste mi rencor;

¿Por qué, por qué no seguiste
 A ese maldito de Dios,
 Y al revolver de una esquina
 No le abriste el corazon?

—¿Por qué? Porque fué volando
 Mas que un pájaro; y se entró
 En una casa en que habia
 Gran jarana y confusion.

—¿Y no esperaste?—En la puerta
 Me coloqué de planton
 Por ver si pronto salia;
 Pero buen chasco me dió.

Allá dentro se escuchaba
 De la guitarrilla el son:
 Coplas, voces, juramentos,
 Llantos, y.... ¿qué me sé yo?

Entonces, por una reja
 Llego á ver un resplandor
 Extraño, y oigo gemidos
 Que parten el corazon.

Curioso me acerco al punto
 Y descubro con pavor....

—¿Acabarás de explicarte?
 ¿Qué viste?—A decirlo voy.

Cuatro blandones de cera,
 Un túmulo y un cajon
 Con un cadáver!—¡Muchacho!
 ¿Te has vuelto loco?—¿Quién, yo?

Lo cierto y fijo, es que entonces
 Casi me faltó el valor
 Al ver á una vieja bruja
 Que, furiosa en un rincon,

Se arrancaba los cabellos
 Dando gritos de furor,
 Retorciéndose los brazos
 Y renegando de Dios.

Traté de verle la cara;
 Y lleno de admiracion
 Vi que era Doña Maria....

—¿Doña Maria? ¡qué horror!
 —Y Lucia era la muerta.

—¡Bárbaro! ¿qué dices? No;
 ¡Eso es mentira, mentira!
 Tú fuiste siempre un bribon.

—Bribon ó no, padre cura,
 La verdad diciendo estoy.

—¿Y Adam?...—Allí, como un chico
 Junto á la vieja quedó.

Yo entonces, viendo que era
 Inútil mi precaucion
 De esperarle, pues ya el dia
 Se acercaba, y el simplon

Con unas cuantas mozueltas,
Que allí estaban, se quedó,
En busca de usted me vine...
—Es verdad, tienes razón;
Soy un torpe, y hace días
Que el conde lo precavió;
Era una niña inocente
Y la ha matado el dolor.
Corre, Pupas; vé al instante;
Y, sin perder la ocasión,
Cuanto suceda vigila;
Que yo á ver al conde voy.
Es menester que él lo sepa;
Que hablemos luego los dos;
Corre, Pupas.—¿Y qué hago?
—¿Qué has de hacer? Que sepa yo
Cuándo entierran á Lucia;
Cuándo fué su defunción;
Si sigue Adam en su casa;
Sino está dónde marchó.
Si sale Doña María...
Pronto, pronto; anda veloz:
Que yo al conde de la Banda
Voy á ver sin dilación.

III.

Partió Pupas, y el cura, presuroso
Otra ruta tomó, bien á las claras
Mostrando que á su espíritu intranquilo
Negra impresion de espanto avasallaba.
—¡Muerta! ¡muerta! pensé; ¡muerta la pobre
En la flor de sus días! ¡qué desgracia!
Ella que há un año rebosando vida,
Esplendor, juventud... ¡pobre muchacha!
El hábito del conde, sus amores
Y mis consejos péfidos la matan.
¡Era tan niña! ¡tan feliz!... es cierto
Que su madre en el lodo se arrastraba;
Pero es cierto también que junto al lodo
Puede brotar la flor mas delicada.
¡Cuánto sufrió!... ni dádivas, ni ruegos,
Ni intrigas... por mi astucia, por mi audacia;
Al cabo sucumbió; mas luchó tanto
Que era muy digna de inspirarnos lástima.
Que yo tengo la culpa de sus males,
No hay que dudarle; que su muerte arrastra
A la tumba el secreto de un delito,
Es seguro; que el conde es un canalla,
Es evidente; que los dos impunes
Nos quedamos, también es cosa clara;
Pero también es cierto y positivo
Que hay un alma, y que dentro de este alma
Suele alzarse el espectro de la muerte
Cuando á las puertas del sepulcro llaman
Los recuerdos... en fin, ya no hay remedio;
Sigamos adelante con cachaza,
Y si es posible, vamos sorteando
La horca ó el presidio que me aguardan.»

Pensando de este modo, el cura iba
Calles cruzando, atravesando plazas,
Hasta que allá delante de un palacio
De apariencia magnífica, se para.
El zaguan espacioso cruza impávido;
La ancha escalera suntuosa salva;
Y al portero y lacayos, que le miran
Y le dejan subir, ni una palabra
Les dirige; sin duda todos saben
Que aquel hombre las puertas tiene francas
Para entrar en los mágicos salones
Que sirven á su dueño de morada.
Las ricas galerías de cristales

Cubiertas, las lujosas antesalas
De damasco vestidas y de muebles
Costosos y soberbios atestadas,
Cruza en silencio, sin mirar que á veces
Nuevos criados que á su paso halla,
Le miran con sonrisa desdeñosa
Al ver su rostro y repugnantes trazas.
Encuétrase, por fin, con un robusto
Asturiano, que sale de la cámara
Del conde; le pregunta si visible
Estará su excelencia, y sin tardanza
Una voz (que es la voz del conde mismo),
Vibrante, dulce, un tanto afeminada,
¡Adelante! le dice, y al momento
Penetra el cura en la lujosa estancia.

IV.

En indolente y cómoda apostura,
Puesto el codo en un rico velador,
Sentado el conde, su cigarro apura
Viendo el humo que esparce en derredor.

Jóven es y gentil; su cabellera
Marco es de oro de su blanca frente;
Son sus mejillas de bruñida cera;
Sus ojos de un azul resplandeciente.

En torno de sus párpados, marcando
Su huella el ocio y los placeres van,
Pues también el placer suete ir matando
Como el dolor, con sempiterno afán.

Afán que al alma sin cesar acosa;
Que á la razón conduce al desvario,
Y engendra en ella luego la horrorosa
Inquieta pesadumbre del hastío.

Por eso acaso el conde deseaba
Que alguien llegase, y esperando en vano,
Un periódico á veces repasaba
Y otras fumaba su aromoso habano.

Toqué un timbre y un fámulo al instante
Humilde á su presencia apareció:
—Si viene el cura, dijo, que adelante
Pase en seguida, que le espero yo.»

Salió el fámulo; el conde con enojos
El periódico aquel en que leía
Tiró hastiado, y sus azules ojos
Fijaba en otros que á su lado había.

—«Nada nuevo contienen, dijo luego;
La política aquí juego es de azar,
Y aunque presumo que conozco el juego
Ahora no tengo ganas de jugar.»

«Artículos de fondo... Gaceta...
Veamos que dicen de la corte aquí;
La crónica diaria de la villa
Mas que esos fondos me entretiene á mí.»

«¡Hola! exclamó siguiendo su lectura
Y leyendo esta vez en alta voz:
«Atentado. Esta noche...» pero el cura
A su cámara en esto se acercó.

Dejó el conde el periódico:—¡Adelante!
Dijo, y el cura traspasó el dintel,
Mientras vuelve á pintarse en el semblante
Del primero el hastío ó el desden

V.

Hay entes que en ocasiones
Son de alguna utilidad,
Y aun á los mismos que sirven
Suelen siempre repugnar.

Si el crimen algunas veces
Su privilegio les dá,
Triste es el tal privilegio;
Triste, muy triste en verdad.

El conde y el cura, juntos
Por senda torcida van,
Y entre los dos hace tiempo
Reina cierta intimidación.

Por ver antojos cumplidos
Descendiendo el conde vá
Hasta el cura que se arrastra
Por inmundo lodazal.

Le tiende una mano amiga;
Oro sin cuento le dá,
Y sin embargo, no puede
Su enojo disimular.

Invencible antipatía
Que ambos sienten á la par,
Uno por cartas de menos
Y otro por cartas de mas.

El conde, jóven y altivo,
Las flores pisando vá;
El otro, cual vil gusano,
Las suele babosear.

Si alguna vez en el piélago
Donde engolfándose están,
Se encuentran, estraña fuerza
Los repele sin cesar.

Que hay mucha, mucha distancia
Entre un leon y un chacal,
Por mas que á su presa juntos
Ambos quieran devorar.

El conde al cura detesta
Por su cínica impiedad,
Y el cura siente en su pecho
La negra envidia brotar.

Y sin embargo, se buscan
Mil veces con terco afán,
Sediento el uno de goces
Y el otro de vil metal.

Apenas aquella estancia
El cura llegó á pisar,
El jóven, con impaciencia
Alzó su pálida faz.

—«Anoche, dijo, esperaba
Que vinieses por acá;
¿Qué has hecho? ¿Dónde estuviste?
¿Se ha realizado tu plan?»

—Anoche, replica el cura,
Ocurrieron por allá
Cosas que son tan difíciles
Como largas de contar.»

—¿Qué tienes? Te miro inquieto;
¿Por ventura enfermo estás,
Ó no esperas que Salada
Calmar quiera mi ansiedad?»

—Salada suspira y llora,
Ausente de su galan.

—¡Cómo! ¿al cabo conseguiste....?
—El pájaro echó á volar.

—En tono triste lo cuentas.
—Es.... que aun ocurre algo más.
Acabo de ver....—¿Qué has visto?

—A Lucia.—¿Y donde está?

—La madre á su lado, loca,
Gime con hórrido afán....

—Pero... ¿y Lucia?—Se encuentra....

—¿En dónde?—¡En la eternidad!

Estas palabras el cura
Con acento sepulcral
Pronuncia, y el conde al punto
Se estremece á su pesar.

Ambos á dos en sus venas
Sienten un frio glacial,
Cual si un espectro á su lado
Viesen súbito brotar.

Y en sus tristes corazones,
Que comprimidos están,
Los negros remordimientos
Clavan su agudo puñal.

—¡Pobre niña! dijo el conde
Procurando dominar
La impresion de sus recuerdos.
Dios tenga de ella piedad.

En mi camino arrojada,
Como flor que el huracan
Arrastra, victima ha sido
De horrible fatalidad.

No era por cierto la pobre
Ninguna mujer vulgar;
Tuvo un corazón de oro
Con un alma angelical.

Tú y yo la tendimos lazos
Que es menester olvidar....

—Pero.... ¿y su madre?—¡Su madre!
Tienes razon; es verdad.

Si esa mujer se quejara....
Si la justicia.... ¡Oh! jamás;
Es preciso á todo trance
Hoy su silencio comprar.

¿Quiere oro? Tendrá oro;
¿Carrozas? Tambien tendrá;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.

Pero que yo no la vea;
Que no venga á demandar
Delante de mí, la vida
De su Lucia jamás.

Vete, y compra su silencio
¿Oyes? Lo quiero comprar;
Si todo un caudal nos pide
Daré gustoso un caudal.»

VI.

Despues de hablar así, dejó su asiento
El conde, y procurando

Dominar la emocion que le embargaba,
Un tapiz levantando

Que un armario magnífico ocultaba,
Sacó de él un precioso cofrecillo
De negro ébano hecho;

Y luego del bolsillo

Una llave de oro

Que al girar en su estrecha cerradura

Y al levantar la tapa

Incrustada de nácar y de plata,

Palidecer al cura

Hizo al punto, mostrándole un tesoro

Que en letras y billetes

El conde allí tenia.

—Bravo golpe seria,

Pensó el cura, fijando la mirada

En aquella riqueza codiciada,

Lanzarme de repente

Sobre este libertino;

Estrangularle y luego.... pero temo

Cruzarme en su camino

Y ser mas débil que él; ya vendrá día

En que pueda vengarme

Sin esponerme á que él pueda matarme.»

En tanto que aquel ente codicioso
De este modo pensaba ;
El jóven le alargaba
Un puñado de oro y le decía :
—Llévale pronto lo que aquí te doy ;
Mira si puedes conseguir que hoy
No me busque la madre de Lucia.
Mañana ú otro dia
Yo la veré ; tú mismo irás conmigo
Y allí serás testigo
Del contrato que hagamos.
Yo le daré cuanto pedirnos quiera
Para que al fin y al cabo nos veamos
Libres los dos de su venganza fiera.»

Guardó el cura el billete ,
Y no sin esforzarse
Por sonreír , al conde hizo un saludo ;
Mas antes de que fuese á retirarse :
—Espera , dijo el conde.
—¿ Qué me quiere vucencia ?—Una manía
Tengo , que acaso te parezca rara.
Cuando de un crimen victima Lucia....
—Hablád bajo por Dios.—Nadie nos oye.
Digo ; pues , que aquel dia ,
De oprobio y felonía.
De sus cabellos ella dióme un rizo ,
Pidiéndome con voz llena de encanto
Que yo hiciese otro tanto
A mi vez. Al hechizo
De su sonrisa blanda y seductora ,
De su dulce mirada embriagadora ,
Que el alma me quemaba en sus destellos ;
No supe resistir ; luego en sus manos
Tomando mis cabellos ,
Una y cien y mil veces
Estampó sobre ellos
Los labios de carmin ; y trasportada
De amor y de placer , fijos sus ojos
En mis ojos , me dijo :
—¡ Si muero despreciada ,
Si alguna vez me olvidas ,
Esta prenda , que es hoy mudo testigo
De tu amor y mi amor , vendrá conmigo
Hasta la tumba helada !
—¡ Pobre muchacha !—Si , la desdichada
Yaticinó su suerte ;
Loca de amor , perdida , despreciada ,
Compra el reposo con temprana muerte.
Todo acabó en el mundo para ella ;
Mas ya que no es posible
Contrariar los rigores de su estrella ,
Quiero al menos calmar la indefinible
Repugnancia que siento
Al recordar su intento.
Vé á su casa , y el rizo y un retrato
Que en su poder tenia ,
Para llevarlos á su tumba fria ,
Arranca de su seno diligente.
No quiero que mi imágen sepultada
Entre gusanos , cieno y podredumbre ,
Del mundo eternamente
Soporte la terrible pesadumbre.»

Guardó el conde silencio un breve rato ;
Mas luego , de repente :
—¡ Qué diablos ! dijo , si me oyese ahora
Otro que tú , diría
Que me aterra la suerte de Lucia
Porque su madre me maldice y llora.
Bien mirado , no sé por qué , cobarde ;
Me entrego á tal quebranto.
Si yo gusté de su simpar belleza
¿ Quién no hiciera otro tanto
Aun viéndola sumida en la impureza ?

Hija del pueblo , pobre , oscurecida ,
Junto á una madre que á comercio inmundo
Se entrega , envilecida
Debió á su vez abandonar el mundo ! »

Tras de otra breve pausa
Volvió el conde á esclamar :—De sus errores
Tú y yo fuimos la causa ;
Mas ¿ quién fija su dicha en los amores ?
La quise loco un dia
Y luego la olvidé ; fatal destino
Interpuso á Salada en mi camino
Donde no hay flores ya ni hay alegría.
Do quier mi vista tiendo ,
Buscando la ventura y los placeres ,
Do quier que hallar pretendo
Seductoras mujeres ,
Goces y gloria y dicha regalada
Solo encontró la imágen de Salada.
De esa ruda mujer que me fascina
Con su ideal y espléndida hermosa ;
Que desdeña mi amor y me asesina
Mostrando la locura
Con que quiere á ese Adam.... ¡ Adam ! cien veces
Te he rogado que vieras
Y al punto me dijeras ,
Quién es ese dichoso
Mortal que así me arrebató el reposo ,
Haciéndome apurar hasta las heces
Del cáliz de mi amargo sentimiento ;
Y cien veces y ciento
Me dijiste lo mismo ;
Mas hay en tus respuestas un abismo
Misterioso y recóndito , que en vano
Procuro sondear ; dices que el hombre ,
A quien Salada por mi mal adora ,
Sin padres y sin nombre ,
Sin parientes ni amigos ,
Vivió siempre hasta ahora.
No se sabe su patria , no hay testigos
Que indiquen los arcanos de su vida ;
Todo en él es oscuro ; y sin embargo
De que un dia le vieron ,
Desnudo y solo , atravesar las calles
De Madrid , (por lo cual le aprisionaron
Y por loco á la cárcel condujeron) ,
Todo el mundo me dice que no es loco ;
Yo le he visto , y tampoco
Por tal le tengo ; su mirar ardiente
Y su altanera frente
Y su gentil denuedo y apostura....
Revelan el valor , no la locura.»

Oyendo estaba el cura
Al jóven aristócrata , que luego ,
Mostrándose impaciente ,
Prosiguió de este modo ,
Cada vez con mas fuego ,
Cada vez con lenguaje mas vehemente

—Y yo , en tanto , me arrastro por el lodo.
Yo lucho , yo padezco
Por lograr de Salada los favores ,
Que alcanzar no merezco.
Y afrentando las canas de mi padre ,
Que me profesa la pasión mas tierna ,
Mis escudos y timbres envilezco.
Escucha , en la taberna
Donde anoche estuviste , disfrazado
Estuve yo tambien ; yo ví á Salada
Herir á un desdichado
Que á su Adam ultrajó ; la codiciada
Mujer que tanto adoro
Me pareció una fiera ; su despecho
Espanto me causó ; vi mi desdoro ,

Y sin embargo, de mi débil pecho
Ya no puedo arrancar su imagen bella.
Miedo me inspira; pero adoro en ella.

—¿De ese modo, sabéis?...—No ignoro nada.
¿Piensas tú que en tratando de Salada,
Ángel del mal, pero ángel de mi vida,
No estoy puesto al corriente
De todo cuanto pasa?
De la taberna con su Adam á casa
Volvió al punto; y tras ellos
Con otros hombres tú... pero es preciso
Que vivas sobre aviso
Y que pongas la mira
En mas cristiana empresa.
Anoche proyectabas
Robar y asesinar á la condesa.
¿Sabes tú que es mi prima la de Alcira?»

Confuso, inquieto, pálido y temblando,
El cura, que tenia
Fija la vista en el gallardo conde,
Dió dos pasos atrás, como buscando
Una salida, sin saber por dónde.
Y luego, procurando
Murmurar una frase balbuciente,
Sintió que entre sus labios se perdía
La voz inerte, la palabra fría.

Y el conde continuó de esta manera:
—Si yo tú juez hoy fuera,
La pena merecida
Por tu crimen de anoche te impusiera;
Y acaso de esta suerte,
De mas infame y asquerosa vida,
De mas terrible y afrentosa muerte,
Lograra separarte
Si el presidio lograba escarmentarte,
Mas hoy tan solo acierto
A ver en tí mi cómplice; tú alcanzas
A torcer mi razon; tú me hablas de ella
De mi Salada hermosa;
De la fúlgida estrella
Que alumbrá mis inquietas esperanzas.
Tú la ilusion dichosa
Haces ¡ay! que vislumbre; nuevamente
Juzgo feliz el porvenir incierto
De esta pasion; y en mi delirio ardiente
Poner suelo en olvido
A donde ciego por tu culpa voy.
Y nécio, inadvertido,
Encubridor de tus delitos soy.»

Trató el cura tal vez de vindicarse;
Mas el conde mostrándose severo,
Impasible, altanero,
Continuó de esta suerte:—Si al fijarse
Mi vista en tí, en tu corazon leyera:
Si yo sondar pudiera
En ese negro abismo,
Muy pronto acaso viera
Tu codicia cruel y tu egoismo.
En este instante mismo
Procuras engañarme;
Y sin embargo, tu pupila inquieta
Fijabas en mi oro
Hace solo un momento;
Y quisiste mostrarte indiferente,
Cuando acaso en tu mente
Albergaste un infame pensamiento.

De todos modos, ni apartarte intento
De tu senda de crímenes y errores,
Ni temo tu rencor ó tus furoros.
Mas alto estoy que tú, tengo mas brío,
Mas fuerza, mas poder, y aunque há un instante

Mi valor sucumbia
Y el dolor anublaba mi semblante
Al saber la desgracia de Lucía;
Ya me encuentro sereno;
Vuelvo á cobrar mi calma y mi firmeza,
Y de ruin supersticion ajeno,
Puedo ya asegurarte
Con la mayor franqueza,
Con la mas absoluta confianza,
Que de toda asechanza
Me habrás de responder con tú cabeza.»

El cura intimidado
Ni una protesta formular sabia,
Mientras el conde con creciente enfado
De esta suerte diciéndole seguia:
—De hoy mas, quiero que veas
Que fijos tengo sobre tí mis ojos;
Que quiero y puedo que mi esclavo seas,
Siempre dócil, sumiso á mis antojos.
Yo sé que llama impura
Arde en tu pecho, que amas á Salada
Con ardiente y frenética locura.
Que Adam celos te inspira
Y acaso yo tambien; que te vendiste
A un hombre desalmado;
Que robar y matar á la de Alcira
No há mucho prometiste;
Que esta pasada noche has intentado
Llevar á cabo tan inicua empresa;
Que ese Adam ha salvado
No sé por qué, á mi prima la condesa;
Que es necesario, en fin, ponerte un freno
Para evitar que corras desbocado
Por tanta senda de asqueroso cieno.»

Y cogiendo de un brazo al torpe cura,
Que su temor y su rencor insano
Disimular procura,
Clavó en él fijamente
Su altanera mirada inteligente,
Y luego prosiguió:—Tengo en mi mano
El hilo de tu vida y tus acciones;
Mentir y resistirte será en vano.
Ahora voy á imponerte condiciones.
Tengo, pues, mis razones
Para exigirte que prudente seas
Cuando á Salada veas;
Que su pasion y su dolor vehementes
No ultrajes con palabras insolentes.
Quiero tambien, que si apartar intentas
A ese Adam que se cruza en mi camino,
Ajustes bien tus cuentas
Para no convertirte en su asesino.
Intento que la madre de Lucía
No venga á molestarme;
Pretendo que renunciés á la empresa
De robar ó matar á la condesa,
Pues mi padre la estima,
Y prescindiendo que casarme quiere
Con ella, porque á todas la prefiere,
Yo la quiero tambien porque es mi prima.»

Cesó aquí de los dos la estensa plática;
Marchó el cura; y el conde, que agotarse
Sintiera su energia,
Tornando á recostarse
En el sillón que abandonado habia,
Permaneció en silencio un breve rato;
Y luego de repente
La vibracion metálica de un timbre,
Que allí á mano tenia,
Resonó; y á un criado reverente,
Humilde y silencioso
Que apareció, con desdeñoso acento

Y ademan imperioso :

—Haz, le dijo, que enganchen mi berlina
Y que á vestirme vengan al momento.»

Y luego se reclina
Muellemente otra vez ; el hondo hastío
Viene á vencer su enojo y su arrogancia ;
Se le vé con desden fijar sus ojos
En los dorados muebles de su estancia

Que le causan enojos.
Tiende luego su mano,
Y entretanto que enciende
Otro aromoso habano,
El periódico aquel, en que leía
Cuando el cura llegó, de nuevo toma ;
Busca la gacefilla, y en voz alta,
Pues solo allí se cree,
De esta manera lo que sigue lee :



«Atentado. Esta noche se ha intentado
»A una dama robar de la nobleza ;
»En su mismo palacio han penetrado
»Los ladrones ; con bárbara fiereza,
»No contentos acaso con robarla,
»Intentaron matarla.
»Pero.... (y aquí lo incomprensible empieza) ;
»Es el caso, que al ir enfurecidos
»Los infames bandidos
»A descargar sus golpes sobre ella,
»Uno la halló tan seductora y bella.
»Que, á truequé de perder vida y dineros,
»Atacó á sus infames compañeros,
»Defendiendo á la dama
»Que no osamos decir cómo se llama.
»Añadiremos solo que propicia
»Fué la suerte, pues luego

»Acudió la justicia ;
»Y la dama, que es toda una condesa,
»Se vió por fin ilesa.
»Parece que un criado
»Cómplice fué del bárbaro atentado ;
»Y aun se añade tambien, aunque de un modo
»Dudoso, que el ladron que ha defendido.
»A la dicha condesa, es conocido
»Con el bien raro apodo
»De Adam ; no le han cogido,
»Si bien le andan buscando
»A la hora avanzada en que escribimos
»Las noticias que vamos apuntando.
»Si despues adquirimos
»Mas estensos y nuevos pormenores
»Los haremos saber á los lectores.»

Y arrojando el periódico de nuevo :
 — ¡ Siempre Adam ! dijo el conde con enojos ;
 Siempre ese pobre y misero mancebo
 Provocando mis celos , mis enojos .
 ¿ Por qué , necio , se pone en mi camino ?
 ¿ Por qué le amó Salada
 Uniendo su destino á mi destino ?
 Mi cólera estremada
 Le hará ver... ¿ mas qué digo ? ¿ A dónde voy ?
 ¡ Oh ! no , aunque ciego estoy ,
 Ya lo dije : no soy un asesino .
 Es preciso alejarle

O frente á frente con valor matarle .

Diciendo así , de la lujosa estancia
 Salió con arrogancia .—
 Y aquí , lector , tambien aprovechamos
 La ocasión y á la calle nos lanzamos .
 Tiempo es ya (yo adivino tu deseo)
 De que hagamos los dos la escapatoria ;
 Vamos en pos del cura de paseo
 Y al fin del tal rodeo
 Hallaremos al héroe de esta historia .

CANTO V.

Apenas del palacio suntuoso
 Salva el dintel el malhadado cura ,
 Con ademan inquieto y receloso
 De allí alejarse con afán procura .
 Y luego , con acento cavernoso ,
 Torpe y horrible maldición murmura
 Que un mundo entero envuelve de esperanza
 Con mil mundos de encono y de venganza .

— « Me vengaré , me vengaré , decía ,
 De ese orgulloso estúpido magnate ,
 Que así ultrajarme á su placer quería .
 Yo le haré ver que si en su pecho late
 Un corazón altivo , el alma mía
 Tampoco viendo su furor se abate .
 Seis hombres hay que nunca retroceden
 Y que ayudarme en mis empresas pueden .

» Cierta es que anoche , con furor maldito ,
 El bárbaro de Adam con ellos pudo ;
 Que por poco caer en el garlito
 Les hizo á todos , con su ataque rudo .
 Mas ya en salvo se ven , y mi infinito
 Rencor , hará (si á su ambición ayudo) ,
 Que con ellos Adam venga y me mate
 A ese orgulloso , estúpido magnate .

» Tal vez Adam no quiera... ¿ mas qué importa
 Si yo avivo de nuevo sus antojos ?
 Es un niño , y si al cabo se le exhorta...
 Si el cebo se le pone ante los ojos...
 No dudo , no : á la larga ó á la corta ,
 Probarán mi fiereza , mis enojos
 Y mi negro rencor , esos mortales
 Que ya el infierno convirtió en rivales .

» Y luego del tesoro que escondido
 Tengo á los ojos de la gente necia ,
 Que me arroja feroz en el olvido
 Y creyéndome pobre me desprecia ,
 A mi vez gozaré ; y empedernido
 Mirando al pobre cuyo mal arreceja ,
 Porque el mundo de ver quien soy se asombra
 Me gozaré en el padecer del hombre .»

De este modo , y bramando de coraje ,
 Ardiendo en ira y en furor creciente ,
 Usando del más cínico lenguaje
 Cruzando vá las calles diligente .
 No hay quien le estorbe el paso , ni le ataje

Aunque hormiguea por do quier la gente ;
 (Y digo que hormiguea , porque quiero
 Indicar que es Madrid un hormiguero.)

Al fin del centro de la invicta villa
 El iracundo cura se separa ,
 Y ante una casa , pobre y de sencilla
 Apariencia , solícito se para .
 — Ya llegué , dice ; y luego á una rejilla
 Que á mano izquierda del zaguán hallara ,
 Se acerca poco á poco , sin que meta
 Ruido , buseando con mirada inquieta ,

Y allí dentro , se dice que un sombrío
 Espectáculo al punto divisó .
 Pues al verlo , sintió en el alma frío
 Y un paso atrás estremecido dió .
 Y un muchacho despues , con cierto brio ,
 Cauteloso á su lado se acercó .
 Y le puso una mano sobre un hombro
 Haciéndole volverse con asombro .

— ¿ Quién me toca ? turbado esclama ; y luego ,
 Viendo á Pupas , cobrando más aplomo ;
 — ¿ Qué hacés ahí ? preguntale .— Ahora llego ,
 Contesta el chico , y el ambiente tómo .
 — ¿ Espiaste ?— Espié ; que no soy lego
 Ni nunca fui de entendimiento romo .
 — ¿ Se fué Adam ?— No señor , que está ahí metido ,
 Y como todos duermen , se ha dormido .

— « ¡ Dormir ! es cosa rara y cosa fuerte ,
 Dijo el cura con cínica ironía ;
 Ese dolor que en sueño se convierte
 Nos revela quién es Doña María .
 Junto al eterno sueño de la muerte
 Con otro sueño la sorprende el día .
 La hija durmiendo para siempre queda
 Y su madre durmiendo la remeda .

» Tal es el mundo fementido y vario ;
 Tales son los humanos corazones :
 Al que muere , le encajan un sudario
 Y le encienden despues cuatro blandones .
 Le entierran , y si luego es necesario
 Dar gritos y verter dos lagrimones ,
 Se vierten y se dan con fé sentida...
 Y á dormir y á olvidar , que esa es la vida .»

— Como hay Dios , padre cura , dijo el chico ,

Que no sé que demontre está usted hablando.
—Dices bien, torpemente así me esplico
Las cosas que en el mundo voy notando.
Vamos adentro y entornando el pico ;
Sigán durmiendo mientras yo velando.
Entra despacio, hijito, vé delante ;
Que no quiero perder un solo instante.»

Diciendo así, avanzaron cautelosos,
Y cierta puerta qué entornada vieron,
No sin sentirse un tanto temerosos,
Al fin con grande precaucion abrieron.
Y dos lúgubres cuadros tenebrosos
A su vista de pronto aparecieron ;
Cuadros de horrible, de espantosa calma,
De esos que llenan de pavor el alma.

En medio de una estancia silenciosa,
Húmeda, oscura, solitaria y fría,
Dentro de un ataúd, se vé la hermosa
Interesante imágen de Lucía.
Seca está su pupila y vidriosa ;
Ya no tiñe el carmin como solía
Su blanca tez ; no hay voz en su garganta,
Y sin embargo su belleza encanta.

Mas allá, en un rincon, bajo la reja,
Y tendida en el suelo, se encontraba
Una infeliz y miserable vieja
Que al parecer tranquila dormitaba.
Mas ¡ay! que á veces de su pecho deja
Salir hondo gemido, y luego clava
Sus ojos anublados por el llanto
En derredor de sí, con negro espanto.

Torna luego á dormirse, y torna luego
A gemir y agitarse nuevamente ;
Quiere soñar buscando algun sosiego,
Y acaso olvida su dolor presente.
Luego baja otra lágrima de fuego
Rodando lenta por su rostro ardiente
Y con voz que le embarga la agonía
Solo sabe decir:—¡Pobre hija mia!

Al contemplar la horrible acerba pena
De la anciana, que así el dolor apura,
Sin fuerzas ya para sentir, ajena
De razon, y tocando en la locura,
De aquella triste pavorosa escena
Quiso la vista separar el cura
Y en otra pieza ó cuarto no distante
Un nuevo cuadro divisó al instante.

Sobre una mesa tosca que cubria
Un mugriento mantel, se destacaban
Diversos restos de grosera orgía ;
Y en torno de la mesa se agrupaban
Mujeres y hombres, que al entrar el día
Tributo al sueño y la embriaguez pagaban,
Hartas ellas de bromas y placeres
Y ellos hartos de vino y de mujeres.

Uno por fin encuentra un pobre lecho ;
Se tiende el otro sobre el suelo duro ;
Este junta la barba con el pecho,
Y el otro, vacilante, el inseguro
Paso, dirige hácia el zagan estrecho,
Sale á la calle, y el ambiente puro
Le dá fuerzas y vida juntamente
Y á su casa se torna diligente.

Y de nuevo el silencio interrumpido
Volvió á reinar en la mansion sombría,
Dó en maridaje estrecho confundido
Se hallaba el vicio con la muerte fría.

Y el cura entonces, sin mover ruido,
Dirigiéndose á Pupas, le decía :
—Busca, hijito; el entierro será luego
Y es preciso buscar, yo te lo ruego.»

Y entretanto que Pupas penetraba
Otra vez en el cuarto mortuorio,
Y la vieja soñando, deliraba
A un pasado entregándose ilusorio,
De puntillas el cura se acercaba
Al cuarto aquel, de liviandad emporio,
Donde á una noche de asquerosa orgía
La embriaguez, ó el cánsancio, sucedía.

Los hombres en sus rostros revelaban
De la impotencia la traidora huella ;
Y las mujeres á su vez mostraban
Del vicio inmundo la profunda mella ;
Todas mustias y pálidas estaban ;
Si pudo alguna blasonar de bella,
Ya no hay belleza, encantos ni primores
En aquellas mejillas sin colores.

En medio de aquel grupo, se veía
Un mancebo gentil, de tallo airoso,
Que á la sazón al parecer dormía,
Mostrando un rostro varonil y hermoso.
Virgen del alma y cuerpo parecía
Junto á los otros térnes ; y el gracioso
Sonreír de su boca, demostraba
Que en rícos mundos de ilusión vagaba.

Es morena su faz, tersa y luciente ;
Sus contornos, magníficos y bellos ;
Y en derredor de su espaciosa frente
En abundantes rizos sus cabellos,
Cual de ébano bruñido y reluciente,
Caen ondulantes ; negras como ellos
Son las pestañas de sus grandes ojos ;
Y son sus lábios cual corales rojos.

Hay en su todo tanta y tal belleza
Que al mirarle parece que fascina,
Y que Dios, en su espléndida grandeza,
Le ha dado un poco de su luz divina.
Luz que irradiando en torno á su cabeza
Sus perfectas facciones ilumina ;
Luz del alma que al cuerpo se revierte
Y á un ser mortal en inmortal convierte.

El miserable cura, contemplando
Estuvo un rato al descuidado mozo,
Que continuaba al parecer soñando
Y sonriendo con interno gozo.
Mas luego precavido fué avanzando
Y murmuró entre sí con alborozo :
—¡Es Adam! ¡es Adam! vuelve á ser mio
Y ¡voto á brios! que en mi saber confío.

«Le tengo entre mis uñas nuevamente
Y he de hacer su existencia desgraciada ;
No en vano, pobre loco, impunemente
Quiso gozar en brazos de Salada.
Yo te abriré el abismo á dó imprudente
Se lanza el hombre ; y en la vida airada
Le engolfaré, avivando sus pasiones
Y sus ciegas y vanas ilusiones.»

Calló un instante el mónstruo ; pero luego
Mirando el rostro del rival odiado,
Ardiendo en ira, delirante, ciego,
De una idea feroz se vió asaltado.
—«Si saco mi pistola y le hago fuego,
(Dijo entre sí), le mato, y al contado
Echo á correr... mas no, que eso sería

Dar corto ensanche á la venganza mía.»

«¿No es peor que vivir, morir sintiendo
Del mundo aborrecido los enojos?
¿No vivo yo? yo misero; temiendo
Que el mundo clave sobre mí sus ojos?
Vive, Adam; vive tú; que así muriendo
No vieras, no, cumplidos tus antojos!
Vive y cuenta las horas de tu vida
Que por tí será al cabo aborrecida.»

Dijo: la mano se llevó á la frente
Que ardiendo estaba; y luego, procurando
Desterrar los delirios de su mente,
Peño á poco su afán se fué calmando.
—Vamos á ver si avivo á este durmiente,
Añadió sonriéndose; y tocando
En sus espaldas, sin mostrar enojos
Le hizo que abriera los rasgados ojos.

Miróle Adam, miróle sorprendido
Y se puso de pié, cual si sintiera
El inmundo contacto de un temido
Asqueroso reptil que le mordiera.
Mas el cura, que estaba prevenido,
—No te inquietes, le dijo, que eso fuera
Una insigne torpeza y tontería
Y puede despertar Doña María.»

—Tienes razón; responde Adam trayendo
A su mente una historia muy reciente;
Si esa pobre mujer está durmiendo
Dejémosla dormir tranquilamente.
Tal vez sueña, cual yo lo estaba haciendo;
Tal vez goza cual yo; tal vez no siente
La horrible realidad que la rodea
Y en un mundo encantado se recrea.»

«Yo gozaba también... mas ¿á qué viene
Contarte yo lo que gozaba ahora
Si lo que mas al parecer conviene
Es el duelo calmar de esa señora?
¡Pobre mujer! en su horfandad no tiene
Quien le tienda una mano bienhechora,
Y si despierta y el cadáver halla
Seguramente de dolor estalla.»

«Vamos allá, le haremos compañía.
Esta noche la historia me há contado
De los tristes amores de Lucia.
Era una niña; un hombre con malvado
Intento, amarla con ardor fingía.
Siempre estaba solícito á su lado,
Y al decir de la madre, la inocente
Llegó á quererle con amor vehemente.»

«Mas yo no sé... no sé por qué razones,
La pobre niña, con quererle tanto,
Luchaba con distintas sensaciones
Y se entregaba sin cesar al llanto.
Dice esa vieja, que hay en ocasiones
Ciertas virtudes, que en mortal quebranto
Vivir prefieren, y antes que rendirse
Al deshonor, acaban por morirse.»

«Dice que amaba su infeliz Lucia
Y que no obstante, con su amor luchaba;
Que de pena la pobre se moría
Y sus penas á nadie confiaba.
Que el que amarla frenético fingía
Con riquezas y dichas la brindaba,
Y que ella siempre con mortal recelo
Rechazaba un amor que era su cielo.»

«Y el hombre aquel, al cabo, fementido

Tendióla un lazo con ardid villano;
Dice que la ofreció ser su marido
Y que ella entonces le entregó su mano.
Que el casamiento aquel era fingido;
Que el amante juró, jurando en vano;
Y que, aunque jóven, rico y bien apuesto,
Llevaba el impostor nombre supuesto.»

«Después la hermosa, la sin par Lucia
Siguió la buella del fingido esposo,
Que henchido de placer y de alegría
La condujo á un palacio suntuoso.
Y luego, con insólita porfía,
Se mostró cada vez mas cariñoso,
Y lejos la llevó; porque ostentara
En todas partes su belleza rara.»

«Y un año y dos, doliente y sin ventura,
Dice la vieja que quedó llorando,
Sumida en soledad y en amargura
Siempre al objeto de su amor llamando.
Y mientras, con su amante, en su locura
A su madre Lucia fué olvidando,
Pues dice que ni cartas la escribía
Ni una sola noticia recibía.»

«Solo una vez... mas ¡ay! que la cuitada
Madre infeliz, contarme ya no pudo
Sin llorar y gemir desesperada,
Trance tan fiero; inesperado y rudo.
Mostróseme tan triste y conturbada
Que en su garganta se formaba un nudo,
Y su acento temblon y dolorido
Era un constante aterrador gemido.»

«Su hija y el falso fementido esposo
Tornaron á Madrid, y ya sabia
La pobre jóven el engaño odioso
De que victima fué en infestado día.
Pero amaba con pecho cariñoso
Al ser-ingrato que en su pecho hundía,
Para aumentar su pena y sus desvelos,
El dardo emponzoñado de los celos.»

«Y así, triste, inocente, acogojada,
Sufriendo de su amante los rigores,
Por todos con el dedo señalada,
Devoraba en silencio sus dolores.
Ni virgen, ni manceba, ni casada,
Odiando y bendiciendo sus amores,
La pobre niña mártir dice que era
De una fiebre voraz, intensa y fiera.»

«Tal vez un día, en su penar violento,
Quiso volar á los amantes brazos
De su madre infeliz, quiso un momento
Perdon pedirla y reanudar los lazos
De su filial amor; mas ¡ay! que aliento
Tener no pudo para hacer pedazos
Su pobre corazón, que aun no acertaba
A olvidar al ingrato que adoraba.»

«Pero una noche que la madre, alerta,
En su tristeza y soledad gemía
Allá en las altas horas, y despierta
En vano el sueño conciliar quería,
Sintió que daban golpes á su puerta,
Y corriendo hasta ella, vió á Lucia
Que, sola y llena de mortal quebranto,
Se echó en sus brazos anhegada en llanto.»

«Y ambas á dos, un grito penetrante
Al verse dieron con afán ardiente;
Y la vieja, en su gozo delirante,
Los secos lábios aplicó á la frente

De la niña infeliz; y hubo un instante
En que, entregadas á su amor vehemente,
Sin saber dónde estaban, ni qué hacían,
A un tiempo sollozaban y reían.»

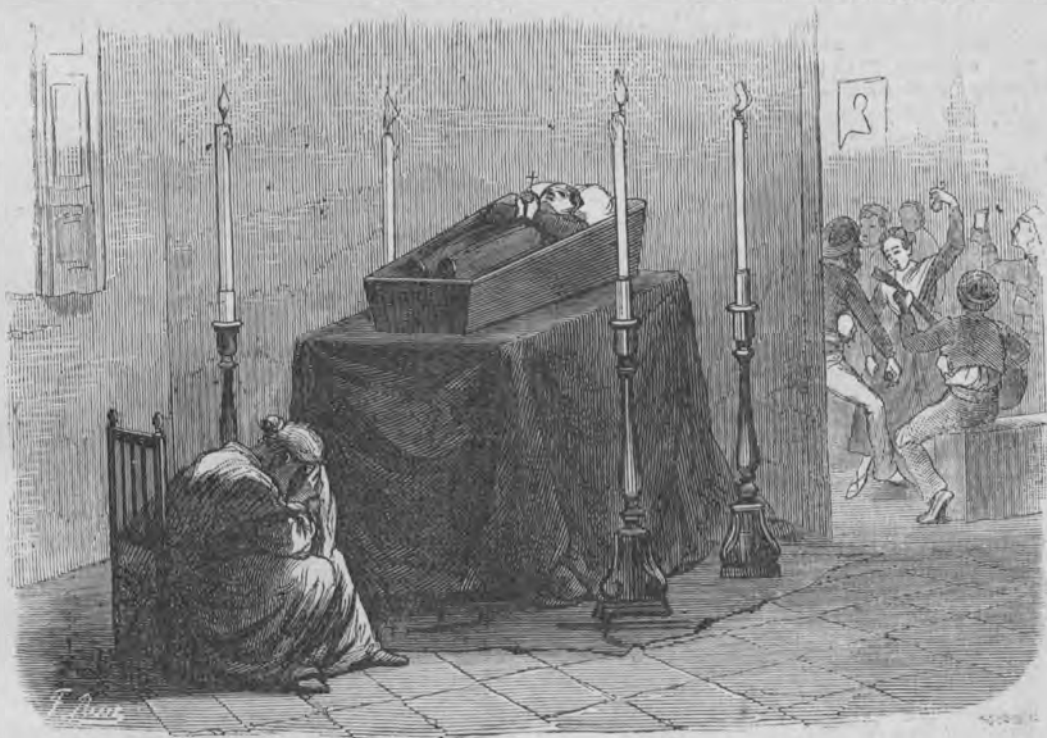
«¡Oh! (dijo Adam, con frase dolorida),
Dí, ¿qué pasión es esa embriagadora
Que hace olvidar la ofensa recibida
Y hace reír al tiempo que se llora?
Yo jamás escuché de una querida
Madre feliz, la voz consoladora,
Ni recibí con cándido embeleso,
El tierno abrazo, el amoroso beso.»

«Solo, triste, ignorante, oscurecido;
Sin padres, sin hogar.... ¡ay! ¡me confundo!
Mi pasado parece sumergido
En un abismo de dolor profundo.
No sé cuándo nací, ni dó he nacido;
Y voy vagando errante por el mundo
Acariciando loco mil quimeras
Y pensando en mil dichas venideras.»

«Siempre así... mas volviendo á mi relato,
Te diré que la pobre de Lucía,
Abandonada por el hombre ingrato,
Preso ya de feroz melancolía,
Buscaba en vano de su madre el trato,
Y en vano acaso prolongar quería
Su existencia fugaz, que fiebre ardiente
Iba ya consumiendo lentamente.»

«Y al cabo sucumbió... y esa infelice
Madre, que anoche me contó esta historia,
Su adversa estrella con furor maldice
Al ver perdida la que fué su gloria.
«¡Hija del alma!» con espanto dice;
Y atrayendo de nuevo á su memoria
Los dulces ecos de la voz querida
Preguntas hace á la que está sin vida.»

«Y notando que en vano la interroga,
Pues muda sigue, sorda, fría, inerte,
Con Dios y el diablo su furor desfoga
Apostrofando á la sañuda muerte.»



Mas la pena terrible que la ahoga
En postracion al cabo se convierte,
Y allí, dormida sobre el duro suelo,
Soñando intenta mitigar su duelo.»

«¡Cuánto ha debido padecer! Yo estaba
Lleno de pena al ver cómo sufría,
En tanto que la gente aquí bailaba
Y su justo dolor escarnecía.
Mas noté que la triste se quedaba
Inmóvil, que el cansancio la vencía,
Y aquí me vine, y á mi vez rendido,
Como los otros me quedé dormido.»

«¡Oh! vamos, ven; si la infeliz volviera
Y allí el cadáver á su lado hallara;
Si sola junto al féretro se viera
Y otra vez á su hija interrogara;
Si su hija infeliz no respondiera
Sorda y muda á sus voces.... ¡oh! repara,
Repara como ya con honda cuita
Gime otra vez y con espanto grita.»

Y era verdad: un grito lastimero,
Intenso, aterrador, grande, inaudito;
Un grito agudo, congojoso, fiero,
De esos que tienen algo de infinito;

Al punto resonó, y Adam ligero,
Dejando al cura, que á su vez el grito
De la anciana escuchó con calma impia,
Trasladóse á la estancia de Lucia.

Y en tanto que los otros, despertando
La escena del festin abandonaban,
O la broma y el baile renovando
Su asqueroso cinismo demostraban,
Varias gentes del barrio contemplando
Por reja y puerta con fruicion estaban
El lúgubre espectáculo imponente
Que Adam miraba con afan creciente.

La pobre vieja, que del tierno llanto
Agotado el raudal copioso viera,
Fuerzas pidiendo á su feroz quebranto
Se alzaba entonces imponente y fiera.
Y dos hombres trataban entrelanto
De impedir que hácia el féretro corriera,
Mientras otros, que el féretro clavaban,
El pecho de la madre destrozaban.

—«¡Oh! ¡dejadme! ¡dejadme, les decia
Sin que á nadie apiadara su querella;
No encerreis con crueldad á la hija mia,
Que era mi encanto, mi ilusion mas bella.
No arranqueis de mi lado á mi Lucia;
O si lo haceis, llevadme á mi con ella.
Dejad que goce de la eterna calma
Que goza ese pedazo de mi alma.»

«Yo nueve meses la llevé en mi seno;
Yo el susténto le di; yo la criaba,
Siempre de orgullo y esperanza lleno
El pobre corazon; yo mendigaba
De puerta en puerta; y luego mas sereno
Un porvenir de dicha vislumbraba;
Pues, aunque vivo de comercio inundo,
Pura la traje y conservé en el mundo.»

«Solo por ella el oro apetecia;
Solo por ella... pero vino un hombre
Que era un noble y con torpe alevosia
Su nobleza ocultaba con su nombre.
Un grande tan pequeño que mentía
Con villana intencion... mas no os asombre;
Nobles y grandes hay que de ese modo
Miserables se arrastran por el lodo.»

«¡Pobre hija mia! en vano mi ternura
Te mostré en la niñez! tú me dejaste,
Por un conde engañada, y por un cura
Inicuo y mentiroso; te alejaste,
Y el conde, fomentando tu locura,
Te prohibió luego verme; tú llenaste
Mi pecho de afliccion y de agonía.
Mas ¿qué importa si viva te tenia?»

«Hoy en cambio la encuentro deshojada
Como flor que arrebató el raudal viento;
Para siempre la tengo separada,
Y sorda, indiferente á mi lamento.
¡Y vosotros en tanto no haceis nada!
¡Ni llorais, ni sentis lo que yo siento;
Vosotros la clavais y vuestras manos
Son grillos para mí, grillos tiranos!»

«¡Oh! ¡dejad que mis lábios en su frente
Póse; ¿no veis? me llama y se sonríe.
Tan bella, tan hermosa la inocente
Está, que al verla el corazon se engríe.
No hay hombre, no, que contemplarla intente
Que su amor obtener luego no ansie,
Ni mujer envidiosa que al tratarla

Deje al fin de quererla y respetarla.»

«¡Oh! ¡Dejadme! no bárbaros mi pena
Aumenteis con crueldad; no mi prolija
Inquietud prolongueis; ya estoy ajena
De dolor; ya no hay cosa que me aflija.
¡Soltadme! no estoy loca... ¡estoy serena!
¡Quiero besar la frente de mi hija!
¡Mi hijal... ¿no la ois? ¡me está llamando
Y yo no voy.... porque me estais matando!»

Diciendo así, con poderoso empuje,
Cual torrente espumoso que desata
Su corriente veloz, y fiero muge,
Arboles troncha y peñas arrebató,
La triste anciana exasperada ruge,
Lucha iracunda y de soltarse trata,
Muerde la mano que la tiene asida
Y luego dá violenta sacudida.

Libre se vé, y al punto atropellando
A cuantos tiene en derredor, doliente
Hácia el féretro lánzase, doblando
Sobre él la mustia y arrugada frente.
—¡Hija del alma! dice sollozando;
¡Hija mia! ¡hija mia!» Mas la gente
Que ya el cadáver levantar desea
La cerca, la fatiga y la marea.

Adam, confuso, contemplando estaba
Tanto afan, tanto amor, tal desventura;
Y su faz una lágrima surcaba
Cuando á su lado aproximóse el cura.
Y con tranquila voz, que contrastaba
Con todo aquello:—«A mi se me figura,
Dijo á su oido, que la vieja miente;
Que finge mas de lo que acaso siente.»

Oyóle Adam, y se quedó abismado
En un súbito extraño pensamiento,
Como aquel que, en instante no esperado,
Vé su nave azotada por el viento,
Y la siente crugir, y fatigado
Se vé luego en el líquido elemento
Que iracundo y con fiera sacudida
La esperanza le roba con la vida.

Que era la vez aquella la primera
En que un hombre le hablaba de tal suerte;
Y era mucho fingir, si verdad fuera,
El hacerlo delante de la muerte;
Y si fingir delante de un cualquiera
Es cosa poco grata y cosa fuerte,
Mas fuerte, menos grata y mas prolija
Era fingir amor por una hija.

—«¡Ay! dijo al fin, cual si consigo hablara;
Si esa madre no dice lo que siente,
Si esa infeliz su pena ponderara
Por algun fin siniestro que mi mente
No puede comprender, si con avara
Intencion mueve el lábio y torpe miente,
¿Qué afecto puro buscaré en el mundo
Que no se envuelva en lodazal inundo?»

«¿Quién creará en el amor de otras mujeres
Ni en la amistad? ¿habrá quien necio acuda
A buscar la esperanza y los placeres,
El dulce amparo y el sosten y ayuda,
En brazos ¡ay! de tan mezquinos séres?
¿Habrá quien pueda con tan negra duda
Cruzar la vida por camino ignoto
Si el mundo inicuo el corazon le ha roto?»

«¡Triste de mí! yo ayer necio creia

Que una senda de flores me esperaba ;
Que licito cruzarla me sería.
Mas el cura, el placer que acariciaba
Me roba, y mi ilusion y mi alegría ;
Que allí el contento, el bienestar acaba ,
Sucediendo el dolor y la tristeza,
Donde la duda maldecida empieza.»

«¡ Duda cruel!... mas no, no es ya posible
Que tanta infamia el corazon oculte.
De esa vieja infeliz la pena horrible
No se puede imitar ; no hay quien abulte
Su dolor de tal suerte ; y ya sensible
Tambien mi pecho, siente que sepulte
Esa gente soez à esa Lucía
Que tan bella y tan jóven parecia.»

Tal vez Adam siguiera formulando
Sus cuerdas y atinadas reflexiones,
Allá à sus solas y en silencio hablando,
Si en aquel mismo instante sus razones
La vieja no tuviera en ir alzando

De su voz mas y mas los diapasones,
Y à vueltas de infinitos juramentos
Mas frecuentes no hiciera sus lamentos.

Y era que, en tanto que con ella usaban
De la fuerza, dos hombres, cuyas manos
Férreas, al fin las suyas sujetaban,
Otros hombres de rostros inhumanos,
Con el fêretro lúgubre cargaban;
Y diciendo «à la paz de Dios hermanos,»
Poco à poco se fueron removiendo
Y à la calle salieron sonriendo.

Y vió Adam à la vieja desdichada
Quedarse inmóvil, pàlida, tranquila;
Y luego con la faz desencajada
Rayos lanzar de la feroz pupila.
Y arrojar estridente carcajada
Con la que hiel el corazon destila
Y envueltos van con el adios postrero,
Vida, alma y juicio y corazon entero.

CANTO VI.

HABITACION DEL CURA.

Cuarto miserablemente amueblado. El cura y Adam, sentados junto à una mesa, en la que se ven restos de groseros manjares, se ocupan en beber y fumar. Adam se muestra en extremo pensativo. Sobre uno de los dos lechos que hay en la estancia y colgada de un clavo, se vé una guitarra. Desde una pequeña ventana que domina la mayor parte de los tejados de la vecindad, se descubre un pedazo de horizonte nebuloso y sombrío. Es cerca del anochecer y de vez en cuando se oye la lluvia que azota los vidrios de la ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL CURA Y ADAM.

EL CURA.

¡Cuerpo de Baco y qué vino!
Està diciendo «Bebedme.»
Vamos, Adam; otro trago
¡Y à vivir! ¿qué te sucede
Que nunca como esta tarde
Te he visto tan displicente?
¿Tienes esplin, hijo mio?
¿Te cansas ya de tenerme
Por tu patron? Vamos, charla;
Y en tanto que charlas, bebe
Y yo haré lo propio ¿estamos?
Con vino, juego y mujeres
Todo se olvida.

ADAM.

¡Maldito
Tabaco! (*Tirando el puro que fumaba*).

EL CURA.

Si, razon tienes;
Mas la culpa es del gobierno

Que tales cigarros vende.
Yo... ya ves, como soy pobre,
No puedo habanos traerte;
Eso se queda, hijo mio,
Para condes y marqueses.

ADAM.

Echa vino. (*Alargando el vaso*).

EL CURA.

Así me gusta.
Hoy me encuentro muy alegre
Y hasta quiero que esta noche
Vayamos, si eres prudente,
A casa de unas muchachas...

ADAM.

¡Oh! no hables de eso; que suelen
Cansarme, con sus fingidos
Halagos, tales mujeres.

EL CURA.

¡Aristócrata!... ya entiendo
La indirecta; tu pretendes
Amores frescos, románticos;
Señoras de alto copete,
Y gollerías y... ¡claro!
Como eres buen mozo, entiendes
Que todas, por tu hermosura
Y no mas, han de quererte.
Si fueras rico, sería
Otra cosa.

ADAM.

No, no tienes
Razon; la pobre Salada
Me amó frenéticamente,
Sin que jamás las riquezas
La impulsaran à querermé.
Yo tambien...

EL CURA.

Vamos, prosigue.

ADAM.

Amo con delirio ardiente
Y noto que aquí en mi pecho
Un fuego voraz se enciende,
Sin que lo apague la ausencia
Ni el interés le fomenta.

EL CURA.

Y ese amor... (*Con malicia y curiosidad*).

ADAM.

(*Con ardoroso entusiasmo*). Es grande, puro,
Inmenso; amor que enloquece
Mi razón, que se apodera
De todo mi ser.

EL CURA.

(*Con socarronería*). ¿Y puede
Saberse quién es la hermosa
Que te flechó de esa suerte?

ADAM.

Bebamos. (*Lo hace*).

EL CURA.

¡Picaro!... (*Apura el vaso*).

ADAM.

El vino
Hace olvidar... (*Levantándose*). Cómo llueve;
¡Qué triste que está la tarde!
¡Cuánto me aburro!

EL CURA.

(*Aparte*). (¡Pobrete!
Piensa que yo no adivino
A quien ama).

ADAM. (*Mirando por la ventana*).

Bien agreste
Y solitaria es la calle
En que vives.

EL CURA.

Si tuviese
Mucho dinero, hijo mío,
Te juro que había de hacerte
Un palacio; mas no hay
Mus, y es preciso atenerse
A vivir, cual lo que somos;
Es decir, como la plebe.

ADAM.

Tienes razón. (*Vuelve á sentarse*).

EL CURA.

Otro vaso
Y no seas necio; Adam, bebe;
Que el Valdepeñas es bueno
Para soñar, como sueles,
Con la condesa.

ADAM.

(*Sorprendido*). ¡Qué dices!
¿Por ventura, lo que tiene
Oculto el alma, mi lábio
Ha descubierto imprudente?
¡Habla!...

EL CURA.

Vamos, no seas niño,
Y siéntate y no te alteres.

Tú has olvidado á Salada,
¿No es cierto? sé franco; advierte
Que ahora mismo estoy leyendo
En tu pecho....

ADAM.

Pues si puedes
Lograr eso ¿por qué el alma
Despedazarme pretendes?

(*Pausa*).

Escucha: la imágen bella
De Salada, siempre.... siempre
En mi corazón oculta
Está, gravada en mi mente.
Hace un mes que de su vista
Me separásteis alevés,
Para llevarme á un palacio....

EL CURA.

Ya estoy; allí, neciamente,
En vez de robar, robado
Te viste.... (Maldita peste
Caiga sobre ti).

ADAM.

Un mes hace
Que separado me tienes
De Salada....

EL CURA.

No es exacto;
Porque si volver prefieres
A su casa....

ADAM.

No me hables
De tal cosa; si volviere....

EL CURA.

¿Tienes miedo...?

ADAM.

Si, lo tengo
De escuchar su voz; de verme
Torturado por los celos
Que frenética la vuelven.
Tengo miedo de que al cabo,
Aun siendo yo el delincuente,
A ultrajarla me obligase.
Ese es mi miedo ¿lo entiendes?

EL CURA.

¡Pobre loco! ¿te imaginas
Que esa muchacha te quiere
Tanto, que al cabo de un mes
No te haya olvidado?

ADAM.

Puede;
Mas no lo creo; Salada....
(Seguro estoy) ahora siente
Mi ausencia, mas que la noche
Que, sobre su silla, inerte
La viste caer.... ¿quién sabe
Si enferma?

EL CURA.

Ninguna muere
De amor.

ADAM.

No es cierto. Lucía
Murió....

EL CURA.

Tísica.

ADAM.

¿Y no puede
Ser el amor una tísis
Que abraze mas que la fiebre?
¿No oíste á la pobre madre
Contar su historia?

EL CURA.

Sandeces
Y no mas; aquella vieja
Gritaba, porque movieses
Un escándalo sus voces;
Y porque el conde, que tiene
Muchas onzas, temeroso
De que hablase, la ofreciese....

ADAM.

¡Cesa! que al alma repugnan
Tus palabras. ¿Por qué sueles
Decir eso...? Aquellos áyes
Eran pedazos latentes
De aquel corazón herido
Y despedazado; aun siento
Pavor mi alma, tan solo
Al recordarlos; la muerte
En el rostro retratada
De aquella madre, mil veces
Vi; tú lo sabes, tú sabes
Que me engañas y que mientes;
Y que hasta las fieras aman
Sus hijos y los defienden
Con ardor.

EL CURA.

Bien, bien, mocito;
Mucho he notado que aprendes
En poco tiempo; no eras
Tan ilustrado hace meses
Cuando por loco á la cárcel
Te llevaron.

ADAM.

¿Por qué vuelves
A recordarme esa historia
Tan negra? Pobre, inocente,
O loco acaso, he vivido
Muchos años.
(*Se queda profundamente pensativo*).

EL CURA.

(*Alargándole un vaso*). Toma y bebe
Y perdóname; no quise
De tal modo entristecerte.

ADAM.

¡Ah! si pudiera embriagarme!
Dame otro vaso.

EL CURA.

Hasta veinte
Te daré con tal que al cabo
En cosas mas gratas pienses.
A tu salud. (*Brindando*).

ADAM.

(*Llenando otro vaso y bebiendo*). A la....

EL CURA.

Prosigue, ¿qué te detiene?

ADAM.

(*Con los ojos centelleantes y balbuciente acento*).
¡Por ella!... por... ¡Ah! me espanta
Mi pequeñez).

EL CURA.

No te atreves
Y yo lo haré. (*Alzando de nuevo el vaso*).
Porque sea
Tuya la de Alcira.

ADAM.

¿Y puede
Serlo, cuando aquí encerrado
Treinta dias há me tienes?

EL CURA.

No tanto, hijito; ya sabes
Que te he llevado...

ADAM.

A burdeles;
A cien garitos inmundos;
A sitios en donde bebe
El alma mortal ponzoña
Pues nada bueno se aprende.
¡Oh! no es mi mundo encantado
El que yo busco; no es ese.

EL CURA.

Ya lo hallarás; si no hubieras
Visitado con mi gente
La casa de la de Alcira...

ADAM.

Es cierto.

EL CURA.

Si no la hubieses
Visto...

ADAM.

Es verdad.

EL CURA.

Y ¿quién sabe
Lo que guardado te tiene
El porvenir?

ADAM.

Esa idea
Me halaga; no me convence.

EL CURA.

Esperemos.

ADAM.

¡Si explicarla
Pudiera lo que en mi mente
Y en mi pecho siento ahora!
Si ella viera como hierve
La sangre en mis venas ¡ah!
¿Qué habría que Adam no hiciese
Por ella? (*Lleno de ardor y entusiasmo*).

EL CURA.

Con poca cosa
Tal vez...

ADAM.

¡Habla, di!

EL CURA.

Ella tiene
Un amante, y ese hombre
Con ella casarse quiere.

ADAM.

¡Triste de mí!

EL CURA.

¡Si, suspira
Y sufre; que necios entes

Son los que aman! no hacen
Mas que gemir.

ADAM.

¿Qué pretendes
Que haga?

EL CURA.

(Encogiéndose de hombros).

¿Yo?... si yo amase
Con impetus tan ardientes,
Claro está... lo mataría...
Y santas pascuas.

ADAM.

¡Oh! ¡vete!
Déjame, ¿por qué así tientes
Mi cólera de tal suerte?
Yo á mi rival no conozco.

EL CURA.

(Mostrándole una miniatura).

¿No le conoces? pues ese
Es el retrato del hombre
Que á tu condesa pretende.

ADAM.

¡Qué bello es!

EL CURA.

Tan hermoso
Como tú; su blanca frente
Y sus pupilas azules,
Y sus cabellos, que pueden
Con los rayos compararse
Del sol...

ADAM.

¡Qué rabia! parece
Que me mira y se sonríe.

EL CURA.

Como que razones tiene
Para ello; es todo un conde
De la Banda; un mozalvete
Lechuguino, que te quita
Lo que tanto vale y quieres.

ADAM.

(Arrojando el retrato sobre la mesa).

¡Nunca! ¡nunca! que mi alma
Su ventura no consiente,
Y harán mis manos pedazos
A quien mis celos enciende.

EL CURA.

¿Qué piensas hacer?

ADAM.

(Con rabia). Matarle.

EL CURA.

¿Lo juras?

ADAM.

Lo juro.

EL CURA.

Bebe

El último vaso.

ADAM.

Venga.

(Apura el vaso y luego inclina la cabeza sobre sus brazos y se queda dormido).

EL CURA.

¡Duerme, desdichado, duerme!
No en vano de aquel retrato
Que Pupas me dió, el presente
Traslado saqué; tú, ahora
Vendrás, Adam, al palenque
Que el conde me abrió; los tengo
Ambos á dos frente á frente,
Y Salada será mia...
¡Duerme, Adam, sí, duerme, duerme!

(Abre la puerta del cuarto y aparece una vieja seguida de varios hombres de aspecto patibulario. El cura les hace una seña para que guarden silencio, mostrándoles á Adam dormido. Luego se pone la capa y el sombrero y salen todos dejando la puerta entornada.—Es completamente de noche).

ESCENA II.

ADAM dormido, y PUPAS.

PUPAS.

¡Salero!... ¡viva la industria!
Como calzado y vestido

(Mirándose los pies desnudos).

Vengo á la ligera, nadie
Hasta aquí llegar me ha visto.
¡Qué oscuro que está este cuarto!
Voy á ver en el bolsillo
Si tengo algunas velillas...
Justamente; soy un chico
Que valgo mucho; ¡salero!
Si soy yo mas prevenido...

(Encendiendo una vela de sebo).

¡Viva Dios y viva el mundo!
¡Caball! y segun distingo *(Mirando á Adam)*.
¡Parece que duerme el mozo!...
¡Vaya un gaché! No hay de juicio
En él siquiera un adarme.
Quiere echarla de leido
Y escribido, y se me antoja
Que es el mayor don simplicio
Que hay en Madrid; él es guapo,
Es verdad, y tiene listos
Los puños, que son mas fuertes...
Muy bien pudieran decirlo
Mis costillas; ya lo creo:
Mas cardenales me hizo
En un Santi-amen... ¡friolera!
Como que si me descuido
No me deja un hueso sano.
Ganas me dan....

(Amenazándole con el puño y mirando un cuchillo que hay sobre la mesa).

Pero miro

Que mas aborrezco al cura,
Y he de contener mis brios
Hasta que pueda vengarme
De ese solana maldito.

(Se sienta á la mesa y hace lo que marca el diálogo).

¡Pero me duele el estómago;
Tengo hambre ¡y... al avío!
Voy á comerme un mendrugo
De estos, remojado en vino.

ADAM. *(Soñando).*

¡Qué horror!... ¡déjame! ¡no quiero!...
Un lago de sangre miro
En derredor....

PUPAS.

La de siempre;
Ya está soñando el mocito.

ADAM.
¡Salada!

PUPAS.
Sí, llama, busca;
Que Dios sabe si ahora mismo
No estará dando la pobre
Que hacer á todos....

ADAM.
¡Bien mio!

PUPAS.
No he visto jamás un hombre
Que charle tanto dormido.

ADAM.
¡Perdon!... ¡Perdon!... (*Despertando*).

PUPAS.
Si le dá
Por atizarme.... no chisto,
Y salga lo que saliere.
Veamos que dice.

ADAM.
¡Dios mio!
¿Dónde estoy?...—¡Qué horrible sueño!
¡Qué visiones!... ¡Pupas!
(*Viendo al muchacho*).

PUPAS.
(Chito,
Chito, Pupas; sé prudente
Y calla y aguanta el mirlo).

ADAM. (*Con dulzura*).
¿Qué haces aquí? ¿qué buscabas?
¿No me respondes?

PUPAS.
(Mansito
Está; mas no hay que fiarse).

ADAM.
¿Marchó el cura?

PUPAS.
Ya se ha ido
A sus quehaceres.

ADAM.
¿Y cuáles
Son sus quehaceres?

PUPAS. (*Con malicia*).
Bonito
Es él para confiarse
A nadie.

ADAM.
Siempre conmigo
Franco fué.

PUPAS.
¿Sí?... pues milagro.

ADAM.
¿Te admiras?

PUPAS.
Mucho me admiro.

ADAM.
¿Qué puede el cura ocultarme?
Hace un mes que con él vivo...

PUPAS.
¿En esta zahurda?

ADAM.
Es pobre
Y no tiene mas.

PUPAS.
Yo afirmo
Lo contrario.

ADAM.
¿Por ventura
Sabes algo?....

PUPAS.
Sé que es rico;
Muy rico.

ADAM.
¿Qué estás hablando?

PUPAS.
Digo que el cura es riquísimo;
Que tiene mas peluconas
Y mas rentas que un obispo.

ADAM.
Mira, Pupas, si burlarte
Pretendes de mí, que aspiro
A comprender lo que pasa
Por el mundo, será indigno
Intento, y accion cobarde,
Hacerlo tú, y yo sufrirlo.
Verdad es que apenas tengo
La inteligencia de un niño;
Que tengo embotada el alma
Y confusos los sentidos;
Pero corazon y brazos....
Ya lo sabes, ya lo has visto;
Me bastan y hasta me sobran
Para castigar á un pícaro.
Dices que el cura posee
Riquezas, y yo imagino
Que es una vil impostura
El pensarlo y el decirlo.
Tener riquezas un hombre
Que vá siempre mal vestido,
Y que sufre tan horribles
Privaciones....

PUPAS.
Cabalito;
¿No es verdad que tiene trazas
De un miserable mendigo?

ADAM.
Su cuarto es pobre; su mesa
Mas pobre aun.

PUPAS.
Pues afirmo
Que tiene muchas talegas
Encerradas en un sitio
Que yo me sé.

ADAM.
Y ¿para cuándo
Las guarda? ¿por qué motivo
No disfruta esos tesoros
Que el cielo le ha concedido?
Yo no ignoro que el dinero
Vale mucho; yo colijo
La razon que el hombre tiene
Para aspirar á ser rico.

Siéndolo, gastar se puede
Pródigamente; magníficos
Trenes ostentar; y... luego,
Con pecho caritativo,
Hacer bien, para que cerca
No haya nunca un desvalido.
Tener oro y no gastarlo,
Y sufrir... no lo concibo.

PUPAS.

Pues ahí verá usted, hay hombres
Que lo entierran; y los pícaros
Antes que gastar un cuarto
Se mueren de un tabardillo.

ADAM.

¿Y dices que el cura?

PUPAS.

Es uno
De esos avaros malditos.

ADAM.

¡Mientes!

PUPAS.

Si usted se amostaza,
Señor Adam, es distinto.
No chistaré; pero sepa
Que era el negocio mas lindo
Del mundo, buscarle el gato
Y birlárselo.—Yo el sitio
Sé donde guardado tiene
Su tesoro.

ADAM.

¿Y al amigo
Y al protector robarías?

PUPAS.

Con los dedos; cabalito.
¿Para qué sirven las manos
Entonces y los sentidos?
¡Protector! ¡amigo! ¡vaya!
¡Vaya un protector y amigo!
Descalzo estoy, voy desnudo,
Paso hambre y paso frío.
¿Qué es lo que me dió...? consejos
Que han de llevarme a presidio.

ADAM. (*Meditabundo*).

Tal vez ¡ay! razones tengas....

PUPAS.

¡Cabal!... tengo mis motivos
Para aborrecerle; un día
Mi padre ponerme quiso
A zapatero; era malo;
Pero al fin era un oficio.
Yo, ya se vé, no gustaba
De estar siempre aburrido
Con el tirapié, las hormas,
Las cuchillas y el martillo,
Todo el día, dale, dale,
Y dale al zapato pícaro;
Pero al fin... qué diantre, un hombre
Es, según mi padre dijo,
Un animal de costumbre;
Y poco á poco, de fijo,
Ya me hubiera acostumbrado
Al trabajo.... pero vino
El demonio de ese hombre,
Que es tan perverso y tan pillo,
A presentarseme un día,
No sé cómo, en mi camino;
Y ya se vé, me dió tales

Lecciones con tales mimos....
Eso sí; si he de ser franco,
Él me mimaba al principio;
Para tabaco me daba,
Para muchachas y vino;
Y... ya se vé, con la holganza
Dejó la lezna y martillo,
Y si no voy á la horca
Será un milagro de Cristo.

ADAM.

¡La horca! ¡el presidio! ¡la cárcel!
¡El trabajo!... tú, mi amigo,
Presentas, hoy á mi vista
Un mundo desconocido.
Tienes razon, ese hombre
Nos empuja al precipicio
Con sus falaces consejos,
Y sus ejemplos inicuos.
De hoy mas, Pupas, como hermanos,
Es necesario, es preciso,
Que vivamos; oye, aliende;
No hace mucho que aquí mismo,
En sueños mirando estaba
Lo que ahora despierto miro.
¡Qué cuadro tan espantoso!
Soñaba que en un magnífico
Aposento me encontraba:
En mil objetos distintos,
Nuevos para mí, los ojos
Recreaba y los sentidos,
Cuando de pronto, á un mancebo
De hermoso aspecto diviso,
Que en indolente apostura
Estaba medio dormido.
A su rostro, que parece
Hecho de mármol bruñido,
El sol de la dicha presta
Mágico esplendor y brillo.
Una sonrisa ligera,
Como el aire fugitivo
Que mueve á la flor, sus lábios
Mueve tambien de continuo.
Yo, entre tanto, le contemplo
Con afán, la vista fijo
Mas y mas en sus facciones;
Y en el alma espanto y frío
Siento á la vez, porque el alma
Me denuncia un gran peligro.
Nada el silencio que reina
Allí, en torno suyo y mio,
Turba; mas ¡ay! que de pronto
El hombre lanza un suspiro
Y oigo una voz que pronuncia
Estas frases á mi oido:
—«Es tu rival, es el conde
A quien debes por instinto
Aborrecer; porque al cabo
Siendo jóven, bello y rico,
Debe ser muy pronto suya
Esa mujer que es tu ídolo.
Por eso de amor la envía
Un cariñoso suspiro.»

PUPAS. (*Aparte*).

¡Pues, señor, quedo enterado!
¡Como hay Dios que estoy lucido!
¿Si se pensará este mozo
Que á mí me importa un comino
Toda esa música? ¡vaya
Con la jerga del mocito!

ADAM.

Tú, Pupas, tal vez no puedes
Comprender lo que te digo,

Porque no sientes el fuego
Que abrasa mi pecho mísero.
Oye, no obstante, y acaso
Notarás cuánto he sufrido
En unos breves momentos
Con ese sueño maldito.
Las frases ¡ay! pronunciadas
Tan de súbito á mi oído,
Eran del cura... del cura
En cuyo rostro sombrío
Vi la espresion del sarcasmo
Pintada; vi el inaudito
Placer que sentir debía
En aumentar mi delirio,
En redoblar mis tormentos,
Y en dar alas á mis bríos,
Para que, ciego en mi cólera,
Sobre aquel hombre dormido
Me lanzara, como dicen,
(Pues ni lo sé ni lo he visto),
Que el tigre feroz se lanza
Sobre el débil corderillo.
Y yo luchaba entretanto
Con pensamientos distintos,
Llena de pavor el alma
Y de rencor infinito.
Entonces de nuevo el cura:
—«Contéplale bien, me dijo;
Es tu rival, es mas jóven,
Mas venturoso, mas digno,
Mas fuerte que tú, que ahora
Temblando estás como un niño.
—¡Mientes! le dije.—Si miento,
Contestó, vé de improviso
Y mátales; aquí en mi mano
Tengo un puñal de dos filos.
—¡Mátales! —¡Déjame! —¡Mátales!
Repetió; yo determino
Alejarme, mas de pronto
La condesa...

PUPAS. (*Aparte*).

(¡Jesucristo!

¿Se habrá enamorado acaso
De la viudita? De hijo.
¡Cuando digo que está loco!

ADAM.

¡Qué afán! ¡qué pena! ¡Dios mio!
Hermosa como ninguna;
Engalanada con ricos
Trajes; aromas vertiendo
Y sonrisas sus divinos
Labios; sus ojos ardientes
Chispeando como el disco
Del sol, que al mundo ilumina...
Toda seducción y hechizos;
Toda encantos, á mi vista
Se aparece; tiemblo, miro
Con afán; el alma muda,
El labio suspenso y frío,
Y el corazón palpitante
Siento á la vez; mis delirios
Se aumentan; cruzar la estancia
Rápidamente la miro,
Y siento crujir la seda
De su soberbio vestido.
El vértigo se apodera
De mí; y en confuso giro
Muebles, objetos, personas—
Van pasando en torno mio.
¡Quiero lanzarme en pos de ella
Y es vano mi intento; insisto
Y es inútil; una mano
De hierro, sobre mi sitio

Me clava, y mis pies parece
Que allí, sobre el mármol frío,
Estienden hondas raíces!
Y en tanto, llegar la miro
Junto al conde, que despierto
La contempla embebecido
Y la recibe en sus brazos
Lleno de ardiente cariño.
Entonces, trémulo y loco,
Quiero lanzar un gemido
Que viene á quedar ahogado
En mi garganta. ¡Dios mio!
¡Cuánto sufrí!

PUPAS. (*Bostezando*).

Ya lo creo.

ADAM.

—¡Míralos! ¡míralos! ¡míralos!
Dijo el cura nuevamente
Con voz terrible á mi oído.
Y dándome al propio tiempo
El afilado cuchillo:
—¡Mátale! ¡mátale! ¡mátale!
Repetió en tono sombrío.
Y por su mano empujado
Me sentí; lleno de alivio
Reneor, con la diestra armada,
Junto al conde maldecido
Llegué... y alzando mi brazo
En su pecho mi cuchillo
Quise hundir... mas ¡ay! que entonces
La condesa en mi camino
Se interpone, y el acero
Clavo en su garganta! un grito
Que se escapa de su boca
Me indica el horrible abismo
De mi desgracia; y el conde
Huye veloz; y en un rio
De sangre anegarme siento,
Mientras de Salada miro
El cadáver, que en mi rostro
Clava sus ojos de vidrio,
Y estrechar quiere por fuerza
Mi cuerpo en sus brazos rígidos!

PUPAS.

¡Vaya un sueño! ¿se ha acabado?

ADAM.

¿No es verdad, amigo mio,
Que fué horrible? Di, ¿no es cierto
Que lo que vemos dormidos
Sombras son que el alma anublan
Y nada mas?

PUPAS.

Cabalito.

¿Quién hace caso de sueños?
Mi abuela una vez me dijo
Que todo lo que soñamos
Sucede al fin; mas yo afirmo
Lo contrario; muchas veces
Los tuve yo de ser rico
Y ya vé usted.

ADAM.

Sin embargo,

Dicen que son un aviso
Del cielo.

PUPAS. (*Con aire de importancia*).

Tambien pudiera
Haber algo de efectivo
En eso; sin ir mas lejos
Diré á usted...

ADAM.

Habla, hijo mio.

PUPAS.

(A ver si le tiento). Anoche
Soñaba que en cierto sitio
Usted y yo nos hallábamos
En acecho; que ambos íbamos
A dar un golpe... ¡qué golpe!
Vamos, el golpe mas lindo
Que puede darse...

ADAM.

Prosigue.

PUPAS.

Pues ya se vé que prosigo.
Sí, señor, el cura tiene
Un gran tesoro escondido,
Y usted y yo...

ADAM.

No me hables

Mas de eso; ya te lo he dicho:
Me inspira horror esa vida
Y aborrezco por instinto
El robo; de hoy mas seremos
Buenos, honrados y dignos.
Yo siento en mi muchas veces
Una voz secreta; un vivo
Afan, que esplicar no puedo
Por mas que bien lo concibo.
Mira, cuando al cielo alzo
La frente y los cielos miro;
Cuando el sol que nos alumbra,
Sus rayos de oro magnificos
Esparce; cuando contemplo
Los verdes campos, y admiro
Tantos árboles y flores,
Tantas espigas de trigo,
Tantos frutos, tantas aguas
Que van su curso tranquilo
Siguiendo.... siento ensancharse
Mi corazon; y mi espiritu
Vuela gozoso buscando....
¿Qué es lo que busca? no atino
A esplicarlo; pero inquieto
Sondar quiere el infinito
Espacio, y la causa indaga
De tanto y tanto prodigio.
¿Quién hace que las estrellas
Y la luna con sus tibios
Reflejos, el mundo alumbrén
Cuando el mundo está dormido?
¿Quién empuja con su aliento
Las nubes, y hace al rocío
Desprenderse en invisibles
Gotas? ¿quién dá al cefirillo
Ligeras alas, y al viento
Sordos ecos, y estampidos
A los truenos, y al relámpago
Siniestro fulgor y brillo?
¿Es el hombre?... no, que el hombre
Teme al rayo y al pédriseo
Que sus hogares destruye.
Ni él pudo, falto de juicio,
Dar vida á la horrible muerte
Que le ataja en el camino
De sus empresas; el hombre,
Cobarde, imperfecto, tímido,
Ni dió garras á las fieras,
Ni plumas al pajarillo;
Que si él fabricase alas
Hicierálas para él mismo.

PUPAS.

Es verdad; si yo pudiera
Volar... (me iria mas listo
Que Cardona, con la música
A otra parte; que de oirlo
Me dá grima).

ADAM.

Mira, Pupas:

Pocas veces he tenido
Semejantes pensamientos;
Pocas, muy pocas; yo, misero,
Sin razon, loco, ignorante,
De mi existencia el camino
Crucé á ciegas; hasta ignoro
Si fui como todos niño.
Ni un recuerdo afortunado
Conservo; mi cuna ha sido
Una cárcel; sus tinieblas
La luz primera que he visto
En el mundo... mi maestro
Fué un presidiario, un bandido.

PUPAS.

Ya le conozco: el tío Lucas,
Padre de Salada.

ADAM.

El mismo.

Y esa mujer sin ventura
Me ató entre opresores grillos
Brindándome á toda hora
Con su amor y sus delirios,
Que, si al pronto me halagaban,
Llenáronme al fin de hastío.

PUPAS.

¿Y qué mas?

ADAM.

¿Qué mas?... Ahora

Puede que sepa decírtelo:
¡He sido muy desgraciado!
Al nacer solo he debido
Lágrimas al mundo y penas,
Y dolores inauditos.
Pero al través de los hierros
De la cárcel, al son mismo
De las coplas que entonaban
Los ladrones y asesinos;
Y mas tarde en la taberna,
En la calle, en el garito....
Al par de mil juramentos,
Solo un nombre, un nombre mismo
Sentí pronunciar; ¿y sabes
Cuál es el nombre que digo?

(Pupas se encoje de hombros).

ADAM.

¡Dios! es Dios; aquella mano
Que busco cuando me fijo
En los cielos, en el mundo,
Y toda su pompa admiro.
Sin saber por qué, do quiera
Su poder grande adivino.

(Pupas dá una cabezada).

¿Te duermes, muchacho? ¡Pupas!
¿Te duermes? (Viendo que está roncando).
¡Oh, se ha dormido!
Mas no importa; ¡Dios y el mundo!
En ambos á dos confío:
Que si Dios todo lo mueve
Y al mundo y al hombre hizo,
Todos seremos hermanos;

Todos iguales nacimos.

(Contemplando al muchacho).

¡Pobre Pupas! yo queria
Sacarte del precipicio
En que estamos, y hoy desdeñas
Los consejos de un amigo.
Tú de la cárcel me hablabas,
Tú me hablaste del presidio,
¡Y eso es horrible! Aun recuerdo
Mi prision; allí metido
Faltábanme luz y espacio,
Como al pobre pajarillo
Que en vano sus alas tiende,
Con furor clava su pico
En los dorados alambres
De su jaula, y con sus trinos
Dulces y tristes, parece

Qué á su libertad un himno
Luego eleva; ¡es tan hermosa
La libertad!... ¡el cautivo
Sufre tanto!... ¡No, no. Pupas!

(Procurando despertarle).

¡Pupas! despierta; conmigo
Vendrás; y los dos iremos,
Como buenos peregrinos,
Cruzando alegres la senda
Del bien; y los dos reunidos
Trabajaremos, y al cabo
Ya verás como consigo
Alcanzar la dicha espléndida
Que en mis sueños imagino.
Yo romperé del pasado
Los rudos pesados grillos,
Que aquí, dentro de mi pecho,



Late un corazon altivo
Y á nadie en pujanza cedo,
Ni á nadie el valor envidio.
Somos jóvenes; un mundo
De amor, de placer, de ricos
Afectos, de dicha suprema
Nos aguarda; ven conmigo.
¡Pupas! ¡Despierta!

(Haciendo nuevos esfuerzos por despertarle).

PUPAS. *(Soñando al parecer).*

¡Un tesoro!

¡Vaya un tesoro divino

Que tiene el cura! ¡Salero!
Ésto si que es de lo lindo.

ADAM.

¡Sueña!... ¡no me escucha!... quiere
Seguir su fatal camino,
Y son mis esfuerzos vanos.
Tanto peor para el misero
Que al fin se queda.—Yo corro
Lejos de aquí; de este abismo
De miserias, que me causa
Dolor y espanto. El destino

Me abre sus brazos, el mundo
 Sus puertas, Dios su infinito
 Poder; que si dá el sustento
 A las aves, y á los ríos
 Sus claras ondas, y al campo
 Sus frutos, y al hombre hizo
 Mi hermano, en Dios y en el mundo
 Y en mis hermanos confío.

(Se pone la chaqueta y luego el sombrero y se marcha).

ESCENA III.

PUPAS.

(Levantando repentinamente la cabeza).

¡Fíate en Dios y no corras.
 ¡Cuando digo que está loco!
 ¡Si pensará que reparten
 Por esas calles el oro?...
 ¡Qué bárbaro! me ha dejado,
 No con tres palmos, con ocho
 De narices; ¡habrá necio!
 Las cotorras y los loros
 Charlan menos; se figura
 Que con trabajar.... ¡demonio!
 Mejor hubiera querido
 Despachar aquel negocio
 Entre los dos: un porrazo
 Dado por él, ó por otro,
 En la cabeza del cura,
 Y era nuestro el gran tesoro.

(Se sienten pasos en la escalera).

Alguien sube, la luz mato
 Y en esta cama me escondo.

(Apaga la luz y se acurruca dentro de uno de los dos lechos).

ESCENA IV.

EL CURA Y PUPAS.

El cura con una luz en la mano penetra en el cuarto y echa el cerrojo; deja la luz encima de la mesa, y comienza á desnudarse dirigiendo antes algunas miradas al lecho donde Pupas se acostó y en el cual supone que duerme Adam. Al quitarse la chaqueta saca de los bolsillos un par de pistolas que coloca debajo de la almohada. Pupas lo observa todo.

EL CURA.

Pues señor, ya mi nave
 Vá viento en popa;
 La madre de Lucía
 Volvióse loca.
 Preso está Lucas,
 Y pienso que muy pronto
 Lo estará Pupas.

De este modo, testigos
 Quito de enmedio,
 Y al conde voy sacando
 Muchos dineros.
 Hincho mi gato,

Y despues.... con Salada
 Largo los trapos.

Los Estados-Unidos
 Me darán sombra
 Si consigo largarme
 Con la manola;
 ¡Fatal muchacha!
 Muriendo está de amores;
 ¡quién lo pensara!

Tú, Adam, tienes de todo
 Toda la culpa;
 Pero juro cobrarme
 Con negra usura.
 Ya irás pagando
 Estos celos horribles
 En que me abraso.

Yo haré que en el camino
 Que el conde lleva,
 Le asalles, cuai si fueses
 Una pantera.
 Y mi artimaña
 Me hará matar dos pájaros
 De una pedrada.

Entre tanto fraguando
 Iré con prisa
 El consabido asunto
 De la de Alcira.
 Lo del incendio
 Es sublime, ingenioso...
 Pero no es nuevo.

En fin, mi barco vuela
 Con viento en popa;
 Quo me quiera Salada
 Y adios, Europa.
 Lejos, muy lejos,
 Con un par de millones
 Gozar aun puedo.

(Pausa: luego dice bostezando).

Parece que el mocito
 Duerme contento;
 Y á mi tambien los ojos
 Me cierra el sueño.
 Justo es que mate
 La luz; muy buenas noches.—
 Creo en Dios padre.

(Vuelve á bostezar y poco despues empieza á dar ronquidos).

PUPAS. *(Tirándose del lecho).*

Ya está el bribon roncando:
 ¡Vaya un buen cura!
 Él si que ha de pagarme
 Sus travesuras:
 Mas me retiro;
 Muy buenas noches, padre...
 Creo en Dios hijo.

(Descorre el cerrojo sigilosamente y sale. La habitación queda sumergida en la oscuridad y el silencio).

CANTO VII.

Tal vez razon el miserable Pupas,
 (Y acaso sin tal vez, razon tenia),
 En burlarse de Adam; mas es lo cierto
 Que Adam al otro dia,
 Mas feliz que otras veces, por las calles
 De la villa del oso discurría.
 Y aquí, lector severo,
 Lograr tu vénia y tu paciencia quiero,
 Si te doy con sus mínimos detalles,
 Cuenta de todo lo que Adam hacia,
 Cuando así por las calles
 De la córte de España discurría.

Dice la historia que el gentil mancebo,
 Ya en Madrid no tan nuevo,
 Ni tan nuevo en el mundo, —pues de nieve
 Y aun de estuco dijéramos que era,
 Si viviendo en el siglo diez y nueve
 Un poco no aprendiera,
 Continuando sumido en su ceguera,
 Sin sentir y sin ver la lumbre pura
 De ese sol esplendente
 Que ilustración se llama;
 Que ilumina los mundos felizmente
 Y por do quier fulgura,
 Mientras la fuente del saber derrama
 Tanto varon de merecida fama
 Como en el templo de la ciencia mora,
 Maneja la política en Castilla,
 Charla, escribe, á los pueblos maravilla,
 (Y yo no sé por donde voy ahora);
 Cuenta, digo, la crónica que, ufano,
 Adam las calles de la heróica villa
 Iba corriendo desde muy temprano,
 Haciendo en su interior comparaciones,
 Llena el alma de dulces ilusiones,
 Y la mente sumida en un profundo
 Éxtasis, contemplando
 La pompa y gala y esplendor del mundo
 Que él vá feliz con efusion cruzando.

Y era por cierto un dia
 En que Madrid su ebullicion constante
 Redoblaba en confusa algarabía,
 Y en vértigo incesante.
 La animacion, la bulla, la alegría,
 Parece que aumentaban
 Mientras las horas rápidas volaban.
 Y músicas marciales y sonoras,
 De agradable armonía
 El espacio llenaban;
 Y cien coches magníficos y bellos,
 Por caballos soberbios arrestrados,
 Ostentando penachos y libreas
 De vistosos colores, combinados
 Con el oro y la plata reluciente,
 Recreaban los ojos de la gente,
 Que aquí y allí mezclábase á porfia,
 Como apiñada mies que agita el viento,
 Y sin cesar bullía
 De la mar imitando el movimiento.

Adam tant portento,
 Tanto lujo y primor, grandezas tales,
 Como en la córte ostentan los mortales,

Contemplaba con ánsia embebecido
 Su triste posicion dando al olvido;
 Si bien de vez en cuando
 Miraba su ropaje,
 Y envidiaba tener un rico traje,
 Como aquellos señores que veía
 Pulular por do quier; pero volvía
 De nuevo á distraerse, y otyidaba,
 Cual queda dicho, su penoso estado,
 Sin ver que ya llevaba
 Bastante tiempo sin probar bocado;
 Y en su estómago el hambre con violencia,
 Comenzaba á tener cierta exigencia;
 Lo cual, sin duda, aunque parezca feo
 A cualquiera lectora casquivana,
 Es comezon y natural deseo
 De nuestra frágil condicion humana,
 Que á veces subordina
 Cabeza y corazon, á lo que ordena
 Despótico el estómago; y contento
 El mas ilustre hambriento,
 Por una rica y suculenta cena
 Trocara el mas brillante pensamiento
 Y hasta el puesto mas noble y encumbrado,
 Como consta en leyendas y consejas,
 Y en la Santa escritura,
 Donde á Edom ó Esaú vemos, cansado
 Su primogenitura
 A su hermano vender por un puñado
 De menudas lentejas,
 Que sacian su apetito,
 A trueque de incurrir en un delito.
 Lo cual prueba de un modo harlo evidente
 Que es el hambre cruel é intransigente,
 Y que al sentirla Adam, cual la sentía,
 No por eso incurría
 En ningun desacato al buen decoro,
 Urbanidad galante y cortesía,
 Ni tampoco á las reglas de poesía,
 De aquel siglo de oro
 En que al fin toda Filis comería.
 Pues si hay algun humano
 Que diga «estáte quedo»
 Al susodicho estómago tirano,
 Cuando él dice «no cedo,»
 Bien puede al punto levantar el dedo.

Asaz el pobre mozo
 Heróico se mostraba y duro y fuerte,
 Cuándo al público gozo
 Se asociaba feliz de aquella suerte.
 Que no hay mas dura muerte
 Que la que causa en sus congojas viles
 Esa insolente comezon tirana,
 Para la cual no hay venturoso Aquiles,
 Ni invulnerable fuerza sobrehumana.
 Antes bien, para mí sostengo y creo,
 Aunque el lector en lo contrario crea,
 Que, con quitarle París la comida,
 Sin mas flecha ni herida,
 (Dicho ya con perdon de Homero sea)
 Pronto finára el hijo de Peleo
 Sin causar tanto estrago en la pelea.

Iba, pues, nuestro Adam calles corriendo,

En pos de mucha gente, que por ellas
 Ansiosa circulaba
 Al son del grato militar estruendo;
 Y á veces se paraba,
 Por ver ninfas hermosas como estrellas,
 Que en cien carrozas bellas
 Iban cruzando el anchuroso espacio.
 Y al fin ante un palacio,
 Maravilla de piedra portentosa,
 Se encontró de repente;
 Donde tropas y gente,
 En una plaza grande y espaciosa,
 Como en la pña se acomoda el grano,
 Codo con codo y mano sobre mano,
 En apretada confusion yacia,
 Y con violencia y con trabajo abria,
 A dos filas de coches ordenadas,
 Que amagaban vivientes oleadas,
 De carne y ropas limitada via.

Sus ojos y su ardiente fantasia
 Fijaba el jóven placentero en tanto
 En aquel *mare-magnum* sorprendente,
 Esplicacion prudente
 Pidiendo á su razon de todo aquello
 Que en sí llevaba tan augusto sello
 De novedad y seductor encanto.
 Y descender miraba
 Cien varones, cubiertos de bordados,
 Y fajas y entorehados
 De reluciente oro,
 Que, graves en el rostro y reposados,
 En el alcázar penetrando iban.
 Y luego cien mujeres,
 Con las sienes ornadas
 De diademas cuajadas de diamantes,
 Que, al mostrarse radiantes
 De placer y hermosura, descendian
 A su vez, y el alcázar invadian
 Codiciosas miradas provocando.

De pronto un eco blando,
 Triste y lloroso, resonó en su oido,
 Semejante al quejido
 Que el moribundo, al despedirse, deja
 Escapar con el alma que se aleja;
 Y humilde voz que dijo:
 —Una limosna, hijo,
 Para esta pobre vieja,
 Que en el mundo no tiene
 Mas amparo que Dios.» Y así diciendo,
 Con una mano helada,
 Huesosa y arrugada,
 Otra de Adam tomó; y Adam, fijando
 En ella su mirada,
 Movido de piedad, sintió agolparse
 A sus ojos el llanto,
 Pues daba el verla compasion y espanto.

—¡Pobre anciana! exclamó; ¿por qué abatida,
 En tu pesar profundo,
 Puedes bajar la frente encanecida
 Hoy que así goza y se engalana el mundo?
 ¿Fuiste madre y perdiste al hijo amado?
 —Le perdi.—¿Se murió?—Le tengo ausente.
 —¿Ausente y lloras?—Me cayó soldado,
 Y pobre vivo y además doliente.
 —¿Soldado dices?—Del materno techo
 Le arrancaron un dia,
 Sin ver la herida que en mi amante pecho
 Tan fiera ausencia sin piedad abria.
 —¿Y no volviste á verle?—No, los mares
 Cruzar le hicieron y su suerte ignoro.
 —¿Quién alivia tus penas?—Mis pesares
 A nadie importan, y á mis anchas lloro

Mientras limosna por el mundo imploro.

Quedó Adam abismado
 Por algunos momentos
 En un mundo de estraños pensamientos;
 Pero la voz de un hombre que á su lado
 Estaba, le sacó de su sombría
 Meditacion, diciendo de este modo
 A la cuidata vieja:—Horrible tia,
 Bruja maldita, ¿cómo aquí te vienes
 Con tus andrajos y tu mugre y lodo
 A estorbar á la gente? ¿Acaso tienes
 Para pedir limosna carta blanca,
 Diciendo á cada cual un desatino?
 Sígueme, ven; allí en San Bernardino
 La puerta tienes á tu paso franca.
 —¡Piedad! ¡piedad! esclama la mendiga.
 —¿Piedad? Dios te maldiga;
 Volvió el hombre á decir con duro acento;
 Y asiéndola violento
 De un brazo, á su pesar llevarla quiso;
 Mas Adam, de improvisó,
 Con ánimo arrogante,
 Poniéndose delante:
 —Déjala, dijo, deja á la inocente
 Que ningun mal te ha hecho.
 ¿No se ablanda tu pecho
 Al mirar su abandono y sus dolores?
 ¿El alma no te dice
 Lo injusto de tus bárbaros rigores?
 Mira, mira cual tiembla la cuidata.
 ¿No te dá compasion?—¿Y qué te importa,
 Que lllore ó no esa bruja condenada,
 Si ha de ser, á la larga ó á la corta,
 Al hospicio llevada?
 ¿Por ventura prefieres,
 Que en un dia de córte y besamanos,
 A molestarlos venga
 Tan flaca, ruin persona,
 Y aun que acaso del robo se mantenga?
 —¡Yo robar! ¡yo ladrona!
 Gritó la vieja en lágrimas bañada,
 Impaciente, indignada,
 A su dolor las riendas aflojando.
 ¿Yo ladrona? ¡Dios mio!
 ¿Hasta cuándo, hasta cuándo,
 Permitirás que la pobreza sea
 Escarnecida por el hombre impio?
 ¿No basta ya que la virtud se vea,
 En el flujo y reflujo
 De este mar proceloso de la vida
 Tan náufraga y perdida,
 Mientras la insulta con su pompa y lujo
 El rico indiferente?
 ¿Será preciso que á la mística frente
 Del pobre virtuoso
 Se arroje la calumnia, y la ventura
 Le roben para hacerle mas odioso?
 ¡Oh, qué horrible impostura!
 Pobres hay, lo confieso;
 Hay pobres criminales,
 Dignos sin duda de ejemplar castigo;
 Mas otros saben conllevar sus males,
 Sufriendo sus terribles privaciones
 Sin siquiera exaltar tímida queja.
 ¿Qué mas queréis, qué mas? ¿Por qué razones
 Últraparme queréis? Débil y vieja,
 No puedo, trabajando,
 Sustentarme y vivir; no, ¡ya no puedo!
 Mas aunque voy doliente mendigando,
 En nadá á nadie en honradez le cedo.

—No importa, date prisa,
 Contesta el hombre con brutal sonrisa,
 Ven conmigo y silencio; que presumo

Que á la pobreza la soberbia juntas.
 —No iré, no.—Vagamunda, ven conmigo.
 —¿Cuál es mi crimen?—Basta de preguntas.
 —No basta, dijo Adam; desde hoy su amigo
 Yo la protejo. —¡Bravo! y tú... ¿quién eres?
 —Soy... quien soy; respondió con voz tonante
 Ya de impaciencia lleno.
 Soy un hombre cual tú; pero mas bueno,
 Mas fuerte, mas pujante,
 Segun voy á probártelo en seguida
 Si de aquí no te marchas al instante.»

La vieja, dolorida,
 Volvió á pedir piedad; y el hombre, viendo
 Que Adam rayos lanzaba
 De sus ardientes ojos,
 Y que dispuesto acaso á todo estaba;
 Temiendo sus enojos,
 Poco á poco de allí se fué escurriendo
 Por entre aquella muchedumbre inmensa.
 Y Adam, con aire ufano,
 Tomó á la vieja de la flaca mano,
 Diciendo candoroso:—Yo colijo,
 Por lo que pasa en mí, vuestro quebranto:
 Que ausente estais del amoroso hijo,
 Y yo, sin madre, me sumerjo en llanto.
 Mas ya que duelo tanto
 Nos cupo en suerte, un lazo formaremos
 Entre los dos, y juntos viviremos
 En santa compañía;
 Yo seré vuestro báculo, señora,
 Y vos seréis de mi existencia gula;
 Que nadie como un viejo
 Puede dar á los jóvenes consejo.
 Vos de Dios no hace mucho que me hablasteis
 Y á mí me agrada el escuchar su nombre;
 Mas ¡ah! que no llegásteis
 A comprender, por mucho que os asombre,
 Mi bárbara rudeza: yo criado
 Entre gente feroz; loco, ignorante,
 He vivido hasta ahora; y solo un día,
 Una mujer amante,
 Con la cual no hace mucho que vivía,
 Me dijo que de un hombre
 La humanidad entera descendía;
 Y que todos nacemos
 Iguales, porque al fin somos hermanos,
 Mas ¿cómo ser podemos
 Hermanos, vos y yo, de esos señores,
 Que en la abundancia viven,
 Que no sienten del hambre los rigores
 Y solo dichas y placer reciben?
 Yo, señora, me empeño
 En sacudir de mi ignorancia el sueño,
 Porque siento en el alma
 Un afán de gozar que me enajena,
 Que me roba la calma,
 Y de delirios y ambición me llena.
 Romped vos este velo que me ofusca;
 Que turba mis sentidos;
 Dadme consejos, ilustrad mi mente,
 Y los desconocidos
 Caminos de la vida iré invadiendo;
 Y veréisme arrogante, omnipotente,
 Ir subiendo, subiendo
 Hasta alcanzar lo que soñé impaciente.»

La vieja, sorprendida,
 Clavó triste mirada
 En el rostro de Adam, y suspirando:
 —¡Pobre mozo! exclamó: ¿de dónde sales
 Que estás tan ciego cuando tanto vales?
 ¿Qué consejos pretendes que yo pueda
 Darte, ¡triste de mí! si ya cargada
 De achaques y de años,

De penas y de negros desengaños,
 Turbia tengo la mente y anublada
 La confusa razón? Si yo tuviera
 Mas talento, mas brio,
 ¿No ves que ya estuviera,
 Salvando mares, junto al hijo mio?
 ¡Oh! no, ya el hado impío
 Mis sentidos embota,
 Paraliza mis miembros, y mi sangre
 Perezosa circula gota á gota,
 En hielo convertida,
 Aquí en las venas de mi cuerpo inerte,
 En tanto que es mi vida
 Luz que ya pronto apagará la muerte.

Calló un instante la infeliz anciana
 Y luego prosiguió:—Ya ves si puedo,
 Arbol inútil, seco, carcomido,
 A nadie prestar sombra. Tú, entretanto,
 Eres planta lozana,
 Sencilla y olorosa,
 Que crece altiva en la feliz mañana
 De una constante primavera hermosa.
 ¿Cómo juntar mi nieve con tu fuego,
 Tu dicha con mi pena,
 Tu vida con mi muerte,
 Tu buena estrella con mi mala suerte
 Y mi inquietud con tu feliz sosiego?
 ¡Oh! no, tu estabas ciego
 Cuando así pretendiste unir al mio
 Tu destino, sin ver que mis dolores
 Llenarte al fin podrian
 De fiero y rudo y congojoso hastio.»

Volvió á callar la anciana;
 Y de nuevo arrojando
 Un suspiro profundo:
 —En verdad, exclamó que aquí charlando
 Ambos queremos gobernar el mundo.
 El hombre que hace poco
 Al hospicio llevarme pretendia,
 Sus razones tenia
 Para juzgarte loco
 Y á mi soberbia. Yo me entretenia
 En acusar al rico; lamentaba
 La suerte de mi Andrés, del hijo amado
 Que hoy á su Reina y á su patria sirve
 En el honroso puesto de soldado.
 Y loca me olvidaba
 De cien almas piadosas,
 Sublimes generosas,
 Que dieron á esta vieja desvalida
 Sosten y amparo y alimento y vida.
 En muchas ocasiones
 He maldecido al rico indiferente,
 Olvidando los buenos corazones
 Que al oír mi doliente
 Voz, apiadados de miseria tanta,
 Diéronme afables su limosna santa.
 No, no, yo estaba loca,
 Y tú ignorante te ostentabas; sigue,
 Sigue la senda que al honor conduce
 Y ya verás como del bien que anhelas
 El sol brillante en tu horizonte luce.»

Atento y complacido
 Estas palabras el mancebo oía,
 Y su extraño sentido
 Apenas comprendia,
 Si bien su pecho á la esperanza abría.

Entonces en su oído
 Mágicas voces resonaron:—Esa,
 Esa es, decian hombres y mujeres,
 De los que en torno estaban agrupados,

La condesa de Alcira. — ¡La condesa!
 Gritó Adam á su vez, y palpitante
 Sintió latir su corazón; sus ojos
 Claváronse al instante,
 Ardientes y azorados
 En un coche magnífico; y al punto
 Una mujer, hermosa como un cielo,
 Saliendo del alcázar, vaporosa,
 Ostentando un magnífico ropaje
 De seda y terciopelo,
 Cruzó ligera por el breve espacio
 Y subió al carruaje
 Que se alejó ligero del palacio.
 — ¡Oh! ¡qué bella! ¡qué bella!
 Dijo Adam; y tratando en su porfía
 Enamorado de seguir su huella;
 Con la gente que había
 En torno, luchar quiso
 Atropellando á todos de improviso.
 Y calle al fin abriendo,
 De la carroza que á su bien guardaba
 Lanzóse en pos con paso apresurado,
 Sin saber lo que hacía;
 Y luego dió en correr; y con enfado
 Notó, al mirar que su vigor se apoca,
 Que era su empresa temeraria y loca;
 Pues cuanto mas corria
 Mas la carroza de su vista huía.

Tal vez faltó de aliento,
 Desmayado y hambriento,
 Exánime cayera,
 Cuando acertó á entrever que la ligera
 Carroza, se paraba
 Junto á una casa; y en verdad que era
 Tiempc ya de que aquello sucediera,
 Pues la gente curiosa que miraba
 Correr al pobre mozo,
 Entre burlas, chacota y alborozo
 Por loco nuevamente de tomaba;
 Y aun no faltó tampoco quien juzgase
 Que era un ladrón, un múnstruo, un asesino.
 Y en serio se trató que no escapase
 Deteniéndole al cabo en su camino,
 A fin de que aprendiera
 Que en sociedad el hombre saber debe
 Ir por las calles circunspecto y grave,
 Y que el menguado que á correr se atreve
 En la córte, en el siglo diez y nueve,
 Las cultas leyes del honor no sabe.

Quedóse al fin parado
 Y algun tanto corrido;
 Mas la gente, al notar su gallardía,
 Su aspecto varonil y el encendido
 Mirar centelleante
 De sus ojos; al verle preparado

A castigar al que quisiera necio
 Inferirle la injuria y el desprecio,
 Poco á poco de allí se fué alejando
 Llevándose la música á otra parte.

Y aquí, lector, quisiera yo explicarte,
 Condensando la acción y breve siendo,
 Lo que luego pasó; pues es el caso
 Que allí ocurrió un fracaso,
 De Adam en la presencia,
 Observado en la córte con frecuencia,
 Si bien es siempre aterrador y horrendo.
 Vió, pues, salir á la de Alcira bella
 De la casa indicada, y mientras ella
 Con su lacayo hablaba
 Y en su coche montaba,
 Entretanto que Adam embebecido,
 Su abrasada pupila
 Clavaba en ella con creciente anhelo
 Cual si se abriese ante su vista un cielo,
 Vióse otro coche por la parte opuesta
 De la calle avanzar; y los caballos
 De uno y otro soberbio carruaje
 Se cruzaron á poco con presteza,
 En tanto que la hermosa, con su mano
 Hizo un saludo á un jóven cortesano
 Que asomó por acaso la cabeza.
 Y mientras esto sucedió, la anciana,
 Madre de aquel á quien lloró soldado,
 Por Adam no hace mucho defendida,
 Y ya de los lectores conocida,
 La ancha calle cruzó con paso lento,
 Y fué por los caballos derribada,
 Chocando contra el duro pavimento
 Y mostrando su frente ensangrentada.

Lanzó Adam un rugido
 Gritando con horror: ¡Yo la he perdido!
 Y al bárbaro cochero apostrofando:
 Lanzóse de repente
 Sobre coche y caballos diligente
 Dominar su pujanza procurando.
 Mas el jóven aquel que dentro iba
 Gritó con voz tonante:
 — ¡Adelante! ¡adelante!
 Y el auriga, su látigo crugiendo,
 Cruzó de Adam la cara.
 Y el círculo de gentes que acudieran
 Rompióse de repente,
 Mientras Adam, de cólera demente,
 En un rostro repara
 Do una sonrisa descubrió insolente,
 Y una mirada de rencor avara,
 Que, al posarse en sus ojos,
 Cuando ya el coche rápido corria
 En un mar de dolores y de enojos
 Y de impotente rabia le envolvía.

CANTO VIII.

I.

Una de las principales calles de Madrid.

ADAM.—*Grupos de curiosos que rodean á la anciana.—Transeuntes que pasan ó se detienen.*

ADAM.

Fiero mi rostro cruzó,
Y huye con veloz carrera;
Teme mi venganza fiera
Quien cobarde me ultrajó.
Clavó su mirada en mí
Provocadora y triunfante,
Y una sonrisa insultante
En sus lábios entreví.

¿Por qué se gozó en mi mal?
¿Qué misterio aquí se esconde?
Yo le conocí, es el conde
De la Banda, es mi rival.

Que aunque jamás le ví yo,
Ni le conozco ni trato,
Es su rostro el del retrato
Que el cura me presentó.

Y el rencor que demostrara
Ese cochero insolente...
Oh! cual se abrasa mi frente!
¿Cómo me escuece la cara! *(Pausa.)*

Y ella en tanto sonrió
Cuando pasó junto á él,
Sin ver el ánsia cruel
Con que mi pecho latió.

Terrible y horrendo afán
Que aumenta mi desvarío!
Yo me quedo aquí, ¡Dios mío!
Y ellos... ellos... ¿dónde están?

¿Por qué mi fuerza se apoca
Y el cansancio aquí me clava,
Y de mi cuerpo es esclava
El alma impaciente y loca?

El alma volar quisiera
De ellos en pos, y entretanto
Débil me entrego al quebranto.
¡Si yo alcanzarlos pudiera!...

(Fijando sus ojos en los extremos de la calle.)

UN TRANSEUNTE.

Mocito, ¡perdone usted!
¿Me quiere usted explicar
Lo que pudo motivar
Esa catástrofe?

ADAM. *(Volviendo de su profunda abstraccion.)*

¿El qué?

TRANSEUNTE.

La gente que allí agrupada
Está, según he advertido...

ADAM.

Es verdad, puse en olvido
A la vieja desdichada.
Tal vez si al hospicio fuera,
Cosa que no permití,
Tal vez... tal vez ¡ay de mí!
En trance tal no se viera.

TRANSEUNTE.

¿Fué algun coche?

ADAM.

Un coche fué.

TRANSEUNTE.

Ya en Madrid no hay policía.

ADAM.

Yo protegerla quería,
Y yo fui quien la maté.
¡Infeliz!

TRANSEUNTE.

¿Qué está usted hablando?

ADAM.

Muere sin ver á su hijo.

TRANSEUNTE.

¿Quién es?

ADAM.

¿Lo sé yo?

TRANSEUNTE.

(Colijo)

Que el mozo está delirando
Ó acaso á mofarse aspira).

ADAM.

Venga usted conmigo á verla.
¡Pobre! quiero socorrerla.
¡Si viviese aun!

TRANSEUNTE.

¿Le inspira
Tanto interés?

ADAM.

Mucho, sí.

¿Estraña usted que taladre
Mi pecho, el ver á esa madre
Que exánime yace allí?
Yo á socorrerla volara;
¡Y aun lo intenté; mas fué en vano!
Aquel látigo villano
Vino á cruzarme la cara.

TRANSEUNTE.

¡Qué charla tan singular!

(Le vuelve la espalda y sigue su camino.)

ADAM.

(*Avanzando hacia el grupo de gentes que rodean á la anciana.*)

Dejadme que yo la vea.

LA VIEJA.

¡Maldito! maldito sea
Quien no me dejó llevar
Al hospicio!

(*Dá un grito ahogado y cae desmayada.*)

UN HOMBRE.

¿Ha muerto?

OTRO.

No.

OTRO.

Creo que sí.

UN CABALLERO.

¡Desventurada!
Su frente está destrozada.

ADAM.

¡Ha muerto y la mato yo!

(*Barullo, confusion, apretones.—Adam se abre calle y se aleja poco á poco profundamente afectado. Unos hombres que se acercan con una camilla colocan en ella á la anciana, que apenas dá señales de vida, y se preparan á conducirla al hospital. Los curiosos se van dispersando.—Un gacetillero se dirige apresuradamente hacia la redaccion del periódico en que escribe.—Los coches siguen cruzando la calle á todo correr.*)

II.

Y Adam siguió tambien á la ventura
Recorriendo la corte castellana,
Dando al cabo al olvido su amargura
Y el trance fiero de la pobre anciana.
Que si el placer del hombre poco dura,
Tambien, en cambio, en la feliz mañana,
Encantadora y bella de la vida,
Fácilmente el dolor el hombre olvida.

Y marcha el jóven lleno de ilusiones,
Siempre por llana y anchurosa via,
En busca de fantásticas regiones
Que alumbraba un sol de espléndida alegría.
Y ahuyentando sus negras impresiones
Con sueños de su ardiente fantasía,
Suele siempre forjarse en lontananza
Mil mundos de placer y de esperanza.

¡Oh! ¡bella juventud! ¡oh edad hermosa
Casi exenta de lágrimas y duelos!
Tú engalanas con mano cariñosa
El valle y monte y cristalinos cielos.
Por tí el alma del hombre, en ardorosa
Sed de amor, siente el dardo de los celos,
Para hacer que el temor, que luego pasa,
Torne en hoguera la encendida brasa.

Y ese amor, que se estiende y se acrecienta,
Móvil es de magníficas acciones;
Y esa edad impetuosa, turbulenta,
Dá vida y movimiento á las naciones.
Generosa, feliz, ruda, violenta,
Arrastrada tal vez por sus pasiones,
Aunque marche imprudente hacia el abismo
Entusiasta comprende el heroísmo.

Por eso Adam, que es jóven, la divina
Luz que inundó su corazon ardiente,
Que entre sueños le halaga y le fascina,
Y despierto le ofusca, con vehemente
Afan buscando vá; ciego camina
Con pié ligero y ademan valiente.
Olvida la verdad que le rodea
Y en forjar mil mentiras se recrea.

Bien mirado, Madrid tiene mil cosas
Placenteras, que halagan los sentidos;
Y en estas poblaciones populosas
Vivimos casi siempre divertidos.
¿Quién se aburre al mirar tantas hermosas
Que parecen querubens descendidos
Desde el cielo á la tierra, y que sus alas
Esconden entre sedas y entre galas?

*Era la hora en que la luz se hundía
Tras las montañas (cual ZORRILLA dijo),*
Y el comercio sus luces encendía
Del curioso aumentando el regocijo.
Curioso que en mirar se entretenía
Tanto objeto falaz, tanto enredijo
Como en traidor escaparate brilla
Insultando á los pobres de la villa.

Y al mismo tiempo que la niebla densa
Por otras calles, que aun en sombra estaban,
Iba tendiendo su cortina inmensa,
Ligeros el taller abandonaban
Modistas y artesanos, que en su intensa
Pasion, al punto con afan buscaban
Al dulce objeto de su amor querido,
Futura esposa ó próximo marido.

Y el confuso rumor iba en aumento;
Y el nocturno bullicio entretenía
Al pobre Adam que, lleno de ardimiento,
Contra el hambre cruel se defendía.
Y en un café se dice que un momento
Entró, por ver lo que la gente hacía,
Y vió allí muchos hombres confundidos
En beber ó en comer entretenidos.

Y se dice tambien que de pasada
Cruzó en su mente el natural deseo
De pedir un café y una tostada;
Pero yo, mis lectores, no lo creo.
Si lo pensó, por fin no pidió nada;
Que está prohibido todo regodeo
Para aquel que no paga al verse harto,
Y Adam no lleva en el bolsillo un cuarto.

Salió de allí pensando en la condesa,
En Salada, en el conde y en el cura;
En todo cuanto halaga ó interesa
A su naciente amor y á su ventura.
Y en el aire castillos con gran priesa
Inocente formaba en su locura,
Sin mirar que luchaba en su impaciencia
Con su misero estado y su impotencia.

Suelen decir que no hay hombre sin hombre,
Y solo se halla Adam; y no comprendo
Cómo huérfano, misero, sin nombre,
Sin porvenir, con un pasado horrendo,
Puede aspirar... mas nada hay ya que asombre
En este mundo en donde estamos viendo
Tanto necio mezquino con fortuna
Encumbrado á los cuernos de la luna.

Así, pues, sin temor sigo mi cuento,
Sin que nadie me aparte de mi tema,
Para ver lo que el mundo turbulento

Sabe ofrecer al héroe del poema,
Nuevo Adam inmortal, raro portento
De la embrollada humanidad emblema,
Que vino á padecer, porque él lo quiso,
A este inmenso y caduco paraíso.

Paraíso en verdad tan ilustrado
Y tan lleno de antorchas y de luces,
Que aparece do quiera iluminado
Aunque pese á los gansos y avestruces.
Donde ya todo quidam vá cargado
De fajas y de placas y de cruces,
Hasta verse tranquilo y satisfecho
Con ponerse un calvario sobre el pecho.

Paraíso feliz, donde un petate,
Patriota elocuente, aunque postizo,
Famético, estupendo botarate,
Imbécil, solapado, advenedizo,
Viene halagando al pueblo.... pero ¡táte!
Que aquí ya sin quererlo me deslizo,
Y no es justo igualar con esta gente
Ni aun la astucia infernal de una serpiente.

Y bien mirado, es cosa un poco crítica
Que me meta en camisa de once varas,
Sabiendo, como sé, que la política
Tiene cosas tan hondas como raras.
Nuestro Adam, por el pronto, la raquítica
Cuestión no aborda, como ya á las claras
Lo hacen muchos que á patria y ley sorprenden,
Y solo al medro personal atienden.

Digo,—y sigue la historia interrumpida
Cien veces ya,—que el arrogante mozo
El áspero camino de la vida
Cruzando vá con cándido alborozo.
Muy pronto el pobre su horfandad olvida;
Forma castillos con creciente gozo,
Y esquivando las penas del momento
Al porvenir entrega el pensamiento.

Galas, coches, palacios, misteriosas
Escenas que le agraden y recreen;
Mil pláticas de amor; ninfas hermosas
Que sus hombros impúdicas rodean;
Zambras, joyas, conciertos, bulliciosas
Brisas livianas que su frente oreen;
Todo y mas (pues el todo juzga poco),
Quiere alcanzar en su delirio loco.

Mas de pronto, en un sitio algo apartado,
Un edificio encuéntrase á deshora
Que aparece por dentro iluminado
Con torrentes de luz destumbradora;
Y vé un pueblo á las puertas agrupado
Que impaciente se muestra; y la agresora
Turba que espera, se incomoda y grita,
Dentro al fin con ardor se precipita.

Y Adam entra con ellos; impaciente
Quiere ver lo que todos ver procuran;
Mas un hombre le ataja de repente
Mientras que algunos en redor murmuran.
—¡La entrada! dice el hombre displicente:
—¿En dónde está la entrada? (Y aquí juran
Los guardianes que allí se hallan alerta,
Viendo al mancebo señalar la puerta).

Que él á la puerta siempre le ha llamado
La entrada, y mas no sabe; y no comprende
Que el carton que los otros han pagado
Y que por fuera del local se vende,
Dá derecho á gozar; y que es vedado
El sitio aquel para quien nécio tiende

Sus alas por un mundo en que ligero
Nadie penetra sin tener dinero.

¡Dinero! ¡grata frase! ¡nombre augusto
Que mágico poder y dicha alcanza!
¡Modelo del saber, regla del gusto;
Mansion de gloria, luz de la esperanza!
¡Dinero! pues cimiento eres robusto
Del amor y mundana bienandanza,
Deja, deja que yo mas te abriente
Y postrado ante ti, tus glorias cante.

¡Yo te estimo, dinero, yo te adoro!
¿Quién te deja de amar? Un pueblo entero
Para incensarte alzó un becerro de oro,
Que era imagen y emblema del dinero.
Tú á los hombres desvives; su tesoro
Eres tú; su ilusion, su verdadero
Ídolo; mira, advierte el noble ejemplo
Que todos dan al erigirte un templo.

Tú vences al pudor, por ti las artes
Se abrientantan; las fuerzas centuplicas;
Por ti se exhibe el hombre en todas partes,
Y no hay persona mala en siendo rica.
Tú abrevias las distancias, tú repartes
Honores; mueves guerras, pacíficas
Los reinos; tú eres génio que no yerra...
Eres, en fin, un dios sobre la tierra.

Perdona, pues, perdona que insensato
El pobre Adam contigo no contara.
Gozar quiso sin ti, dinero, un rato
Y su delito le salió á la cara.
—Es un nécio, un perdido, un mentecato,
Debió decir la gente; y con avara
Intencion de reir, toda gozosa
Se le acerca y le oprime bulliciosa.

Pero, Adam, que esta vez bromas no aguanta,
Ni sonrisas, ni insultos, ni sonrojos,
Su bella faz con altivez levanta
Y en todos fija sus brillantes ojos.
Mueve despues con decision su planta;
Empuja á varios que le dan enojos,
Y á seguir adelante se decide
Aunque el portero la tarjeta pide.

Y un hombre que es rumboso, aunque no es rico,
—Dejadle entrar, esclama incomodado;
¿No veis que quiere ver el pobre chico
Lo que nunca, tal vez, ha contemplado?
¿No os podeis explicar, cual yo me esplico,
El busilis de todo? Yo al contado
Pago por él; dejad franca la puerta
Y que vea el teatro y se divierta.»

Sin darle gracias, sin oírle acaso
Nuestro ignorante mozo, que acelera
Por los pasillos el ligero paso,
Llega al salon donde la gente espera.
Y en el sitio mas cómodo, aunque el caso
Ser peligroso á su quietud pudiera,
Sentóse al punto, contemplando ansioso
Aquel mundo tan nuevo como hermoso.

En vasto semicírculo, inundado
De luz y de calor y de armonía,
Vió un numeroso público agrupado
Que en hablar y esperar se entretenía.
Y al mirarlo quedó maravillado,
Pues nunca tanta muchedumbre habia
Visto lucir, con tanta gentileza,
Tal lujo, tanta espléndida riqueza.

Y halló hermosas mujeres que exhibían
Sus bellos rostros, y con diestro ensayo,
De su casi desnudo pecho hacían
Ostentación en lánguido desmayo.
Mujeres que las almas encendían
Trocando en Etna el frígido Moncayo;
Que no hay alma que escape á sus antojos,
Ni hay nieve para el fuego de sus ojos.

Dígalo Adam, que atónito fijaba
Los suyos en la pléyade hechicera,
Y ansioso con placer las devoraba
De sí mismo olvidado, de su fiera
Situación, y aun del hambre que minaba
Su estómago; — y aquí, lector, quisiera
Yo prescindir de cosas tan mezquinas
Al tratarse de escenas tan divinas.

Mas visto está que en todo la miseria
De nuestra débil condición miramos,
Y en la ocasión mas crítica y mas seria
Con óbices sin cuento tropezamos.
Y el espíritu cede á la materia;
Y á lo mejor del cuento nos hallamos
Con que el bravo mas bravo, que no puede
Ceder jamás al miedo, al hambre cede.

Y basta ya de excusas: hasta ahora
Adam se muestra fuerte y satisfecho;
Y con su vista sin cesar devora
El rostro hermoso y el ebúrneo pecho
De una y otra gentil beldad; y adora
En aquel santuario, cuyo techo
Guarda tanto placer y dicha tanta
Como su vista y corazón encanta.

Solo una cosa estraña el inocente.
¿Cómo el galán ó esposo, sin desvelos
Tolera que contemple allí la gente
Con avidez aquellos claros cielos
De amor y juventud? Él impaciente,
De seguro sintiera rudos celos,
Al notar que á su amada compañera
Otro mortal tan descuidada viera.

¡Cosas de un ente antisocial! empachos
De que algun hombre ilustre se reíría;
Escrúpulos de monja, ó de muchachos
Que no han visto el gran mundo todavía.
Allí hay varón que aguza sus mostachos
Y hácia la izquierda los gemelos guía,
En tanto que su esposa, satisfecha
Se sonríe mirando á la derecha.

Y acaso alguna sobre Adam clavara
Sus ojos, afanosa contemplando
Aquel cuerpo gentil, y aquella cara
Tan bella que á querer está incitando.
Mas el telon, que á la sazón se alzara,
Fué hácia la escena la atención llamando,
Mientras Adam atónito se admira
Y dilatarse el horizonte mira.

¡Peñas, árboles, fuentes, cielos, flores!...
¿Qué es aquello? ¿qué mágico portento
Contempla de repente? Allí de amores
Misteriosos se trata; y sigue atento
Una historia de infamia y de dolores,
Hasta que al cabo, á la mitad del cuento,
Viendo que el vicio á la virtud oprime,
Se irrita al ver que el oprimido gime.

Y aun mas se irrita el ignorante mozo
Al ver la horrible indiferencia impla
Con que el público muestra su alborozo

Aplaudiendo la escena mas sombría.
Y le estraña que en negro calabozo
Se convierta el salón ó selva humbría,
Y que el traidor se goce impunemente
Mientras llora y sucumbe el inocente.

Por lo cual iracundo se levanta,
En actitud salvaje, de su asiento,
Sofocar proeurando en su garganta
De indignación un grito; pero atento
Mira, y su propia necedad le espanta:
Aquel mundo encantado, aquel portento,
Es solo un aparato, una quimera
Remedo de la vida verdadera.

Telones, bambalinas, bastidores;
Manchas, pinturas, árboles fingidos;
Mentidas peñas, inodoras flores;
Muros de lienzo, trajes mal prendidos.
Y el telon que desciende... ¡oh! son mejores
Sus sueños; mas hermosos los queridos
Fantasmas de ilusión que se formaba
Cuando despierto á su placer soñaba.

Por eso vuelve con afán la vista
Hácia el mundo feliz que le rodea,
Y sigue á la verdad la ansiosa pista
Cuando ficciones en su mente crea.
Que la humana comedia poco dista
De la farsa falaz que le marea,
Y hay sábios, mas de tres y mas de cuatro,
Que dicen que este mundo es un teatro.

Pero Adam no lo sabe, y por felices
Tiene á aquellas señoras y señores;
É ignora sus flaquezas, sus deslices,
Sus ocultos afectos, sus dolores.
Y no vé que las bellas son actrices;
Y no vé que los hombres son actores
Que, diciendo tal vez lo que no sienten,
Amor afectan ó sonrisas mienten.

Y á todos los contempla, los admira;
Envidiales el traje, la apostura,
Las ricas joyas do la luz se mira;
La culta frase que entender procura.
Y luego... luego con asombro gira
Sus ojos, y á la espléndida hermosura
De una beldad, que ya conoce, eleva
El alma, y una mano al pecho lleva.

Y siente palpar enardecido
Su vigoroso corazón ardiente;
Y trémulo, gozoso, embebecido,
De mágica atracción presa se siente.
Que la mujer que el corazón le ha herido,
La condesa de Alcira, allí presente
Está, y cual sol que hasta el cenit se encumbra,
Todo lo eclipsa, todo lo destumbra.

En un palco se hallaba la condesa,
Y yo, lector, no puedo retratarla;
Fáltame ingenio para tal empresa,
Y tengo por mas cuerdo el no intentarla.
Solo diré que Adam, dándose prisa,
Vá en su busca por verla y adorarla,
Y que deja su sitio en el momento
Que allí se acerca el dueño de su asiento.

De este modo algun lance se ha evitado
Con el cual grande escándalo se diera;
Que él no hubiera su sitio abandonado
Fácilmente á la vista de un cualquiera.
Pero ya, con veloz, precipitado
Paso, sube anhelante la escalera,

Y entre alegre, azorado y satisfecho,
Cruza despues el pasadizo estrecho.

Y de un palco, por fin, halla la puerta
Por do viene á escaparse fugitiva
De opaca luz exhalacion incierta
Que su febril curiosidad aviva.
Y con ojo avizor y el alma alerta,
Fomentando de amor la llama activa,
Trémulo, alegre, y á la vez inquieto,
De cerca observa al adorado objeto.

Y admirando la espléndida hermosura
De aquella dama, encanto de la córte,
La mente loca contener procura
Porque el placer la vida no le acorte.
Y brotar siente luego, en su locura,
Con sin igual y mágico trasporte,
Recuerdos y esperanzas confundidos
Que inquietan ó seducen sus sentidos.

Hubo un tiempo feliz en que él, osado,
Vasallaje servil nunca rendia;
Y de viejos y mozos fué envidiado
Cuando en cárcel estrecha residia.
Y hoy que libre se vé, desventurado
Echa menos su arrojo y valentía;
Que una pasion indómita le inflama
Y vacila delante de una dama.

¿Qué invisible poder, qué misteriosa
Fuerza contiene su potente brio?
¿Por qué al mirar á la condesa hermosa,
Mas que á la muerte teme algun desvío?
¿Por qué la vista tiende recelosa
En torno suyo, y viendo su atavío,
Su tosco traje, avergonzada y mustia
Muestra su faz en su feroz angustia?

Un mes hace que loca, enamorada,
Esclava de su amor y sus antojos,
Rey de los hombres le llamó Salada,
Y hoy siente el triste al contemplarse enojos.
¿Fué un delito fijar en la adorada
Condesa hermosa los inquietos ojos,
Defenderla, salvarla y darla culto?
¿Es amarla inferirla un nuevo insulto?

¡Ay! él lo ignora; oscura fué su vida;
Incierto su pasado; su presente
Mas negro; el porvenir tiene escondida
La estrella que buscaba diligente.
Tal vez viene de raza envilecida
Condenado á sufrir eternamente,
Como Salada dijo; tal vez lleva
Herida el alma que hasta el cielo eleva.

Tal vez... mas nó, su corazon sediento
De ventura y de gloria, le responde
Que su altivo y ardiente pensamiento
El gran secreto de la dicha esconde.
Raudales hay de amor y de contento;
Fáltale solo adivinar en dónde
Podrá encontrar alguno que le diga
Do está la fuente que la sed mitiga.

Y ¿quién mejor que la condesa hermosa,
De su vida alumbrar puede el camino?
El de muerte traidora y horrorosa
La salvó con arrojo peregrino.
El por una sonrisa cariñosa
Tesoros la dará de amor divino.
Bien pueden ¡oh! bien pueden, con profundo
Eterno amor, idealizar un mundo.

Juntos alzar con rapidez su vuelo,
Y en regiones fantásticas y bellas
Hacer brotar, en su creciente anhelo,
Flores do lleguen á estampar sus huellas.
Y la tierra trocar en claro cielo
Salpicado de limpidas estrellas,
Donde las auras perfumadas lleguen
Y con los rizos de su amada jueguen.

Pensando así, del palco la entreabierta
Puerta tocó, y abrirla ya procura;
Mas de repente, ante la misma puerta,
Que vá á exhalar el alma se figura.
No es sueño, no; la aparicion es cierta;
Divina llama en derredor fulgura,
Y la hermosa mujer que le enloquece
En el dintel del palco se aparece.

Y él clava en ella la voraz pupila;
Bebe el perfume de su tibio aliento;
Da un paso, y luego tímido vacila
Luchando triste con su afán violento.
Siente un fuego que el alma le aniquila
Y un hielo que le oprime el pensamiento;
Sensaciones opuestas que batallan,
Cejan, se estinguen ó con furia estallan.

Mas ¿cómo, al cabo, puede á sus pasiones
Indómitas y ardientes, valla ó dique
Oponer, ni á sus bellas ilusiones
Hacer que frio la razon aplique?
¿Cómo en su edad y en tales condiciones
Podrá lograr que el corazon abdique
Su indomable poder, y que cobarde
Apague el fuego que en sus venas arde?

¿Qué entiende amor, cuando potente inflama
Los pechos inocentes y leales
De eso que el mundo mentiroso llama
Conveniencias políticas sociales?
Cerca se encuentra de la ilustre dama;
El traje y posicion son desiguales;
Mas, ¿qué importa? ¿no es él jóven, hermoso,
Intrepido, arrogante y animoso?

Un beso, un beso de su lábio ardiente
Quiere escapar con impaciencia loca;
Un beso que se estampe en una frente;
Un beso que se estrelle en otra boca.
Y el rostro de la bella allí presente
Mira; su traje conmovido toca,
Y al fin, demente, con afán liviano
Pone en la hermosa la atrevida mano.

Y ella le vé... conócele, retira
El cuerpo atrás; un grito acongojada
Lanza de pronto; tímida suspira
Y pálida á la vez muéstrase airada.
Temerosa despues en torno mira;
Tiembla, sufre, á caer va desmayada...
Y en tanto Adam, con alma satisfecha,
La blanca mano de la dama estrecha.

Mas de pronto á su vista se aparece,
Airado, altivo, y á la vez hermoso,
Un apuesto mancebo, que parece
De castigar su atrevimiento ansioso.
Mírale audaz; con su ademan le ofrece
Pruebas de conocerle y serle odioso;
Hiel de su lábio y corazon destila
Y lanza fuego su voraz pupila.

Quiere acercarse con la faz airada;
Pero Adam, que ligero se apercibe,
Dejando atrás á la mujer amada,

Con ademan resuelto le recibe.
Y ambos á dos con furia su mirada
Cruzan; ninguno para el mundo vive;
Que del todo trasládanse á otro mundo
De amor y celos y rencor profundo.

Quien vió al leon y al tigre replegarse
Preparando cruel acometida,
Prontos á entrar en lucha y devorarse,
Defendiendo su hijuelo y su guarida,
Ese puede tan solo figurarse
La escena que dejamos referida;
Escena muda y corta; pero escena
Llena de vida y sentimiento llena.

Que una oleada rápida de gente,

(Pues la funcion entonces concluia),
Inundó los pasillos de repente,
Cuando Adam su navaja requería.
Y envuelto en aquel farrago viviente
Solo escuchó una voz que le decía:
—«¡Piedad! déjeme V.; ya nos veremos.»
Y otra voz que añadió:—«Nos mataremos.»

Y en vano fué buscar á la de Alcira,
Y al conde que con ella se marchaba;
Movientes muros á su lado mira
De gente que hácia fuera le empujaba.
Sale al fin á la calle; el aire aspira
De la noche, que oscura y triste estaba;
Y solo... pero ya será prudente
Relatarlo en el canto subsiguiente.

CANTO IX.

Dedicalo el autor, en testimonio de gratitud,

á su respetable y querido amigo

el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo (1).

~~~~~

Revolviendo en su cabeza  
Un sin fin de pensamientos,  
Adam de nuevo las calles  
De Madrid vá recorriendo.

En el reloj de una torre  
Doce campanadas dieron,  
Mientras el sereno canta  
«Las doce en punto y sereno.»

Y se amenguaban las luces,  
Y se acrecia el silencio,  
Reinando ya en varios puntos  
La soledad y el misterio.

Que estaba poco templada  
La noche, aunque claro el cielo,  
Y no era cosa de andarse  
Papando á deshora el fresco.

Solo allá de vez en cuando  
Marcaudo un paso ligero,  
Se escuchaba en las aceras  
Resonante taconeo.

Y luego un coche cruzaba  
Por el arroyo, ligero  
Perdiéndose en otras calles  
Que invadía con estrépito.

Y alguna que otra familia  
Tornaba al hogar doméstico;

Quedando otra vez la via  
Solitaria y en silencio.

¿Mas qué importan estas cosas  
Al preocupado mancebo,  
Que revuelve en su cabeza  
Un sin fin de pensamientos?

Pensamientos que refluyen  
Todos en un mismo objeto;  
En su amor á la condesa  
En quien cifra todo un cielo.

Y recuerda que ha escuchado  
Aquella noche su acento,  
Y que una dulce promesa  
La hermosa dama le ha hecho.

Y aun parécele que estrecha  
En su loco arrobamiento  
Aquella mano de nieve  
Cuyo contacto es de fuego.

Y á la esperanza y la dicha  
Abre del todo su pecho,  
Y en alas de los amores  
Remonta el ligero vuelo.

Mas ¡ay! que de vez en cuando  
Viene á turbar su contento  
De un rival aborrecido,  
Aborrecido recuerdo.

Parécele que la sombra  
Del conde, con rumbo incierto,  
Ya amenazante se acerca,  
Ya esquivo se aparta luego.

Y se aleja con la dama  
Sin que Adam el paradero

(1) Véase la tercera de las notas que van al final.

De ambos sepa: sin que pueda  
Seguir sus pasos ligeros.

Y nuestro joven arranca  
De lo profundo del pecho  
Un suspiro; y se apoderan  
De su corazón los celos.

Y ardiendo en coraje cruza  
De nuevas calles el dedalo,  
Revolviendo en su cabeza  
Un sin fin de pensamientos.

Y los relojes prosiguen  
Marcando el paso del tiempo;  
Y con negros nubarrones  
Se vá encapotando el cielo.

Y diz que al par que adelanta  
En su nocturno paseo,  
Contempla nuevas escenas,  
Nuestro ignorante mancebo.

..

### Una calle solitaria.

(Se oyen los acordes de un piano y luego una voz de mujer que canta.)

LA VOZ.

Como boca de lobo  
Dicen que dicen,  
Que están las negras noches;  
Las noches tristes.  
Y yo... ¡mal haya!  
Como boca de lobo  
Tengo mi alma.

ADAM.

¡Qué voz tan dulce!

(Se queda parado en una esquina.)

EL SERENO, que pasa.

¡Las dos...!

UNA MUJERZUELA, que se acerca.

Dime, hermoso, ¿á dónde vas?

ADAM.

¡Quita! (Con enfado.)

LA MUJERZUELA.

Ven.

ADAM.

(Rechazándola.) ¿Me dejarás?

UN MENDIGO.

¡Una limosna por Dios!

(Pasan todos menos Adam: la calle queda desierta y sombría.)

LA VOZ, que canta.

Trepando con trabajo  
Voy por la senda  
Cada vez mas penosa  
De la existencia.  
Trepando sigo  
Sin poder á mis ansias  
Hallar alivio.

(Adam que se ha ido acercando como atraído por la dulzura y el sentimiento de aquella voz, se apoya en una reja, fija los ojos en un balcon entrecubierto de la acera de enfrente, por el que se escapan algunos rayos de luz, y dice:)

ADAM.

¿Qué estraña fascinacion  
Esa voz ejerce en mí,  
Que con tal placer aquí  
Escuché su vibracion?

¿Por qué el alma se imagina  
Ver lo que no pudo ver,  
Y reviste á esa mujer  
De hermesura peregrina?

¿Es que en loco devaneo  
Voy por el mundo soñando,  
Ó es que despierto voy dando  
Sueños mil á mi deseo?

LA VOZ.

Yo perdí la ventura  
Con la esperanza;  
¿Dónde están los amores  
Que me halagaban?  
¿Dónde mis glorias,  
Mi adorada inocencia,  
Mi dicha toda?

ADAM.

Tambien yo con ojos llenos  
De lágrimas, he buscado  
La dicha que aun no he encontrado,  
Y que tanto echo de menos.

LA VOZ.

¡Qué feliz es el niño  
Que no concibe  
Los horrendos dolores  
Que al hambre afligen!  
Niño, no llores:  
Tus dolores son átomos  
De mis dolores.

ADAM.

Dice verdad; tal vez yo  
Que mi suerte lamenté  
Mas venturoso seré  
Que esa mujer que cantó.  
Tal vez en grata bonanza  
Vendrá un día en que amanezca  
El bello sol que me orezca  
Ver cumplida mi esperanza.

LA VOZ.

Yo sembré mis afectos  
En movediza  
Arena, que arrastraron  
Olas bravías.  
Ved cual se vuelven  
Mis afectos espuma  
Que se disuelve.

(Pausa.)

(La voz y el piano, que han ido amortiguándose lentamente, vuelven á ir en crescendo.)

LA VOZ.

¡Oh! ¡Maldita la ausencia!  
¡Maldito el dolor!  
¡Maldito aquel que olvida  
Cuando ama el otro!  
¡Triste del alma  
Que al sentirse ofendida  
Sucumbe esclava!

(Cesa la música por completo.)

EL SERENO, *á lo lejos.*

¡Las dos y cuarto...!

ADAM, *retirándose despacio.*

Cancion

Es esa, que al alma llega,  
Y en un mar de amor anega  
Mi agitado corazon.

(*Dobla la esquina.*)

La esquina doblando, tal vez un suspiro  
Del hondo del alma doliente arrojó;  
Y luego en su mente, con rápido giro,  
Un mundo de afectos extraños rodó.

¿Qué siente el mancebo? ¿por qué así se agita  
Pensando en la dama que triste cantó?  
¿Por qué le interesa la misera cuita,  
La fiera congoja, la pena infinita  
De aquella que al viento  
Con dulce concento  
Sentidas querellas de amores lanzó?

¿Es, por ventura,  
Que arrepentido

Adam de nuevo pide al olvido  
Que le devuelva con su estimada

Tierna Salada

Su bien perdido?

¿Es que evocando

Su pensamiento

La imagen bella

De la que un día

De sus amores fué clara estrella.

De su esperanza fué norte y guía,

Siente un momento

Vago y penoso remordimiento,

Porque presente que triste y sola

Gime en silencio su fiel manola?

¿Ó es que se fija en su mente

Otro amor puro y ardiente

Que le engrandece y le engrie,

Que, cual sol esplendoroso,

El horizonte ilumina

De un porvenir venturoso,

Y le alegra, le sonrie,

Le entusiasma, le fascina

Y poderoso le halaga,

Le enloquece y le embriaga?...

¡Ay! él lo ignora; tan solo sabe

Que tiene un alma y un corazon;

Que este de amores está sediento;

Que aquella vuela tras la ilusion.

Que el mundo cruza solo y errante

Como los bosques el caminante,

Sin explicarse por dónde vá;

Pero que busca la dicha espléndida,

Que supo en sueños acariciar.

Que donde quiera que haya mujeres

Siente su pecho de amor latir;

Que anhela glorias, triunfos, placeres;

Ricos alcázares en que vivir,

Mansiones bellas donde gozar;

Cielo sin límites

Donde la vida

Inadvertida

Rápidamente vea deslizar.

Y ora recuerde

La breve historia

De sus amores con la olvidada

Tierna Salada; ó en su memoria

Evoque luego la imagen bella

De la de Alcira,

Sol que ha eclipsado la blanca estrella

De la manola,

Que triste y sola

Tal vez suspira,

Nuestro mancebo, sereno, impávido,

Calles corriendo sin rumbo vá

Siempre de nuevas escenas ávido

Sin que le arredre su soledad.

Y segun la historia cuenta

Nuevas escenas halló;

Que en Madrid en todos tiempos

Nunca falta distraccion.

Apenas de aquella calle,

Donde se escuchó la voz

De aquella dama, el mancebo

La esquina á doblar llegó,

Cuando varios embozados

Que con cierta precaucion,

De oscuro portal salieron

Unidos de dos en dos,

Vió deslizarse entre sombras

Con paso mas que veloz,

Sustentando en voz muy baja

Algunos conversacion.

Y advertir pudo que hablaban

De un pueblo esclavo y señor,

De libertad y opresiones

Y de muerte y salvacion.

De cadalsos, de verdugos,

De esterminios y de horror,

Y de sangrientas venganzas

Y de luto y de baldon.

Y al mirar que traspusieron,

Unidos de dos en dos,

Ardiendo todos en ira,

Atónito Adam quedó.

Que él no sabe todavía

Por qué con saña feroz,

Pronuncian aquellos lábios

La frase revolucion.

Y no comprende que haya

Tanto y tanto desamor

Entre esos hombres que dicen

Que todos hermanos son.

...

Siguió errante su camino

A sus solas comentando,

Lo que de oír acababa

Lleno de pena y de pismo.

Mas como aquí en este mundo

El bien y el mal van mezclados,

De manera que se endulcen

Algunos tragos amargos,

Quiso el cielo que por dicha,

En cierta calleja entrando,

Nuestro Adam se consolase

A la vista de otro cuadro.

Y era el tal cuadro una reja

Donde un mancebo bizarro

De músicos y caantantes

Se mostraba acompañado.

Y al son de los instrumentos,

Con eco sencillo y grato,

Estas cántigas de amores

De la noche el silencio desterraron.



## Cantilena.

## Primera estrofa.

Niña hechicera, que Dios envía  
Desde los cármenes de Andalucía;  
Linda paloma de blancas alas,  
Flor que despide dulces aromas,  
Tú que eres cielo que al cielo igualas,  
Tu que a los astros sus rayos tomas;  
Tú que resbalas  
Como las náyades y las ondinas  
Sobre las aguas, que cristalinas  
Van susurrando  
Por entre juncias y lirios bellos;  
Fija un instante  
Con pecho blando  
Sobre tu amante  
De esos tus ojos ya los destellos;  
Y aunque yo en ellos,  
En mi trasporte,  
Deje la vida  
Cual mariposa en la luz prendida,  
Nada te importe.  
Mira que en alas del amor mío,  
Que rauda vuela como las aves,  
Vengo a traerle, niña, las llaves  
De mi albedrío.

ADAM.

¡Oh! bien haya quien así,  
Con su palabra elocuente,  
Sabe pintar cual lo siente  
Su amoroso frenesí!  
Yo mil veces concebí  
Cosas que no me explicaba;  
Pues aunque libre miraba  
Y triunfante al sentimiento,  
Se ofuscaba el pensamiento.  
Y la lengua se me ataba.  
¡Bien haya el feliz cantor  
Que al pie del balcón suspira,  
Mientras su dama le mira  
Ó le escucha con amor!  
¿Dónde una cosa mejor  
Que la de hacerse entender  
De la adorada mujer  
Que radiante de hermosura  
Inspira tanta ternura  
Con misterioso poder?  
¡Ojalá que yo, en mi afán,  
Pueda espresar algún día  
Lo que siente el alma mía,  
Cual lo espresa ese galán!  
Pero ya de nuevo van  
Con dulce armonía grata,  
Que me place y me arrebatá,  
Y destierra mis pesares,  
Renaciendo esos cantares.  
Oigamos la serenata.

## Cantilena.

## Segunda estrofa.

Niña preciosa, si estás despierta,  
Mira que canto junto a tu puerta.  
Si estás dormida, despierta luego:  
La voz escucha tierna y vehemente  
De este tu esclavo, que por tí ciego,  
En tí sus luces busca impaciente.

Tu vista es fuego  
Que turba y roba la dulce calma,  
Que se apodera de toda el alma.  
Tú eres mas bella  
Que el trasparente zafir del cielo;  
Mas que la hermosa  
Fúlgida estrella  
Que luminosa  
Traza los rumbos, marca el camino  
Del peregrino  
Que vuelve en busca del patrio suelo.  
Despierta al punto  
Y mi querella  
Oye propicia  
Sin que me muestres duro desvío.  
Yo vengo a verte, bien tú lo sabes  
Para ofrecerte, niña, las llaves  
De mi albedrío.

(Pausa.)

ADAM.

No desoyó la canción  
La hermosura peregrina;  
Que al través de una cortina  
Ya se alumbra aquel balcón.  
Y si mis ojos no son  
Muy torpes para entender,  
Se me figura entrever  
Que la cortina se mueve,  
Y á proyectarse se atreve  
La sombra de una mujer.

## Cantilena.

## Última estrofa.

Yo te adoraba sin conocerte;  
Yo te idolatro despues de verte.  
Vivir no puedo sin tu presencia;  
Tú eres la maga que me fascina;  
Eres el alma de mi existencia;  
Eres la fuerza que me domina.  
Sol que ilumina  
Con trasparente rayo dorado  
Los horizontes de mi pasado;  
Que mi presente  
Hace que sea menos oscuro;  
Que en lontananza  
Vas dulcemente  
Con mi esperanza  
Sembrando dichas en lo futuro.  
¡Ay! yo te juro,  
Niña querida,  
Que si me quieres  
Verás dichosa correr tu vida  
Entre placeres.  
Yo te idolatro, dulce ángel mío;  
Oye mis cantos tiernos, suaves,  
Y admite luego, niña, las llaves  
de mi albedrío.

(Cesa la música.)

(Al cabo de un momento se oye una carcajada brutal, y despues gemidos debiles como de un niño recién nacido. Todos, incluso Adam, que permanece oculto en la sombra, se vuelven hácia donde se escuchan aquellos nuevos rumores, y ven á un hombre mal vestido que se acerca dando traspies, y con muestras de hallarse beodo.)

EL BORRACHO.

¡Ja! ¡ja! ¡ja...! Pues, sí, señor...  
A mí... ¡está claro! me encanta  
El ver que la gente canta  
Porque tiene buen humor.  
¡Viva el mundo y la alegría!  
De seguir la broma es hora...

(Se oyen otra vez los gemidos del niño.)

EL BORRACHO.

Aquí hay un niño que llora  
Y os hace la sinfonía.

(Mostrándolo.)

¿Lo veis? tiritando está.—  
Está visto que el relente  
Le hace daño... el inocente  
También hambriento vendrá.  
Me lo encontré en mi camino  
Mas pálido que la cera;  
¡Pobre...! Si darle pudiera  
Dos ó tres sorbos de vino...  
Pero se acabó el dinero,  
Y con torpe alevosía  
Me ha dicho ya que no fia  
El bribon del tabernero.

ADAM.

(Ébrio está; se me figura,  
Y esto me angustia y me arredra,  
Que vá á dar sobre una piedra  
Con la inocente criatura.)

UN MÚSICO.

Vaya, déjenos en paz.

EL BORRACHO.

Yo vengo aquí con buen modo,  
Y aunque estoy algo beodo  
Busco un rato de solaz.  
Sigán ustedes cantando;  
Que para mayor estruendo,  
Aquí me estaré riendo  
Con el chiquito llorando.

(Pausa: vuelve á llorar el niño.)

EL BORRACHO.

¡Perfectamente, bribon!  
¡Ja! ¡ja! ¿le ois como llora?  
Parece que el pobre implora  
Un poco de compasion.  
Tendidito en un portal  
Estaba, y yo que llegué  
Allí... pues, con él cargué  
Como si fuera un costal.  
Mas no es un costal de paja,  
Que aunque dos adarmes pesa,  
Tiene un rostro que interesa.—  
Os digo que es una alhaja.  
Aquí caigo, allí levanto,  
Con él hasta aquí llegué...

(Mostrándole.)

¿Lloras...? juro por mi fé  
Que ya me carga su llanto.  
Si lo quieren, aquí está;  
Que si me enfado, en un poyo  
Lo dejo, ó en el arroyo  
Le planto al momento.

ADAM.

(¡Ah!

¡Qué horror!)

EL BORRACHO.

Trabajos prolijos  
Me costó estando beodo...

ADAM.

(¿Y hay madres que de ese modo  
Abandonen á sus hijos?)

UN MÚSICO.

(En voz baja á sus compañeros.)

Lástima dá el inocente.

OTRO.

Su horfandad infunde espanto.

OTRO.

Es cierto, y su débil llanto  
Afecta profundamente.  
Juro á Dios que si tuviera  
Mas posibles, le tomaba  
Y á mi casa le llevaba...

OTRO.

Si tan celosa no fuera  
Mi mujer; pero es muy serio  
El lance; se me pondría  
Hecha una furia y diría  
Que era mio el gatuperio.

(Siguen hablando bajo.)

EL BORRACHO. (Canta.)

Duerme niño chiquito  
Que viene el coco,  
Y se lleva á los chicos  
Que duermen poco.

ADAM. (Sin ser visto.)

¿Qué hablarán?

EL GALAN, que cantaba. (A los músicos.)

Se me figura  
Comprender de qué se trata.

UN MÚSICO.

Hablo de la estrella ingrata  
Con que nace esa criatura.

EL GALAN, que cantaba.

¿Y no veis que es un ardid,  
Y un torpe lazo grosero,  
Que arman por sacar dinero  
Estos gatos de Madrid?

(Señalando al borracho y á Adam.)

UN MÚSICO.

¡Calle...! es verdad... apartados  
Están; mas pudiera ser  
Que ambos á dos...

EL GALAN.

A mi ver

Vinieron confabulados.  
Los vagamundos pululan  
Por do quier; los tunos brotan  
En todas partes; lo explotan  
Todo, y con todo especulan.  
Se finge la enfermedad,  
Se abulta el falso cariño...

EL BORRACHO.

¿No hay quien se encargue del niño?

(EL GALAN, *que cantaba.*)No. (*Rechazándolo.*)

ADAM.

(¡No tienen caridad!)

EL BORRACHO.

Si la gente le reusa  
¿Qué he de hacer con tal gazapo?  
Yo le abandono y me escapo...

UN MÚSICO.

Llévele usted á la inclusa.

EL BORRACHO.

(Con indignacion y en un momento de pasajera lucidez.)

Calle usted, que me abochorno  
De escucharle; yo tambien  
Echado fui con desden  
Dentro de un picaro torno.  
Tambien yo á la caridad  
Del mundo, debí una vida  
Que luego se vió perdida  
En su propia oscuridad.  
La sociedad me adoptó;  
Tuve una madre postiza...  
Miento, tuve una nodriza  
Que á medias me amamantó.  
Y luego, cuando fui hombre,  
Lleno de dolor profundo,  
Me hallé solo en este mundo,  
Pobre, enfermizo y sin nombre.  
Pero... no; decir no quiero  
Que algun nombre no me han dado:  
Todo el mundo me ha llamado  
Blas Anton, el inclusero.  
Solo faltó un apellido;  
Solo un hogar me falló  
Con la madre que me echó  
Por el torno maldecido.  
Nada tengo y nada espero,  
Sin amigos que me amen,  
Harto estoy de que me llamen  
Sjempre inclusero, inclusero.  
Esa es la cancion eterna  
Que he escuchado sin escusa,  
Cuando muchacho en la inclusa,  
Cuando grande en la taberna.  
Que así que á grande llegué,  
Renegando de mi sino,  
En una cuba de vino  
Mis sentimientos ahogué.

(Pausa.)

¡Cállate, niño lloron!  
Que antes de llevarte al torno,  
Yo te meteré en un borno  
Para hacerte un chicharron.

UN MÚSICO.

Bábaro!

EL BORRACHO.

En esto á parar  
Los amorosos jaleos,  
Músicas y trapicheos  
Vienen por lo rigular.

(Se retira la sombra de mujer que se proyectaba en el balcon.)

EL GALAN, *que cantaba.*

¡Maldito tu atroz veneno!  
Maldita tu voz ingrata,  
Que la ilusion me arrebató.

UN MÚSICO. (*Amenazando al borracho.*)

Yo pondré á tu lengua un freno.

ADAM. (*Adelantándose.*)

¿Y por qué? ¿por qué razon  
Maltratarle ahora quereis,  
Cuando ya mirado habeis  
Su aflictiva situacion?  
¿Por desgracia nõ os inspira  
Compasion la triste historia  
Que brota de su memoria  
Y entre sus labios espira?  
¿No os conmueve el padecer  
De ese niño infortunado,  
Por su madre abandonado  
Al instante de nacer?

EL BORRACHO.

Quien le quiera que le tenga;  
Qué yo ya cansado estoy  
Y á la taberna me voy.  
¿Se lo entrego á usted?

ADAM.

Sí, venga.

(Toma al niño entre sus brazos y le contempla con muestras de compasion y de afecto. El borracho desaparece y los músicos hablan entre si en voz baja.)

EL GALAN, *que cantaba.*

¿No os dije que era un ardid...?

UN MÚSICO.

Tal vez.

OTRO.

Quizás...

ADAM.

¡Pobre niño!

A nadie inspira cariño.

(Dirigiéndose á todos.)

Señores .. (*Dulcificando la voz.*)

UN MÚSICO.

(Con ironía.) Oid.

ADAM.

(Con calma.) Oid:  
Yo voy por el mundo errante  
Sin saber por dónde voy;  
Camino á oscuras y soy  
Tan pobre como ignorante.  
Cual fué mi rumbo primero  
Lo ignoro, pues loco estuve;  
Ni aun siquiera un nombre tuve  
Como Anton el inclusero.  
Tan negra fué mi fortuna,  
Y tan grande mi afliccion,  
Que al hacer á la razon  
Tuve una cárcel por cuna.  
Yo no puedo comprender  
Cuál fué mi crimen maldito;  
Tal vez mi mayor delito  
Fué el delito de nacer.  
Por eso, triste, al oir  
El llanto de este inocente,

Aquí en mi pecho impaciente  
Senti el corazón latir.  
Que, aunque pobre, con razón  
A nadie cedo la palma  
De la ternura del alma,  
De la fé del corazón.  
Por eso os pido piedad  
Para este niño que llora,  
Y en nombre de Dios implora  
Un consuelo á su horfandad.

EL GALAN, *que cantaba.*

¡Esto ya de raya pasa!

UN MÚSICO.

No está mala la insistencia.

OTRO.

Cuide usted de su existencia.

OTRO.

Llévele usted á su casa.

ADAM. *(Con tristeza.)*

¡No la tengo! Por Madrid  
Vago, errante y desvalido;  
Pobre soy; mas condolido...

EL GALAN.

¡Basta ya!

ADAM. *(Con allanería.)*

¡No basta...! *(Dominándose.)* Oid:

Quién siente en su corazón  
Brotar los dulces amores,  
De los ajenos dolores  
Debe tener compasión.  
No hace mucho que yo aquí  
Embebecido escuchaba  
Al trovador que pintaba  
Su amoroso frenesí.  
Y me dije con razón:  
—« Ese lenguaje vehemente,  
Es propio de un alma ardiente,  
De un sensible corazón. »  
« Quien así de amor se inflama,  
Aunque ella no lo demande,  
Debe mostrarse muy grande  
Á los ojos de su dama. »  
Yo no sé si fué grosero  
Este error que concebí;  
Solo sé que vino aquí  
Blas Anton, el inclusero.  
Que él os pidió compasión,  
Cual yo por este inocente,  
Y que la dama de enfrente  
Se hallaba en aquel balcón.

*(Con vehemencia.)*

¿Para qué tanta ternura  
Antes pintarla quisisteis,  
Si despues tan duro fuisteis  
Con esta débil criatura?

¿Para qué, con tanto empeño,  
Quereis que aquella se ablande,

*(Señalando al balcón.)*

Si en vez de bueno y de grande  
Os mostrais malo y pequeño?

EL GALAN.

¡Vaya á los demonios!

UN MÚSICO.

¡Fuera!

OTRO.

Cese ya tanta osadía.

OTRO.

Lárguese usted. *(Amenazándole.)*

ADAM.

Á fé mia

Que castigarte pudiera... *(Conteniéndose.)*

EL MÚSICO.

¿Tú á mí? *(Alzándole la mano.)*

ADAM.

¡Yo á tí! ¡ya lo ves!

*(Le coge por el cuello; luego le da un empujón rápido y vigoroso y le hace caer de cabeza sobre las piedras. Los demás músicos se abalanzan á él con aire amenazador, armados de palos y estroques. Adam, sujetando al niño con el brazo izquierdo, y preparando su navaja con la mano derecha retrocede un poco y se recoge un instante sobre sí mismo, dispuesto á herir al primero que se le acerque.)*

UN MÚSICO.

¡Cercadle!

OTRO.

Démosle caza.

ADAM.

Si, ¡venid...!

*(Hierne á uno en la mano y rasga el traje de otro.)*

UN MÚSICO.

Segun la traza,

No es un hombre, un diablo es.

*(Todos retroceden y tratan de abandonar el puesto del mejor modo posible. Adam deja su actitud defensiva y se prepara á acometerles sin desamparar al niño que sostiene cuidadosamente.)*

*(De pronto se oyen al final de la calle las vibraciones de una campanilla. Un anciano venerable de interesantes facciones y de blancos cabellos, revestido de ropa talar, se ve aproximando con lentitud, acompañado de un joven y de dos serenos, que llevan faroles encendidos.— Los músicos se descubren y se postran de hinojos.— Momentos solemnes de profundo silencio.— Adam se quita el sombrero, y á imitación de los demás, se inclina y dobla la rodilla. En medio de esta escena muda, solo se oye la voz balbuciente y dulce del viejo sacerdote, que recita sus oraciones con gran recogimiento.)*

EL SACERDOTE.

*(Se detiene repentinamente observando que hay sangre fresca todavía sobre las piedras de la calle, y que uno de los presentes acaba de vendarse su herida.— Vuelven á oírse los débiles gemidos del niño; y el sacerdote pronuncia las siguientes palabras, como si hablase para sí:)*

¡Sangre, indicios de un delito!

Desde lejos entrevi

Que estaban luchando aquí

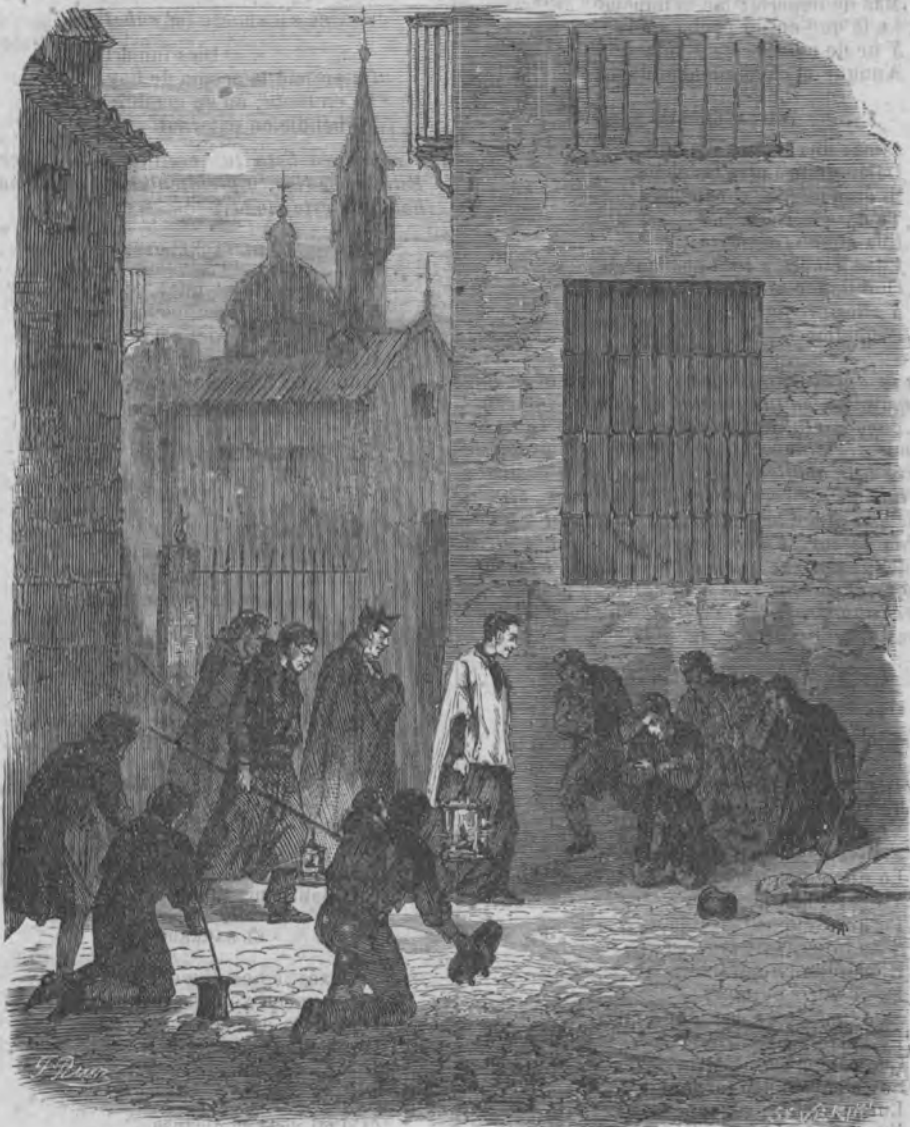
Con negro rencor maldito.  
Y ahora mismo... ¡Santo Dios!

(Viendo á uno de los heridos que fija sus coléricas miradas en la persona de Adam.)

Haced que en aquellos ojos  
No brillen fieros enojos

Estando presente Vos.  
La fiera dominad  
De todo mortal ingrato,  
Que mire con desacato  
Vuestra eterna majestad.

(Pausa: despues dice con solemne acento:)



¡Bajad la frente, cristianos!  
¡Al Dios que os mira temed!  
¡Temblad! ¡orad! ¡deponed!  
Vuestros rencores insanos!

(Otro instante de silencio que el niño interrumpe con sus vagidos.)

EL SACERDOTE (fijándose en el niño.)

Derramando los raudales  
De su llanto escandecente,  
Pisa este niño inocente  
De la vida los humbrales  
Y entre tanto, con impio

Enojo, no habreis pensado  
Que tal vez el desdichado  
Se está muriendo de frío.  
¿Por qué le teneis así  
Lejos del materno seno?

ADAM (con firmeza.)

Porque á nadie del ajeno  
Dolor condolerse vi.  
Porque yo solo, señor,  
Que pobre y errante voy,  
Por querer salvarle soy  
Blanco de odioso furor.  
Mas no importa; me lo impone  
La fé que en mi pecho anida,  
Y he de cuidar de su vida  
Aunque el cielo me abandone.

EL SACERDOTE.

Jamás una buena accion  
Dejan de premiar los cielos.  
Si eres infeliz, consuelos  
Te dará la religion.  
Ella el alma vigoriza;  
Ella siempre á Dios nos muestra  
Que tiende al bueno su diestra  
Y altos prodigios realiza.  
Seguidme...

(Todos se apresuran á obedecerle; pero al propio tiempo se abren las puertas de la casa inmediata, cuyo portal aparece inundado de luz. En primer término se halla el criado que acaba de abrir. Un caballero de alguna edad y de grave continente, aparece en segundo término, seguido de una jóven bellísima que se arrodilla y reza con fervor. En el fondo hay algunos otros criados, todos con luces en las manos. El caballero se adelanta, sale á la calle, y despues de hacer una profunda inclinacion, coge al niño en sus brazos y dice al sacerdote:)

EL CABALLERO.

No sin razon,  
Señor, habeis anunciado  
Prodigios que se han obrado  
Dentro de mi corazon.  
Testigo de cuanto aquí  
Viene, señor, sucediendo,  
Estuve desde allí viendo  
Lo que en el alma sentí.  
Y estuve oculto, señor,  
Porque velo por mi hija,  
Y no quiero que la alija  
Remordimiento traidor.  
La vi sufrir al mirar  
La situacion de ese niño;  
Ella invocó mi cariño,  
Con candoroso pesar.  
Soy rico y tengo ternura;  
Luego, señor, escuché  
Vuestra voz, y ser juré  
Amparo de esta criatura.

(Da el niño á un criado, el cual lo presenta á su vez á la jóven, que continúa rezando en el portal, y que cubre de caricias al inocente espósito aprehéndole contra su seno. Todos, y particularmente Adam, se fijan con interés y asombro en la peregrina hermosura de la jóven.)

EL CABALLERO.

Ved el ingénuo cariño  
Y la inocente alegría

Con que cubre la hija mia  
De besos al pobre niño.

(Despues de decir esto se dirige al galan que cantaba y le dice en voz baja:)

Esta es mas alta proeza  
Que el dar, aunque amor denote,  
Serenatas á su dote;  
Cantares á su riqueza.

EL GALAN, que cantaba.

(¡Qué afrenta!)

EL SACERDOTE (al caballero).

Dios inmortal  
Os premie la accion de hoy.  
Yo en tanto, en su nombre os doy  
Mi bendicion paternal.

(El caballero besa las vestiduras del sacerdote. Este le bendice, y dirigiéndose á los demás, les habla de este modo:)

EL SACERDOTE.

Y vosotros, hijos míos,  
Ved que el alma y pecho oprimen  
Las tentaciones del crimen  
Con sus impetus sombríos.  
Nunca en la senda del mal  
Brotaron lozanas flores  
De bellisimos colores  
Y de aroma celestial.

ADAM.

(Dice bien; por eso yo  
Que á mi manera imagino  
El bien, huyo del camino  
Que el mundo me presentó.)

EL SACERDOTE.

Tan solo á la escelsitud  
Del Sumo Hacedor, parecen  
Bien la dicha y paz que ofrocen  
El amor y la virtud.

ADAM.

(¡Virtud! ¡amor! Eso fué  
Lo que anheló el alma mia;  
Lo que aquí en mi fantasia  
Con delirio acaricié.)

EL SACERDOTE.

«Amaos,» nos dijo el Señor;  
«La paz con vosotros sea.»  
Dios en la paz se recrea,  
Dios es todo paz y amor.

ADAM.

(Así mi vista le alcanza  
Cuando, con creciente anhelo,  
Alzo los ojos al cielo  
Y en él pongo mi esperanza.)

EL SACERDOTE.

Y pues reunidos estamos  
Bajo esa bóveda inmensa,  
Juradme olvidar la ofensa  
Que os hicieron.

VARIAS VOCES.

Lo juramos.

EL SACERDOTE.

Y que no haya un enemigo  
 En este solemne instante  
 En que yo, con pecho amante,  
 Os perdono y os bendigo.  
 Que es bendito el que no yerra  
 Y su fè nunca perturba;  
 Bendito aquel que no turba  
 Jamás la paz de la tierra.  
 ¡Bendito el que el bien pregona;  
 Bendito el que no derrama  
 Sangre; bendito el que ama,  
 Y bendito el que perdona!

(Pausa: suena la campanilla y todos se levantan, excepto los que están en el portal.)

EL SACERDOTE.

Ahora es fuerza recoger  
 El alma; el silencio empieza:  
 Que ante Dios y su grandeza  
 Debe todo enmudecer.

(Momentos de profundo silencio, que vuelve a romper el sacerdote pronunciando sus fervorosas oraciones. Algunos de los músicos siguen a éste que se aleja; otros marchan en direccion opuesta. Cuando el sacerdote y su comitiva han desaparecido, vuelven a cerrarse las puertas de la casa, y la calle queda sumergida otra vez en las tinieblas de la noche. Adam permanece un rato inmóvil y sin saber á dónde dirigirse. Despues se vá alejando con lentitud.)

## CANTO X.

Diálogo al aire libre.—Un soldado.—El primer remordimiento.—Esperanza.—El trabajo.—Hambre y sed.—Delirios.—Desaliento.—La Caridad.—Una duda.

I.

Otras calles.

(Se van percibiendo algunos de los rumores que anuncian la proximidad del día.)

ADAM Y UN DESCONOCIDO.

DESCONOCIDO.

Dios le guarde, camarada:  
 ¿Me puede usted indicar  
 Si por aquí podré hallar  
 Alguna buena posada?

ADAM.

¿Una posada...?

DESCONOCIDO.

Si.

ADAM.

Si yo supiera...

DESCONOCIDO.

Ya infiero:

Usted será forastero  
 En la corte como yo.

Siende así, en su compañía,  
 Si no lo juzga enojoso,  
 Iré con usted gustoso  
 Hasta que amanezca el día.

ADAM.

Acepto.

DESCONOCIDO.

Y á uso de tropa  
 De mil cosas hablaremos,  
 Y juntos apuraremos  
 Un cigarro y una copa. (Le dá un puro.)

ADAM.

Gracias.

DESCONOCIDO.

Ahí vá yesca y lumbré;  
 Encienda usted con donaire  
 Y echemos penas al aire,  
 Que es una buena costumbre.

ADAM.

Tome usted.

(Dándole el cigarro que acaba de encender.)

DESCONOCIDO.

Por helcebú  
 Que apestan los cumplimientos;

Dejemos los tratamientos  
Y hablémonos ya de tú.  
Y no estrañe mi franqueza  
Ni este repente le asombre;  
Yo fui siempre todo un hombre  
A pesar de mi rudeza.  
Soy un viejo castellano  
Desde el día en que nací  
Y donde quiera que fui,  
Fui con todos campechano.  
Si esta llaneza le enfada,  
Con darnos luego un adiós,  
Nos separamos los dos...  
Y haz cuenta que no hubo nada.

ADAM.

No, no, acércate; contento  
Iré contigo...

DESCONOCIDO.

Corriente.

ADAM.

De conversar con la gente  
Estoy desde ayer sediento.  
¿Vienes de lejana tierra?

DESCONOCIDO.

Vengo de una, camarada,  
Que está con sangre regada  
Y asolada por la guerra.

ADAM.

¿Eres soldado?

DESCONOCIDO.

Lo fui.

Ahora soy un licenciado...

ADAM.

¿Y te gusta del soldado  
La vida?

SOLDADO.

Mucho que sí.

¿Cómo no me ha de gustar  
Cuando, dichoso y conforme,  
Seis años el uniforme  
Ostenté del militar?  
Aun recuerdo con placer  
Las aventuras donosas  
En que á mas de cuatro hermosas  
Supe intrépido vencer.  
Y aquí en mi mente alimento  
Los juramentos que oí;  
Las palabras que imprimí  
Muchas veces en el viento;  
Los recuerdos que dejé,  
Con las memorias perdidas,  
Y las idas y venidas...  
Y otras cosas que me sé.

ADAM.

Muy bello, muy singular  
Fué sin duda tu pasado.

SOLDADO.

La vida de Juan Soldado  
Tiene tanto que contar!

ADAM.

¿Y fuiste á la guerra?

SOLDADO.

Sí.

Y allí luché de tal modo,  
Que espuesto á perderlo todo,  
La mano izquierda perdi.

*(Enseñando la suya mutilada.)*

ADAM.

¡Mal golpe fué!

SOLDADO.

Pues yo digo

Que hartó peor le sufrieron  
Los que en la lid sucumbieron  
Al frente del enemigo.

ADAM.

¿Quién la mano te arrancó?

SOLDADO.

Ligera bala traidora  
Que invisible, abrasadora,  
Silbando se la llevó.

ADAM. *(Pensativo.)*

Y ¿por qué causa ó razon  
Luchaste de esa manera?

SOLDADO.

¿Yo...? por qué... por que esa era  
Mi primera obligacion.

ADAM.

Y ¿quién tu enemigo fué?

SOLDADO.

Preguntarlo es disparate:  
Cuando se está en el combate,  
Ni se inquiere ni se vé.  
Allí, con ardor insano,  
El soldado se foguea,  
Y si es preciso, pelea  
Contra el padre y el hermano.  
Cada cual piensa en la gloria,  
Y solo anhela impaciente  
Ceñir en su altiva frente  
El laurel de la victoria.  
Puestos á cierta distancia  
Los dos bandos enemigos,  
Ni hay parientes, ni hay amigos,  
Ni compañeros de infancia.  
El hombre la vida ofrece  
Al par que el peligro arrecea,  
Y esa vida se desprecia  
Cuando la lid se embravece.  
De la música al compás  
Véncese el cobarde al cabo,  
Y aquel que ha nacido bravo  
Se esfuerza por serlo mas.  
De la pólvora el oír,  
Que al principio nos marea,  
Luego el olfato recrea  
Y nos llena de furor.  
Y rompen los fuertes lazos  
Que nos ligaban al mundo,  
Los ayes del moribundo  
Que el cañon hizo pedazos.  
Y con siniestro fragor  
Se oyen las balas cruzar,  
Los caballos relinchar,  
Redoblar el atambor,  
Y hasta la tierra gemir  
Porque el sol sus luces vela,  
En tanto que el hombre anhela  
Verter sangre hasta morir.



ADAM.

¡Oh! tu pintura me aterra  
Y al propio tiempo me agrada,  
Que es grande; pero anonada  
Esa imagen de la guerra.  
Yo no sé por qué razón  
Al escucharte, sentía  
Que vigoroso latía  
Mi esforzado corazón.  
Oyeme: yo soy un hombre  
Que, envuelto en error profundo,  
Voy vagando por el mundo  
Sin posición y sin nombre.  
Ignoro dónde nací  
Y cuál mi familia fué,  
Y hasta en dónde me crié,  
Y á quién la vida debí.  
Y es tan grande mi ignorancia,  
Que, por ignorarlo todo,  
Ni aun de reunir hallo modo  
Los recuerdos de la infancia.

SOLDADO.

Permíteme que me asombre  
De tan rara ofuscación.

ADAM.

Cuando nací á la razón  
Era lo que soy: un hombre.  
Entonces, lleno de arrojo,  
Entre cien guapos me hallaba  
Y siempre dispuesto estaba  
A luchar con fiero enojo.  
Tras la riña la victoria  
Mi brazo fuerte obtenía,  
Y en sueños me sonreía  
La esperanza de la gloria.  
No sé por qué, sumergido  
Me ví en lóbregos rincones,  
Donde escuché las lecciones  
De un viejo, que era un bandido.  
Aquel hombre apetecía  
Ir solo del vicio en pos,  
Porque ni al mundo ni á Dios  
El desdichado temía.  
Y oyéndole yo explicar  
Del mundo el erimen y el dolo,  
¡Hubiera matado... solo  
Por el placer de matar.

SOLDADO. (Con desconfianza.)

¡Hombre!... ¡Diablo!... De esa suerte....

ADAM. (Con sentimiento.)

Yo nociones no tenía  
De nada! yo no sabía  
Ni aun lo que era la muerte!  
Pero hace un mes lo aprendí  
Viendo á una madre llorar,  
Y ahora me asusta matar.

SOLDADO.

¡Claro! lo propio que á mi.

ADAM.

Y me causa confusión  
Que así el hombre contribuya,  
Sin que conciencia le arguya,

A su propia destrucción.  
Tú me has dicho...

SOLDADO.

¿Qué?

ADAM.

Que diste

La muerte...

SOLDADO.

Mucho que sí:

En el combate no fui  
Manco como ahora me viste.

(Aludiendo á su mano mutilada.)

Vertí sangre...

ADAM.

¿Cuánta?

SOLDADO.

¡Oh!

Te juro que entre mi gente  
Nombre logré de valiente  
Cual ninguno le alcanzó.

ADAM.

¿Y no te abruma esa fama?

SOLDADO. (Con sencillez.)

¿Por qué razón? ¿qué delito  
Cometí...?

ADAM.

Porque es maldito  
Todo el que sangre derrama.

SOLDADO.

¿Quién lo ha dicho?

ADAM.

Quien no miente.

No hace mucho que lo oí...

SOLDADO.

Si se mata á traición... sí;  
Mas yo maté frente á frente.

ADAM.

Pero siempre á sangre fría;  
Sin ofensas que vengar...

SOLDADO.

Eso lo puede explicar  
Quien allí me conducía.  
El que obedece no yerra;  
La suerte me hizo soldado;  
Si por matar he pecado  
Culpa será de la guerra.  
Fiel y sumiso á la ley,  
Mi pobre sangre he vertido;  
He peleado, he cumplido  
Con la patria y con el rey.

ADAM.

Verdad es, tienes razón.

SOLDADO.

Así diciéndolo están  
Las manos del capellan  
Que me echó la absolucion.

*(Se oyen á lo lejos campanas que tocan á misa del alba, y las calles van animándose poco á poco. Pasa un vendedor de aguardiente y el soldado y Adam toman una copa, que paga el primero. Luego dice éste:)*

SOLDADO.

Vaya, con Dios; que la aurora  
Asoma por el Oriente  
Y ya transita la gente.  
Yo voy á buscar ahora  
A mi pobre madre anciana;  
Por ella en Madrid estoy,  
Y he de hallarla, por quien soy,  
A lo mas tardar mañana.

ADAM. *(Con interés.)*

¿Es vieja tu madre?

SOLDADO.

Mucho.  
Como que la pobre cuenta  
Cerca ya de los setenta.

ADAM. *(Asaltado de una idea súbita.)*

*(¿Qué estoy oyendo? ¿qué escucho!)*  
¿Y es muy pobre? *(Con mayor interés.)*

SOLDADO.

Ya se vé:  
Madre de un soldado raso  
¿Qué ha de hacer la triste?... Acaso  
Pidiendo limosna esté.

*(Movimiento de Adam.)*

Yo vengo á buscarla lleno  
De afecto y gozo prolijo;  
Que el hombre que no es buen hijo  
No puede ser nada bueno.  
Y pues mi empeño acabó  
Y la libertad me dan,  
Yo sabré buscar el pan  
Que ella de niño me dió.  
¡Pobre madre! cuando pienso  
Que há tiempo no la escribí,  
Y que no sabe de mí,  
Siento un pesar grande, inmenso.  
No lo haré mas otra vez;  
Le juro, á fé de soldado,  
Que seré siempre á su lado  
Escudo de su vejez.  
Aun que manco, trabajar  
Sabré con ardor profundo;  
Que sin trabajo, en el mundo

*(Con intencion.)*

No hay honra ni bienestar.

ADAM.

*(Para sí y sumamente agitado.)*

¡Cuánto afán! ¡cuánta tortura!  
Un pensamiento inclemente,  
Tenaz y fijo, mi mente  
En vano alejar procura.  
Parece que oigo una queja  
Que me atormenta y espanta,  
Y que ante mí se levanta  
Gritando la pobre vieja  
De ayer tarde!

SOLDADO.

Pues apunta  
El sol, demos ya los dos  
Punto; quédese con Dios...

ADAM.

¡Ven! *(Deteniéndole con ansiedad.)*

SOLDADO.

¿Qué quiere?

ADAM.

¡Una pregunta!

SOLDADO.

*(Sorprendido y con tono algo desdenoso.)*

Yo contestaré cortés;  
Siga preguntando el hombre.

ADAM.

¡Tú nombre! ¡dime tu nombre!  
Dímelo.

SOLDADO.

Me llamo... Andrés.  
¡Ea! con Dios. *(Alejándose.)*

ADAM.

¡Qué alegre vá!  
¡Desventurado! ¡y me deja...!  
Vá á buscar la pobre vieja  
Que muerta sin duda está.  
Y no presume que ayer,  
Al hallarla en mi camino,  
Me convertí en su asesino  
Por quererla proteger.  
Se me ofusca la razon;  
De mí mismo siento enojos,  
Y sube el llanto á los ojos  
Desde el débil corazon.  
¿En qué podrá consistir  
Que yo, que en valor no cedo  
A ninguno, tengo miedo  
Al ver á un triste gemir;  
Al ver temblar á un anciano,  
Y á una bella jóven yerta  
Y á una pobre madre muerta,  
Y á un hijo que busca en vano  
A esa madre? ¿qué razon  
Hace que palpite el seno  
Mas por el dolor ajeno  
Que por la propia afliccion?

*(Pausa: luego dice con tristeza:)*

En vano quise hacer bien;  
En mis manos fué infecundo

Y me hallo solo en un mundo  
Que me mira con desden.

(Cambiando de tono.)

Mas ¿qué importa? Todavía  
Con fe y con vigor me siento  
Para buscar el contento  
Y la dicha y la alegría.  
Sendas galanas de flores  
La vida dicen que tiene  
Y Adam á buscarlas viene  
Soñando placer y amores.  
Nada importa mi horfandad;  
La esperanza me alimenta  
Por mas que ruja violenta  
Sobre mí la tempestad.  
Yo quiero con altivez  
De los crímenes huir,  
Y la dicha conseguir  
Ganada con honra y prez.  
Si el ladrón y el asesino  
Negras lecciones me dieron,  
Les haré ver que eligieron  
Mal de la vida el camino.  
La vieja ayer lo decía:  
—«Sé honrado y bueno, y verás  
Cómo el sol vislumbrarás  
De una espléndida alegría.»  
Pues bien, yo quiero sentir  
De ese sol el blando rayo,  
Sin que en cobarde desmayo  
Sienta el alma sucumbir.  
Quiero ver en lontananza  
La luz, que bella fulgura,  
De esa suprema ventura  
Que dá vida á la esperanza.  
¡Quiero caminar contento!...

(De pronto se detiene, mira en derredor de sí, y dice con voz desfallecida:)

¿Y á dónde irás? ¡Desdichado!  
¿A dónde irás empujado  
Por tu loco pensamiento?  
Sujeta tu corazón  
Y no importuno te engrías.  
¿Qué es lo que encontrar querías  
En tu presente abyección?  
Deja de alzar atrevido  
Torres que al cielo tocando,  
Se van luego desplomando  
Con pavoroso ruido.  
En vano tu mente crea  
Delirios con ansia loca.  
¡Nécio! detente y evoca  
La verdad que te rodea.  
Vuelve en tí, no mas soñar:  
Ya el soldado te lo dijo:  
«Sin el trabajo prolijo  
No hay honra ni bienestar.»

(Después de un momento de indecisión se acerca á la puerta de un taller y dice:)

Maestro, yo vivo  
En triste horfandad;  
Honrado ser quiero;  
¿Me puede V. dar  
Trabajo...? (Dios quiera  
Que tenga piedad.)

EL MAESTRO.

Si es buen ebanista  
Y sabe tallar...

ADAM.

No sé...

MAESTRO.

Pues amigo,  
Lo siento en verdad,  
Que mas aprendices  
No puedo tomar. (Sigue trabajando.)

ADAM. (Alejándose.)

¡No puede! Veamos;  
Allí... mas allá,  
Tal vez...

(Entrando en un comercio y dirigiéndose á la dueña del mismo.)

Yo, señora,  
No tengo caudal;  
No tengo en el mundo  
Familia ni hogar;  
Mas quiero ganarme  
Con honra mi pan.  
¿Podré aquí en su casa  
Trabajo encontrar?

LA DUEÑA DEL COMERCIO.

Lo siento; ayer mismo,  
Por casualidad,  
Faltábame gente;  
Mas hoy sobra ya.

ADAM. (Retirándose.)

Sigamos mirando:  
¿Quién sabe?... quizás...  
Servir me repugna,  
Mas quiero probar...  
¡Portero! ¡portero!

(Al de una casa de buena apariencia.)

EL PORTERO.

¿Qué busca el rapaz?

ADAM.

¿Rapaz...? por fortuna  
Soy hombre, y verá  
Que ser útil puedo  
Aquí en sociedad.  
Buscadme los medios,  
Pues medios habrá,  
De hacer que con honra  
Yo gane mi pan.  
Si encuentro trabajo  
Sabré trabajar.  
Tal vez los señores  
De casa tendrán.

EL PORTERO.

No viene á deshora  
Ni está por demás...  
Há poco buscaban  
Los del principal  
Un jóven criado;  
Y usted lo será  
Si tiene las prendas  
Que le han de adornar.  
Es, pues, necesario  
Mucha agilidad...

ADAM.

La tengo.

EL PORTERO.

Que sea  
Fiel y bueno...

ADAM.

Mas  
Que otro alguno.

EL PORTERO.

¡Bravo!  
¡Famoso! El galán  
No se corta.—Y diga:  
¿Quién le ha de abonar?

ADAM.

No comprendo...

EL PORTERO.

Hombre,  
Usted ser podrá  
Muy bueno, muy dócil,  
Muy retocabal.  
Pero necesita  
Hacernos constar  
La buena conducta  
Que viene de atrás  
Observando. Es claro;  
Usted no se habrá  
Tratado en la vida  
Con ningún rufián;  
Ni con malas hembras;  
Ni se juntarán  
Con usted amigos  
De lo ajeno...

ADAM.

¡Ah!

EL PORTERO.

Ni habrá visto cárcel  
Por dentro jamás.

ADAM.

La cárcel; yo estuve  
Sin ser criminal  
En ella...

EL PORTERO.

¿Qué dice?

ADAM.

Pero no iré mas;  
No iré, que sus muros  
Espanto me dan.  
Si usted comprendiera  
Lo que sufre allá  
El hombre que quiere  
Ser libre!

EL PORTERO.

Es verdad;  
Pero, para serlo,  
Fuerza es no pecar.

ADAM.

Yo estaba inocente.

EL PORTERO.

Todos que lo están  
Se figuran. Vaya...*(En ademán de volverle la espalda.)*

ADAM.

¡Oh!... *(Procurando detenerle.)*

EL PORTERO.

Déjeme en paz.  
Bien me presumía  
Que era un perillan.*(Cierra la verja y desaparece regañando entre dientes.)*

## II.

## Una plaza pública.

*(Han transcurrido las horas del día y el crepúsculo de la tarde va estendiendo sus sombras. Adam, cansado y triste, se para un instante, se apoya en el ángulo saliente de una casa, y dice mirando en derredor de sí:)*

ADAM.

¿Quién soy yo? ¿Qué es de mí? ¿Dónde impaciente  
Dirijo ¡ay triste! la insegura planta,  
Si acierto solo á contemplar doliente  
Un mundo que me espanta?¿Dónde voy? ¿qué es de mí? ¿por qué de abrojos  
Sembrado está el camino de mi vida?  
¿Por qué brotó de mis ardientes ojos  
La lágrima escondida?¡Triste de mí, que entusiasmado y loco,  
Dulce y feliz juzgaba la existencia,  
Y el mundo miro y su aspereza toco,  
Su cruel indiferencia!*(Mirando á todos los que pasan por delante.)*Ni en rostro amigo la sonrisa veo,  
Ni estrecha nadie con placer mi mano;  
No me ofrece un consuelo que deseo  
El hombre que es mi hermano!Solo ¡ay de mí! entre tanta y tanta gente  
Nadie mi nombre á pronunciar acierta;  
Ni yo conozco á nadie, ni doliente  
Llamar puedo á una puerta!*(Sigue andando á la ventura.)*¡Qué angustia! ¡qué inquietud! ¿dónde volaron  
Mis sueños y mis locas ilusiones?  
Humo fué todo, y humo que arrastraron  
Los récios aquilones!

Yo pensaba en mi bárbara rudeza  
Que era fácil cruzar por la florida  
Senda feliz de la humanal grandeza  
Hoy para mi escondida.

Huyendo altivo el miserable trato  
De Salada y del Cura, imaginaba  
Conquistar la grandeza y el boato  
A que nécio aspiraba.

Y á la de Alcira, que encontré dichoso  
En áurea estancia, rica y opulenta,  
El alma toda le cedi gustoso  
En mi pasión violenta.

¿Pudo aceptar del hombre oscurecido,  
Pobre, infeliz, desnudo, loco, errante,  
La silenciosa súplica, el latido  
Del corazón amante?

Yo no lo sé; tan solo sé que al cielo  
De la condesa la piedad imploro;  
Que pienso en ella con ferviente anhelo;  
Que la he visto... y la adoro.

*(Pausa: luego dice con ironía y amargura.)*

Más ¿quién soy? ¿qué es de mí? rudo, ignorante,  
No sé brillar como los otros brillan;  
Nada tengo ni puedo; á cada instante  
Me ultrajan y me humillan.

*(Entusiasmándose por grados y como delirando.)*

Yo quiero hallar, cual lo soñé, un tesoro;  
Trajes, riquezas, y del alma el luto  
Arrancar para siempre; quiero oro  
Y un indómito bruto.

¡Un caballo! un caballo, en que contento,  
Sendas divinas de ilusión cruzando,  
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,  
A mi vez yo volando.

Y en torno brame el huracán bravo;  
Y el mundo entero, á mi codicia poco,  
Veloz yo cruce con potente brío  
Y con ímpetu loco.

Y encuéntrame al final de mi carrera,  
En la tierra del bien, apetecida,  
Donde luzca una eterna primavera,  
Y eterna sea la vida.

Donde jamás la pena se vistumbre  
Ni la paz con la guerra se confunda;  
Do nunca el sol su esplendorosa lumbre  
En el ocaso hunda.

Donde jóvenes mil con dulce encanto,  
Muestren el rostro, en que la dicha brilla,  
Sin que nunca por él discorra el llanto  
Que escalda la mejilla.

Donde dando incentivo á mis amores,  
Las formas de mujeres ideales  
Reproduzcan arroyos bullidores  
En límpidos cristales.

¡Mundo feliz, risueño, venturoso,  
Inundado del hábito divino;  
Bello país, tan grande, tan hermoso,  
Cual yo me lo imaginé!...

¡Deja, deja que al fin de mi carrera  
Encuentre en ti otra luz y otros espacios!..  
Surja á mi vista la gentil pradera  
Cuajada de palacios!

Entre risueños bosques de esmeraldas  
Giren gentes en danzas bulliciosas,  
Tejiendo con placer frescas guirnaldas  
De flores olorosas.

Guirnaldas bellas para ornar mi frente;  
Flores que vengan á formar mi lecho;  
Blandos aromas que el afán ardiente  
Calmarán de mi pecho.

Y luces y colores y armonía;  
Triunfos, riquezas, calma venturosa;  
Cuanto impaciente conseguir ansía  
El alma codiciosa.

¡Y un caballo! un caballo, en que contento,  
Sendas divinas de ilusión cruzando,  
Vaya siempre, cual vuela el pensamiento,  
A mi vez yo volando.

Y en torno brame el huracán sombrío;  
Y el orbe entero, á mi codicia poco,  
Cruzando vaya con potente brío  
Y con ímpetu loco.

Y envidien todos la feliz memoria  
De la dicha de Adam por donde quiera,  
Y halle riquezas y cariño y gloria  
En mi triunfal carrera!

*(Párase y dice con profundo abatimiento.)*

¡Gloria, triunfos, placer, dicha, cariño!..  
¿Por qué venis á trastornar mi calma?  
¿Sereis creación de la ilusión de un niño  
Que enferma tiene el alma?

Si existís ¿dónde estais? ¿qué misteriosa  
Ruta debo seguir de mi destino?  
¿Venís de Dios? ¿Su mano poderosa  
Trazó vuestro camino?

¿Estais vedados al que pobre nace  
Ó sois de la virtud el premio hermoso?  
¿Es que el crimen acaso os satisface?  
¿Me hará el crimen dichoso?

Yo no lo sé; del mundo las lecciones  
Recibi sin doblez, y hoy me confunden,  
Pues matando mis tiernas ilusiones  
Al par me las infunden.

*(Después de una breve pausa baja la cabeza y pronuncia lentamente las palabras que siguen, y que vá evocando en su memoria:)*

«Mira; de nadie te fies;  
»Hijo, Adam, vive en acecho;  
»Lo que guardes en tu pecho  
»Ni aun á ti mismo confies.  
»La gente... no hay un amigo:  
»Al que cae, la caridad...  
»De una mala voluntad  
»Tienes un falso testigo.

»Si mojas á alguno, cuida  
 »De endiñarle al corazón...  
 »No se olvida una intencion  
 »Y un beneficio se olvida.  
 »Eres mozo; al mundo sales;  
 »De los montes se hacen llanos;  
 »Buena suerte y muchas manos  
 »Y callar y vengan males.  
 »Á malos trances mas bríos;  
 »Como la mar es en suma  
 »El mundo; pero en su espuma  
 »Se sustentan los navíos.  
 »El hombre aquí ha de enredar,  
 »Sin que le enrede el enredo;  
 »Tú no te chupes el dedo  
 »Que no hay que pestañear.  
 »Esto es negro para tí;  
 »Pero ya lo entenderás,  
 »Y acaso te acordarás  
 »Cuando lo entiendas de mí (1).»

(Adam ahoga un gemido y se lleva la mano á la frente, diciendo despues de algunos instantes de silencio:)

Tuvo razon el desalmado viejo:  
 Sus frases hoy resuenan en mi oído;  
 Mas no sé si seguir debo el consejo  
 De Lucas el bandido.

Yo entonces en la cárcel me veía  
 Entre opresores muros que me ahogaban,  
 Y esas negras lecciones recibía  
 Que mi alma envenenaban.

Mas luego ví del sol la lumbre pura;  
 Y un cielo hermoso cobijar mi frente,  
 Y al placer, la bondad y la ternura  
 Abrí el pecho inocente.

Y recuerdo tambien que anoche, atento  
 Las sublimes palabras recogía  
 Del sacerdote, que con dulce acento  
 De este modo decía:

«Nunca en la senda del mal  
 Brotaron lózanas flores  
 De purísimos olores  
 Y de aroma celestial.»  
 «Tan solo á la escelsitud  
 Del Sumo Hacedor, parecen  
 Bien la dicha y paz que ofrecen  
 El amor y la virtud.»  
 «Que es bendito el que no yerra  
 Y su fé nunca perturba;  
 Bendito aquel que no turba  
 Jamás la paz de la tierra.»  
 «¡Bendito el que el bien pregona;  
 Bendito el que no derrama  
 Sangre; bendito el que ama,  
 Y bendito el que perdona!»

(Se interrumpe y dice luego con candoroso entusiasmo.)

Tiene razon el venerable anciano:  
 Yo tengo fé en mis sueños peregrinos;

Yo quiero hallar al hombre, que es mi hermano,  
 En fáciles caminos.

Y nunca ver sobre mi rostro impresa  
 La marca del baldon que el mundo esquivo;  
 Y mostrarle mi frente á la condesa,  
 Serena, noble, altiva!

(Con febril excitacion.)

¡Virtud! ¡amor! prestad á quien os nombra  
 Y os invoca á la vez, dicha y bonanza!  
 ¡Árbol frondoso sed de fresca sombra,  
 Que cubra mi esperanza!

(Despues de un ligero intervalo trata de apresurar el paso y no puede. Se lleva una mano al pecho y dice:)

No sé que siento aquí; desfallecido  
 Apenas sostenerme puedo en pié.  
 La sed y el hambre rugen á mi oído...

(Con desesperacion y mirando en derredor de sí, mientras lleva maquinalmente la mano á su puñal.)

¿Qué senda escogeré?

(Adam cierra los ojos. Luego los abre de nuevo viendo pasar á un hombre que corre desalado seguido de varias personas que gritan desahoradamente. Vá anocheciendo.)

UNA VOZ.

¡Al ladron! ¡al ladron! la retirada  
 Cortémoste; que vaya al Saladero.

OTRA VOZ.

¡Un guardia!

OTRA.

¡Un polizonte!

OTRA.

Camarada:

Prended á ese ratero.

(Pasan todos.)

ADAM.

¡La cárcel! un ladron... ¡Gracias, Dios mio!  
 ¡Qué angustia! Sostenerme intento en vano.

(Se apoya en una esquina.)

¡Oh! ¡qué afán!... todo gira en torno mio...

(Viendo á un caballero que pasa junto á él y como adoptando penosamente una resolucion estrema, esclama tendiéndole una mano y con desfallecida voz:)

¡Tengo sed y hambre, hermano!

(El caballero sigue su marcha sin oírle.)

ADAM.

¡Me siento desfallecer! (Pausa.)  
¡Socórrame usted por Dios!

(Tendiendo de nuevo la mano á una señora que le mira con interés; pero que no se detiene.)

¡Ah! ninguno de los dos  
Me ha podido comprender.  
Mi vida quiere escapar  
Y se turba mi razon.

(A un señor de edad que casi tropieza en él.)

¡Una limosna...!

EL CABALLERO.

(Amenazándole.) ¡Bribon!  
¡Á un taller á trabajar!

(El caballero pasa de largo regañando entre dientes. Adam se cubre el rostro con ambas manos y oculta sus lágrimas. Luego, en un momento de iracunda desesperación, mide la distancia que le separa del caballero, en ademán de querer arrojarse sobre él; pero al mismo tiempo le abandonan las fuerzas y cae medio desvanecido en brazos de un joven de aspecto decente, cuyo alavío revela sin embargo la pobreza. Es ya enteramente de noche.)

EL JÓVEN. (Con dulzura.)

¡Ánimo y serenidad!  
Venga usted; sufra su pena;  
Alce la frente serena;  
Perdone á la iniquidad.  
Déjele V. que se aleje...

(Atendiendo al caballero que vá trasponiendo la calle.)

ADAM.

¡Oh! ¡cuánta afrenta!

EL JÓVEN.

Conmigo

Vengá V.; seré su amigo;  
No tema que yo le deje.  
Aunque injusta fué la ofensa  
Del rencor el fuego apague.  
Venga V... (Con mayor cariño.) Ven...

ADAM.

(Con efusion.) ¡Dios le pague  
Todo el bien que me dispensa!

EL JÓVEN. (Aparte.)

(¡Cuánto afan negro y profundo  
Encierra la vida triste...!)

(Á Adam, cambiando de tono.)

Sigueme, ven... aun existe  
La caridad en el mundo.

(Le hace que se apoye en su brazo y ambos se alejan.)

III.

¡Sublime caridad! ¡perla engastada  
En el trono de Dios, y por su mano  
Á los cielos y al mundo regalada!  
Sonrisa de los ángeles preciosa;  
Corona del cristiano;  
¡Santa y noble virtud...! ¿por qué ultrajada  
Te miro alguna vez por alma impía,  
Siendo tú mas hermosa,  
Mas bella, mas preciada  
Que el manto de oro en que se envuelve el día?

¡Augusta hija del cielo!  
Tú propicias, con mano bienhechora,  
Prodigas el consuelo  
Al miserable que padece y llora.  
Tú das abrigo y bienestar con ellas;  
Tú cubres al desnudo, tú al hambriento  
Le ofreces el sustento;  
Tú te despojas de tus galas bellas  
Por dar abrigo y bienestar con ellas;  
Tú eres madre del huérfano afligido;  
Tú tiendes una mano  
Al obrero infeliz medio sepulto  
En lóbrego edificio derruido;  
Tú curas al leproso y al tullido;  
Tú buscas el dolor, que yace oculto,  
Para ofrecerle venturosa calma  
Y estímulo y esfuerzo sobrehumano;  
Tú ablandas peñas ablandando el alma  
De aquel que nunca humano  
Para el dolor y la horfandad ha sido  
Ni vió el llanto que vierte el desvalido.

Eres faro feliz del que navega  
Por el mar proceloso de la vida;  
Eres puerto de plácida bonanza;  
Santuario precioso á donde llega  
La rica luz querida  
Del astro de la fúlgida esperanza.  
Eres dulce consuelo de aflicciones;  
Lazo fuerte, bendito y sacrosanto  
Que ata las almas y une corazones.  
Que enjuga el triste y congojoso llanto.  
Por tí la noble, poderosa y bella  
Matrona ó niña, virgen ó casada,  
Del dolor vá siguiendo la honda huella;  
Y sube á la ignorada  
Boardilla, ó en la choza  
Miserable penetra  
Y socorriendo al pobre se alborozaba.  
Por tí el noble se inflama, el rico aspira  
En un santo hospital á merecerte,  
Y triste al lado del que triste espira  
Presta consuelos á la misma muerte,  
Sin temor á la horrible  
Implacable deidad, siempre temible,  
Y mas temible y fiera  
Para el que sale de dorada esfera.

Eres, pues, grata, hermosa  
Y augusta y bella y rica y refulgente;  
De Dios fuiste venida;  
Pero hay quien te rechaza torpemente  
Insultando al dolor, dándole vida;  
Mas vida porque sea  
Doblemente infeliz quien te desea.

Mirad al desdichado  
 Avariento ruin que su tesoro  
 Con bárbara delicia  
 Oculta y acaricia;  
 Su corazón está metalizado  
 Y es mas duro que el oro

En que todo su amor tiene cifrado.  
 Las dulces emociones,  
 Las gratas sensaciones  
 Que la preciosa caridad imprime  
 En el que llora cuando alguno gime,  
 Son para él acaso una quimera



Y humo no mas; ¿le veis? nunca mitiga  
 El dolor del hermano;  
 Mas ¡ah! que cuando muera  
 Ni sonará en su oído voz amiga  
 Ni estrechará su mano amiga mano.

¡Pobre mortal nadando en la riqueza!  
 ¿De qué te sirve tu fatal tesoro,  
 Tu lujo, tu grandezza,  
 Si no te apiadas del ajeno lloro?  
 ¿Inquieres por ventura

Quién es mas infeliz? ¿has inventado  
 Acaso la impostura  
 De que el pobre nació desheredado  
 Del cariño de Dios? (1) ¿Se te figura

(1) Ya se sabe que no ha faltado quien haya pretendido probar en el terreno de la ciencia, que las clases desacomodadas no tienen derecho á sentarse en el banquete de la naturaleza. Entre esta feroz adulacion para con los ricos, y la no menos salvaje de que la propiedad es un robo, con que se ha querido halagar y escitar á los pobres, se deja ver el océano de aberraciones en que pueden sumergirse, no solo las inteligencias vulgares, sino las que pasan por grandes inteligencias.







«En la morada de Dios,  
Dó dichas habitamos,  
Salada y yo te esperamos.—  
Ven á unirte con las dos.»

« Que allí no existen los celos ;  
Allí *paz y amor* ha escrito  
Ese Dios grande , infinito ,  
Sobre el azul de los cielos.»  
(*El Diablo Mundo, Segunda parte.*)

Que aquel que no ha encontrado  
El trabajo, es acaso delincuente?  
Y si lo es y su virtud rebajas,  
Tú que triunfas, y acaso no trabajas,  
¿Por qué el baldon arrojas á su frente?

¡Oh! no mires, con bárbaro desvío,  
Á los que sufren; todos suspiramos  
En este valle de dolor sombrío  
Que mil veces con lágrimas regamos.  
Haz bien á toda hora;  
La noble y santa caridad acrece;  
Padece con el pobre que padece;  
Llora tambien con el que triste llora.  
Nunca olvides con bárbaro egoismo  
Y con pecho cruel y despiadado,  
Que el Señor te ha mandado  
A tu prójimo amar como á ti mismo.  
Nota las hondas y sangrientas llagas  
Que causa el mundo en su eternal pelea;  
Haz bien sin ver á quien favores hagas  
Y tu memoria bendecida sea.  
Mira que á todos la piedad abona;  
Mira que tuvo junto á Dios su asiento

Y perla fué de su inmortal corona  
Y es eco santo de su augusto acento.

## IV.

Cancion: si en este instante  
Hay un lector que despreciarte pueda,  
Ó un crítico arrogante  
Que diga que me aparto de Espronceda,  
Porque dejo escapar hondos suspiros  
Y no imito su estilo ni sus giros,  
Ni sus burlas y máximas discretas,  
Sin imitar tampoco á otros poetas,  
Vuelve al punto hasta mi, dimelo todo;  
Que yo veré si hay modo  
De tornar á ese mundo, y de lanzarme  
Otra vez al bullicio y la alegría,  
Do pueda solazarme,  
Si es que encuentra un solaz el alma mia.  
Y si hay quien mas se enoje,  
Si hay alguno, por fin, que el libro arroje  
Porque la dulce caridad me inspira  
Y el corazon levanto á tal objeto,  
No me lo ocultes, vuelve... y te prometo  
Que en mil pedazos romperé mi lira.

## CANTO XI.

Interior de un bodegon en uno de los barrios mas apartados de la corte.—Doble hilera de bancos y mesas prolongadas cubiertas de toscos manteles.—Velones encendidos pendientes del techo.—Es de noche.—Adam, sério y meditabundo, aparece en un rincon, detrás de la puerta que dá á la calle, teniendo á la vista los restos de una miserable cena.—Junto á él se encuentra D. Juan de Alarcon, jóven de aspecto triste y de rostro enjuto y demacrado. Ambos sostienen una conversacion que se vá animando por grados.—El resto del espacioso zaguan que forma el despacho del bodegon se halla casi lleno de hombres y mujeres del pueblo que cantan, rien y bailan. En un pasillo que conduce al patio y á la cocina, se ven algunos mozos que tocan guitarras y un ciego con una bandurria. El tio Chanfaina y la tia Teresa, dueños del bodegon y viejos cuya obesidad es tan chocante como la estremada alegría que manifiestan, discurren de uno en otro sitio, exhalando estrepitosas carcajadas y animando á todos para que se diviertan. Entre los que cantan descuellan un jaque andaluz que pasa por hombre de chispa!

UNA VOZ. (*Canta.*)

El figon mas famoso  
Por su limpieza  
Es sin duda el que tiene  
La tia Teresa.  
Siga la danza  
Y viva la costilla  
Del tio Chanfaina.

VARIOS.

¡Bien! ¡muy bien!

EL TIO CHANFAINA.

Aquí, esta noche  
Todos tienen que cantar  
Sin que nos pague *deniguno*  
Por cena ó por vino un *rial*.

UNOS.

¡Viva el tio Chanfaina!

OTROS.

¡Viva!

EL TIO CHANFAINA.

Menos vivas y á bailar.

(*Siguen cantando y bailando.*)

ADAM.

¡Qué gente! ¡siempre lo mismo!  
Su barahunda infernal  
Me hace daño.

ALARCON.

¿Estás enfermo?

ADAM.

Triste, triste enfermedad  
Es el hambre; pero el hambre  
Por fortuna cesó ya.

(*Sonriendo con amargura.*)

ALARCON. (*Aparte.*)

(Todas las penas acaban.  
¿Cuándo la mia?)

ADAM.

Jamás  
Hubiera yo imaginado  
La negra y feroz crueldad  
Con que me trató...

ALARCON.

¡Inocente!  
¿Puede el mundo aquilatar  
Las circunstancias que pesan  
Sobre ti, ni tu orfandad  
Comprender?—Eres robusto  
Y joven, te gritarán;  
Trabaja, pues...

ADAM.

Yo quisiera...  
¿Mas dónde el trabajo está?  
No tengo á nadie en el mundo;  
Vivo en él en soledad  
Perpétua; y si busco abrigo  
En brazos de la amistad,  
Solo consejos infames  
Malos amigos me dan.  
No hace mucho que un muchacho  
Me aconsejaba robar  
Y verter sangre... ¡Dios mío!  
¡Cuánta y cuánta iniquidad!  
Y no es que me falten fuerzas,  
Ni valor; es que me dá  
Grima, el pensar que mis manos  
Den impulsos á un puñal  
Asesino; es que mi alma  
Por otros caminos vá  
En busca de la ventura  
Con que sueño sin cesar.

ALARCON. (*Aparte.*)

(¡Ventura! ¡pobre inocente!  
¡Ignora que no la hay!)

ADAM.

Del honor, de las virtudes,  
Jamás me hablaron, jamás  
En tono sério; he vivido  
En tan ruin sociedad  
Que hasta hoy nadie me dijo  
Que era honroso trabajar.  
Yo, sin embargo, he luchado  
Con el bien y con el mal,  
Porque una voz, en el fondo  
De mi pecho, sin cesar  
Me gritaba: «si eres bueno  
Tu premio al fin hallarás.»  
Y abandoné aquellas gentes;  
De mi pasado fatal  
Rompí los lazos que fieros  
Me oprimian; quise en paz  
Vivir con honra, y al mundo  
Me lancé con vivo afán  
Invocando á Dios, y al hombre  
Que era mi hermano... mas ¡ah!  
Me vi solo, á mis hermanos  
Pedí un pedazo de pan  
Y unos ¡ay! se me rieron  
Cruelles; y otros pasar  
A mi lado indiferentes  
Vi...

ALARCON.

No todos, Adam,  
Pueden socorrer al pobre;  
No todos...

ADAM.

Y uno, en brutal  
Cólera ardiendo, insultóme  
Aumentando mi pesar.

Nunca, nunca de mi mente  
Sus frases se borrarán:  
—« ¡Bribon! me gritó colérico:  
Vé á un taller á trabajar. »

ALARCON.

Es cierto; y aquel menguado  
Miserable, aquel... (*Sin poder contenerse.*)

ADAM.

Será  
Rico tal vez...

ALARCON. (*Con odio reconcentrado.*)

Si, el banquero,  
El noble, el grande, el sin par  
Baron de la Estrella... (¡Oh!  
Su nombre me quemará  
Los labios; pero no importa...)  
Era el Sr. D. Julian  
De Rojas y Bustamante  
Alcázar y Sandoval.  
El padre de la condesa  
De Alcira...

ADAM.

¡Cómo! ¿Será  
Posible que esa familia  
Me ultraje tan sin piedad  
Cuando yo, loco...? Ayer mismo  
Mi rostro llegó á cruzar  
El látigo del cochero  
Del conde, de ese rival  
Aborrecido; esta tarde  
Con ruda ferocidad  
Su padre... mas no es posible.  
Ella que tiene una faz  
Tan bella, que tiene un timbre  
De voz tan angelical,  
Ser hija de un mónstruo...— Eso  
Es imposible, D. Juan.

(*Adam bebe un vaso de vino y queda profundamente pensativo. D. Juan, que no lo está menos, mira con avidez el movimiento de las agujas de un reloj que se halla pendiente de la pared, y luego contempla con ojos espantados cuanto pasa en derredor. La algaraza y el ruido de los que beben, cantan y bailan, van en progresivo aumento.*)

EL ANDALUZ. (*Canta.*)

Pues la noche es de groma  
Siga el jaleo,  
Y afuera los achares  
Que dan tormento.  
No huiga mas penas  
Y que dé cuatro saltos  
Doña Teresa.

(*Con retintín que hace reir á todos.*)

UN HOMBRE.

¡Bien pensado!

OTRO.

Si, que baile  
Tres seguidillas.

TERESA.

¡Pues ya!  
Como me pesan las piernas  
Poco...

VARIOS.

¡Á bailar!

OTROS.

¡Á bailar!

UNA MUJER.

¡Y con ella el tío Chanfaina  
Ya que tan contento está!

VARIOS.

¡Qué baile Chanfaina!

EL TIO CHANFAINA.

¡Diablo!  
Muchachos ¿quereis callar?

VARIOS.

No hay remedio, no hay excusa;  
Salga el matrimonio ya.

UN MOZUELO.

El público soberano  
Lo pide; no hay que chistar.

EL TIO CHANFAINA.

Vamos, Feresa.

*(Plantándose en medio de la estancia.)*

EL ANDALUZ.

¡Famoso!  
¡Viva ese cuerpo! ¡salá!

*(Los gritos, las palmadas y los silbidos que dan todos, impiden que se oiga lo que dicen. La tía Teresa, obligada por los dichos picantes que le dirigen, por los empujones que la dan y por la solicitud de su marido, se coloca delante de éste, disponiéndose á bailar. Grandes y estrepitosos aplausos.)*

UN HOMBRE.

Silencio.

OTRO.

Venga una copla.

EL ANDALUZ.

La funcion vá á escomenzar;  
¡Viva el salero! ¡mozuela!  
Cudiado con resbalar.

*(Bailan.)*EL ANDALUZ. *(Canta.)*

Cuando miro á esa moza  
Que alegre brinca,  
Al instante los ojos  
Se me encandilan.  
Y es tal mi gusto,  
Que ni sé si me alegro,  
Ni si me asusto.

UN HOMBRE.

¡Olé!

OTRO.

Obligala, Chanfaina.

OTRO.

Qué se van á reventar.

OTRO.

¡Vaya una pareja crua!

OTRO.

¡Si van derramando sal!

EL ANDALUZ. *(Canta.)*

En tu cara hechicera  
De pergamino,  
La fê llevas escrita  
De tu bautismo.  
¡Alza Teresa!  
Con *sincuenta* años menos...  
Tuvieras *trenta*.

UN HOMBRE.

Otro salto.

UNA MUJER.

Y otro luego.

TERESA.

Pues señor, no puedo mas.

*(Cae sobre un banco y se enjuga el sudor. Sigue el baile.)*

-ADAM.

Aturde su barahunda.  
¿Qué locura singular  
Les asalta?

ALARCON.

La alegría  
De esas gentes, es, Adam,  
Como un rio desbordado  
Que se convierte en un mar  
Cuando el vino á sus pesares  
Olvido y treguas les dá.

ADAM.

¡Están beodos!

ALARCON.

No tanto;  
Mas lo comienzan á estar.

ADAM.

Si yo pudiera con vino  
Desvanecer tanto afan  
Cómo siento!... pero nunca,  
Nunca, ¡ay de mí! supe ahogar  
Entre cálidos vapores  
Los recuerdos de mi mal.  
Si yo pudiera embriagarme  
Una vez, una no más!... *(Bebe.)*

ALARCON.

¡Embriagarte! y ¿no comprendes  
Que es mejor la enfermedad  
Que el remedio? — Por el pronto  
La embriaguez puede quitar  
Algunas penas de encima.  
Del espinoso erial  
De la vida, el que padece  
Tal vez se suele apartar  
Un instante; la materia  
Torpe, inerte, al alma dá  
Ensanches, y el alma loca  
Suele á su placer vagar  
Por mundos que, acaso, lejos  
Estén de la realidad.  
Tal vez del fondo del vaso,  
Donde hierve otro cristal,  
Nubes de grana y de ópalo  
Surgiendo vistosas van.

Y entre esas nubes flotantes  
Se consigue divisar  
Castillos de oro y de nácar;  
Mujeres de celestial  
Hermosura; grupos mágicos,  
Anchos caminos quizás  
Donde se pierde la mente,  
Donde el juicio errante vá.

ADAM.

¡Sueño dichoso!

ALARCON.

Quimeras  
Que finge nuestra ansiedad  
Para que parezca luego  
Mas terrible el despertar.

UNA VOZ. (Canta.)

Cuando el vino me sube  
A las narices,  
No hay ya guapo en el mundo  
Que me replique.  
Venga si quiere  
Y verá que en su cara  
Pinto un jabeque.

ADAM.

Ese que canta, de guapo  
Blasona; ¡qué necedad!...  
Mas allí vi que en silencio  
Un hombre guarda un puñal,  
Cuyo mango con su mano  
Acarició.

ALARCON.

El vino irá  
Su efecto haciendo; esos vasos  
Tambien suelen encerrar  
Negros fantasmas, arcanos  
Muy lúgubres. Toca ya  
Su término la alegría,  
Y en el rugiente volcan  
De las pasiones que estallan,  
El temor ya no será  
Un óbice; la vergüenza  
Y la razon flaquearán,  
Mientras el alma se hunda  
En un negro lodazal.

ADAM.

De modo, que nunca el hombre  
Es venturoso...

ALARCON. (Sin virte.)

Quizás  
Al través de aquellos vasos  
Se levante un hospital,  
Ó la sonrisa diabólica  
De un verdugo brillará.  
Verdugo que á un asesino  
Espera.

ADAM. (Hablando consigo mismo.)

Si, si, es verdad.  
Una noche como esta  
Salada mató al rufian  
Que nos molestó; y fué el vino  
Causa del trance fatal.

ALARCON.

¿Qué dices?

ADAM.

Estoy pensando  
En lo inmediatos que están

De las virtudes los vicios  
Y de la dicha el pesar.

ALARCON.

Tanto, que el alma se asombra  
Y se abisma...

(De pronto se fija en un reloj que hay colocado en la pared, y dice para sí:)

(Como vá

Trascurriendo el tiempo! y nadie  
Llega; en vano es esperar.  
Solo mis hijos, mis hijos  
Del alma, se acordarán  
De mí; ¡cielos! ¡qué agonía!  
Dadme fuerza y voluntad.)

(Ambos se quedan silenciosos y meditabundos.)

UNA VOZ. (Canta.)

Cuando vá un señorito  
Con la levita  
Abrochada hasta el cuello...  
Vá sin camisa.

(Risa general. Muchos ojos se fijan en D. Juan, que lleva el levita abotonado en la forma que indicó la copla. Alarcon y Adam, completamente abstraídos, permanecen silenciosos.)

LA VOZ DE ANTES. (Canta.)

Mas no hagas caso,  
Que á mí los señoritos  
Me causan asco.

UN HOMBRE.

Bien por Dios; ¡alza, salero!

UNA MOZUELA.

Paco, venga otro cantar  
Por el estilo; me cargan  
La levosa y el futrac,  
Y quiero hacerles la guerra  
Hasta que me muera.

UN HOMBRE.

¡Ya!  
Desde que aquel lechuguino...

LA MOZUELA.

Ladron, ¿te quieres callar?  
A mí nunca me gustaron  
Los faldones.

OTRA MUJER.

Re...cabal;  
Recabalito; ¡puñales!  
Donde una chaqueta está...

UN HOMBRE.

Una copla á las chaquetas.

ADAM.

Me parece... (Levantándose.)

ALARCON.

(Deteniéndole.) ¿Á dónde vas?  
¿Qué intentas hacer?

ADAM.

He visto  
Que allí burlándose están,  
Y por Dios que voy al punto  
Sus burlas á castigar.

(Adam dirige á todos una mirada iracunda y provocativa. Los que se mofan de D. Juan se contienen algun tanto y cuchichean con disimulo.)

ALARGON.

No, ven; siéntate, modera  
 Los impetus de tu edad.  
 Si se burlan, ten por cierto  
 Que es de mí; de nadie mas.  
 Ellos ignoran el daño  
 Que me pudieran causar  
 En otra ocasion; ahora...  
 Ni me causan bien ni mal.

(Sonriendo melancólicamente.)

UNA MUJERZUELA.

¿Te has puesto malo, Pacorro;  
 O es que no quieres cantar  
 La consabida coplilla?...  
 (Mirando hácia el sitio que ocupan Alarcon y Adam.)

(Mirando hácia el sitio que ocupan Alarcon y Adam.)

EL TIO CHANFAINA.

Tengamos la fiesta en paz,  
 Caballeros; esta noche  
 No han de decir que hubo acá  
 Ni peloterías, ni enredos;  
 Con que... á beber y á jamar,  
 Que ya se ha acabado el baile.

(Sacan algunas viandas y botellas que van sirviendo á los concurrentes.— Poco á poco, viendo que se hace tarde y que ha comenzado á llover, van desfilando las mujeres, y algunos hombres que las acompañan. El local vá desahogándose, y el ciego y los músicos se despiden despues de recibir algunas monedas de propina que les dá el tio Chanfaina. El andaluz, que ha dejado la guitarra, hace señas á Teresa, y le dice:)



EL ANDALUZ.

Teresa.

TERESA.

¿Qué se le ofrece?

EL ANDALUZ. (Bajando la voz.)

Dime, aquel pelafustran  
 De las trabillas, y el otro  
 Terne que á su lado está  
 ¿Quiénes son?

TERESA.

El uno, es hijo

De casa muy prencipal;  
 Mas vino á menos; su madre  
 Fué una santa y en jamás  
 Los favores que me hizo  
 Podrá Teresa olvidar.

EL ANDALUZ.

Pues si lo estás manteniendo  
 Flaco tienes al galan.

TERESA.

¡Vaya una gracia! esta noche  
 Llegó por casualidad  
 Con el mocito que al lado  
 Tiene, y les dí de cenar  
 Lo mejor que pude; gloria  
 Que hubiera en casa... ¡pues ya!  
 Yo soy pobre; pero naide  
 Del mundo, me ha de ganar  
 En saber agradecer  
 Un favor. (Siguen hablando.)

UN MOZUELO.

(Encarándose con un hombre de rostro patibulario y en voz baja.)

Diga usted, Blas.

BLAS.

Habla, muchacho.

EL MOZUELO.

Se sabe

La razon particular  
Que tienen el tío Chanfaina  
Y su horrorosa mitad  
Para estar tan satisfechos  
Y espléndidos como están?

BLAS.

¡Hombre...! á mí se me figura...  
Segun pude averiguar,  
Hoy *mesmo* han cobrado un premio  
Muy gordo, casi un caudal,  
De la lotería.

EL MOZUELO.

¡Diablo!

BLAS.

Yo no sé la cantidad  
A punto fijo; mas sé  
Que medio locos están  
De contento.

EL MOZUELO.

No sería

Dificil, acogotar  
A Chanfaina y á Teresa...  
¿En dónde el gato tendrán?

BLAS.

Cállate, demonio, cállate;  
Deja á los viejos en paz.  
No hay que meterse en camisa  
De once varas.

EL MOZUELO.

Es verdad.

(¡Pillo! miente y disimula;  
Pero á mí no me la dá.)

(Se separan.)

(Un hombre que viene de la calle se dirige á Blas y le habla al oído algunos instantes.)

BLAS.

¿Qué dices, Pedro?

PEDRO.

El sotana

Y Pupas me encargan...

BLAS.

Ya.

¿Con qué aquel mocito...? (Por Adam.)

PEDRO.

El mismo:

Aquel mocito es Adam.  
Se quiere que no le pierdas  
De vista.

BLAS.

Se le espíará.

PEDRO.

Es preciso á todo trance

Que no se llegue á encontrar  
Con el tío Lucas.

BLAS.

(Rascándose la oreja.) ¡Demonio!  
Y en dónde Lucas está?

PEDRO.

Se ha escapado de la cárcel.

BLAS.

Pues hemos hecho un buen pan.

PEDRO.

¿Le tienes miedo?

BLAS.

No poco.

Nuestro viejo capataz,  
Tú lo sabes, ha estudiado  
Con el mismo Satanás.  
Él protege á la de Alcira  
Y se la quiso robar;  
Él al baron aborrece;  
Odia al cura; en libertad  
Se encuentra...

PEDRO.

Pero ya sabes

Que el pobrete debe andar  
Á salto de mata...

BLAS.

Fíate

Y no corras. Él sabrá  
Buscarnos, y ¡ay! de nosotros  
Si consigue averiguar  
Que se le ha vendido.

PEDRO.

Esa

Es una razon de más  
Para que no nos durmamos  
En las pajas.—El que está  
Junto á Adam y con él habla,  
Corre por mi cuenta, Blas.

(Aludiendo á Alarcon.)

BLAS.

No comprendo...

PEDRO.

Ese mocito

Á quien le llaman D. Juan,  
No ha de volver esta noche  
Á su casa.

BLAS.

Pues ¿qué harás

Para impedirlo?

PEDRO.

¡Friolera!

BLAS.

¿Acaso á matarle vais?

PEDRO.

Si se empeñase...

BLAS.

Imagino

Que repleta no tendrá  
La bolsa.



PEDRO.

En este momento  
Nadie piensa en el metal.  
Ese hombre puede perder  
Al baron y á muchos mas,  
Inclusos yo y tú.

BLAS.

Y el cura ?

PEDRO.

Ahí fuera en acecho está  
Con otros varios.

BLAS.

Pues dile  
Que quedo en averiguar  
Los pasos que dé ese mozo; *(Por Adam.)*  
Y que á Lavapiés no irá  
Aunque le llamen Salada  
Y el tío Lucas.

PEDRO.

Vigilar  
Es tu *consina*.

BLAS.

Tendré  
Cien ojos.

PEDRO.

Falta te harán  
Si el enojo del tío Lucas  
Hemos de contrarrestar.  
Buenas noches, caballeros.  
*(Alzando la voz.)*

BLAS.

Adios, Perico.

PEDRO.

Adios, Blas. *(Se marcha.)*

*(El reloj que hay en la pared y los de torre mas inmediatos dan las once. La gente que ha ido perdiendo su buen humor, se vá retirando.— Sigue lloviendo en cantidad copiosa, y á la luz que despiden algunos relámpagos pueden descubrirse varios bultos que atraviesan la calle misteriosamente, ó que permanecen inmóviles en el juicio de alguna puerta.—El bodegon vá quedando poco á poco desierto hasta que solo se encuentran en él la tia Teresa, el tío Chanfaina, Blas, Adam y Alarcon.)*

ALARCON.

¡Las once! ¡la hora fatal!  
Hora en que acaso mis hijos  
En mí soñando estarán.  
¿ Por qué mi valor sucumbe ?  
¿ Por qué tiemblo ? ¿ Por qué vais,  
Recuerdos del alma mia,  
Estinguiéndoos... ? ¡ Oh ! no tal ;  
No os estinguís ; es que ahora  
Siento mi fé desmayar  
Y mi corazon cobarde  
Palpita lleno de afan.  
¡ Y es preciso de otro modo... *(Reponiéndose.)*  
Tengamos serenidad.  
Todos me miran... ¡ Teresa!

*(Con fingida calma.)*

TERESA.

¡ Señorito !

ALARCON.

Ven acá.

TERESA.

Señorito, usted perdone:  
Yo conozco que le habrán  
Calentado la cabeza  
Con esta gresca infernal.

ALARCON.

Te engañas ; me he distraído  
¡ Y eso es todo ! Ahora me vas  
A hacer un favor : quisiera  
Tintero y papel...

*(Teresa hace un signo afirmativo y se dirige en busca de dichos objetos. D. Juan continúa de este modo :)*

Adam:

Tambien á tí, buen amigo,  
Te tengo que demandar  
Una gracia...

ADAM.

Con el alma ;  
Con toda mi voluntad  
Le serviré ; que no en vano  
A su generosidad  
Debí... ¿ quién puede ? ¿ quién puede  
Lo que le debo espresar ?  
Cuando aquel hombre insolente  
Casi me escupió en la faz...

ALARCON.

Ya lo sé ; yo vi en tus ojos  
Tu pensamiento fatal.  
Entonces... mas no imagines  
Que solo la caridad  
Fué en aquel instante el móvil  
De mi manera de obrar.  
Misterios tiene la vida  
Que no se esplican jamás,  
Y en mi conducta de ahora  
Profundos misterios hay.

ADAM.

*(Su dulce voz me conmueve,  
Y me hiela su mirar.  
Parece que sufre penas ;  
¡ Qué triste, qué triste está !)*

ALARCON.

*(En voz alta y como si hablase para sí.)*

Es tan triste la existencia,  
Y es á la vez tan falaz,  
Que aun odiándola, queremos  
Nuestra vida prolongar.  
Por eso en aquel instante,  
Sin embargo de este afan  
Que siento, mi cuita fiera  
Quise al olvido arrojar.

*(Momento de silencio.)*

¡ Nadie viene ! me ha engañado  
Esa gente desleal...

*(De pronto dice ahogando un sollozo :)*

¡ Es preciso ! ¡ Pronto ! ¡ pronto !  
¡ Acabemos !

*(Coge un cuadernillo de papel que le ha dejado Teresa, y escribe precipitadamente dos cartas, que cierra luego.)*

ALARCON.

Oye, Adam.

*(Le habla un rato en voz baja y conmovida y le entrega las cartas. Adam hace algunas señas afirmativas y abandona el bodegon, no sin estrechar antes con cariño una mano que le tiende D. Juan. Éste se queda silencioso, con la mirada fija en*

la puerta de la calle y con el rostro densamente pálido. Blas ha salido precipitadamente en seguimiento de Adam. Teresa y su marido se dirigen algunas palabras llamándose mutuamente la atención sobre el estado de agitación visible que se nota en D. Juan. De pronto se levanta éste en ademán de querer despedirse de los dueños de la casa; pero al mismo tiempo penetran en ella cinco ó seis hombres que parecen agentes subalternos de policía secreta, y á los cuales precede otro, con trazas de funcionario público, que viste de paisano y que ostenta insignias de autoridad.)

#### Escena última.

D. Juan de Alarcon.—La tía Teresa.—El tío Chanfaina.—El funcionario indicado anteriormente y los subalternos que le acompañan.

#### EL FUNCIONARIO.

Es de todos bien sabido,  
Y el dicho por cierto alabo,  
Que el que busca encuentra al cabo.  
Ya hemos dado con el nido.

(Á Alarcon.)

Caballero, no se asombre  
Si necesito saber  
Su nombre...

ALARCON.

¿Mi nombre?

FUNCIONARIO.

(Á los suyos.) ¡Á ver...!

Vamos, prendedme á ese hombre.

ALARCON.

¡Prenderme! ¿y por qué razón?

FUNCIONARIO.

(De misas te lo dirán.)

¿No se llama usted D. Juan  
De Alarcon?

ALARCON.

Soy Alarcon.

Pero jamás un esceso  
Cometí... (¡Fortuna impía!)

FUNCIONARIO.

Eso ya no es cuenta mía.

Dése usted preso.

ALARCON.

¡Yo preso!

FUNCIONARIO.

Atadle. (Lo hacen.)

ALARCON.

(Resistiéndose inútilmente.)

¡Como á un bandido!

¡Maldita mi suerte sea!

¡Oh! ¡vive Dios...!

FUNCIONARIO.

¡Vamos, ea!

(Se oye el ruido de un carruaje que pára á la puerta.)

Ya está el coche prevenido.

Metedle en él.

(Los que parecen agentes obligan á Alarcon á que entre en el coche. Dentro de este y á la luz de un relámpago, se vé al cura, que empuña en sus manos un par de pistolas, y á otros dos hombres de siniestra catadura. D. Juan de Alarcon ocupa el asiento que hay vacío, interin los que están en la calle cierran de golpe la portezuela.)

TERESA. (Con indignación.)

Nunca vi

Tratar así á un caballero.

FUNCIONARIO.

¿Quieres defenderle?

TERESA.

Quiero.

FUNCIONARIO.

Pues ahora te toca á ti.

(La fingida autoridad arroja el baston y dando un silbido penetran en la casa otros tres ó cuatro hombres, y entre ellos Pupas. Todos se arrojan, puñal en mano, sobre Teresa y su marido, tapándoles la boca y arrojándolos al suelo. Otro cierra la puerta del bodegon. Se oye por la parte de afuera el ruido de la lluvia que vá arreciando gradualmente.)

## CANTO XII.

### I.

Y en tanto ¿qué es de Adam? Adam en tanto  
Por las revueltas calles solitarias  
De un apartado barrio de la córte,  
En noche oscura silencioso vaga.  
Corriendo vá con presuroso paso,  
Mientras el rostro con furor el agua  
De la lluvia, que arrecia por momentos,  
Tenazmente le azota y le maltrata.  
De vez en cuando, con siniestro brillo  
Parece que las nubes se desgarran,  
Y que el trueno que zumba en el espacio  
Á los cielos y mundos amenaza.  
¿Es acaso la voz de la tormenta  
Que arriba lucha y poderosa estalla,

Ó es el eco potente con que enfrena  
Dios á los vientos que iracundos braman?  
Todo es horror y soledad en torno  
Del pobre Adam que solitario vaga,  
Y sin embargo, un mundo de ilusiones  
En su mente cobija y en su alma.  
Ya no mira que es negro su presente,  
Como es negra la noche; que sin casa,  
Sin hogar, sin amparo, sin recursos,  
Tal vez sucumba de dolor mañana.  
¿Qué nuevo afecto, pues, le presta vida?  
¿Por qué alientos recobra y esperanzas?  
¿Cómo es que dando su terrible duelo  
Al olvido, quiméricos fantasmas  
Evoca con placer, y vá forjando  
Ilusiones sin fin, dichas extrañas

Producto de una loca fantasía  
 Que despierta en soñar se empeña ufana?  
 ¡Recónditos arcanos! misteriosos  
 Problemas ¡ay! de la existencia ingrata!  
 No esperéis que os resuelva quien ya mira  
 Brotar arrugas en su frente y canas  
 En su cabeza; no, no sois vosotros  
 Hijos jamás de la vejez cansada.  
 Tan solo el virgen corazón de un niño  
 Puede curarse las sangrientas llagas  
 Que la injusticia ó la maldad del hombre  
 En ese virgen corazón causara.

La juventud, la juventud hermosa,  
 Reina del mundo, de sus pasos árbitra,  
 Es la sola que puede á los ensueños  
 Mágicos, dulces, entregarse ufana.  
 Por eso Adam en ilusion gratisima  
 Siente mecerse á su placer el alma,  
 En medio de ese mar de tempestades  
 Que en torno suyo su furor desata.  
 Y es que siente en su pecho un puro afecto  
 Nacer tranquilo, como hermosa planta  
 Que, apenas brota en el vergel ameno,  
 Flores y aromas deliciosos guarda.



El tío Lucas.

Jamás el triste á la amistad que nace  
 Entre dos corazones, que se hallan  
 Y al punto de encontrarse laten juntos  
 Y juntos luego con ardor se aman,  
 Culto rindió; desconocida, ignota,  
 La amistad, ante él nunca su clara  
 Bella antorcha encendió para alumbrarle  
 En su senda de espinas y de lágrimas.

¡Es tan bello el amar y ser amado!  
 ¡Es tan hermoso confundir dos almas  
 En una sola, y que la débil vedra  
 Se enlace al olmo! Dad á la desgracia  
 Amparo y proteccion; abrid los ojos  
 Del que á oscuras camina; su esperanza  
 Fortaleced, y le vereis potente  
 A la cumbre subir de esa montaña  
 Que hoy llena de malezas, le intimida,  
 Fatiga su razon, hiere su planta.

Ya es otro Adam: la mano cariñosa  
De un amigo estrechó; y el que estrechara  
Dulcemente su mano, de sus penas  
No se movió con insultante lástima,  
Ni aumentó su dolor con el desvío  
Que el hombre á veces para el hombre guarda.  
¿Quién es D. Juan? Su vida, sus costumbres  
¿Cuáles son? ¿de dó viene? ¿á dónde marcha?  
¿Es acaso un malvado? ¿es virtuoso?  
¿Es feliz ó le agobia la desgracia?—  
Un cortesano, ducho en los secretos  
Del mundo, precavido comenzara  
Por inquirir la vida del amigo  
Tal vez ganoso de ponerle faltas,  
Pero Adam es un niño; no especula  
Con su afecto; la duda emponzoñada  
En su pecho jamás germina fiera;  
La negra ingratitud no le avasalla.  
¿Quién es D. Juan? un hombre que mitiga  
Su hambre y su sed, que sin rigor le trata  
Y le ofrece cariño; ¿qué le importa  
Lo demás? Para Adam con eso basta.  
Tendrá un hermano á quien abrir su pecho;  
Un mentor que le guie por la árdua  
Senda espinosa de la vida; un hombre  
Que comprenda el estado de su alma.

Y ambos á dos de la de Alcira bella  
Hablarán muchas veces... ¡Oh! qué gratas  
Van á ser sus frecuentes conferencias.  
El pintará de la mujer amada  
La gentil hermosura, que entre sueños  
Diviniza su mente acalorada.  
Le pedirá consejos y en su ayuda  
Vendrá D. Juan, y si D. Juan batalla  
Con el fiero rigor de infausta estrella,  
Él hallará para vencerla trazas.

De este modo camina entusiasmado;  
Recuerdos tristes al olvido lanza  
Y hasta el rudo fragor de la tormenta  
Parece que le anima y que le halaga.  
Mas al fin, poco á poco, el aire hiende  
Las nubes densas, que en flotantes bandas  
Se entreabren, despréndense á girones,  
Se apiñan, y despues se desparraman  
Mostrando el claro azul del firmamento  
Salpicado de estrellas; y cual lámpara  
Suspendida en el écnit, silenciosa  
Su luz la luna por do quier derrama.  
¡Cambio hermoso! espectáculo sublime  
Que los ojos de Adam á ver alcanzan,  
Y hace brotar en su ignorante pecho  
La silenciosa y tímida plegaria  
Del que á Dios no comprende y lo presente  
Viendo do quier su poderosa magia.

Súbito Adam, atónito, confuso,  
Del alto cielo su atención separa,  
Y olvidado de sí, del orbe entero,  
Siente latir el corazón con ansia.  
Detiene el paso presuroso; mira  
En torno suyo; de su labio escapa  
Una sonrisa, y de sus grandes ojos  
Las pupilas en lágrimas se bañan.  
¡Qué hermoso está! ¡qué bello! pero nadie  
En su hermosura y su candor repara;  
Su dicha ó su dolor deben callados  
Encerrarse en el fondo de su alma.

Que no lo ignora el infeliz maneebo:  
El mundo dióle, con lecciones varias,  
La noción del deber; si algun gemido  
Subir quiere del pecho á la garganta,  
Sus labios le ahogarán, si la alegría  
Del corazón, que enardecido estalla,  
Romper quiere sus diques, al momento  
La razón poderosa pondrá vallas  
Á las locas pasiones. ¡Es tan cómodo  
Que cubra el rostro impenetrable máscara  
¡Es tan bello mentir para que nadie  
Sepa jamás lo que en nosotros pasa!

Por eso Adam, que la experiencia adquiere,  
Ya no espresa con júbilo su grata  
Sorpresa; ya no grita; circunspecto  
Mira en redor; observa, goza y calla.  
¿Qué es lo que vé? ¿qué observa? ¿qué espectáculo  
Tan de repente la atención le llama?  
Tiempo es ya de explicarlo á los lectores  
Dejando á un lado digresiones vanas.

## II.

Era un bello palacio suntuoso,  
Inundado de aromas y armonía,  
Dó un ángel tan querido como hermoso  
Su residencia espléndida tenia.  
Por rejas y balcones, poderoso  
Rayo de luz, que remedaba al día,  
Escapábase en vívido torrente  
De cien lámparas de oro reluciente.

Y otros tantos soberbios carruajes  
Poco á poco á la puerta van llegando;  
É imitando del mar los oleajes  
En el ancho zaguan van penetrando  
Mujeres bellas con soberbios trajes  
Que los ojos tras sí se van llevando  
De jóvenes y apuestos caballeros,  
Gentes del pueblo, chicos y cocheros.

Todo Adam con sorpresa lo observaba,  
Naciendo su alegría y su sorpresa  
De un recuerdo feliz que acariciaba,  
Y que en su mente de surgir no cesa.  
La mansion que su vista contemplaba  
Es la rica mansion de su condesa,  
De la noble mujer por quien suspira  
Y á todas horas sin cesar delira.

—¡Oh! dijo al fin, con cándida impaciencia,  
¿Por qué no he de entrar yo donde ella mora?  
¿Quién me impide llegar á su presencia,  
Si nadie, nadie como yo la adora?  
¿No salvé valeroso su existencia?  
¿No estoy dispuesto á perecer ahora  
Mil veces antes que grosera mano  
La ultraje nunca con rencor villano?»

«Es verdad que no ostento en mi persona  
Esas bandas y cruces, con que veo  
Que el mundo al grande sin cesar abona,  
Y que con ansias conseguir deseo.  
Mi terrible pobreza se eslabona  
Con mi ruda ignorancia y devaneo;  
Mas ¿quién sabe? ¿quién sabe si algun día  
Veré cumplirse la esperanza mia?»

«Entretanto, es preciso que su huella  
Siga una vez, que con afán violento  
Mis ojos beban su mirada bella,  
Mi labio aspire su aromoso aliento.  
Quiero lanzarme á la region aquella  
Donde vuela feliz su pensamiento;  
Quiero á sus pies, con venturosa calma,  
Morir de amor para entregarte el alma.»

Diciendo así, lanzábase impaciente  
Hacia el ancho portal, donde bullía  
En confuso tropel curiosa gente  
Que en charlar ó reír se entretenía.  
Pero una mano, puesta de repente  
Sobre un hombro del jóven, la alegría  
Y el entusiasmo le robó traidora  
La realidad mostrándole en mal hora.

Y oyó á la vez el áspero sonido  
De una voz gutural, ronca, cascada,  
Que algunas frases murmuró á su oído,  
Haciéndole volver la faz turbada.  
Y luego vió, en extremo conmovido,  
Á un antiguo mentor y camarada  
Que, matando los sueños de su gloria,  
Tristes recuerdos trajo á su memoria.

Era un viejo membrudo, rojicano,  
De torbo ceño y de mirar adusto,  
Pati-estevado, chato, color sano,  
Pecho saliente y ademán robusto.  
Mostraba en el hablar, ser, aunque anciano,  
Hombre de ingenio y picaresco gusto,  
Reuniendo en toda su persona vária  
Cierta forma ruin, patibularia.

Tembló Adam al hallarse frente á frente  
Del viejo, que observándole seguía,  
Con ojo inquisidor é inteligente,  
Sin saberse si hablaba ó si gruñía.  
Pero al cabo, con labio sonriente,  
Mostrándole cariño y alegría,  
Tiéndole al jóven los fornidos brazos  
Ganoso de envolverle en nuevos lazos.

Y sacándole luego con presteza  
Á la calle, le dijo, procurando  
Moderar de su acento la rudeza  
Y un cigarro de á tercia repizcando:  
—«Por fin, *chulamo* (1), pierdes la cabeza;  
Por fin esta *aracht* te estoy *dicando* (2)  
Y al verte *gacharado* (3) ¡pobre chico!  
Me pienso que te *dico* y no te *dico* (4).»

«¿No te dije, *jilt* (5), que las mujeres,  
Malos *chusqueles* las *tajelen* (6), eran  
Especie de enconados alfileres  
Que pinchan en la carne y desesperan?  
Al hombre, con *buleros* (7) pareceres,  
Los *jonjaban* (8) haciendo que las quieran;  
Y despues de mil mimos y monadas  
*Virbirechas* (9) se vuelven las taimadas.»

«Suelen decir, y yo no lo desmiento,  
Que se puede encontrar en ocasiones,  
Una buena quizás, entre otras ciento;  
Mas ¿quién *cala, chibato* (1), estos melones?  
Yo por mí, sé afirmar, y no te miento,  
Que son estas mis rancias opiniones:  
La mejor, la mas buena, la mas rara,  
Cuéstale á un hombre un ojo de la cara.»

«Una tal vez... tan solo una en el mundo,  
Te hubiera con ardor siempre querido;  
Tú la desprecias con desden profundo,  
La abandonas, la arrojas al olvido.  
Y quieres camelar y... me confundo!  
¿No ves que al alto y poderoso nido  
Donde esta vive con su pompa y galas  
Llegar no puedes con tus cortas alas?»

Calló el viejo un instante; y aplicando  
El cigarro á la yesca que encendió,  
Con calma estuvo y con placer, chupando  
El humo denso que despues lanzó.  
Y moviendo su cuerpo, y meneando  
La cabeza, tosió, luego escupió,  
Y agarrándose á un brazo del mancebo  
Así nos cuentan que le habló de nuevo:

—«Oye, chaval: el mundo es un fandango  
Y es tonto quien no dá su cabriola;  
El mas *lancho-manó* (2), si empieza el tango,  
Se arremanga y rodar deja la bola.  
El que no se divierte es un zanguango;  
Pero, dime: ¿qué daño tu manola  
Te hizo en quererte? Si su *otálpe* (3) fuiste  
¿Por qué matarla sin piedad quisiste?»

Dió Adam atrás un paso, y sorprendido  
Y espantado á la vez, triste midiendo  
Las consecuencias de su ingrato olvido,  
Y el negro afán de su Salada viendo,  
Quiso hablar; mas su acento conmovido  
Un ¡ay! fué solo de dolor tremendo;  
Dolor cruel que el alma nos quebranta  
Y se anuda feroz en la garganta.

Luego un mundo de opuestos pensamientos  
En tropel fué pasando por su mente;  
Y una nube preñada de tormentos  
Lóbrega y triste oscureció su frente.  
Y sintió con pavor remordimientos  
Brotar en su conciencia, y sordamente  
Eclamó sin saber lo que decía:  
—«¡Pobre Salada! ¡pobre amada mia!»

Mas el viejo, impertérrito, siguiendo  
Su plática, le dijo: —«Mucho alabo  
Tu sorpresa, hijo mio; te estoy viendo  
Lleno de *achares* (4) y de luto al cabo.  
Siempre somos así; siempre poniendo  
Al asno muerto la cebada al rabo;  
Mas no hores; aun vive la hija mia.»  
—¿Vive Salada? ¡oh cielos! ¡qué alegría!

Diciendo así, con ademán gozoso  
Cogió Adam del tío Lucas una mano;  
(Aquí dirá nuestro lector curioso  
Que ya ese nombre adivinó, y es llano);

(1) En la gerigonza ó lenguaje germanesco, llamado *caló*, que usan los gitanos y gentes de mal vivir, la palabra *chulamo* es sinónimo de mancebo ó mozo de pocos años.

(2) Te estoy viendo esta noche.

(3) Enamorado.

(4) Que te veo y no te veo.

(5) Inocente, simple.

(6) Malos perros las comán.

(7) Embusteros.

(8) Los engañan.

(9) Viboras.

(1) Jóven, nuevo.

(2) El mas hombre de bien.

(3) Cielo.

(4) Penas.

Digo, pues, que contento y afanoso,  
Estrechando los cinco del anciano,  
Mostró anhelo de ver á la Salada...  
Y el palacio abarcó de una mirada.

Mirada indescriptible que no atina  
El pobre corazón á comprenderla;  
Resto perdido de una luz divina  
Que se estingue al instante de entreverla;  
Último adiós de un alma que camina  
Tras la loca ilusión, por no perderla,  
Y ella le esquiva, mientras se hunde al paso  
Moribunda la dicha en el ocaso.

Sea como fuere, nuestro pobre mozo  
Recordó que Salada de un infecto,  
Húmedo y triste y negro calabozo  
Desnudo le sacó, rudo y abyecto.  
Ella le dió con delirante gozo  
Todo su amor y apasionado afecto,  
Ella le quiso cual ninguna quiere,  
Y ausente ahora de dolor se muere.

Por eso Adam, en lágrimas bañado,  
Y de dulce piedad el pecho henchido,  
Presuroso volar quiere á su lado,  
Dejando en dos su corazón partido.  
Que aquel palacio espléndido y dorado  
Es la hermosa mansion del bien querido  
Por quien la vida jubiloso diera  
Y cien vidas y mil si las tuviera.

Quiso alejarse; pero el viejo, asiendo  
De la chaqueta al jóven, con enfado,  
Un gesto innoble de desden haciendo  
Y evocando recuerdos del pasado:  
—«*Esbáte* (1), dijo, escucha, vé advirtiéndome  
Que pareces un pájaro atontado.  
Salada enferma está: si te arrebatas  
Y vas á verla, de placer la matas.»

«Mejor será... sí, sí, mejor prefiero...»  
(Y el viejo pareció quedarse mudo  
Un instante; mas luego irguióse fiero  
Y así exclamó con ademán sañudo:)  
—«Los infames querrán... mas yo no quiero;  
Tú y yo seremos de su vida escudo;  
Esta noche... domina tu sorpresa:  
Esta noche verás á tu condesa.»

«Verás á esa mujer cuya fortuna  
Y riquezas y lujo envidias tanto,  
Sin saber—¿tú qué sabes?—que su cuna  
Combatida se vió de un mar de llanto.  
Y la pobre Salada, la importuna  
Manola, cuyo amor te causa espanto...  
Vamos, es fuerza confesar á prisa  
Que las cosas del mundo causan risa.»

(1) Estáte quieto.

«Tú verás, como he dicho, á la condesa;  
Verás que tu *bují* (1) vá viento en popa.  
¡Ojalá que mi suerte fuera esa!  
¡Verla! ¡oirla! ¡gustar tan dulce copa!  
¡Mas no puedo! su vida me interesa;  
Nadie quiero que al pelo de su ropa  
Toque atrevido; pero aquí entretanto  
Lejos tengo que estar; ¡la quiero tanto!»

«¡Pobre mía! sin duda, si me viera,  
Su *lacha* y *berrochí* *despandaría* (2);  
Soy un *ledro puro* (3) y ella, altanera,  
En la *fila* (4) tal vez me escupiría.  
Detente, *muy* (5), tus impetus modera;  
*Soniche* (6), no hay que hacer la tontería  
De explicar lo que pasa en este pecho  
Que Dios de duro pedernal ha hecho.»—

Dijo Lucas, y ahogó triste suspiro,  
Dejó escapar al aire luego un taca  
Y añadió sonriendo:—«Yo deliro  
Y hasta me dejo de quemar tabaco.  
Fumemos, que el fumar nos dá un respiro.  
¿Quién me ha metido á mí, viejo bellaco,  
*Ardují* y *atalaya* (7), cual son pocos,  
A tener como tú delirios locos?»

«Tú la verás y le dirás... mas esto  
Es cosa para hablarla mas despacio;  
Ahora es mejor abandonar el puesto  
Y alejarnos un poco del palacio.  
Ten cachaza y á todo está dispuesto;  
Sé cauto en el obrar, sin ser reactivo;  
Que yo en tanto te quiero hacer notoria  
Hoy mi curiosa y peregrina historia.»

«Historia que sin duda te interesa,  
Pues en ella verás, chavó, mezclada  
La historia singular de tu condesa  
Y la historia tambien de tu Salada.  
Vamos andando, vamos con mas prisa.»—  
Y apresurando el viejo su jornada,  
Al comenzar su historia peregrina  
Volviéron ambos la inmediata esquina.

Y aquí, lector, mi fatigoso cuento  
Me atrevo á suspender y el canto acabo;  
Que el salvar una esquina es un momento  
Y yo tan buena decision alabo.  
Ya abandonan la calle y yo contento  
Alejarse los miro; que, si al cabo  
Ver dar un breve salto no te enoja,  
Con tu permiso pasaré á otra hoja.

- (1) Tu barquillo.
- (2) Su vergüenza y horror manifestaría.
- (3) Un despreciable viejo.
- (4) En la cara.
- (5) Lengua.
- (6) Silencio.
- (7) Asesino y ladrón.

## CANTO XIII.

EL TÍO LUCAS.

«Hubo un tiempo en Madrid una donosa,  
 Joven, linda y discreta gitanilla,  
 Que á manera de alegre mariposa  
 Suelta vagaba por la heroica villa.  
 Si algun galan, al verla tan hermosa,  
*Jonjabarla* (1) intentó con requerilla,  
 Presto, muy presto coronó su amaño  
 Un desden que produjo un desengaño.»

«Llevábase tras sí todos los ojos  
 La retrechera y sin igual gitana;  
 Que eran los suyos para dar ojos  
 Y aun envidia á la luz de la mañana.  
 Eran sus labios cual claveles rojos,  
 Tez y mejillas como leche y grana,  
 La garganta pulida hecha de nieve  
 Y el pié ligero cual la mano breve.»

«Si tú, Adam, una vez la hubieras visto  
 Y el metal de su voz dulce escuchado  
 Cuando echaba un cantar, ¡por Jesucristo!  
 Que bisojo te deja y atontado.  
 Yo era entonces un mozo un poco listo,  
 De pelo en pecho, crudo y avispado,  
 Y á decir la verdad, te lo confieso,  
 Perdí por ella el corazon y el seso.»

«Dí en rondarla, chavó; me desvivía  
 Por ver sus ojos que arrojaban lumbre;  
 Y por calles y plazas la seguía  
 Sin hablarla, tan solo por costumbre.  
 Unas veces, al verme, sonreía;  
 Otras, sería, me daba pesadumbre;  
 Despierto con delirio la buscaba,  
 Y dormido... ¡qué cosas que soñaba!»

«De este modo, pasábanse las horas,  
 Los días, las semanas y los meses;  
 Yo soñando aventuras seductoras  
 Y ella dándome risas ó reveses.  
 Mas, al cabo, llamándome á deshoras  
 Me dijo mi amo: —«Es fuerza que confieses  
 Que quien sirve cual tú con fé taimada,  
 Maldito si me sirve para nada.»

«Como tengo tan floja la mollera  
 Que parece rellena de balduque,  
 Me olvidaba decirte que yo era  
 Lacayo nada menos que de un duque.  
 De lacayo subí por la escalera  
 Del favor, cierta vez, haciendo un truque  
 Que me puso de pronto en candelero,  
 Convirtiéndome en todo un camarero.»

«Digo, pues, que mi duque en mas de un año  
 No me vió ni aun el pelo de la ropa,  
 Porque yo, con mi amor, iba en mi daño  
 Hácia el peligro caminando en popa.  
 El duque me avisó con un regaño  
 De esos que huelen á llamada y tropa;  
 Pero al fin mi pasión venció á mi miedo  
 Y yo volví á mis rondas y á mi enredo.»

«Dejé ya de cumplir obligaciones  
 Que mi cargo importante me imponía,  
 Y en grescas y en continuas diversiones  
 Me pasaba las noches y aun el día.  
 Jugaba por ganar sendos doblones  
 Con que en majo y galan me convertía,  
 Gastando trajes y aun alguna alhaja  
 Que ostentaba á la vista de mi maja.»

«Verdad es que la linda gitanilla  
 Mostróme siempre corazon de roca,  
 Como á todos los ternes de la villa  
 Que iban tras ella con quereñencia loca.  
 Nunca pude charlar de silla á silla  
 Con ella; que su madre, con muy poca  
 Caridad, castigando mis deslices,  
 Me daba con la puerta en las narices.»

«Sola una vez, llegándome hasta ella  
 Y temblando de ver tanta hermosura,  
 Le rogué que atendiese á mi querella  
 Sin ser conmigo tan severa y dura.  
 Me hizo un mohín; roguéle que mi estrella  
 Me explicára y mi sino y mi ventura;  
 Alarguétá un buen peso mejicano  
 Y ella leyó en las rayas de mi mano.»

«Al pronto se quedó descolorida;  
 Me miró con el rostro descompuesto  
 Y fijando en el mio de seguida  
 Su mirada, me dijo haciendo un gesto:  
 —Mal *divé* (1) por aquí, con tu venida  
 Me vino á visitar; márchate presto;  
 Que no quiero leer hoy en tu sino.  
 Ni encontrarte quisiera en mi camino.»—

«Confieso que escuché lleno de espanto  
 Las cosas que la chica me decía;  
 Y mucho mas cuando advertí que el llanto  
 En sus largas pestañas se meclía.  
 Hice luego un esfuerzo; le hablé tanto,  
 Suplicando dijese qué veía  
 De mi mano en las rayas, que piadosa  
 Así me dijo la gitana hermosa:»

(1) Engañarla.

(1) Divinidad, hado, destino.

— « Si quieres que tú y yo no nos miremos  
En una situación horrible y fiera,  
No me busques jamás; no nos juntemos  
En parte alguna donde esté cualquiera  
De ambos; advierte que los dos seremos  
Lo que ninguno de los dos quisiera.  
El día que yo tenga que quererte  
Firmaré la sentencia de mi muerte. »

« Esto me dijo con acento blando  
Y clavó luego en mí sus tristes ojos;  
Bajó lenta una lágrima rodando  
Por sus mejillas, para darme enojos;  
Y en seguida, mi mano contemplando,  
Añadió, moderando los sonrojos  
Que el rostro le pusieron encendido,  
Éstas palabras que jamás olvido: »

— « Hoy por hoy, de los dos ninguno ha hecho  
Por dejar de ser bueno y *disiloso* (1);  
Mas pronto al *luchipen* (2), según sospecho,  
Iremos por camino tortuoso.  
Yo el pato pagaré por un despecho;  
Y tú, *estilbon* (3) y *espillador* (4) famoso,  
*Baraustando* (5) á un pobrete en tu *carcoma* (6)  
Serás un *banjulé* (7) como una loma. »—

« Esto me dijo, y alejose luego.  
Casi llorando la gitana bella,  
Mientras que yo, calenturiento y ciego,  
Traté un instante de seguir su huella.  
Sintió el alma un atroz desasosiego,  
Pensé en lo infausto de mi triste estrella  
Y quedéme parado por el pronto  
Sin reír ni llorar; ¡ estaba tonto! »

« Desde entonces, Adam, día tras día,  
Pasé un año de negros padeceres;  
Que no la ví ya mas; y ya no habia  
Para mí ni jolgorios ni placeres.  
Busquéla con afán, con agonía,  
Renegando de todas las mujeres;  
Mas fué buscarla en vano; mi gitana  
Ya no estaba en la córte castellana. »

« Entonces... lo confieso, mas mohino  
Que can rabioso, y que feroz tarasca,  
A los *buyes* (8) me di y adoré el vino  
En que el dolor con la embriaguez se atasca.  
Me acordé que era aquello mi destino,  
Y entrando en el *boliche* (9) y en la *tasca* (10),  
Si bien algo cobarde á lo primero,  
Dando en el *carro* (11), me hice *carretero* (12). »

ADAM.

¿ Qué dices? yo no alcanzo...

LUCAS.

Ya lo miro.

ADAM.

Háblame claro, por piedad, tío Lucas.

LUCAS.

Tienes razón: á veces yo deliro.  
¿ Qué entiendes tú de *carro* y *maselucas*? (1)  
Deja, deja que tome algun respiro;  
Y pues nunca trataste con las cucas  
O tahures, y apenas el gitano  
Comprendes, voy á hablarte en castellano:

« Digo, pues, que metido en el sendero  
Á donde loco me llevó la suerte,  
Me convertí en borracho y en fullero,  
(Y aquí no digo mas por no molerte.)  
Solo diré que me hice pendenciero;  
Que hablaba gordo con acento fuerte,  
Y que, al ver mis entradas y salidas,  
Me dieron en llamar *Perdonavidas*. »

ADAM.

¿ Y tu amo?

LUCAS.

« Mi amo, el pobre, quiso,  
Por amor que me tuvo de pequeño,  
Darme primero paternal aviso  
Que yo escuché con cólera y con ceño.  
Mas vió que despedirme era preciso;  
Quedéme, pues, de mis acciones dueño,  
Y á la noche siguiente ya montaba  
En cólera, y á un hombre asesinaba. »

ADAM.

¡ Desdichado! ¿ eso hiciste?

LUCAS.

« ¡ Cabalito!  
Aquella fué mi entrada en la carrera.  
Era un mozo valiente; ¡ pobrecito!  
De ello tuvo la culpa una ramera.  
Sin duda estaba su destino escrito;  
Dios dispuso tal vez que así muriera... »—

ADAM.

¡ Calla! ¡ calla! me das horror y miedo;  
Dios no escribe esas cosas con su dedo. »

Dijo Adam; y despues, un breve instante  
Despacio continuaron su camino,  
Sondando tristes con afán constante  
Esa idea espantosa del destino.  
Idea que conduce al ignorante  
Acaso á convertirse en asesino;  
Funesta y triste y miserable idea  
Que en calumniar al cielo se recrea.

Mas siguiendo á los dos que van cruzando  
En silencio las calles lentamente,  
Sérios, graves y adustos, procurando  
Resolver el problema inútilmente,  
Diremos con franqueza, que dejando  
Á la vez su tristeza impertinente,  
Mientras ambos los hombros encogieron,  
De este modo su plática siguieron:

LUCAS.

« Si no estoy trascordado, te decia  
Que mi hermosa no estaba ya en la córte,  
Y que yo en una tasca cierto día  
Dí á un mocito su eterno pasaporte. »

(1) Virtuoso.  
(2) Despenadero, precipicio.  
(3) Borracho.  
(4) Jugador.  
(5) Matando á puñaladas.  
(6) En tu camino.  
(7) Bandido, salteador de caminos.  
(8) Naipes.  
(9) Casa de juego.  
(10) Taberna.  
(11) Juego.  
(12) Tramposo, fullero.

(1) Los gitanos dan tambien á los naipes el nombre de *maselucas*.



No diré que su sino escribiría  
Dios en el cielo, ni que algun resorte  
En mi mano pusiese mala suerte;  
Hubo una riña y... resultó una muerte.»

«Esta es la fija; en los demás bordados  
No pretendo meterme con ahinco;  
Yo he visto que los *menques* (1) ó los hados,  
Existen, como dos y tres son cinco.  
Acaso sus *lleniras* (2) los malvados  
Deban al diablo. El caso es que, de un brinco  
Me escapé; que la hora fué propicia  
Y me pude librar de la justicia.»

«Salí, pues, de Madrid, mi patria y cuna,  
Procurando apandar algun dinero,  
Que es la llave que tiene la fortuna  
Para abrir en un bronce un agujero.  
Nunca vayas sin él á parte alguna;  
Yo te lo digo, Adam, porque te quiero;  
Tus acciones serán buenas ó malas  
Si el dinero te quita ó te dá alas.»

«De un salto me planté en Andalucía;  
Fuí á Málaga, y allí con otro nombre...  
¡Válgame Dios, y cuánta *fantasia*!  
Te lo digo formal: era otro hombre.  
Gastaba, derrochaba, me lucía;  
Mas al cabo... ¡qué diantres! no te asombre:  
Fué el caso natural; se acabó el oro  
Y el cristiano volvióse un perro moro.»

«Entonces las comadres y los guapos,  
Que estaban en mi amor y compañía,  
Se cansaron de mí, y hasta sopapos  
Hubo ya; yo los di con valentía.  
Me sacaron á plaza cuantos trapos  
En el arcon de mi conciencia había;  
Los hombres me volvieron las espaldas  
Y *ellas* hicieron velas de sus faldas.»

«Largóse todo el mundo viento en popa  
Viendo con risa mi fatal desastre,  
Que aquella infame y descarada tropa  
Ya no encontraba en mi bolsillo lastre.  
Algunos me llamaron *Poca-Ropa*,  
Y esto sea dicho con perdon del sastre;  
Mas ¿qué sastre me daba una chaqueta  
Si en pan gasté mi última peseta?»

«Fué preciso volver á las andadas,  
Y una noche, por cierto bien sombría,  
Con dos de mis antiguos camaradas,  
Á un comerciante, de los mil que había  
En aquella ciudad, con moderadas  
Intenciones y atenta cortesía,  
Traté de visitar, dando la tuerta  
Dirección, al tejado y no á la puerta.»

«*Lacha* (3) y rabia me dá cuando lo cuento;  
Mas es lo fijo que me vi en un brete;  
La chimenea me prestó un asiento  
Pues hice de su boca un caballete.  
Miré adentro despues y vi contento  
Que nada vi ni se sintió. ¡Pobrete!  
Juzgué á todos dormidos, y en indigna  
Ocasión descolguéme á la cocina.»

«Allí fué Troya, chavocito mío;  
No bien un compañero y yo bajamos,  
Un falderillo con furioso brío  
Dió en ladrar avisándole á los amos.»

Vimos luego una luz y sentí frío;  
La luz se acercó mas, y nos hallamos  
Al frente de una vieja maldecida  
Que, tirando el candil, huyó en seguida.»

«Huyó dando mas voces y alaridos  
Que una legion de brujas condenadas;  
Y el perro continuó con sus ladridos,  
Y chillaron adentro las criadas.  
Dos mancebos subieron aturridos  
De la tienda; sus voces atipladas  
Los chiquillos llorones levantaron  
Y un concierto infernal todos armaron.»

«En medio de tal bulla y batahola,  
El amo, abandonando á los chiquillos,  
Y dejando en la cama, triste y sola  
Á su pobre mujer, en calzoncillos  
Se levantó; se armó de una pistola,  
Del balcon quitó aprisa los pestillos,  
Y abriéndole, llamó con voz de trueno  
Á la guardia inmediata y al sereno.»

«Nosotros, entretanto, con tan duro  
Contratiempo, abrigábamos la idea  
De librarnos de tanto y tanto apuro  
Subiendo por la oscura chimenea.  
Dimos aviso al otro, que estramuro  
Estaba en el tejado; pero sea  
Por traicion ó por miedo, huyó el maldito  
Y quedamos sin sogá en el garlito.»

«Era fuerza escapar por donde quiera;  
Pregunté á mi atrevido compañero  
Y él al punto me dijo con voz fiera:  
—Saquemos los puñales, y al primero  
Que nos quiera impedir de la escalera  
El paso, sacudámosle certero  
Golpe, que ponga término á su vida;  
Lo primero es hallar franca salida.»

«Por dicha nuestra, el cielo anubarrado  
Hasta entonces, rasgó con oportuna  
Hermosa claridad, el plateado  
Resplandor de los rayos de la luna.  
Y á un largo corredor encristalado  
Salimos, y encontramos por fortuna  
El arranque de un tramo de escalera  
Que bajamos al punto á la carrera.»

«No sale al redondel el toro bravo  
Con tanta furia y diligencia tanta,  
Ni al pobre diestro de la muerte eselavo  
Con tal orgullo en su cerviz levanta,  
Como nosotros, al salir al cabo  
Á un ancho patio, la ligera planta  
Hacia el zaguan movimos en seguida,  
Procurando vender cara la vida.»

«Puñal en mano y con el ojo alerta;  
Contrariados, confusos, no aturridos;  
Viendo el peligro la razon despierta  
Y supliendo á los ojos los oídos,  
Llegamos ambos á la ansiada puerta  
Que intentamos abrir; mas detenidos  
Nos vimos por un jóven desdichado  
Que ante nosotros presentóse osado.»

«Parece que grabada todavía  
Llevo en mi mente su memoria eterna.  
En la diestra un estoque sostenía  
Y en la izquierda llevaba una linterna.  
Vino á mí con pujanza y valentía,  
Y aunque inesperto y en la edad mas tierna,  
Tan bizarro mostróse el mozalvete  
Que nos puso á los dos casi en un brete.»

(1) Demonios.  
(2) Desgracias.  
(3) Vergüenza.

«La lucha sin embargo fué muy corta ;  
Pagó allí su lealtad ó su despecho :  
Que en tales casos el salvarse importa  
Y yo mi daga sepulté en su pecho.  
Vengarse quiere y su furor reporta  
La dura muerte, que con lazo estrecho ,  
Le sujeta, derribale con saña  
Y luego en sangre con furor le baña.»

«Lanzó un gemido, y luego, con presteza  
Á la calle nosotros nos salimos,  
Dando á un sereno un golpe en la cabeza  
Que estoy seguro que en canal le abrimos.  
Y viendo que ya en Málaga torpeza  
Fuera ocultarnos, con afán huimos,  
Dando en el campo al fin con nuestros huesos  
Molidos, si; pero también íleos.»



«Tales son de mi vida borrascosa  
Las primeras hazanas, hijo mio,  
Razon llevaba mi gitana hermosa  
Viendo mi triste porvenir sombrío.  
Tal vez, y sin tal vez, siendo piadosa,  
Con quererme evitará tanto lío;  
Tal vez yo fuera virtuoso y bueno  
Y hoy no me viera de delitos lleno.»

«Quiso el diablo otra cosa, y fui bajando  
Poco á poco, sin ton, ni son, ni juicio,  
Unas veces riendo, otras llorando,  
Á la sentina del inmundo vicio.

Una mano infernal me fué empujando;  
Rodé ciego hasta el hondo precipicio,  
Y asesino, ladron, lleno de mengua,  
Maldije al cielo con infame lengua.»

«Bien mirado, chiquillo, en esa vida  
Tiene el hombre tambien compensaciones;  
La cabeza se vé comprometida  
Y el presidio nos muestra sus rincones.  
Pero al par, entre gente divertida,  
Se echa al aire una cana en ocasiones;  
Y pronto ú tarde, con furioso encono,  
El mas valiente se levanta un trono.»

«Dígame yo, que por borrar mi pista,  
Después de otras empresas que me callo,  
De bandido pasé á contrabandista  
Y fui á mi gusto levantando el gallo.  
Conseguí de gran fama la conquista;  
Compré luego un magnífico caballo,  
Y en él, ó á pié con mi trabuco al hombro,  
Fuí de mil ternes el terror y asombro.»

«Era el mandón y el rey de la cuadrilla;  
Los del fisco miráronme con miedo;  
Los míos me doblaban la rodilla  
Siempre que airado levantaba el dedo.»

Hice alijos causando maravilla  
Á cuantos vieron el sutil enredo  
Que yo siempre curioso iba formando  
Para entrar donde quiera el contrabando.»

«¡Qué vida aquella! el juicio se me escapa  
Recordando lo libre que yo era  
Cuando, envuelto en los pliegues de mi capa,  
Devoraba el espacio á la carrera.  
No tiene acaso el mundo en todo el mapa  
Tantos parajes como yo corriera,  
Siempre lleno de vida y de ardimiento  
Como águila veloz que cruza el viento.»



«Mas ¿qué quieres? la cosa era muy buena  
Y lo bueno se dice dura poco;  
Siempre sigue al placer la horrible pena  
Tornando el juicio á quien se vuelve loco.  
Yo lo estaba del gozo que emajena  
Cuando el sol de un gran bien nos muestra el foco;  
Pero la luz trocóse en sombra oscura  
Y anublóse aquel sol de mi ventura.»

«Una noche tristísima y sombría,  
Mas aún que lo son los desengaños,  
En la orilla del mar yo me veía  
\*Con mis valientes combinando amaños.  
Por la costa una barca descendía,  
Diversos giros imprimiendo extraños  
Á su ruta callada y silenciosa,  
Cual si estuviese de llegar medrosa.»

«Llegó al cabo á la vista de mis gentes  
Que conmigo esperaban; y atacando  
En la playa, cien hombres diligentes  
Se fueron á la barca aproximando.  
Y todos con severos continentes,  
Sin fumar, sin chistar, tan solo obrando,  
Á sacar comenzaron á porfía  
Los bultos que la barca contenía.»

«Era un golpe maestro, una fortuna  
Si la traición allí no se albergara;  
Que yo al fisco aquel día, una por una,  
Cien onzas apronté; ¡desdicha rara!  
Pero el fisco... ¡maldito el que se aduna  
Con gente ruin de condición avara!  
Fué traidor, me faltó á lo convenido  
Y un lazo nos tendió que nunca olvidó.»

«De pronto, cuando andábamos ligeros  
Descargando la rica mercancía,  
En tropel mas de mil carabineros  
Nos cercaron con grande vocería.  
Nosotros, descuidados, aunque fieros,  
No pudimos vengar su villanía,  
Que al oír el silbido de las balas  
Pedimos todos á los vientos alas.»

«Saltando yo sobre mi potro ardiente,  
Y buscando á mi huir ancha vereda,  
Conociendo el peligro de mi gente  
La di el grito de «¡sálvese el que pueda!»  
Mas antes de apelar cobardemente  
Á la fuga, mi mano estarse queda  
No supo; disparé mi arma de fuego  
Y un cuerpo en tierra derrumbóse luego.»

«Aquella fué mi perdición segura;  
Todos tras mi frenéticos volaron,  
Y una descarga entre la sombra oscura  
Ansiosos de vengarse dispararon.  
Penetré de un gran bosque en la espesura  
Y ellos tambien en la espesura entraron  
Sin cesar de gritar y de acosarme  
Pretendiendo que fuera yo á entregarme.»

«¿Yo entregarme...? ¡ja! ¡ja! sobre mi bruto  
Jamás sentí en el corazón desmayo;  
Tragábase una legua en un minuto  
Pues era un potro parecido á un rayo.  
Mas fué la noche de terror y luto;  
Vino un plomo maldito de soslayo  
Y mi carne rasgó, llegando avieso  
De un pobre muslo á fracturarme el hueso.»

«Herido y todo, la acerada espuela  
Hiné de mi caballo en los hijares,  
Y él voló apresurado, como vuela  
Pájaro ansioso de salvar los mares.  
Poco á poco la horrible cantinela  
De aquellos perros hombres desteales  
Que corrieron tras mi, se fué estinguendo  
Y yo seguí, seguí siempre corriendo.»

Corriendo siempre; mas mi oído atento  
Á zumbiar comenzó; y en mi agonía  
Conocí que con tardo movimiento  
La sangre por mis venas discurría.

Perdí luego la vista y el aliento;  
Mi razón poco á poco se estinguía,  
Y arrojando al caer un ¡ay! profundo...  
Sentí en silencio sumergirse el mundo.»

ADAM.

¡Pobre Lucas! también tú has padecido  
Penas, en medio de la vida airada.

LUCAS.

No lo sabes muy bien; yo he recorrido  
Una senda cruel y endemoniada.  
Casi siempre prefiero divertido  
Y alegre estar, mas hay en la jornada  
De mi vida, recuerdos que impaciente  
Arrancarme quisiera de la mente.

ADAM.

«Sigue, sigue; tu historia me interesa  
Por mas que á veces de pavor me llene.  
Esa carrera de peligros, esa  
Vida salvaje, sus encantos tiene.  
Unas veces te escucho con sorpresa;  
Otras tu acento contra tí previene;  
No sé por qué razón conmigo lidio  
Pues causándome horror, loco te envidio.  
Prosigue.»

LUCAS.

«Bien mirado, eres un zote,  
Y no sé por qué, necio, me entretengo  
En fiar á un imberbe monigote  
El gran secreto que guardado tengo.  
Solo por ella bailo de cogote  
Y á descubrirte mis arcanos vengo;  
Que al fin y al cabo, aunque el dolor me aflija,  
Solo contigo salvaré á mi hija.»

«Esto dijo el tío Lucas suspirando,  
Si bien á un tiempo mismo sonriendo;  
Y luego sus recuerdos evocando,  
Así siguió su narración haciendo...  
Mas noto ¡vive Dios! que voy cansando  
Á mis lectores; nótole y comprendo  
Que fatigar no debo su memoria.—  
En otro canto seguirá la historia.»



## CANTO XIV.

«Cuando el sentido recobré de nuevo,  
Dijo el tío Lucas, apretando el paso  
Y haciendo un gesto à nuestro buen mancebo  
Que iba curioso de saber el caso),  
Me hallé... me hallé... al contarlo me conmuevo,  
Me hallé... ¿ Creerás que me encontraba al raso?  
Pues no señor; halléme sobre un lecho,  
Bajo un seguro hospitalario techo.»

«Advertí que, à mi lado, la figura  
De una guapa muchacha se movía;  
Y ví à un viejo de fea catadura  
Que me miraba y luego sonreía.  
—Se ha salvado por fin: ¡pobre criatura!  
Dijo al cabo aquel viejo; vé, hija mía,  
Y dispon que le traigan al momento  
Algo que *jame* (1); un poco de alimento.»—

«Comprendí que aquel hombre era un gitano  
Pues en *caló* con la muchacha hablaba;  
Pero era rico, bueno, campechano,  
Y su trato los pechos cautivaba.  
No era bello de rostro; pero es llano  
Que proporción su rostro no guardaba  
Con su sensible corazón hermoso,  
Caritativo, noble y generoso.»

«Respecto à su pasado, nada digo  
Porque nunca contóme su pasado;  
Solo sé que mostrándose conmigo  
Como un buen padre, continuó à mi lado  
Consolándome, siendo fiel testigo  
De mis dolores y mi mal estado,  
Hasta que vió que se cerró la herida  
Que mucho tiempo amenazó mi vida.»

«Curado ya, me levanté del lecho  
Y me quise alejar de aquella casa,  
Sin saber dónde ir, en mi despecho,  
À residir con mi fortuna escasa.  
Mas el viejo y la chica — y yo sospecho  
Que amor trocía en encendida brasa —  
Se opusieron, rogándome en seguida  
Que suspendiese un poco mi partida.»

«Aquí, si tu razón pensar te deja,  
Y la verdad te digo sin rodeo,  
Comprenderás que yo, entre ceja y ceja,  
Ocultaba el mismísimo deseo.  
La muchacha, chaval, no era maleja;  
Yo era un mozo pujante y no muy feo;  
Los dos nos vimos sin mostrar enojos,  
Y saltaron las chispas de los ojos.»

«La yesca se prendió; creció la llama  
Y el pecho achicharró de aquella hembra;  
No tanto el mio; que quien firme ama  
Nunca en el aire sus recuerdos siembra.  
Primer amor que el corazón inflama  
Tarde el olvido con su hoz desmiembra.  
Yo à mi gitana en mi interior quería  
Y en mi pecho su imagen retenía.»

«Entretanto, Nemesia (este era el nombre  
De la chica del huésped), su ceguera  
Me mostraba, cual suele siempre al hombre  
Mostrar la que ama por la vez primera.  
No hay mujer en el mundo que no alfombré  
Del tal amante la triunfal carrera.  
Es el cuarto de hora que ellas tienen  
Con el cual muchos males se previenen.»

«Entramos, pues, los dos en relaciones  
Y pasaron las noches y los días;  
Yo contento y feliz en ocasiones  
Y ella envuelta en un mundo de alegrías.  
Me acordé de las onzas y doblones,  
Olivares y buenas granjerías  
De su padre, y... ¿qué quieres? el demonio  
La idea me inspiró del matrimonio.»

«No era fácil tentar de pronto el vado;  
Era la cosa grave y peliaguda,  
Y fuerza fué marchar con atinado  
Paso, pidiendo à la prudencia ayuda.  
Su padre al pronto se quedó admirado;  
Mas viendo que la chica era talluda,  
Se convino en casarme con Nemesia  
Como manda la Santa Madre Iglesia.»

«Ocho meses después... no hay que asustarse;  
Cosas del mundo, chavocito mio,  
En un mes puede un hombre tabucarse  
Y Nemesia era buena; yo la fio.  
Tan buena, que inocente à equivocarse,  
En su cuenta llegó, y armóse un lío  
Que acortándole al cabo la basquiña,  
Nos dió una hermosa y arrogante niña.»

«Niña que es hoy. . . . .»

De pronto, su relato  
El viejo suspendió; púsose alerta;  
Miró hácia arriba con fijeza un rato  
Y de una casa se acercó à la puerta.  
Y luego dijo à Adam: — «Quién es ingrato

(1) Algo que coma.

El alma tiene lóbrega y desierta ;  
Tú has olvidado à tu mejor amigo  
Y à que te portes con lealtad te obligo.»

Quedóse Adam atónico y confuso,  
Sin acertar à definir siquiera  
Si pudo en algo, distraído, iluso,  
Inferirle una ofensa pasajera ;  
Mas no dando su mente en el abuso  
De falta de amistad que cometiera :  
— Dime, dime, exclamó sobresaltado,  
¿ En qué pude ofenderte, en qué he faltado ?

— « No es à mí, no es à mí, repuso el viejo,  
À quien faltas ingrato en este instante ;  
La memoria, hijo mío, es el espejo  
Del corazón ; el corazón constante  
En el alma estampar suele el reflejo  
Del fiel cariño y del recuerdo amante ;  
Mas si inconstante el corazón se ostenta  
Nada ya en el espejo se presenta.»

Confundido tal vez, lleno de asombro,  
Se vió Lucas despues que aquesto dijo,  
Y encogiéndose de uno y otro hombre :  
— « Bien mirado, exclamó, no sé de fijo  
Lo que hablé ; me parece que te nombro  
El alma, el corazón... y al cabo, hijo,  
Ni sé yo lo que alma significa  
Ni entiendo bien lo que mi labio explica.»

« Te diré solamente que no há mucho,  
Muerto de hambre y sin probar bocado,  
Por esas calles ibas... — ¡ Ah ! ¿ qué escucho ?  
Tienes razón. — ¿ Te habías olvidado... ?  
— Sí, sí ; ¡ qué ingratitud ! — Aun no estás ducho  
En las cosas del mundo ; ten cuidado...  
— Mas ¿ cómo sabes tú... ? — Yo soy ya viejo  
Y algo aprendí ; por eso te aconsejo.»

« No hace mucho que, lleno de tristeza,  
Desmayado marchabas y mohino,  
Sin que nadie ofreciese à tu pobreza  
Un pedazo de pan mojado en vino.  
Pero al fin, como premio à tu simpleza,  
La rara suerte te salió al camino,  
Y un D. Juan de Alarcón pródigamente  
Te confortó el estómago impaciente.»

« ¿ Conoces tú à D. Juan ? Nunca le viste ;  
Mas por el pronto, al encontrarle al paso,  
Y al deberle un favor, tal vez le diste  
Pruebas de afecto y aun de amor no escaso.  
Luego... ¡ qué diantres ! olvidando al triste  
No ves que sufre por tu culpa acaso...  
— ¿ Qué dices ? ¿ Por mi culpa ? — Es muy sencillo.  
¿ No guardas una carta en tu bolsillo ?

— Dos cartas. — Es igual : con una de ellas  
Que à estas horas hubieras entregado,  
Evitaras tal vez muchas querellas  
Pues D. Juan es un padre desdichado.  
Acaso es tarde ya ; nadie sus huellas  
Puede seguir por mejorar su estado ;  
Nadie puede formar un juicio cierto  
De lo que es de D. Juan ; tal vez ha muerto.»

— ¡ Muerto ! ¿ qué dices ? ¡ habla ! ni un instante  
Te goces destrozando el alma mía ;  
Yo estaba de esas cosas ignorante  
Y el valor de estas cartas no sabía.  
Mas yo estimo à D. Juan ; su interesante  
Figura, sus palabras, la hidalguía  
Que se revela en él ; todo me mueve  
A quererle y el alma me conmueve.»

« No há mucho, en el figon le vi inmutarse  
Mas de una vez... es cierto, y no comprendo...  
— Sin duda entonces resolvió matarse.  
— ¡ Matarse ! ¡ calla ! ¡ calla ! eso es horrendo.  
¿ Quién puede contra el cielo revelarse  
A Dios la vida con furor volviendo,  
Antes que Dios, que le prestó esa vida,  
Irritado à la fuerza se la pida ?

— Pues ahí verás, chavó. — ¡ Maldito sea  
Vuestro tenaz y consecuente empeño  
De hacer que al hombre ante mis ojos vea  
Siempre imperfecto y misero y pequeño !  
Si soñando mi mente se recrea  
En creerle grande, respetad mi sueño ;  
Yo en el mundo he sembrado mis amores :  
Dejad que nazcan y que coja flores.»

« No esas flores galanas en espinas  
Me troqueis con crueldad à toda hora ;  
Dejadme que por sendas peregrinas  
Busque el bien de que el alma se enamora.  
Sobre nubes de amor, nubes divinas  
Que el sol feliz de la esperanza dora,  
Siento vagar mi espíritu sediento  
De placeres, de dicha y de contento.»

« Dejadme, pues, que estático contemple  
Las bóvedas del cielo esplendorosas ;  
Que con la brisa regalada temple  
El fuego de mis sienes ardorosas.  
No mi ilusión fantástica destemple  
El hielo de las dudas horrosas  
Con que, al pintarme vuestro labio al hombre,  
Haceis que mudo el corazón se asombre.»

« Yo quiero amar, amar y ser amado  
Con inefable y cándida pureza ;  
Ver el mundo feliz y entusiasmado  
Siempre envuelto en su espléndida grandeza.  
Quiero ver la virtud siempre à mi lado  
Levantando arrogante su cabeza ;  
Quiero siempre soñar, si al despertarme  
Negros mundos de horror quereis mostrarme.»

« Y tú, Lucas, que fuiste entre prisiones  
En triste día mi primer maestro ;  
Tú que miras mis santas ilusiones  
Pues toda el alma sin doblez te muestro ;  
¿ Por qué intentas, con bárbaras razones,  
Hacerme ver que en el destino nuestro  
Tanto fondo se encierra de amargura  
Y tanto afán y tanta desventura ?

« ¡ Triste de mí ! esta noche he recibido,  
Como un don estimable de la suerte,  
El consuelo que un hombre enternecido  
Sobre mi pecho generoso vierte.  
Yo su mano estrechaba conmovido  
Y esa mano ¡ ay de mí ! busca la muerte ;  
La muerte silenciosa, fiera, horrible...  
Tú lo has dicho ; mas eso es imposible.»

« Di mas bien que, enojado, en tu mantá,  
Calumniaste à D. Juan. » — « Bien observado,  
El viejo replicó con calma fría,  
Cuanto has dicho no está muy mal hablado.  
Conserva cuanto quieras tu alegría,  
Sigue viéndolo todo iluminado  
Por el sol de la dicha y la esperanza ;  
Boga, boga, navega con bonanza.»

« Sigue tu rumbo, sigue tu camino ;  
Elévate gozoso hasta la altura ;  
Fórjate dichas, juzga al mundo indino  
Todo lleno de dicha y de ventura.»

Oponerse á tu gusto es desatino ;  
 Bien mirado, me agrada la pintura ;  
 ¡Ja! ¡ja...! bien pronto, con rencor profundo,  
 El mundo te hará ver lo que es el mundo.»

«Te hará ver... ¡pobre chico! vive alerta ;  
 Y si quieres seguir mi fiel consejo,  
 Dá tres golpes al punto en esa puerta  
 Mientras tu vuelta esperará este viejo.  
 De esas cartas escrito en la cubierta  
 Hay un nombre : pregunta con despejo  
 Á quien abra la puerta, en tono claro,  
 Por D. Enrique Macanaz y Haro.»

«Es pobre y tiene don ; es caballero  
 Y gasta como tal-frac ó levita ;  
 Vive en alto ; es decir, cuarto tercero ;  
 Cien escalones hay á donde habita.  
 Si entras á verle, quitate el sombrero,  
 Saluda, dá la carta, y á prisita  
 Baja luego á buscarme, que hace frío  
 Y aun tenemos que hablar, hijito mio.»

«Ya lo sabes : mi historia comenzada  
 Te habrá de entretener, mientras volvamos

Á vislumbrar de tu condesa amada  
 El palacio, del cual nos apartamos.  
 Te he dicho que esta noche en su morada  
 Entrarás, y hablareis, y... vamos, vamos ;  
 Dá en la puerta tres golpes... Ya está hecho !  
 Ya responden ; ya bajan ; lo sospecho.»—

Dijo Lucas, y lejos de la acera  
 De un salto se plantó, viendo en seguida  
 Que la puerta se abrió luego ligera  
 Y entró Adam en la casa consabida.  
 Subió el jóven al punto la escalera,  
 La puerta se cerró, quedó sumida  
 La calle en sombra, y Lucas con inercia  
 Un cigarro encendió casi de á tercia.

Dejémosle un instante allí lanzando  
 El humo que desgarrá sus pulmones,  
 Pensativo, intranquilo, acaso dando  
 Suspiros por sus muertas ilusiones,  
 Y veremos, en tanto que salvando  
 Adam vá ciento y pico de escalones,  
 Lo que en el cuarto á donde Adam subía  
 Dos ó tres horas antes sucedía.

## CANTO XV.

Una habitacion modestamente amueblada  
 en casa de Enrique.

### ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.—LUISA.—D. GENARO (*anciano de aspecto vigoroso y mirada inteligente y energética.*)—ALFREDO (*niño de cinco años.*)—AURORA (*de diez.*)—Aurora y Alfredo juegan á las muñecas.—D. Genaro les contempla con el mas tierno interés.—Enrique lee un periódico.—Luisa, sentadada junto á un velador, está concluyendo de coser un magnífico traje.—La niña deja de pronto el juego y dice á Luisa:

AURORA.

Mamá, ¿quieres que te ayude ?

LUISA.

Pronto acabo mi tarea.  
 Mejor será que te acuestes.

AURORA.

Si tú, mamá, me lo ordenas...

DON GENARO.

Aun es temprano ; dejadles  
 Que jueguen con sus muñecas.

ENRIQUE. (*Dejando de leer.*)

¡Padre! ¿no vé usted...?

DON GENARO. (*Sonriendo.*)

¡Qué quieres...!

LUISA. (*En tono de cariñosa reconvencion.*)

Usted á perder me los echa.

DON GENARO.

Mejor.

ALFREDO Y AURORA.

¡Viva el abuelito!

(*Saltando sobre sus rodillas.*)

DON GENARO.

¡Zalameros! (*Besándolos.*)

AURORA.

¿Juego?

DON GENARO.

Juega.

(*Los niños vuelven á jugar y se colocan junto al balcon.*)

DON GENARO.

La niñez es arbolito  
 Que místico y sin vida queda  
 Si el sol de las ilusiones  
 Ocultan tupidas nieblas.  
 Jugad, hijos, que mañana  
 Dios sabe lo que os espera.  
 —¡Di, Enrique...!

ENRIQUE.

¡Señor!

DON GENARO.

Tu periódico?

¿Qué trae

ENRIQUE.

Misericias.

Muchas miserias políticas.  
Diatrivas, odios, reyertas...

DON GENARO.

¿Y en punto á noticias? ¿hablan  
Por ventura de las guerras  
Que al mundo agitan?

ENRIQUE.

No poco.

DON GENARO.

Yo que vivo en mi grosera  
Ignorancia y que en vosotros  
Cifro mi dicha completa,  
Casi he perdido de vista  
Cuanto acontece en la tierra.  
Pero presumo que siguen  
Con furor las gigantescas  
Luchas de pueblos y hombres;  
Y en esta edad tan perfecta,  
Tan liberal, tan...

ENRIQUE.

Es cierto:

Las sociedades modernas  
Se agitan...

DON GENARO.

Pues yo me pienso  
Que en estas dichosas épocas  
De luz, de vapor, de grandes  
Adelantos, las ideas  
Debieran salir triunfantes  
Sin apelar á la fuerza  
De las armas; la justicia  
Y la razon, ser debieran  
Arbitros del mundo entero.

ENRIQUE.

Vendrá un dia en que acontezca  
Lo que V. con tanto ahinco  
Á todas horas desea.

DON GENARO.

Dios te conserve, hijo mio,  
Tan generosas creencias,  
Y el corazon de los hombres  
Varie, para que puedan  
Ser tus palabras de ahora  
Perfectamente proféticas.—  
¿Viste ya la gacetilla?

ENRIQUE.

Aun no comencé á leerla.

LUISA.

Hazlo en voz alta.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)*Soirée.*

DON GENARO.

Noble castellana tierra  
Donde ya solo se habla  
En una lengua extranjera!  
Prosigue.

ENRIQUE.

¡Calla! Se casa

La de Alcira y...

DON GENARO.

La condesa

Se... ¿qué has dicho? ¡Desgraciada!  
¿Y con quién?

ENRIQUE.

Dejad que lea.

(*Lo hace.*)«Segun ayer insinuamos,  
Entre las cien damas bellas,  
Flor y gala de la córte  
Y ornato de la grandeza,  
Que el último besamanos  
Realzaron con su presencia,  
Figuraba en primer término,  
Luciendo su gentileza,  
Juventud, gracia y boato,  
La simpática condesa  
Viuda de Alcira...»

LUISA.

No miente

Quien asegure que es bella  
Como pocas.

ENRIQUE.

Y tan rica

Como piadosa y espléndida  
Segun dicen.DON GENARO. (*Aparte.*)

¡Pobre jóven!

¿Por qué su nombre resuena  
De tal modo en mis oidos  
Que tiemblo si se habla de ella?

LUISA.

Vamos, sigue.

DON GENARO. (*Con avidéz.*)

Sí, prosigue.

ENRIQUE.

Mucho, padre, os interesa  
Esa dama...

DON GENARO.

(*Con afectada indiferencia.*)

La conozco

Hace tiempo.

ENRIQUE. (*Leyendo.*)«Ahora otra nueva  
Daremos á los lectores  
Mucho mas grata y mas buena.  
La condesa, que contrae  
Segundas nupcias, ingresa



De nuevo en el mundo y abre  
De su morada soberbia  
Los salones; esta noche  
Dá el primer baile...»

(*Enrique deja de leer y dice:*)

De modo

Que ese traje, para ella...

LUISA.

Para ella no; mas presumo  
Que allí esta noche lo estrenan.  
Por eso tal vez me dieron  
Tanta prisa. Ya me queda  
Poco que hacer.

DON GENARO.

¿Concluiste

La lectura?

ENRIQUE.

Solo restan

Las palabras de ordenanza  
Respecto á la concurrencia  
Brillante que á ese sarao  
Acudirá. «De la fiesta,  
Dice, será como siempre  
Una incomparable reina  
La ilustre viuda; ilustre  
Por su cuna y por sus prendas.»

DON GENARO.

¡Aduladores! ¿qué saben  
Ellos? ¡qué saben...!

ENRIQUE.

Cualquiera

Dirá, padre, que ese acento  
Odio y misterios revela.

DON GENARO.

¿Misterios y odio...? no, hijo;  
No presumas tal; que sea  
Dichosa, solo le pido  
Al cielo con todas veras.

LUISA.

Y lo será. (*Levantándose.*) Por fortuna  
Ya terminé mi faena.

(*Doblando el traje cuidadosamente.*)

Que vengan ahora, si quieren,  
Por el traje.

ENRIQUE.

(*Dejando el periódico, que coge D. Genaro.*)

¡Cuánto briegas,

Luisa! ¿Por qué así pasas  
Tan largos ratos en vela?  
¿Por qué tu salud preciosa  
Quebrantas? ¿Por qué no dejas  
Estos trabajos prolijos...?

LUISA.

¡Ahora me sales con esas?  
Yo trabajo honradamente  
Sin que ninguno lo sepa...

ENRIQUE.

Pero yo sufro...

LUISA.

Y yo, en cambio,

Soy feliz.

ENRIQUE.

Porque eres buena,  
Luisa.—Dentro de un rato

Se llevarán esas prendas  
Magníficas, que en el baile  
Una mujer, menos bella  
Que tú, lucirá orgullosa  
Desvanecida y soberbia...

LUISA. (*Sonriendo.*)

Mientras que yo, derrochando  
El fruto de mis tareas,  
Haré á mis hijos un traje  
Para los días de fiesta.

ENRIQUE.

Dame un abrazo, Luisa;  
¡Bendita! bendita seas! (*La abraza.*)

## ESCENA II.

Dichos y ANSELMO vestido con exagerada elegancia, el cual dice desde la puerta:

ANSELMO.

¡Bello! ¡sublime! ¡magnífico!  
¡Piramidal! ¡estupendo...!  
Os abrazais como tórtolos  
Enamorados y tiernos.  
—Buenas noches, Don Genaro.

DON GENARO. (*De mal humor.*)

Buenas noches, D. Anselmo.

(*Don Genaro se levanta, cruza la habitación y se sienta al lado de la mesa; toma el periódico y lee para sí.—Luisa, sobre cuya frente ha pasado una nube de tristeza, coge á los niños de la mano, hace un ligero saludo y se entra en la alcoba donde estos suelen dormir.—Anselmo, poniéndose los anteojos, se fija un poco en Luisa y luego se dirige á Enrique, que le alarga su mano.—Los dos hablan aparte, bajando la voz.*)

ENRIQUE.

¿Qué hay de nuevo?

ANSELMO.

¿Sabes, chico,

Lo que en este instante pienso?

ENRIQUE.

¿Qué piensas?

ANSELMO.

Que las personas  
Que se crían en los pueblos  
Son montaraces.

ENRIQUE.

Espícate,  
Porque yo no te comprendo.

ANSELMO.

¿No adviertes que tu costilla  
Se vá al punto que yo vengo  
Como si fuera á comermela  
Saludándola? ¡Qué genios!

ENRIQUE.

Paréceme que á mi esposa  
Quieres tralar con desprecio,  
Y eso, Anselmo, no lo sufro;  
Sirvate bien de gobierno.

ANSELMO.

¿Te amostazas con tu antiguo  
Camarada de colegio  
Por una broma que...?

ENRIQUE.

Luisa

No nació en la córte, es cierto.  
 Sus padres eran muy pobres;  
 Pero entre humildes labriegos,  
 La santa virtud se anida  
 Mejor que en los grandes centros,  
 Donde entre capas de oro  
 Hay tanto asqueroso cieno.

*(Variando de tono.)*

Mi esposa se habrá marchado  
 Para dejarnos que hablemos  
 Á solas, y hacer que recen  
 Los niños, al propio tiempo  
 Que se acuestan.

ANSELMO.

*(Santurrrones,  
 Hipócritas, embusteros!)*

ENRIQUE.

¿Qué hablabas?

ANSELMO.

Pienso que sois  
 Tan beatos como buenos.  
 Creyentes.

ENRIQUE.

Y ¿por qué causa  
 Lo dices con ese acento  
 Irónico?—Cuando entraste  
 Fuimos de tu burla objeto  
 Porque mi esposa en mis brazos  
 Estaba; se marcha luego  
 A hacer que sus hijos alcen  
 Sus puros y humildes ruegos  
 Á Dios, y esto te parece  
 Extraño, raro, grotesco.  
 ¿Es que nunca comprendiste  
 El noble y sencillo afecto  
 Que á dos almas para siempre  
 Unió en el hogar doméstico  
 Con lazos indisolubles  
 Tan honrados como bellos?  
 Y si concibes que un día,  
 Cansado de ser soltero,  
 Careciendo de familia,  
 Tal vez fatigado, enfermo  
 Del corazón, hallar puedes  
 Paz, felicidad, consuelos,  
 Reclinando tu cabeza  
 Sobre el amoroso seno  
 De una mujer que te ame  
 Y se una á ti con estrechos  
 Vínculos; si por ventura  
 Te concede hijos el cielo  
 Y en los ojos de esos hijos,  
 Que son cual pedazos tiernos  
 Del alma, á mirarte llegas,  
 Cifrando tu dicha en ellos,  
 ¿Podrás renunciar entonces  
 Al placer de hacerlos buenos,  
 Humildes y temerosos  
 De Dios? Porque el mundo nécio  
 Se burle de ti ó te llame  
 Santurrón, beato y crédulo,  
 ¿Permitirás que esos hijos  
 Creciendo se hagan escépticos,  
 Renunciando á las dulzuras  
 De aquel que guarda en su pecho  
 La fé, la esperanza, el santo  
 Amor que todos debemos

Á quien puede en un instante  
 Con un soplo deshacernos?  
 ¡Ah! si es así, si la duda  
 Cruel, si el abismo inmenso  
 Que abre en el alma la impía  
 Incredulidad, y el ciego  
 Feroz orgullo, son prendas  
 Que acariciaste soberbio,  
 Deja que mis hijos recen;  
 Deja que recen, Anselmo.

ANSELMO.

Tu oracion no ha sido breve;  
 Ha sido un sermón completo;  
 Pero por fortuna, Enrique,  
 Pienso morir me soltero;  
 Es decir, no estoy tentado  
 Á suicidarme, teniendo  
 Mujer y chicos llorones  
 Que son sin duda el infierno  
 De la vida.

ENRIQUE.

Ó el oasis

Donde el sediento viajero  
 Halle al fin la clara fuente  
 Que no encontró en el desierto  
 De esa vida.

DON GENARO. *(En voz alta á su hijo.)*

Escucha, Enrique,  
 Ya que te gustan los versos,  
 Estos que trae el periódico  
 Y que juzgo verdaderos.

*(Lee.)*

«La amistad es un lazo  
 Que Dios engasta  
 Con perlas y diamantes  
 Sobre oro y plata.  
 Lazo que tejen  
 Los ángeles, y al hombre  
 Luego le ofrecen.»

«No hay tesoro mas grande  
 Que un buen amigo;  
 Sus consejos nos llevan  
 Al buen camino.  
 Nuestras desdichas  
 El amigo amoroso  
 Tierno mitiga.»

«Mas tened, hombres todos,  
 Sumo cuidado  
 En que nunca os dominen  
 Amigos falsos.  
 Que el bueno, el bueno  
 Le dá; y el malo, aborta  
 De los infernos.»

*(Mientras D. Genaro ha estado leyendo, Anselmo no ha dejado de hablar á Enrique, el cual, por cortesía, se ha visto obligado á prestarle atención mostrando despues cierto asombro. D. Genaro levanta la cabeza y viendo que no le escuchan, arroja el periódico sobre la mesa, se levanta, y sin dar las buenas noches se retira murmurando algunas palabras ininteligibles.— Al mismo tiempo sale Luisa de la alcoba donde duermen los niños y se vá con D. Genaro por la puerta del fondo.)*

## ESCENA III.

Enrique.—Anselmo.

ENRIQUE.

¿Qué me dices? (*Con admiracion.*)

ANSELMO.

Lo que oyes :  
 Conspiro contra el gobierno  
 Porque ciego corre y loco  
 Alabismo; brama el pueblo  
 Indignado, y todo el mundo  
 Deplora los desaciertos  
 De esa torpe camarilla,  
 Compuesta de hombres ineptos  
 Y ambiciosos miserables,  
 Que hace demasiado tiempo  
 Vienen el sudor chupando  
 De los pobres.

ENRIQUE.

(*Con intencion.*)

Pues me pienso  
 Que no habrás contribuido  
 Con el tuyo á enriquecerlos.

ANSELMO.

Tu epigrama, buen Enrique,  
 No ha producido su efecto.  
 Nací pobre y pobre vivo;  
 Pero patriotismo tengo  
 Y voluntad... y pulmones,  
 Que no es poco...

ENRIQUE.

Ya lo creo.  
 Para el caso, de seguro  
 Vales...

ANSELMO.

Valgo lo que peso.  
 Ya lo verás.

ENRIQUE.

Pero espones...

ANSELMO.

Ya sé que espongo el pellejo;  
 Mas ¿qué quieres? lo he pensado  
 Grandemente y... lo confieso:  
 Para vivir como vivo  
 Jugarme el todo prefiero.

ENRIQUE.

Pues ¿cómo vives?

ANSELMO.

Luchando  
 Con acreedores molestos  
 Que me abrumán; lleno siempre  
 De compromisos inmensos,  
 Y anhelando inútilmente  
 Subir á los altos puestos  
 Que otros logran mas felices  
 Tal vez con menores méritos.

ENRIQUE.

Díme: ¿y no fuera mas propio  
 Que en vez de dar á los sueños  
 De tu ambicion esas alas,  
 Fueras replegando el vuelo

Hácia la vida pacífica  
 Del ciudadano modesto?  
 Yo era pobre, comparado  
 Contigo, y libre me veo  
 De deudas y compromisos  
 Y disgustos de ese género.

ANSELMO.

Dichoso tú...

ENRIQUE.

No te pienses  
 Que alguna vez no apetezco  
 Vivir con mayor holgura.  
 ¿Quién carece por completo  
 De esa ambicion, de ese estímulo  
 Legítimo, noble y bueno,  
 Que á mejorar nos impete  
 Nuestra posicion? Yo anhele  
 Una fortuna, ganada  
 Con mi sudor y mi esfuerzo,  
 Para legar á mis hijos  
 Un porvenir lisongero.  
 Mas, como en el mundo, todos  
 No nacimos para Cresos,  
 Mis ilusiones reduzco,  
 Aspiraciones contengo,  
 Y en mi oscura medianía  
 Vivo alegre y satisfecho.  
 ¿No puedes tú hacer lo mismo  
 Sin abrigar los proyectos  
 Que guardas en este instante  
 Poniéndote en tanto riesgo?  
 Si supieran que conspiras...  
 Solo de pensarlo tiemblo!

ANSELMO.

¡Ja! ¡ja...! Pareces... perdona  
 Que lo diga...

ENRIQUE.

No me ofendo.  
 Di cuanto quieras.

ANSELMO.

Pareces  
 Una doncellita; un tierno  
 Rapaz que del aula sale...  
 ¡Ja! ¡ja...! ¿Te asustas por eso?  
 ¡Hombre! ¿en qué siglo naciste?  
 Tú con los tiempos modernos  
 No marchas.—Si soy ministro...  
 (*Con aire de petulante proteccion.*)

ENRIQUE.

Mil gracias, te lo agradezco.

ANSELMO.

La empresa es grande y segura.  
 Hombres competentes; diestros  
 Políticos; gente brava  
 Que nos secunde al momento...  
 Todo, todo cuanto puede  
 Apetecerse, tenemos.

ENRIQUE.

En esos árdusos caminos  
 Dios os guie y os dé acierto,  
 Haciendo que por vosotros  
 Dichas nos depare el cielo.  
 Y ¿quieres decirme cuando  
 Va á suceder todo eso?

ANSELMO.

La hoguera está preparada;  
Los combustibles son buenos,  
Y solo falta un chispazo  
Que determine el incendio  
General...

(*Se interrumpe y dice:*)

Una pregunta.

ENRIQUE.

Habla.

ANSELMO.

¿Serás de los nuestros?

ENRIQUE. (*Con dignidad y firmeza.*)

¡Jamás!

ANSELMO.

¡Cobarde!

ENRIQUE.

Permíto  
Que imagines tengo miedo,  
Antes que ahogar ambicioso  
Mis honrados sentimientos.  
Si peligrara mi patria,  
Si insolentes extranjeros  
Vinieran en son de guerra,  
Orgullosos y soberbios  
A hollar los limpios laureles  
Que brotan en este suelo  
Donde he nacido, verías  
Como yo de los primeros  
Que volaran al combate  
Sería.

ANSELMO.

Basta, te ruego  
Que no prosigas.

ENRIQUE.

No basta.  
Escúchame un poco, Anselmo.  
Hace años que en el mundo  
Vacilantes los gobiernos  
Oyen alzarse en mil partes  
Las voces del descontento.  
Si es la savia poderosa  
Que brota con el progreso  
De la humanidad, y hace  
Hervir la sangre en el pecho  
Del que piensa en los horrores  
De algunos bárbaros tiempos  
De opresión, que ya pasaron,  
Será muy noble, por cierto,  
Ese afán; mas es posible...  
Oye y no frunzas el ceño.  
Es posible que la causa  
De mil trastornos violentos  
Sean la ambición y el orgullo  
Con que ahora todos nacemos.  
Somos iguales, y... ¡es claro!  
Como el que mas y el que menos,  
Tenemos aspiraciones  
Altas, muy altas; soberbio  
El corazón nos inspira  
Levantados pensamientos  
Y como tú, con audacia  
La vista en todo ponemos.

ANSELMO.

Sin lucha no hay gloria.

ENRIQUE.

Es claro.

ANSELMO.

Sin valor no hay vencimiento.  
Quien puede mas, ese lleva  
La palma.

ENRIQUE.

Mas si el esfuerzo  
No es noble, afrentado queda  
El vencedor.

ANSELMO.

Solo el éxito  
Decide ya de las cosas.

ENRIQUE.

Tienes razón, bien lo veo.  
Pero es odioso, es infame  
Y digno de vituperio,  
Que sin fé, sin patriotismo,  
Sin pudor y sin talento,  
Solo con el ansia loca  
De adquirir fáciles medros,  
Y de elevarse gigante  
Quien ha nacido pigmeo,  
Se atente tal vez en contra  
De la dicha de los pueblos,  
Haciendo de la política  
Un abominable juego  
Que repugna á quien de veras  
Se identifica con ellos.  
Tal es mi opinión.

(*Da algunos paseos por el cuarto.*)

ANSELMO. (*Aparte.*)

(*¡Menguado!*)

Es un pária; un pobre necio.  
Me ha insultado, me desprecia  
Y yo en pago le aborrezco.  
Sigamos la comenzada  
Empresa, disimulemos  
Y vayamos preparando  
De esa mujer el asedio,  
Hasta que venza su imbécil  
Repugnancia. En estos tiempos  
No hay virtud que no se rinda...)

ENRIQUE.

Mí esposa se acerca: hablemos  
De otras cosas.

ESCENA IV.

Dichos.—Luisa.

ENRIQUE.

¿Y los niños?

LUISA.

Rezando se me durmieron.

ENRIQUE.

¿Y mi padre?

LUISA.

Parecía  
Que estaba un poco indispuerto...

ENRIQUE.

¿Qué dices...? Y yo, ignorante...  
Perdonad; al punto vuelvo.

(Vase.)

## ESCENA V.

ANSELMO Y LUISA.—(Ambos guardan silencio unos breves instantes.)

ANSELMO.

Y bien, Luisa...!

LUISA.

D. Anselmo!

ANSELMO.

¿Qué es lo que me dice usted?  
¿Querrá V. desesperarme...?

LUISA.

¡Silencio! que acaso esté  
Mi Enrique aun cerca; ¡silencio!  
No me haga el juicio perder.

ANSELMO. (Con cólera.)

¡Enrique! ¿por qué ese nombre  
Con tenacidad cruel,  
Mis ilusiones de amante  
Suele así desvanecer?  
¡Oh! ¿por qué, por qué en Enrique  
Deposita tanta fé,  
Tanto amor, tanta constancia,  
Si él es indigno de ser  
Tan querido? Siempre débil  
É irresoluto; ni el bien  
Puede ofrecerle, ni nunca  
Podrá buscar el placer,  
La dicha que V. merece  
Y que yo la ofreceré.  
Yo emprendedor, atrevido,  
Entre el mundano vaiven  
Posiciones elevadas  
Con el tiempo escalaré,  
Mientras él oscuro y pobre,  
Aunque con ruda altivez,  
Irà siempre progresando  
Como el cangrejo, al revés.  
Y nunca, con su modestia,  
Sabrá escalar el poder,  
Como yo, que acaso pronto  
Altos títulos tendré,  
Y posicion y riquezas  
Que luego pondré à esos pies.  
¡Luisa!

LUISA.

No siga; mi esposo  
Serà lo que quiera usted;  
Pero es honrado y me ama  
Como yo le adoro à él.  
Si pobre y oscuro vive,  
Y por modesto se vé  
De tal modo, yo contenta  
Oscura vivo también.  
No me seducen las galas,  
Ni el fementido oropel,  
Ni las lisonjas serviles,  
Ni el sempiterno vaiven  
Del mundo, porque me basta  
Con lo que tengo; sí à fé.

De lujo y de pompas vanas  
Soy pobre; pero también  
Me hallo rica de ilusiones  
En medio de mi estrechez.

ANSELMO.

De modo que... seamos francos...

LUISA.

Siempre lo fui y lo seré.

ANSELMO.

¿Usted me desdèña y sigue  
Despreciàndome...?

LUISA.

Así es.

ANSELMO.

¡Luisa!

LUISA.

¡Basta! mi decoro  
Me manda insinuar à usted...

(Señalàndole la puerta.)

ANSELMO.

¡Señora...!

LUISA.

Basta, repito,  
De acciones de mala ley.  
Si usted, amistad brindando  
À mi pobre esposo fiel,  
Una vez, y dos, y ciento,  
De amor me habló, y le escuché  
Con la sonrisa en los labios  
Y en el corazon la hiel,  
Tenga usted bien entendido,  
Y téngalo en cuenta bien,  
Que he callado... porque temo  
Que Enrique le mate à usted.

ANSELMO.

¡Luisa! tan solo una frase  
Dé amor sus labios me den;  
Una remota esperanza  
Y esclavo suyo seré!

LUISA.

¡Silencio! cuando una esposa,  
Es madre y mujer de bien,  
Y un amigo de su esposo  
Torpe se arrastra à sus pies,  
Esa esposa con desprecio  
À ese Judas debe ver.  
Silencio, repito, y salga  
De mi casa.

ANSELMO.

Yo saldré;  
Mas antes juro vengarme  
De ese su altivo desden.

LUISA.

La venganza de un malvado  
Nunca me podrá imponer.

ANSELMO.

Yo le juro que en su honra  
Con saña me cebaré;  
Que haré que pierda su esposo  
Los recursos que posee...

LUISA.

¡Cuánta infamia!

ANSELMO.

¡Luisa! ¡Luisa!

LUISA.

¡Oh!

ANSELMO.

Por la última vez:  
Ó su amor, ó mi venganza;  
Mírelo y piénselo bien.

LUISA.

¡Atrás, villano! mi honra  
Limpia está; no la manché;  
Clava tus dientes en ella  
Si te atreves á morder.  
Lo demás tampoco importa;  
Si lo poco que posee  
Mi esposo, á quitarle llegan,  
Y mi trabajo no es  
Suficiente, yo á mis hijos  
De la mano cogeré,  
Y una limosna bendita,  
Pues la pobreza no es  
Un crimen, de puerta en puerta  
Humilde demandaré.

ANSELMO.

Enrique se acercó... ¡Luisa!  
¡Silencio! cálmese usted.

LUISA.

(Tiene miedo. ¡Mé he salvado!)

ANSELMO. (*Maquinalmente.*)

Si él supiera...

LUISA.

(Me salvé.)

## ESCENA VI.

Dichos.—Enrique.

ENRIQUE.

Mi padre me despidió...  
Mas ¿qué tienes; Luisa mía?  
Cualquiera al verte diría  
Que algo te sobrecogió.  
De tu mejilla encendida  
Los bellos matices rojos  
Se apagaron, y en tus ojos  
Una lágrima escondida  
Brotó; ¿qué tienes?

LUISA.

¿Yo...? nada.  
(Mucho inmutarme debí.)

ENRIQUE.

Pero esa emoción...

(*Dirigiendo á Anselmo una mirada investigadora.*)

LUISA.

Sí, sí.  
Confieso que estoy turbada.  
Mas no pienses que un momento  
Se eclipsó la dicha mía;  
Antes bien es de alegría  
La turbación que ahora siento.

ENRIQUE.

¿Es verdad, Anselmo?

LUISA.

Él

La culpa tuvo de todo.

ANSELMO.

Yo... la verdad...

(*Con inquietud.*)

LUISA.

(*Sin poder disimular su ironía.*)

De tal modo

Me pintó el cariño fiel  
Que le inspiras; tu retrato  
Hizo con tantos primores,  
Y con tan bellos colores  
Que me encantó su relato.  
En quererte soy prolija;  
Y una esposa, al ver su esposo  
Retratado y tan hermoso...  
Claro está; se regocija.  
Tu amigo te dió la palma  
Viéndote ausente de mí,  
Y habló con júbilo aquí  
De las prendas de tu alma.  
Tanto afecto te mostró,  
De tal entusiasmo lleno,  
Que mi pecho estar sereno  
No supo y... se conmovió.

ENRIQUE.

¿Tienes algo que observar  
Anselmo? (El alma predice  
No se qué.)

ANSELMO.

(*Tomando su sombrero.*)

Luisa lo dice  
Y no lo debes dudar.

ENRIQUE.

¿Te marchas?

ANSELMO.

Sí, tengo prisa.  
(¡Furioso estoy, voto á bríos!)  
Me esperan... Queda con Dios.

(*Dá la mano á Enrique, que le tiende la suya con marcada frialdad. Luego lanza una mirada iracunda que hace temblar á Luisa, y dice retirándose precipitadamente.*)

Á los pies de usted, Luisa.

## ESCENA VII.

Luisa.—Enrique.

(Momentos de silencio.—Enrique se sienta junto á la mesa y parece inquieto y preocupado.—Luisa le sigue y despues de un ligero intervalo, le dice.)

LUISA.

Enrique...

ENRIQUE.

¡Luisa!

LUISA.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.!

No sé.

LUISA.

¿Estás triste?

ENRIQUE.

Acaso.

LUISA.

¿Sospechas?

ENRIQUE.

Tal vez.

LUISA.

¿De quién?

ENRIQUE.

No lo acierto;

Mas óyeme bien.  
 Quien tiene una joya  
 Que juzga de prez;  
 Quien guarda un tesoro  
 Mirándose en él;  
 Quien una ventura  
 Llegó á poseer;  
 Y vé que un bandido  
 Con ánsia cruel,  
 Su joya codicia,  
 Le envidia su bien,  
 Le arranca el tesoro  
 Que guarda con fé;  
 Preciso es que sufra,  
 Que llegue á temer  
 Le quiten á un tiempo  
 La vida también.  
 ¿Comprendes?

LUISA.

Apenas

Te puedo entender,  
 Pues noto en tus frases  
 Temor y altivez.  
 Yo sé que en el mundo,  
 Sin honra y sin ley  
 Bandidos infames  
 No deja de haber.  
 Mas dueño que guarda  
 Con dulce interés  
 Su prenda querida,  
 No debe temer.  
 Seguro es que nadie  
 Le quite el joyel  
 Que sabe dichoso  
 Y amante esconder.  
 Vendrán los bandidos  
 Avaros tal vez;  
 Vendrán... mas te juro  
 Que iránse sin él.

ENRIQUE.

¿De veras?

LUISA.

*(Sonriéndose.)* De veras.

ENRIQUE.

¿Te puedo creer?

LUISA.

Ni cabe en mi pecho  
 La negra doblez,  
 Ni nunca mis labios  
 Mintiendo manché.

ENRIQUE.

¡Dios mio! si un día  
 Me fueras infiel;  
 Si yo sospechara  
 Que falsa y sin fé...

LUISA.

¡Enrique! ¿qué dices?  
 ¿No sabes, cruel,  
 ¿Quién soy? ¿por desdicha  
 Mis grillos no ves?  
 Cadenas de oro,  
 Con grato placer,  
 Arrastro; ¡bendita  
 Su santa estrechez!

ENRIQUE.

¿Qué grillos son esos?

LUISA.

¡Tus hijos! ¿Los ves?

*(Se adelanta y abriendo las puertas de cristales de la alcoba en donde duermen los niños, se los muestra con dulce y cariñoso ademán. Luego dice con enternecido acento:)*

Allí están durmiendo;  
 Soñando tal vez;  
 Y bajo sus alas  
 El ángel Gabriel  
 Los cubre amoroso.

*(Con exaltacion.)*

¡Contémploslos bien!

ENRIQUE.

¡Luisa!

LUISA.

¿Qué haces?

ENRIQUE.

Postrarme á tus pies.

LUISA.

Levanta.

ENRIQUE.

En tus brazos  
 Mi trono hallaré.  
 ¡Feliz el que tiene  
 Tan noble mujer!

LUISA.

¿No dudas?

ENRIQUE.

No dudo.  
 Descuida, mi bien.

*(Aparte.)*

*(Si insiste el bandido  
 Matarle sabré.)*

*(Se oyen á cierta distancia tres aldabazos dados en la puerta de la calle.)*

## ESCENA VIII.

**Enrique.—Luisa, y luego Juana.**

ENRIQUE.

Será Alarcon. ¿Has oído?

LUISA.

Sin duda cerraron ya  
La puerta, debe ser tarde.  
Tal vez por esto vendrán.

*(Colocando el traje en un sofá.)*

¡Juana! ¡Juana!

JUANA. *(Entrando.)*

¡Señorita!

LUISA.

Baja y abre.

JUANA.

¿Y quién será  
Á estas horas?

ENRIQUE.

No te estrañes.

Será mi amigo D. Juan.

JUANA.

¿Y si fuese otra persona?

LUISA.

Que suba: venir podrán  
Por ese traje...

JUANA.

Pues voy

Corriendo...

*(Váse Juana.)*

ENRIQUE.

Dices verdad:

No me acordé de esas prendas  
Que esta noche han de estrenar...

*(Se pasea con inquietud y se acerca á la puerta.)*

LUISA.

¿Qué tienes?

ENRIQUE.

Mujer, lo ignoro:

Pero siento algun afan  
Al ver que no ha parecido  
Esta noche por acá  
Alarcon.

LUISA.

Mucho le quieres.

ENRIQUE.

¿Como no le he de estimar?  
Sufre tanto y es tan bueno,  
Tan consecuente y leal...!  
Por otra parte, mi padre...  
Ya lo sabes...

LUISA.

¡Oh! no hay

Duda: le quiere en estremo,  
Y suele de él siempre hablar  
Con calor, con entusiasmo...  
Ayer, sin ir mas allá,  
Hablando de él me decia:  
«¡Por qué no tengo caudal  
Para hacerle tan dichoso  
Como merece!»

ENRIQUE.

Jamás

Cret que el modesto empleo  
Que tenia...

LUISA.

Es bien fatal  
La suerte del que depende  
De otro; el pobre estará  
Con su adorada familia  
En la miseria quizás.

ENRIQUE.

Silencio...

*(Sintiendo las pisadas de los que se acercan.)*

## ESCENA IX.

**Enrique.—Luisa.—Juana, y luego Adam.**

ENRIQUE.

¿Quién es?

JUANA.

Un jóven...

Véle ahí.

*(Adam aparece con el sombrero en la mano.)*

ENRIQUE.

*(No era D. Juan!)*

JUANA.

*(Marchándose despues de echar una ojeada sobre Adam.)*

*(¡Guapo-mozo!)*

ENRIQUE.

¿Qué se ofrece?

ADAM. *(Desde la puerta.)*

¿D. Enrique Macanaz...?

ENRIQUE.

Ye soy ¿qué ocurre?

ADAM.

Esta carta  
Me mandaron entregar...

ENRIQUE.

¿Á quién?

ADAM.

Á usted. *(Alargándosela.)*

ENRIQUE.

*(Tomándola.)* Venga.  
*(La abre y dice:)* ¡Cielos!  
¡Oh! ¡qué miro! *(Lee.)*

ADAM.

*(Inquieto está)*  
Mi corazon como nunca,  
Lleno de emocion y afan,  
Al recordar lo que há poco  
Me dijo Lucas; ¿será  
Posible que llegue tarde  
Y que háya muerto D. Juan?

ENRIQUE. *(Dando un grito.)*

¡Luisa...! ¡D. Juan ha muerto!

LUISA. *(Con espanto.)*

¿Qué dices?

*(Ambos recorren con avidéz el escrito.)*



ADAM.

¡Fatalidad!  
¡Fatalidad! ¡ya no llego  
A tiempo! ¡no llego ya!  
Viniera un momento antes  
Y le salvara quizás.

ENRIQUE.

(Sin saber lo que hace y dejando caer la carta.)

¡Pronto! ¡mi sombrero! ¡Pronto!  
¡Mi capa...! No hay que tardar  
Un solo instante...

LUISA.

Y ¿á dónde  
Tus pasos dirigirás?

ENRIQUE. (Como fuera de si.)

¡Á su casa! tiene hijos...  
¿No lo sabes? y aunque está  
Decidido... sí, no háy duda...  
¿Quién se aparta de su hogar  
Para siempre, sin que antes  
Vacile un momento...? ¡Ay!  
¿Qué padre, aunque pierda el juicio,  
La vida perder querrá  
Sin dar un adios á aquellos  
Que sumerge en la orfandad?

LUISA.

Tienes razón; corre, vuela...  
¡Juana! ¡Juana!

ENRIQUE. (En estremo impaciente.)

¡No vendrá!

ESGENA X.

Dichos.—Juana.

(La criada entra con una luz.—Luisa, que ha salido de la sala,  
vuelve al instante con la capa y el sombrero, que entrega á  
su esposo. Este se pone ambas prendas, casi sin saber lo que  
hace, y echa á correr seguido de Juana.)

ESCENA XI.

Luisa y Adam.

LUISA.

¿Qué es esto, ¡cielos! qué es esto?  
¿Será posible...?

(Sin reparar siquiera en que Adam permanece  
fijo, inmóvil y mirándola maquinalmente, se  
acercas á la mesa junto á la cual estuvo Enri-  
que, y recogiendo la carta que este ha dejado  
olvidada, la lee vertiendo una lágrima.)

ADAM.

¡Se van!  
Me dejan aquí...

LUISA.

¡Veamos.  
¡Oh! ¡qué terrible ansiedad!  
Tan joven y tan honrado  
Á sus dias atentar...  
¡Virgen Santa! no permitas  
Que tenga un fin tan fatal!

(Luisa lee, unas veces en voz alta y otras para sí,  
con creciente dolor y ansiedad.—Adam, que per-  
manece de pié, inmóvil, silencioso y atónito,  
la escucha y contempla sin atreverse á inter-  
rumpirla.—Luisa, despues de haber terminado  
la lectura, se vuelve, y al reparar en Adam,  
deja escapar una exclamacion de sorpresa y de  
miedo, y retrocediendo algunos pasos esclama:)

LUISA.

¿Usted aquí todavía...?  
¿Qué quiere? ¿quién es? ¿qué espera?  
(Ya caigo; puede que quiera...)  
Tome V... yo no sabia...

(Le alargas una moneda que Adam rehusa instin-  
tivamente.)

Tómela V. sin rubor;  
No tengo mas por ahora... (Insistiendo.)

ADAM.

¡Señora...! ¡por Dios...! ¡Señora!  
Respete V. mi dolor.

LUISA.

No es fácil que al suyo atienda  
Cuando el nuestro es infinito.  
Mas... seguro, en ese escrito  
Alarcon le recomienda.  
Sí, sí.

(Vuelve á coger la carta y lee en alto.)

«En mi último instante  
Recomendaros me atrevo  
Al dador; es un mancebo  
Infeliz, rudo, ignorante;  
Mas su noble condicion  
Vale sin duda un tesoro;  
No lo dudeis, es de oro  
Su sencillo corazon.»

(Luisa se enjuga una lágrima, y dice sollozando:)

¿Y qué quiere usted, qué quiere?  
Ya vé usted lo que nos pasa;  
El duelo ha entrado en mi casa  
Y la desdicha nos hiere.  
Esplíquese y diga pues,  
En qué servirle podremos;  
Poco somos y valemos;  
Mas ¿qué pretende? ¿quién es?

ADAM.

Quién soy no sé; dónde voy  
No lo puedo descifrar;  
Camino ciego al azar  
Y estoy cuerdo y loco estoy.  
Por ballar el bien batallo  
Y el mal me sale al encuentro;  
Busco en la honradez mi centro  
Y siempre fuera me hallo.  
Quiero luz y mi destino  
Me envuelve en la sombra oscura;  
Pretendo hallar la ventura  
Y siempre yerro el camino.  
Deseoso de salvar  
Á un hombre, aquí, como bueno,  
Vine de esperanza lleno  
Y hago llanto derramar.  
Y me pesa haber venido;  
Y á la vez, nécio y cobarde,  
De haber llegado tan tarde  
Ya me encuentro arrepentido.  
¡Oh! señora, por piedad  
Tenga de mí compasion;  
Ilumine mi razon  
Con la voz de la verdad.  
Mi torpe ignorancia venza.  
¿Qué estrella en mi vida influye?  
¿Dó el infortunio concluye?  
¿Dónde la dicha comienza?  
Muerto D. Juan... pero no;  
D. Juan no puede haber muerto,  
Tengo, señora, por cierto  
Que aun he de salvarle yo.  
El mundo es grande, si á fé;  
Mas yo, con ardor profundo,

Recorreré todo el mundo  
Y á D. Juan encontraré.

LUISA.

Si, sí; ¿quién sabe...?

ADAM.

Mi intento

Dios protegerá.

LUISA.

Si, sí;

Yo quedo rogando aquí;  
No tarde V. un momento.  
¡Juana! ¡Juana!

(*Tirando del cordón de la campanilla.*)

ESCENA XII.

Dichos.—Juana.—D. Genaro.

(D. Genaro aparece vestido de negro con frac y corbata blanca, ostentando en su pecho dos ó tres cruces de honor.—Luisa le mira con verdadero asombro.—D. Genaro, triste, meditabundo, pero resuelto, pone su mano en el hombro de Adam, y le dice:)

DON GENARO.

Vé, leal

Corazon! si Dios te inspira,  
Vuela al punto á donde acaso  
El cielo tu planta guía.  
Corre, y si salvarle puedes,  
Tu accion el mundo bendiga,  
Que vas en busca de un padre.  
Que es de un fiero monstruo víctima.  
¡Pobre D. Juan...! Estas lágrimas

(*Enjugándose el llanto.*)

Que soy débil atestiguan;  
Pero no me importa: pronto  
Recobraré mi energía.

(*Á Luisa.*)

Lo sé todo... no te admires...  
Eres muy honrada; hija;  
Dios te premie el santo afecto  
Que fiel á Enrique prodigas.  
Todo cuanto aquí ha pasado  
Cuidadosamente oía,  
Porque velo por vosotros  
Que sois vida de mi vida.  
Ahora es fuerza que volvamos  
Hacia otra parte la vista.

(*Á Adam.*)

Usted es jóven, es ágil,  
Yo seguirle no podría...  
Vaya V. y que en su empresa  
Un ángel bueno le asista.  
Mas si alguna vez, doliente  
De la amistad necesita,  
No olvide nunca á este viejo  
Que con la suya le brinda.

(*Estrechando cariñosamente la mano de Adam.*)

LUISA.

Acompáñale y alúmbrale,  
Juana.

JUANA.

Ya voy, señorita.

(*Adam saluda y sale apresuradamente.*)

ESCENA XIII.

Luisa.—D. Genaro.

LUISA.

Y ahora V. con ese traje...  
¡Padre mio...!

DON GENARO.

No te aflijas.

Voy á vengarle si ha muerto,  
Y á proteger su familia.  
Si aun vive, voy á salvarle  
Del crimen y la ignominia.

LUISA.

Pero así... solo... á sus años...  
Por Dios, padre, que no insista.  
Y si insiste... al menos...

DON GENARO.

Habla.

LUISA.

Iré yo en su compañía.

DON GENARO.

¿Tú conmigo á esos salones  
Dó la soberbia se abriga?  
¡Calla, inocente! tú ignoras  
Que acaso se moñarían  
Cien damas encopetadas  
Del rubor, que á tus mejillas  
Sacase el carmin precioso  
Que ellas en las suyas pintan.  
Deja, deja que en aquellos  
Recintos, en donde brilla  
Tanto fuego fátuo, el alma  
Vacile, se postre y rinda,  
Entré fugaces placeres.  
Que la secan y aniquilan.  
Si allí la modestia muere,  
Si allí la virtud peligra,  
No dejes estos rincones;  
No los dejes en tu vida.

LUISA.

No insistiré; pero ¿puedo  
Saber al menos...?

DON GENARO.

Si, hija,

LUISA.

¿Dónde va usted?

DON GENARO.

Al palacio  
De la condesa de Alcira.—  
Sácame la capa.

LUISA. (*Vacilando todavía.*)

¡Padre!

DON GENARO.

Sácame la capa, Luisa;  
Que un viejo cuidarse debe  
Y está la noche algo fría.

(*Luisa sale de la habitacion.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON GENARO.

¡Dios mio! que yo le salve  
Ó que vengarle consiga!  
Descargad sobre el inicuo  
Que ha emponzoñado mil vidas,  
Todo el peso irresistible  
De vuestra eterna justicia!

## CANTO XVI.

## I.

Que es condicion de todos los mortales  
 Vivir soñando bienes  
 Mientras se agrupan en redor los males,  
 Harto sabido, mi lector, lo tienes.  
 Mas es cosa tambien harto segura  
 Que aunque alejar queramos,  
 A fuerza de galanas ilusiones,  
 La negra desventura,  
 Siempre á parar vengamos  
 En que habrá que creer en ocasiones  
 Lo que despiertos con dolor miramos.

Yo confieso que es triste  
 Pintar ¡ay! de la vida los abrojos;  
 Y confieso tambien que mas poesia  
 Mi trabajo tendria  
 Presentando otro mundo ante tus ojos.  
 Mas no puedo engañarme ni engañarte;  
 Ni este valle de lágrimas sin cuento  
 Me es dado presentarte  
 Mas alegre y feliz; tenga ese intento  
 Quien, con labio falaz al hombre adule,  
 Ó ensalzando las miserables pasiones  
 Siempre abulte su efímero contento  
 Y sus hondos pesares disimule;  
 Que yo tengo por ciertas y evidentes  
 Las máximas siguientes:  
*«Breve, dudosa vida con tormento,  
 Cierta temor, deseos no acabados  
 Son de nuestra miseria el fundamento (1).»*  
 Y es la verdad, que ciega la fortuna  
 Nos tiene preparados  
 Con bárbaros rigores  
 Mil contrarios sucesos, mil dolores  
*«Desde el primer sollozo de la cuna (2).»*

¡Feliz, feliz quien pueda  
 En plácida bonanza  
 Ver deslizarse sus tranquilos días,  
 Realizando sus dulces esperanzas,  
 Sin que nubes sombrías  
 Empañen sus continuas alegrías!  
 Para mí la existencia  
 Jamás fué tan dichosa; nunca el alma  
 Pudo gozar de tan completa calma  
 Ni aun en la pura edad de la inocencia.  
 Una y cien y mil veces,  
 Sedito el labio, el alma dolorida,  
 Del cáliz de la vida  
 Llegué á gustar emponzoñadas heces.  
 Vi á mis padres morir y á mis hermanos;  
 Al amigo querido en tierra fria  
 Convertido encontré; yo entonces era  
 Casi un niño, cruzó el dolor mis manos

Y al cielo con fervor, puesto de hinojos,  
 La voz alcé doliente y lastimera;  
 Oré, cerré los ojos,  
 Y al través de mis párpados veía  
 Las sombras veneradas  
 Y siempre idolatradas  
 De aquellos seres que mi amor perdía!

¡Bella ilusion! delirio idolatrado  
 Que del mar borrascoso de las penas  
 Un instante suspendes la bravura;  
 ¿Por qué si el alma llenas  
 De amor y de ventura,  
 Los oleajes del recuerdo impío  
 Por siempre no refrenas?  
 Si un instante de plácida bonanza  
 Ofreces al pesar mudo y sombrío,  
 ¿Por qué, con grato y bondadoso empeño,  
 No prolongas al menos la esperanza?  
 ¡Es tan horrible al despertar de un sueño  
 Ver el vacío que la mente alcanza!

Mas valiera morir; sí, mas valiera...  
 —Pero aquí, mis lectores,  
 Reparo que he dejado en la escalera,  
 Entre un cuarto tercero  
 Y la calle, á un amigo verdadero;  
 Y reparo que olvido sus dolores  
 Por ocuparme solo de los míos.  
 Siempre el hombre así fué, siempre mayores  
 Nuestros males juzgamos, mas sombríos.

Digo, pues, que bajaba  
 Adam los ciento y pico de escalones;  
 Y á medida que al término llegaba  
 Se amenguaban sus locas ilusiones.  
 Si D. Juan decidido de tal suerte  
 Á morir se mostró ¿de qué manera  
 En su impotencia, misero, pudiera  
 Arrancarle á los brazos de la muerte?

Sin duda Adam abría  
 Sus ojos ya; la realidad odiosa  
 Por su desgracia con pavor veía.  
 Volvió la temerosa  
 Tempestad á bramar sobre su frente,  
 Y al amigo reciente,  
 Á quien ya amaba como tierno hermano,  
 Por perdido lloró; ¡locura estraña!  
 Llorando y todo, acarició en secreto  
 Una nueva esperanza; era el lejano  
 Eco falaz que al corazón engaña;  
 Era el recuerdo del amado objeto;  
 La última y loca y generosa idea  
 Que, en el supremo instante, con terrible  
 Ansiedad, quiere hacer de un imposible  
 Brotar el bien que el corazón desea.

Pensó en Lucas; aquel viejo menguado  
 Que, en su concepto, todo lo sabía,  
 Tal vez con su cinismo y desenfado  
 El problema fatal resolvería.

(1) Herrera.  
 (2) Rioja.

¿Quién sabe? Aquel bandido,  
Llenándole de asombro y de sorpresa,  
Habíale ofrecido  
Llevarle á la mansion de la condesa  
De Alcira, no escalando  
Sus rejas y balcones; sino haciendo  
Que ella con pecho conmovido y blando  
Las tiernas frases de su labio oyera:  
¿Qué prestigio mayor tener pudiera  
El misterioso viejo, á quien un día  
Sepultado en un negro calabozo  
Dejó, y hoy le ofrecía,  
Presentándose libre en su camino,  
Un porvenir de delirante gozo,  
De amor inmenso y de placer divino?

.....

¿Veis á un niño llorar á un tiempo dado  
Y reír á la vez, y estremecerse,  
Y mostrarse asombrado,  
Sin saber lo qué hacerse,  
En medio del dolor y la alegría  
Que súbitos le asaltan á porfía?  
Pues Adam, de esa suerte,  
Sintiendo ahora el corazón deshecho,  
Sensaciones de amor, de vida y muerte  
Loco albergaba en su sensible pecho,  
Revolviendo en su mente calorosa  
La duda horrible y la esperanza hermosa.

.....

Salió al fin á la calle, y diligente  
En la acera de enfrente  
Buscando á Lucas se plantó de un salto;  
Mas fué grande su asombro y su amargura,  
Mayor su sobresalto,  
Cuando en vano buscó en la calle oscura  
Del miserable viejo  
La ruda y antipática figura.

Pidiendo Adam á su razon consejo  
Tendió otra vez en derredor la vista,  
Y azorado y perplejo,  
En su propio sufrir fijó egoísta  
Su mente trastornada.  
¿Dónde ir y qué hacer? ¡Ah! ¿por qué loco  
Abandonó el hogar de su Salada,  
Teniendo, imbécil, su cariño en poco?  
¿Quién le mandó á la senda estraviada  
De un mundo lleno de cruel falsía  
Arrojarse, si el mundo empedernido  
Para él desconocido,  
Solo sombras y abrojos le ofrecía?

.....

Sin saber dónde ir, con paso lento  
Ya la calle dejaba,  
Cuando de pronto, y próximo el momento  
De doblar una esquina, vió contento  
Un bulto que el camino le atajaba.  
Era Lucas, que haciéndole una seña  
Con ademán imperativo, al punto  
En llevarle tras sí tenaz se empeña,  
Diciéndole á la vez:—«Ven, y allí, junto  
La reja aquella, mira lo que pasa  
En esa triste y miserable casa.»

Diciendo así, los dos á un edificio  
De fachada ruin se aproximaron;

Y al través de una misera ventana,  
Cuyas anchas rendijas permitían  
Ver y escuchar, sus ojos aplicaron;  
Y al par que allí lo que se hablaba oían  
El subsiguiente cuadro contemplaron.

Era un tugurio estrecho,  
Húmedo, sùcio, de apariencia ingrata,  
De aspecto ruinoso  
Desde el suelo hasta el techo,  
Donde un viejo helon de hoja de lata  
Su escasa luz lanzaba vergonzoso,  
Sobre un menguado lecho,  
Y una pobre mesilla,  
Y alguna que otra silla  
De apariencia ó color indefinible,  
Pues la mejor hallábase inservible.

Y allá en el lecho estaba  
Recostada una vieja que, impaciente,  
De vez en vez lanzaba,  
Con labio maldiciente,  
Alguna imprecacion, ó sonreía  
Cuando no se movía  
Provocando el dolor del accidente  
Que sin duda postrada la tenía.  
Y luego, desechando los enojos,  
La saltona pupila de sus ojos  
Con fijeza clavaba  
En la mesa, que un grupo rodeaba  
De hombres rudos de traje estafalarío  
Y de patibulario  
Rostro feroz; los cuales, con sosiego  
Aparente, jugaban y bebían,  
Fija el alma y los ojos en el juego  
Y en la plata ó el oro que perdían.

—«Dos onzas á ese siete  
Y ocho duros al rey;» dijo con calma,  
Con su voz de falsete,  
Un chusco mozalbate,  
Que al parecer allí la voz llevaba  
Y á quien Lucas miró con extrañeza.  
—«Dos onzas—continuó—y aun la cabeza  
Pondría yo á esa carta,  
Por mas que haga chacota  
Mi abuela, que así ensarta  
Juramentos.»—«Sí, sí, bien se denota,  
La anciana contestó, tu buen acierto;  
El rey en puerta ha muerto  
Y en vez del siete pintará la sota.  
¿Lo ves? ¿no te lo he dicho?  
Ya la sola salió; por tu capricho  
Sin un real quedaremos; ¡Pupas! ¡Pupas!  
Nieto mio, no juegues;  
No mas al cielo escupas...  
Yo estoy pobre y enferma; no te ciegues.»

—«Pues, señor, está visto;  
(Gritó Pupas); erré con aquel siete.  
Como ladrón soy listo;  
Mas, en punto á jugar, soy un zoquete.  
Ahora verás, abuela:  
Para salir de apuros,  
Y á ver si este buen golpe te consuela,  
Pongo el resto á ese as: van treinta duros.»

Perdiólos el muchacho impertinente,  
Y la vieja, gritando enfurecida,  
Presas se vió de un bárbaro accidente  
Y víctima de horribles convulsiones.  
Mas, volviendo á la vida,  
Así gritó con todos sus pulmones:  
—«¡Pillo! ¡pillo! tú fuiste  
De mi hijo infeliz el asesino;

A tu madre al nacer diste la muerte;  
Véte, véte de aquí; no quiero verte.  
Sigue solo el camino  
Que al presidio y la horca ha de llevarte;  
Si no te vas, yo voy á denunciarte.  
Llamaré á la justicia;  
Diré que el bodegon habeis robado;  
Que á ese pobre Alarcon le retenéis,  
Dios sabe en dónde; haré que á ese malvado  
Cura... sí, sí; diré que ahora teneis  
Otro crimen fraguado.  
¿Entiendes? lo sé todo: ahora queréis  
El palacio incendiar de la condesa  
De Alcira; pero no lo lograreis.»

Si la vieja siguió, casi demente,  
Revelando los planes de su gente,  
No lo dice la crónica secreta.  
Se sabe solamente  
Que Adam sintió la mano  
Posarse del tío Lucas en su hombro;  
Y que, lleno de asombro,  
Dejóse conducir por el anciano,  
El cual despues le dijo:  
—¿Qué te parece, hijo?  
¿No es verdad que es preciso á la de Alcira  
Defender y amparar?—«Sí, sí, marchemos,  
Dijo Adam con ardor, rebosando de ira,  
Que ya mi pecho, rebosando de ira,  
Su indomable valor, su fuego ardiente,  
Quiere probar al que ofenderla intente.  
Mas antes dime, por piedad, si es cierto  
Que mi amigo D. Juan...—D. Juan no ha muerto.  
—¿Le podremos salvar?—Te lo aseguro.  
—Pues vamos donde quieras.—Por ahora  
No hay cosa que nos ponga en grande apuro.  
La carta de D. Juan su amigo Enrique  
Tiene ya en su poder, cumpliste en eso.  
Deja que el uno á la justicia esplique  
La situacion del otro: el tal proceso  
Su curso seguirá...—No entiendo nada...  
—Yo me entiendo, chavó; vamos andando  
Y verás si tu viejo camarada  
La senda de tu bien te vá enseñando.  
Los dos desbaratando  
Iremos con gran maña  
De ese mal cura la infernal maraña;  
Y luego... vamos, luego  
Tronará lo que truene, Adam amigo;  
Tú el jolgorio verás, verás la gloria.—  
Entretanto, prosigo  
Mi comenzada interrumpida historia.  
Verás si te interesa  
El saber quién soy yo, quién la condesa.»

## II.

*Sigue la historia de Lucas.*

«Contábate no há mucho, si no es flaca  
Mi memoria, que al cabo la chaveta  
Perdi; la moza, que anheló casaca,  
Se apoderó sutil de mi chaqueta.  
Nos unimos; en ello no hubo maca;  
Junto á un altar sentí la voltereta  
Que me dió el corazon; pero es notorio  
Que consumado allí quedó el casorio.»

«Yo no sé, chavalillo, si tú sabes  
Lo que lleva consigo el santo nudo.  
Son cosas por demás serias y graves  
Que acaso no comprende el mas sesudo.  
Por el pronto, venenos con jarabes  
Mezcla el diablo en un tarro, y testarudo,  
Cada dia, (te dé una pataleta  
Ó no te dé), una toma te receta.»

«No vayas á creer solo un momento  
Que fui desventurado, ni colija  
Tu mente, que yo estuve descontento,  
Pues fué en quererme mi mujer prolija.  
Unos meses despues del casamiento,  
Ya lo sabes: tuvimos una hija  
Bella y galana cual gentil capullo,  
Que al verla daba admiracion y orgullo.»

«No es tan blanca la nieve que los hielos  
Cristalizan, tan roja la alborada,  
Ni el azul trasparente de los cielos  
Tan bello cuando el sol vá de bajada,  
Como alegres y azules sus ojuelos,  
Como blanca su frente nacarada,  
Como rojos sus labios de amapola  
Corales bellos que arrojó una ola.»

«Perdóname; no sé lo que me digo;  
Ella nació del mar en la ribera  
Y fué perla que hallar no pudo abrigo  
En la concha mezquina en que naciera.  
De ser esto verdad, es buen testigo  
El mundo que la acata y la pondera,  
Mientras yo, que guardar silencio debo,  
Ni aun á pensar en su primor me atrevo.»

«Creció tan lejos ¡ay! de mi mirada...!  
Pero advierto, chavó, que estás suspenso,  
Notando como formo una ensalada  
Con mi dolor y mi placer inmenso.  
Hora es ya que la historia comenzada  
Prosiga, levantando el velo denso  
Del misterio fatal que nos envuelve  
Y loco ¡ay triste! por mi mal me vuelve.»

«Digo, pues, que su madre y yo, en aquella  
Prenda del alma y lazo venturoso  
De amor, que amor en nuestro pecho sella,  
Nos mirábamos; yo con cariñoso  
Afecto, quise á mi mujer por ella;  
Por ella mi mujer amó á su esposo  
Con delirio tambien; y con anhelo  
Entre sus brazos la meció su abuelo.»

«Pero dicen que el bien muy poco dura  
Y en verdad que es el mal mas consistente;  
Nube fué de verano mi ventura  
Que arrastró el huracan furiosamente.  
De allí á poco á la negra sepultura  
Fué mi suegro á parar, y vi doliente  
Romperse luego de mi amor los lazos,  
Pues mi Nemesia falleció en mis brazos.»

«¡Pobre mujer! con ansiedad prolija,  
Clavando en mí los anhelantes ojos,  
Cuya pupila vidriosa y fija  
No revelaba ni rencor ni enojos,  
Me dijo al espirar:—«Lucas, mi hija  
Queda sola entre zarzas y entre abrojos;  
¿Ves? ya en la cuna mi ataud contempla;  
Vela por ella, sus dolores templa.»

«¡Pobre mujer! sin duda comprendia  
Lo que vale la sombra de una madre;  
Tres meses nuestra hija no tenia

Y sola vióse al lado de un mal padre.  
¡ Un mal padre...! sí, sí, ¡ pobre hija mía!  
Yo debo confesarlo aunque taladre  
Mi pecho aguda pena, aunque me abruma  
El inmenso dolor que me consume.»

« Bien es verdad, que fui tan desgraciado  
Que disculpa me ofrece mi destino:  
Pobre, triste, viudo, contrariado,  
Solo hallé penas mil en mi camino.  
Los bienes de mi suegro, á mi cuidado  
Quedaban; mas la herencia luego vino  
A ser la piedra que ofreció á mi vida  
Y á mi paz y á mi bien ruda caida.»

« De Nemesia enfadados los parientes  
Un pleito me movieron al instante;  
Y luego, rebuscando antecedentes,  
Supieron mi pasado repugnante.  
La justicia, tomándome entre dientes,  
Pretendió con calor echarme el guante;  
Mas yo, á mi vez, aunque parezca ingrato,  
No quise entrar con la justicia en trato.»

« Tuve que huir dejando á mi preciosa  
Hija infeliz nacida en mala estrella,  
En brazos ¡ ay! de una mujer piadosa  
Que al partir me ofreció velar por ella.  
Solo y á pié, por ser segura cosa  
Que á caballo darian con mi huella,  
Del cortijo salí donde vivía,  
En una noche tenebrosa y fría.»

« Es verdad que llevaba algun dinero;  
Pero era poco y se acabó al instante,  
Que todo el mundo roba al pasajero  
Y mucho mas al que camina errante.  
A varios pueblos me acerqué primero;  
Mas llevando pintado en el semblante  
Mi delito y el miedo que sentía,  
De todos ellos presuroso huía.»

« Bien mirado... ¿ qué quieres? no era el mismo:  
Mi valor se trocaba ya en flaqueza;  
Que antes jamás me acobardó el abismo  
Y ahora temí jugarme la cabeza.  
Era efecto tal vez de ese egoísmo  
Que con los años á sentirse empieza  
Pugnando por vivir aunque es ya tarde,  
Ó es que al ser padre me volví cobarde? »

« Yo no lo sé; lo cierto es que temblaba  
Como un niño; y ni fui contrabandista  
Ni ya en poblado tentacion me daba  
De robar; en el campo una conquista  
Tampoco supe hacer; me figuraba  
Que iban tras mí siguiéndome la pista,  
Los esbirros, la ronda y los soldados  
Como sabuesos del olor guiados.»

« Llegó, no obstante, un día que no olvido,  
En que, muerto de hambre y sin un cuarto,  
Enfermo, quebrantado, mal vestido,  
Traté furioso de encontrarme harto.  
Me acerco no sé á quién; limosna pido,  
Las espaldas me vuelve, de él me aparto,  
Y luego penetrando en una tienda  
Pido un pan y un chorizo con *fachenda*. »

« Me exigen un haber que no tenia  
Y echo á correr al punto desalado;  
El tendero con grande vocería  
Sale á la calle y muéstrase indignado.  
Las gentes me persiguen á porfía

Sabiendo que es un pan lo que he robado...!  
Cosas del mundo, hijito, los ladrones  
No deben pan robar, sino millones.»

« Yo he visto á muchos... pero aquí no es cosa  
De decir lo que he visto en este mundo;  
Mi historia se vá haciendo empalagosa  
Y yo no soy filósofo profundo.  
Que mi accion torpe fué y aun vergonzosa,  
Yo lo digo y con ello me confundo;  
Que al fin la ley que al criminal castiga  
Es de torpes ladrones enemiga.»

« Era justo pagar aquel delito;  
Mas ¡ qué diablos! me carga la chirona  
Y temiendo caer en el garlito  
Me largaba mas listo que Cardona.  
Solo un gran corredor, hombre maldito  
Con mas piernas que un gamo, mi persona  
Dió en seguir, y me pilla de seguro  
Si un ángel no me libra del apuro.»

« Fué una mujer, Adam; no la veía  
En el oscuro sitio en donde estaba;  
No la vi, te lo juro; que ya el día  
Con la noche sus luces amenguaba.  
Penetré sin saber lo que me hacia,  
En un zaguán, por ver si me salvaba,  
Y una voz femenil, hiriendo el viento,  
Me hizo temblar de espanto y de contento.»

« ¿ Sabes quién era? ¿ brota por ventura  
En tu mente un recuerdo, no estinguído  
Ni olvidado jamás? ¡ Oh! ¡ Qué locura!  
¡ Tú no sabes querer, tú no has querido!  
La mujer que allí estaba, en sombra oscura  
Envuelta, y cuya voz hirió mi oído,  
Era... ¡ maldita tu ignorancia insana!  
Era... ¿ no lo comprendes...? ¡ mí gitana!

« Era el amor primero de mi vida,  
La luz del alba de misterios llena,  
Que en mí adorada juventud perdida  
Miré anublarse con horrible pena.  
La muchacha gentil, fresca, pulida  
Como casta, bellísima azucena;  
El sol de mi ilusion, la rica lumbre  
Que hermosa brilla en la celeste cumbre.»

« Era, sí, mi Salada; la hechicera,  
Hermosa, y dulce y sin igual Salada;  
No la Salada que en tus manos fuera  
Joya en verdad poquisimo estimada.  
Tú conoces á estotra; aquella era  
Mas linda, mas garbosa y adamada.  
Vamos, muchacho, el loco pensamiento  
No se atreve á explicarte aquel portentoso.»

« ¡ Ay! ¡ ya murió! Yo soy un lobo cano  
Que juró aborrecer á las mujeres;  
No hagas caso de mí; vamos al grano  
Y escuchala lo que queda, si es que quieres.  
Digo, pues, que con ella, mano á mano,  
Disfruté del placer de los placeres;  
Que ella, despues que me salvó en su casa,  
Sintió este fuego que aun mi pecho abrasa.»

« Tuvo al fin compasion, lástima tuvo  
Y un puesto me cedió dentro del pecho;  
La infeliz algun tiempo se mantuvo  
Dudosa y triste— así yo lo sospecho.—  
Su amor ardiente con dolor contuvo;  
Mas vencida y esclava, en su despecho  
Me confesó que en el primer instante  
Loca me quiso con afan constante.»

« ¡Pobre Nemesia! su memoria tierna  
 Como el humo extinguióse de repente.  
 Fué mi mente una especie de linterna  
 Y el diablo la apagó súbitamente.  
 Solo Salada triunfa y me gobierna  
 Como un rey, cuando el rey manda en su gente;  
 Que hay monarcas con fuerzas poderosas  
 Por la gracia de Dios... y de otras cosas.»

«Pasados unos meses sin hastío,  
 Pues fueron para mí solo un momento,  
 Mi gitana una tarde, con gran brío,  
 Penetró de repente en mi aposento.  
 —«La justicia te busca, Lucas mío,  
 Díjome triste con turbado acento.  
 «Un auto de prisión contra tí han dado  
 Y es fuerza que te ocultes de contado.»

—«Ocultarme! y en dónde? en qué guarida?  
 (Dije yo), ¿dónde iré sin tí, que eres  
 Faro que alumbra el golfo de mi vida?  
 ¿Cómo alejarme de tu lado quieres?  
 Deja, deja que venga prevenida  
 La justicia y me prenda.»—«¡Qué! ¿prefieres  
 A escaparte conmigo, preso verte?»  
 —¿Qué dices? ¡Oh...!—Que seguiré tu suerte.»

«Viendo su noble decision, postrado  
 Quedé á sus pies, en lágrimas deshecho;  
 Que vergüenza me dió de verme amado  
 De una mujer de tan heróico pecho.  
 Con pena me acordé de mi pasado;  
 Asesino y ladron hecho y derecho,  
 Solo un horrible porvenir podia  
 Ofrecer á quien tanto me queria.»

«Ella y su madre y yo, á la madrugada  
 Siguiendo, de aquel pueblo, con sigilo  
 Nos marchamos, llevando mi Salada  
 Pendiente siempre el corazon de un hilo.  
 Quisimos á la villa coronada  
 Volver, y hallar en su grandeza asilo;  
 Es decir, ocultar en ella el bulto  
 Y ver el modo de alcanzar indulto.»

«Cuantos planes formamos! indultado  
 Que yo fuese, otra senda seguiria;  
 De mi antiguo señor volviendo al lado,  
 Fiel, sumiso y leal le serviria;  
 Y pidiéndole luego de prestado  
 Un poco de dinero, prestaría  
 Yo á mi vez con muchísimo talento,  
 Ganando diez por diez, ciento por ciento.»

«Hay quien truena feroz contra la usura,  
 Pues dicen que el sudor del pobre bebe  
 Y aun la sangre de aquel que sin ventura  
 Á tomar ciertos préstamos se atreve.  
 Mas yo digo que aquel que con cordura  
 Roba á la luz del siglo diez y nueve,  
 Sin esponerse á que la ley le apliquen,  
 Es digno de que al fin le santifiquen.»

«Duplicar un caudal; hacer de un cero  
 Un millon; de un millon veinte millones;  
 Tener coche y palacio y ser banquero...  
 ¿Qué mas gloria ni mas satisfacciones?  
 Si fué un dia judío y usurero  
 Eso ¿qué importa... ¡Ba! preocupaciones  
 Tienen los tontos; pero aquel que atiende  
 Á su bien nada mas, es quien lo entiende.»

«Pensando en tales cosas, caminamos  
 Tres noches; mas al cabo, á la postrera,  
 Cuando mas en el aire levantamos

Castillos de apariencia lisonjera,  
 Sorprendidos los tres nos encontramos  
 Por una triste circunstancia fiera,  
 Conociendo que el hombre un bien propone  
 Y luego el cielo á su placer dispone.»

«Me ví enfermo, chavó, mas de tal suerte  
 Y con tanto rigor amenazado,  
 Que le ví las orejas á la muerte  
 Entre agudos dolores de costado.  
 Entonces, moribundo, casi inerte,  
 Ví á Salada llorar, y yo bañado  
 En lágrimas tambien, con fé prolija:  
 —«Sé madre, dije, de mi pobre hija.»

«No pude hablarle mas; pero me acuerdo  
 Del ademan de mi gitana bella;  
 Que, aunque muy malo, me encontraba cuerdo  
 Y ella escuchó piadosa mi querella.  
 —«Si te prenden, si mueres, si te pierdo,  
 No dudes, no, que velaré por ella;  
 Iré á buscarla en su rincón oscuro  
 Y su madre seré, yo te lo juro.»

«Esto me dijo y lo cumplió en su día;  
 Yo sané; mas tan débil me encontraba  
 Que montar á caballo no podia  
 Ni andar á pié, por mas que lo intentaba.  
 Entretanto, la curia que seguía  
 Mi proceso y mi vida averiguaba,  
 Conmigo al cabo dió: dijo ahí vá eso  
 Y vino un juez y me llevaron preso.»

«Preso fui y á la cárcel conducido  
 En medio de erizadas bayonetas,  
 Silbado por la gente y aburrido  
 Al oír sus pesadas chanzonetas.  
 Que el hombre, cuando al hombre vé caído,  
 Ya no oculta sus viles morisquetas  
 Y su mal corazon demuestra á veces  
 Con risas descompuestas y soeces.»

«¡Adios amores, dichas, alborozo!  
 ¡Pobre de mí, apartado de Salada!  
 ¡Sumergido en un negro calabozo  
 Sin luz, sin dulce libertad amada!  
 ¡Mal haya quien no sabe desde mozo  
 Seguir la senda de la vida honrada!  
 ¡Mal haya el mundo que jamás detiene  
 Al hombre loco que al abismo viene!»

«¡Mal haya...! pero ¿á qué me meto ahora  
 En estos pensamientos tan estraños?  
 El mundo al hombre que en el mal adora  
 Le promete castigo y desengaños.  
 Dicen que á veces los delitos dora  
 El *parné*; yo no tuve, y por diez años  
 Á un presidio marché, porque aprendiera  
 Á ser bueno, y en él me corrigiera.»

«Verdad es que allí ví lances divinos  
 Y aprendí cosas mil que no sabia,  
 Pues con otros ladrones y asesinos  
 De mis propios dolores me reia.  
 Á los vicios abriendo anchos caminos  
 El feroz corazon se endurecia;  
 Mas no tanto que un punto á mi hija amada  
 Olvidase, ni menos á Salada.»

«Cuánto horror! qué inquietud! oh qué tormentos!  
 No pudiendo robar á Dios su amparo,  
 Robar quise sus alas á los vientos  
 Siempre de dulce libertad avaro.  
 En felices y rápidos momentos  
 Hallé un resquicio que encontré algo claro

Y al moro me fugué con mucha maña  
Dando la vuelta con sigilo a España.»

Llegué á Madrid, pues en Madrid vivía,  
Con mi hija querida, mi gitana;  
Y una mañana, cuando el sol salía,  
Dí un sibido tocando en su ventana.  
Alcé la voz, un grito de alegría  
Adentro resonó, y el alma ufana,  
Estremecida de placer, dió un vuelo  
Remontándose audaz al alto cielo.»

«Se abrió la puerta y... vamos, me parece  
Que aun siento miedo al recordarlo ahora.  
Mi abatida razon se desvaneció;  
Mi corazón despedazado llora.  
¿Por qué el hombre que misero aborrece  
La vida horrible, sucumbir implora,  
Sin que la muerte despiadada y fiera  
De sus pasos ataje la carrera?»

«Yo no lo sé; tan solo á mi turbada  
Mente, aparece el cuadro pavoroso  
Que entonces vi... ¡Dios mio! mi Salada  
Era casi un cadáver horroroso.  
Pálida, mística, triste, mutilada...  
¡Mutilada, sí, sí...! su rostro hermoso,  
Antes divino, plácido y sereno,  
Entonces vi de cicatrices lleno.»

¿Qué torpe monstruo levantó su mano  
Y en el cielo la puso de mi bella?  
¿Qué agudo hierro, bárbaro, inhumano,  
Allí imprimió su inalterable huella?  
¡Ay! yo sondaba mi razon en vano  
Mientras doliente y temblorosa ella  
Entre sus brazos me estrechó gimiendo  
Un mar de llanto á la sazón vertiendo.»

«Tanto fué mi dolor, y mi agonía  
Tanta, que apenas, en mi afán tirano,  
Reparé en una niña que imprimía  
Sus labios inocentes en mi mano.  
¿Era tal vez aquella la hija mía?  
¡Oh! sí, que padre me llamó, y no en vano;  
Su voz sonó de pronto aquí en mi pecho  
Y á él la apreté gozoso y satisfecho.»

«Luego... luego... apartándola... mis ojos  
Fijé en los suyos, contemplé su frente,  
Y en el alma sentí fieros enojos,  
Pues una duda me asaltó inclemente.  
Misterios hay que punzan como abrojos  
Cuando el hombre aclararlos impaciente  
Intenta, y vé que su razon se ofusca,  
Pues la verdad entre delirios busca.»

«La niña que en mis brazos apretaba,  
Era de tez suave, algo morena;  
Y la hija del alma á quien buscaba  
Blanca nació, cual pálida azucena.  
Un lunar que en su cuello esta llevaba  
No vi nunca en la otra... ¡Oh! con que pena  
En todo me fijé; con qué desvelos  
Devoré la tortura de mis celos!

«¿Pudo ¡ay de mí! mientras mi larga ausencia  
Olvidarme Salada? ¿pudo acaso,  
Precisada una vez por la indigencia,  
Cometer un desliz, dar un mal paso?  
Aquella niña llena de inocencia,  
¿Era su hija? y siéndolo, en tal caso  
¿Dónde estaba la mía? ¿dónde estaba  
La dulce prenda que mi amor buscaba?

«Confieso que mi vida fué un tormento  
Desde aquel triste infortunado día;  
Mas tuve que ocultar mi sentimiento  
Porque vi que Salada sucumbía.  
Bajo el peso cruel de un pensamiento  
Que abrumaba su triste fantasía,  
La vi doblarse como flor tronchada,  
Pálida, mística, seca, destrozada.»

«¡Pobre infeliz! su moribunda frente  
Inclinó... mas ¿por qué me estoy matando  
Con un recuerdo bárbaro, inclemente,  
Que el pecho sin piedad me está prensando?  
¡Ella era buena! siempre fué inocente  
Y yo infame la estuve calumniando!  
Su desgracia causé, y aun todavía  
Dudando de su amor la escarnecía.»

«¡Déjame! deja, que vertiendo un río  
De ardiente llanto, el corazón desfogue;  
Tras tantos años de dolor sombrío  
No es posible callar sin que me ahogue.  
Si soy débil, si muestra el llanto mio  
Mi flaqueza, que el alma desahogue  
El peso atroz que soportó altanera,  
Y despues diga el mundo lo que quiera.»

«Y en tanto que una lúgubre campana  
Nos anuncia con fúnebre tañido  
Que en mis brazos ha muerto mi gitana;  
Que la luz de mi vida se ha estinguido;  
Oye tú, si aun de oírme tienes gana,  
Y yo puedo contarlo de corrido,  
Lo que al morir me dijo, y en mi mente  
Permanece grabado eternamente.»

### III.

*Lo que la gitana dijo.*

«Levantando la cabeza  
Y vertiendo muchas lágrimas,  
Con débil y opaco acento  
Esto dijo la gitana:»

«Voy á morir, Lucas mio;  
Los cielos así lo mandan.  
Permitan ellos que alcance  
La salvacion de mi alma.»

«Por tu amor á morir vengo;  
Harto bien lo presagiaba  
Cuando mis ojos leían  
De tus manos en las rayas.»

«¿Te acuerdas? entonces loco  
Tu cariño ponderabas;  
Mas hoy, mudo, con horribles  
Dudas mi pecho traspasas.»

«Es cierto que no es tu hija  
Esa niña infortunada;  
Mas no por eso te he sido  
Indiferente ni iugrata.»

«El día que de tu lado  
Me separó la desgracia,  
Traté de ver si un indulto  
Para tus culpas hallaba.»



«Mas antes de todo, quise  
Recoger á tu hija amada,  
Y con ella entre mis brazos  
Volví á la córte de España.»

«Volví á Madrid, y al instante  
Con mi pobre madre anciana,  
Del duque tu antiguo amo  
Pisé el opulento alcázar.»

«Gimiendo y llorando triste  
Yo me arrodillé á sus plantas;  
Le rogué que al rey pidiese  
Un perdon para tus faltas.»

«El duque, compadecido,  
Llegó á empeñar su palabra  
De hacer que te concedieran  
El indulto que anhelabas.»

«Tomó de mi pobre albergue  
Las señas, volví á mi casa  
Y allí con tu hermosa niña,  
El resultado esperaba.»

«Mas una noche ¡Dios mío!  
Siento que á mi puerta llaman  
Y entre sombras miro al duque  
Precipitarse en mi estancia.»

«Salí á su encuentro gozosa,  
Llena de impacientes ansias,  
Porque tu perdon creía  
Que ya escrito me llevaba.»

«Mas él, dejándome llena  
De estupor, me dijo:— ¡Calla!  
Calla y escucha en silencio;  
Que mi situacion es árdua.»

«Unos hombres me persiguen  
Y allí en la esquina me aguardan;  
Si me ven con este bulto  
Muerto soy á puñaladas.»

«Dijome azorado; y luego  
Desembozando su capa,  
Dejóme ver una niña  
Que dormidita llevaba.»

— «Es mi hija, dijo el duque,  
Mas su madre desgraciada  
Tiene que apartarse de ella;  
Tú cuidarás de su infancia.»

«Toma un puñado de oro  
Y esta cadena de plata;  
Quien otra igual te mostrare  
Será el dueño de esta alhaja.»

«Calló, á la niña en la frente  
Dió un beso; vertió una lágrima,  
Y yo atónita y confusa  
Le ví salir de mi casa.»

«Cuidé de la niña aquella  
Cual de la tuya cuidaba,  
Y ambas á dos en mis brazos  
Las inocentes jugaban.»

«Mirándome estaba en ellas:  
Parecian dos hermanas,  
Si bien la tuya á la otra  
Un año y medio llevaba.»

«¡Cuántas veces, cuántas veces,  
Con amorosas palabras,  
En hacerlas me entretuve  
Que tu nombre pronunciaran!»

«Mas ¡ay! que mi madre enferma  
Postrada cayó en la cama;  
Y tu indulto no venia...  
¡Ay! ¡tristes mis esperanzas!»

«Otra noche vi á mi madre  
Casi dar las boqueadas,  
Y salí en busca de un médico  
Llevando transida el alma.»

«Tu hija preciosa, dormida  
En su lecho se quedaba,  
Y yo, llevando á la otra,  
Crucé calles, crucé plazas.»

«Luego volví con el médico...  
¡Pobre de mi madre anciana!  
¡Desdichada de tu hija!  
¡Ay de mi desventurada!»

«¡Mi madre ya no existia!  
¡Tu niña... no estaba en casa!  
¿Quién la robó? Escucha, escucha,  
Que es poco lo que me falta.»

«Vestida de negro luto;  
Por el dolor traspasada,  
Busqué al duque, y ya en la córte  
El duque no se encontraba.»

«Sola en el mundo, abatida,  
Por el dolor devorada,  
Queriendo hallar á tu hija  
Nunca descanso me daba.»

«Tres años ¡ay! trascurrieron,  
Y al escribirte mis cartas,  
No supe, no, revelarte  
Aquella inmensa desgracia.»

«Siempre en mi pecho tenia  
Ocultas mis esperanzas,  
Alentándome la idea  
Consoladora de hallarla.»

«Y la hallé: yo la ví un dia  
En carretela dorada  
Cruzar á mi vista el Prado  
Con una orgullosa dama.»

«Pregunté á toda la gente  
Que á mi lado se encontraba,  
Quién era el altivo dueño  
De aquel tren y aquellas galas.»

— «Es el baron de la Estrella,  
Me dijeron; y yo ufana  
La casa del potentado  
Todos los dias rondaba.»

«Y uno llegó en que á tu niña,  
Que era tan bella y bizarra  
Como un ángel, en un fresco  
Jardín ví al romper el alba.»

«Sus dulces y azules ojos  
Fijos en el cielo estaban,  
Y un manto de hermosos bucles  
Le cubría las espaldas.»

«En verde y frondoso trono  
De flores y erguidas ramas,  
Gozosa los dulces trinos  
De las aves escuchaba.»



«Entré en el jardín corriendo,  
Cogíla en brazos, y á casa  
La llevé; pero sin duda  
Hubo quien me vió robarla.»

«Y penetrando mas tarde  
Tres hombres con negras máscaras  
En mi cuarto, me quitaron  
La hija de tus entrañas.»

«Quise gritar; pero alevé  
Un puñal hirió mi cara,  
Y sentí que con mi sangre  
La vida se me escapaba.»

«Desde entonces, Lucas mío,  
Mis penitas fueron tantas  
Que mis turbios ojos eran  
Fuentes de abundosas lágrimas.»

«No hubo para mí consuelo,  
Ni hubo para mí esperanza,  
Que me hallé sola en el mundo  
Doliente y desamparada.»

«Viniste y ví tus sospechas;  
Viste las dudas de tu alma;  
Callaste y tuviste celos;  
Pero yo te idolatraba.»

«Muero por tí, tú lo sabes;  
No flores, no sufras, calla;  
Que si advierto que me quieres  
Me vá á ser la vida grata.»

«Deja que tranquila muera:  
Mi sentencia escrita estaba,  
Y yo la supe leyendo  
De tus manos en las rayas.»

«La niña que al lado nuestro  
En este instante se halla,  
Es la que el duque tu amo  
Aquí en mi poder dejara.»

«Adios y pide á los cielos  
Que me perdonen mis faltas;  
¡Lucas...! adios para siempre!  
No olvides á tu gitana.»

#### IV.

«De ese modo su relato  
Terminó el viejo bandido  
Enjugándose una lágrima  
Y ahogando un hondo suspiro,  
Cual si de nuevo quisiese  
Á su pecho endurecido  
Volver la espantosa calma,  
Y el altanero cinismo  
De quien sus penas aloja  
En el mar negro y bravío  
Do rugen las tempestades  
Que alzan el crimen y el vicio.  
Mas según cuenta la crónica,  
Él y Adam, ambos solícitos,  
Siguiéron cruzando calles  
Silenciosos y sombríos.»

—¿Qué piensas? pregunta Lucas  
Al cabo, ¿qué sientes, hijo?

—Lo que pienso, le responde  
Adam, no puedo decírtelo.

Tú me has contado una historia  
Que me hace perder el juicio,  
Pues no comprendo que pueda  
Ser verdad lo que me has dicho.

¿Por qué razón os robaron  
Á tu hija? —¡Pobre chico!  
Si tú adivinar pudieses...

—Nada sé, nada adivino;  
Mas sabiendo tú quién era  
El ladrón, ¿por qué motivo  
No fuiste y se la quitaste  
Como tu Salada hizo?

Oye: una vez yo miraba  
Estático, un pobre nido  
Que dos lindas avecillas  
Rondaban con grande abinco,  
Enviando á sus polluelos  
Tristes y amorosos trinos.

¿Sabes por qué? No distante,  
La mano andaba de un niño  
Que el nido arrancó traviesa  
De su humilde oscuro sitio.  
Y ¿sabes tú lo que hicieron  
Entonces los pajaritos?

Si los vieras, de seguro  
Te hubieras compadecido.  
El padre y la madre, juntos  
Batieron sus alas tímidos  
Primeros; mas luego, airados,  
Por el aire dando giros

Del rapazuelo en la mano  
Clavan sus agudos picos,  
Á riesgo de que en la lucha  
Quedaran los dos cautivos.  
¿Por qué, por qué, por tu hija  
No hiciste, Lucas, lo mismo?  
—Porque al morir mi gitana  
Volví otra vez á presidio,  
Y desde entonces mi vida  
Perdurable infierno ha sido,  
Aunque mi labio riendo  
Siempre lo contrario ha dicho.  
—Pero tu hija...—Mi hija

Era feliz en su altivo  
Palacio, y tal vez hubiera  
Á su padre maldecido.  
—¡Imposible!— Oyeme un poco,  
Y no me interrumpas, hijo.  
Si estimas á la condesa;  
Si le tienes el cariño  
Que no hace mucho mostraste  
Cuando hablabas con tu amigo  
D. Juan, en tanto que oculto  
Yo me hallaba en cierto sitio,  
No seas imprudente, oye  
Y obedéceme; yo he sido



Muy malo, y acaso no haya  
Purgado bien mis delitos.  
La jóven condesa tiene  
Oro, mas tiene enemigos,  
Y he de velar por su vida  
Á la que atentan inlcuos...  
De hoy mas, Adam, en mi ayuda  
Vendrás, en tu amor confío.  
Yo he buscado un cuarto enfrente  
De su casa; vela, hijo;  
Vela por ella...—¿Y Salada?  
—¡Pobrecilla! no la olvido;  
Qué por mi causa la pobre  
Tuvo un funesto destino.  
—Y sin embargo...—Es la hija  
Del duque; su padre quiso  
Hallarla; pero fué en vano

Por mas que buscó sollicito.  
—¿Por qué no se la volviste  
Al instante?—Yo te he dicho  
Que murió la niña.—¡Calla!  
Eso es horrible, es indigno.  
¿Qué mal te causó ese padre?  
¿Qué daño el duque te hizo?  
—Es noble.—Y bien...—Yo aborrezco  
Á los nobles por instinto  
Y por... dime, ¿no recuerdas  
Que fué un noble maldecido  
El que me robó á mi hija,  
El que en el rostro bellissimo  
De mi gitana, inclemente  
Clavó de un puñal el filo?  
¿Lo olvidaste por ventura?  
Pues yo me dije á mí mismo:

Que otro noble pague el pato  
Y negocio concluido.

—Pero, porque sea un noble

Malo, ¿es justo, será lícito

Que todos sean juzgados

Así, y así aborrecidos?

—¿Qué sé yo?—Calla, no eres

Justo, Lucas; yo que misero

Nada sé, tal vez ahora

Muchas cosas adivino.

¡He sufrido y visto tanto

Á vuestro lado!—Y ¿qué has visto?

—Muchas y grandes miserias;

Muchos y grandes delitos;

La cólera, la venganza,

Los mas ruines instintos

Pregonados con orgullo

Al punto de ser sentidos.

—Parece que bien no quieres

Á los pobres, chavalillo.

¿Por ventura debes algo

Á los nobles y á los ricos?

—Nada, nada; pero escucha:

En esos altos recintos

Donde hay damas tan hermosas

Y galanes tan cumplidos;

En esos bellos palacios

Donde amor fijó su nido,

La vida debe tranquila

Correr como manso río,

Dilatándose gozosa

Por entre valles floridos.

Y los séres que se agitan,

Con apacible deliquio,

En la embalsamada atmósfera

De esos preciosos asilos,

Deben ser buenos, tan buenos  
Como yo los imagino.

—¿Si? pues sígueme...—¿Y á dónde

Me llevas?—Sígueme... y chito.

En la taberna de al lado

Tenemos que hacer...—¡Dios mio!

Otra vez á esos tugurios...

—¿Reniegas de ellos, chiquillo?

—Si en ellos vivir debiera

Siempre, sabría tranquilo

Quitarme la vida antes

Que habitar en tales sitios.

—Te has vuelto un mandria; de todo

Te asustas; allí un escrito

Voy á poner, instrucciones

Podré darte; cierra el pico

Y dentro de diez minutos

Realizarás tus caprichos.

Vas á pisar un palacio;

Vas á ver un paraiso;

Quiera Dios que alegre puedas

Relatarme lo que has visto.»

## V.

Esto con fiera ironía  
Replicó el viejo bandido,  
Y segun cuenta la crónica,  
Él y Adam, ambos solícitos,  
Cruzaron algunos puntos  
Misteriosos y sombríos,  
Mientras las dos en la torre  
Dieron de un templo vecino.

## CANTO XVII.

## I.

Gran salon de descanso profusamente iluminado en el palacio de la condesa de Alcira.—Magníficos rompimientos, en cuyos intercolumnios se destacan preciosas estatuas con candelabros dorados, en los que arden perfumadas bujías.—Al pié de cada estatua se hallan colocados primorosos jarrones de china con ramos de flores que embalsaman la atmósfera.—De las bóvedas y artesonados penden lámparas riquísimas.—Muebles ostentosos y elegantes.—Vistas por un lado á una galería de mármol, con balaustrada, que conduce al jardín.—Este aparece iluminado con vasos de colores y bombas de cristal, á cuyos brillantes reflejos pueden descubrirse entre el follage multitud de kioscos, fuentes, estatuas y tazas de alabastro con caprichosos surtidores.—Por otro lado del salon se prolonga la ancha erugía de habitaciones espaciosas, que se hallan cuajadas de personajes que bailan ó discurren por todas partes.—Músicas, coros y ruido de carroajes que llegan ó se alejan de las puertas del edificio.—Los relojes del palacio señalan las dos y media de la madrugada.

## ESCENA PRIMERA.

Adam.—Un criado. (Con una carta en la mano.)

ADAM.

¡Oh! ¡Cuánta magnificencia!

## CRIADO.

Aunque me eche cien pelucas...  
Pero ¿quién es ese Lucas  
Que vela por su excelencia?

ADAM.

Esó no te importa á tí.

CRIADO.

¿Como que no? ¡Pues á ver...!  
Yo que la he visto nacer...

ADAM.

¡Mientes!

CRIADO.

¡Qué genio! ¡ay de mí!  
Antes por poco me pega,  
Y ahora en sus fieros enojos  
Parece que con los ojos  
Quiere comerme... (Haciendo que se vá.)

ADAM.

Me ciega  
Tanta luz ¡oh! ¡qué armonía!

¡Qué lujo! ¡cuántos primores!  
En esta mansion de amores  
La noche se trueca en día.

CRIADO.

Y dígame usted, mocito,  
¡Si se enfada la señora  
Porque le presento ahora  
Este demonio de escrito...?

(Dando vueltas á la carta.)

¡Vaya una letra! mi mente,  
No concibe ni penetra  
Que quien escriba tal letra  
Sea racional ni decente.

ADAM.

Y sin embargo...

CRIADO.

Yo hallo  
Que en esto algun diablo anda;  
Mas la señora es quien manda  
Y yo la obedezco y callo.  
«Si á buscarme alguna vez,  
»Me dijo, viniera un hombre  
»Que Lucas tiene por nombre,  
»No le muestres altivez.  
»Mirale con indulgencia,  
»Que aunque jamás le he tratado,  
»Por dos veces me ha salvado  
»El honor y la existencia.»

ADAM.

¿Eso dijo?

CRIADO.

Y segun ley  
Á esas órdenes me atengo.  
Voy, doy la carta y me vengo...

(Encogiéndose de hombros.)

Ni quito ni pongo rey.  
Le diré que está usted aquí  
Esperando... (y á fé mia  
Que es bizarro); que le envía  
Ése tio Lucas...

ADAM.

Si, sí...

CRIADO.

Pues... agur; usted se llama...

ADAM.

Adam.

CRIADO.

(Me choca su nombre.  
Señor, quién será este hombre  
Que osa acercarse á tal dama?)

## ESCENA II.

ADAM.

¡Qué placer! en este centro  
Que tantas riquezas guarda,  
El corazon se engrandece,  
La imaginacion se ensancha.  
Este es el mundo encantado  
Que yo tanto codiciaba:  
Luces, aromas, divinas

Melodías; lujo, galas,  
Esplendor... ¡ah! ¡quién pudiera  
Ser dueño de esta morada!  
¡Cuántos vasos, cuántas flores,  
Cuántas hermosas estatuas,  
Cuánto tazon, cuánto juego  
De frescas y puras aguas...!  
Allí peces de colores...  
¡Oh! ¡qué bellos! ¡cómo saltan!  
Recuerdo aquel que tenia  
Aprisionado Salada.  
¡Salada...! ¡la hija de un duque  
Que de la pobreza ingrata  
Victima fué... ¡Qué misterios  
Encierra la vida humana!  
¡Oh! veamos: me fascina  
Ese jardin... por él vagan  
Algunas mujeres bellas  
Que juegan en la enramada.

(Acercándose á la galería.)

Qué atmósfera se respira  
Tan agradable; con ansia  
La fresca brisa percibo  
Que aquí llega perfumada.  
Quiero bajar un momento.  
Un solo instante me basta  
Para refrescar mis sienas,  
Para revivir el alma.

(Baja por la escalinata observándolo todo con admiracion y júbilo.)

## ESCENA III.

El baron de la Estrella.—Caballeros 1.º y 2.º

CABALLERO 1.º

Se lo aseguro, baron:  
Desde que tengo razon  
Jamás he visto una fiesta  
Tan brillante como esta.

BARON.

Gracias.

CABALLERO 1.º

No es adulacion.  
Su hija de V. ha logrado,  
Con sus manos delicadas,  
Alzar un mundo encantado  
Y hoy su palacio ha trocado  
En una mansion de hadas.

BARON.

Confieso que no está mal  
Lo que la hija que adoro  
Realizó; tiene caudal  
Suficiente, y con el oro  
Se hacen prodigios.

CABALLERO 1.º

No tal:  
Sin gusto no hay perfeccion,  
Y fueran vanos derroches  
Querer competir, baron,  
Con quien en esta ocasion  
Vencé á las mil y una noches.

CABALLERO 2.º

Cierto; y es fuerza persuada  
El conjunto de portentos  
Que al alma deja asombrada.

De hoy mas, no es ya Scheherazada (1)  
 La sultana de los cuentos.  
 Ciego será quien no viere  
 Que la lucha se entabló.  
 Y la victoria prefiere  
 No á quien prodigios refiere  
 Sino á quien los realizó.  
 Todo aquí á la mente agrada;  
 Cuanto se escucha y se vé.  
 La vida está idealizada.  
 Fijad si no la mirada  
 Allí, cual yo la fijé.

(Señalando al jardín.)

Ved como allá se divisa  
 El cupido gracioso,  
 Que con infantil sonrisa  
 Sus blancas alas ansioso  
 En vano tiende á la brisa.  
 Mas allá una Venus bella  
 En actitud ideal,  
 Apenas fija su huella  
 Sobre el líquido cristal  
 Que ufano á sus pies se estrella.  
 Y las fuentes van formando  
 Mil caprichosos primores  
 Tras sí los ojos llevando;  
 Y entre el follaje brotando  
 Se ven las luces y flores.  
 Todo con tanto primor  
 Está, que el espectador  
 No adivina, ó no presume,  
 Si la luz tiene perfume  
 Ó rayos de luz la flor.

BARON.

Y en punto á la concurrencia  
 ¿Qué os parece...?

CABALLERO 4.º

Brillante... Yo la encuentro

CABALLERO 2.º

No hay eminencia  
 Que ahora no anime allí dentro  
 El baile con su presencia.  
 Mientras las bellas sus gracias  
 No son en mostrar reacias,  
 Y de amor el dardo afilan,  
 Todas las aristocracias  
 Se confunden y asimilan.  
 Allí se ostenta el talento,  
 Resplandece la riqueza,  
 El valor fija su asiento,  
 Y logran acatamiento  
 El honor y la nobleza.

(Se oyen carcajadas.)

BARON.

¿Quién viene...?

ESCENA IV.

Dichos.—El general...—Caballeros 3.º y 4.º

CABALLERO 3.º

¡Ja! ¡ja! Diría...

GENERAL.

Qué extraña jovialidad!

(1) La que inventa y refiere los cuentos fantásticos de Las Mil y una noches.

CABALLERO 4.º

Pues juro que he de vencer;  
 Que la apuesta he de ganar.

BARON.

Señores...

GENERAL.

¡Ola! baron.

BARON.

Bien venidos por acá.  
 ¿De qué se estaba tratando

GENERAL.

De una apuesta singular.

CABALLERO 4.º

Singular ó no, parece  
 Que no es el momento actual  
 Á propósito...

CABALLERO 4.º

Sepamos.

Ya tengo curiosidad...

BARON.

Yo tambien, si no parece  
 Indiscreto preguntar...

CABALLERO 3.º

¡Ja! ¡ja! el encuentro es gracioso  
 Y oportuno por demás.

CABALLERO 2.º

¿Venís del baile?

CABALLERO 3.º

Si, hombre;

Y el señor llegó á apostar...

¿Lo digo?

BARON.

Ya le escuchamos.

CABALLERO 3.º

Si V. palabra nos dá  
 De no ofenderse...

CABALLERO 4.º

¿Y por qué  
 El baron se ha de enfadar?  
 En estas cosas opina  
 Como quiere cada cual,  
 Y yo ofender no he querido  
 Á la condesa jamás.

BARON.

¡Qué! ¿Se trata por ventura  
 De mi noble hija?

CABALLERO 3.º

Cabal;  
 Y es el lance mas donoso  
 Que se puede imaginar.

BARON.

Con tanto y tanto misterio  
 Picándome un tanto vais...

(Viendo á los caballeros 4.º, 2.º y 3.º que hablan bajo y se sonrien.)

GENERAL.

Pues la cosa es bien sencilla.

*(Con seriedad.)*

CABALLERO 4.º

Cuéntelo usted, general.

GENERAL.

Seré breve en cuanto pueda;  
Mas para poder contar  
La historia, tengo que haceros  
Una pregunta esencial.  
¿Conoceis todos al conde  
Jacobo Riestri?

BARON. *(Aparte.)*

¡ Ah!

TODOS.

Sí, sí.

BARON. *(Afectando indiferencia.)*

¿ Con que se trataba  
De ese extranjero...?

GENERAL.

Sí tal:

Tratábase de ese ilustre  
Personaje, que al llegar  
Á Madrid, ya precedido  
De una fama sin igual,  
Por valiente, por discreto,  
Por rumboso, por audaz,  
Y mas que todo, por rico,  
Venía.—Llegó á pisar  
La córte y todos sabreis,  
Ó no lo sabreis quizás.  
Que el cumplido caballero,  
El simpático galan,  
El poderoso magnate,  
La figura colosal,  
Ya á todos no parecia  
Cual se la quiso pintar.

BARON.

¿ Por qué razon?

GENERAL.

Porque siempre,

El hombre, injusto quizás,  
Suele, al tocar á la estátua,  
Rebajarle el pedestal.  
Es cierto que en Francia, el conde  
No há mucho llegó á cruzar  
Su espada con el mas bravo  
Y mas diestro mariscal;  
Y que ha desarmado á muchos  
Y dado la muerte á mas,  
En lances de honor que en esto  
Aumentan su autoridad.  
Es cierto que cien anécdotas  
Novelescas por demás  
Refieren del conde; es cierto  
Que muestra en su frente audaz  
Y en sus ardientes pupilas  
Y en su arrogante ademan,  
La fuerza, el valor, el genio,  
La indomable voluntad,  
La arrogancia y otras prendas  
Que innatas en él serán.  
Verdad es que es tan espléndido  
Como un príncipe; que hay  
En su rostro gran belleza  
Varonil; que en su mirar  
Revela, como lo hace

Con su conducta quizás,  
Un sentimiento profundo,  
Un misterioso pesar  
Que interesante y simpático  
Suele hacerle por demás.  
Pero al fin... ¡qué diantres! sea  
Lo que fuere, es un mortal  
Y tiene, segun es público  
En toda la córte ya,  
Y lo repiten las damas,  
Un defecto capital.

BARON.

¿ Se puede saber cuál sea  
Ese defecto?

GENERAL.

Esperad

Señores; que aquí me acerco  
Á la cuestion principal  
Que motiva mi relato  
Y que os voy á revelar.  
Dicese, señores, dicese,  
Y presumo que es verdad,  
Que ese poderoso conde  
No se conmovió jamás  
Ante una mujer; que tiene  
El pecho de pedernal  
Y que no entiende de amores...

CABALLERO 3.º

Eso digo yo; ¡ja! ¡ja! *(Riendo.)*

CABALLERO 4.º

Pues yo afirmo lo contrario;  
Yo digo que si jamás  
Hasta hoy sintió los efectos  
De una pasion... hoy está  
Enamorado, perdido;  
Preso de un fuego voraz  
Que el corazon le consume...

CABALLERO 3.º

¡ Qué empeño! ¡ Tenacidad  
Semejante...!

BARON.

¿ Y de qué dama

Llegó V. á sospechar  
Que se encuentre apasionado?

CABALLERO 4.º

De su hija de V...

*(Con firmeza y aire de conviccion.)*

BARON.

*(Espantado y sin poder contener su impresion.)*

¡ Jamás!

Eso no es cierto.

CABALLERO 4.º

Le he visto

Fascinado, contemplar  
Á la condesa, olvidándose  
De sí, del mundo quizás.  
Le oí tambien varias veces  
Con voz segura esclamar:  
—« ¡ Oh! ¡ qué hermosa! ¡ qué perfecta!  
¡ Qué deslumbradora está! »

BARON.

*(Dice despues de una pausa, afectando indiferencia.)*

Sea como fuere, señores,  
Mi hija se debe enlazar

Con el conde de la Banda  
Su primo, con quien está  
Comprometida; convengo  
En que ha podido inspirar  
Afecto al conde Riestri;  
Pero de esto, hasta apostar  
Como parece se hizo...

CABALLERO 4.º

Pues yo no me vuelvo atrás.  
Sostengo que el extranjero  
Es hombre que sabe amar.

CABALLERO 3.º

Y yo apuesto lo contrario.  
Que le he conocido allá  
En Paris, en Londres, Viena,  
San Petersburgo y Milan,  
Y nunca he visto en sus ojos  
La chispa de amor brillar.  
Apostemos, pues...

CABALLERO 4.º

Yo opino  
Como V...

CABALLERO 4.º

¡Qué necesidad!

VARIOS.

Nada; apostemos...

ESCENA V.

Dichos. — *Jacobo Riestri que ha estado un rato oyendo desde la puerta.*

RIESTRI. (*Adelantándose.*)

Señores,  
Es un favor especial  
El que en mi ausencia he debido  
A tan noble sociedad.  
Tratábase de mi humilde  
Persona; pero con tal  
Insistencia, que presumo  
Justo, y lícito además,  
Desvanecer vuestras dudas  
Confesando la verdad.

BARON.

(¡Qué audacia! Me infunde miedo  
Su voz; tiemblo de pensar...)

CABALLERO 3.º

¿Estaba usted escuchando...?

GENERAL.

No creimos...

RIESTRI.

Dispensad:  
Cuando entre risas y bromas,  
Un hombre objeto es quizás  
De ofensas ó de atenciones  
En plática general,  
Creo que no le esté vedado  
En ella parte tomar.

GENERAL.

De ningun modo; es muy justo...

RIESTRI.

Pues si es muy justo, escuchad.  
Yo entiendo que aquí se trata,  
Señores, de averiguar  
Si la condesa de Alcira,  
Cuya belleza ideal  
Es tanta, pudo, ó no pudo,  
Mi corazon cautivar.  
¿Quién lo duda? el que lo dude,  
O no se fijó jamás  
En ella, ó es ciego, ó torpe  
Me ha querido calumniar.  
La amo, señores, la amo;  
En esto ofensa no hay;  
Si alguno pretende hallarla,  
Conmigo puede apostar  
Cuando guste, lo que guste.  
(*Sonriendo con finura y saludando.*)  
Ahora... reid si gustais  
Que yo, con vuestro permiso,  
Discutir os dejo en paz.

ESCENA VI.

Dichos menos Riestri.

GENERAL.

Señores, me importa mucho  
La intencion averiguar,  
De ese soberbio extranjero  
Que con cierta habilidad,  
Envuelto en formas corteses  
Tal vez nos quiso arrojar  
Un guante al rostro, un ultraje  
Que...

CABALLERO 4.º

Si digo la verdad,  
Yo no lo juzgo un insulto...

CABALLERO 4.º

Pues yo opino que...

CABALLERO 3.º

Lo mas  
Que me parece ese paso,  
Es una escentricidad.

CABALLERO 2.º

Y bien mirado, señores,  
Como él dijo, ofensa no hay...  
¿Quién resiste á los encantos  
De la hechicera beldad,  
Que reina de la hermosura  
Debiéramos aclamar?

BARON.

Mil gracias por la lisonja...  
(¡Oh! ¡qué rabia y que ansiedad!  
Me consume la impaciencia  
Y es fuerza disimular.)  
Señores el ambigü  
Nos espera... General,  
¿Viene V.?

GENERAL.

Si... pero el duque  
Se acerca.

BARON.

Tiempo era ya.



## ESCENA VII.

Dichos, el duque de Casa-egregia.

DUQUE.

Señores...

GENERAL.

Muy bien venido,

Duque.

DUQUE.

(Después de saludar á todos afectuosamente, dice en voz baja al baron.)

Tenemos que hablar.

BARON.

(También rápidamente y en voz baja.)

¿Cuándo y dónde?

DUQUE. (Id.)

Si ser puede,

En el jardín.

BARON. (Id.)

Bien está.

DUQUE. (Id.)

De aquí á una hora...

BARON. (Id.)

Conformes.

Iré... (Siguen hablando.)

CABALLERO 1.º (Á los otros.)

Preocupado está

El duque... ¿No veis, señores,

Su aspecto grave...? Notad

El misterio con que habla

Al baron.—De éste la faz

Se inmuta; mirad qué pálido

Se ha puesto; mirad, mirad.

BARON. (Al duque siempre en voz baja.)

¿Y renunciaste ese puesto...?

DUQUE. (Al baron.)

Renuncié sin vacilar.

BARON. (Al duque.)

Lo siento.

DUQUE. (Al baron.)

Me lo presumo.

Tú no lo hicieras jamás.

BARON. (Al duque.)

Tener el poder á mano,

Y dejárselo escapar!

(¡Imbécil! Yo dado hubiera

De mi vida la mitad

Por obtenerlo.)

DUQUE. (Á los demas.)

Señores.

¿Me podríais indicar,

Si es que habeis visto á mi hijo,

En dónde el conde estará?

GENERAL.

Allí le ví no hace mucho.

(Señalando á los salones.)

DUQUE.

Muchas gracias, general.

Hasta luego. (Saluda y se retira.)

BARON. (Al general y caballeros.)

¿Vamos?

TODOS.

Vamos.

BARON.

(¡Oh rabia!)

CABALLERO 3.º (Al caballero 4.º)

¿Qué ocurrirá?

El duque viene sin duda

De ver á S. M.

Si hay marejada política,

Si hay crisis ministerial...

En fin, ya veremos...

CABALLERO 4.º

Justo.

Lo que fuere sonará.

(Vanse todos conversando amigablemente.)

## ESCENA VIII.

## La condesa de Alcira.

Gracias á Dios que en alas del deseo

Calma buscando la consigo al fin;

Que aquí en dichosa libertad me veo

Lejos ya del bullicio del festin.

Allí con nécia, pertinaz porfia,

Enhorabuenas, plácemes me dan,

Y quieren asociarse á mi alegría

Mientras redoblan mi incesante afan.

¿Por qué, por qué no miran en mis ojos

Arder la llama ¡ay Dios! de mi pasion?

¿Por qué no ven que llevo con enojos

Transida el alma, herido el corazon?

¡Pobre de mí! no há mucho que el hastío

Era mi solo, mi único elemento;

Mas á lo menos era mi albedrío

Audaz, feliz y libre como el viento.

Y hoy nadie sabe que al dejar las tocas

Que indican mi orfandad y mi viudez,

Mi alma se mece entre ilusiones locas

Indignas de mi rango y mi altivez.

(Pausa: mira en derredor de sí, como si temiese ser vista, y se va acercando á la galeria, interin saca de un precioso ridiculo que lleva pendiente del brazo, una carta cuyo sobre lee presurosamente.)

Quiero abrir esta carta y quiero en vano

El miedo desechar y la emocion;

Vacila y tiembla mi cobarde mano

Y mil dudas me asaltan en turbion.

¿Qué peligros de nuevo se avecinan?

¿Qué desdicha cruel me amagará?

¿Son temores no mas que me alucinan

Ó es que Lucas velando seguirá?

¡Lucas! ¡Dios mio! ¿quién es ese hombre

Que así me quiere, y nunca conocí?

¿Quién se cobija en tan oscuro nombre?

¿Por qué sigue ocultándose de mí?

(Abre la carta y lee.)

«Valor, condesa, valor;

Por nada tiemble ó vacite,

Que no falta quien vigile

Por su vida y por su honor.»

«Los bandidos que mi ausencia  
Cobardes aprovecharan  
Y una noche penetraran  
En la casa de vucencia,»  
«Hoy quieren ; si no les sale  
Mal, repetir su atentado ;  
Mas yo tengo un aliado  
Que por todos ellos vale.»  
«Es de esta carta el dador ;

Es un mozo à quien V. E.  
Mirará con indulgencia  
Y con un poco de amor.»  
«Él te dirá lo demás  
Que yo decirla no puedo ;  
No tenga, señora, miedo ;  
No dude de mí jamás.»

(*Deja de leer y dice :*)



¿Y en dónde, dónde está quien ha traído  
Esta carta ? ¿por qué no me esperó ?  
¿Quién es ese mortal desconocido,  
Que indulgencia y afecto mereció ?  
¿Es por ventura el hombre que riñendo  
Con denuedo y fiera z varonil,  
Me estuvo contra todos defendiendo  
Lleno de arrojo y gracia juvenil ?  
¿Es acaso el hermoso, el arrogante  
Genio del bien que Dios me deparó

Quando muerta de miedo, agonizante  
Alcé mis manos implorando à Dios ?  
¿Es el que luego ante mi palco... ¡Cielos !  
¡Vergüenza para mí que no le odié !  
¡Él de mi primo despertó los solos  
Mientras que yo de todo me olvidé !  
¡Padre mio ! perdon ; que no te aflija  
Ver nunca ; ay triste ! lo que pasa en mí ;  
Que tus blasones tu insensata hija  
No empañe, no, con loco frenesi !

## ESCENA IX.

La condesa de Alcira. — El conde de la Banda.

CONDE.

¡Julia!

CONDESA. (*Ocultando la carta.*)

(¡El conde! ¡qué rubor!  
Si esta carta hubiera visto...!)

CONDE.

¿Qué tienes, Julia? (Está trémula  
Y me ha ocultado el escrito  
Que entre sus manos tenía.  
¿Qué será?) Si bien lo miro,  
Estás afectada, pálida...  
¿Te hallas enferma?

CONDESA.

No, primo;  
Estoy bien; sentíme un poco  
Fatigada, y á este sitio  
Vine á respirar el aire  
Que está tan enrarecido  
En los salones ..

(*Mirando en todas direcciones, como si buscase á alguna persona.*)

CONDE.

Si quieres  
Tomar mi brazo, aquí mismo  
Pasearemos, ó bajando  
Á esos bellos laberintos  
De flores...

CONDESA. (*Con inquietud.*)

¡Oh! no, me siento  
Mucho mejor; fué un vahido  
Que ya pasó. (Si se hallara  
En los jardines... ¡Dios mio!  
Verle quisiera, y lo temo...)

CONDE.

(¿Qué pensará? no desisto  
De mis sospechas; ¡oh! Julia  
Hace por mí un sacrificio.  
No me ama.) Escúchame, prima.

CONDESA.

¿Qué quieres, Jorge?

CONDE.

Si inicuo  
Un mundo falaz, quisiera,  
Con tiránico capricho,  
Encadenar para siempre  
Dos almas... ¿no fuera licito,  
Que esas almas, entendiéndose,  
Rompieran sus duros grillos  
Arrojándolos al rostro  
De ese mundo fermentado?

CONDESA.

(¡Qué gozo!) Yo...

CONDE.

Escucha, Julia.  
Seamos veraces y dignos.  
Tú... no me amas.

CONDESA.

¡Qué dices!

CONDE.

Tú, prima, no me has querido  
Jamás; tus ojos, tu rostro  
Lo están diciendo ahora mismo.  
No es decir que me aborrezcas...

CONDESA.

Es cierto; como á un amigo,  
Como á un hermano, te quise  
Siempre...

CONDE.

No como marido.  
¿Es verdad?

CONDESA.

Si, lo confieso.

(*Enjugándose una lágrima.*)

CONDE.

Y sin embargo, conmigo  
Ibas para siempre á unirte...  
Hay algo en esto de inicuo.

CONDESA. (*Con dignidad.*)

¡Conde! ¿qué dices...?

## ESCENA X.

Dichos. — El baron de la Estrella, que oyendo las últimas palabras de Julia y Jorge, permanece oculto escuchando lo que estos hablan.

CONDE.

No pienses  
Que torpe mi lengua quiso  
Agraviarte; antes que eso  
La arrancara de su sitio.  
No, Julia, tú eres un ángel  
De los cielos desprendido,  
Cuya posesion dichosa  
De merecer no soy digno.  
Aludo á tu padre, Julia;  
No te ofendas; él nós quiso  
Desposar á todo trance...  
Yo de la causa prescindo;  
Solo sé que ha violentado  
Tu corazón...

CONDESA.

Basta, primo;  
Que ofensas que á él se dirigen  
Yo las rechazo con brio.  
¡Es mi padre! (*Con profundo dolor.*)

CONDE.

Y debe amarte:  
Mas... si te tiene cariño,  
¿Por qué leer no procura  
En tu corazón y el mio?  
Tú eres viuda, tú eres  
Libre y poderosa; el brillo  
De tu nobleza; tu fausto;  
Tu bondad, que tanto admiro  
Como tu belleza; todo  
Cuanto te concierne, estimo  
En lo que yale y... no obstante,  
Feliz no fuera contigo  
Si imprudente tu desgracia  
Labrara con mi egoísmo.  
Tú amas á otro. (*Con firmeza y convicción.*)

CONDESA.

¿Qué dices?

¡Oh!

CONDE.

No temas; no conspiro  
 Contra tu eterno reposo,  
 Contra tu libre albedrío.  
 Tú sufres, Julia, tú llevas  
 En tu pecho dolorido  
 Un misterioso secreto  
 Que respeto como mío.  
 Yo también... ¿mas qué te importan  
 Mis imprudentes delirios,  
 Que vienen ó van ligeros  
 En alas de mis caprichos?  
 Yo soy hombre; tengo el alma  
 Fuerte; si quedo cautivo,  
 Bien puedo con rudo esfuerzo  
 Romper del amor los grillos,  
 Aunque el corazón se quede  
 Despedazado y transido  
 De dolor; tú eres mas débil,  
 Tiembles al ver el peligro,  
 Y tu hermosa frente inclinas  
 Llena de dolor sombrío.  
 ¡Julia!

CONDESA.

¡Jorge!

CONDE.

Yo te amo;  
 Mas con un amor purísimo.  
 Te quiero como si fueras  
 Ángel al mundo venido  
 Para prestarme el aliento  
 Y la fé que necesito.  
 Si tú amases á otro hombre...  
 No lo ocultes, Julia, dímelo;  
 Que de hoy mas seré tu hermano;  
 Seré tu mejor amigo.  
 Y ambos á dos de consuno  
 Mitigaremos solícitos,  
 Yo tus penas, si las tienes;  
 Tú mis locos extravíos.

CONDESA. (*Con interés.*)

¿Tú también sientes...?

CONDE.

No toques

Esa cuerda de mi herido  
 Corazón...

CONDESA.

¿No eres el hombre

Leal que yo necesito?  
 Habla, di...

CONDE.

Si nos oyeran...

Vergüenza me dá decirlo.  
 Amo á una pobre manola...

(*Se acerca y le dice en voz muy baja.*)

Que es la hija de un bandido!

CONDESA.

¡Desgraciado!

CONDE.

Sí, mil veces

Desgraciado; yo con cínico

Embrutecimiento, azote.  
 De cien mujeres he sido,  
 Y vengo á pagar ahora  
 Mis faltas con el martirio.  
 Amo á esa mujer, la amo,  
 Y en vano á su amor aspiro.

CONDESA.

Olvidala, Jorge, olvidala.

CONDE.

Imposible; yo maldigo  
 Mi nécia pasión, y en tanto  
 Lloro de amor, como un niño  
 Imbécil... pero no hablemos  
 De esto, prima; tú habrás sido  
 Mas feliz; tus bellos ojos  
 En un objeto mas digno  
 Habrás puesto.

CONDESA.

(¡Cuánta mengua!

¡Cuánta vergüenza! ¡Dios mío!)

CONDE.

¿Será ese conde extranjero...?  
 Sé franca, prima, conmigo.  
 Desde que en Madrid se encuentra  
 Riestri...

CONDESA.

Sigue.

CONDE.

Le he visto

Rondar tu palacio.

CONDESA.

¡Calla!

No es él; no es él...

CONDE.

Pues no atino...

CONDESA.

¡Jorge! ¡piedad! ¡no lo inquieras!  
 ¡No lo preguntes!

CONDE.

No insisto;

Pero si en algo aliviarte  
 Puedo, cuenta con tu primo.  
 Adios.

CONDESA.

¿Te retiras?

CONDE.

Tengo

Dada una cita; es preciso  
 Que á ella no falte; mañana  
 Vendré á buscarte solícito  
 Y ambos á dos trataremos,  
 En tierno pacto recíproco,  
 Ó de ahogar nuestros amores,  
 Ó de vencer al destino.  
 Adios, prima.

CONDESA.

Hasta mañana...

(*Alargándole una mano que el conde le estrecha afectuosamente.*)

CONDE.

No dudes de mi cariño.

## ESCENA XI.

La condesa.—El baron oculto.

CONDESA.

Piensa que á Riestri amo,  
Sin mirar que amar no puedo  
Á ese hombre, cuya mirada  
Siempre en mí fija contemplo.  
¿Por qué me fascinan tanto  
Los ojos de ese estranjeró?  
¿Por qué su voz me estremece  
Y estando á su lado tiemblo?  
¿Qué pensamiento sombrío,  
Qué triste presentimiento,  
Se apodera de mi alma  
Siempre que en Riestri pienso?  
¡Riestri...! mi esposo era  
Italiano, y yo recuerdo  
Haber oido una historia,  
Llena de grandes misterios,  
En que un Riestri... ¡Dios mio!  
En mil sospechas me pierdo  
Y en vano sacar en claro  
Aquella historia pretendo.  
Se abrasa mi frente...! estoy  
Enferma; sí, sí... busquemos  
Aire que mi frente oree;  
Brisas que aplaquen el fuego  
Que me abrasa...

(*Se acerca á la galería.*)

Si estuviera  
Abajo el fiel mensajero  
De que ese Lucas me habla  
En su carta...! Dudo y tiemblo  
Pensando que ser pudiera  
El generoso mancebo  
Que la vida me salvara  
Con tan heróico denuedo.  
¡Ah! si es él... si es él, es fuerza  
Mostrarle lo que le debo;  
Verle una vez, una sola,  
Y despues con rudo esfuerzo  
Borrar ¡ay! la grata imágen  
Que impresa en el alma llevo,  
Por mas que estalle al borrarla  
El corazon en el pecho.

(*Desciende lentamente por la escalinata que conduce al jardín.*)

## ESCENA XII.

El baron de la Estrella, luego el duque de Casa-egregia, y despues un criado.

BARON.

¡Todo se ha perdido, todo!  
Mi esperanza, mis proyectos...  
¡Ah! preciso es que esta boda  
Se haga. No descansenos  
Hasta entonces.

DUQUE. (*Entrando.*)

Baron...

BARON.

Duque,  
Mucha materia tenemos  
Para hablar en este instante.—  
¿Qué quieres? (*Al criado que se acerca.*)

CRIADO.

Un caballero  
Que allí fuera está, pretende  
Hablar con V. E. (*Dándole una tarjeta.*)

BARON. (*Sin mirarla.*)

Bueno.

CRIADO.

Es... señor baron... que dice...

BARON.

¿Qué es lo que dice? Habla, ¡nécio!

CRIADO.

Que es urgente la visita;  
Que quiere hablar en secreto  
Y al instante con V. E.

BARON.

¿Quién será ese majadero?

(*Leyendo la tarjeta.*)

«Genaro de Macanaz.»  
(¡Oh! despues de tanto tiempo...  
¿Qué querrá?) Dile que salgo.

(*Se retira el criado.*)

Duque, despues hablaremos,  
Voy á ver qué es lo que quiere.  
Compañeros de colegio  
Fuimos y... tal vez el pobre,  
Vendrá á pedirme dinero.  
(*Ap.*) (No es dinero, no, ese hombre  
Siempre fué altivo y soberbio.  
¿Qué querrá? esta noche, todo  
Me asusta, por todo tiemblo.) (*Vanse.*)

## II.

EN EL JARDIN.

## ESCENA I.

Adam y la condesa de Alcira.

ADAM recostado en una especie de confidente de piedra, aparece profundamente dormido. Se halla en una glorieta inundada de luz y al lado de una fuente que se desprende con agradable murmullo. La CONDESA DE ALCIIRA le contempla con arrobamiento y dice:

CONDESA.

Él era; lo adiviné.  
Tal vez, caminando errante  
Por las frescas alamedas,  
Cansado llegó á sentarse;  
Y el rumor de la corriente,  
Las brisas que aroma esparcen,  
Le halagaron y le hicieron  
Que dormido se quedase.  
¡Qué bello está! sus cabellos,  
Que parecen de azabache,  
Sobre su frente serena  
Y tersa, rizados caen.  
¡Pobre jóven! tan hermoso  
Y tan infeliz...! su traje  
Revela que su pobreza  
Sin duda debe ser grande.

Y sin embargo, en sus labios  
Se dibuja en este instante  
Una sonrisa dichosa  
Cual la sonrisa de un ángel.  
¡Pobre joven! su existencia  
Algun misterio insondable  
Debe ocultar; si yo al menos  
Mi gratitud demostrarle  
Pudiera, olvidando el loco  
Afan que llegó á inspirarme!  
Sí, sí, olvidarlo es preciso;  
Pero también lo es sacarle  
De su abyección; si una dádiva  
De mis manos aceptase!  
¡Oh! ¡qué idea!

(Viendo pasar á un criado, al cual hace una seña para que se acerque.)

## ESCENA II.

La condesa.—El criado.—Adam dormido.

CONDESA.

Escucha, Diego.

CRIADO.

¡Señora!

CONDESA.

Si preguntase  
Por mí este joven... (Vacilando.)

CRIADO.

¿Le digo...?

CONDESA.

Le dices lo que te cuadre  
Mejor, con tal que no insista  
En verme. Dile que el baile  
Me reclama, que no puedo  
Recibirle... y si alejarle  
Consigues con buenos modos,  
Detrás de él al punto salte  
Y averigua en dónde vive.  
Mira todo lo que hace  
Y avisame luego ¿entiendes?

CRIADO.

V. E. será al instante  
Obedecida, y si quiere  
Que te despierte...

CONDESA.

No, márchate  
Y no te alejes... (Se retira el criado.)

## ESCENA III.

La Condesa.—Adam.

¡Dios mío!  
Voluntad y fuerzas dadme  
Para seguir mi propósito  
De no verle mas ni hablarle.  
¡Pobre joven! Cuando menos  
Yo lograré que se aparte  
Del mal; seré su invisible  
Providencia, sin que falte  
Ni al afecto que me inspira  
Ni á mis deberes sociales.  
Adios, nos separa el cielo  
Que nos hizo desiguales,  
Por mas que acaso te diera  
Un corazón noble y grande.

Adios; para siempre debo  
De tu lado separarme;  
Pero antes conserva en prenda  
Como un recuerdo constante  
Del amparo que me diste,  
Y del bien que me quitaste,  
Esta pulsera de oro  
Y este collar de diamantes.

(Se quita ambas alhajas que introduce cuidadosamente en uno de los bolsillos de la chugueta de Adam.—Éste abre sus ojos y esclama:)

ADAM.

¡Qué miro! ¿con que era cierto  
Lo que en sueños de inefable  
Dulzura feliz estaba  
Mirando?

CONDESA.

(Cara me sale  
Mi imprudencia...) Desdichado,  
Vete, no puedo escucharte.

ADAM.

¿Y por qué...? Condesa, el cielo  
Á tu morada me trae.  
Oyeme.

CONDESA.

¡Silencio! ¡Basta!

ADAM.

Yo soñaba en este instante  
Que rauda hácia mí venía,  
Sus alas batiendo, un ángel  
Que mi oído regalaba  
Con dulces y tiernas frases.  
Y yo á sus pies prosternado,  
Lleno de gozo inefable,  
Mirando su bello rostro,  
Midiendo su esbello talle,  
En la aparición celeste  
Hallé tu divina imágen.  
No hay duda, eras tú... me amabas  
Y fui feliz...

CONDESA.

Basta, apártate.  
No confundas con tus sueños  
Las penosas realidades  
De la vida. (Si le viesen...  
¡Dios mío! si te escuchasen...  
¡Qué vergüenza!)

ADAM.

¿Con que era  
Un sueño no mas mi amante  
Alucinación?

CONDESA.

Escucha  
Y no me interrumpas, cállate.  
Hace poco que la vida  
No sé por qué me salvaste  
Luchando con los bandidos  
Con quién viniste á... robarme.  
Yo premiar tu acción quería,  
Yo he deseado arrancarte  
Al crimen. ¿Qué quieres? habla:  
Tengo riquezas bastantes  
Para premiar el esfuerzo  
Que á mi vista desplegaste.

¿Quieres posicion, riquezas...?  
Las tendrás en adelante;  
Mas júrame...

ADAM.

¿Qué?

CONDESA.

No verme

Jamás; huir, separarte  
De mí, borrar de tus labios  
Mi nombre.

ADAM.

Y ¿cómo borrarle  
Cuando impreso está en mi mente  
Y en mi corazón? ¿Tan grande  
Fué mi delito, señora,  
Que no puedo repararle?

CONDESA.

El mundo lo exige.

ADAM.

El cielo  
Me ordena que siga amándote.  
(Lo ignora todo, su origen,  
Sus desdichas... Nada sabe.)

CONDESA.

Basta, repito. (*Quiere irse.*)

ADAM. (*Deteniéndola.*)

¡Condesa!

CONDESA.

¡Oh! me han visto ¡miserable!  
¡Míralos! la galería  
Se llena de gente... apídate  
De mí!

ADAM.

(Llora... y me enternece.  
¡Qué bello está su semblante!)  
Condesa... señora...

CONDESA.

¡Basta!

¡Desgraciado! Tú no sabes,  
En tu fatal ignorancia,  
Todo el daño que me haces.  
Huye; al fin de esa alameda  
Hay una puerta; esta llave  
Que traigo aquí... ¡toma! ¡toma!  
¡Ay! no me deshonres; ¡sálvame!  
Ten piedad.

ADAM.

¿Con que es deshonra...?  
¡Oh! ¿con que infiero un ultraje  
A la mujer que idolatro  
Solo con verla y hablarle?

CONDESA.

Sí, sí.

ADAM.

Pues adios, condesa,  
El cielo tu vida guarde  
Y á mí me dé la fortuna  
Que hasta ahora quiso negarme.  
(¡Oh! ¡Que mi llanto no vea!  
¡Que no me juzgue cobarde!)

(*Se retira precipitadamente.*)

CONDESA.

¡Se vá! No vé lo que sufro  
No lo vé. (*Divisando al baron.*)  
¡Cielos! ¡mi padre!

(*Se oculta en un cenador.*)

ESCENA IV (\*).

El baron de la Estrella.—D. Genaro.—Varios caballeros que se internan por las calles de árboles y los bosquecillos.—La condesa que permanece oculta.

BARON.

Mucho me estraña, Genaro,  
Tu llegada intempestiva  
Por mas que grata me sea  
Tan misteriosa venida.  
(¿Qué querrá? Todo esta noche  
Parece que aquí conspira  
Contra mí.)

DON GENARO.

Sin duda alguna,  
Buen Julian, yo presumia  
Que te causara estrañeza  
Mi inesperada visita.  
Yo que vivo oscuro y pobre  
Al lado de mi familia...

BARON.

Por cierto que ya olvidaste  
Que yo en el mundo existia.

DON GENARO.

No tal; sé que en la opulencia  
Estás; advierto la prisa  
Que tienes en encubrarte,  
Y no te pierdo de vista  
Por mas que allá en mi modesto  
Albergue, en la medianía,  
Ni envidiado, ni envidioso,  
Siento trascurrir la vida.

BARON.

¿Y qué quieres? ¿te hace falta  
Algo? ¿acaso necesitas...?

DON GENARO.

Gracias, baron; hasta hoy  
Genaro á nadie mendiga  
Un favor ni una moneda  
Para conllevar sus cuitas.  
Si vengo á verte, si en medio  
Del festin y la alegría,  
Quiero robarte un instante  
Al placer, ó á las delicias  
Que te proporciona el trato  
Del gran mundo, en el que cifras  
Todo tu amor, ten por cierto  
Que un grande deber me obliga  
A ello.

BARON.

De una manera  
Tan solemne me lo explicas,

(\*) Estas escenas no se escriben para un teatro, en el cual no cabrian por sus dimensiones. Son diálogos, mas ó menos largos, que llevan los nombres de los que hablan para evitar repeticiones.

Que ya la atencion me llamas  
Y mis deseos avivas  
De saber...

DON GENARO.

Julian, escucha  
Lo que á decirte venia.  
Sabes que fuimos de niños  
Amigos.

BARON.

Si por mi vida.

DON GENARO.

Entonces eras muy pobre ;  
Pero honrado parecias.

BARON.

¡Genaro!

DON GENARO.

¡Julian! atiende  
Y deja á un lado tus iras.

BARON.

Escucho.

DON GENARO.

Durante algunos  
Años, tu suerte y la mia  
Fueron, sino esplendorosas,  
Iguales en lo tranquilas ;  
Que la modestia es á veces  
Barómetro de la dicha.  
Despues, por diversas causas,  
Nos separamos ; yo iba  
Como militar honrado  
A colocarme en mis filas,  
Mientras que tú en el comercio  
Gentil carrera emprendias.  
Pasaron años, pasaron  
Ilusiones ; y á medida  
Que los dos nos engolfabamos  
En las sendas de la vida,  
Yo en los ascensos soñaba ;  
Tú... no sé qué soñarias ;  
Solo sé que cual la espuma  
Subiendo, subiendo ibas.  
¿No es verdad?

BARON.

¿Y con qué objeto  
Tales hechos resucitas?

DON GENARO.

Déjame contar la historia  
Y verás á dónde iba.  
Digo que al fin alcanzaste  
Lo que tanto apetecias,  
Y que posicion, riquezas  
Lograste obtener ; un día  
No te bastó todo eso ;  
Quisiste mas, tu codicia  
Te hizo apetecer un título  
De nobleza y de hidalguía...

BARON.

Que ya tengo.

DON GENARO.

Ya lo he visto.  
Lo sé ; no te tuve envidia.—  
Para lograr lo que tienes  
Pusiste, Julian, las miras

En una inocente jóven,  
Que era bella, noble, rica  
Y tan pura como es puro  
El cielo que nos cobija.

BARON.

Continúa.

DON GENARO.

Continúo.

Aquella jóven, propicia  
Se mostró á tu amor, el cielo  
No le mostró tu perfidia.

BARON.

¡Genaro! si aquí á insultarme  
Viniste, con tu maldita  
Calma, juro que...

DON GENARO.

Silencio ;

Modérate, que te miran,  
Y bien podrán escucharte  
Si advierten que tanto gritas.  
Fuiste, como digo, esposo  
De aquella inocente victima.  
¿Entiendes? le doy tal nombre  
Porque tú solo querias  
Los millones de su padre,  
Á quien seguiste la pista.  
Os casasteis, y tuvisteis  
Al año una tierna niña...

BARON

¿Y qué vés de irreprochable  
En eso?

DON GENARO.

Dios no permita  
Que yo por esto condene  
Las acciones de tu vida ;  
Pero sabes que otro hijo  
Tu imbécil suegro tenia,  
Y que tú le indispusiste  
Con él.

BARON.

¡Mientes!

DON GENARO.

La mentira  
Jamás ha manchado el labio  
Del que tus torpezas pinta  
Con los oscuros colores  
Que tu historia suministra.  
Tú indispusiste, repito,  
A los dos ; calumnia impia  
Sembraste y cogiste el fruto  
Que apeteció tu avaricia.  
Desheredó el padre al hijo  
Que pobre y triste partia  
Lejos de Europa, buscando  
Honor, posicion, familia,  
Y el amor que le negaban  
Por tu maldad y tu intriga.

BARON.

Te desprecio ; nada puedes  
Contra mí.

DON GENARO.

Mucho confias  
En tu poder ; pero escucha  
Que la historia es divertida.



Tu suegro murió bien pronto  
Dejando cuanto tenía  
A tu mujer; ¿me comprendes?  
Todo lo dejó a su hija  
Siempre que al morir tuviese  
Ésta, sucesion legitima.  
Entonces, dueño absoluto  
De riquezas muy crecidas,  
Al extranjero te fuiste.  
Eras feliz, libre ibas  
A gozar por esos mundos  
El fruto de tus rapiñas.

BARON.

¡Basta! ¡miserable! ¡basta!

(Amenazando a D. Genaro.)

DON GENARO.

Depon, buen Julian, tus iras,  
Porque tengo dos pistolas

(Mostrándoselas.)

Y juro que prevenidas  
Están, si á tocarme llegas,  
A hacer de tu eráneo trizas.  
Sufre hasta el fin, seré breve.

BARON.

¡Oh! si oyesen... ¡qué agonia!

DON GENARO.

No temas, están muy lejos  
Y nadie me oirá; descuida.  
Iba diciendo que fuiste  
A viajar; mas sin tu hija  
Y sin tu mujer ¡qué diantres!  
Tú ¿para qué las querias  
Cuando inmundas meretrices  
Iban á ser la delicia  
De tu existencia? Y no obstante,  
Tu pobre mujer te habia  
Entregado toda su alma;  
Sin tí se encontró marchita  
Su juventud; su belleza  
El dulce encanto perdía,  
Y su salud poco á poco  
Vió para siempre estinguída.

BARON.

¡Desgraciada!

DON GENARO.

¡Ola! parece  
Que ese recuerdo te agita  
El alma, si aun tienes alma.  
Oye, pues, lo que sufría  
Y verás si razon tengo  
Para culpar tu inaudita  
Conducta: tu pobre esposa,  
Que era honrada, pero altiva,  
Tal vez, de tí ausente, hubiese  
Muerto de melancolía  
Bendiciéndote; mas era  
Madre tierna, y por su hija  
Hizo el sacrificio inmenso  
De ir á buscarte sollicita.  
Y te encontró; ¿sabes cómo?  
¡Oh! tu mente no lo olvida:  
Te halló una noche gozando  
Allá en asquerosa orgía.

BARON.

¡Oh! ¿cómo sabes...?

DON GENARO.

Los crímenes  
La tierra y cielos publican.  
¡Pobre mujer! al hallarte  
De aquel modo, en su honda cuita,  
Lanzó un gemido del alma;  
Y su razon, como bebida  
Por un rayo, de repente  
Se estinguíó.

BARON.

Me martiriza  
Tu relato; ¿qué pretendes?  
¿Qué pides? ¡Habla!

DON GENARO.

Decia

Que tu mujer quedó loca  
Rematada; tu dormida  
Conciencia, tal vez un grito  
Dió al contemplar la agonía  
De aquella mártir. Mas tarde...  
¡Oh! tus acciones inicuas  
Iban á hallar el castigo  
Inmenso que merecian.  
Tu hija enfermó de repente.  
¿Te acuerdas?

BARON.

¡Oh! no lo digas  
Tan alto; ¡silencio! ¡Calla...!

DON GENARO.

Hiciste cuanto podias  
Por salvarla; mas ¿qué diablos?  
La enfermedad de tu hija  
Era incurable...

BARON.

No grites,  
Ó márame si te obstinas  
En continuar!

DON GENARO.

Te repito  
Que no hay nadie aquí.—Decia  
Que estaba herida de muerte  
Aquella inocente niña.  
¿Qué hacer? ¿dónde ir? los médicos  
Opinaron que debias  
Traerla á Madrid, son siempre  
Los aires de la nativa  
Tierra, gratos y benéficos.  
Acaso le volverian  
La salud. Por otra parte  
Brotó una duda sombría  
En tu corazon: si el mundo  
No miraba las caricias  
Que á la hija y á la madre  
Prodigar te proponias,  
¿Con qué derecho legitimo,  
Con qué razon de justicia,  
Retener en tí pudieras  
Los bienes que poseias?

BARON.

¿Concluiste?

DON GENARO.

No por cierto;  
Que la historia es peregrina,  
Y por mas que larga sea  
Nadie va á meternos prisa.  
Estaba, sino recuerdo

Mal, en la lucha sombría  
Que en tu pecho se libraba,  
Viendo espirante á tu hija  
Que al fin murió...

(*Oyese un ligero gemido en el cenador.*)

BARON. (*Levantándose.*)

¡Calla! ¡calla!

¿No oiste?

DON GENARO.

Será la brisa  
Que inocente juguetea  
Entre esas verdes cortinas  
De hojas temblorosas; siéntate,  
Que ya el final se aproxima.  
La niña exhaló su aliento  
Justamente el mismo día  
En que llegaste á la corte.  
Una idea repentina  
Surgió en tu mente... Aquí, nadie  
Tras de una ausencia larguísima,  
Conservar en su memoria  
De tu heredera podía  
Las facciones. ¿No era fácil  
Con otra sustituirla,  
Sin que su madre pudiese  
Conocer tu villanía  
Loca como estaba? Era  
Sin duda una empresa digna  
De tu talento diabólico;  
De tu infernal inventiva.  
Nadie adivinó el suceso  
Desgraciado; de una misera  
Estancia, fué arrebatada,  
En noche lóbrega y fría.—  
Mientras que daban sin pompa  
Enterramiento á tu hija.—  
Otra inocente criatura  
Que creció bella y altiva,  
A la cual hoy todos llaman  
Viuda condesa de Alcira.

BARON.

Es cierto; ¿mas qué te importa...?

DON GENARO.

¿Qué me importa? Por mi vida  
Que ya tu cinismo espanta  
Y tu audacia maravilla.  
Oyeme: yo fui en América  
Tierno amigo de una víctima  
Tuya; ¡qué! ya no recuerdas  
Al desheredado? Había  
En su corazón un mundo  
De virtud y de bendita  
Resignación; al hablarme  
De ti, solo se entrevía  
El deseo que abrigaba  
De que labrases la dicha  
De su hermana; muchas veces  
«Yo te perdono, decía,  
Todo el mal que me ha causado  
Robándome las caricias  
De mi padre; de mi padre,  
Que me maldice ó me olvida.»

BARON.

¡Sigue!

DON GENARO.

Al cabo de dos años  
Perdí á mi amigo de vista.

Torné á Europa y á mi patria;  
Y aunque olvidado no había  
Al hermano de tu esposa,  
Y me llenaba de ira  
Que tú poderoso fueras,  
Mientras él tal vez gemía  
Desamparado, no quise  
Llamar nunca á tu dormida  
Conciencia, porque me daba  
Horror el verte. Seguía  
Trascurriendo el tiempo; tuve  
Hijos; fut con mi familia  
Feliz, alejado siempre  
Del mundo; y así vivía  
Cuando una vez por mis puertas  
Vi con sorpresa inaudita  
Entrar á mi pobre amigo;  
Á tu cuñado, á tu víctima,  
Que en lo demacrado y pálido  
Un cadáver parecía.  
El infeliz, á su vuelta  
De América, vió fallida  
Su esperanza; ni su padre,  
Ni su hermana ya existían;  
Y tú te hallabas ausente  
De Madrid, con la que hija  
Llamabas. ¡Ah! tú no sabes,  
Tú no sabes la agonía  
Con que miró desprenderse  
Sus ilusiones marchitas.  
Te escribió; en sus cartas todas  
Su estado te refería:  
Era un buen esposo, era  
Un buen padre; en su aflictiva  
Situación, el desgraciado  
Lo que era suyo pedía.  
¡Inútil demanda! Sordo  
Y ausente permanecías.  
¡Oh! lo recuerdo con pena  
Y relatarlo me indigna.  
En la miseria murieron  
Ambos...

BARON.

Lo sé, no prosigas.

DON GENARO.

Pero al morir... al momento  
En que á entregar á Dios iban  
Sus almas, tu horrible historia  
Revelaron con prolija  
Verdad, al hijo querido  
Que allí á su lado tenían.  
Era un mancebo de aspecto  
Simpático y de alma altiva,  
Que juró vengar la muerte  
De sus padres. Con fé digna  
De su empresa, despojándose  
De su apellido...

BARON. (*Como si hablase consigo mismo.*)

Quería  
Perderme; sí, sí... por eso  
Astuto en mi casa misma  
Logró entrar...

DON GENARO.

Y te ha arrancado  
Secretos que tu ruina  
Pueden causar.

BARON. (*Levantándose y con firmeza.*)

¡Mientes! ¡Mientes!

DON GENARO.

¡Oh! tu fiera altanería,  
 Tu aire de triunfo, me aclaran  
 El colmo de tu malicia.  
 Mas ya los cielos no quieren  
 Que siempre triunfando sigas.  
 Al venir á este palacio,  
 Por una calle sombría  
 Crucé, y oí los lamentos  
 Que de una casa salían.  
 Llamé y fué en vano, la puerta  
 Cerrada permanecía.  
 Oigo de nuevo gemidos;  
 Llamo, viene la justicia,  
 Y al fin, penetrando todos  
 Y yo con ellos, tendidas  
 Dos formas humanas vemos  
 Entre las toscas mesillas  
 De un bodegon; encendiéronse  
 Luces y ví... ¿no adivinas  
 Lo que ví? pues ví á dos viejos  
 Que han sido de un robo víctimas.  
 Mas ellos me estiman tanto  
 Como á ese jóven estiman,  
 Y me lo han contado todo;  
 ¡Todo!

BARON.

¡Maldita...! ¡maldita  
 Mi fortuna!

DON GENARO.

Á mano armada  
 Y con vil superchería,  
 D. Juan de Alarcon ha sido  
 Por una infame cuadrilla  
 Detenido. Tú lo sabes.  
 ¡Baron! ¿dónde está?

BARON.

(Viendo que la galeria y los jardines se van llenando de caballeros y señoras.)

Nos miran;  
 Nos ven... ¡Silencio!

DON GENARO.

Te ruego  
 Que el paradero me digas  
 De mi amigo! ¡pronto! ¡pronto!

BARON.

¡Déjame! ¡vete!

DON GENARO.

Su vida,  
 Su honor, sus riquezas dame...

BARON.

¡Oh! ¡maldito! ¿por qué gritas?

(Queriendo taparle la boca.)

DON GENARO. (A martillando una pistola.)

Porque agotas mi paciencia.  
 Oyeme...

BARON.

¿Qué quieres?

DON GENARO.

(Presentándole un escrito y un tintero de bolsillo.)

Firma  
 Este papel...

BARON.

¡Nunca! ¡Nunca!

DON GENARO.

Pues bien, yo haré que reunida  
 En torno tuyo esa gente,  
 Sepa que en tí se cobija  
 Un infame; que la ilustre  
 Viuda condesa de Alcira  
 Desciende...

BARON.

¡Silencio! ¡Calla!

¿No escuchas? ¡Pobre hija mia!

(Oyendo un grito desgarrador que sale de entre los árboles, los cuales se convueven á impulsos de un cuerpo que cae.)

## ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—El duque de Casa-egregia.—Jacobo Riestri.—El general.—Señoras, caballeros y criados que acuden.—El baron se precipita hácia el interior del cenador, precedido de Riestri. Éste aparece trayendo desmayada entre sus brazos á la condesa de Alcira.

TODOS.

¡La condesa!

BARON.

(Cayendo desplomado sobre un banco.)

(¡Me he perdido!)

RIESTRI.

(Colocando á la condesa en otro asiento.)

Aun late su corazón  
 Mirad: ¡vuelve en sí...!

GENERAL.

(En voz baja á varios caballeros.)

Señores

¿Qué opináis? (Hablan en secreto.)

DUQUE.

¡Julia!

CONDESA.

¡Gran Dios!

¿Qué miro?

(Observando á los que la rodean.)

BARON. (Levantándose.)

Julia ¿qué tienes?

CONDESA. (Sonriendo con amargura.)

Nada; todo concluyó.  
 Una angustia pasajera...

(Se interrumpe, se levanta, y dirigiéndose á Don Genaro, que permanece triste y silencioso, le dice con dulzura:)

Caballero, por favor,  
 Ofrézcame V. apoyo  
 En su brazo...

BARON. (Oponiéndose.)

¡Oh! no, no...

CONDESA.

¡Padre...!

*(Con desgarrador acento. Luego se interrumpe y dice con humildad:)*

Es preciso que hable  
 Un rato con el señor...  
 Entretanto... amigos, siga  
 El baile y la diversion.  
 Me siento bien... ¡Ah! me siento  
 Desfallecer de dolor...)

Aun es temprano, señores.  
 Seguidme... *(Se dirige á la escalinata.)*

TODOS.

Sí, vamos.

CONDESA.

¡Oh!

¡Dios mio! que no me falten  
 Las fuerzas. Dadme valor!

*(Levantando al cielo sus ojos arrasados en lágrimas.)*

## CANTO XVIII.

## I.

Por una puerta secreta  
 Que á una estrecha calle daba,  
 Salió Adam precipitado  
 Dejando el altivo alcázar.  
 Su amor propio herido lleva,  
 Lleva traspasada el alma  
 Mirando que la de Alcira  
 De su lado le rechaza.  
 ¿Por qué? ¿por qué se avergüenza  
 Aquella orgullosa dama  
 De que la sorprenda el mundo  
 Junto á aquel que la idolatra?  
 Tal vez tentado un instante  
 Él estuvo á declararla  
 Que entre los dos, aunque el mundo  
 Los juzgue como le plazca,  
 No hay diferencia tan grande,  
 Ni media tanta distancia.  
 Mas ¡ah! que eso hubiera sido  
 Accion cobarde y villana,  
 Y él antes morir prefiriere  
 Que ofender á la que ama.  
 Por eso á la calle sale;  
 Del jardin la llave guarda,  
 Y al hacerlo, en su bolsillo  
 Objetos estraños halla.  
 ¿Qué es aquello? con presteza  
 Las joyas turbado saca,  
 Y á la luz de un farolillo  
 Que ya agonizando estaba,  
 El brillo de los diamantes  
 Mira, y se turba y se pasma.  
 En vano á su mente pide  
 Explicacion de la estraña  
 Aventura; en vano quiere  
 Comprender lo que le pasa.  
 ¿Es por ventura un recuerdo  
 De amor...? Mas si amor lo daba  
 ¿Cómo y por qué la condesa  
 Para siempre de él se aparta?  
 ¿Es que el favor que la hizo  
 Con mano pródiga paga?  
 Mas si pagarle pretende

¿Por qué tal misterio guarda?

De todos modos, el jóven  
 Con pena vé las alhajas  
 Que otro tiempo codiciado  
 Hubiera con vivas ansias.  
 Joyas son que acaso valen  
 Un caudal, y que contrastan  
 Con la miseria en que vive  
 Sumergido en su desgracia.  
 Pensando así, avergonzado,  
 Trémulo, la frente baja,  
 Y á un mundo desconocido  
 De afectos entrega el alma.  
 La ambicion brota en su pecho,  
 El orgullo le avasalla,  
 Y gigantescas pasiones  
 En torno de él se levantan.  
 Si hasta el presente ignorante  
 De lo que en el mundo pasa,  
 Vagó, lleno de ilusiones  
 Forjando quimeras vanas,  
 Impulsando ó conteniendo  
 Los impetus de su audacia,  
 Preciso es ya detenerse,  
 Buscar la luz que le falla,  
 Y entrar, si el mundo lo quiere,  
 Con el mundo en lucha franca.  
 «Yo adquiriré, repetia,  
 Lo que conseguir ansiaba,  
 Para ponerme á la altura  
 De la que así me rechaza.  
 Yo guardaré sus diamantes...  
 Diamantes que brotan llamas,  
 Que la vista me lastiman  
 Y que el corazon me abrasan.»

Dió Adam la vuelta al palacio  
 Sin que la música grata  
 Que dentro se percibía  
 Y el bullicio, le dejaran  
 Oír el ¡ay! doloroso  
 Que entonces quizás lanzaba  
 La condesa; y encontrando

Al bandido que le aguarda,  
Los dos se apartaron luego  
De la soberbia morada,  
Haciendo el uno preguntas  
Á que el otro contestaba  
Con voz breve, murmurando  
Escasísimas palabras.

Después que los dos hicieron  
Una ligera jornada,  
Paróse el viejo bandido  
Á la puerta de una casa.  
Era un edificio triste,  
Alto, sombrío, de fachada  
Siniestra, que daba frente  
Á una viejísima tapia.  
Sin detenerse un momento  
Abrió Lucas con cachaza  
La puerta, hizo luz, y luego  
Volvió por dentro á cerrarla.  
Subieron una escalera  
Estrecha, pendiente, alta,  
Retorcida, súa y toda  
Llena de telas de araña.  
Contaron cien escalones...  
Es decir, no los contaban;  
Mas en verdad que del número  
Que hemos indicado pasan.  
Y en la puerta que en la última  
Meseta cansados hallan,  
Dió un golpe el viejo y por dentro:  
—¿Quién es? preguntan; ¿quién llama?  
—¡Gente de paz! dice el viejo;  
Ábrenos al punto, Juana.—  
Se abrió la puerta, y en ella  
Vióse una mujer escuálida,  
Seca, negra, bigotuda,  
Varonil, huesuda y alta,  
Con un candil en la mano,  
Cuya luz con la otra daba.  
—Gracias á todos los diablos  
Que estamos en nuestra casa,  
Dijo Lucas penetrando  
En una misera estancia.  
Y como Adam no acertase  
Á entrar, le dijo con calma:  
—«Ven, hijito, y no te asustes,  
Que la habitación no es mala,  
Y en ella vas á encontrarte  
Mejor que el pez en el agua.»

Una cocina, un pasillo,  
Un dormitorio, una sala  
Pequeña, constituían  
El conjunto de la casa,  
Que casi puede decirse  
Estaba desmantelada.  
Y como Adam lo observase,  
Con visible repugnancia  
Todo, el viejo sonriendo  
De esta manera le habla:  
—«Comprendo bien que te halles  
Desconcertado y en babia,  
Después de ver el palacio  
Que hace poco te admiraba.  
Ven, sin embargo, conmigo;  
Ten un poco de cachaza  
Y ya verás la sorpresa  
Que te tengo preparada.»  
Dijo: y tocando un resorte

Que en la pared se ocultaba,  
Se abrió otra puerta secreta  
Que Adam y Lucas traspasan,  
Llevando el viejo en su mano  
Un quinqué de hoja de lata,  
Y en su rostro el pobre jóven  
La admiración retratada.

—«Hé aquí tu aposento, hijo,  
Dijo el bandido con calma,  
Entrando en un saloncillo  
De vista menos ingrata.  
Era una pieza mas grande  
Que dista de la elegancia;  
Pero que está con limpieza,  
Modestamente amueblada.  
Constituye su menaje,  
Estera de pleita blanca,  
Una mesa en un testero,  
En redor sillas de paja,  
Un grande armario con libros,  
Un escaño y una cama.

Tomó asiento el viejo Lucas;  
Obligó á su camarada  
Á hacer otro tanto, y luego  
Le dirigió estas palabras:  
—«Oye, Adam; yo no te pido  
Que vengas á abrirme el alma:  
Si algun secreto me ocultas  
Guárdalo cuanto te plazca;  
Mas no olvides que te he visto  
Mientras que con ella hablabas,  
Y que de allí te alejaste  
Tal vez sin decirle nada  
De lo que importa; cualquiera  
Te tomara por un mandria.»

Miró al jóven fijamente,  
Cual si de sondar tratara  
Los diversos pensamientos  
Que por su mente cruzaban,  
Y así prosiguió diciéndole  
Acentuando sus palabras:  
—«Me he convencido; no sirves  
En el mundo para nada;  
Mas ¿qué demonios? al cabo  
Te quiero, y con esto basta.  
Ayer te ví con un hombre  
Tomar, al romper el alba,  
Una copa de aguardiente  
Y permitir que él pagara.  
Comprendí que no debías  
Tener siquiera una blanca,  
Y aunque tengo alma de hiena  
Me enternecí, tuve lástima.  
Puse en olvido tu ingrato  
Proceder, pedí á Salada  
Perdon, aquí en mis adentros;  
Y tapándome la cara  
Con el sombrero, tus pasos  
Seguí por calles y plazas.  
Te he visto pedir trabajo,  
Te he visto... Cállate, calla,  
Que harto dicen tus mejillas  
Poniéndose coloradas.  
Te he visto tender la mano...  
Te he visto temblar... ¡Caramba!  
¿Me dices que eres valiente?

Lo sé; mas eso no basta.  
 Se necesita un esfuerzo  
 Que me confunde y me pasma.  
 Tú, siendo inocente, fuiste  
 Conducido en hora infausta  
 A una cárcel, donde el hombre  
 A ser malo te enseñara.  
 Despues el cura tentando  
 Tu ambicion, tras si te arrastra,  
 Y á esa inocente criatura  
 Del robo y la muerte salvas.  
 Te arrojas luego impaciente  
 En pos de ilusiones gratas:  
 Pides trabajo y consuelos,  
 Y solo desdenes hallas.  
 Debes renegar del hombre,  
 Y sin embargo le amas:  
 Mucha fé, mucha paciencia,  
 Mucho esfuerzo te acompañan;  
 Eres mas noble, mas héroe  
 Que muchos que el mundo aclama.  
 Mas yo temo que ese mundo  
 Se mofe de tus hazañas,  
 Y las desprecie por chicas,  
 Ó las olvide por sándias.  
 Tú, tan fuerte, tan robusto,  
 Tan jóven, con tantas alas  
 Como en la cárcel te dimos;  
 Tú que con una puñada  
 Pudiste aplastar al hombre  
 Que tu pobreza insultaba...  
 Vamos, muchacho, te juro  
 Que me has tocado en el alma.»

Calló Lucas un momento;  
 Su frente inclina; levántala  
 Luego, y de sus ojos caen  
 Dos gruesas y ardientes lágrimas.  
 —«¡Pobre de mí! dijo al cabo,  
 ¿Por qué razon? ¿por qué causa  
 Ésta noche me parece  
 Que mi corazon se ablanda?  
 El ha sido muchos años  
 Como roca solitaria  
 Que dentro del mar resiste  
 A laz olas irritadas.  
 Nunca los ojos he vuelto  
 Al pasado que hoy me espanta;  
 Nunca dirigí la vista  
 Al porvenir que me aguarda.  
 Tienes razon; las lecciones  
 Que yo en la cárcel te daba,  
 Eran demasiado negras,  
 Eran demasiado malas.  
 Sigue el camino que emprendes;  
 Sigue el rumbo que te trazas,  
 Y ¿quién sabe? acaso veas  
 Cumplidas tus esperanzas...  
 Y hasta puede que me apartes  
 Del crimen y de la infamia.»

Diciendo así, avergonzado  
 De que llorar le miraran,  
 Levantóse de repente  
 Y dió una vuelta á la estancia.  
 Luego sacó del bolsillo  
 Un puñado de oro y plata  
 Que puso sobre la mesa,  
 Y así continuó su plática:  
 —«De hoy mas, muchacho, ya tienes  
 El hogar que te faltaba,  
 Y el alimento preciso

Que el estómago reclama.  
 Cómprate un vestido nuevo;  
 Que aunque hay gentes que proclaman  
 Que el hábito no hace al monge,  
 Yo te digo que eso es cháchara.  
 Ponte levita, la triste  
 Chaqueta es prenda que causa  
 Cierito desden compasivo,  
 Si no inspira repugnancia.  
 Yo de muchacho lecciones  
 De leer y escribir tomaba;  
 Te las daré, si tu quieres,  
 Á mi vez desde mañana.  
 Ahí tienes mas de cien libros  
 Que un sábio que aquí habitaba,  
 Y que murió viejo y pobre  
 Dejó al fallecer á Juana.  
 Lánzate al mundo; aunque mozo,  
 El crisol de la desgracia  
 Sin duda te habrá prestado  
 Prudente desconfianza.  
 Estudia los corazones  
 Sin que te estrañes de nada  
 Y en el tuyo dominando  
 Vé supersticiones vanas.  
 La maldad no vive sola  
 Entre la infame canalla;  
 Malvados hay que se cubren  
 Entre magnificas galas,  
 Y que un suplicio merecen  
 Mejor que el que ahora te habla.  
 Yo vendré á verte de noche  
 Y siempre en sus horas altas,  
 Cuando me deje dormida  
 Á tu constante Salada.  
 Te encargo que no la busques  
 Si es que no quieres matarla,  
 Y por último te encargo...  
 Acércate á esta ventana.»

Abrió Lucas las maderas  
 De la que estaba cerrada,  
 Y al asomarse el mancebo  
 Un grito abogó en su garganta.  
 Era la hora bendita  
 En que sus tintas rosadas  
 Esparce por el Oriente  
 La luz serena del alba.  
 Madrid dormido veíase  
 Arrullado por las auras  
 Mostrando las siluetas  
 De sus torres elevadas,  
 Mientras que abajo perdiase  
 En laberintos de casas  
 Y calles. Y allí, mas cerca,  
 Casi al pié de la ventana,  
 Vió Adam un jardin hermoso  
 Lleno de fuentes y estatuas,  
 Y kioscos y arroyuelos,  
 Y artificiales cascadas,  
 Y bombas y farolillos,  
 Cuyas luces ya se apagan.  
 Y aunque desierto aparece  
 Y silencioso y en calma,  
 Y no hay ya en la galería  
 Ni en los salones un alma,  
 Todo lo contempla el jóven  
 Con avidez estremada,  
 Como si viera los cielos  
 Abrirse á su vista estática.

Y segun dice la crónica,  
Segun publica la fama,  
Cuando el viejo con su mano  
Le señaló la morada  
De la condesa, y le dijo:  
«Vela por ella,» con ansia  
Estrechó contra su pecho  
Al bandido, que se aparta  
De su lado, murmurando:  
—Adios, hijo, hasta mañana.

## II.

¿Quién dejó de construir  
En los etéreos espacios,  
Pensando en su porvenir,  
Castillos de oro y palacios  
Con bóvedas de zafir?

¿Quién en su primera edad  
Culto no rindió un momento  
Á la pueril vanidad,  
Que lleva la humanidad  
Adherida al pensamiento?

¿Quién indiferente vió  
Su apostura y gentileza,  
Si á un espejo se miró  
Y en él retratadas vió  
La juventud, la belleza?

Y quién, en fin, dominando  
Inocentes desvarios,  
No vá galas codiciando,  
Á medida que alcanzando  
Vá brillantes atavíos?

Préndase el mundo al mirar  
La riqueza y el primor  
En todas partes brillar;  
Y el hombre suele anhelar  
Lo que al mundo inspira amor.

Por eso nuestro mancebo,  
Á quien ya pintar me atrevo  
Mas alegre y mas dichoso,  
Sale á la calle brioso  
Ostentando un traje nuevo.

Bota estrecha y charolada,  
Pantalon largo y ceñido;  
La levita abotonada,  
Y la corbata anudada  
Con cuidadoso descuido.

Blanca pechera; un boton  
Donde una perla resalta;  
Cadena de relumbron,  
Sombrero de copa alta  
Y un junquillo por baston.

Traje nuevo y elegante  
Que Adam ostenta con brio,  
Sin dejar el blanco guante  
De cabritilla ó de ante  
Que completa su atavío.

Y en verdad que es otro Adam  
Vestido con tal primor;  
Que todos le envidiarán  
Sus vislumbres de galan,  
Sus aires de gran señor.

Y es tan gentil su figura,  
Tan varonil su apostura,  
Que no habrá mujer acaso  
Que á contemplar su hermosura  
No detenga un poco el paso.

Y él, que destierra el dolor,  
Y ya en el mal no se abisma,  
Hallará un mundo mejor  
Mirado por otro prisma  
De un cristal encantador.

Ved sinó como se lanza  
Buscando con ansiedad  
Lo que entrevió en lontananza:  
El amor, la bienandanza  
De la culta sociedad.

Mundo de delicias lleno  
Al que ya no busca en vano,  
Pues ha de abrirle su seno  
Mientras tenga el oro á mano,  
Aunque lo coja del cieno.

Y no faltarán amigos  
De buena ó de mala casta;  
Y no habrá quien diga: *basta*,  
Si de su bien son testigos  
Y con todos triunfa y gasta.

Y no escasearán placeres,  
Ni diversiones, ni amor  
De tentadoras mujeres,  
Que le repitan: «tú eres  
De los hombres el mejor.»

Mujeres que encubrirán  
Entre flores mil su yugo;  
Que acaso le esprimirán  
Del alma y del cuerpo el jugo,  
Y luego le olvidarán.

Y en verdad que no son tales  
Mujeres tan criminales,  
Pues tal vez, y sin tal vez,  
Fué el hombre con su doblez  
Quien las hizo desleales.

Y si el mismo Adam suspira  
Con ellas en lazo estrecho,  
Será su pasion mentira,  
Que él no puede á la de Alcira  
Jamás arrancar del pecho.

Por eso allá en el festin  
Pondrá á sus placeres fin,  
Volviendo con alma ufana  
Á contemplar el jardin  
Que hay al pié de su ventana.

Y en sus horas de apatia  
Con dulce melancolla  
Lanzará al viento un reproche,  
Al ver perderse otro dia  
En las sombras de la noche.

Que á la condesa no vió  
Por mas que lo deseó,  
Y en la oscuridad que crece  
El jardin desaparece,  
Donde en vano la buscó.

Y al ver que es inútil ya  
Tal ventura pretender,

Y que ausente acaso está  
La idolatrada mujer,  
Suspiros al viento dá.

Y pasan días y días,  
Y á lanzarse torna al mundo,  
Buscando sus alegrías,  
Que luego vuelve sombrías  
Un sentimiento profundo.

Y es el afán de aprender,  
El anhelo de juzgar,  
El delirio del saber,  
La pretension de sondar  
Lo que no pudo entender.

Y á su razón pide en vano  
Que le explique de la vida  
Todo el misterioso arcano,  
Pues vá su mente perdida  
Por un inmenso océano.

Y vé cosas que le halagan,  
Secretos que le fascinan,  
Placeres que le embriagan,  
Dulzuras que le empalagan  
Y dudas que le asesinan.

Y así, gozando y sufriendo,  
Camina del mundo en pos,  
Ya amando, ya aborreciendo,  
Á Dios su amor ofreciendo  
Ú olvidándose de Dios.

Que en la culta sociedad  
Á donde ciego se lanza,  
Se agita la humanidad  
Entre la fé, la esperanza,  
El olvido y la impiedad.

Y loco busca el festín,  
Mas luego, con alma ufana,  
Á sus goces pone fin,  
Por ir á ver el jardín  
Que hay al pié de su ventana.

Y en él con grata sorpresa  
Una bella sombra mira  
Deslizarse por la espesa  
Enramada... ¡Es la condesa!  
¡Es la condesa de Alcira!

De júbilo Adam lanzó  
Un grito; el sol de bajada  
En Occidente se hundió,  
Y en sombras desapareció  
La sombra de su adorada.

Y al volverse entristecido,  
Porque el sol que trasponía  
Ver otro sol le impedía,  
Se halló al lado del bandido  
Que á darle lección venía.

Y era la lección postrera;  
Pues él, aplicado y diestro,  
En las lecciones que diera,  
Supo ya mas que el maestro,  
Que un gran maestro no era.

Y éste dijo: — «¡Pesie á mí!  
Que ya me dejaste atrás.  
Mas no has de quedarte así.  
Otros maestros tendrás  
Si es que eso te agrada á tí.»

«Yo conozco á un pobretón  
Que, por sábio, en la indignancia  
Está; te dará lección  
Y... ya verás cuánta ciencia,  
Vas á ser un Salomón.»

«Entretanto te aconsejo  
Que no te ausentes de aquí  
Aunque notes que me alejo.  
Por unos días te dejo;  
Acuérdate, Adam, de mí.»

«No olvides, que me interesa,  
La infeliz á quien denigro.  
Soy padre de la condesa...!  
Y le amaga una sorpresa,  
Le amenaza un gran peligro.»

«Acuérdate de la anciana  
Que reveló el plan ruin  
De aquella gente villana;  
Si oyes tañer la campana  
Corre al punto á ese jardín.»

«Vela de noche y de día;  
Vela, por Dios, buen Adam,  
Por esa pobre hija mía.  
¡Oh! ¿quién sabe si algún día  
Verás premiado tu afán?»

«De menos nos hizo Dios;  
Tú eres un mozo que vale  
Por mas de uno y mas de dos;  
La suerte al camino sale  
De quien menos la fué en pos.»

«Dicen que en la soledad  
La tristeza se conjura,  
Si se entabla sociedad  
Con los libros, y en verdad  
Que no te falta lectura.»

«Estudia; yo volveré  
Pronto, y te sustituiré.  
No seas en mirar reacio  
Lo que pasa en el palacio  
Que hay de esta ventana al pié.»

«Juana de tí cuidará  
Durante mi corta ausencia,  
Y nada te faltará...  
Si el mundo envidia te dá  
Resígnate y ten paciencia.»

«Cuanto mas tardes en ir  
Á confundirte con él,  
Mas tardarás en sufrir;  
Que el mundo es traidor y herir  
Suele con mano cruel.»

«Adios, hijo, que es ya tarde;  
Por unos días emigro;  
Y al ausentarme, cobarde  
Me siento; el cielo nos guarde  
Y la libre del peligro.»

Dijo: al jardín señaló;  
Miró al cielo tristemente;  
Al jóven luego abrazó,  
Y en silencio lentamente  
De la estancia se alejó.



## III.

Y Adam de nuevo en soledad quedando,  
Recorriendo la estancia distraído,  
À sus anchas estuvo comentando  
Las temerosas frases del bandido.  
Y aquella noche continuó velando,  
Hasta que el sol, hallándote rendido,  
Hízose al cabo de sus fuerzas dueño,  
Y dió à sus ojos bonancible sueño.

Era muy cerca ya del mediodía,  
Cuando en su oído resonó potente  
La voz de la mujer que le asistía,  
Quien por tres veces le llamó impaciente.  
Y al notar que el almuerzo le traía  
Tiróse de su lecho prontamente,  
Y se puso à comer de buena gana,  
No sin mirar primero à su ventana.

Fué, sin embargo, inútil diligencia;  
Inútilmente con empeño mira  
Si puede conseguir en su impaciencia  
Entrever la mujer por quien suspira.  
Nadie anima el jardín con su presencia;  
Muda está la mansion de la de Alcira;  
Todo yace en silencio sumergido,  
Medio envuelto en las sombras del olvido.

Fué preciso esperar; pero las horas  
Lentas pasaban; y vinieron días  
Seguidos à su vez de abrumadoras  
Noches tristes, eternas y sombrías.  
Y ardiendo Adam en ansias tentadoras  
Ganas tuvo, entre mil dudas impías,  
De penetrar en el jardín, pues sabe  
Que tiene en su poder de él una llave.

Y hubiera al punto su arriesgada empresa  
Llevado à cabo con valiente intento,  
Si el temor de ofender à la condesa  
No le hubiese asaltado el pensamiento.  
Que si verla y hablarla le interesa,  
También teme causarla un sentimiento,  
Por lo cual con dolor un *no* pronuncia  
Y à penetrar en el jardín renuncia.

Entretanto, el bullicio y el ruido,  
Y el estrépito y grande vocería  
De la corte, ligero hasta su oído  
En sus alas el viento le traía.  
Bulle un pueblo à sus pies, un mundo henchido  
De júbilo sin fin y de alegría,  
Rico, esplendente, seductor y vario,  
Llama y seduce al jóven solitario.

Vosotros ¡ay! que acaso habeis sufrido  
Hondo pesar y fieros desengaños,  
Que el pobre corazón teneis herido  
Por la orfandad desde los tiernos años;  
Que del mundo tal vez habeis huido  
Por no ver su falsía y sus amaños,  
Decid: ¿no habeis perdido vuestra calma  
Viendo à ese mundo que os seduce el alma?

Horas vienen de tédio y de apatía  
En que la triste soledad buscamos,  
Y en ella con cruel melancollía  
Nuestro propio dolor acariciamos;  
Mas luego el mundo de su luz envía  
Un rayo que afanosos vislumbramos,  
Y olvidándonos luego del profundo  
Pesar, buscamos con afán al mundo.

Y si el hombre que poco à poco ha ido  
Cruzando los caminos de la vida,  
Los golpes que en el alma ha recibido  
De tal manera placentero olvida,  
¿Qué hará nuestro mancebo, que ha venido  
Al mundo ayer, si el mundo le convida?  
¿Cómo alejarse del amable roce  
De ese mónstruo falaz que desconoce?

Resuelto ya à lanzarse nuevamente  
À la calle, su libro con enfado  
Cerró Adam, y vistióse diligente  
Dejando dudas y temor à un lado.  
Y por salir mostrábase impaciente  
Al mirarse del todo ataviado,  
Cuando dió un paso atrás con infinito  
Dolor, ahogando en su garganta un grito.

Pálido, inquieto, trémulo de ira,  
Sintiendo que en su pecho acelerado  
Palpita el corazón, absorto mira  
La escena que su enojo ha despertado.  
En el jardín se encuentra la de Alcira;  
Es ella, sí; mas ¡ah! que allí à su lado,  
Un mortal mas feliz la galantea  
Y ella asida à su brazo se pasea.

No hay duda, no; en la insólita locura  
Que le inspiran sus celos bramadores,  
Presiente que aquel hombre la ventura  
Le roba con el bien de sus amores.  
Es el rival de quien le hablara el cura,  
Es aquel que encendiendo sus rencores  
De un cochero brutal armó la mano  
Dando impulsos à un látigo villano.

Tiempo es ya de volver al orgulloso  
Conde su insulto, y con cruel contento  
Hacerle ver que tiene mas brioso  
Brazo, mas fuerzas y mayor aliento.  
Realizar aquel sueño misterioso,  
Cumplir al cura el tardo juramento,  
Y de su lado à la mujer querida  
Arrancarle, arrancándole la vida.

Pensando así, la llave que le diera  
La condesa, tomó y apresurado  
Dando saltos abrevia la escalera,  
De dos pistolas y de estoque armado.  
Resuelto está à buscar con saña fiera  
Y à provocar à su rival odiado;  
Al conde andaz que con desden le mira  
Y le roba el amor de la de Alcira.

Lleno, pues, de impaciencia y de coraje,  
À la calle por fin ciego se lanza,  
Mientras medita en el mayor ultraje  
Que pueda sugerirle su venganza.  
Mas ¡ah! que à la sazón, un carruaje  
Que se aleja veloz, à ver alcanza;  
Y en él vá la de Alcira con el conde  
Rápidamente sin saberse à dónde.

Adam, montando en cólera sombría,  
Lanzó un rugido, y con furioso anhelo,  
Mientras la tierra con su planta hería,  
Cerró sus puños, elevando al cielo  
Una mirada rencorosa, impla.  
Que así mil veces, sin pedir consuelo  
El hombre à Dios, contra su Dios desfoga  
La impotente soberbia que le ahoga.

Y aquí de disculpar al ciego amante  
Casi me asaltan locas tentaciones;  
Pues sabemos que Adam es ignorante  
Y que apenas del bien tiene nociones.

Si fué mala su accion y repugnante,  
 Culpa tienen acaso las lecciones  
 De un mundo que, olvidando el anatema  
 De los cielos, sacrilego blasfema.

De todos modos, si en aquel momento,  
 Imprudente las iras provocado  
 De Adam hubiese alguno, el escarmiento  
 Prontamente le hubiera el jóven dado.  
 Que esta vez el dolor y el sufrimiento  
 De los celos parece han agotado,  
 Prestando al alma impulsos borrascosos,  
 Los innatos instintos generosos.

Pasó, no obstante, el impetu sombrío,  
 Cual suele acontecer á la tormenta  
 Que en alas vá del huracan bravo  
 Tanto mas pronta, cuanto mas violenta.  
 Y del terrible encono y desvario  
 Negro el pesar, la duda macilenta,  
 En pos vinieron, dando á la tristura  
 El imperio que tuvo la locura.

¿Quién es él...? una noche malhadada  
 Penetró en el palacio de la hermosa,  
 Que iba á ser sin piedad sacrificada  
 Por una chusma criminal y odiosa.  
 Y él la salvó; mas ¡ahl que en la morada  
 De la mujer altiva y orgullosa  
 Entró furtivamente, atraído  
 Por el vil interés, como un bandido.

Quisiera Adam con ánimo esforzado  
 Arrancar de su mente, en su impaciencia,  
 El terrible recuerdo del pasado  
 Que entonces abrumaba su conciencia.  
 Mas ¡ahl que en vano triste su pecado  
 Quiere escusar pensando en su inocencia.  
 La dama por quien él de amores muere  
 Le ha juzgado un infame y no le quiere.

—«Y sin embargo el padre de esa hermosa,  
 Dijo Adam suspirando, fué aquel mismo  
 Que en la cárcel me dió con afanosa  
 Solicitud, ejemplos de cinismo.  
 El que un día la vida borrascosa  
 Del crimen, me pintó como heroísmo,  
 Mientras ahora rápido se aleja  
 De esa ruta, y ser bueno me aconseja.»

Trataba de sondar inútilmente  
 Una vez mas el misterioso arcano  
 Que se suele encerrar constantemente,  
 Según ya vé en el corazon humano,  
 Cuando vino á sacarle de repente  
 De su grande abstraccion, ledo y ufano  
 Un hombre que le dió amoroso abrigo  
 En sus brazos, llamándole su amigo.

¡Amigo...! ¿por qué el mundo así prodiga  
 Esa palabra mágica y hermosa,  
 Que tanto á un pecho generoso obliga  
 Cuando ese pecho de candor rebosa?  
 ¿Qué estrella de los hombres enemiga  
 Para que fuese la amistad dudosa,  
 Del que es falaz no ha escrito eternamente  
 La palabra *traicion* sobre la frente?

Aquel hombre que así dábase prisa  
 Por dar á Adam junto á su pecho abrigo,

Es aquel que pretende de Luísa  
 Que falte á Enrique, su mejor amigo.  
 Es Anselmo; en su labio la sonrisa  
 Parece ser de su bondad testigo,  
 Y es la máscara inicua en que sepulta  
 La vil doblez que en su interior oculta.

Y hé aquí, lector, á Adam que nuevamente  
 Se lanza al mundo, y en la córte luce  
 Con el oro que resta al inocente,  
 El lujo que le agrada y le seduce.  
 Y Anselmo que le sigue la corriente  
 Á gastar mas y mas siempre le induce,  
 Hasta que al verle casi sin un cuarto  
 Se aleja de él de sus bondades harto.

Esta vez, sin embargo, erró su cuenta  
 El falso amigo, pues de Adam estaba  
 Decidida la suerte turbulenta  
 Á darle lo que tanto ambicionaba.  
 Dice, lector, el códice que cuenta  
 Los hechos de su vida, que pasaba,  
 Y aquí yo lo repito sin trasporte  
 Por el jóven mas bello de la córte.

Y como quiera que en las córtes haya,  
 Según sucede acaso en otras partes,  
 Mujeres que no ponen nunca á raya  
 Su limpio honor con nobles baluartes,  
 No faltó quien poniendo de atalaya  
 Un insensato amor, con torpes artes  
 El bajel codiciado, aunque con sustos,  
 Hizo arribar al puerto de sus gustos.

Quien fué la esposa infiel, no lo preguntes;  
 Fué liviana y pagó su desacuerdo;  
 Su nombre estaba escrito en mis apuntes;  
 Mas juro que tal nombre no recuerdo.  
 Y á fin, lector, de que tampoco juntes  
 Sus señas, voy (aunque me llames lerdo),  
 Á indicarte tan solo que esta hembra  
 Por todas partes la riqueza siembra.

Era muy rica, mucho; estaba el hombre  
 Á quien juró felicidad, ausente;  
 Y ella manchó tal vez un puro nombre  
 Por amor ó capricho delincuente.  
 En tanto, Adam, y espero que no asombre  
 Este estravío de su edad ardiente,  
 Olvidando un momento á la condesa  
 Dióse á triunfar y á divertirse priesa.

Y montó sobre rápidos corceles,  
 Y fué en la esgrima como pocos diestro,  
 Y el arte bello del divino Apeles  
 Le dió nociones; y hasta tuvo estro  
 Para brillar un poco entre noveles  
 Vates; y luego se mostró maestro  
 En chapurrar francés, según lo ordena  
 La ilustre sociedad que le encadena.

Para tomar, lectores, ese baño,  
 Puedo jurar que Adam fué muy ligero;  
 Que no tardó siquiera medio año  
 En ser galán y apuesto caballero.  
 ¿Fué por eso feliz? El cambio extraño  
 ¿Logró hacer su presente lisonjero?  
 ¿Calmóse su ambicion ó su quebranto...?  
 Vamos á verlo en el siguiente canto.

## CANTO XIX.

## I.

«Es ya cosa probada,  
Corriente, averiguada,  
Segura, inevitable,  
Que el hombre nace para ser sociable.  
Hay un instinto en él que á toda hora  
Le muestra su flaqueza:  
Desnudo sale al mundo;  
En la naturaleza  
Nada hay tan débil como el pobre niño,  
Que en su dolor profundo  
Con tierno llanto compasion implora,  
Demandando solícito cariño.  
No hay mal que no taladre  
Su débil complexion, y en su agonía  
Bien pronto moriria  
Separado del seno de su madre.  
Y cuando madre digo  
Comprenderás muy bien, lector amigo,  
Que tambien me refiero  
A otra madre que tiene el mundo entero.

No os hablo aquí de nuestra madre tierra  
Que en su seno despues nos aprisiona  
Con inflexible comezon tirana;  
Os hablo sola y esclusivamente  
De la que llaman sociedad humana.  
Esta es lazo comun que une á la gente,  
Que produce en el alma el sentimiento  
De atarnos dulcemente  
Y poner en contacto el pensamiento  
De todos cuantos nacen,  
Y al punto el pacto hacen  
De amarse y protegerse mutuamente.

Así identificado,  
Está el hombre del todo asegurado  
De vivir en reciproca armonía  
Siempre en calma, contento  
Aspirando á la dicha y la alegría.  
El valiente sabrá infundir aliento  
Al que cobarde sufre; el ignorante  
Tendrá en el sábio compasivo gula;  
El rico al pobre ofrecerá el sustento  
Con alma generosa y pecho amante;  
Y si por senda infame se estravía  
Un delincuente hermano,  
Pronto el bueno, tendiéndole su mano  
De la virtud le mostrará la vía.

No hay duda, no; la sociedad nos llama  
Con frases lisonjeras;  
Dios ha prestado la razon al hombre  
Para vencer á las sañudas fieras.  
Es fuerza unirse, protegerse, amarse,  
Ser todos unos, y con noble y tierno

Afecto, al fin ligarse  
En santo lazo venturoso, eterno.»

Esto Adam leyó un día  
No sé en qué libro de filosofía,  
Y yo juro á mi vez á mis lectores  
Que prendado quedó de esos primores;  
Pero debo decir al tiempo mismo  
Que, á la par que en el mundo se engolfaba  
Y estudiarle afanoso pretendia,  
El pobre en un abismo  
De dudas se encontraba:  
Dudas que en vano descifrar queria,

Verdad es que la gente  
Maldito si le dió leccion alguna  
De lo que él impaciente  
Adivinar anhela.  
Por el pronto en la escuela  
Cortesana los hombres le enseñaron  
Aquello que prudentes acordaron.  
Supo hacer cortesias,  
Mover los pies y brazos,  
Decir ó hacer discretas tonterías  
Y recibir ó devolver abrazos,  
Disimular sus penas y alegrías  
Aunque se hiciese el corazon pedazos,  
Y ver si á la etiqueta se acomoda  
Para hacerse por fin hombre á la moda.

En tanto que esto hicieran,  
Si bien no siempre diestro  
En esas cosas se mostró maestro,  
Aquellos que le dieran  
El título de jóven elegante,  
Adulándole siempre por delante,  
De su triste ignorancia se reían  
En su ausencia, y se hacían  
En cien círculos vários  
Discretos comentarios,  
Preguntando de dónde procedían  
El oro y las grandezas que ostentaba;  
Y el nombre de una adúltera rodaba,  
Con vil oprobio, y para eterna mengua  
De un marido infeliz de lengua en lengua.

Aquel sordo ruido,  
Vago, incesante, resonó en su oído;  
Y entonces, comprendiendo  
Que no era noble acaso lo que hacia,  
Puesto que de ello el mundo se reía,  
Miró en redor la intensidad midiendo  
De sus acciones; y encontrando en torno  
Muchos hombres que cándido le llaman  
Porque nécio vacila, y que proclaman  
Aventuras iguales con denuedo,  
Adam sacude su inocente miedo.

De todos modos, en el alma lleva  
Una herida mortal, el negro hastío  
Abre en su pecho abrumador vacío.  
La delincuente esposa que con lazos  
Criminales le abruma y le sofoca,  
Dulces frases le pide, que no siente  
Su corazón; Adam ya no la ama;  
Y esas frases que salen de su boca  
Se escapan lentamente  
Escitando los celos de la dama  
Que ya en silencio llora  
Y del ingrato dueño amor implora.

¿Quién dió lo que no tuvo? Adam pretende,  
En el revuelto piélago del mundo,  
Donde oye hablar de cosas que no entiende,  
Ver si llena el profundo  
Vacío que vé abierto  
Siempre á su vista; el porvenir incierto  
Guarda la dicha ufana  
Porque siempre suspira.  
De nuevo en la de Alcira  
Piensa, y piensa de nuevo en su ventana.

¿Por qué nunca ha dejado  
El hombre de acordarse del pasado?  
¿Por qué presta brillante colorido  
A todo lo que *ha sido*,  
Por mas que lo que fué tal vez le ha hecho  
Heridas en el pecho?  
¿Por qué el sol que se pone nos ofrece  
Gratos vislumbres, y la noche solo  
Del presente, mas negra nos parece,  
En tanto que los cielos arrebola,  
Anima y esclarece  
Del porvenir la espléndida aureola?

Lo cierto es que, lanzado  
Adam del modo que espesado queda  
A la vida agitada  
De la córte, no encuentra la alegría  
Ni la dicha que tanto apetecia.  
La mujer que hastiado  
Le tiene con su amor y con sus celos  
Y sus tiernos desvelos,  
Oro le dá sin cuento ni medida,  
Que él derrocha en seguida  
Huyendo de ella con creciente enfado.  
Y busca diversiones;  
Apetece mas grandes emociones;  
La vida borrascosa,  
Párecela pueril, trivial, penosa;  
Tal vez envidia la época pasada  
En que oscuro vivió con su Salada.  
¡Salada! ¿dónde está? ¿dónde el bandido  
A quien puso en olvido?  
¿Qué fué de la condesa?  
¿Qué del cura y de Pupas?  
¿Qué de Alarcon? la suerte le interesa  
De todos, y no obstante  
Sigue siempre adelante  
Sin saber dónde vá; rudo el destino  
Le empuja en su camino,  
Y ya Madrid es poco  
Para él que vá perdido como un loco.

De vez en cuando el vuelo  
De su intranquilo espíritu paraba,  
Y lleno de terrible desconsuelo  
Las miserias del hombre contemplaba,  
Y la miseria propia,  
Pues él no es mas que de los otros copia.  
¿Quién es él? ¿dónde vá? fáltale un nombre  
Y apenas sabe, apenas por qué existe:  
Ayer que pobre era

Y que vagaba por las calles triste,  
Ni un amigo tenia;  
Y hoy le cercan y adulan á porfia  
Brindándole cariño por do quiera.  
¿Qué le enseñaron? nada;  
Es verdad que orgulloso,  
Ante alguna mujer enamorada,  
*En un caballo con la crin tendida,  
La cola suelta, vagarosa al viento,  
Y la abierta nariz de fuego henchida  
En alas iba ya de su contento.*  
Es cierto que sabia,  
Manejar un florete; que ya un dia  
Tuvo un duelo, por culpa de una dama,  
Con el que obtuvo de valiente fama.  
Es cierto que se atreve  
Tambien el pobre á ponderar la gloria  
Y cultura del siglo diez y nueve.  
Que alguna vez de historia  
Y mil de la política le hablan;  
Que nada de esto entiende  
Aunque entenderlo con afán pretende;  
Y que al fin se acomoda  
A ser, como hemos dicho, hombre de moda.

Mas ¡ah! que en tanto el alma  
Sigue sintiendo el congojoso hastío  
Que la dicha le roba con la calma.  
De la mujer que le ama, con desvío  
Mas se vá retirando.  
Solo vá á verla allá de vez en cuando  
Por obtener el oro y las riquezas  
Con que ella torpe abona sus finezas.

Y al cabo llega un dia  
En que vuelve indignado  
El esposo ultrajado  
Que viene á castigar la felonía  
De la adúltera esposa.  
Juez inflexible de su honor, le pide  
La cuenta minuciosa;  
Lavar su mancha con teson decide  
Y el limpio acero mide  
Con el acero del rival odiado,  
A cuyos piés herido  
El infeliz marido,  
Cayó en sangre bañado,  
Mientras que Adam huyó precipitado.

Y la noche sombría  
Tendió su manto; y dos buenos amigos  
Que del duelo testigos  
Fueron, porque el honor se lo imponia,  
Al herido afanosos levantaron  
Y en un coche le entraron,  
Que allí con cuerda prevision habia.  
Y se habló al otro dia  
De aquel triste suceso;  
Y solo se estrañó que aquel amante  
Bizarro y arrogante,  
A quien apenas se formó proceso,  
De nuevo no volviera  
A continuar triunfante su carrera.

## II.

Adam ha vuelto al cuarto que en mal hora  
Insensato dejó; todo en silencio  
Yace en torno del joven; Madrid duerme  
Lanzando los rumores postrimeros  
De un dia borrascoso; los relojes  
Marcan las dos en los lejanos templos.

Y Adam inquieto vela; los gemidos  
Quejumbrosos se escuchan de los vientos  
Que hacen crugir las carcomidas hojas  
De su ventana, donde en otro tiempo  
Asomado, anhelaba ver la imágen  
De la de Alcira con creciente anhelo.

Un velon de metal que hay en su mesa  
Deja escapar los débiles reflejos  
De la oscilante luz; y todo es calma,  
Tristeza, soledad... ¡ay! ¿dónde fueron  
Las horas de ilusión y de ventura  
Que quiso hallar en el revuelto piélago  
Del mundo? Parece que han pasado  
Para nunca volver, dejando lleno  
El pecho de aflicción; fugaz el rayo  
Rasgó las nubes, y con rumbo incierto  
Fué á perderse en las sombras insondables  
Del porvenir; y herido, triste, inquieto  
Quedó aquel que clavar quiso sus ojos  
En la cárdena ráfaga de fuego.

Breve fué y borrascosa la existencia  
Del pobre Adam; en tan escaso tiempo  
Quiso apurar la copa del deleite,  
Y en su fondo encontró mortal veneno.

¿Por qué ocultarlo? el jóven en el alma  
Oye una voz que con terrible acento:  
«Tú has matado á tu prójimo,» le grita,  
«Tú has manchado su tálamo, y cubierto  
Al desdichado de ignominia y luto;  
¡Asesino! ¡asesino!» Y un espectro  
Se levanta iracundo ante sus ojos  
Asombrados; latir siente en el pecho  
Con ánsia el corazón, donde se alza  
La sombra del cruel remordimiento.

Bien mirado, lectores, si en el mundo  
Hubiese Adam vivido mucho tiempo,  
En la ocasión presente, hubiera el pobre  
Sin duda alguna padecido menos.  
Entonces del honor las leyes sábias  
Le hubieran convencido de que el duelo  
Llevado á cabo con valor, destreza  
Y buena suerte, deja satisfecho  
Al ofendido, al ofensor, al triste  
Que cae vencido, y al que vence diestro.  
Lo mismo que á los hombres que atestiguan  
Del noble lance el valeroso término.

De todos modos, aunque Adam apenas  
El decálogo sabe ó los preceptos  
De Dios, ni lo que luego á sus antojos  
Los hombres á su vez establecieron,  
Es la verdad que aquella voz escucha  
Sin saber cómo; que le inspira cierto  
Temor indefinible el ver sus manos  
Tintas en sangre, y que entregarse al sueño  
Teme el cuidado; por lo cual en vela  
Pasa la noche solo en su aposento,  
Pensando en la justicia de los hombres  
Y también en la cólera del cielo.

«¡El cielo! ¡la justicia! ¡vaya un héroe!»  
Dirá acaso un lector de pelo en pecho,  
Y aun temo que murmure por lo bajo:  
«Este poeta me parece memo.»  
Tiene razón el que de mí murmure  
De tal modo: este Adam es un mancebo  
Meticuloso, imbécil... mejor fuera  
Remontar el osado pensamiento  
A los tiempos heroicos; describir  
Combates y espectáculos sangrientos;  
Ensalzar las acciones de los hombres

Que con feroz, con indomable esfuerzo,  
El carro de sus triunfos conducían  
Tirados por esclavos prisioneros,  
Y asolaban la tierra conquistando  
Dilatados, magníficos imperios.  
¿Qué importa que su paso señalaran  
La ruina, el luto, el hambre y el incendio?  
Si los campos sembrados de cadáveres  
Y palpitantes destrozados miembros  
Quedaban, esos cuadros pavorosos  
Éran sublimes, admirables, bellos,  
Para el poeta que inspirado alzaba  
Con voz potente sus cantares bélicos.

Es muy cierto, lector, y aun si me apuras,  
No era preciso (lo declaro ingenuo);  
No era preciso hasta la edad remota  
Trasladarse; no á fé. — Nuestros modernos  
Tiempos, ofrecen en recientes páginas  
Grandes, terribles, dolorosos hechos.  
Mas quede para aquel que torpe emprenda  
Por el ánsia de alzarse un monumento,  
La vil tarea de ensalzar la guerra  
Y la matanza y el estrago horrendo,  
Y las luchas tenaces y espantosas  
Entre opresores y oprimidos pueblos  
Presentando á quien fiero las promueve,  
Como el tipo mas grande y mas perfecto  
Que Dios creó para que ser pudiera  
De la doliente humanidad ejemplo.

Vuelvo, pues, á mi Adam; el pobre jóven  
No es un cobarde; varonil esfuerzo  
Le acompaña; mas piensa por instinto  
Que ser no debe valioso hecho  
Matar á un semejante, y todavía  
Párecele mas grande, mas inmenso  
Su delito, pensando que aquel hombre  
Fué por él agraviado sin saberlo.  
Por eso teme á la justicia humana  
Y también á la cólera del cielo.  
Que aunque de Dios apenas en el mundo  
Oyó hablar nuestro jóven; hay un eco  
En el alma que anuncia su existencia  
Allá en la eternidad y acá en el tiempo.

### III.

Temprano al otro día, muy temprano,  
Cuando apenas los débiles reflejos  
Del alba en su ventana penetraban  
Por grietas y redondos agujeros,  
Adam, soltando un libro que tenía  
En sus manos, dejó á la vez su asiento  
Y las vetustas puertas carcomidas  
De aquella al punto abrió de inquietud lleno.  
Entonces á sus ojos admirados  
Un cuadro se ofreció grandioso y bello  
Cual nunca el pobre jóven contemplara,  
Y que absorto miró: cubierto el cielo  
De cenicientas y compactas nubes  
Tranquilamente desde el manto denso,  
Innumerables y brillantes copos  
De blanca nieve regalaba al suelo.  
Al viento bramador ha sucedido  
Húmedo ambiente; el horizonte estrecho  
Y limitado está; mas por debajo  
De la ventana, en deslumbrante lecho  
Los árboles cargados aparecen  
De festones de plata, que siguiendo  
El laberinto de encurvadas ramas  
Dan al jardín deslumbrador aspecto.

Quedóse Adam estático y confuso;  
Los bellos copos minorando fueron  
En fuerza y cantidad, y el horizonte

Fuese ensanchando; pálidos reflejos  
Matizaron las nubes que á moverse  
Comenzaron sus senos entreabriendo.  
Y aquí y allí en pedazos se mostraba  
El bello azul del claro firmamento  
Hasta que al cabo el sol alumbró súbito  
Un panorama encantador, risueño  
Y grandioso á la vez; las altas cumbres  
De los lejanos montes, los estensos  
Campos, las calles, los tejados, todo  
De blancas capas hállase cubierto.  
¿Quién realiza el prodigio? Adam lo ignora;  
Pero eleva hasta Dios el pensamiento.

Tres días con tres noches en su cuarto  
Permaneció; el jardín está desierto  
Como siempre; el palacio sigue triste  
En soledad sumido y en silencio.  
Y entretanto que Adam hondo vuelve  
Por la condesa, que á encontrar no ha vuelto,  
Lanza, sus ojos al pasado vuelve  
Evocando sus últimos recuerdos.  
Entonces, cuando el sol al cuarto día  
Moribundo se hundió en otro hemisferio,  
Adam salió á la calle presuroso,  
Embozado en su capa; con misterio  
Indaga del rival que cayó herido  
A sus plantas, cuál fué la suerte; y lleno  
De gozo, escucha con placer la nueva  
De que aun vive aquel hombre; ya los ecos  
No traerán de continuo á sus oídos  
Aquellas frases lúgubres; su pecho  
De la opresion que le abrumaba, libre  
Se vé por fin; el espantoso espectro  
Que pronunciaba el nombre de asesino,  
Para siempre enmudece y huye lejos,  
Muy lejos... ¡Oh! ¡qué dicha! cuánto agrada  
Desechar el feroz remordimiento!

A su asilo tornaba presuroso,  
Cuando en un triste callejon estrecho  
Vió un grupo de hombres que en la sombra hablaban  
En voz muy baja; sin parar en ellos  
La atencion, nuestro jóven su camino  
Seguido hubiera por el lado opuesto;  
Mas entonces oyó que pronunciaban  
El nombre dulce del amado objeto.  
—«No hay que dudar, señores, dijo uno,  
Que hoy á la córte la de Alcira ha vuelto;  
Estemos prevenidos, y que el golpe  
No se dé en vago cuando el golpe demos.  
Ya lo sabeis, el cura nos promete  
Doble botín...» —«Si, sí, ya le daremos  
Lo que merece.» replicó otro hombre  
En voz mas alta y con feroz acento.  
—«Eso, gritó una voz afeminada  
Que Adam reconoció, juro y prometo  
Que corre de mi cuenta.—Siempre Pupas,  
Ótro observó, demuestra grande afecto  
Hácia el sotana; di, ¿por qué le quieres  
Tan mal?—Os digo que razones tengo...  
Pero vamos de aquí, que allí parece  
Que hay un curioso...—Con hundir mi acero  
En su garganta, os juro que las ganas  
De oír le quitaré.—No, no, marchemos,  
Dijo un viejo con cierto aire de mando,  
Y todos desfilaron en silencio.

Adam que amartillando una pistola  
Con todos á luchar está dispuesto,  
Permaneció impassible en la otra acera  
Dudando si arrojarle sobre ellos  
Ó nó; pero al mirar que desaparecen,—  
Así murmura:—«La de Alcira ha vuelto  
Y otra vez el peligro le amenaza;

No olvidemos á Lucas: no olvidemos  
La ventana; mas antes... ¡oh! ¡Dios mio!  
¿Qué mágico poder me atrae de nuevo  
A pesar de que siento levantarse  
Dentro de mí los iracundos celos?  
¡Oh! es preciso, no mas vacilaciones;  
No mas dudas; es fuerza; yo lo quiero.

Calló Adam y al instante, apresurando  
El paso, se internó por el estrecho  
Callejon, do la tapia se levanta  
Del jardín del palacio; con resuelto  
Ademan, una llave del bolsillo  
De su levita saca; mide atento  
Su empresa, se decide; ante la puerta  
Falsa se pára; el rechinante hierro  
De los goznes, anuncia que la puerta  
Se entreabre; entra Adam, cierra ligero  
Y allí en las calles del jardín se pierde  
Como un fantasma en la tiniebla envuelto.

## IV.

Al fin de una alameda, cuyos árboles  
Sus ya desnudas ramas en silencio  
Agitaba, formando extraños ruidos,  
El temeroso contenido viento,  
Logró Adam percibir un balconcillo  
Por el cual se escapaban los reflejos  
De una luz melancólica. Sus pasos  
Dirige entonces, al través del velo  
De sombras que le cercan, y hácia el sitio  
Que le marca aquel faro acude inquieto.  
No ignora el jóven al llevar á cabo  
La empresa que acomete, á cuanto riesgo  
Se espone, si escaldando la morada  
De la de Alcira, le hallan en secreto  
En medio de la noche tenebrosa  
Cual si intentase cometer un hecho  
Criminal; pero el caso es que ha jurado  
Ver si consigue mitigar sus celos  
O acabar de una vez con sus amores  
Poniendo al fin á su esperanza término.

Tal vez en medio de la ardiente lucha  
Que se traba en el fondo de su pecho  
Surgen ideas que su mente halagan  
Y en ella ejercen seductor imperio.  
Ideas pasajeras que no atina  
Sin duda á formular con inmodesto  
Amor propio y orgullo desmedido;  
Pero que vagas bullen en secreto,  
Sin saber cómo, atropellando el alma  
Con un enjambre de delirios bellos.  
El que ha visto en el mundo mil mujeres  
Entregadas á torpes devaneos;  
Que la virtud y la hora de cien damas  
Hundir vió por los hombres en el cieno  
Públicamente; que do quier ha visto  
La befa ó el escarnio que el incrédulo  
De todas hizo ¿cómo á la condesa  
Concederá virtud y noble esfuerzo?  
Si los hombres que tienen una madre  
Marcan á todas con infame sello,  
El, que madre no tuvo, ¿cómo puede  
Su honra volver al ultrajado sexo?  
Si hubo un tiempo en que el hombre peleaba.  
En las lides sangrientas y torneos,  
Por su Dios, por su pátria, y por la triste  
Indefensa doncella; el mundo ha vuelto  
La oracion por pasiva; Adam lo sabe,  
O no lo sabe, y marcha con los tiempos.

Acariciando, pues; la grata idea  
De postrarse á los pies del dulce dueño,

Y enternecer su corazón acaso,  
Y rendir su virtud; Adam, contento  
Se va acercando al sitio por do advierte  
Que de la luz escapan los reflejos.  
Modera el ruido de sus pasos, llega,  
Mira, y al punto quédase suspenso,  
Ante la triste misteriosa escena  
Que allí sus ojos admirados vieron.

## V.

Con sus manos blanquísimas cruzadas;  
Pálido el rostro; pero siempre bello,  
Una dama enlutada está de hinojos  
Orando triste sobre el duro suelo.  
Una pequeña lámpara que pende  
De la dorada bóveda del techo  
Baña con tibia luz la frente hermosa  
Que ella inclina con hondo abatimiento,  
En tanto que se escapan fugitivos  
Suspiros tristes de su ebúrneo pecho.  
Dos niños inocentes á su lado  
Y una jóven, la miran con respeto  
Y repiten al punto conmovidos,  
Con dulces voces y apagado acento,  
Las frases que los labios de la dama  
Van murmurando con piadoso anhelo.

—¡Es ella! dijo Adam; es la condesa;  
¡Qué hermosa está! mas ¡ah! ¿por qué en silencio  
Su rostro surcan abundantes lágrimas?  
¿Por qué palpita su agitado seno?

No bien Adam de formular acaba  
Sus dudas, un suspiro lastimero  
Arroja la condesa y de sus ojos  
Caen los raudales de su llanto acerbo.  
Los niños corren á sus brazos, rápida  
Su compañera acude y con respeto  
Y profundo interés.—«¡Señora! esclama,  
Basta ya por piedad; basta de duelo;  
¿No veis que nos matais con ese llanto  
Que va agostando vuestro rostro bello?

Oyendo estas palabras la condesa  
—Tienes razón, responde; yo os condeno  
A la amargura, perdonadme amigos.  
Yo estaba loca y á mi juicio vuelvo.  
Desde ahora mismo... sí, desde ahora mismo...  
Mas dime ¿volvió el conde?—El conde ha vuelto.  
—¿Pues por qué á darme aviso no viniste?  
—Porque estaba V. E.—Ya me acuerdo;  
Estaba descansando; mas no olvidéis  
Que son breves las horas de mi sueño.  
Oye, Dianora; cuando venga el conde  
No le hagais esperar, que entre al momento.

«¡Oh! ¡le ama! ¡le adora! no me queda  
Duda; le quiere con delirio inmenso;  
Dijo Adam alejándose sombrío  
De la ventana y del palacio luego.  
Y volviendo á su cuarto ardiendo en ira,  
Medio vestido se arrojó en su lecho,  
Mientras que ideas de venganza y odio  
Solo le inspiran sus rabiosos celos.  
¡Pobre loco! tal vez si en los jardines,  
Al pié del balconcillo donde oyendo  
Estuvo á la condesa, moderando  
Su enojo, hubiera estado otro momento,  
Tal vez entonces escuchado hubiera  
Lo que aquella mujer le ama en secreto.  
Solo Dianora, tierna confidente  
De la de Alcira, recibió en silencio,

Ambas llorando, ante los tristes niños,  
La confesion de aquel amor inmenso  
Que abraza un corazón do ya no caben  
La esperanza, la dicha y el contento.

## VI.

A la siguiente mañana,  
Cuando Adam se levantó,  
En vez de abrir, entornó  
La consabida ventana.

Lleno de rabia sin fin  
Y maldiciendo su estrella,  
No quiso volver á ella  
Por no mirar al jardín.

Harto la noche anterior  
Sufrió en sus rudos desvelos  
La tortura de sus celos,  
La intensidad de su amor.

Amor que ya con violenta  
Fuerza, en su pecho se anida;  
Amor que crece á medida  
Que el obstáculo se aumenta.

Por eso en lucha incesante  
No sabe ya lo que hacer:  
Ha jurado aborrecer  
Y es cada vez mas amante.

—« Al menos, dijo impaciente,  
Aunque imposible me sea  
Odiarla, que yo la vea  
Con mirada indiferente.»

Siguiendo su pensamiento  
Fué á la ventana, la abrió,  
Miró al jardín, suspiró  
Y malogróse su intento.

Que quien con tal impaciencia  
Por un bien así suspira,  
Miente al decir que le inspira  
Ese bien indiferencia.

Dijera con mas razón  
Que su flaqueza ocultaba  
Cuando mas le avasallaba  
El amante corazón.

## VII.

En medio de aquella lucha  
De encontrados pareceres  
En que la razón sucumbe  
Ante el amor casi siempre  
Hallóse Adam sorprendido  
Por Juana que entró impaciente  
Con una carta en la mano  
Y le dijo de esta suerte:  
—Un caballero pregunta  
Por usted; ¿le digo que entre?  
—¿Quién es?—Tan solo me ha dicho  
Que hablarle al momento quiere.  
—¿Sus señas?—Es un anciano  
Bien parecido y decente.  
—¿Pero esa carta...?—Hace poco  
Que la trajeron.—Parece  
De Lucas; sí, sí, es su letra.  
—¿Qué digo al anciano?—Pídes...  
Mas no, yo saldré á su encuentro.  
—¿Aquel está, ¿me voy?—Sí, vete,

Salió la mujer, y el jóven  
 Encontróse frente á frente  
 Del anciano, que en su capa  
 Medio embozado aparece  
 Con la cabeza cubierta  
 Que inclinó ligeramente.  
 Y como Adam ofendiólo  
 Tal vez á indicarle fuese  
 Que el modo de presentarse  
 Parecía un poco agreste,  
 El anciano se descubre,  
 Se sienta resueltamente,  
 Y al ver que le reconoce  
 Adam, su mano le tiende.

—« No estrañe V., dice luego,  
 Que así en su casa penetre  
 Quien sabe que han presenciado  
 Crímenes estas paredes.  
 Este edificio sombrío  
 Es ya tan viejo, que puede  
 Asegurarse no hay otro  
 En todo Madrid que cuente  
 Tantos años de existencia  
 Ni que tanta fama lleve.  
 Aquí, según las leyendas,  
 Diz que habitó antiguamente  
 Una chusma de rufianes  
 Y de impúdicas mujeres,  
 Que á los tribunales dieron  
 No poco que hacer; y hay gentes  
 De mis años, que á sus graves  
 Abuelos, cien y cien veces  
 Oyeron decir que el diablo  
 Mismo, tuvo aquí su albergue.  
 Por lo demás, hijo mío,  
 Yo espero de V. que piense  
 Que no vengo á relatarle  
 Consejas impertinentes.  
 Si el diablo fué de esta casa  
 Señor, ó tan solo huésped,  
 Yo soy cristiano y no temo  
 Que él tenga ganas de verme.  
 Dejemos las tradiciones  
 De antaño, y aun las presentes,  
 Y vamos á lo que importa  
 Y aquí me conduce á verle.»

Guardó silencio un instante,  
 Miró al jóven fijamente  
 Y continuó de este modo  
 Entre grave y entre alegre:  
 —« Cierta noche, bien me acuerdo,  
 Habrán pasado seis meses,  
 Dió usted tres golpes sonoros  
 Con empuje y mano fuerte  
 En la puerta de la casa  
 Donde vivo felizmente  
 Con mis hijos y mis nietos,  
 Que con su amor fortalecen  
 Mi vejez; usted llevaba...  
 (Perdone que lo recuerde),  
 Llevaba chiqueta; iba  
 Mal vestido; pero fuese  
 Como fuere, usted entonces  
 Ostentaba en esa frente  
 Un candor y una inocencia  
 Que hoy quizás de menos eche.  
 Dirá usted que los ancianos  
 Nos mostramos casi siempre  
 Inclinados, por desgracia,  
 A sacar á luz vejezes  
 Y á componer en historias  
 Cuanto á su vista sucede;

Mas no importa, yo la ensarto  
 Si V. á su vez me atiende.»

Hizo Adam un movimiento  
 De impaciencia; pero fuese  
 Porque el anciano no pudo  
 Advertirlo, ó porque viene  
 Despacio, anudó con calma  
 Su relacion nuevamente,  
 Y dijo:—« Usted, buen amigo,  
 Será posible recuerde  
 Que de Alarcon una carta  
 Llevaba...—Si, sí...—Corriente.  
 Tampoco habrá usted olvidado  
 Que el viejo que á hablarle viene  
 Le tendió su mano entonces  
 Lleno de entusiasmo ardiente...  
 —Es verdad...—Y con el alma  
 Le ofreció su pobre albergue  
 Con su amistad... y eso que era  
 Aquel momento solemne  
 En que de un jóven honrado  
 Lamentábamos la muerte.  
 ¡Pobre Alarcon...! Usted iba  
 Entonces con impaciente  
 Ansiedad, en busca suya.  
 Pero es jóven y la suerte  
 No sé cómo, le ha llevado  
 Tras la dicha y los placeres,  
 Y yo no le culpo; el mundo  
 Seduce, arrastra, pervierte  
 Los sentimientos del alma,  
 Y hace del hombre un juguete,  
 Mucho mas si el hombre es jóven  
 Y no conoce al alevé.  
 Digo, pues, que usted ingrato  
 Pudo al fin desentenderse  
 De Alarcon; mas yo le quiero  
 Y en pos de usted impaciente,  
 Mientras mi hijo corria  
 Hácia su casa, lancéme  
 También á buscarle; el alma  
 Y ciertos antecedentes,  
 Me arrastraban hácia el sitio  
 Donde usted precisamente  
 A la sazón olvidaba  
 Al infeliz...—Razon tiene;  
 Pero yo...—No me lo diga;  
 Lo sé todo; usted pretende  
 De la vida los arcanos  
 Profundizar, y se pierde  
 En la sociedad que nunca  
 Conoció; triste se vuelve  
 A esta mansion y suspira  
 Por la condesa; y la cree  
 Tal vez culpable...—¡Dios mío!  
 ¿Quién pudo decirle...?—Ese  
 Es el misterio que trato  
 De aclararle, si me atiende.  
 —¡Oh! sí, sí, con toda el alma.  
 Hable V.; estoy pendiente  
 De sus labios.—La de Alcira  
 Es un ángel que merece  
 Mayor ventura; no puedo  
 Nombrarla, sin conmovirme.  
 ¡Pobre jóven! en mal hora  
 Clavé en su pecho inocente  
 Un dardo que en él ha abierto  
 Mortal herida; su suerte  
 Hice desdichada y hoy  
 Mi proceder imprudente  
 Me asusta; mas ya no hay medio  
 De retroceder; no siempre  
 La ancianidad es tan cauta  
 Cual serlo sin duda debe.



—Prosiga V...—Si, hijo mio;  
 Usted se encuentra impaciente,  
 Y es muy justo que suprima  
 Reflexiones que no vienen  
 Al caso; sigo mi historia  
 Que ya interrumpí dos veces.  
 Los hijos de nuestro amigo  
 Alarcon, que no parece  
 Aunque se le busca, al menos  
 Hoy en la condesa tienen  
 Una sollicita madre  
 Que á su bien piadosa atiende.  
 Ella vela por la esposa  
 De nuestro amigo, ella quiere  
 Desposeerse de todo,  
 Legarles todos sus bienes;  
 Mas su inmenso sacrificio  
 Rechazar los cielos deben.  
 ¿Sabe V. cuál es su intento?  
 Encerrarse para siempre  
 En un claustro...—¡Oh! no; ¡mentira!  
 Es imposible...— Pluguiese  
 Á Dios que imposible fuera.  
 Yo he de hacer, aunque me cueste  
 La vida, cuanto en mis manos  
 Hoy esté, para oponerme  
 Á sus designios; mas temo  
 Que mis intentos se estrelen  
 En su voluntad.—Su primo...  
 —¡Ay! ¡calle usted, imprudente!

Don Genaro estas palabras  
 Dijo con acento breve,  
 Y de Adam clavó en el rostro  
 Su mirada fijamente.  
 Luego se fué serenando  
 Su espíritu; y cual si hubiese  
 Hablado consigo mismo,  
 Así murmuró entre dientes:  
 —«¡Pobre corazon humano  
 Que estúpido te revuelves  
 Contra tí mismo! insensato  
 El hombre que no comprende  
 Su propio bien! que en los otros  
 Corazones nunca lee,  
 Y que así ciego camina  
 Padeciendo eternamente.»

Quedóse Adam sorprendido;  
 Pero el anciano, cogiéndote  
 Una mano, de este modo  
 Continúa:—«Usted no tiene  
 Razon para estar del conde  
 Celoso; el conde se muere  
 De amor por otra; su prima  
 Es solo su confidente  
 Como él lo es de ella; se buscan  
 Ambos; mas buscarse suelen  
 Para hablar de los objetos  
 De su cariño vehemente.  
 Se han criado en la opulencia;  
 Altos títulos poseen  
 De nobleza, y las diatribas  
 Del mundo, con razon temen,  
 Si el mundo á saber llegara  
 Que los ojos imprudentes  
 Pusieron en mala hora,  
 En quien su amor no merece.  
 —Yo no comprendo...—Sigamos,  
 Para ver si me comprende.  
 Usted ha estado celoso;  
 Y sin embargo ahora viene  
 De donde tanto ha gozado  
 En brazos de otras mujeres.  
 ¿Ha olvidado el desafío

En que por poco la muerte  
 Dió á un honrado esposo?—¡Es cierto!  
 —Pues ¿con qué derecho puede  
 Tener celos? ¿con qué títulos  
 Ser correspondido quiere?  
 Dirá V. que arrepentido  
 Está: ¡disculpa solemne!  
 ¡Aberracion insensata  
 En que á caer torpe viene  
 Quien ingrato y nécio supo  
 El corazon inocente  
 De la mujer que le adora  
 Destrozar con mano alevé!  
 —¿Qué dice usted...? la condesa...  
 —Es un ángel, y quererle  
 Pudo, idealizando al hombre  
 Que de la asquerosa plebe  
 De bandidos, una noche  
 La salvó.—Pero... ¿me puede  
 Amar aun...? ¡oh! no apure  
 Mi paciencia; siento fiebre,  
 Y mi razon se extravía  
 Mientras estallan mis sienas.  
 —¡Tenga usted calma!—¡Funesta  
 Vejez, que con calma suele  
 Mirarlo todo! Yo tengo  
 Un alma férvida, ardiente,  
 Que en este instante la dicha  
 Beber á raudales quiere.  
 Si la condesa me ama;  
 Si es jóven y el fuego siente  
 Que siento yo; no mas dudas,  
 No mas calma me aconsejen.  
 Deje el mundo que á sus plantas  
 En hora dichosa vuela,  
 Y que le espliquen mis labios  
 Los delirios de mi mente.»

Viendo D. Genaro al jóven  
 Tan resuelto, contenerle  
 Quiso a todo trance, y dando  
 Un salto, súbitamente  
 Dejó su asiento; á la mesa  
 Se acercó, y cual si estuviese  
 En su casa, puso luego  
 Su mano tranquilamente  
 Sobre la carta de Lucas  
 Que aun cerrada permanece.

—¿Qué hace usted? Adam esclama.  
 —¿Qué hago? voy á devolverle,  
 Respóndele D. Genaro,  
 El poco juicio que tiene  
 Y que perdió despreciando  
 Las canas que me enaltecen.  
 —¿Usted sabe...?—Nada ignoro.  
 —¿Y ella...?—Si triste supiese  
 Que era su padre ese hombre  
 Moriria de repente.  
 —Es cierto; Lucas...—Si Lucas  
 En este cuarto estuviere  
 Con razon decir podria:  
 «¡Es mi hija! la amé siempre  
 Con infinito cariño;  
 Mas he sido delincuente  
 Y porque no se sonroje  
 La infeliz, ni se avergüence  
 De su padre, sufro y muero  
 Y callaré eternamente.»  
 Despues... despues le diria:  
 «Buen Adam, si á mi hija quieres,  
 Vela por ella; no vayas  
 A despertar imprudente  
 Su orgullo que has lastimado  
 Hace poco; no despiertes

Sus celos.» Esto diría,  
 Y acaso á decirlo viene  
 En su carta; por mi parte  
 Seré en mis consejos breve.  
 Adam, la condesa sufre;  
 Dejemos que la consuele  
 El tiempo; todos por ella  
 Velaremos; que no llegue  
 A sospechar... tenga calma  
 Y en el porvenir espere.  
 No se fie usted del mundo  
 Que desconoce; no esfuerce  
 Sus pasiones y levante  
 A Dios al cabo su mente.  
 La condesa y yo sabemos  
 Que hace quince ó veinte meses  
 Fué usted á la cárcel llevado...  
 —Mas me encontraba inocente.  
 Se lo juro...—Nos aturde  
 El misterio que le envuelve.  
 ¿Qué era usted antes?—Lo ignoro.  
 —¿Cuál es su pátria?—Mil veces  
 Quise en vano averiguarlo.  
 —¿Estuvo loco?—Bien puede.  
 —Pues si lo estuvo y ahora  
 Su estrella el juicio le vuelve,  
 Medite usted lo que hace;  
 Aprenda, estudie, aconséjese...  
 —¿Con quién, si todos me miran  
 Con ojos indiferentes?  
 —Conmigo, que pienso darle  
 Lecciones que le aprovechen.  
 Por ahora me limito  
 A aconsejarle que piense  
 Con detencion y cuidado  
 En su situacion presente.  
 ¿Cómo vive, y de qué vive?  
 Quien no heredó, quien no tiene  
 Bienes de fortuna, es fuerza  
 Que los busque honradamente.  
 ¿Puede usted asegurarme  
 Que el dinero que posee  
 Y que Lucas le habrá dado,  
 De algun crimen no procede?  
 Y si es producto de un crimen  
 El oro que le mantiene...  
 —¿Qué dice usted? yo no habia  
 Pensado en eso.—Pues piense  
 En todo, para que al cabo  
 Sepa lo que le conviene.  
 Si ha de seguir por la senda  
 Del honor resueltamente,  
 Sorteando los escollos  
 Que la vida nos ofrece;  
 Si ha de presentarse un dia  
 Delante de la que quiere,  
 Digno, á la vez que sumiso,  
 Honrado al par que valiente,  
 Es preciso que sus ánsias  
 Y sus impetus modere.  
 No en el jardin del palacio  
 Furtivamente penetre  
 Como anoche.—¿Luego sabe  
 Usted tambien...?—Felizmente  
 La condesa que se hallaba  
 Entregada como siempre  
 A ese dolor grande, inmenso,  
 En que usted y yo, imprudentes  
 La hemos sumido, no pudo  
 Sentirle, no pudo verle.

Mas su doncella Dianora  
 Vió escapar rápidamente  
 Una sombra que en las calles  
 De árboles llegó á perders e;  
 Y luego sintió la puerta  
 Que crugia; la inocente  
 Jóven dominó su espanto,  
 Porque á la condesa quiere  
 Con delirio; pero luego  
 Me reveló el incidente  
 Y yo supuse al instante  
 Que era usted; por eso verle  
 Resolví; solo por eso  
 Aquí á su vista me tiene.  
 —Y yo, señor, le agradezco  
 Su venida; mas me duele  
 En el alma esta impotencia  
 Que me abruma y me enloquece.  
 ¿Por qué ha de estarme vedado  
 Verla, hablarla...?—Si lo hiciese...  
 —Explíquese V.; me mata  
 Con el misterio en que suele  
 Envolver sus frases.—¡Jóven!  
 Voy á hablar; mas será breve:  
 La condesa es opulenta;  
 Usted pobre...—¿Y qué pretende  
 Decir con eso?—Que el mundo  
 Y ella misma, aunque no fuese  
 Cierto, presumir podrian  
 Que usted tan solo la quiere  
 Por sus riquezas...—¡Oh! ¡basta!  
 ¡Que de mí jamás se piense  
 Tal cosa! Nunca fué móvil  
 De mi pasion grande, ardiente,  
 El vil interés; la amo  
 Porque á ella el hado me impele;  
 Mas si imaginar el mundo  
 Semejante cosa puede  
 De mí, no tema, no tema  
 Que á la condesa me acerque.  
 Aunque la pena me ahogue  
 No dirá de mí la gente  
 Que pobre la solicito  
 Porque ella rica parece.  
 —Usted es jóven; confie;  
 Tenga fé; acaso la suerte  
 Le abrirá caminos fáciles  
 Y felices.—Si me fuese  
 Propicia, entonces...—¿Quién sabe?  
 Entretanto nos conviene  
 Estar de acuerdo; yo busco  
 Al pobre Alarcon que tienen  
 Detenido no sé en dónde.  
 La ventura que merece  
 La de Alcira, á todo trance  
 Quiero labrar nuevamente.  
 Usted cariño me inspira;  
 Cálmesse usted; vendré á verle  
 Y tal vez Dios que nos mira  
 Compadecido se muestre.

Esto dijo D. Genaro  
 Saludando cortemente  
 Y retiróse al instante  
 De aquel viejísimo albergue,  
 En tanto que Adam acude  
 Trémulo, triste, impaciente  
 A ver la carta de Lucas  
 Que aun cerrada permanece.

## CANTO XX.

## I.

La epístola del bandido  
De esta manera decía:  
«Estoy preso, Adam querido;  
Acabo como he vivido;  
Sucedió lo que temía.»  
«Los que me dieron el ser  
Me enseñaron á escribir  
Malamente, y á leer;  
Mas no me quise instruir  
Y nada llegué á valer.»  
«Y hoy miro que la arrogancia,  
Que hasta el crimen me empujó,  
Casi al salir de la infancia,  
Hija fué de la ignorancia  
Que por mi mal me cegó.»  
«Triste ignorancia fatal  
Que lleva á la holganza, al vicio  
Y á la vida criminal;  
Que por la senda del mal  
Nos conduce al precipicio!»  
«¿Por qué, por qué en mi niñez  
No escuché el noble deseo  
De sondar mi pequenez?  
Hiciéralo, y hoy tal vez  
No me viera cual me veo.»  
«Mas ya que ignorante fui,  
Y en el vicio y corrupcion  
Mi criminal frente hundí,  
Que no se diga de mí  
Que quise tu perdicion.»  
«Ayer ¡ay! fuiste educado  
En una cárcel por mí;  
Y hoy, que recuerdo el pasado,  
Me asusto de haberte dado  
Las lecciones que te di.»  
«Y aunque tengas por muy cierto  
Que mi valor se agotó  
Y que yo ya no soy yo,  
Es muy cierto que no acierto  
Ni aun á explicarme en *caló*.»  
«Bueno, estudioso y prudente  
Siempre el hombre debe ser  
Si le ha de estimar la gente;  
Que nada tiene que ver  
Lo cortés con lo valiente.»  
«Hoy con profundo dolor  
De esta manera te hablo,  
Porque de mí siento horror.  
Ya ves... ¡se ha metido el diablo  
A diablo predicador!»  
«Mas ¿qué quieres? débil, viejo,  
Miro el sepulcro á mis pies,  
Y á medida que me alejo  
De la vida, me aconsejo  
A mí mismo, según ves.»

«Si mi mente no delira,  
Cierto dinero hallarás  
Entre tus libros; estira  
La cuerda; que el que no mira  
Adelante, queda atrás.»  
«En mí no hallarás doblez  
Si digo que me interesa  
Que seas mozo de honra y prez.  
No olvides á la condesa,  
Y adios, hijo, hasta otra vez.»

..

Quedóse Adam pensativo  
Después que leyó la carta,  
Queriendo sondar en vano  
Por qué misteriosa causa  
El corazón de aquel viejo,  
Que á la virtud ultrajaba  
No hace mucho, así volvía  
A su pasado la espalda,  
Renegando de su historia  
De crímenes y de infamias.  
Y en estas contemplaciones  
Nuestro jóven se engolfaba,  
Dando vueltas y revueltas  
A la susodicha carta,  
Cuando con otra en la mano  
Entró presurosa Juana,  
Diciendo que un forastero  
Acababa de entregársela.

Tomó Adam el pliego al punto;  
Con presteza el sobre rasga  
Y vé la firma de Lucas  
Que otra vez así le habla:

«Vuelvo á escribirte con pena  
Porque estoy preso y sin alas,  
Y he recibido noticias  
Que me abruma y me espantan.  
¡Desdichado! ¿por qué huiste  
De esa tranquila morada?  
¿Por qué te arrojaste al mundo  
Seducido por sus galas?  
La condesa te quería  
Y tú sin piedad la matas,  
Como mataste á tu pobre  
Y consecuente Salada.  
La primera gime y llora,  
Y la segunda se halla  
Postrada en un triste lecho  
Sin dicha y sin esperanza.  
¡Oh! ¡malhaya tu impaciencia  
Y tus ensueños malhayan!  
Has estado en relaciones  
Con adúltera liviana

Que te dió amor y dinero  
 Porque á su esposo ultrajaras.  
 Y habeis provocado escándalos  
 Que hoy quisiera con mis lágrimas  
 Evitar. Soy un bandido,  
 Soy un infame, un canalla,  
 Y sin embargo, me asusto  
 Y tiemblo al ver lo que pasa.  
 Ya no se trata del oro  
 Que el noble palacio guarda  
 De la de Alcira, otros crímenes  
 Y otros peligros la amagan.  
 Un hombre audaz, atrevido,  
 Puso en ella sus miradas  
 De buitres, mientras que alevé  
 Quiere clavarle sus garras,  
 Para llevársela lejos  
 De Madrid, tal vez de España.  
 Pero mi hija no puede  
 Amarle, si ella llegara  
 A saber.... ¡Oh! ni aun me atrevo  
 A estampar en esta carta  
 De ese extranjero las señas.  
 Y mientras tanto, Salada,  
 Que es hija de un opulento  
 Señor de la aristocracia,  
 Sola, transida de pena,  
 Las sugerencias rechaza  
 De un hombre que la persigue.  
 Y el infierno se lo manda  
 Para ofrecerla riquezas  
 Que pierdan su pobre alma.  
 Y estas noticias recibo  
 Cuando estoy preso y sin alas,  
 Cuando me encuentro impotente...  
 ¡Oh! no, es preciso salvarlas  
 Y he de lograr escaparme  
 O me ajustician mañana.  
 Aun tengo un poco de oro.  
 Tres ó cuatro camaradas,  
 Cerca de aquí, por mí velan  
 Y es gente de alma templada.  
 Yo los iba convirtiendo  
 Al bien; mas del bien me aparta  
 El mundo, y ellos conmigo  
 Vendrán á la vida airada  
 Si no hay mas remedio; sea  
 Lo que á mi sino le plazca!  
 Tal vez la presente llegue  
 A tus manos, cuando haya  
 Roto yo los fieros grillos  
 Que me oprimen y me matan.  
 He ganado al carcétero;  
 Y es mozo de confianza  
 El que mi escrito te lleva;  
 Pero hay centinelas, guardia  
 En la cárcel donde estoy,  
 Y es preciso atropellarla  
 Para salir, escalando  
 Oscuras y gruesas tapias.  
 Tal vez en mi fuga quede  
 Herido por una bala;  
 Tal vez... ¡oh! me vuelvo loco  
 Al escribirte esta carta.  
 Corre, Adam, corre, no pierdas  
 Un solo momento ¡sálvalas!  
 Libra al punto á tu manola  
 De ese conde de la Banda  
 Y de ese funesto clérigo  
 Que á Dios ofende y ultraja.  
 Vela también por mi hija;  
 Pero no á decirle vayas  
 Que soy su padre, lo ignora  
 Y es preciso no sacarla  
 De su error. Ahora, hijo mío,

Solo repetir me falta  
 Que si me fugo esta noche  
 Pronto estaré en tu compañía.  
 Si ves que se pasa el tiempo...  
 Ruégale á Dios por mi alma.»

..

Sin duda mis lectores  
 Comprenderán que Adam, trémulo, ansioso,  
 Atónito, impaciente y conmovido,  
 Con avidez leía  
 Esta segunda carta del bandido  
 Que tan graves noticias contenía.  
 Su lectura traía  
 De nuevo á su memoria  
 Los recuerdos felices de la historia  
 De su pasado amor; y del presente  
 Afecto que guardaba  
 Hacia la hermosa dama que adoraba,  
 Brotó también la llama nuevamente.  
 Y rodar por su mente  
 Sintió un mundo de extraños pensamientos,  
 De opuestos sentimientos,  
 Y bellas ilusiones.  
 Y el joven corazón enardecido  
 Pujante y atrevido,  
 Y sediento de grandes emociones,  
 Sintió latir, mientras la vista ansiosa  
 Dirigiendo al pasado y al presente  
 Y al porvenir, buscaba inútilmente  
 La solución de tanto y tanto arcano  
 Y de tanto misterio como hallaba  
 Entre aquellas dos cartas que aun tenía  
 En sus manos, y atento repasaba.

Hermosa y grata empresa  
 Era sin duda proteger la vida  
 Y el reposo feliz de la condesa;  
 Ser su amparo, su egida;  
 Saber al punto el nombre  
 De ese nuevo rival, de ese extranjero  
 Odioso, de ese hombre  
 Que en ella puso al parecer sus ojos.  
 Bella empresa sin duda  
 Era también volar á donde sola,  
 Envuelta en su dolor, yace viuda  
 Su constante manola.  
 Mas ¿adonde ligero  
 Volar debe primero?  
 ¿Dónde el deber, la gratitud, el puro  
 Amor, le llaman? ¡Ay! de esos dos seres  
 Queridos, ¿cuál primero necesita  
 Sosten y ayuda? Si Salada gime  
 En un lecho de muerte, desvalida,  
 Sola, olvidada; si el dolor oprime  
 Su pobre corazón, si dá su vida  
 Por el ingrato amante á quien adora,  
 Dejad, dejad que Adam compadecido  
 Evoque agradecido  
 El fiel recuerdo de su pobre amante;  
 Y que busque al instante  
 A la que triste sus desdenes llora.

Pensando de este modo  
 Vistióse apresurado  
 Y á la calle salió, pensando en todo  
 Cuanto le tiene atónito, asombrado.  
 ¿Por qué causa ó motivo  
 El conde de la Banda enamorado  
 Estaba de Salada?  
 ¿Cómo y cuando la vió? ¿cómo y por dónde  
 Dos veces viene á ser rival del conde?

¿Cómo pudo saber cuanto acontece  
En Madrid, ese viejo que culpable  
Lejos ya de la corte permanece  
Preso, abyecto, abatido y miserable?

Dejemos un momento  
Que Adam procure á solas el areano  
De su vida sondar, y que sediento  
Está de leer el corazon humano,  
Y vamos (si no en vano  
Pido nueva atencion á mis lectores)  
A la misera estancia en que Salada  
Miró eclipsarse en hora malhadada  
La estrella de sus plácidos amores.

Si mal no lo recuerdo, la dejamos  
En la triste mañana de aquel día  
En que Pupas y el cura, conociendo  
Que la infeliz volvía  
De la fiera congoja  
Que postrada y sin fuerzas la tenía,  
Su casa abandonaron, refiriendo  
El muchacho la muerte de Lucia.

Salada en su quebranto  
Sola se halló de nuevo;  
Echó de menos con terrible espanto  
Otra vez y otras mil á su querido  
Aunque ya infiel mancebo;  
Y anegada en su pena y en su llanto  
Dejó desierto su amoroso nido;  
Cruzó cien calles, y la noche en ellas  
La halló, sin que su avara  
Estrella, le mostrara  
Del dulce bien las fugitivas huellas.

Y al volver á deshora,  
Nuevamente á su cuarto solitario,  
Tumba ya de sus muertas ilusiones,  
Y de sus dichas espantable osario,  
De lágrimas un rio  
Vertió; un sin fin de dolorosas quejas  
De sus labios brotó con son doliente;  
Y mil suspiros arrojó del pecho  
Cayendo al cabo sobre el duro lecho  
Bajo el rigor de calentura ardiente.

¡Pobre Salada! en tanto que sufría  
Horas lentas de afán y de delirio,  
Solo en sueños la imágen entrevía  
Del hombre que causaba su martirio.  
—¡Adam! ¡Adam! decía  
Buscándole á su lado á toda hora;  
¿Por qué no vienes á calmar mi espanto?  
Ven á ver como llora  
«Esta pobre mujer que te ama tanto!»

Pero Adam no volvía;  
Adam preso se hallaba  
En las redes que astuto le tendía  
El cura que en su casa le albergaba.  
Y mientras, el indigno sacerdote,  
Sin respetar aquel dolor profundo,  
Habló á Salada de su amor inmundo,  
Apenas la encontró restablecida;  
Mas viendo que ofendida  
Con salvaje desprecio le responde,  
Tomó otra ruta y con brutal cinismo  
Volvio á insistir en ayudar al conde  
Codicioso olvidándose á sí mismo;

Y viendo finalmente  
Que ella le muestra corazon de roca,  
Se ausentó de repente  
Ardiendo en ira y en venganza loca;  
Jurando esterminar al maldecido  
Rival aborrecido  
Que su desdicha y su dolor provoca;  
Mas antes de ausentarse  
Quiso, y logró, captarse  
La ayuda de la infame quintañona  
Que en un cuarto cercano  
Al de Salada, sola residía,  
Y pasaba con ésta mano á mano  
Una, dos ó tres horas cada día.

Aquella vieja harpia,  
Astuta y redomada,  
Que su cuarto tenía  
Contiguo al ocupado por Salada,  
No quiso por el pronto  
Hablaria del indigno sacerdote,  
Ni tampoco del conde de la Banda;  
Mas luego con destreza,  
De la jóven notando la pobreza,  
A insinuarse empezó, sin que un instante  
Cejara en su demanda.  
Y aquí, lector amigo,  
Si tu atencion pintartela me deja  
Y escuchas lo que digo,  
Quiero hacerte el retrato de la vieja.

Desde niña entregada á mil escesos,  
Solo sacó de crápulas y orgías  
Un viviente costal de mundos huesos  
Saturados de infames picardías.  
Despobladas de dientes sus encías  
Se replegaron tanto  
Que su boca de cueva daba espanto,  
Entre la barba puntiaguda y fea  
Y la horrible nariz que la bloquea.  
Su arrugada mejilla,  
Su deprimida frente  
Y sus ojos saltones, donde brilla  
La hipócrita malicia repugnante  
Del mas astuto y solapado ente,  
Tapaba con cuidado,  
Lo mismo que su cráneo reluciente,  
Con mugrienta mantilla  
Coetánea de su astucia y su pecado.

Una parda basquiña remendada  
Su escualida figura oprime y ciñe;  
Grueso rosario abarca entre sus dedos  
Que de color amarillento tiñe  
La cansada vejez; bajo su falda  
Descubre el pié que ostenta ancho zapato,  
Y con esto y decir que hay en su espalda  
Una joroba regular, lectores,  
Tengo ya terminado su retrato.

Es difícil, no obstante,  
Describir su carácter fementido.  
Si su fisico es feo y repugnante,  
Mas negro colorido  
Puede prestar el fondo de su alma,  
Que á tantas inocentes  
Supo robar la dicha con la calma.  
Sus terribles instintos delincuentes  
Oculta con traidora hipocresia;  
Finge virtud mientras traidora mata,

Y siendo descreída, siendo impía,  
Se muestra timorata  
Como sabe mostrarse una beata.

Esta horrible mujer, esta embustera  
Rezadora (que el de Úrsula por nombre  
Tenía), con el conde y con el cura  
El papel de tercera  
Cómodamente hacía.  
Para ella la hermosura  
Era solo una rica mercancía.  
Si la pobre Salada  
Se vió regenerada  
Por su amor, ¿que le importa? ella se obstina,  
En medio de sus rezos eternos,  
En daria mil consejos inmorales,  
Ansiosa de explotar aquella mina.

—Tu estás pobre, le dijo, ya no puedes  
El sustento ganar; tu padre preso,  
Nada darte podrá. ¿Por qué no cedes  
A razones de tanto bulto y peso?  
¿Qué pena habrá que cuadre,  
O se acerque siquiera,  
A la pena de verte oscurecida  
En esta ratonera  
Por la horrible indignencia combatida?  
Buen porvenir, bonito,  
Le espera á la que lleva el sambenito  
De haber vivido como tú! No seas  
Tan terca en tus ideas;  
Y ya que á troche y moche  
Con el diablo te fuiste á pié gustosa,  
Vé con él una vez siquiera en coche;  
Que eso ya es otra cosa.



—Pues bien, dijo Salada;  
Si al nacer, condenada  
A eterna infamia fui; si las mujeres,  
Que, en misero abandono,  
Faltaron del honor á los deberes  
Una vez, ya no pueden con su llanto  
Lavar jamás las manchas maldecidas  
Que en ellas nota con injusto encono  
Quien acaso entre tanto  
Goza en verlas vivir envilecidas;  
Yo seguiré esa senda,  
Por mas que me repugne y me atormente  
Fingir amor al hombre á quien me venda...  
Mientras llore por otro eternamente

—¡Oh! ¡benditos tus labios!  
Gritó la vieja llena de alegría:

Eso sí que es pensar como se debe;  
Con gran sabiduría!  
Y es al conde ó al cura..? —¡Calla! ¡calla!  
No á prueba mi paciencia  
Quieres poner. ¿Yo amar á ese canalla  
Que condenado vive..?  
—Mira que es rico el cura...  
—Es rico, y qué me importa?  
El que de Dios recibe  
Sagrada investidura;  
El que reniega de tan noble estado  
Y sacrilego y torpe, en su locura  
Se hunde tanto en el cieno  
Que la Iglesia le arroja de su seno...  
—¡Cómo! ¿sabes qué se halla exhonorado..?  
—Solo sé que padezco  
Al verle y al oír su voz ¡impura;

Que me inspira desden, que le aborrezco,  
Y que él de Adam me roba la ternura.

—¿Luego querrás al conde?— El de la Banda  
No sé por qué, me infunde espanto y grima.  
Siendo espléndido, noble, generoso...  
—¡Y tan jóven y hermoso!  
Anda, tontuela, anda;  
No pienses en Adam, que eso es ser prima.  
Serás feliz y mucho.  
De un gran bien este amante te responde.  
¿Querrás al conde?— Sí... mentiré al conde  
Y luego moriré.—¡Cielos! ¡qué escucho!  
¡No digas tal dislate!  
Bueno fuera que nécia  
Murieras por aquel que te desprecia;  
Por un tonto, un perdido, un botarate.

Salió la vieja, y luego la manola  
De lágrimas ardientes  
Prestó á sus ojos desatadas fuentes.  
Y así en silencio sollozaba sola,  
Cuando un nombre bendito  
Parecióle entrever en su agonía,  
Cual si estuviese en el espacio escrito.  
Y cayendo de hinojos:  
—Santa Virgen María,  
Esclamó con fervor; ¡Virgen piadosa!  
Tú que miras mi pena desde el cielo,  
Con tus serenos y benditos ojos;  
Tú que has visto mi vida borrascosa  
Y ahora miras mi duelo,  
Calma de Dios, Señora, los enojos,  
Haz que vizlumbre un rayo de consuelo.

No bien la infortunada  
Manola, sollozando  
Estas palabras pronunciado habia,  
Cuando sintió una voz gruesa y cascada  
Que le dijo:—Levántate, hija mia.  
—¡Oh! ¡mi padre!— Y cayendo  
La infeliz en los brazos del bandido  
Con afán esclamó:—¡Me estoy muriendo!  
¡Estoy sola! ¡mi suerte lo ha querido!

—Todo lo sé, repuso el desdichado  
Tío Lucas, con acento entrecortado  
Por la emoción que dominar quería.  
Estás sola, tu amante te ha dejado  
Matando para siempre tu alegría.  
¡Pobre muchacha! sufre, llora, gime,  
Desahoga la pena que te oprime;  
Sufre y muere, si es fuerza, en tu demanda;  
Pero sírvate siempre de gobierno  
Que esa vieja vecina te la manda,  
El mismísimo infierno,  
Para hacerte escuchar al de la Banda.

Calló el viejo bandido, y observando  
Que el rostro de Salada se cubría  
De densa palidez, y que temblando  
La infeliz á la fiebre sucumbía,  
Llamó á un hombre que fuera le esperaba.  
—¿Qué quieres? dijo el hombre.— Busca al punto  
Un médico, y si puedes,  
Que venga tu mujer.— Pierde cuidado,  
Lucas; vendrán el médico y Mercedes.  
—Corre, no tardés.— Vuelvo de contado.

.....  
A la noche siguiente  
Lucas y Adam las calles recorrian  
De Madrid; á Salada  
La vida poco á poco devolvian

Los cuidados de Lucas; la taimada  
Vieja beata y bruja embaucadora  
No volvió por entonces; y la bella  
Manola, su hermosa  
Y viveza y vigor fué recobrando;  
Si bien quiso su estrella  
Que con creciente y sin igual ternura  
Siempre siguiese á nuestro Adam amando.

Y ahora, lector, que sabes que el bandido  
De Madrid se ausentó; que Adam el mundo  
Ansioso ha recorrido,  
Hallando en él tan solo  
Después de medio año,  
Un hastio profundo  
Y un triste desengaño,  
Ven conmigo y sabrás lo que en la casa  
De la pobre manola, en el instante  
En que se acerca el fugitivo amante,  
Entre una chusma de malvados pasa.

## II.

## Habitacion de la vieja Úrsula.

Cuarto bajo, húmedo y sombrío, con puerta á un patio y una pequeña ventana que dá á la calle. Las paredes se hallan sobrecargadas de cuadros y groseras estampas con imágenes de santos. Un viejo escaño en uno de los testeros, sillas antiguas y desvencijadas y una cómoda. Encima de ésta un grupo que representa algunas ánimas benditas rodeadas de llamas. Delante una lamparilla encendida, sin embargo de ser de día.

## ESCENA PRIMERA.

La vieja Úrsula, sentada junto á un brasero de hierro, repasa maquinalmente las cuentas de su largo rosario.—Pupas, en un rincon, se entretiene en hacer muecas á la vieja ó en mortificar á un enorme gato, que al fin logra escaparse y se tiende sobre la tarima del brasero.—Matias penetra en la habitacion y cambia algunas palabras con el Manco, el Charlo y el Renegado, hombres de mal aspecto que fuman sendos cigarros.—Un momento despues se abre otra vez la puerta que Matias dejó entornada, y aparece el cura, seguido de un embozado. El cura dice lo que sigue, desembozándose, pero sin quitarse el sombrero que trae encasquetado hasta las orejas.

EL CURA.

Deo gracias. ¡Viva la gente  
Puntual! así me gusta.  
Buenas tardes, caballeros;  
Buenas tardes, doña Úrsula.

TODOS.

Bien venido.

EL CURA.

(A la vieja.) ¡Qué! ¿se reza  
Mucho?

LA VIEJA.

Como ya la suma  
De mis pecados, es tanta...

EL CURA.

Pues ahora se me figura  
Prudente, que usted me atienda  
Con mucha atencion, con mucha.

Entre usted, Pedro.

(*Al embozado que le sigue.*)

La gente  
Que aquí se encuentra, es la espuma  
De la canela.

PEDRO.

(*Desembozándose.*) Saludo  
A tan honrada tertulia.

EL CURA.

El señor es de los nuestros :  
Brazo fuerte y alma dura ;  
Ojo certero ; una roca  
Para resistir la lluvia  
Y el sol ; ha estado en presidio  
Y la muerte no le ofusca  
Ni le espanta.

MATÍAS.

¡Compañero..!

(*Todos estrechan la mano de Pedro.*)

PEDRO (*Con cierta efusion.*)

Muchas gracias, señor cura.

EL CURA.

De Valladolid venimos  
Los dos ; una hora justa  
Hará que nos apeamos  
De nuestras cabalgaduras. —  
Hemos echado un refuerzo  
Al estómago...

PEDRO.

En ayunas

Estábamos.

EL CURA.

Lindamento  
Nos dió de almorzar Maruja.  
¿Estamos todos?

MATÍAS.

Aun faltan

Blas y don Roberto.

EL CURA.

Nunca  
Se descuidan ; si no vienen  
Es porque estarán sin duda  
Ocupados. Tome asiento  
La asamblea. (*Se sientan.*) ¡Ola, Pupas!  
¿Estás ahí ?

PUPAS.

Pues es claro ;  
Lo que se vé no se escusa.  
Un mozo de pelo en pecho  
Como yo...

EL CURA.

Calla, granuja.  
Vamos por partes : conteste  
Cada cual á mis preguntas,  
Diga usted, Matías.

MATÍAS.

Creo  
Que su merced, señor cura,  
Querrá saber si he cuidado  
De la hacienda y de...

EL CURA.

Muy justa

Es la presuncion.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Qué infame !  
No piensa mas que en la usura).

MATÍAS.

Pues todo está como estaba.  
Ni la hilacha mas menuda  
Falta, ni se ha estraviado  
Un maravedí.

EL CURA.

Me gusta

Tal proceder.

MATÍAS.

Aunque sea  
Mi oficio dar sepultura  
O pasaportes á un prójimo  
Cuando con oro me alumbran,  
Sé desempeñar un cargo  
De confianza, y no hay una  
Persona en toda la tierra  
Que tenga mejor conducta  
Entonces que yo.

EL CURA.

Estimando.

¿Y el cautivo?

MATÍAS.

Continúa

En la mazmorra.

PUPAS.

(*Aparte.*) (Misterios  
Son estos, que si me ayuda  
La suerte, tarde ó temprano  
He de saber. La fortuna  
Es calva y he de andar listo...)

EL CURA. (*A Matías.*)

Y diga: ¿sigue la furia  
Del prisionero? ¿No entrega  
Los documentos?

MATÍAS.

¡Quiá! jura  
Y perjura, que aunque muera  
Allí, no ha de darlos... nunca.

EL CURA.

Pues si el Barón pierde al cabo  
La paciencia...

MATÍAS.

Se le ajustan  
Las cuentas y de una sola  
Mojada...

EL CURA.

(*Llevando un dedo á los labios.*)

¡Silencio! (*Al muchacho.*) Pupas.

PUPAS.

Presente!

EL CURA.

Di, ¿averiguaste  
Si ese viejo continúa...?



PUPAS.

¿Quién? ¿don Genaro? Ese viejo  
No abandona á la viuda  
Un instante; y me parece  
Que tiene muy malas pulgas.

EL CURA.

¿Y el extranjero?

PUPAS.

La sigue  
Por todas partes; la busca  
Hasta en la iglesia; la come  
Con sus miradas...

EL CURA.

Y juzgas  
Posible que la de Alcira  
Le quiera?

PUPAS.

Se me figura  
Que ni aun siquiera repara  
En tal hombre; y eso que usa  
Tanto tren, tanto boato  
Con que á otras damas deslumbra.

EL CURA.

Y tú ¿qué me cuentas, Chirlo?

EL CHIRLO.

Poca cosa, señor cura.  
Mi mujer, de la Salada  
Cuida; la mimó y adula  
Y la vigila...

EL CURA.

Corriente.

Valeis muchas onzas, muchas.  
Ya tendreis la recompensa  
Debida.

EL CHIRLO. (*Rascándose la oreja.*)

Si la pregunta  
No es del todo impertinente...

EL CURA.

¿Qué quieres saber?

EL CHIRLO.

Si Lucas  
Podrá volver; le he vendido  
Y... la verdad, me repugna  
La idea de... si él viniera...

EL CURA.

Está preso.

EL CHIRLO.

No se asusta  
Él de tan poco; seis veces  
Se escapó de la clausura.

EL CURA.

Sí, que el juego anda entre bobos.  
Otras seis semanas justas  
Hace que dejé la villa  
Del oso; ¿te se figura  
Que Pedro y yo habremos ido  
A pescar, sin coger truchas?  
El viejo está vigilado  
Y no es fácil que se escurra.

EL CHIRLO.

Me alegro.

EL CURA.

Dí, ¿y la manola?

Al llegar, noté que á oscuras  
Su cuarto estaba y cerrada  
La puerta.

CHIRLO.

Sin duda alguna.

EL CURA.

¿Salió?

CHIRLO.

Salió.

EL CURA.

¿Con Mercedes?

CHIRLO.

Mi mujer es sombra suya.  
No la abandona un momento.

EL CURA (*riendo*).

Fué la voluntad de Lucas.  
¿No es verdad?

CHIRLO.

Sí, pero...

EL CURA.

Vamos,  
No hay que cejar, buena pua.  
Y puesto que de Salada  
Se trata, responda Úrsula.  
Vamos, hermana.

LA VIEJA (*rezando*).

El pan nuestro  
De cada día...

EL CURA (*gritando*).

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

¡Ay, Jesus! ¡Jesus mil veces!  
No grite así; que me asusta.  
Estaba rezando un *pater*  
*Noster*...

EL CURA.

No haga que me aburra.  
Suspenda el rezo al instante  
Y conteste á mis preguntas.

LA VIEJA.

¡Ay, señor! Dígame, padre.

EL CURA.

Dígame, madre. (Esta bruja  
Me vá á tentar la paciencia.)

LA VIEJA.

¿Qué he de decir?

EL CURA.

Lo que ocurra;  
Lo que ha ocurrido en el tiempo  
De mi ausencia.

LA VIEJA.

Muchas, muchas  
Cosas.

EL CURA.

Ya sé que Salada  
No se encuentra moribunda  
Como su padre la cree,  
Como algun otro la juzga.

LA VIEJA.

¿Sabe usted...?

EL CURA.

Sí.

LA VIEJA.

Cuando vino  
El mensajero de Lucas...  
Menti; ¡el cielo me perdone  
Tal pecado!

EL CURA.

Amen. (¡Qué estulta!)  
Siga la historia.

LA VIEJA.

Salada  
Suele ser tan testaruda  
A veces, que con su padre  
Se hubiera marchado. Oculta  
En el zaguan, me encontraba  
Espiendo. Allí, no hay duda,  
Dios me ayudó; vi al amigo  
Del bandolero, y confusa  
Y triste mostrarme supe,  
Diciendo que moribunda  
La manola se encontraba....

EL CURA.

Primer anzuelo que Lucas  
Se traga. ¿Y qué mas?

LA VIEJA.

Si ahora  
Mi memoria no se turba...

EL CURA.

¿Cómo cumplió V. mi encargo  
Y llevó aquella aventura  
Adelante?

LA VIEJA.

Conduciendo  
A la manola, con mucha  
Sutileza, al sitio mismo  
Do la pecadora adúltera  
Sus conferencias tenía  
Con Adam.

EL CURA.

Donosa y cuca  
Estuvo usted. El marido  
Cerca de la sepultura  
Anduvo, ¿no es eso?

LA VIEJA.

Hoy vive  
Y la culpable es difunta.  
Castigo de Dios.

EL CURA.

Y ¿cómo  
Se valió usted...?

LA VIEJA.

¿Quién se apura  
Por tan poco? Aquella dama...  
(No me lo perdono nunca.  
La hice traicion, fué un pecado  
Mayúsculo.)

EL CURA.

¡Doña Úrsula!

LA VIEJA.

Me valí de su doncella.  
La ofrecí una gran fortuna...

EL CURA.

¿Y ella accedió...?

LA VIEJA.

Era muy justo.  
Es una gentil criatura,  
Y le hice odiar de su ama  
La ciega y torpe conducta.

EL CURA.

¡Hipócrita! ¿Y conseguiste...?

LA VIEJA.

En una cámara oscura  
Saladilla y yo, instaladas,  
Detrás de un tapiz ocultas,  
Nos vimos al fin; la hermosa...  
(Pues aunque un poco talluda  
Y ya casada, era guapa,  
Tentadora, ardiente y lúbrica),  
Estaba esperando inquieta  
É impaciente. En su locura  
No pensó que su doncella  
La vendía. ¡Gran fortuna  
Fué que yo allí me encontrase  
Para evitar la trifulca!  
Llegó Adam, que parecía  
Un Adónis... ¡Qué apuesta  
Tan gentil! qué garbo! Daba  
Gozo el verle...

EL CURA.

Doña Úrsula!  
No se entusiasme usted tanto  
Y diga la escena última.  
Qué ocurrió?

LA VIEJA.

Ciega la dama  
Al verle, corrió en su busca,  
Estrechándole en sus brazos  
Con impaciente ternura.

EL CURA.

Y Salada?

LA VIEJA.

Con los ojos  
Fijos, la mirada turbia,  
Tembloroso el labio, pálido  
El rostro, rígida, muda,  
Hizo un esfuerzo supremo  
Para dominar su angustia.  
Luego, en su furor, alzando  
Su mano crispada, en una  
Actitud que daba miedo  
Y lástima, en su locura  
Quiso hablarme; mas no pudo  
Y espiró su voz convulsa  
En su garganta; un momento  
Después... Vamos, me espeluzna  
El recuerdo; parecía  
Tigre audaz que en noche oscura  
Olfateando á su presa,  
Sangrientos triunfos barrunta.





Adam al puente llega , y en pedazos  
Rómpense al punto el arco y los estribos ,  
Mientras , llena de horror , Julia á su amante  
Vé rodar hasta el fondo del abismo.

(*El Diablo Mundo, Segunda parte, pág. 219.*)

EL CURA.

Y qué hiciste tú?

LA VIEJA.

Atajarle  
El paso, y vencer su furia  
Luchando en silencio. Un santo  
Debió ayudarme en la lucha.  
Verdad es que un brazo asiendome...  
¡Casi me lo descoyunta!

EL CURA.

¿Y despues?

LA VIEJA.

Falta de fuerzas  
Cayó á mis pies moribunda.

EL CURA.

¿Mas cómo no os descubrieron...?

LA VIEJA.

Ya estaban lejos sin duda  
Los dos amantes...

EL CURA.

De modo  
Que ella sabe que la insulta  
Su Adam, que la olvida, que ama  
A otras mujeres? Bien, Úrsula,  
Te has portado.—Ahora tan solo  
Falta consultar la brújula  
Para averiguar el rumbo,  
Que con gentil travesura  
Siguió el Renegado. Espero  
Que me esplique su conducta.

RENEGADO.

El tio Chanfaina y Teresa  
Su mujer, se me figura  
Que callarán como muertos  
Por el temor que esta *aguja*

(Mostrando un puñal)

Les inspira; el escribano  
Detiene el vuelo á su pluma  
Y la causa está durmiendo,  
Aunque hay gentes que nos buscan  
El bulto; mas no hay testigos  
Y la coartada es segura.  
La mujer y los muchachos  
De Alarcon, en vano buscan  
Indicios; pero prevengo  
Que son listos, que á la husma  
Van, y que están apoyados  
Por la condesa viuda  
De Alcira...

EL CURA.

Bien; alguien llega.

EL CHIRLO.

Mi costilla.

EL CURA.

Ábrele, Pupas.

ESCENA II.

DICHOS.—MERCEDES.

(Mercedes entra muy deprisa y sumamente agitada.)

MERCEDES.

¡Pronto! ¡pronto!

EL CURA.

¿Qué sucede?

MERCEDES.

Que la gente se levanta;  
Que corriendo todo el mundo  
Por esas calles y plazas  
Gritan ¡abajo el gobierno!  
¡A las armas! ¡á las armas!

EL RENEGADO.

Mejor: á rio revuelto...

MERCEDES.

¿No escuchais? (*Suenan disparos.*)

MATÍAS.

¡Un tiro!

PUPAS.

¡Anda!  
¡Salero! ¡otro tiro!... ¡otro!...  
Ya tenemos zaragata.  
¡Viva el mundo! (*Sale corriendo.*)

PEDRO.

Compañeros,  
Llegó la nuestra.

RENEGADO.

¡Caramba!  
Dice bien. (*Se preparan á salir.*)

LA VIEJA.

¡Virgen de Atocha!  
¡Santa Isabel! ¡Santa Ana!  
Cerrar la puerta...

(A algunas vecinas que bajan al patio.)

EL CURA.

¡Silencio!

(Con inquietud.)

¡Mercedes! ¿volvió Salada?

ESCENA III.

DICHOS.—ROBERTO.

ROBERTO.

Señor cura, á la condesa  
Un grupo en la calle asalta;  
Detiene su coche...

EL CURA.

Bueno;  
¿Qué nos importa...?

ROBERTO.

Importára  
Poco, si no sucedieran  
Cosas mas graves.

EL CURA.

¡Oh! habla.

ROBERTO.

Varias gentes han querido  
Al detenerla, insultarla;

Pero ese Adam, que es un diablo  
Que el mismo infierno nos manda...

EL CURA.

Vamos, espíciate, pronto!  
Habla y no me mates, habla.

ROBERTO.

Con un estoque en la mano:  
¡Respetadla! ¡respetadla!  
Gritó con terrible acento  
Lleno de cólera y saña.  
Al principio aquellas gentes  
Quedan mudas y se espantan  
Al ver á Adam; pero luego  
Se reponen y se lanzan  
Sobre él, que á todos asesta  
Cien furiosas estocadas.  
Se aumenta el grupo, los unos  
Le oprimen llenos de rabia;  
Otros, puestos de su parte,  
Le defienden y le amparan;  
Y mientras, se aleja el coche  
De la poderosa dama,  
Que iba dentro, según dicen,  
Macilenta y desmayada.

EL CURA.

¿Y Adam?

ROBERTO.

Adam, ya tenía  
A tres ó cuatro á sus plantas  
Mal heridos, cuando un grito  
Se oyó á pequeña distancia  
Y se vió correr ansiosa  
Otra mujer, que pugnaba  
Por acercarse....

EL CURA.

¡Oh! los celos  
Me están torturando. Acaba!

ROBERTO.

Aquella mujer...

EL CURA.

No sigas;  
Lo adivino; era Salada.  
Se han visto, se han encontrado  
De nuevo! Se desbaratan  
Mis planes; somos perdidos!  
Salgamos á darles caza.

(*Lleno de impaciencia.*)

Y ese Blas... ese cuitado  
Es un vil cobarde, un mándria!  
No ha debido un solo instante  
Perderle de vista! ¡Oh rabia!  
Yo le di mis instrucciones  
Que eran precisas y claras...  
—«Si se ven, le dije, al punto  
Tu acero en su pecho clava.»—  
Seguidme... el desórden cunde;  
Todos corren. Si la pátria  
Llama á sus hijos, yo solo  
Tengo un móvil: la venganza.—  
¿Qué es esto? (*Retrocede espantado.*)

## ESCENA IV.

DICHOS. — BLAS.

Los cristales de la ventana saltan hechos mil pedazos. Blas dando un salto desde la calle se planta dentro de la habitación y cierra las dos hojas de madera de la ventana echando los pestillos. En sus ademanes, en la descomposición de su traje, de sus facciones y de sus miradas, se echa de ver la agitación creciente de su espíritu. Todos le rodean y se miran unos á otros al notar que trae las manos tintas en sangre.

EL CURA.

¡Blas!

BLAS.

La ocasion

Llegó.

EL CURA.

¿Qué dices?

BLAS.

No sé...

Se han visto!

EL CURA.

¿Y qué?

BLAS.

Sepulté

Mi acero en su corazón.

EL CURA.

Le habrás herido á traición;  
Mas no importa ¡pesé á mí!  
Satisfecho estoy de tí;  
Toma... La suerte es propicia.  
(*Le dá dinero.*)

Hoy no vendrá la justicia  
A sorprendernos aquí.

LA VIEJA (*al cura*).

Señor, por si alguien viniera,  
Le daré, y el cielo sabe  
Que con gusto...

EL CURA.

¿Qué?

LA VIEJA.

La llave  
De una bohardilla trastera.

MATÍAS.

Si tomas bien la carrera  
De seguró te has salvado.

MERCEDES.

Sube, Blas, con desenfado  
En la bohardilla te metes...

LA VIEJA.

Y si ves llegar corchetes  
Te escapas por el tejado. (*Le dá la llave.*)

BLAS.

Dice bien. (*En ademan de salir.*)

EL CURA.

Con la asonada,  
El bullicio y el tumulto,  
No te buscarán el bulto,  
Pues hoy no están para nada.  
Espera y di si Salada  
Morir á su amante vió.

BLAS.

Lo que puedo decir yo  
Es, que Adam cayó á mis pies  
Y la manola después  
Horrible grito lanzó.

ESCENA V.

DICHOS.—PUPAS.

PUPAS.

Sálvate, Blas! Á Salada  
Muchos conducen aquí.

EL CURA.

¡Huye! ¡vete! (A Blas.)

LA VIEJA.

(Abriendo una puertecilla que hay en un rincon.)

Por ahí:

Por la escalera escusada. (Sale Blas.)

PUPAS.

La manola desmayada  
Cayó al ver morir á Adam.

EL CURA.

(¡Ha muerto! Cesó mi afán;  
Mi venganza está cumplida!  
Y esa venganza, es ¡mi vida!...)  
¡Mercedes! ¡pronto! ¡al zaguan!  
¡Úrsula! ¡corre! al momento...

LA VIEJA.

Ya estamos, señor, ya estamos.  
Vamos, Mercedesas, vamos  
A meterla en su aposento.

EL CURA.

(Gozo me dá su tormento.)  
¡Mirad! Se acercan aquí.

(Viendo á los que traen á Salada que apenas dá  
señales de vida.)

LA VIEJA (al cura.)

Ocúltese usted... Así.

(El cura embozándose se pone detrás de los  
que se hallan en el cuarto de Úrsula. Esta y  
Mercedes se adelantan hácia el grupo que conduce  
á la manola desmayada.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—SALADA, hombres del pueblo, mujeres,  
muchachos, etc.

SALADA.

(Volviendo en sí.)

¿Dónde estoy? (Dando un grito terrible.)  
¡Destino impío!

(Llorando.)

¡Mi amante ha muerto! ¡Dios mio!  
¡Ya no hay vida para mí!

(Cae sollozando en brazos de la vieja Úrsula  
y de Mercedes. Todos la rodean dando muestras  
de compasivo interés, y la conducen á su habi-  
tacion.—El cura la contempla en actitud medita-  
bunda y sombría.)

FIN DEL CUADRO Y DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO SEGUNDO.

## CANTO PRIMERO.

«¡Un tejido de males y dolores!  
¡Oh! no es esa la vida,» me direís:  
El sol que ostenta en la celeste bóveda  
Su ardiente foco, y que á la tierra envía  
En torrentes de luz mil rayos de oro,  
Risueños prados y encantados valles  
Ilumina también; cuadros magníficos,  
De seductor aspecto, en la serena  
Noche, la luna misteriosa envuelve;  
Y el corazón del hombre, á las virtudes,  
Al heroísmo, á la amistad, al puro  
Y santo amor, se inclina generoso  
Con noble instinto y ánimo piadoso.»

«No todo es sombras en el mundo físico,  
Ni espanto y soledad; no todo es llanto,  
Ni miserias, ni crímenes, ni aun frívolos  
Vulgares accidentes en la vida.  
Eleva el alma á las regiones altas  
Y al cielo pide inspiración sublime;  
Númen sagrado que á pintar te ayude  
Otras escenas dignas de un gran libro;  
De ese libro viviente cuyas páginas  
La humanidad entera va escribiendo.  
Busca en la historia las gloriosas huellas  
De mil y mil varones afamados;  
De ínclitos héroes y matronas grandes;  
Sacude el polvo á sus mármóreos lechos  
Y evocando sus nombres y sus glorias  
Haz que arrojen el misero sudario  
En que ahora envuelven sus cenizas frías.  
Canta sus hechos valerosos; cuenta  
Cómo en la lid embravecida dieron  
Su vida por su patria; y si tan solo  
Fijarte quieres en la edad presente,  
Pinta el primor, la gala y gentileza,  
No de manolas, sino de altas damas  
Que se ostenten en mágicos palacios  
Radiantes de placer y de hermosura.  
Trucea á tu Adam en elegante joven,  
Rico y discreto y seductor y amable.  
No de asesinos y rufianes vengas  
A mostrarnos los pérfidos intentos.

Abre, en fin, ancho campo á la bravura  
Y al ingenio del hombre que camina  
A par de un siglo que ilustrarse quiere  
Y que á todos los siglos aventaja  
Realizando doquier altos prodigios,  
Dando á las artes, á la ciencia impulsos,  
Y al hombre la noción de sus derechos.  
No mas pueriles aventuras cuentés;  
Deja ya de pintarnos á un cuitado  
Que abyecto y triste en la pobreza vive,  
Ó acaso á impulsos de traidora daga,  
Poniendo un dique á su traidora suerte,  
Su vida entrega á la inflexible muerte.»

Razon teneis, lectores;  
Teneis razon que os sobra; con mi escaso  
Ingenio, no he sabido dar un paso  
Hacia esa senda de placer, de amores,  
Y de dicha cumplida  
Que forman las delicias de la vida.

Llamadme sándio y loco  
Porque en habla plebeya  
Con vuestras sábias advertencias choco,  
Y en vez de una epopeya  
En mis vulgares páginas coloco  
La miserable historia  
De un héroe que no alcanza honor ni gloria.

Mas ¿qué quereis? la tierra  
Tiene de todo; el mundo en que vivimos  
Encierra negro luto y régia pompa;  
Unos aman la guerra  
Y les gusta empuñar bélica trompa;  
Otro á la idea de la paz se aferra;  
Este rinde homenaje á las virtudes;  
Aquel tan solo los peligros ama,



Y hay tambien quien con negras inquietudes,  
Cruel, avaricioso,  
Vende por oro su conciencia y fama  
Y consigue ser *grande* y poderoso.

Cada cual sus mantas  
Tiene; dejad que yo tenga las mias:  
Para mí no hay figura  
Mas noble, ni mas grande, ni mas buena,  
Ni de mas estimable alta bravura,  
Que la de aquel que nace desgraciado  
Y con frente serena  
Pobre se ostenta, pero siempre honrado,  
Aunque haya quien se asombre  
Y le llame infeliz y *pobre hombre*.

Por lo demás, yo siento que mi númen  
Os parezca rastrero,  
Y perezoso y tardo,  
Y aun mezquino y grosero.  
Yo, cual dice Balbuena en su *Bernardo*:  
«A alcanzar con mi pluma á donde quiero,  
Fuera Homero el segundo y yo el primero.»

Mas ya que así mi nulidad resalta  
Déme el censor para acabar mi obra  
Un poco del ingenio que me falta  
Y un mucho del talento que á él le sobra.  
Y si juzga molesta  
Mi petición, y adusto me contesta  
Que el talento de Dios solo depende,  
Y que nadie lo presta  
Lo regala ó lo vende,  
Déjeme ir á donde voy marchando,  
Ora cayendo y ora tropezando,  
Mientras él, en buen hora,  
Alza su voz gigante, atronadora,  
Ensalzando con fé y ardor profundo  
Las grandezas, las dichas, los primores,  
Y bellezas de un mundo  
Do nacen tantas flores.  
Pinte á los grandes héroes de la historia  
Que acaso á su crueldad deben su gloria,  
Y déjeme, entretanto que él acude  
A llenar lo que yo llenar no intento,  
Que á mi modo reanude  
Mi interrumpido trabajoso cuento.

..

Un mes justo ha trascurrido,  
Lector, desde aquella tarde  
En que por mano cobarde  
Fué nuestro jóven herido.  
De su pecho hondo gemido  
Acongojado exhaló;  
Luego sus ojos cerró,  
Y á tierra cayendo inerte  
Sintió el frio de la muerte  
Que en sus venas circuló.

Por su bien ó por su mal,  
(De averiguarlo no trato);  
No tuvo el asesinato  
Su consecuencia fatal.  
Era la herida mortal;  
Mas la ciencia, con razon,  
Vió llena de admiracion  
Que aquel ser sobrevivia,  
Á pesar de que tenia  
Traspasado el corazon.

Doctores de gran prestigio  
Que tan nuevo caso vieron,

Con gran calor sostuvieron  
Un científico litigio.  
Y afirmaron que un prodigio  
Era, un milagro formal,  
Que á su existencia cabal  
Tal hombre volver pudiera,  
Á no ser que ese hombre fuera  
De condicion inmortal.

Sea como fuere, lector.  
Durante el mes trascurrido  
Nuestro jóven ha sufrido  
Horas de acerbo dolor.  
Y una hermosa, que de amor  
Por fin herida se vé,  
Del lecho de Adam al pié,  
Su frente al cielo levanta;  
Vé á la ciencia que se espanta  
Y á Dios le implora con fé.

—«Señor, dice con afan:  
Mirad la pena que siento;  
Si es un prodigio, un portentoso  
Que pueda salvarse Adam,  
Ved que ya mis dichas van  
De su noble vida en pos;  
Por mí le han muerto; gran Dios!  
Si el prodigio realizais,  
Si me oís, si le salvais,  
Juro consagrarme á vos.»

Al hacer tal juramento,  
La dama, (pues dama era  
Quien tal juramento hiciera),  
Diz, que escuchando su acento,  
De su propio pensamiento  
Arrepentirse intentó;  
Trémula el rostro inclinó;  
Quiso recobrar su calma...  
Y desde el fondo del alma  
Su plegaria repitió.

Y así lentas y sombrías,  
Llenas de dudas traidoras,  
Se deslizaban las horas  
De las noches y los dias.  
Y entre vagas armonías  
Creyó Adam reconocer  
Un acento de mujer  
Que en su oido resonaba,  
Y su existencia inundaba  
De alegría y de placer.

Y aunque su débil razon  
Turbia se muestra y opaca,  
Aunque su memoria flaca  
Se abisma en su confusion  
Y en la inmensa postracion  
Que allí le clava en su lecho,  
Parece que satisfecho,  
Lleno de fé, de ternura,  
Bebe un aliento que cura  
Las heridas de su pecho.

Y luego, en su afan vehemente,  
Henchido de gozo, ufano,  
Parécele que una mano  
Se posa en él blandamente;  
Que los rizos de su frente  
Aparta con lentitud  
Llena de solicitud,  
Cual madre que en su prolijo  
Afan, vela por su hijo.  
Con amorosa inquietud.

Y al cabo llegó un momento  
 En que el herido sintió  
 Un ósculo que abrasó  
 Su vida y su pensamiento.  
 Por un esfuerzo violento,  
 Abre sus ojos y mira  
 En redor.—¡Ah!.. la de Alcira!  
 La condesa...! ¡Julia! esclama;  
 ¡Piedad!...—mas ¡ay! que la dama  
 De su lado se retira.

¡Sueños de la mente loca!  
 Delirios que dichas dais,  
 ¿Por qué así os evaporais  
 Siempre que el hombre os invoca?  
 Si el sediento labio toca  
 En la copa del placer,  
 ¿Por qué ¡ay Dios! se ha de romper  
 Con rudo choque fatal  
 El transparente cristal  
 Do el alma quiere beber?

Nuestro mancebo sanó;  
 Mas despues quisiera, herido,  
 Sentir el labio querido  
 Que en su frente se estampó.  
 ¿Por qué no se prolongó  
 Aquella vida dudosa,  
 En que á su lado la hermosa  
 Mujer á quien tanto amaba,  
 Sus cabellos ordenaba  
 Con su mano temblorosa?

¿Por qué no aspira su aliento  
 Tibio, dulce y perfumado?  
 ¿Por qué vá desesperado  
 A encerrarse en su aposento?  
 Mas aquí, lector, mi cuento  
 Haciéndose, acaso, vá  
 Oscuro; justo será  
 Que el pasado justifique  
 Para que luego te explique  
 Lo que por venir está.

..

Ya sabes que una noche, la de Alcira  
 Oculta en su jardín, oyó el relato  
 De una pasada misteriosa historia  
 Contada por el viejo D. Genaro.  
 Sabes tambien que triste, consternada,  
 No bien pudo volver de su desmayo;  
 Quiso tornar de nuevo á los salones  
 Y prolongar las horas del saráo.  
 Mas ¡ay! que en medio de la alegre danza  
 En que todos se agitan á su lado,  
 Tiene que hacer un poderoso esfuerzo  
 Para ocultar su pena y su quebranto.  
 Ella, la altiva, la opulenta dama,  
 Que en medio vive de la pompa y fausto,  
 De una familia usurpa las riquezas,  
 El apellido y el ilustre rango.  
 ¿De qué cuna procede? ¿cuáles fueron  
 Sus padres? ¿Por qué fieros la arrancaron  
 De algun modesto albergue, donde hubiera  
 Vivido alegre y venturosa acaso?  
 No es la riqueza, no, la que la dicha  
 Otorga al corazón; no el lujo vano  
 Dá paz á la conciencia, y fé y sosiego  
 Al espíritu. Allá en los tiernos años  
 De su existencia, es cierto que ha tenido  
 Por morada un magnífico palacio.  
 Mas ¿qué importa? en su rostro ardientes lágrimas  
 Sintió, que de los ojos resbalaron

De una mujer hermosa, pero enferma,  
 Triste, loca de amor; en su regazo  
 Esa mujer la tuvo muchas veces  
 En silencio su rostro contemplando,  
 Llamándola su hija; pero luego  
 La rechazaba en su delirio insano,  
 Cual si otro objeto de su amor querido  
 Cojer quisiera en sus amantes brazos.

Entonces la condesa era muy niña;  
 Mas hoy evoca el pavoroso cuadro  
 Que entonces al través de densas nieblas  
 Sus inocentes ojos contemplaron.  
 No era su madre, no, la pobre loca  
 Que la inundaba con su ardiente llanto  
 Y que al cabo murió mártir del hombre  
 A quien Julia de padre el nombre ha dado.  
 Y el baron de la Estrella, codicioso  
 De riquezas, de honores y de mando,  
 El oro de su victima á torrentes  
 Derrochó á su placer; y algunos años  
 Mas tarde, la de Alcira, jóven, bella,  
 De la pobreza presintió el amago.  
 Era fuerza evitar una ruina  
 Inminente y ruidosa; infame trato  
 Con un noble extranjero hizo su padre,  
 Y al altar fué arrastrada con amaños  
 Inúcuos, sin que el alma se inclinara  
 Al hombre aquel á quien tendió su mano  
 Sin saber lo que hacia. Luego el tiempo  
 Trascurrió, fué su esposo asesinado,  
 No se sabe por quién, y ella, viuda,  
 El oro de su esposo disfrutando,  
 De amor ansiosa, sin amar á nadie,  
 Llena de hastio entre bullicio tanto,  
 Cercada por do quier de aduladores,  
 De amantes nécios, ó de amigos fátuos,  
 En vano, en su ansiedad, voluptuosos  
 Sueños felices, ó delirios gratos,  
 En las horas calladas de la noche  
 Evocó en su retiro solitario.

Despues, lector, dos veces amagada  
 Su vida vió por misteriosa mano,  
 Y otros tantos avisos á las suyas,  
 Para salvarla, por su bien llegaron.  
 Ambos anuncios á su pié llevaban  
 Un nombre escrito con groseros rasgos,  
 Un nombre solo, oscuro, temeroso  
 De mostrar su apellido, y ser acaso  
 Conocido por él. ¡Lucas! ¿quién era  
 Ese Lucas que vela con cuidado  
 Por ella? Si la quiere, á qué se oculta?  
 Si la salva, ¿por qué misterio tanto?

Tal vez con estas dudas batallaba  
 La noche que en su casa penetraron  
 Con Adam los bandidos; tal vez llena  
 De inquietud, ó rendida de cansancio,  
 Al reposo se daba, cuando oyendo  
 Entre sueños rumores no lejanos  
 De música sonora, de su lecho  
 Saltó llena de asombro y sobresaito.  
 Y al punto entre cobardes asesinos  
 Se halló; y un jóven de ánimo bizarro,  
 Bello, arrogante, varonil, ligero,  
 Noble cual pocos, cual ninguno osado,  
 Contra todos luchó por defenderla  
 Y con todos huyó de aplomo falto.

Desde la noche aquella, la de Alcira  
 Fué proporciones gigantescas dando  
 Al hombre generoso, cuya imágen  
 Acoge inquieto el corazón avaro.  
 Inútilmente sustraerse intenta

Al oculto poder de sus fantásticos  
 Recuerdos; aquel hombre se aparece,  
 Aun á través de sus cerrados párpados,  
 Siempre bello, arrogante, omnipotente,  
 Con su ardiente mirada subyugando  
 Á cuantos tiene en derredor; y ella  
 También se siente fascinada; en vano  
 Pretende verle criminal; no puede.  
 Serlo quien noble la prestó su amparo.

Y la otra vez en que le vió la hermosa  
 Al dintel de la puerta de su palco  
 Acercarse atrevido, y luego, loco,  
 Entre las suyas estrechar su mano,  
 Ella tal vez sintió su orgullo herido;  
 Y despues al hallarle en su palacio,  
 Mal vestido, ignorante, rudo y pobre,  
 Pero hermoso á la vez, con soberano  
 Esfuerzo, ahogar su amor pudo altanera  
 Su alcurnia y su grandeza recordando.  
 Más ¡ay! que pronto el cielo su castigo  
 Decretó; de los labios de un anciano  
 Brotó una historia lúgubre: su lujo,  
 Sus primeras riquezas, su boato,  
 Pertenecen á otros, ¿quién es ella  
 Que cuanto tiene, todo lo ha usurpado?

Desde entonces, lector, la pobre Julia,  
 Sin dar jamás al corazon descanso,  
 Quiso expiar con generoso intento  
 El crimen que los otros consumaron.  
 Alejada del mundo y su bullicio  
 Pensó en la triste soledad de un cláustro;  
 Mas antes creyó justo deshacerse  
 De todo cuanto tiene, para darlo  
 A la honrada familia que por ella  
 Vive sumida en el dolor y el llanto.

Un dia, en una estancia miserable,  
 Precedida del viejo D. Genaro,  
 Penetró y vió con hondo sentimiento  
 Un lastimero y aflictivo cuadro.  
 La esposa de Alarcon, junto á sus hijos  
 En la indigencia vive, los vé faltos  
 De pan, y á Dios con fervorosa súplica  
 Pidé piedad y proteccion y amparo.  
 Entonces, la condesa, que aparece  
 Y atónitos los deja y asombrados,  
 En providencia suya se convierte  
 Dándoles oro y bienestar; su amargo  
 Llanto enjuga, y amante los consuela  
 Con nobles y solícitos cuidados.  
 María (que esa madre así se llama)  
 Prosternada á sus pies, alza sus brazos  
 Y quiere bendecirla; pero Julia  
 La estrecha entre los suyos exclamando:  
 — ¡Oh! no, mil veces no; cuanto yo tengo  
 Pertenece á tu esposo; yo he robado  
 Tu dulce bienestar; yo soy quien debe  
 Perdon pedirte! Y en estrecho lazo  
 De amistad cariñosa, para siempre  
 Sus corazones quedan asociados.  
 Ambas son buenas, jóvenes y hermosas,  
 Si bien María del dolor amargo  
 Tiene impresas las huellas en su rostro  
 Que, aunque triste, se muestra resignado.

Desde entonces las dos pasan los dias  
 En union fraternal; Julia, calmando  
 Su inquietud, de su amiga no se aparta;  
 Los hijos de ésta lleva á su palacio  
 Y tiernas y solícitas pretenden,

En union de su amigo D. Genaro,  
 Hallar las huellas de Alarcon; es cierto  
 Que de amor la condesa ha suspirado  
 Al hallar, sin ser vista, en su camino  
 Al bello Adam, no ya con traje charro.  
 Vestido, sino apuesto y elegante  
 Sobre un corcel brioso cabalgando.  
 Es cierto que, al mirarle, fascinada  
 Se sintió nuevamente, y que brotaron  
 En su pecho los celos, cuando supo  
 Que aquel hombre su amor pagaba ingrato  
 Arrojàndose en brazos de una odiosa  
 Despreciable rival; pero á su lado  
 Tiene á María y á los hijos de ésta,  
 Y al generoso y noble D. Genaro,  
 Y á Dianora (doncella que la adora);  
 Y esos seres, su duelo adivinando,  
 Si alegrarla no logran, por lo menos  
 Le prodigan su afecto dulce y grato.

Cuán bello es hacer bien! Julia, que un dia  
 Vivió hastiada, ó en mortal quebranto,  
 Siente por fin su corazon henchido  
 De fé y ventura, al prodigar con mano  
 Generosa y consuelo al indigente  
 Que enfermo yace, moribundo acaso.  
 Ella y María, en caridad ardiendo,  
 Van á buscar por retirados barrios  
 De Madrid, la miseria que se oculta  
 Entre tristes paredes y entre harapos;  
 Y al cesante famélico, á las miseras  
 Familias de modestos artesanos,  
 Una santa limosna, no humillante  
 Cuando la ofrecen pechos delicados,  
 Dá con placer, mientrasque presta á otros  
 El estímulo honroso del trabajo.

Una tarde (y aquí quiero, lectores,  
 Ver si logro tornar á donde estábamos),  
 La condesa, en su coche, con María,  
 De ejercer un piadoso y noble acto  
 Volvia, cuando el pueblo puesto en armas,  
 (Mejor diré una turba de malvados,  
 Pues el pueblo español jamás insulta  
 A débiles mujeres), con descaro  
 Detenerla intentó; Julia asustada,  
 Pidiendo compasion, cruzó sus manos;  
 Mas fué inútil su súplica; unas cuantas  
 Personas, ébrias de furor trataron (1)  
 De hacerla descender del carruaje  
 A viva fuerza; pero Adam, llegando  
 Entonces, viendo con feroz enojo  
 Que á la de Alcira insultan los villanos,  
 Como leon que eriza la melena  
 Y rugiendo ensordece los espacios,  
 Acudió á su defensa, mientras lanza  
 De sus pupilas fulminantes rayos.

Luego herido cayó; Salada, loca,  
 Viendo correr al asesino, dando  
 Un grito que partió los corazones  
 De cuantos vieron el tremendo caso,  
 Cerró sus ojos y quedó abismada  
 En negros mundos de estupor; y en tanto  
 Un coche se alejaba de aquel sitio;  
 Mas despues la condesa, imaginando  
 Que el peligro del jóven arreciaba,  
 Con acento doliente y angustiado,

(1) En 1847, cuando el autor vino á Madrid por primera vez, tuvo que asistir á un bautizo que se celebró en la parroquia de San Lorenzo, y recuerda que en una de las calles de aquel barrio fué apedreado por los vecinos el coche en que iba. Desde entonces acá Madrid se ha civilizado de una manera verdaderamente admirable.

Viendo llegar un grupo en donde iba,  
Tal vez en busca de ella, D. Genaro:  
— ¡Oh! mi amigo, exclamó, ¡corred! ¡salvadle!  
Ved que por mí la muerte arrostra impávido  
¡Salvadle! no os cuideis de mí; yo quedo  
De la Divina Providencia en manos!

Aquella misma noche, cuando apenas  
El tumulto cesó, fué trasportado  
Adam á casa de María; un médico,  
Y otro despues, y ciento, declararon  
Que la ciencia quedaba confundida,  
Llena de asombro, de creciente pismo,  
Al ver que el corazon de Adam seguia,  
Sin saber de qué modo, funcionando.  
Mas ello fué que el jóven, sin sentido  
Continuó muchos dias; que en su pálido  
Rostro, Julia clavó mil y mil veces  
Los atónitos ojos, procurando  
Sondear si la ciencia se engañaba,  
O si Dios le tenia reservado  
El dolor de mirar morir al hombre  
Por quien ya siente amor, amor volcánico  
Que de toda su alma se apodera,  
Que es ya de toda su existencia árbitro.

¡Oh! con cuánto dolor, con cuánta pena  
Hizo un terrible voto, procurando  
Apiadar á los cielos! con qué dicha  
Oyó por fin, pendiente de los labios  
Del médico, la nueva grata, hermosa,  
De que Adam viviria! — Se ha salvado!  
Esclamó; lo demás... ¡Oh! ¿qué me importa  
Lo demás, si mi dicha satisfago  
Viendo vivir al hombre cuya imágen  
Tantas veces feliz he acariciado  
Entre sueños de amor?

Y así diciendo,  
Las campanadas del reloj contando  
Que media noche anuncian, sumergida  
En soledad; (pues todos al cansancio  
Y al sueño dan tributo), la condesa  
Con vacilante pié, penetra al cabo  
En la alcoba; profundo es el silencio  
Que reina en torno del mortal amado,  
¡Duerme! respira sin afán; los círculos  
Lívidos que sus ojos rodearon  
Desaparecen; cobran sus mejillas  
Tinte suave de carmin; sus labios  
Se coloran; la vida ya se anuncia  
En todo su esplendor; no hay que dudarle,  
Adam venció en su lucha con la muerte;  
Pronto en sí volverá de su desmayo.  
Es preciso alejarse; que las lágrimas  
De gozo que ella vierte, no den pábulo  
Ni incentivo á un amor que, no hace mucho  
Resignada ofreciera en holocausto  
A Dios que vió su duelo; pero antes,

La pobre Julia quiere contemplarlo  
Por la última vez; ¡Oh! cuán hermoso  
Le encuentra! se halla sola... está á su lado  
Y fascinada, trémula, embebida  
En su pasión, aparta con su mano  
De la frente del jóven los cabellos  
Y en ella imprime con ardor sus labios.

Y al propio tiempo, Adam de su garganta  
Deja escapar un grito prolongado  
De supremo placer; de delirante  
Gozo; mas ¡ay! al entreabrir sus párpados  
La vé desaparecer cual sombra vaga  
Que obedece al conjuro de algun mágico,  
En tanto que penetran en su alcoba  
La esposa de Alarcon y D. Genaro.  
¿Fué un sueño de su ardiente fantasía  
Lo que sus ojos antes contemplaron?  
¿Dónde está la condesa? ¿porqué huye  
Cuando él la adora, la idolatra tanto?

Sea cómo fuere, Adam vuelve á la vida;  
Deja su lecho; siente que una mano  
Invisible, le empuja; y á las sendas  
Del mundo, quiere dirigir sus pasos  
Con nuevo ardor; en su incesante anhelo,  
Saberlo todo intenta, averiguarlo  
Todo; estudiar el corazon del hombre;  
Analizar la historia, los arcanos  
De la revuelta humanidad. El niño,  
Que se halló de su madre en el regazo,  
Poco á poco sus tiernas ilusiones  
Vió nacer é irse luego marchitando,  
A medida que halló flores ó abrojos  
En fértil valle ó en desiertos áridos.  
El hombre, que al mecerse en breve cuna  
Pudo sentir el diente envenenado  
Del áspid fiero que desgarró el alma  
Y la llena de pena y desengaños,  
Al cabó á todo acostumbrarse logra,  
A fuerza de sentir y de ver tanto.

Pero Adam no fué niño, Adam el mundo  
De súbito miró, como el que estando  
Ciego toda su vida, ver logrará  
De un sol estuvo los ardientes rayos.  
Por eso, pues, el velo que le ofusca  
Quiere romper con impaciente mano.  
Basta ya de terrors inocentes;  
No mas fijarse en frívolos cuidados;  
Si la mujer á quien adora ciego  
Le esquivo, porque pobre, abandonado,  
E ignorante le encuentra, que algun dia  
Le halle potente, poderoso y sabio.

Y aquí, lector, dejémosle un instante;  
Solo un instante, pues á verle vamos  
En la temible, pavorosa escena  
Que he de narrarte en el siguiente canto.



## CANTO II.

Era una noche sombría:  
Bramaba iracundo el viento  
Y encerrado en su aposento  
Adam un libro leía.

Con tal fé, con tal ardor  
Estudia, y se abisma tanto,  
Que nada observa de cuanto  
Acontece en derredor.

Solo alguna que otra vez,  
Alzando el rostro sereno,  
El fragor del ronco trueno  
Escucha con avidez.

Mas vuelve luego á fijar  
En el libro su atencion,  
Buscando la solucion  
Que quisiera en él hallar.

Más viendo solo un vacío  
Y una duda en cada hoja,  
Al suelo su libro arroja  
Lleno de mortal hastío.

Y otro libro, y otros cien,  
Con diligencia no escasa,  
Busca, entrea-bre, repasa,  
O abandona con desden.

Que en tan improba tarea,  
Queriendo saberlo todo,  
No halla de lograrlo el modo  
Y se aturde y se mareá.

Y en vertiginoso afán  
Sigue anhelante estudiando,  
Mientras las horas pasando  
Lentas, monótonas van.

¡Oh! exclamó con triste acento:  
¿Por qué aquí no miro escrito  
La historia de lo infinito  
En que vaga el pensamiento?

¿Quién es Dios y dónde está?  
¿Quién soy yo y á dónde voy?  
Si aquí aliento y aquí estoy  
¿Quién espíritu me dá?

Grandiosa es la creacion;  
Mas si de ella el hombre es rey  
Yo aspiro á saber la ley  
De la humana condicion.

La vida intento sondar;  
Nuestro sino conocer:  
¿Venimos á padecer  
O venimos á gozar?

Y si es grato sonreir  
Siempre llenos de alegría,  
¿Qué génio con mano ímpia  
Nos hace luego sufrir?

La humanidad, que no puede  
Renunciar á la esperanza,  
¿Por qué, cuando casi alcanza  
El bien, torpe retrocede?

Si el hombre la aspiracion  
De ser perfecto atesora,  
¿Cuándo llegará la hora  
De lograr la perfeccion?

Diciendo así, se levantó impaciente;  
A la ventana luego se asomó,  
Y en el mojado, tempestuoso ambiente  
Sus abrasadas sienas refrescó.

Y despues, dirigiendo una mirada  
Sobre Madrid, que silencioso está,  
Con triste acento y con la faz turbada  
Diz que estas frases pronunciando vá:

« Todos duermen; yo tan solo  
Por todos estoy velando;  
Yo tan solo alzar la vista  
Puedo á esos negros espacios.

Ver enmarañadas nubes  
En donde brilla el relámpago,  
Y beber, oyendo el trueno,  
Emanaciones del ábrego.

El turbion me refrigera;  
¡Oh! que sublime espectáculo!  
Bendita mil y mil veces  
La tempestad que idolatro!

Entre tanto, duermen todos  
Tranquila mente ahí abajo.  
Todos... ¿quién sabe? ¿quién sabe  
Si alguien lo pretende en vano?

De todos modos, yo velo,  
Y ese pueblo contemplando  
Traigo a la mente los tristes  
Recuerdos de mi pasado.

Para el alma indiferente  
De frívolos cortesanos,  
Son miserables mis penas,  
Mi merecimiento escaso.

Inocente fui a la cárcel  
Por mi desdicha arrojado.  
Bien la justicia del hombre,  
A aborrecer me enseñaron!

Luego, aunque ignorante, quise  
Trabajar y ser honrado,  
Y de mi prision la infamia  
A la frente me arrojaron.

Entre la virtud y el vicio,  
Me ví de alimento falto;  
Mas si al mundo se lo cuento  
Tal vez me llamen menguado.

¿Soy yo solo el que ha sufrido  
En el mundo tanto y tanto,  
O he sido viviente emblema  
Del hombre desheredado?

Soy la imágen de ese pueblo  
Que se agita sin descanso  
Y que acaso de los ricos  
Envidia la pompa y fausto?

No lo sé; tan solo puedo  
Recordar, que logré al cabo  
De rufianes y bandidos  
Dejar el infame trato.

Y esto a un bandido lo debo;  
¡Pobre Lucas! desdichado  
¡Viejo! la justicia humana  
Sin duda dictó su fallo.

En un horrible patíbulo  
Tus culpas habrás pagado,  
Cuando ser bueno querías  
Tus crímenes detestando.

¿Qué poder irresistible,  
Sañudo, inclemente y bárbaro,  
Al precipicio nos lleva  
Sin saber cómo ni cuándo?

¿Existe un destino adverso  
Que dirige nuestros pasos,  
O es que el hombre de sí mismo  
Es el mayor adversario?

Si la voluntad es libre,  
Si de albedrío gozamos,  
Si horror el delito infunde  
¿Por qué se cometen tantos?

Yo renegué de ese vulgo  
Al que llaman populacho  
Y hoy que me encuentro mas lejos  
A ese humilde pueblo amo.

Que en él existen mil prendas  
Dignas de encomio y aplauso:  
Abnegacion, sufrimiento,  
Virtud, amor al trabajo.

Si en él hubo un hombre infame  
Que me hirió a traicion, acaso  
Ése infeliz nació bueno  
Y luego trocóse en malo.

¿Quién le pervirtió? lo ignoro;  
¿Fue la ignorancia? ¿fue acaso  
El ejemplo? ¿fue la horrible  
Miseria? No sé explicármelo.

Pero si no fué la causa  
El instinto sanguinario;  
Si el hombre puede a la senda  
De la virtud ser guiado,

¿Por qué religion y leyes  
Y costumbres, no lograron  
Perfeccionarle y hacerle  
Libre, dichoso y honrado?

.....

¿Es que solo el bien, la dicha  
Y el contento, en los palacios  
Y entre la grandeza existen?  
¿Hay razas de afortunados?

Yo no lo sé; yo apetezco  
Conocerlo, averiguarlo;  
Mas ¡ay! que tal vez por siempre  
Ese bien me está vedado.

¿No me esquivo la condesa  
De Alcira? yo la idolatro,  
Y ella... no hay duda, me ama;  
Su beso me está abrasando.

Y sin embargo la husco  
Por todas partes en vano  
Y aquí en la impotencia, solo,  
Conmigo mismo batallo.

.....

¡Oh! ¿por qué se abisma el alma  
En un inmenso Océano  
De dudas, de aspiraciones,  
Y delirios insensatos?

Paréceme que los vientos  
Traen gemidos y llantos,  
Canciones, risas, lejanas  
Músicas, líbricos cánticos.

Y es solo el rumor del trueno,  
De los vientos desatados  
Que van las revueltas nubes  
Coléricos arrastrando.

¡Oh! volvamos á mis libros...—  
Y en el primero que á mano  
Halló, se fijó de nuevo  
Asiento otra vez tomando.

Después de otras dos horas  
De estudio y frenesi,  
El sueño y el cansancio  
Le empiezan á invadir.  
Sus párpados se cierran;  
Con la materia yíl  
En vano el alma quiere  
Luchar, luchar sin fin.  
Inténtalo el mancebo  
Y solo conseguir  
En el insomnio puede  
Forjar delirios míl.

— ¡Oh! nó, no es esto, esclama,  
Lo que encontrar creí;  
Yo quiero que me muestren  
Del hombre el porvenir;  
Que la verdad que busco,  
Sin antifaz ruin,  
Espléndida y hermosa  
Consiga descubrir.

Las ciencias y la historia  
De dudas llenas ví;  
Parece la política  
Un juego baladí  
De miserables pasiones,  
De eterno discutir.  
¿Dios mí! ¿dónde estoy?  
¿Dó voy? ¿por qué nací?  
¿Por qué esperanzas tantas?  
¿Por qué tanto sufrir?

La humanidad camina...  
¿Y á dónde y á qué fin?  
¿A ser perfecta y buena,  
Magnánima y feliz?  
Entonces, que no ceje;  
Compacta marche allí  
Dó hallar pueda un sereno  
Hermoso porvenir.  
Yo iré con mis hermanos  
A la brillante lid  
Que la verdad entable  
Con la mentira vil.  
¿Qué miserable génio,  
Qué aspiracion ruin,  
Por mas que trabas ponga  
Nos lo podrá impedir?

Apenas estas frases  
De pronunciar acaba,  
Vé el jóven estenderse  
La luz que le alumbraba;  
Pero con tintes lividos,  
Con pálidos reflejos  
Que en mar de sombras densas  
Se van luego á perder.  
Y pavorosa nube  
Del pavimento sube;  
Adhiérese á los muros;  
A la techumbre lanza,  
En tumbos desiguales,  
Sus círculos oscuros,  
Sus rotas espirales.  
Y cunde, crece, avanza;  
Se torna cenicienta  
O tenebrosa aumenta  
Su inmensa lobreguez.

Y un trueno prolongado; estremeciendo  
La vetusta mansion, rodó imponente  
Por el espacio con horrible estruendo;  
Y Adam que en tanto en su interior batalla  
Por ver si duerme, ó si despierto se halla,  
Vió surgir de repente  
Entre las sombras que su cuarto invaden  
Una vision, fantástica, indecisa  
Primero; luego clara y evidente,  
En cuyo rostro vaga una sonrisa  
Sarcástica, cruel; que ódio revela  
Y que parece que la sangre hiela.  
Y sin embargo, la fantasma vaga  
Ostenta una hermosura  
Que fascina, que halaga  
Y repela á la vez; de su estatura,  
Y menos de sus pálidas facciones,  
No se pueden fijar las proporciones.  
Pigmeo parece y á la vez gigante;  
Gozo revela y á la vez enojos;  
Lleva el dolor pintado en el semblante  
Y arrojan fuego sus rasgados ojos.

Clavados en Adam los tuvo un rato;  
Mas luego, con voz rónca y triste, rompe  
El silencio, y le dice de esta suerte  
Mientras los ecos á su voz responden:

«Tú que quisiste conocer al mundo;  
Tú que pretendes estudiar al hombre;  
Tú que la vida sondear intentas  
Sin mirar sus miserias y dolores;  
Tú que invocas las ciencias; tú que quieres  
Leer en los ocultos corazones;  
Tú que maldices las escenas frívolas  
Que acaso escena de pavor esconden;  
Tú que triviales juzgas tus tormentos  
Y triviales tambien tus ilusiones;  
Tú que quieres leer en el pasado  
De los siglos la historia; tú que corres  
Huyendo del presente á toda hora  
Buscando siempre el porvenir, que ahonde  
El vacío que llevas en tu pecho  
Para hallar palpitantes emociones;  
Tú que anhelas lo mismo que te hastia;  
Tú que pretendes conquistar honores;  
Tú que forjas delirios insensatos  
Cifrando tu ventura en los amores;  
Tú que débil pigmeo te levantas

Sobre lejanos gigantescos montes,  
Y que sin fuerzas y sin alas, quieres  
Volar ligero y recorrer el orbe;  
Tú que desear estudiar los astros  
Cuando, necio, á ti te desconoces;  
Tú que inquieto batallas con tu espíritu  
Subordinado á la materia torpe;  
Tú, que nunca contento y satisfecho,  
Con tu destino te hallarás conforme;  
Tú, que quisiste prolongar la vida,  
Y ver anhelas trascurrir veloces  
Los años, convertidos en instantes,  
Rápidos, breves, y en fugaz desorden;  
Tú, en fin, que llevas dolorida el alma  
Y el corazón herido, ¿por qué oyes  
Mi acento con sorpresa? ¿por qué tiembles  
Contemplando mis lividas facciones?  
No temas, no; reanima tus sentidos:  
Sabe ya quien soy yo y oye mi nombre.»

«Yo soy la eterna rémora  
Del bien que el hombre ansia;  
Yo envuelvo su alegría  
En fúnebre capúz.  
Me gozo en las batallas;  
Mi vida es el tormento;  
El caos mi elemento,  
La oscuridad mi luz.»

«Yo soy el dueño y árbitro  
De cien generaciones:  
Fantásticas legiones  
Se arrastran á mis pies.  
Blandiendo roja lanza  
Estiendo el raudó vuelo,  
Y miro airado al cielo  
Que algun tiempo habité.»

«Yo doy sombras al día;  
Los mares alboroto;  
Engendro el terremoto  
Y agito el huracán.  
Yo he dado á la serpiente  
Su destructor veneno;  
Yo abrí del monte el seno  
Y aliento dí al volcan.»

«Para adoptar mil formas  
Jamás, torpe, me arredro;  
Soy alto como el cedro  
Que el Líbano crió.  
Y si es preciso, arrastro  
Mi vanidad proterva  
Só la menuda yerba  
Que el valle entapizó.»

«Yo robo á las virtudes  
Su seductor hechizo;  
El bien esterilizo;  
Combato á la razón.  
Yo he dado á los perversos  
La estúpida arrogancia;  
La ciega intolerancia;  
La vil superstición.»

«Por mí el hombre se arroja,  
Con el puñal en mano,  
A dar muerte al hermano  
Que lucha enfrente de él.  
De la discordia enciendo  
La abrasadora tea  
Y gozo en la pelea  
Con ánimo cruel.»

«Por mí, fieros tiranos,  
Doblando infames yugos,  
Se hicieron los verdugos  
En esa sociedad,  
Por mí, esclavos los hombres  
El polvo y grillos muerden;  
Por mí los pueblos pierden  
Su hermosa libertad.»

«Soy rey de los crueles  
Espíritus sombríos;  
Constancia tuve, y bríos  
Para luchar con Dios:  
Mi ley son los extremos  
Que en sí el error entrañan;  
Los vicios me acompañan;  
Los duelos llevo en pos.»

«Soy, pues, aquel que engendra  
Y anima los dolores;  
Que vida á los rencores  
Y á las venganzas dá.  
El géno audaz, indómito,  
Que lleva eternamente  
Impresas en su frente  
Las iras de Jehová.»

«Si ya no adivinaste  
Quien soy, aun que te asombre,  
Pronunciaré mi nombre  
Segun te prometí.  
Yo soy Satán, que vengo  
Del bátrato profundo;  
Yo soy EL DIABLO MUNDO;  
Inclínate ante mí.»

Guardó silencio la vision horrible;  
Luego un suspiro de su pecho arranca  
Y, acercándose mas, sobre la mesa  
Su mano apoya, y dice estas palabras:

«Yo no busco á los réprobos; su número  
Es ya tan infinito, que traspasa  
Al de los granos de menuda arena  
Que arroja el mar á sus estensas playas.»

«No pienses, pues, que vengo á proponerte  
Un pacto ruin, ni á que me des el alma,  
Yo no soy tan imbécil; harto infierno  
Mi rencor y mi furia te preparan.»

«La inmortalidad sus altos dones  
Te ofrece; tu existencia será larga;  
Durará lo que el mundo, que vá á darte  
Cuanto encierra en sus ásperas entrañas.»

«¡Desdichado! quisiste ser eterno;  
Mientras todo, á tu lado, muere y pasa;  
Tú al través de los siglos pretendiste  
Cruzar veloz del pensamiento en alas.»

«Como Dios, como yo, como los tiempos  
Quieres vivir, y mantener esclava  
El alma, de la vil materia; y todo  
Por conocer á Dios de quien dudabas.»

«Y, sin embargo, al sentimiento entregas  
El débil corazón, con él batallas,  
Y sufres cuando ves sufrir; y tienes  
De los dolores de los otros lástima.»



« Amas al hombre, y su cariño buscas;  
Pero no adulas sus pasiones malas;  
¡ Desdichado! tú irás por ese mundo  
En todo tiempo derramando lágrimas. »

« Para medrar, para vivir dichoso,  
Para elevarse á las regiones altas,  
Es preciso que el hombre nunca tenga,  
Ni sentimiento ni candor ni entrañas. »

« La sonrisa en el labio mentiroso;  
La intencion siempre oculta y depravada;  
El egoísmo haciendo á toda hora  
De impenetrable escudo y de coraza. »

« La indiferencia, el cálculo, la propia  
Conveniencia; la torpe mescolanza  
De adulacion servil para el que sube,  
De insolente desden para el que baja. »

« La esplotacion del hombre por el hombre,  
Aunque labre del hombre la desgracia;  
La reunion de la astucia y de la fuerza  
Que á la razon y á la justicia ultrajan. »

« Los extremos viciosos batallando  
Para hacer monstruosas amalgamas  
Despues de las violentas sacudidas  
Sociales, que del bien al hombre apartan. »

« Eterna confusion, eternas luchas,  
Miseria, corrupcion, iras, venganzas...  
Tales son las pasiones de los hombres  
Y tales las escenas que te aguardan. »

« Queriendo ser eterno, has despertado  
Mi emulacion, mi enojo y mi venganza;  
Serás eterno, sí; pero has de serlo  
Como el dolor que el pecho me desgarran. »

« Yo sabré amontonar ante tus ojos  
En breve espacio cuanto el mundo abarca,  
Sin que por eso logres un instante  
El instinto del bien borrar del alma. »

« Por el pronto, los lances de una vida  
Triste, y pobre, y agreste y solitaria,  
A tus labios llevaron los primeros  
Sorbos de hiel y de ponzoña amarga. »

« La inquietud en tu pecho echó raíces;  
Salir pretendes de la esfera infausta  
De las trivialidades dolorosas  
Que constituyen la miseria humana. »

« Pues bien, yo voy á presentar ahora  
A tu vista, en inmenso panorama,  
Los actos, las escenas mas sublimes,  
Segun las juzgan los que así las llaman. »

« El mundo vá á ofrecerte cuanto tuvo,  
Cuanto tiene y tendrá: riquezas, galas,  
Poder, honores... y á la vez delitos,  
Aberraciones, luto, guerras, lágrimas. »

« Serás espectador y actor á un tiempo;  
Cruzarás por las olas encrespadas  
De los mares, y oirás, de un polo á otro,  
Todas las lenguas que los hombres hablan. »

« Mas ¡ ay! de tí, si al fin, exasperado,  
Maldices tu existencia infortunada!  
¡ Ay! de tí, si en la muerte hallar pretendes  
El descanso y alivio de tu alma. »

« Yo no vengo á pedirtela; no vengo  
A proponerte que conmigo hagas  
Un pacto vil; que puede que algun dia  
Odiando al mundo envidies mi morada. »

Calló el ángel del mal: Adam, atónito,  
Vió desplomarse de su pobre estancia  
Los muros, y ensancharse el horizonte  
Que en luz viva se tiñe y abrillanta.

Un ambiente sereno, perfumado,  
Y embriagador aspira; se dilatan  
Sus pupilas, y ve lo que en su vida  
Soñó pintor, ó poeta imaginára.

Mas aquí, mis lectores, os contemplo  
Rendidos; suspendamos la jornada,  
Y en el canto siguiente á la terrible  
Vision, oireis que con el jóven habla.

## CANTO III.

«Mira ese mundo primitivo; admira  
Su espléndida hermosura y su grandeza;  
Los siglos no han cubierto todavía  
De densas capas la redonda tierra.»

«Los árboles lozanos, hasta el cielo  
Su exuberante copa gigantesca,  
Siempre verde y hermosa, con orgullo  
Alzan de frutos olorosos llena.»

«Allí el clima es constante y apacible;  
Eternal es allí la primavera;  
Es la estación que sin rival alguna  
En ese mundo primitivo reina (1).»

«Ricas fuentes de puras, cristalinas  
Y frescas aguas, con pujante fuerza  
Brotan do quier; y entre la verde alfombra  
Transparentes arroyos serpentean.»

«En invisibles vaporosos átomos  
Baja el rocío a refrescar la selva,  
Y a los rayos del sol que le ilumina  
Lluvia parece de menudas perlas.»

«Todo es allí tranquilidad, sosiego,  
Gozo, venturas y delicia eterna;  
El hombre no ha turbado todavía  
Con sus vicios la paz de su conciencia.»

«Si una primera falta ha cometido,  
Y al trabajo y la muerte le condenan  
Los decretos de Dios; en cambio tiene  
Un alma grande, inteligente y buena.»

«La aspiración del bien; el noble instinto;  
El amor, la piedad y la inocencia;  
El sentimiento del progreso; el libre  
Uso de sus sentidos y potencias.»

«En santa asociación, todos iguales  
Y libres vivirán; dará la tierra  
Sus bienes para todos, sin que haya  
Quien arrastre de esclavo las cadenas.»

(1) «El gran cataclismo del diluvio debilitó la naturaleza; limitó el curso de la vida del hombre; destruyó varias razas de animales; el eje de la tierra se inclinó y los climas se alteraron.»

«No importa que se ensanche y multiplique  
La sociedad; no importa que se estienda  
Ocupando los ámbitos del mundo,  
Si la justicia y la razón imperan.»

«Todos, unidos en estrechos lazos  
De fraternal cariño, harán que sean  
Justas las leyes y los jueces puros;  
Las costumbres sencillas y modestas.»

«Será el hijo sumiso, será casta  
La mujer; la amistad será perfecta,  
Y el aplicado, el estudioso, el bueno,  
Logrará que le imiten y enaltezcan.»

«La virtud aclamada y bendecida  
Será por todos, sin que nadie sea  
Capaz de calumniarla ó de tenderle  
Infames lazos que a matarla vengan.»

«Solo tendrán los hombres una patria;  
Una ley soberana, y una idea:  
La de amarse y ser buenos y felices  
Haciendo menos breve su existencia.»

«Tal fué de Dios, sin duda el pensamiento;  
Mas yo le contraríe; yo mi soberbia  
Presté al humano corazón; yo hice  
Que Cain su delito cometiera.»

«Yo desde entonces, con feroz contento,  
Abriendo de mi imperio las cavernas,  
Hice salir al mundo las pasiones  
Que el bien, la vida del mortal abrevian.»

«La ambición, el orgullo, la avaricia  
Y el lujo, engendrarán a la pobreza;  
Y se abrirán las fuentes de los crímenes  
Que con sangre los campos enrojezcan.»

«El fanatismo y la impiedad, frenéticos  
Alzarán arrogantes la cabeza;  
El primero hará a Dios injusto y malo;  
Negará la segunda su existencia.»

«Y en lucha fratricida los imperios,  
Las ciudades, los bosques, y las selvas,  
Al resplandor rojizo de las llamas  
Se volverán escombros y pavesas.»

« Y los pueblos, movidos al impulso  
De los tiranos, en su lucha eterna,  
Me hincarán la rodilla, dando culto  
Al pavoroso nùmen de la guerra (1). »

« En el feroz estrago y la matanza  
Se inspirarán magníficos poetas,

Al compás de sus liras entonando  
Sus himnos y terribles epopeyas. »

« Y la razon al sucumbir esclava  
Del infame derecho de la fuerza,  
Si tiene alguna voz que la proclame  
Apenas eco encontrará en la tierra. »



« La guerra, el fanatismo, el crimen, las maldades;  
La ira y la soberbia mis auxiliares son:  
Contempla cual se alzan del polvo las ciudades  
De Babilonia y Ninive, de Troya y de Sidon. »

(1) Muchos aseguran que las guerras, por medio de la conquista y la fusión de los pueblos, han facilitado los adelantos de la humanidad. Con perdón sea dicho, yo creo que esta, obedeciendo a las leyes del progreso, no ha recibido sus adelantos por las guerras, sino a pesar de ellas.

« El Tigris y el Eufrates, el Haly y el Meandro  
Sus márgenes ofrecen à la violenta lid.  
Los Héctores y Aquiles, y luego un Alejandro  
Sus numerosas huestes conducen por allí. »

« Ya aquellos grandes pueblos que admiracion infunden,  
Que tantas maravillas llegaron à ostentar,  
A impulso de las armas, perecen, se confunden,  
Y solo dejan tumbas, ruina y soledad. »

«En tanto los hebreos de Dios reciben leyes  
Que idólatras olvidan con ciega ingratitud;  
Las tribus israelitas al cielo piden reyes  
En vez de demandarle tesoros de virtud.»

«La Grecia se levanta feliz y poderosa;  
Independiente y libre Atenas se ilustró;  
Mas luego, corrompida, de bienes codiciosa  
En luchas incesantes sus fuerzas agotó.»

Y nace Roma; brilla, se estiende, se dilata;  
Del Africa, de Europa, del Asia dueña es;  
Al carro de sus triunfos al mundo entero ata  
Que tiembla, que se arrastra esclavo ante sus pies.»

«Mas ¡ah! mira ese mundo que vá ante tí pasando:  
Contempla los arroyos de sangre que costó  
La efímera grandeza que fueron conquistando  
Imperios y repúblicas que el tiempo derrumbó.»

«Contempla los errores, la ciega idolatría  
Que rompen y destruyen la dicha y la unidad;  
Que matan para siempre la paz y la armonía  
En que vivir debiera la ciega humanidad.»

«Robando á Dios sus grandes inmensos atributos  
El hombre humanas víctimas furioso inmolará,  
Y ante mezquinos ídolos y miserables brutos  
Postrándose de hijosos su frente inclinará.»

«Debajo de las ruedas de la triunfal carroza,  
Que falsos dioses lleva en larga procesion,  
Sus miembros una turba fanática destroza  
Con insensata, nécia, inútil devocion.»

«El templo de Milita será menguado abismo  
Dó la inocente virgen su cándido pudor  
Pondrá sobre las aras de un loco sensualismo  
Que hará la afrenta pública, preciso el deshonor.»

«Arúspice sangriento, la entraña palpitante  
De la inocente víctima atento estudiará,  
Y haciéndose del cielo intérprete constante  
Tal vez á un pueblo entero de espanto llenará.»

«Y allí, cabe la tumba del rico y del guerrero,  
En los parajes públicos, infame gladiador  
Hará que su desdicha contemple un pueblo entero  
Que goza en ver su sangre, su bárbaro furor.»

«Así en raza de esclavos y en raza de señores  
Y en grandes y en plebeyos los hombres dividió,  
Abyecta, miserable, sumida en los dolores,  
A la mujer en pobre juguete convertí.»

«Mas ¡ah! sonó la hora que yo maldigo triste,  
La hora en que comienza la humana redencion,  
Y el hombre Dios, bajando del cielo donde existe,  
Pronuncia las palabras de amor, de paz y union.»

«Es fuerza contrariarle; la paz y los amores,  
Del hombre la ventura suprema labrarán,  
Y yo me gozo siempre mirando sus dolores,  
Sus guerras, sus delitos, su sempiterno afán.»

«Por eso, concitando las iras, los enojos  
De los que al pueblo quieren hollar y deprimir,  
Al hombre Dios les hice mirar con malos ojos  
Para que alegres luego le vieran sucumbir.»

«Por eso los felices, los déspotas, los fieros  
Malvados, que los pueblos pretenden explotar;  
Los falsos sacerdotes, los torpes embusteros,  
Al bueno y al humilde persiguen sin cesar.»

«Y al cabo le condenan con bárbara alegría;  
Y yo me gozo viendo su horrible confusion;  
Y aumento su tumulto, su furia y gritería  
Mientras la tierra tiembla y se oscurece el sol.»

«Los tiempos van pasando; los dioses fabulosos  
Al suelo van cayendo; mi imperio vá á cesar;  
Los hombres se humanizan; hermanos cariñosos  
Sus vínculos sagrados pretenden estrechar.»

«Es fuerza esterminarlos; hacer que las edades  
Se inspiren á sí mismas escándalo y horror;  
Es fuerza que el infierno invente iniquidades;  
Que el código no impere de caridad y amor.»

«Por eso, si hubo en Roma Octavios y Adrianos,  
Filósofos, poetas y ciencias y esplendor,  
De vándalos, de godos, de fieros marcomanos  
Caerá sobre esa Roma torrente asolador.»

«De los soberbios Césares el destumbrante sólio  
Feroces pisotean, acrecese la lid,  
Y tiembla y se derrumba el alto capitólio  
Y atónita la Europa inclina la cerviz.»

«Y se alzan por do quiera gigantes torreones;  
El despotismo cambia de traje y de antifáz;  
Y reyes y vasallos, caudillos y legiones  
Al rudo feudalismo poder y vida dán.»

«La tierra palmo á palmo disputan impacientes  
Los que á la fuerza fian derechos y razon.  
Picotas y cadalsos varones insolentes  
Levantán; y los pueblos les prestan sumision.»

«Menguados tiranuelos se erigen en señores;  
Comparten con los reyes su inmensa autoridad  
Y esclavos los plebeyos, sus grillos opresores,  
Sus bárbaras cadenas arrastran sin cesar.»

«En guerras, en torneos, la tierra ensangrentada  
Hice que el pueblo viera con avidez feroz;  
Yo di á los ricos-hombres derechos de pernada  
Y á juicios del infierno, llamé juicios de Dios.»

«Y luego, de cien reyes el trono asegurando,  
Vertí en sus corazones mi hábito infernal  
Para que, ciegos, torpes, las leyes conculcando,  
Manchasen con sus vicios la púrpura real.»

«¿Quieres ver nuevos desastres?  
¿Mas cómo si fueron tantos  
Que ya la paciencia falta  
Para verlos y contarlos?»

Mientras que en España luchan  
Sarracenos y cristianos,  
Estos allá en Palestina  
A su vez mueren matando.

Los güelfos y gibelinos,  
Durante trescientos años,  
Convierten la hermosa Italia  
En negro y sangriento charco.

Mientras que Colon camina  
Un nuevo mundo buscando,  
Se abre un tribunal horrible  
Que toma el nombre de santo.

El oro que dá la América  
Es para comprar soldados,  
Que en Flandes y en toda Europa  
Siembren el terror y estrago.

Las guerras y los destierros  
Desiertos dejan los campos;  
Las ciudades solitarias;  
Los talleres olvidados.

Mas luego vendrán filósofos  
Que, á las masas predicando,  
Harán que en Francia se alcen  
Innumerables cadalsos,

Para demostrar al mundo  
Que es al hombre necesario  
Dejar de ser noble y bueno  
Para dejar de ser malo.

Y la libertad envuelta  
En el terror, vá cambiando  
El despotismo de arriba  
En despotismo de abajo.

Mira esas escenas lúgubres;  
Mira esos sangrientos cuadros...  
Estremécete y no evoques  
Las sombras de lo pasado.

Mas si impaciente apetece  
Ir las modernas mirando,  
Oye esas voces que pasan  
Ensondando el espacio.

Son ecos de los espíritus  
Angélicos ó satánicos  
Que en torno giran del mundo  
De los buenos y los malos.

Es la voz de los partidos  
Que eternamente luchando  
Ya se acercan ó se apartan  
Del bien que apetece tanto.

Son los acentos del pueblo,  
Que su malestar notando,  
Busca imaginarias dichas  
En un cielo imaginario.

Son las palabras que vierten  
Ingenuos ó torpes labios;  
Las locas aspiraciones;  
Las dudas que van brotando.

Fija tu atencion en todo  
Si puedes; cierra tus párpados  
Y en los confusos rumores  
Ve el alma depositando.

UNA VOZ.

Yo soy la fuente de eternal consuelo:  
La augusta religion hija del cielo.

OTRA.

Yo oculto la perfidia y la falsta:  
Soy la negra, la infame hipocrestia.

OTRA.

Paso, paso á la verdad  
Que ilumina las conciencias!  
¡Abajo la iniquidad!  
Paso al saber, á las ciencias,  
La virtud y la piedad.

OTRA.

Yo del placer voy en pos;  
Yo solo gozar deseo;  
No hay virtudes, yo no creo  
En la existencia de Dios.

OTRA.

Cierra ya tu boca impía;  
Blasfemo, calla y advierte  
Que puede llamar la muerte  
A las puertas de tu orgía.

OTRA.

¿Qué importa? contentos  
Dejadnos reir;  
Dejad que la vida  
Goceamos aquí.

El tiempo se pasa  
En curso veloz;  
Notad lo que dice;  
Oigamos su voz.

OTRA.

Con una mano voy erigiendo  
Nuevos imperios, nuevas naciones;  
Mientras con otra voy destruyendo  
Generaciones.

Yo soy el tiempo, nadie me evite;  
A mis designios nadie se oponga,  
Nadie levante lo que yo quite.  
Nadie destruya lo que yo ponga.

OTRA.

Yo soy la revolucion  
Que en su ardiente imprevisión  
Quiere al tiempo hacer correr.

OTRA.

Yo soy la ciega reaccion  
Que le quiere detener.

OTRA.

Yo soy la veraz historia.

OTRA.

Y yo la parcialidad.

OTRA.

Yo el éxito que dá gloria  
Ó desden y oscuridad.

OTRA.

Si en rápidos y críticos  
Momentos, nos hallamos,  
Filósofos! políticos!  
Venid y discutamos.

El gran problema eterno  
Es fuerza resolver.  
¿Qué forma de gobierno  
Debemos escoger?

Hablad! hablad!  
Que los pueblos oyéndoos están.

OTRA.

Para hacer que las masas  
Vivan felices  
Es preciso ilustrarlas  
Y hacerlas libres.

OTRA.

Miente ese sábio;  
Las masas necesitan  
Grillos y látigos.

OTRA.

Pueblo vil que entre cadenas  
De tal modo desfalleces;  
Calla y sufre; tú mereces  
Tu servidumbre y tus penas.

OTRA.

Pueblo que ciego te lanzas  
Al estrago y esterminio;  
Cesa ya en tu predominio;  
No ejercites tus venganzas.

MUCHAS VOCES.

Nosotros sufrimos;  
Nosotros lloramos;  
Nosotros las glorias  
Del rico envidiamos.

En bellas carrozas  
Los vemos pasar;  
Sus grandes palacios  
Envidia nos dan.

Mirad cual preparan  
Soberbio festin,  
Feliz el que es rico  
¡Mil veces feliz!

OTRA VOZ.

Y mientras tanto, sombrío,  
Algun rico que os irrita  
Tiene el corazon vacío,  
Y en vano, con fiero hastío,  
Al festin se precipita.

En vano triste se lanza  
Al torbellino viviente,  
Do nunca el placer alcanza,  
Por encontrar la esperanza  
Que ya no irradia en su frente.

En vano tanta hermosura,  
Tanto poético encanto,  
Tanta gala y donosura,  
Tanto lujo, primor tanto,  
Allí á su vista fulgura.

Porque á su vista cansada  
Nada nuevo se presenta;  
Porque el bullicio le enfada,  
Y la luz le descontenta  
Y hasta el reir le anonada.

Y esas que parece son  
Delicias que amor provoca,  
Voluptuosa ilusion,  
Y frases del corazon  
Que se escapan de una boca;

Esas ¡ay! son para él,  
Que las oye con desvío,  
Delicias llenas de hiel,  
Y preliminar sombrío  
De un desengaño cruel.

Luego, tal vez, con sin igual despecho,  
Irá lejos, muy lejos del festin,  
Para arrojarse en el mullido lecho  
Do hallar quisiera á su existencia el fin.

Luego, tal vez, con ansias y agonía  
Querrá en vano dormir y descansar,  
Hasta que un rayo de la luz del día  
Su frente mística llegue á iluminar.

O si cerrando los cansados ojos  
Duerme un instante, con horror, soñando  
Fantasma envuelta en mil harapos rojos,  
Gigantesca ante él se irá elevando.

Y en formas vagas al principio, y luego  
Positiva, palpable y evidente,  
Sin atender á su incesante ruego,  
Ni á la congoja que dormido siente,

— Ni al copioso sudor en que se baña  
Su rostro, ni á los débiles gemidos,  
Que en su doliente pesadilla estraña,  
Mal espresados, aunque bien sentidos,

Lanza el cuitado; la vision cruenta  
Cada vez se le acerca mas y mas,  
Cual si viniese á demandarle cuenta  
Del llanto acerbo que hizo derramar.

Y allí, cabe su lecho malhadado,  
Congrega la cruel aparicion,  
De espectros un enjambre, que á su lado  
Vaga inquieto en horrenda confusion.

La vírgen pura que engañó inclemente;  
El esposo de adúltera mujer;  
El hijo tierno, que pagó inocente  
Un átomo de dicha y de placer,

Con horas ¡ay! de afan y de agonía,  
De abandono, de luto y de orfandad;  
El amigo que tanto le amó un día  
Y á quien desdeña porque pobre está;

El rival, que tal vez fué el ofendido,  
Y en injusta agresion, ó torpe duelo,  
Cayó á sus plantas con el pecho herido,  
Vertiendo sangre que clamaba al cielo;

El infeliz, que de sus garras presa,  
Fué aquel día en que un lazo le tendió;  
Y víctima de un ágio, de una empresa,  
Para siempre arruinado se encontró;

El fámulo que tiembla ante su vista;  
Un pueblo entero y desdichado, en fin,  
Que, en su afan de mandar, mandó egoista  
Á perecer en bárbaro motin;

Todos ya en derredor, círculo estrecho  
Forman, murmuran con furor creciente,  
Y en torno vagan de su triste lecho  
Y de helado vapor cubren su frente.

Y dardos mil al corazon le lanzan;  
Y dñan en redor ó tristes gimen,  
Y mientras gimen, ó siniestros danzan,  
Le atormentan, le agobian y le oprimen.

Y si acaso despierta en su impaciencia  
Y se halla solo, y con afan suspira,  
Entonces la verdad vé en su conciencia  
Mas negra que entre sueños la mentira.

OTRA VOZ.

No calumniéis á los ricos,  
Mirad que tambien los hay  
Buenos, justos y benéficos  
Que ejercen la caridad.

OTRA.

¿Y qué importa? ¡proletarios!  
El comunismo os dará,  
Con el reparto de bienes,  
De comer sin trabajar.  
La propiedad es un robo.  
Matemos la propiedad.

OTRA.

¡Adelante! nada temas;  
Vulgo, no vaciles mas.

OTRA.

Atrás, miserable vulgo;  
No manches tu libertad.

MUCHAS VOCES.

¡Libertad! Es bella, hermosa;  
Mas dadnos con ella pan.

OTRA VOZ.

Calle el vulgo, que no sabe  
Lo que se dice jamás.  
¿Con qué derecho quereis  
Los bienes de otro usurpar?  
¿Con el que tengan los otros  
Que á su vez os robarán?

OTRA.

¡Vulgo infeliz! en vano á tus congojas  
Quieres hallar el término prudente.  
Con el sudor de tu atezada frente  
El pan, que luego con tu llanto mojas,  
Siempre habrás de ganar; sufre y trabaja  
Y sella el labio y tu dolor comprime.  
Si la esposa infeliz doliente gime,  
Acállala; si grandes y prolijos  
Son el llanto y los duelos de tus hijos,  
Acállalos tambien; si tú padeces,  
Sufrer y calla; ¡silencio!... que tus áyes  
No aumenten la mundana algarabía;  
Oye de Dios la maldición que un día  
Sobre todos lanzó; trabaja, advierte  
Que al romper del temor demente el yugo,  
A la loca ambicion dando cabida,  
Tu destino tal vez podrá ofrecerte  
Un verdugo en la tarde de tu vida  
Y un infierno en la noche de tu muerte.

OTRA VOZ.

¿Qué habláis de infierno y de verdugo cruento?  
¿Por qué fortuna ciega,  
Concede al rico lo que á mí me niega?  
¿No tengo un alma? ¿Por ventura siento  
En vano este latido  
Del corazón, que estalla comprimido?  
¡Dejad! dejad que exhale  
Mis quejas libremente;  
Y ya que con sus dones la fortuna  
No me brindó, dejad que impetuoso,  
Y libre, y poderoso,  
Me estienda á mi placer. Cual ancho río  
De lava derretida,  
Que nada á contener bastante sea,  
Me extenderé con impetu sombrío.  
Quiero lanzarme á la feroz pelea;  
Quiero audaz exclamar *el mundo es mio*,  
Después que el mundo desquiciado vea.  
Yo haré trizas la púrpura y el trono;  
Yo de los ricos la dorada copa  
De sangre colmaré; yo con encono,  
Palacios demoliendo,

Repartiré el botín; pondré mis reales  
Sobre un monton de escombros calcinados,  
Y mi voz estendiendo,  
Por valles y collados,  
Gritaré á los mortales:  
Cesó la esclavitud, somos iguales (1).»

OTRA VOZ.

¡Delirio! ¡insensatez! ¡atroz quimera!  
Embriguez horrorosa  
Que á veces de los pueblos se apodera!  
Pasad, huid, dejaos  
De elevar por los crímenes pendones;  
No empujéis hácia el caos,  
Con locas convulsiones  
Al que acaricia plácidos ensueños  
Que acaso espera realizar un día;  
No le digais que su ilusión es vana,  
No hagais que sangre humana  
La raza de Cain derrame impía.

OTRA VOZ.

¡Pueblos! ¡monarcas! ¡víctimas! ¡verdugos!  
Buscad el triunfo en la sublime idea,  
Emanada de Dios, y la ventura  
De Dios al punto con vosotros sea.

Tened, tened presente  
Que si la senda del terror se sigue,  
Jamás la pobre humanidad doliente  
Su perfeccion, su libertad consigue.

CORO DE DEMONIOS.

Ahoguemos ese acento;  
Que no sepa jamás  
El hombre donde oculta  
Su salvacion está.  
Movéd estraños ruidos  
De voces y gemidos;  
Silbidos y palmadas  
Y horribles carcajadas.  
Que vayan con violento  
Impulso, por el viento  
Rodando sin cesar.  
Que calumniado sea  
El que arrancar desea  
A la discordia infame  
Su influjo pertinaz.  
Que sea envilecido  
Do quiera y perseguido  
El hombre que proclame  
Amor, órden y paz.

Haced que el hueco  
Bronce, resuene;  
Que monte y valle  
La guerra alruene.  
Luchemos, luchemos  
Con ansia sin fin,  
Do acabe una guerra  
Que estalle un motin.

ADAM.

¡Oh! ¡basta! ¡por compasion!  
¡Basta! espíritus del mal;  
Vuestro estrépito infernal  
Me lastima el corazón.  
Viendo ese cuadro espantoso  
No hagais que sufra y me asombre.  
Yo amo al hombre, yo amo al hombre.  
Y quiero verle dichoso!

(1) Véase la cuarta de las notas que van al final.

Del alma se apodera  
Un vértigo cruel,  
Venid, prestadme aliento,  
Espíritus del bien.

EL DIABLO.

El alba se aproxima;  
Comienza á esclarecer.  
Descansa!

(*Adam se queda dormido*)

Desdichado!  
Tu vida emponzoñé.  
Tan solo ya me resta  
Mostrarte mi poder,  
Haciendo que vislumbres  
La dicha que pondré

Delante de tus ojos,  
Allí donde tú estés,  
Para amenguarla luego  
Con bárbaro placer.  
Irás por ese mundo  
Y yo contigo iré.  
Tendrás riqueza, honores  
Que habrás de aborrecer.  
Descansa! desdichado!  
Mañana te dará  
Violentas emociones  
Que hallar quisiste ayer.  
Descansa, yo entretanto  
Mis planes fraguaré.

¡Legiones de demonios  
A mi mansion volved!

.....  
.....

## CANTO IV.

Habitación húmeda y sombría en la planta baja de un edificio viejo y destartado (1).—Las gruesas paredes se hallan revestidas de anaqueles de pino atestados de lios de ropa, de prendas usadas y de objetos diversos, de escaso valor.—Una ventana que da á un patinillo oscuro y en el fondo la puerta que se comunica con el resto de la habitación.—Una mesa junto á la pared y cerca de ella, en un rincón, una enorme caja de hierro con triples cerraduras.—No lejos de ella un escotillon con trampa de madora, súa como el entarimado que constituye el resto del pavimento.—Dicha trampa se halla levantada y sujeta por una pequeña argolla á una cuerda que se ata á un clavo.—La entrada de la escalera que da al profundo sótano situado debajo de la habitación y del patio, está resguardada por una gruesa reja de enmohecidos barrotes.—El ruido de algun coche que pasa por la calle, ó de los muchachos que gritan y juegan en ella, llega sumamente amortiguado.—A juzgar por el silencio y la soledad del patio, la casa se encuentra deshabitada.

### ESCENA PRIMERA.

EL CURA SOLO.

Aparece sentado en un viejo sillón de vaqueta; luego se quita sus antiparras verdes, arroja una peluca gris que tenía puesta, y dice examinando varios papeles manuscritos y llenos de números que hay sobre la mesa.

EL CURA.

Llegó el momento supremo  
Y á medida que se acerca  
Parece que mi cobarde  
Corazón, torpe flaquea.  
¡Qué oprobio! Tengo esos números  
A la vista; ellos me muestran

Que soy rico, y ahora, nécio,  
Doy oído á la conciencia,  
Cuando un porvenir de dicha  
Vislumbro en lejanas tierras.  
Un puerto!... un buque!... los mares  
Y un tesoro que en América  
Derrocharé; todo eso  
En aquel suelo me espera,  
Si esta noche se realizan  
Nuestros planes; ¡oh! ¡qué lentas  
Caminan las horas! nunca  
Sentí la atroz impaciencia  
Que ahora me consume; tiende  
¡Oh! noche! sobre la tierra  
El negro manto; tu fuiste  
Inspiradora soberbia  
De los crímenes mas grandes,  
De las mas altas empresas,  
Y es preciso que las mias  
Entre tus sombras envuelvas.

(Pausa)

¡Es raro! ¡como se cambian  
El carácter, las ideas  
Del hombre! yo que de todo  
Me reía... ¡que simpleza!  
Es fuerza reír ¿quién puede  
Impedirmelo...? yo era  
Pobre; quise tener oro  
Y hoy el alma se recrea  
Al contemplar estos números.  
Si no miente la aritmética,  
Un millon en perspectiva  
Tengo, y otro allí se encuentra,

(*Señalando á la caja*)

(1) No pierda de vista el lector que desde que la acción pasaba han transcurrido veintiocho años.



Soy rico; tan solo siento  
Que ese bien tan tarde venga.  
¿Por qué el corazón es joven  
Cuando la vejez se acerca?

(Pausa)

¡Oh! me siento mal; parece  
Que se me va la cabeza  
Y que la sangre circula  
No sé cómo por mis venas.  
¿Iré a naufragar estando  
A dos pasos de la tierra?

(Se levanta)

Tengamos valor; veamos  
Mis tesoros; me deleita  
Contemplarlos; dos millones  
De reales... ¡cuánta riqueza!  
Veamos... (acercándose al arca)  
Aquí las llaves  
Están; si alguno viniera...  
Pero, no; me encuentro solo  
Y no es fácil que me vean.

(Abre el arca.)

Todo se halla lo mismo  
Que ayer; ninguno sospecha  
Que en el fondo de esta caja  
Tanto dinero se encuentra  
Escondido; solamente  
Matías caer pudiera  
En la tentación; él sabe  
Que hay aquí muchas monedas;  
Pero ignora el mecanismo  
Del arca; fué grande idea  
La mía, y estoy seguro  
De que el que abrirla pretenda,  
Como herido por el rayo  
Caerá desplomado en tierra  
Con una bala en el cuerpo  
Y otras dos en la cabeza  
¡Oh! cuanto vale el dinero!  
Cuanto vale... y cuanto cuesta!

(Se pasea sumamente agitado y dice:)

Por el oro que allí guardo  
He sumido en la miseria  
A mil familias honradas  
Que al inmenso abismo ruedan  
De mi usura; por el oro,  
Perdí el honor, la vergüenza,  
Y en el lodazal del crimen  
Encenagué mi cabeza  
Tonsurada; por el oro.....  
¡Maldito mil veces sea  
El que sus malas pasiones,  
Nunca prudente moderar  
Mi misión era en el mundo  
Hacer amar la pobreza;  
Aconsejar á los hombres  
Que humildes y buenos fueran  
Y darles honrado ejemplo  
De virtud y fortaleza.  
Esa es la misión sagrada,  
Noble, sacrosanta y bella  
Que al sacerdote confían  
Las doctrinas evangélicas.

(Se oyen aldabazos)

¿Quién será? tal vez Matías,  
O algún infeliz que llega  
En busca de algún recurso  
Con que aliviar su miseria.  
Disfracémonos.

(Se pone las antiparras y la peluca. Sale y vuelve  
al cabo de un momento seguido de Matías.)

## ESCENA II.

### El cura y Matías.

EL CURA.

¿Qué ocurre?

MATÍAS.

En popa la nave vuela.  
El golpe se dá esta noche  
En casa de la condesa.  
Salada vendrá con Ursula  
Al sitio que usted desea.  
Y el conde, que sigue enfermo,  
Podrá pasarse sin ella  
Como hasta aquí. Nuestra gente  
Coger el botín anhela,  
Y cada cual en su puesto  
Tan solo el instante espera  
De obrar...

EL CURA.

Sí, sí.

MATÍAS.

Mas ¿qué es eso?  
Usted está malo por fuerza;  
La palidez de su rostro  
Y su mirada, revelan  
Malestar; ¿tiene usted frío,  
Señor cura? por qué tiembla?

EL CURA.

Yo temblar? Calla, y no digas  
Absurdos; siento impaciencia  
Y eso es todo. (Tengo fiebre;  
Pero dominarme es fuerza.)  
Y Adam?

MATÍAS.

Vendrá.

EL CURA.

¿Dónde estaba?  
¿Qué hacía?

MATÍAS.

Como si fuera  
Un hombre de pró, elegantes  
Trajes luce; lujo ostenta  
Y reside en un precioso  
Cuarto. Se vé la tristeza  
En su rostro retratada  
Muchas veces; mas la trueca  
Otras, en loca alegría;  
Y decidir, calavera,  
Con otros jóvenes bulle  
Y corre de Ceca en Meca.  
Otras veces, en su cuarto  
Con su maestro se encierra,  
Y estudia con tanto ahinco  
Que dicen que se hace un Séneca.

EL CURA.

¿Quién te dió tan minuciosos  
Detalles?

MATÍAS.

Una parienta  
Del criado mas querido  
De Adam.

EL CURA.

Sigue, me interesa  
Tu relato. Segun eso  
Vive casi en la opulencia.

MATÍAS.

Atónito me ha dejado  
El primor de su vivienda.

EL CURA.

¿Le diste mi carta?

MATÍAS.

Y díjome,  
Al acabar de leerla:  
«Di al cura, que aunque su nombre  
Malos recuerdos despierta  
En mi alma, iré á buscarle  
Tan pronto como anochezca.»

EL CURA.

¡Pobre imbécil! no presume  
Que al anocheecer, su estrella  
Vá á eclipsarse para siempre  
Entre profundas tinieblas.

MATÍAS.

Yo no comprendo...

EL CURA.

Ya sabes  
Que en el fondo de esa cueva...

MATÍAS.

El asunto es algo feo.  
Si la justicia supiera...

EL CURA.

Tienes razon; es preciso  
Que tarde ó nunca lo sepa.  
Oyeme bien: ese hombre  
Que há tanto tiempo se encuentra  
En mi poder, no me hizo  
Daño alguno; ni aun siquiera  
Le he tratado; pero un día  
Con el baron de la Estrella  
Quiso luchar, y al quererlo,  
Llegó á firmar su sentencia  
De muerte.

MATÍAS.

¿Por qué no hace  
De esos papeles la entrega?

EL CURA.

Porque en ellos la fortuna  
Vá de sus hijos envuelta.  
Porque el baron ha usurpado  
A su familia la hacienda,  
Y el porvenir...

MATÍAS.

Pero estando  
Preso, y debajo de tierra...  
Esto es claro y evidente:  
Ni se salva, ni se venga.

EL CURA.

Tales fueron las razones  
Que en ocasiones diversas  
Le espuse, mas no hizo caso.

MATÍAS.

Pues entonces, que perezca  
En su mazmorra.

EL CURA.

Y no obstante  
Me dá lástima y vergüenza  
Este cobarde atentado,  
Esta inaudita violencia.  
Ese infeliz ha sufrido  
Tanto y tanto, que, sin fuerzas,  
Estenuado, abatido,  
Mas que un hombre, se asemeja  
A un espectro.

MATÍAS.

Y es el caso  
Que si libertad le dieran...

EL CURA.

Nos denunciaria.

MATÍAS.

Justo.

EL CURA.

Se vengaria.

MATÍAS.

Por fuerza.

EL CURA.

Pues salvémonos nosotros.

MATÍAS.

¿Qué hará V.?

EL CURA.

Quando Adam venga...  
Ya le tengo preparado  
Un narcótico; que duerma,  
Y despues, le arrojaremos  
En el fondo de la cueva,  
Donde podrá, con su amigo,  
Gozar de quietud eterna,  
Mientras que tú y yo sacamos  
Cuanto la casa contenga.

*(Se oyen algunos gritos que parten desde el fondo del sótano.)*

EL CURA.

¿Oíste?

MATÍAS.

El preso: parece  
Que maldice y que se queja.

EL CURA.

Tendrá sed; bájale un cántaro  
Dé agua; justo es que beba  
La última vez.

*(Matías saca el cántaro y se dirige hacia la reja del sótano en ademán de abrirla. Se oyen al mismo tiempo algunos golpes dados en la puerta de la calle.)*

MATÍAS.

Esta es otra:  
Llamando están á la puerta.  
¿Abro?

EL CURA.

No, baja. Yo mismo  
Veré quien es el que llega.

(*Matías enciende una luz y baja al sótano con el cántaro. El cura echa la trampa de madera, diciendo con voz sorda lo que sigue:*)

¡Oh! si es Adam, que el infierno  
Mi último plan favorezca. (*Sale y vuelve.*)

ESCENA III.

El cura.—Una jóven.—Pupas.

(*Pupas disfrazado atraviesa el pasillo rápidamente sin ser visto.*)

EL CURA.

He dicho á usted, que no es hora;  
Pero... en fin, saque esa prenda.  
(*Por quitármela de encima  
Procuraré complacerla.*)  
¿Qué es lo que trae?

LA JÓVEN.

Un retrato...

EL CURA.

¿Ahora salimos con esa?

LA JÓVEN.

Es un medallon de oro  
Y tiene un cerco de perlas.

EL CURA.

¿Cuánto quiere?

LA JÓVEN.

Me hace falta...  
Media onza.

EL CURA.

¡Qué demencia!  
¿Ocho duros...?—Veinte reales  
Daré á V.

LA JÓVEN (*Llorando.*)

Señor... ¡ah! tenga  
Compasion! Nada en el mundo  
Ya, por desdicha, nos resta  
Mas que este dulce recuerdo  
De una madre noble y tierna  
Que desde el cielo me mira,  
Que venir aquí me ordena.  
Tengo á mi padre cesante  
Y enfermo; de la vivienda  
Que ocupamos, nos arroja  
Sin caridad ni conciencia  
Un casero depravado  
Que ha pretendido le venda  
Mi corazón...!

EL CURA.

¿Y á qué viene  
A mí con la historia esa?

LA JÓVEN (*Vacilando.*)

Porque... perdone, si acaso  
Soy demasiado indiscreta.  
Corre, señor, por el barrio  
De boca en boca, una nueva  
Que me infunde algun aliento  
Al confesarle mis penas.  
Dícese que usted...

EL CURA.

Acaba  
De una vez, y no me tengas  
Impaciente.

LA JÓVEN.

Se asegura  
Que usted, señor, aunque presta  
Sobre ahajas...

EL CURA.

Un oficio  
Es como otro cualquiera.

LA JÓVEN.

Pero es mas grande y sublime,  
Mas bendita, mas perfecta,  
La mision del sacerdote  
Que V., señor, desempeña.

(*Movimiento del cura.*)LA JÓVEN. (*Continúa con exaltacion.*)

Tenga piedad de nosotros;  
Esa suma tan modesta  
Servirá para librarme  
Del dolor y la vergüenza.  
Poco las mujeres ganan  
En sus humildes tareas.  
Tan poco, que el mas asiduo  
Traba o, consigue apenas  
Sacarnos de los horrores  
De una espantosa miseria.  
Mas por salvar á mi padre  
Pasaré la noche en vela,  
Y ¿quién sabe? acaso el cielo  
De mi afán se compadezca.

EL CURA.

¡Está bien... toma! (*Dándole dinero.*)

LA JÓVEN.

El retrato...  
(*Ofreciéndoselo.*)

EL CURA.

No, llévalo; si es la prenda  
Dé tu madre... (*Con aspereza.*) ¡Basta... vete...!  
(*Con abatimiento.*) ¡Madre...!

(*Cae abismado y sollozando sobre una silla mientras la jóven llena de júbilo le besa una mano y dice al retirarse:*)

LA JÓVEN.

¡Que los cielos paguen  
Todo el bien que me dispensa!  
Bendito mil y mil veces  
Quien á la virtud alienta!

## ESCENA IV.

EL CURA.

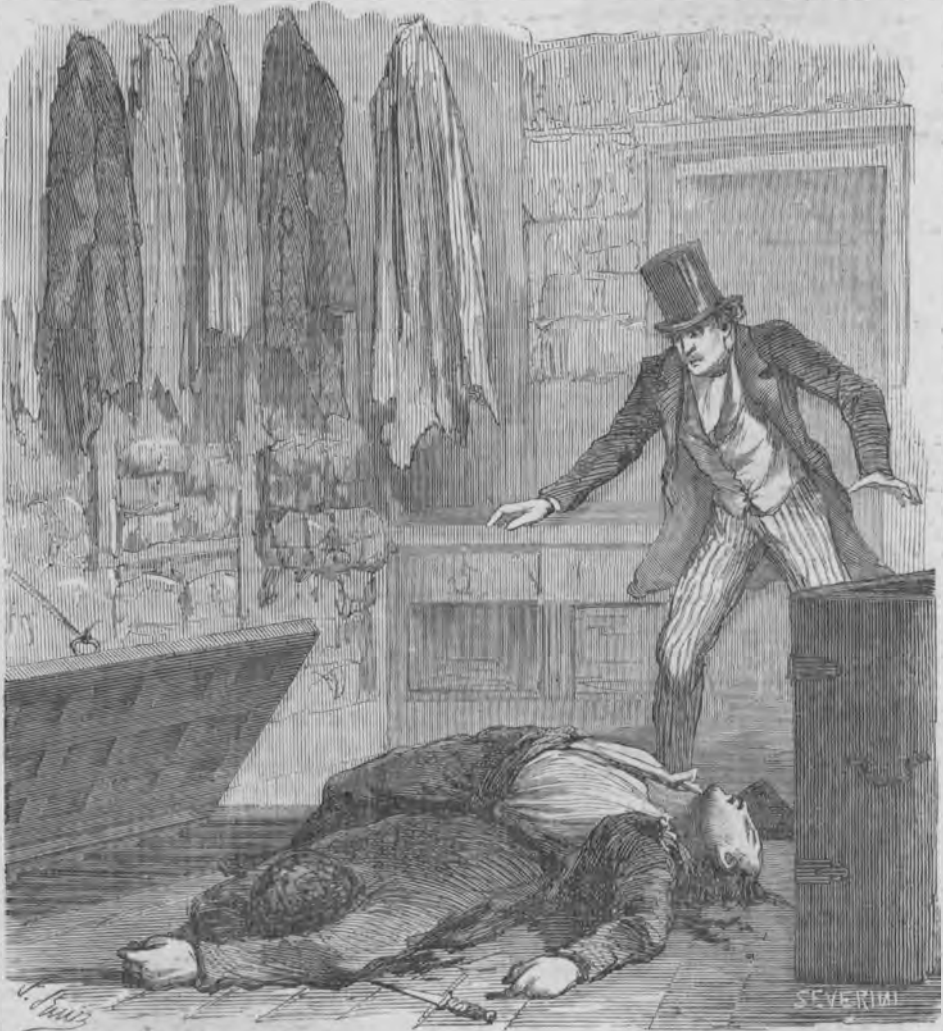
¡Desdichado! nunca diste  
Oídos á tu conciencia,  
Y hoy un mundo se desploma  
Sobre tu infame cabeza.  
La voz de esa pobre jóven  
Me conmovió; con tal pena

Pronunció el nombre de madre,  
Que, acaso por vez primera,  
El de la mia, mis labios  
Balbucieron. ¡Qué vergüenza!

*(Se oye ruido y fuertes golpes debajo de la trampa.)*

Concluyamos; ya Matías  
Parece que se impacienta.

*(El cura levanta la trampa. Matías sube despavorido con un puñal en la mano.)*



## ESCENA V.

El cura.—Matías.

EL CURA.

¿Qué es eso?

MATÍAS.

*(Echando la llave de la reja.)*

Que ese maldito  
Rompió la primera puerta  
Del sótano; que he luchado  
Con él, y que herido queda  
O muerto; no sé...

EL CURA.

¡Otro crimen!  
Ya voy perdiendo la cuenta.  
Escucha.

MATÍAS.

Escucho.

EL CURA.

La noche  
Vino ya con sus tinieblas.  
Vé á decir á nuestra gente  
Que cumpla al pie de la letra  
Mis instrucciones; tú, en tanto...  
Ya sabes, á la condesa  
Conducirás en un coche  
Al sitio donde se encuentra  
El extranjero; Salada  
Vendrá de grado ó por fuerza  
Con Úrsula; dado el doble  
Golpe, vuelve aquí; que sea  
Nuestra fuga, si es posible,  
Antes de que el alba venga.  
Quiero dejar esta casa  
Pronto, y á Madrid con ella.

MATÍAS.

¿Enciendo luz?

EL CURA.

Sí. (*Matías lo hace.*)

MATÍAS.

Hasta luego.  
Dios nos la depare buena. (*Váse.*)

## ESCENA VI.

EL CURA.

¡Estoy solo! ¡enteramente  
Solo...! ¡Miento! Abajo queda  
Un infeliz, cuya triste  
Familia ha quedado huérfana.  
¡Cuánto baldon! ¡cuánta infamia!  
Aunque en el mar me metiera  
No tiene el mar suficiente  
Agua que lave mi afrenta.  
¡Oh! la soledad me abruma.  
Ni una voz!—En torno reina  
El silencio de la muerte. — (*Sentándose.*)  
La muerte...! Nunca su fiera  
Imágen temí; tan solo  
Ahora se me presenta  
Sañuda, implacable, horrible  
Queriendo en mí hacer su presa.  
¡Oh! tengo frío y me ahogo  
A la vez! Los muebles ruedan  
En redor; ignoto vértigo  
De mi mente se apodera.  
¡Basta! ¡dejadme! ¡alejaos  
Tristes visiones quiméricas  
(*Se levanta y dice como fuera de sí*):  
¡Tengo oro! ¡mucho oro!  
El libertino, el troner,  
El sacerdote menguado  
A quien arroja la Iglesia  
De su seno, tiene oro!  
¿No lo veis? ¡Ah! me deleita  
Contemplarlo! Dos millones  
De reales! ¡Cuánta riqueza!  
No en vano me dí á la usura;  
No en vano en aquella cueva

Donde Alarcón sepultado  
Está, de falsa moneda  
Puse un taller; tengo oro  
Que es lo que priva en la tierra.  
¡Ja! ¡ja! (*Se interrumpe asustado.*)

Pareció que el eco

Con estúpida insolencia  
La risa me devolvía.  
¡Ja! ¡ja! ¡ja! No, no resuena  
El eco, fueron pueriles  
Temores... La casa esta,  
Se halla sola, abandonada...  
No hay nadie aquí que me vea.

(*Se acerca de nuevo al arca.*)

Voy á contar mi dinero;  
A repasar mis monedas,  
Mis papeles; es tan grata  
Tan curiosa la tarea!

(*Abre el arca con mucha precaución.*)

Dos millones...! ¡oh! bien caros  
Los dos millones me cuestan:  
Los he reunido vendiendo  
El honor y la conciencia.  
Pero con ellos se puede  
Huir á lejanas tierras;  
Robar á Salada y luego...  
Tal ventura me enajena.  
Es tan linda, tan graciosa,  
Tan lúbrica y tan resuelta  
Que solo al pensarlo gozo:  
¡Ja! ¡ja! (*Se interrumpe mas asustado.*)

O el eco resuena

En la sala, ó yo lo tengo  
Hoy metido en la cabeza.—  
Tengamos calma; cerremos  
El arca.

(*Lo hace y se dirige luego hácia la entrada del sótano.*)

## ESCENA VII.

## El cura y Pupas.

PUPAS entra de puntillas, se acerca al cura, dá un  
salto y le asesta una puñalada diciendo:

PUPAS.

¡Toma!

EL CURA.

Socorro! Dios mío!  
¡Ah! me has muerto! confesion!

(*Cae.*)

PUPAS.

Te he dado á satisfaccion.  
Ahora tu tesoro es mío.

(*Corre hácia el arca que procura abrir.*)

EL CURA.

Detente...! tu muerte labras.  
Ven... ampárame...!

PUPAS.

Soy diestro.  
Doy lecciones al maestro.  
Ya ves.

EL CURA. (*Incorporándose.*)

No abras... no abras!  
Desdichado...! Mi dolor

Contempla y mi desventura;  
 Restaña mi sangre; cura  
 Esta herida...

PUPAS.

Al fin...

*(Al levantar la tapa de hierro del arca se oyen tres detonaciones simultáneas. Pupas cae muerto instantáneamente.)*

EL CURA.

Qué horror!  
 Solo otra vez...! Moribundo  
 Sin que nadie me socorra...!

*(Cae de rodillas.)*

Señor...! mis delitos borra  
 Hoy que me apartas del mundo.  
 Perdon...! mil veces perdon...!

*(Con voz desfallecida.)*

Socorro...! si alguien me oyera...!  
 ¡Oh! qué idea...! Si aun viviera  
 Ese infeliz...

*(Se arrastra trabajosamente hacia la entrada del sótano y grita haciendo un poderoso esfuerzo):*

Alarcon!

Alarcon...!

VOZ DENTRO.

Quién me llama?

¿Quién es?

EL CURA.

*(Con alegría.)* Vive! Aun existe!  
 Espera! *(Pugnando por abrir la reja.)*  
 No puedo... ay triste!  
 Una tumba me reclama.  
 Piedad...! socorro...! *(Cae desmayado.)*

ESCENA VIII.

Dichos.—Adam y luego D. Juan de Alarcon.

ADAM.

Qué miro?

Llego tarde! Desgraciados!  
 Solos y desamparados  
 Dieron el postrer suspiro.

*(Acercándose.)*

Muertos...! de horrible furor  
 Les llenó su vil codicia,  
 Y ambos se han hecho justicia  
 Con despiadado rigor.  
 Mudos, rígidos y yertos,  
 Su encono fatal no ocultan;  
 Oh! parece que se insultan  
 Los dos, hallándose muertos.  
 Huyamos ya...

*(Se oyen golpes y algunos ahogados gritos que parten del sótano.)*

¿Qué escuché?

EL CURA.

¡Adam!

*(Con voz desfallecida.)*

ADAM.

No es ilusion;  
 Ese acento... *(Al cura que se incorpora.)*

EL CURA.

*(Señalando al sótano.)* Es de... Alarcon..

ADAM.

*(Corriendo al encuentro de D. Juan y abriendo la reja.)*

¡Gracias! al fin le encontré!

ALARCON.

¡Adam!

*(Reconociéndole y arrojándose en sus brazos.)*

ADAM.

Tu familia espera.  
 ¡Cuánto tu esposa ha sufrido!  
 ¿Mas qué es esto? ¿estás herido?

ALARCON.

Es una herida ligera.  
 ¡Oh! ¿qué veo?

*(Fijándose en el cura y en el cadáver de Pupas.)*

EL CURA.

No os vayais;  
 Tened compasion de mí...!  
 Poco vais á estar aquí,  
 Por mucho que estar querais.  
 Lleno de congoja y duelo  
 Siento que el alma se ausenta...  
 ¡Piedad! ¡perdon...! me amedrenta  
 La luz que baja del cielo.

*(Fijándose en un rayo de luna que ilumina las paredes del patio.)*

¿No la veis? triste y dudosa  
 Un último adios me dá;  
 Mañana reflejará  
 De mi sepulcro en la losa.  
 En ella estará grabado  
 Con negras letras un nombre:  
 Es el mio...! es el de un hombre  
 Sacrilego y desalmado.  
 ¡Oh! perdon...! perdon! en pos  
 De mí vá el remordimiento;  
 Siento morir porque siento  
 Verme en presencia de Dios.  
 Tengo un alma y... yo no sé  
 Lo que me digo, ¡ay de mí!  
 Solo sé en mi frenesi  
 Que acabo como empecé.  
 ¿Ois?

*(Se oyen á lo lejos campanadas que anuncian un incendio.—El cura hace un esfuerzo último queriendo continuar):*

ALARCON.

Apenas respira...

EL CURA.

¡Perdon! perdon... yo os lo ruego;  
 Corre... Adam... salva del fuego  
 A la... condesa... de Al... cira.

*(Cae muerto. Adam vá á salir, Alarcon fija sus ojos en el oro que hay en el arca, vacila un instante pensando en sus hijos, y luego como avergonzado cierra el arca con brusco movimiento. Ambos salen precipitadamente.)*

## CANTO V.

Julia, entretanto, en su mansion reposa.  
 Vedla: enferma de amor, tras largos dias  
 De insomnio y de dolor, tal vez, gozosa,  
 Forja en sueños un mundo de alegrías.  
 Dormida está; su alma presurosa  
 Vaga en celestes, anchurosas vías,  
 Do vá á buscar, sin que su vuelo atajen,  
 Del bien querido la perfecta imágen.

Como en pais del Norte, en apacible  
 Calma, se vé do quiera reluciendo  
 La blanca nieve, sábana inmóvil,  
 Suavemente la tierra comprimiendo,  
 Y en las álas del céfiro invisible,  
 Los genios de la noche van corriendo,  
 A la pálida luz del frío astro,  
 Montes de plata, en campos de alabastro,

Así sobre su seno adormecido,  
 Cual de apretada nieve trasparente,  
 Donde el Amor, de amor enardecido,  
 Inclina osado su abrasada frente,  
 Un tesoro riquísimo escondido  
 Hay en dos globos de cristal luciente,  
 Velados por finísima batista  
 Que casi logra traspasar la vista.

Y en su blanda postura incitadora,  
 Sobre negros magníficos cabellos,  
 Descansan su garganta seductora,  
 Sus hombros de marfil, sus brazos bellos.  
 Y en su faz hechicera, que colora  
 Sonrosado arrebol, á los destellos  
 De la pálida luna que la alumbrá  
 Un mundo de hermosura se vislumbra.

(Destellos dije, y en verdad que en esto  
 El fiero consonante me atropella,  
 El crítico dirá, torciendo el gesto,  
 Que la luna refleja y no destella.  
 Dice el crítico bien y está muy puesto  
 En razon; mas respondo á su querella  
 Que estoy hablando en verso, y que esta es cosa  
 Un poco mas difícil que la prosa.)

Digo, pues, que dormida la de Alcira  
 Soñando está en el bien de sus amores;  
 Que la imágen de Adam, por quien delira,  
 Vé entre nubes de mágicos colores.  
 Mas ¡ah! que al cabo con horror le mira  
 Moribundo en un lecho de dolores,  
 Y trocado el placer en sufrimiento,  
 Despierta, y dice con turbado acento:

—« ¡Pobre de mí! soñaba; todo ha sido  
 Efecto de una loca pesadilla.  
 Adam vive, no hay duda; no está herido;  
 Joya es de la corte de Castilla.  
 Yo en tanto, aquí su providencia he sido;  
 Por fin mi oro entre sus manos brilla,  
 Y él no lo sabe, y él también ignora  
 Que el alma ardiente con afán le adora.»

« No sabe que aunque huyo su presencia,  
 Su rostro impreso en mi memoria guardo;  
 Que si pienso apelar á eterna ausencia  
 Voy á morir al arrancarme el dardo  
 Que hundi en mi corazón; fatal sentencia  
 Me impuse por mi mal; cuanto mas tardo  
 En cumplirla, mas grande es mi tormento;  
 Mas terrible este mal que experimento.»

Dijo y calló; despues en su memoria  
 Fué evocando recuerdos del pasado;  
 Pensó en su rara y peregrina historia;  
 Pensó en su viejo esposo asesinado.  
 Vió su cuna cercada de ilusoria  
 Dicha, pues nunca con la dicha ha dado;  
 Pensó en su madre, sin saber quién era  
 Esa madre infeliz que Dios le diera.

Y otra vez fatigada, dolorida,  
 Volvió á entornar sus párpados la hermosa;  
 Y poco á poco se quedó dormida  
 En su desierta estancia silenciosa.  
 Bañan su seno, dó el amor anida,  
 Los rayos de la luna misteriosa;  
 Augusta y triste soledad la envuelve  
 Y de este modo á sus delirios vuelve.

Por unas verdes praderas  
 Lleva su caudal de plata  
 Un rio que se dilata  
 Entre frondosas riberas.  
 Pintadas aves parleras  
 Sus trinos al aire dan;  
 Olorosas flores van  
 Ya sus corolas plegando,  
 Mientras que Julia buscando  
 Está las huellas de Adam.

Muestra el sol en lontananza  
 Sus moribundos reflejos,  
 Y el crepúsculo á lo lejos  
 Se estiende, se acerca, avanza.

Y Julia á entrever alcanza,  
Llena de amoroso afan,  
Sobre fogoso alazan  
Que entre la selva se mete  
Un elegante ginete...  
Y ese ginete es su Adam.

Con cuánto placer le espera!  
Con cuánta dicha le vé,  
Luego echar á tierra el pié  
Al llegar á la pradera!  
Con su sonrisa hechicera  
Sus labios premio darán  
Al impaciente galan;  
Mas él anhela otros lazos  
Y es recibida en los brazos  
De su enamorado Adam.

—«Huyamos, la dice al fin,  
Huyamos de aquí, bien mio;  
Quiero llevarte, lo ansio;  
De un confin á otro confin.  
Deja ese mundo ruin  
En que tus penas están;  
Ellas al fin cesarán,  
Con el mal que te preocupa,  
Si Adam te lleva á la grupa.  
De su soberbio alazan.»

Y al cabo de un breve instante  
Vuela el caballo ligero  
Con la dama y caballero,  
Ella detrás y él delante.  
Y corre, y corre incesante  
El caballo; y así van  
Con vertiginoso afan,  
Abrazados, confundidos,  
Por mundos desconocidos,  
Errantes Julia y Adam.

Y la noche vá cerrando;  
Y entre la sombra se anegan  
Los dos en su amor pensando;  
Y van los campos cruzando  
Y nunca al término llegan.

No hay una luz en el cielo  
Que cubre cárdeno velo;  
Los vientos luchan, porfian,  
Y poco á poco varían  
Los accidentes del suelo.

Por entre espesos jarales  
Vuela el corcel mas y mas;  
Zanjas, hoyos, peñascales,  
Agrías cuestras y arenales  
Van siempre dejando atrás.

Y ante su vista se ofrece  
Un mar inmenso que crece  
Con impetu asolador;  
Y á un lado un bosque aparece  
Que infunde al alma pavor.

Ellos van al bosque huyendo  
Las iras del mar temiendo;  
Mas las olas van llegando  
Siempre bramando, bramando  
Con aterrador estruendo.

Y el caballo al fin suspende,  
Rendido, el paso violento;  
Y un rayo veloz descende  
Desde el alto firmamento  
Que fuego en el monte prende.

Y se oyen voces, gemidos;  
Campanas que clamorean,  
Sordos ecos y estampidos;  
Y los troncos encendidos  
Saltan y chisporrotean.

Y al son del mar que se agita,  
Al compás del rudo viento,  
Oye una voz que le grita:  
«Tú has violado un juramento;  
Tu pasion será maldita.»

Luego el trueno retumbó;  
Julia cayendo de hinojos  
Azorada despertó...  
Y al abrir sus tristes ojos  
Muda de espanto quedó.

Pues pidiendo á Dios piedad,  
En su amarga soledad,  
Vé con indecible pena  
Que su sueño se encadena  
Con la horrible realidad.

Ni mares mugidores, ni vientos desatados  
Ni bosques incendiados, contempla en su dolor;  
Y sin embargo, es cierta la horrible pesadilla:  
Un mar de fuego brilla siniestro en derredor.

Los muebles ostentosos, las bellas colgaduras;  
Los techos, las molduras, el lecho ardiendo están;  
Parece que se escapan del rico pavimento  
Con impetu violento las llamas de un volcan.

En las lejanas torres á fuego están tocando;  
Y ¡fuego! van gritando las gentes por do quier;  
Ya el garfio de una escala á un muro se sujeta,  
Ya se oye la piqueta que empieza á demoler.

De la aspirante bombase escucha el movimiento;  
El hórrido elemento su furia vá á calmar;  
Mas luego, hallando al paso un nuevo combustible,  
Mas fiero, mas terrible, se vuelve á levantar.

Adios dichas, esperanzas!  
Adios, juventud florida!  
Nadie á salvarla se acerca  
De tan inmensa-desdicha.

El suntuoso palacio  
Lleno está de compasivas  
Almas, que al fuego combaten  
Y el peligro desafían.

Todos con ardor trabajan,  
Todos afuera se agitan;  
Y sin embargo, hasta ella  
Nadie, nadie se aproxima.

¡Oh! qué horror! esclama al cabo  
Con voz triste y dolorida;  
Voy á morir, que los cielos  
Me amparen en mi agonía.»



Y uniendo sus manos bellas  
Cae al suelo de rodillas  
Con el pecho palpitante,  
Falta de aliento y de vida.

Y viendo que ya no hay  
Salvacion, tiembla, vacia,  
Y el nombre de Adam pronuncia,  
Porque el alma se lo dicta.

El fuego envolverla quiere;  
La muerte pide una víctima ..  
¡Piedad! ¡socorro! ¡socorro!  
Al fin con espanto grita.

Y al mismo tiempo en su cámara,  
Entre las llamas rojizas  
Un arrogante mancebo  
Con ardor se precipita.



¡Adam! ¡Adam! ¡Julia! ¡Julia!  
Esclaman los dos; inclina  
Ella la frente y sus labios  
El jóven en ella fija.

Y brioso la levanta,  
Y luego tiende la vista  
Procurando á todo trance  
Encontrar franca salida.

Un instante mas, y el fuego  
Los envolverá en cenizas.  
Por aquel lado el palacio  
Convertido está en ruinas.

Adam arranca del lecho  
La coladura magnífica  
Y envuelve á la dulce prenda  
Que entre sus brazos palpita.

—No temas, mi bien, no temas,  
Ten valor ; tú eres mi vida ;—  
Le dice ; para salvarte  
Los cielos aquí me envían.»

Y rápido como el viento  
Que arrastra ligera arista,  
Con la condesa en los brazos  
Que no siente ni respira,

Osado, audaz, imponente  
Deja la estancia riquísima  
Que mas tarde se desploma  
Cayendo sobre sí misma.

Y la inmensa hoguera salva  
Como sombra fugitiva  
Que entre nocturnas tinieblas  
Se vá perdiendo de vista.

## CANTO VI.

Nunca tanto como ahora,  
Conoci, lector del alma,  
La pobreza de mi estilo;  
Lo rudo de mis palabras.

Nunca, como ahora, nunca  
Lamenté, con pena tanta,  
El no beber con provecho  
En las fuentes de Castalia.

Tuviera un laud de oro  
Que del Pindo me enviaran,  
Para que oyérais con gusto  
Dulces rimas castellanas.

Tuviera, cual otros vates,  
Que honra dieron á mi pátria,  
Pensamientos atrevidos  
Y espresiones que arrebatan.

Raudales de esa poesia  
Que seduce y embriaga  
Y que se espresa en canciones  
Que en la memoria se graban.

Mas ya que me falta ingenio,  
Aunque asunto no me falta,  
Suplid vosotros, amantes,  
Lo que mi númen no alcanza.

Venturas hay que sentidas  
Son mayores que esplicadas,  
Y es el lenguaje impotente  
Cuando el espíritu habla.

Solo aquel que un imposible  
Amó, y halló la esperanza;  
Una esperanza divina  
Que apenas imaginára,

Puede comprender ahora  
Lo que Adam siente en su alma  
Al ver que se encuentra solo  
Con su Julia idolatrada.

No hay nadie que los separe,  
Nadie que á estorbarles vaya;  
Y sin embargo, el mancebo  
Mas tarde suspira y calla.

De su pecho los latidos  
Modera; su frente baja,  
Y de sus ojos acaso  
Brotó despues una lágrima.

Que la condesa está enferma  
Y en sus delirios le llama,  
O dando muestras de enojo,  
De su lado le rechaza.

Y él tiembla porque ella sufre;  
Goza solo con mirarla  
Y anhela llegue la hora,  
Del bien supremo que aguarda.

Todo al cabo en el mundo  
 Dicen que pasa;  
 Y al fin convaleciente  
 Julia se halla.  
 Y él que la mira  
 En salvo, de este modo  
 Su amor la esplica:

—«Condesa, yo te adoro  
 Como al rocío  
 Las flores; como al campo  
 Los pajarillos.  
 Tú eres mi cielo;  
 El sol de mi esperanza;  
 Mi amor primero.»—

Cruzó por la memoria  
 De la de Alcira,  
 Un recuerdo que acaso  
 La mortifica.  
 Pero su amante  
 De este modo prosigue  
 Con voz mas grave:

—Si piensas que te adula  
 Torpe mi labio,  
 Yo te juro, condesa,  
 Que no te engaño.  
 Oye mi acento  
 Y verás cómo fuiste  
 Mi amor primero.

Ese amor en mi alma  
 Brotó al instante  
 Que tuve la fortuna  
 De contemplarte.  
 Perdona al loco  
 Criminal, que en tu cielo  
 Puso los ojos.

Desde entonces con ansia  
 Busqué la senda  
 Que á los fines mas nobles  
 Me condujera.  
 Y es, vida mia,  
 Que el amor que te tengo  
 Me redimia.

Al ver que te amagaban  
 Fieros peligros,  
 Pensando en tí, en mi cuarto  
 Viví cautivo.  
 Y era dichoso  
 Bendiciendo tu nombre,  
 Tu nombre hermoso.

Por tí, al hendir mi pecho  
 Puñal alevé,  
 Me pareció que era  
 Grata la muerte.  
 Por tí mi herida  
 Se cerró, y parecióme  
 Grata la vida.

Es mi amor tan inmenso,  
 Que en todas partes,  
 Aunque cierre mis ojos,  
 Miro tu imagen.  
 Tu imagen bella  
 Mas hermosa que el cielo  
 Lleno de estrellas.

Condesa, yo te adoro,  
 Yo te idolatro;  
 Ante tí se presenta

Timido esclavo.  
 No me rechaces,  
 Y el amor que te pido  
 Propicia dame.

Si carezco de honores  
 Y de riquezas,  
 Y de timbres y títulos  
 Que me enaltezcan,  
 En cambio pongo  
 A tus pies, de ternura  
 Ricos tesoros.

Si tu amor no me niegas,  
 Tal vez un día  
 Porvenir venturoso  
 Tu Adam consiga.  
 Nunca me olvides,  
 Y verás como venzo  
 Los imposibles.

Calló el jóven; la condesa  
 Una mano le tendió  
 Y él, impaciente, anhelante,  
 Lleno de creciente ardor,  
 Diz que un ósculo de fuego  
 Sobre esa mano estampó,  
 Mientras que la dama, tímida,  
 Sofoca del corazón  
 Los presurosos latidos  
 Pregoneros de su amor.

¡Pobre condesa! tres veces  
 De la muerte la salvó  
 El hombre que allí á sus plantas  
 Le muestra tanta pasión.  
 El la adora, ella le ama  
 Como nunca á nadie amó;  
 Ambos son jóvenes, bellos;  
 Ambos desgraciados son,  
 Pues de miserables cunas  
 Tal vez proceden los dos.  
 De la sociedad los lazos  
 Ella impaciente rompió  
 Porque no miren su frente  
 Llena de angustia y rubor  
 Cuando sepan que su nombre  
 A otros perteneció.

Este cúmulo de ideas  
 Pasa en confuso turbion  
 Por su mente al propio tiempo  
 Que Adam su mano besó.  
 Luego, cerrando sus ojos,  
 Y temblando de emocion,  
 En los brazos del mancebo  
 Aprisionada se vió;  
 Mas despues arroja un grito  
 Que revela su afliccion;  
 Cruza doliente sus manos,  
 Y con desmayada voz  
 Al idolatrado dueño  
 Le demanda compasion.

—¡Oh! si me amas, le dice,  
 No me llenes de dolor.  
 Yo te quiero, te idolatro;  
 Pero mi labio juró  
 No ser tuya ni de nadie,  
 Pues voy á serlo de Dios.

Más tarde, Adam de los labios  
 De la condesa escuchó

Una larga y peregrina  
Y curiosa relacion.  
Contóte llena de duelo  
Lo que en su niñez pasó;  
Su casamiento, sus penas,  
Su viudez, la vil traicion  
De que su espóso fué victima,  
De que Lucas la salvó  
Tambien á ella; la historia  
Que Don Genaro al baron  
De la Estrella, cierta noche  
En el jardin refirió.  
La lucha que ella sostavo  
Consigo misma; su amor;  
Lo que al verle moribundo  
Durante un mes padeció,  
Y el juramento que hizo  
Por lograr su salvacion.

—¿Y eso es todo? dijo Adam;  
¡Oh! ¡Julia! no sigas, no;  
Ese juramento impio  
No pudo aceptarlo Dios.  
Llevar así á los altares  
Nuestra desesperacion;  
Ir á buscar en el claustro  
Un abismo de dolor  
Eterno, mudo y sombrío,  
Es un insulto feroz  
Que el hombre, invocando al cielo,  
Nécio á los cielos lanzó.  
No, Julia, bien de mi vida;  
No sigas en ese error;  
Ten piedad de mí, que busco  
En tu amor mi salvacion.

Un instante de silencio  
Nuestro mancebo guardó;  
Mas viendo que Julia sigue  
Sumergida en su dolor  
Haciendo un penoso esfuerzo  
De este modo continuó:

—Soy pobre, Julia, soy pobre;  
Al oír tu narracion  
Comprendo que á ti he debido  
Todo cuanto tengo hoy.  
No hace mucho que un anciano  
Desconocido, llegó  
Hasta mí; mostróme afecto;  
Quiso ser mi protector  
Y luego con mano pródiga,  
Mucho oro me entregó.  
¿Con qué objeto? tú querias  
Al darme tu proteccion,  
Permaneciendo invisible  
Del hombre que te adoró,  
Pagarme...—No, nunca! nunca!  
¿Quién paga tanto favor?  
Por mí la vida espusiste,  
Y herido fuiste á traicion.  
Es cierto, Adam, que he querido  
Hacerte feliz...—Y hoy.  
Hoy, Julia, tengo vergüenza  
De mi misera ahyeccion.  
Hoy el parásito siente  
Ante su dama rubor.  
—Basta, Adam!—Y sin embargo,  
Nunca en mi imaginacion  
Cupo el infame egoismo  
De encumbrarme con tu amor.  
Es cierto que el lujo y pompa  
En que te ví, deslumbró  
Mis ojos, la vez primera  
Que penetré en tu mansion.

Mas luego que fui avanzando  
Por la senda del honor,  
Al ver que tu imágen bella  
Reinaba en mi corazon,  
Mil veces, lleno de pena,  
Esclamaba en mi dolor:  
¡Naciera mas pobre Julia,  
Naciera mas rico yo,  
Y entonces tal vez la dicha  
Consiguiéramos los dos!»  
—Gracias, Adam...—Y por eso  
Cuando Lúcas me contó....  
—Lúcas ¡Oh! ¿por qué ese nombre  
Resuena en mi corazon?  
Tú le conoces, no hay duda;  
De su carta portador  
Fuiste aquella noche... Dime,  
Dime, sin vacilacion  
Quién es Lúcas, por qué oculto  
Por mi existencia veló  
Tantas veces...—Porque era  
Aquel hombre sabedor  
De tu historia; y al contármela  
Mi corazon se ensanchó...  
—Habla, di.—Lucas...—No temas  
Que se aumente mi afliccion.  
Yo sospecho que ese Lucas  
Es mi padre. ¿Callas...? ¡oh!  
¡Adam..! ¡Adam..! tu silencio  
Me revela lo que soy.  
Cuando ese padre no quiso  
Mostrarme su condicion,  
Algo habrá en ella que sea  
De su pecho el torcedor.  
¡Oh! dime, dime si vive;  
Dímelo por compasion.

—Lúcas para el mundo ¡ha muerto!  
Dijo con solemne voz  
Don Genaro, que en la estancia  
De súbito penetró.  
Y viendo á Adam que pintado  
Tiene en su rostro el terror;  
Y viendo á Julia, que cae  
De hinojos, orandó á Dios  
Por aquel desventurado  
A quien nunca conoció:  
—Llorad, llorad, pobres jóvenes,  
(Dice con grande emocion),  
Llorad, que siempre las lágrimas  
Mitigan nuestro dolor.  
Yo tambien lágrimas vierto  
Porque desgraciado soy.  
Demos al alma un respiro  
En la solemne ocasion  
En que todos tres tenemos  
Necesidad de valor,  
De prudencia, de cristiana  
Y santa resignacion.  
Luego, cuando hayais vertido  
Vuestro llanto bienhechor,  
Oid, oid de mis lábios  
Una exacta relacion  
De diferentes sucesos  
Todos de negro color  
Que completan una historia  
Escrita en mi corazon.

Calló el viejo Don Genaro;  
Y aquí, descansando yo,  
Remito al canto siguiente  
A mi piadoso lector.

## CANTO VII.

—¡Lúcas para el mundo ha muerto!  
(Volvió á decir D. Genaro.)  
No preguntéis de qué modo  
Ni inquiráis dónde ni cuándo.

Llorad y pedid al cielo  
Que le dé eterno descanso.  
Si cometió muchas faltas,  
Tambien fué muy desgraciado.  
Ahora pensad en vosotros;  
La tempestad no ha cesado;  
Aún amaga vuestras frentes  
Oculto en la nube el rayo.

Julia... hija mia... (permite  
Tanta franqueza, á un anciano  
Que hoy siente con toda el alma  
La tuya haber destrozado.)

¡Julia! ¡condesa de Alcira!  
No bajes tus ojos, álzalos.  
El que es bueno nunca debe  
Purgar delitos estraños.»

«Tú eres buena: de virtudes  
Fuiste modelo y dechado;  
Y no obstante, muchas veces  
Tu noble vida amagaron.

¿Quién es el fiero enemigo  
Que estermínarte ha jurado?  
Yo vigilé y aun no pude  
Sondear misterio tanto.

Mas es tan grande mi empeño  
Como grande ha sido el daño  
Que en tí causé; y por mi vida  
Que voy descubriendo algo.»

«Tu marido era extranjero...  
Tu marido era italiano...  
Era rico, y de su pátria  
A España vino emigrado...

Espérate; me parece  
Que vamos atando cabos:  
La madeja está enredada...  
Yo la iré desenredando.»

«Ese baron de la Estrella,  
A quien tú de padre has dado  
El nombre, cual yo de amigo  
Se lo dí en mis tiernos años,  
Abandonando á su esposa,  
Y á su hija abandonando,  
En Italia estuvo, en Nápoles...  
Sí, en Nápoles, no me engaño.

Allí conoció á tu esposo  
Que á España vino escapado...  
Julia, será una locura;  
Mas de esta historia me espanto.»

«Escucha: si bien retengo  
Todo cuanto me has contado,  
Poco antes de casarte  
A tu novio titularon.

Al extranjero le dieron  
En nuestra pátria un condado;  
El oro sin duda anduvo  
Abundante; esto no es raro.

Mas es raro, por mi vida,  
Que al mes de darte su mano,  
Por unos compatriotas  
Suyos, fuese envenenado.

El baron á ese convite,  
Asistió; por un milagro  
Se salvó; tambien tú eras,  
Julia, de los convidados.

Pero una carta de Lúcas...  
(Preciso me fué nombrarlo),  
Te salvó de aquel peligro,  
Al quedarte en tu palacio.

JULIA.

Es cierto; y al otro dia...

DON GENARO.

El conde murió en tus brazos.—  
El baron tambien estuvo  
A la muerte; se escaparon  
Los extranjeros, y nadie  
De ellos pudo hallar el rastro.

JULIA.

Así sucedió.

DON GENARO.

Tenemos  
Un crimen premeditado  
De que el conde fué la víctima;  
Pero al levantarse el brazo  
Asesino, al prepararse  
El tósigo, se buscaron  
Tres victimas; no mediaba  
El robo; no hubo atentado  
Contra los bienes de nadie;

Se intentó el asesinato  
De una familia; esto arguye  
Un ódio reconcentrado  
Y sin límites; arguye  
Venganzas, si no me engaño.

ADAM.

¡ Oh! me interesa esa historia  
Lúgubre; ¿quién el malvado  
Fué, que así en un ángel puro  
Quiso descargar su mano  
Infame?

DON GENARO.

Esperad; el hilo  
De los sucesos sigamos.—  
Mas tarde, según me tiene  
La condesa relatado,  
Otro aviso misterioso  
Logró llegar á sus manos.  
Eran la letra y la firma  
De antes; Lúcas, velando  
Por Julia, la daba el grito  
De alerta.—«Tenga cuidado  
V. E., porque se trata  
De saquear su palacio.»  
¿No estaba el segundo aviso  
De ese modo redactado?

JULIA.

Sí.

DON GENARO.

¿Y qué hiciste?

JULIA.

Por el pronto  
Temblé; luego, confiando  
En mi servidumbre, puse  
Mi salvación en sus manos.

DON GENARO.

Y sin embargo, vendida  
Fuiste por un vil criado.  
Tu casa se vió asallada,  
Y tu pecho amenazando  
Los bandidos...

JULIA.

Pero entonces  
Los cielos me depararon  
A Adam, que supo salvarme...  
La paz al alma robando.

ADAM.

¡ Julia! ¿Lloras? ¡ Ah! me matas  
Con tus lágrimas.

DON GENARO.

Calmaos  
Y escuchad.

JULIA.

Sí, sí...

DON GENARO.

Mas tarde,  
Obedeciendo al mandato  
Del baron, Julia á su primo  
Trató de darle su mano;  
Pero el conde de la Banda  
Y Julia, nunca se amaron.  
¿No es cierto?

ADAM.

Yo tuve celos  
Del conde, y esterminarlo  
Juré.

DON GENARO.

Cuando las pasiones  
Dictan votos temerarios  
Y juramentos inicuos,  
Lo mejor es olvidarlos.

ADAM.

¿Oyes, Julia? Esas palabras  
Hoy tu voto condenaron.  
¿No me respondes?

DON GENARO.

El tiempo  
Vuela; seguidme prestando  
Grande atención, hijos míos.  
De esta atención pende acaso  
Todo el porvenir. Por eso  
Vuestro silencio reclamo.—  
Decía que haciendo Julia  
Un esfuerzo sobrehumano,  
De sus salones las puertas  
Abrió al fin; rico sarao  
Congregó á las eminencias  
De ese mundo cortesano  
Tan alegre y bullicioso  
Como seductor y vario.  
Todos allí ponderaban  
De Julia el gusto y el fausto.  
Yo también, os lo confieso:  
Por el pronto quedé estático  
Al penetrar por las puertas  
Del bellissimo palacio  
Donde en día se trocaba  
La noche.

ADAM.

También turbado  
Me sentí, tanta grandeza  
Por primera vez mirando.

DON GENARO.

Siento renovar la herida  
Que en el pecho delicado  
De Julia, sin saber cómo,  
Abri entonces. Una mano  
Misteriosa, los sucesos  
Complicaba, y nuestros pasos  
Dirigia.—Yo, tranquilo  
En mi albergue, rodeado  
De mis hijos y los hijos  
De estos, los últimos años  
De mi existencia veía  
Deslizarse en curso rápido  
Como el río que se encuentra  
Cerca ya del Océano.—  
Era una noche: mis hijos  
Me rodeaban: mi ánimo  
Se hallaba un poco impaciente,  
Cuando, leyendo un diario,  
Supimos que Julia daba  
Un gran baile; no era extraño  
El suceso; pero el nombre  
De Julia, sin que evitarlo  
Pudiera, trajo á mi mente  
La historia de lo pasado.  
Pensé en el baron y luego...  
Aun recuerdo con amargo  
Dolor, el terrible instante  
En que mis hijos, llorando,  
Leyeron la carta, escrita  
Por Alarcon, que Adam trajo.  
Salvar, pues, era preciso  
A D. Juan, y sin embargo,  
¡Cuánto he sufrido sabiendo  
Que hice á Julia tanto daño!

ADAM.

Prosigas V.—Tengo el alma  
Suspendida de sus labios.

DON GENARO.

Si os hablo de aquel suceso  
Por vosotros no ignorado,  
Es porque con él se hallan  
Otros cien eslabonados.  
Oid: cuando Julia un grito  
De asombro y de pena dando,  
Cayó desmayada; uno  
De los muchos convidados  
Que á la sazón á aquel sitio  
Cuidadosos se acercaron,  
Con varonil entereza  
Y ligero como el rayo,  
Se precipitó en su busca;  
La levantó entre sus brazos  
Y vino á depositarla  
En uno de aquellos bancos,  
Diciendo: ¡vive! ¡respira!  
¡Mirad!—Que en tales casos  
Un cumplido caballero  
Obre así, yo no lo extraño.  
Mas ¿por qué, por qué, no obstante,  
Quedó su acento grabado  
De tal modo en mi memoria  
Que nunca pude borrarlo?

JULIA.

¡Oh! prosiga V.

DON GENARO.

Mas tarde,  
Cuando salí del palacio,  
Es decir, cuando ya todos  
Se alejaban del sarao,  
Volví á escuchar ese acento  
Y presté atención.—«Si he dado  
Al general, vuestro amigo,  
Que presumo que es bizarro,  
Algun motivo de queja,  
Decidle que no retracto  
Mis palabras; que lo dejo  
Todo á su elección.»—Y dando  
Su mano á los que le hablaban,  
Añadió en tono mas alto:  
—«El conde Jacobo Riestri  
Nunca el peligro ha evitado.»

JULIA.

—(Riestri...! ¿por qué ese nombre  
Me asusta y conmueve tanto?  
¿Por qué en mis oídos suenan  
De tal modo?)

DON GENARO.

Resumamos  
Nuestra historia: ese Riestri  
Es un ser casi fantástico,  
Cuya procedencia ignora  
Todo el mundo; audaz, osado  
Y espléndido como un príncipe,  
Fue por el pronto el encanto  
De la corte; su figura  
Es bella; de sus rasgados  
Ojos, brota una mirada  
De fuego; dicen que es algo  
Taciturno y grave; habla  
Poco, y sabe sin embargo  
Una porción de idiomas.  
Siguió de Julia los pasos  
Mucho tiempo; yo cien veces  
Le ví cerca del palacio

Envuelto en su capa; dicen  
Que há poco la muerte ha dado  
En singular desafío  
Al general de que os hablo.  
¿Quién es ese misterioso  
Estranjero? ¿Es italiano?  
Mil veces esa pregunta  
Me dirigí y hallé al cabo  
La respuesta: el hombre ese  
Vuestro estermínio ha jurado.

ADAM.

¿Dónde está? ¿dónde?

DON GENARO.

¿Quién sabe?  
Ha huido, se lo ha tragado  
El infierno. Está vacío  
El rico y soberbio cuarto  
Que ocupaba; no parecen  
Sus trenes ni sus criados...

JULIA.

Pero... ¡ay de mí! ¿qué le hice  
Cuando apenas se fijaron  
Mis ojos en él? ¿Qué móvil  
Pudo tener...?

ADAM.

Yo no alcanzo...

DON GENARO.

Oid hasta el fin la historia  
Si no os cansa mi relato.  
Una vez ví al extranjero  
Hablar con un malhadado  
Sacerdote, que no há mucho  
Tuvo un fin siniestro y trágico...

ADAM.

¡Oh! sí... ya voy comprendiendo...

DON GENARO.

Segun Adam me ha contado,  
Hace tiempo que fraguaban  
El incendio del palacio.

ADAM.

Por eso permanecía  
Encerrado yo en mi cuarto  
Dispuesto á salvar á Julia  
De tan inicuo atentado.

DON GENARO.

Pues bien: esa misma noche  
En que el palacio incendiaron,  
Un bandido, un tal Matías,  
Las señas equivocando,  
Creyó que á Julia robaba;  
Y entre sus hercúleos brazos  
A una mujer, que era víctima  
Del mas profundo desmayo,  
Sacó á la calle; á su encuentro  
Un misterioso embozado  
Salió; miró á la cuitada,  
Y un fiero grito arrojando:  
«No es ella!» exclamó, «no es ella!»  
«Miserable! la has trocado  
Por otra!»—Y así diciendo  
Al centro del océano  
De llamas, con fiero arrojo  
Se le vió arrojar impávido.  
Sabeis quién era ese hombre?  
Era el extranjero osado  
Que se perdió en el incendio  
Y á quien hoy se busca en vano.

JULIA.

Y aquella mujer...? ¡Dios mio!  
Su nombre impaciente aguardo.  
¿Quién era?

DON GENARO.

La fiel Dianora  
Que ahí fuera está.

JULIA.

Y yo que tanto  
Suspiré por encontrarla...!

ADAM.

Yo impaciente la he buscado  
Por todo Madrid.

JULIA.

Dejadme  
Que al fin la estreche en mis brazos.

DON GENARO.

Espera, Julia, es preciso  
Que aun me oigas; falta algo.  
Seré breve: ese Matías  
Fué preso; se ha averiguado  
Que los bandidos de antes  
Han sido los incendiarios,  
Que, aprovechando su tiempo,  
Todo el dinero robaron  
Y cuantas joyas habia  
De valor; que ese eclesiástico  
Indigno, fué siempre el jefe  
De los viles incendiarios;  
Y finalmente, que estaba  
Ya convenido tu rapto  
Para entregarte á ese hombre,  
A ese ser medio fantástico  
Que ofreció por poseerte  
Un millon.—Si tanto y tanto  
Peligro, tanta zozobra  
Y penas y sobresaltos,  
No merecen que un esfuerzo,  
Potente, inmenso, titánico,  
Hagas hoy sobre tí misma  
Para dominar tus vanos  
Escrúpulos, yo, condesa,  
Que con el alma te amo,  
Te diré: ¡Julia! el peligro  
Por desgracia no ha cesado  
Todavía: Adam te adora;  
Huid de la corte ambos.  
No vacíes.

ADAM.

¡Julia! ¡Julia!  
Mira cuánto te idolatro.

DON GENARO.

Y si aun temes que ofendidos  
Los cielos, miren airados  
Ese amor, porque juraste  
Ir á encerrarte en un claustro,  
Oye, Julia, mis consejos  
Y luego dicta tu fallo;  
Mas antes deja que haga  
Mis últimos comentarios  
Sobre esta historia. Tú dices  
Que al mes de haber enviudado,  
De Nápoles recibiste

Noticias, y hasta un despacho  
En que de parte del rey  
El pésame te enviaron  
Por la muerte de tu esposo.  
Que con benévolo agrado  
Su proteccion te ofrecia  
El monarca. Si pensamos  
En esto, será muy lógico  
Presumir que los malvados  
Que te persiguen, no cuentan  
Con el favor soberano  
De aquel rey. Pues bien, condesa,  
Partid á Nápoles ambos.  
Allí vuestros enemigos  
Ya no podrán alcanzaros.  
Tomad un nombre supuesto.  
Que os juzguen todos hermanos,  
Como ante Dios lo sereis  
En efecto, hasta que alzados  
Tus votos en Roma sean,  
Puesto que vacilas tanto  
En romperlos de otro modo.  
A las plantas arrojaos  
Del rey de las Dos Sicilias  
Que no os negará su amparo.  
Dejad los dos este suelo  
Para vosotros ingrato;  
Evitad fieros peligros  
Que os están amenazando...  
¿Y quién sabe? acaso sea  
Vuestro el porvenir.

ADAM.

Partamos.  
Yo respetarte prometo;  
¿Cómo no, si soy tu esclavo  
Y á mi bien prefiero siempre  
El tuyo? ¡te adoro tanto!  
¡Oh! respóndeme; no hagas  
Que muera por tí.

JULIA.

¡Te amo!  
¡Adam! te amo; que el cielo  
Por el mundo nuestros pasos  
Dirija!

DON GENARO.

¡Dios os proteja!  
Ahora sola te dejamos  
Adam y yo; nuestra ausencia  
Será corta. Está esperando  
La fiel Dianora.

JULIA.

Que entre:  
Quiero estrecharla en mis brazos.

Mientras que Dianora entraba  
Y ambas, derramando llanto  
De placer, se confundian  
En un cariñoso abrazo,  
Con Adam algunas frases  
Cambió el viejo D. Genaro  
Y en seguida de la estancia  
Presurosos se alejaron.



## CANTO VIII.

## I.

## En la calle.

Cuando el anciano y Adam  
En la calle se encontraron,  
De este modo conversaron  
Los dos con creciente afán:

—He tenido que mentir;

Dijo aquel con voz muy triste;

Lúcas el bandido existe;

Mas pronto debe morir.

—¡Terrible noticia!—Cruel

Es esta revelación:

La hora de la expiación

Ha sonado para él.

—¡Oh! ¡que mi Julia lo ignore!

—Eso el triste Lúcas quiere:

Sin verla, morir prefiere

Porque su afrenta no llora.

—¡Desdichado!—Mucho, si,

—¡Cuánto debe haber sufrido!

—El infeliz ha querido

Cuando menos verte á ti.

Nadie pena tan prolija

Sintió; dolor tan profundo.

Vá á separarse del mundo

Sin abrazar á su hija.

—Pero esa doble expiación...

Si yo lo hubiera sabido,

A voces hubiera ido

Demandando su perdón.

Que si Lúcas criminal

Fué, se vé en este momento

Su grande arrepentimiento;

Su abnegación paternal.

Imponiendo al corazón

Tan penoso sacrificio

Será doble su suplicio;

Horrorosa su aflicción.

Yo en otro tiempo, tal vez,

Ignorante, arrebatado,

De mis instintos guiado

Y mi insensata altivez,

Salvarle á la fuerza hubiera

Intentado con afán;

Hoy no imagino ese plan

Porque nada consiguiera

Con ejecutarle. Veo

Que es mi valor impotente,

Y sin embargo, impaciente

Abrigo un noble deseo.

Usted conmigo vendrá;

De su juez la compasión

Lograremos, y el perdón

De ese viejo otorgará.

—Tal empresa no es sencilla

Ni aun teniendo valimiento:

Lúcas en este momento

Puesto habrá sido en capilla.

—La capilla, ¡triste nombre

Que al de muerte se eslabona!

¿No dicen que Dios perdona...?

¿Por qué no perdona el hombre?

Pronto un pueblo turbulento

Curioso, alegre, impasible,

Irá á ver ese terrible

Espectáculo sangriento.

El cadalso rodeará

La compacta multitud

Y el reo, en la plenitud

De la vida, morirá.

Y hasta entonces, con dolor

Irá los pasos contando

De la muerte, que avanzando

Vá inflexible. ¡Cuánto horror!

Que negra es la crueldad!

Cuanto la clemencia brilla...!

—¿Oyes...? ¡Oh!—La campanilla

De la Paz y Caridad!

—Ven... modera tu aflicción:

Al malvado la Ley trata

Como merece. Le mata,

Porque él mató sin razón.

Lúcas te espera: cruel

Es el trance... apresuremos

El paso; limosna demos

Y á Dios pidamos por él.

## II.

## Habitation de Adam.

LA CONDESA Y DIANORA.

Si, Dianora: de la muerte

Ese joven me libró

Y aquí me trajo; yo enferma

Estuve; mas él su amor

Contuvo en estrechos límites.

Es tan noble su pasión,

Tan verdadera y tan grande

Cual la que á mí me inspiró.

Si vieras con qué cuidado,

Con qué noble abnegación

Me ha tratado! Al otro día

De aquella noche de horror

En que pudo del incendio

Librarme, me preparó,

Doncellas, trajes y médicos...

Luego á mi lado veló  
Cuidadoso...

DIANORA.

Usted le ama...

LA CONDESA.

Con todo mi corazón.  
¿Cómo no amarle? Sería  
Preciso que fuera yo  
De hielo. Tú, fiel amiga,  
Sabes que hace tiempo estoy  
Luchando; mas ya no puedo;  
No puedo tener valor  
Para arrancarle del alma.

DIANORA.

Pienso, señora, que Dios  
Hizo al uno para el otro.  
¿Por qué ofender al Señor  
Rechazando de tal suerte  
Esa mútua inclinación?

LA CONDESA.

Pero mi voto... el terrible  
Juramento que salió  
Del alma...

DIANORA.

Puede romperse.

LA CONDESA.

¡Oh! sí, sí; tienes razón.  
Partiremos; la esperanza  
Me alienta. Quién sabe? ¡Oh!  
Aun pueden lucir serenos  
Días. Vendrás con los dos  
A Italia; tu padre vino  
De allí con mi esposo. Hoy  
No sé por qué me parece  
Que debajo de otro sol,  
De otro cielo, la ventura  
Encontraré.

DIANORA.

¿Por qué no?

LA CONDESA.

También Pablo con nosotros  
Vendrá; es un fiel servidor.  
Oye mi plan: En las Palmas,  
En Ciudadela y Mahón  
Tengo algunas posesiones  
Que mi esposo me dejó.  
Quiéren comprármelas todas;  
Pues bien, á venderlas voy:  
Iremos, pues, á las islas  
Baleares; luego... ¡oh!  
Luego á Italia!

DIANORA (*con alegría.*)

Sí, señora  
A mi bendita nación.

LA CONDESA.

Adam ante todo el mundo,  
Como vá á serlo ante Dios,  
Será mi hermano... él acepta  
Gustoso mi decisión.

(*Pausa.*)

Pero hablando de estas cosas  
Aun no me has dicho en rigor  
Dónde estuviste estos días.

DIANORA.

Con la esposa de Alarcon  
Y también con él...

LA CONDESA.

¿Qué dices?

DIANORA.

Que al fin D. Juan pareció.  
Estaba ligeramente  
Herido; mas la emoción  
De ver á su amante esposa  
Y á los hijos de su amor,  
No tristes y miserables  
Como encontrarlos pensó,  
Sino bien vestidos, prósperos  
Y en holgada habitación,  
(Gracias á V. que por ellos  
Hizo tanto y tanto), dió  
Lugar á que el pobre padre  
En su feliz estupor,  
Soportar sus emociones  
No pudiese. Al fin cayó  
En el lecho; mas del lecho  
Feliz se levanta hoy  
Bendiciendo á V., señora,  
Con todo su corazón.

LA CONDESA.

Yo cuidaré de que nunca  
Les falte mi bienhechor  
Amparo.

DIANORA.

Mientras que enfermo  
Se halló D. Juan de Alarcon,  
El anciano D. Genaro  
Ni un solo día dejó  
De ir á vernos. Impacientes  
Nosotras, y en la aflicción  
Que sentíamos, mil veces,  
Llenas de afán y de ardor,  
Las huellas de V. quisimos  
Buscar; mas él moderó  
Nuestros impulsos diciéndonos:  
—Dejad, dejadme por Dios  
Que yo la busque, no demos  
Escándalos; siempre estoy  
A la mira.»—Obedecimos  
Y esperamos. ¿Cómo nó,  
Señora, cuando ese anciano  
La ama tanto? Pero hoy  
Cuando apenas en el cielo  
La luz apuntó del sol,  
Le vimos entrar inquieto,  
Trémulo y lloroso.—«¡Oh!  
(Nos dijo). Es preciso, es fuerza  
Que dentro de una hora ó dos  
Parezcan; sí, sí. Y saliendo,  
Atónitos nos dejó.  
Después volvió; estaba triste;  
Mas no tanto.—Al cabo doy  
Con ellos, gritó; Dianora,  
Sígueme.»—Un coche alquiló  
Y aquí, señora, me traje...

LA CONDESA.

En efecto, su emoción  
Era inmensa. ¿Qué te dijo  
Al venir? ¿de qué te habló?

DIANORA.

Guardaba silencio; solo

Pronunciaba á media voz  
Un nombre...

LA CONDESA.

¿Cuál?

DIANORA.

Varias veces

¡Lúcas! ¡Lúcas! repitió.

LA CONDESA.

¡Ah! ¡Dios mio! ¿por qué tiemblo  
Llena de negro pavor?

*(Se oyen las vibraciones de una campanilla que van tocando con lentitud por la calle. La condesa y Dianora se precipitan al balcon, lo mismo que los demás vecinos de la calle, y ven á dos hermanos de la Paz y Caridad, que piden limosna por el reo que está en capilla. Todos los vecinos ofrecen sus piadosas ofrendas. Uno de ellos pregunta quién es el reo, y se oye pronunciar el nombre de Lúcas. La condesa pálida y desencajada, deja escapar un grito y cae medio desmayada en brazos de Dianora, mientras acuden á las voces de ésta, una mujer de alguna edad que hace las veces de ama de llaves de Adam, y un criado jóven llamado Pablo. Entre todos retiran á la condesa hácia el interior de la habitacion).*

### III.

#### Una lujosa estancia en casa del conde de la Banda.

##### ESCENA PRIMERA.

El conde de la Banda.—El duque de Casa-Egregía.

EL DUQUE.

Jorge, hijo mio, el corazon que ama  
No puede equivocarse; tú padeces  
Tiempo há de tal modo, que me aterra  
La idea de perderte.  
Tú no eres ya el atolondrado jóven,  
El calavera audaz que tantas veces  
Mereció mis reproches; en tu alma  
Algo triste sucede.  
Tu enfermedad, la consuncion constante,  
Que la ciencia combate inútilmente,  
En el fondo intranquilo de tu espíritu  
Escondieron el gérmen.  
Habla, Jorge, tu padre te lo implora.  
¿Por qué explicarme tus secretos temes?  
Tú amas; pero, ¿á quién? Jorge, no temas;  
Seré tu confidente.  
Eres rico, eres noble, eres bizarro.  
¿Qué altiva dama rechazarte puede  
Cuando llegue á saber que por tus venas  
Corre sangre de reyes?  
Un día con la suerte de tu prima,  
La condesa de Alcira, unir tu suerte  
No quisiste, y tu padre desde luego  
Desistió... ¿qué mas quieres?

EL CONDE.

¡Pobre Julia! tan buena, tan hermosa...

EL DUQUE.

No hablemos de ella, Jorge, no parece  
Y su fin prematuro me lastima  
Porque la quise siempre.

EL CONDE.

¿Ha muerto?

EL DUQUE.

No se sabe.

EL CONDE.

Pobre Julia!

Si mi funesta enfermedad alevé  
No me hubiera tenido en ese lecho  
Postrado de tal suerte...

EL DUQUE.

Tienes razon: tu enfermedad sañuda  
Para todos fué un mal ¡Oh! tú no puedes  
Comprender el dolor que yo he sentido.

Al mirarte doliente.

Por eso, Jorge, con afán te ruego  
Que el nombre de tu dama me reveles.

JORGE.

¡Nunca! ¡nunca!

EL DUQUE.

Hijo mio, si ella es pobre...

Qué importa? Escucha, atiende.—  
Yo jóven fui cual tú; tambien un dia  
Un virgen corazon, fervido, ardiente,  
Poseí; tambien yo sentí en el alma  
Ese amor que enloquece.

Me lo inspiró una niña cuyo rostro  
Grabado todavía está en mi mente:  
Era un ángel, un ángel! su belleza  
Comparacion no tiene.

Parece que aun la veo, su memoria  
Mi yerto corazon rejuvenece.

Pobre flor entreabierta, cuyo tallo  
Tronché villanamente!

EL CONDE.

Que dice usted?

EL DUQUE.

Perdóname, hijo mio!

El comprimido sentimiento suele  
Desbordarse y salir de nuestros labios  
Trocado en un torrente.

Hoy el recuerdo de la hermosa jóven  
A desbordarse impetuoso viene  
Desde el fondo del pecho donde estubo  
Oculto y mudo siempre.—

Yo seduje á la jóven que mas tarde,  
Al ser madre de un ángel inocente,  
Espiró bendiciendo y adorando  
La causa de su muerte.

EL CONDE..

Y el fruto de ese amor..?

EL DUQUE.

Era una hermosa  
Niña infeliz, que confió imprudente  
A manos mercenarias.

EL CONDE.

¿Vive acaso?

EL DUQUE.

¡Ojalá! que existiese!  
Si ella viviera, yo te la traería  
Y ambos, vertiendo lágrimas ardientes,  
Te diríamos: Jorge! aunque en tus venas  
Corra sangre de reyes;  
No engañes á una jóven, si la amas  
Y es digna de tu amor, no la desdeñes  
Por pobre ó por humilde; el crimen grande  
De tu padre fué ese.

*(Da un reloj y el duque se levanta).*

EL DUQUE.

Las dos: voy á palacio; no me olvido  
De tu encargo, hijo mio. Ten presente  
Mi historia. Cuando vuelva, tu secreto  
Espero me reveles.

## ESCENA II.

EL CONDE, SOLO.

Se vá llorando... cuánto habrá sufridol  
De su primer amor la llama prende  
Todavía en su alma; de esa hija  
Se acuerda con dolor. ¡Oh! me estremece  
Su amarga situacion. Si yo muriera...  
Morir, qué insensatez! Si ahora me oyesen  
Mis amigos, razon para burlarse  
Tendrian.—Yo, que cien y cien mujeres  
He seducido y luego abandonado...—  
Tan solo de una ocasioné la muerte.  
¡Lucial ¡pobre niña! tambien era  
Hermosa y pura y la engañé inclemente.  
¡Oh! por qué luego en mi camino puso  
El infierno á Salada? Ella enloquece  
Mi cerebro; recuerdo á toda hora  
Su nombre... ¡Basta! basta! seamos fuertes  
Una vez más; en mi poder se halla  
Y por fuerza ó por bien feliz vá á hacerme.  
Será mia, lo quiero; mi existencia  
Se ha convertido en espantosa fiebre;  
Fiebre de amor inacabable, eterna  
Que cual las olas de los mares crece.  
Iré á buscarla, me echaré á sus plantas.  
Le diré que he salvado de una muerte  
Afrentosa y horrible, al miserable  
Criminal... ¡Oh! por qué, por qué se envuelve  
La historia de esa bella infortunada  
En un abismo de miserias? Tiene  
Un bandido por padre; su conducta...  
¡Oh! me destroza el pensamiento ese.  
No hay razas; la pobreza no deshonra;  
Razon mi padre por desdicha tiene.  
Si ella fuera... ¡Dios mio! ¡por qué amo  
A una mujer impura de esta suerte?»

Diciendo de esta manera  
El conde, sobre un sillón;  
Preso de terrible angustia  
Pálido y triste cayó.  
Tal vez en aquel momento  
En su noble corazon  
Quiso abrigar el propósito  
De olvidar su loco amor.

No pudo lograrlo; solo  
Por un milagro de Dios  
Jorge conseguir pudiera  
Tamaño trasformacion.

El milagro, sin embargo,  
Es seguro que se obró,  
No porque Jorge olvidara  
Al objeto de ese amor;  
Sino porque Dios lo quiso.  
Y gracias al cielo doy  
Porqué con ese milagro  
Se abrevia mi narracion.

Un poco mas sosegado,  
El conde se levantó  
Diciendo:—«No, no es posible.  
Me subyuga mi pasion.»  
«Mientras de palacio vuelve  
Mi noble padre, yo voy  
A preparar mi partida...  
Tengamos mas corazon.»

Si se obstina esa manola;  
Si oír no quiere mi voz,  
Desdichada de ella entónces!...  
Desdichados de los dos!»

Iba ya á tocar un timbre;  
Mas entrando á la sazon  
Un criado, varias cartas  
Con respeto le entregó.

—Son muy urgentes, le dijo—  
Y salió sin dilacion  
Mientras que el conde, una á una,  
A leerlas comenzó.

Con esas cartas, lectores,  
Se obró el milagro de Dios.  
Ved, sino, el rostro del conde;  
Ved su creciente emocion.

Allí el horizonte se abre;  
Cesa el pasado dolor;  
El porvenir le sonríe;  
La presente pena huyó.  
Y todo vá preparándose  
Con tan rara gradacion  
Que de una carta á otra carta  
Sin duda un mundo medió.

Mundo de ilusiones locas;  
De congujoso temor;  
De esperanzas, de alegrías;  
Y de constante emocion.

Las cartas que el noble conde  
Una tras otra leyó,  
Son las que van mis lectores  
A ver á continuacion.

Del mismo modo que fueron  
Escritas, á dárslas voy.  
En prosa estaban, y en prosa  
Quiero intercalarlas yo.

Si el conde tuvo motivos  
De gozo y admiracion,  
Al buen criterio lo dejo  
Del benévolo lector.

## Primera carta.

Excmo. Señor conde, etc.: Mi mas alto y poderoso señor: Acabo de recibir, en esta imperial y venerable ciudad de Toledo, la carta en que V. E. se digna darme parte de su deseada curacion y dichosa convalecencia.

Alabado sea el Señor y mis abogados predilectos, á quienes he mandado decir muchas misas en rogativa por la preciosa salud de V. E.—Y habrá de saber V. E., escellentísimo señor, que Saladilla se ha vuelto mansa cordera, dispuesta en todo y por todo á sujetarse á cuanto V. E. determine; milagro patente que sin duda he conseguido obtener, viniendo su arisca condicion de tigre de Hircania y de pantera de Java. Dios sea loado y alabadas sean las prendas personales de V. E. que al cabo han tocado como agudas saetas en el endurecido corazoncito de la muchacha. Está mas hermosa que nunca y mas garrida de lo que V. E. puede imaginarse. Lástima que vaya enfermando del pechol

Buena idea fué la de separarla de Madrid, No digo mas por no cansar á V. E.—Apresúrese á venir, ya que Dios lo ha mejorado para bien de pobres y consuelo de afligidos; y no dude que queda rogando humilde á todos los santos y santas por la muy noble, alta y poderosa persona de V. E., su indigna criada

ÚRSULA.

## Segunda carta.

Señor conde: Me dirijo á V. E. por orden de mi señora la condesa de Alcira que se halla en este momento en estremo afectada.

Como ha circulado por Madrid la triste noticia de que mi señora habia sucumbido la noche del incendio, que arruinó su palacio, me apresuro á darle cuenta de su persona, en la seguridad de que V. E. sentirá verdadera alegría al saber que mi buena protectora se ha salvado.

El objeto principal de mi carta es rogar á V. E. que vea si puede obtener el indulto del reo que está en capilla. Mi señora se tendrá por muy feliz salvando á ese desgraciado, á quien debe favores inmensos. Soy de V. E., atenta y respetuosa servidora, Q. S. M. B.

DIANORA.

*Doncella de la señora condesa.*

P. D. Jorge! en este instante salgo con direccion á la cárcel de villa; salva á ese Lúcas. ¡Sálvale! Te lo ruega con toda su alma

JULIA.

## Tercera carta.

Señor conde: No estrañe V. que estos renglones sean casi ilegibles.

Escribo en la capilla de la cárcel de Madrid, teniendo á mi vista, un jóven esforzado que llora como un niño, un sacerdote que reza las oraciones de difuntos y un viejo infeliz, sentenciado á muerte, que debe expiar mañana muchos estravios, muchos crímenes, motivados acaso por la fatalidad y por la ignorancia.

Ese viejo, ese reo, ese desgraciado, acaba de abrirme su corazón. Me ha contado una larga sucesion de hechos que tocan á V. muy de cerca; que están relacionados con la vida del señor duque de Casa-Egredia.

Ese reo, llamado Lúcas, fué eriado de su noble padre de V. y tuvo relaciones íntimas con una gitana. Una noche puso su padre de V. en poder de esa

gitana una hermosa niña á la cual todo el mundo cree muerta. Esa niña existe, trocada ya en mujer: responde por el sobrenombre de *Salada*.

Salada es hermana de V. Tiene en su poder una cadena de plata que el señor duque reconocerá indudablemente.

Lúcas desea ver á ustedes antes de morir para demandarles perdon por el daño que les ha hecho, y para darles detalles acerca de esta historia.

Antes de pasar yo á ver al señor duque he creído prudente dirigir á V. esta carta por si V. quiere ir preparando el ánimo de su padre á quien aguarda tan profunda impresion de inesperado júbilo.

Mi amigo Adam, que en breve partirá lejos de Madrid y que conoce á su hermana de V., firma conmigo al pié de estas líneas, suplicándole que ame mucho á esa pobre jóven que tanto ha sufrido en el mundo. Soy de V., etc.

ADAM.

GENARO DE MACANÁZ.

## Última carta.

Mi querido Jorge: Tu recomendado ha obtenido el indulto. Yo mismo voy á llevárselo. Felices nosotros que logramos arrancar hoy al verdugo un hombre, que al fin es un semejante nuestro. ¡Feliz la mano que acaba de firmar el perdon! ¡Feliz la sociedad cuando evita que caiga sobre ella la mancha que lleva consigo la ejecucion de una sentencia de muerte!

Estoy muy contento; no sé qué me anuncia el corazón; pero cree que, á pesar de la pena que me infunde tu tristeza, me siento hoy sumamente satisfecho. Paréceme que al contribuir á esta obra de misericordia siento brotar en el alma una esperanza dulce, inefable, desconocida.

Pronto estará á tu lado tu padre

Augusto.

Vuelvo á abrir esta carta en la capilla. Acabo de saberlo todo. ¡Vive mi hija! Vive tu hermana. ¡Jorge! ¡Jorge! La alegría no me ha muerto. Bendigamos la mano de la Providencia!

## CANTO IX.

## Un buque en alta mar.

## Adam y la Condesa.

ADAM.

Duerme, Julia, mi bien, duerme, amor mio,  
Como las olas de la mar serena  
Que mansas nos arrullan; como el viento  
Que suave empuja las hinchadas velas.  
Ven, mi bien; y rechina en el regazo  
De este tu amante la gentil cabeza.  
Con tu frente de nieve cubre el fuego  
Del inmenso volcan en que se quema  
Mi ardiente corazón; que tu sonrisa  
Y aliento puro enardecido beba  
Tu Adam feliz, refrigerando el alma,  
Ya que en tus ojos abrasada queda.

LA CONDESA.

Tienes razón; el sueño es el descanso;  
Quiero dormir mientras las auras juegan.

ADAM.

El cielo limpio está, líquido espejo  
Parece el vasto mar, por donde vuela  
Gallarda y presurosa nuestra nave  
En el silencio y soledad envuelta.  
¿No es grato para ti ver como al cabo  
En esta inmensidad hunde la tierra  
Las cumbres de sus montes gigantescos,  
Los altos chapiteles de opulentas  
Ciudades, por los hombres levantadas  
En señal de su orgullo y su soberbia?  
Quedóse atrás el mundo; en el desierto  
De las ondas movibles, que platea  
Rizada espuma que feston parece

De esos picos de vidrio, que se elevan,  
Bajan, vienen y van,—yendo espirantes  
A desmayarse en la menuda arena  
De lejanas orillas,—ni un gemido,  
Ni un grito de dolor, temblando llega  
Y palpitante, á desgarrar el alma  
Con los recuerdos de pasadas penas.  
Cuán hermoso es el mar! en su infinita  
Superficie, la ardiente cabellera  
Sumerge el sol, para templar el fuego  
Esplendoroso de su luz eterna,  
Mientras crece á la vista el horizonte  
Que nunca tiene fin; que mas se aleja  
Cuanto mas avanzamos; que parece  
Otro mar que en su término se anega  
Con el mar que cruzamos, sin que nunca  
Confundidas sus aguas aparezcán.

LA CONDESA.

Tienes razon: el mar en calma es bello.  
Como un sueño de amor; pero si llegan  
Ese cielo á entoldar preñadas nubes;  
Si esas olas hinchadas se presentan  
Irascibles bramando, y zumba el trueno  
Que acompaña á la horrrisona tormenta,  
¿Dónde irá por su mal el fragil leño  
Que atrevido se aparta de la tierra?

ADAM.

¿Dónde irá? no lo sé; Dios desde el alto  
Firmamento, sin duda te contempla,  
Y satisfecho al verte tan hermosa,  
Por tí, mi Julia, cuidadoso vela.  
¿No eres tú de aquel sol resplandeciente  
La exacta copia y la imagen bella?  
¿No eres de toda la creación sublime  
Hermosa, rica y codiciada perla?  
Ten valor; que la mar al poseerte  
Sus ondas calma y su rigor enfrena.  
Mientras las nubes vagarosas huyen  
Al ver la luz que tu mirar destella.  
Ten valor, que los cielos y los marés  
Protegerán tu angelical belleza.  
Duerme, mi bien.

LA CONDESA.

Durmamos un instante  
Por si entre sueños mis fatigas cesan.  
(*Reclina su frente sobre el pecho de Adam.*)

ADAM.

No hagas caso, mi bien, de los latidos  
Del corazón, si el corazón golpea;  
Late solo por tí; mas ya procura  
No incomodarte y su latir modera.

UNA VOZ CANTA.

Sobre las ondas salobres  
Niña del alma nael,  
Y una barca fué la cuna  
Dó la luz primera vi.  
Amo el peligro y no temo  
De la mar el frenesí,  
Solo me arredran tus ojos  
Cuando los fijas en mí.

LA CONDESA.

¡Esa voz..! ¿quién cantó?  
(*En estremo conmovida.*)

ADAM.

(*Con enojos.*) Si te incomoda  
Ya mas no cantará.

LA CONDESA. (*Estremeciéndose.*)

No, no, que sea  
Libre aquí todo el mundo, como el ave  
Que en busca vá de hospitalaria tierra.

Será tal vez un pobre marinero  
Que á sus recuerdos con placer se entrega  
Y en su pátria, en su hogar, en sus amores  
En este instante cariñoso piensa.  
(No sé por qué, esa voz me caosa tédio  
Y ese canto de amor mi sangre hiela.  
Tres veces lo escuché, y el alma toda  
De negro luto se miró cubierta.)  
Durmamos.

ADAM.

Sí, mi bien, feliz reposa  
Junto á mí; mas ¿qué miro? ¿por qué tiembas  
Y una lágrima brota de tus ojos  
Que por las rosas de tu rostro rueda?  
¿Tienes miedo á la mar? Acaso triste,  
De menos ¡ay! por mi desdicha, llegas  
A echar las horas de tu bien perdido  
Alejada por mí de la opulencia?  
¡Y yo insensato que en huir del mundo  
Cifrabam mis delicias! yo, que en esta  
Inmensa soledad era dichoso  
Contemplando arrobado tu belleza!

LA VOZ DE ANTES (*canta.*)

Si vinieras, mi hermosa,  
Conmigo á tierra,  
Yo de flores te haría  
Guirnaldas bellas,  
Porque con flores  
A tu gusto ligáras  
Los corazones.

ADAM.

Dice muy bien el marinero, Julia.

LA CONDESA.

(No es marinero quien así se espresa.)

ADAM.

Dice muy bien: en los risueños valles;  
Junto á la fuente que, de peña en peña,  
Baja rompiendo en transparentes chorros  
Sus cristales; al pié de la arboleda  
De la llanura pintoresca, hermosa,  
Donde ancho río dilató su vega,  
Flores nacen de espléndidos colores  
Y aromas puros; para ornar con ellas  
Tu frente de alabastro, yo guirnaldas  
Tambien dichoso con placer tegiera.  
No es solo bello el mar; tambien encantos  
Te guarda, Julia, con amor la tierra.  
Crucemos, pues, el piélago profundo  
Dejando atrás la brilladora estela  
Donde bullen los peces escamosos  
Que de plata parecen; que tu idea  
No se fije jamás en lo pasado;  
Que el porvenir lejano no te ofrezca  
Nunca temor; gozar de lo presente  
Nuestra divisa venturosa sea.  
Hoy ante tí, cual cariñoso hermano,  
Mi afán domino y mi pasión inmensa.  
¡Ay! ya lo sabes: te amo con locura;  
Tu dulce posesion el alma anhela,  
Y sin embargo tu virtud respeto  
Y aguardo el día en que ofrecermé quieras  
Tu mano codiciada; ¿qué mas quieres  
Si cumplo todo cuanto tú me ordenas?

LA CONDESA.

Gracias, Adam, tu enamorado acento  
Me fortalece el corazón, me presta  
Dulce esperanza y gratas ilusiones.  
Yazca en olvido mi fatal grandeza.  
Huyamos ambos,—al amor pidiendo  
Sus alas,—lejos de la pátria aquella  
Donde, embriagada de insensato orgullo,  
Nécia no supe adivinar mi afrenta.

¡Oh! Dios mio! por qué, por qué Dianora  
No está aquí con nosotros? ¿por qué enferma  
En España quedó?

ADAM.

Pronto á tu lado  
La tendrás; no lo dudes; ten paciencia.  
No flores, Julia, mi pasión ardiente  
Consolarte sabrá; la Italia bella  
Será nuestro refugio; allí tu amante  
Alfombrará de flores tu carrera.  
Allí henchida de júbilo mi alma  
El ancho trono de su amor te ofrezca.  
Tú la reina serás y yo el esclavo,  
Sean de flores ó hierros mis cadenas.

LA CONDESA.

Gracias, Adam; me vuelves la esperanza.  
Allí todos ignoran mi baja.  
¡La Italia! ¡Dulce nombre!

ADAM.

Si, bien mio.  
Ya nuestro buque se dirige á ella.

LA VOZ DE ANTES (canta).

Aunque susurra la brisa,  
Marino, á luchar disponte,  
Que una nube se divisa  
En mitad del horizonte.

Ten cuidado, marinero,  
Que esa nube, poco á poco,  
Irá ocultando primero  
Del ardiente sol el foco.

Y estendiéndose á medida  
Que la mar ruja violenta,  
Sobre el ángel que es mi vida,  
Mugir hará la tormenta.

Marinero, marinero,  
A luchar pronto disponte;  
Que el nublado avanza fiero  
Por mitad del horizonte.

LA CONDESA.

¿Oyes, Adam, lo que el marino canta?  
Su triste augurio el universo oyó,  
Y el viento que bramando se levanta  
El seno de los mares conmovió.

(Se oyen algunas voces de mando.)

ADAM.

Descansa, Julia.

LA CONDESA.

Y cómo? No es posible!  
Dios con nosotros irritado está,  
Y con los ecos de su voz terrible  
Hace los orbes á sus pies temblar.

¿No ves, ¡ay triste! la nevada espuma  
De las aguas que hierven por do quier?  
¿No ves alzarse la pesada bruma  
Y la nube crecer, siempre crecer?

Bien lo temi; mi corazón decía  
Que en la dicha no debo ya pensar;  
Sueños son de mi loca fantasía  
Las ilusiones que llegué á forjar.

ADAM.

Cálmate, Julia.

LA CONDESA.

Con mis males lidio  
Y lidio en vano; ¡bárbaro sufrir!  
Mi verdadero padre en un presidio  
Está y yo debo de dolor morir.

ADAM.

Y ¿qué culpa, mi bien, pudo caberte  
En que fuese tu padre lo que es?  
Nadie la buena ni la mala suerte  
Pudo fijar al punto de nacer.  
Sea cual fuere tu alcuernia, vida mia,  
Yo te adoro con todo el corazón.  
Calma ya tu feroz melancolla  
Y vive, sé feliz.

LA CONDESA.

¡Vana ilusión!

Al borde del peligro que me aterra  
Quiero en vano mis ojos entornar,  
Y si el miedo un instante me los cierra  
Mas me espanta la cólera del mar.

ADAM.

Maldito ese cantor impertinente  
Que dos veces tu sueño interrumpió!  
Cuando inclinabas con amor tu frente  
Sobre mi pecho, tu atención llamó.

Duerme, yo velo; si el marino entona  
Otra vez su monótono cantar,  
Si augurios tristes por su mal pregona,  
Tu sueño haré que sepa respetar.

Tal vez dormida olvidarás tu duelo,  
Sufro yo tanto si te veo sufrir,  
Que á todas horas sin cesar anhelo  
Verte, mi Julia, en sueños sonreír.

EL CAPITAN DEL BUQUE.

¡Alerta, marineros!  
Despejen las toldillas,  
Cerrad las escotillas  
Y abajo pasajeros.

LA CONDESA.

¡Oh! no, mil veces no; que no me alejen  
Del peligro; afrontarle quiero aquí.  
Ruégale al capitán que ver me dejen  
De ese rabioso mar el frenesí.

Quiero oír el horrísono concierto  
Que al alma llena de mortal pavor,  
Quiero mirar de lóbreguez cubierto  
El espacio que gime en derredor.

Mira cual tiende su enlutado manto  
La sombra densa que ennegrece al día.  
¡Adam! ¡Adam! si me idolatras tanto  
Calma mi horror, mi bárbara agonía.

¿No ves cárdeno el cielo y pavorosa  
La marejada, que se agita fiero,  
Anunciando tal vez con voz medrosa  
El fin siniestro que á mi vida espera?

ADAM.

Cálmate, Julia; el buque se levanta;  
Mas tranquilo camina al parecer.  
¿Por qué, mi bien, el porvenir te espanta?  
¡Oh! ten valor y me darás placer.

Domina tu inquietud; la niebla densa  
Que el espacio y la calma nos robó,  
Es una especie de cortina inmensa  
Que envidioso un mal génio desplegó.

Detrás de esa cortina, dueño mio,  
Se oculta un bello, encantador país,  
Do lágrimas de amor vierte el rocío  
Bajo un cielo de nàcar y zafir.

Allí hay lagos con ondas transparentes  
Y jardines y bosques de azahar;  
Altas colinas, rápidos torrentes,  
Luz, colores, aroma celestial.

Cuanto la mente á concebir alcanza  
O se finje una mágica ilusión,  
Llegarás á entrever en lontananza  
Cuando esas nubes desvanezca el sol.

LA CONDESA.

El sol...! ya envuelto en fúnebre sudario,  
Yerto cadáver nos negó su luz;  
Y forman su cortejo funerario  
Nubes de negro aterrador capúz.

Las crespas olas azoradas crecen  
Sin dejar un instante de bramar;  
Sobre abismos sin fondo se estremecen  
Y ruedan con estrépito infernal.

Y mientras abren sus hinchados senos  
Las nubes, y palpita la creación,  
Al compás de los rayos y los truenos  
Se oye la voz colérica de Dios.

EL CAPITAN DEL BUQUE.

La negra tormenta  
Su furia acrecienta,  
La aguada, los botes  
El mar arrebató;  
Las bordas maltrata  
El fiero turbión.  
¡Arria las gabias!  
¡Trincad el timón!

UNA VOZ.

El buque parece  
Que va á zozobrar.  
La Virgen Santísima  
Nos quiera ayudar!

LA CONDESA.

¿Oyes, Adam? La Virgen solamente  
Por nosotros pudiera interceder.  
Doblemos la rodilla humildemente  
Y muramos, pues fuerza es perecer.

La ola que salta, y poderosa zumba,  
Unidos á los dos nos hallará;  
Triste y eterna y anchurosa tumba  
Ese abismo sin fondo nos dará.

No permitas que nadie de tu lado  
Me separe un instante; á tí me unió  
Funesta estrella, ó venturoso hado,  
Y hay aquí quien envidia nuestro amor.

ADAM.

¿Qué dices? habla, Julia.

LA CONDESA.

Por si muero

Mi secreto te voy á revelar:  
Un hombre misterioso, un extranjero,  
Me persigue do quiera sin cesar.

Es un hombre de audaz torva mirada,  
Cuya negra pupila centellea,  
Y cuya frente, al parecer, nublada  
Está por una consecuente idea.

Noches hace, mi Adam, que con empeño,  
Recordando me hallaba, junto á tí,  
Al velar con afán tu dulce sueño,  
La inocencia del alma que perdí.

Turbia la mente, turbios los sentidos,  
Dejé al sueño mis párpados cerrar,  
Y cantando afanosa los latidos  
De tu pecho, feliz quise soñar.

Entonces... una sombra inesperada  
Se apareció de súbito ante mí,  
Y en mis ojos fijarse una mirada,  
Tenaz y ardiente, con espanto ví.

Quise gritar, llamarte; mas fué en vano:  
Era mi miedo insoportable, atroz;  
Una mano sentí sobre mi mano  
Y así me dijo temblorosa voz:

«Yo te conozco; eres la condesa  
De Alcira, y ese jóven es Adam;

Que le arranques del alma me interesa  
Porque te adoro con inmenso afán.  
Olvídale ó que tema mis enojos.»—  
Calló la sombra y al momento huyó,  
Y aquella noche ni entorné mis ojos,  
Ni cesó de temblar mi corazón.

ADAM.

Y ¿quién es el infame que contigo  
Osó villano conducirse así?  
Dimelo pronto y ejemplar castigo...

LA CONDESA.

¡Adam! ¡Adam! ¿no escuchas? ¡ay de mí!

EL CAPITAN DEL BUQUE.

Al agua los obstáculos; picad la maniobra,  
Botad los aparejos, abajo el botalon;  
Prepárense las bombas; abrid las escotillas  
Y trínquese de nuevo la caña del timon.

UNA VOZ.

El buque desmantelado  
Por los vientos empujado  
Corre, vuela, sin cesar.  
¿A dónde será llevado  
Por el impetu del mar?

OTRA VOZ.

La muerte se avecinó.  
La mangal la manga! La bomba marina!

OTRA.

Doblemos nuestras frentes  
Y al cielo compasion  
Pidamos, dirigiéndole  
La última oracion.

(Se oyen algunas otras voces del capitan).

LA CONDESA.

Morir tan joven! Oh! Virgen piadosa;  
Doleos de mí; miradme á vuestros pies.

UN MARINERO.

En medio de la niebla pavorosa  
La luz de un faro divisar logré.

OTRO MARINERO.

Tierra! tierra!

ADAM.

No escuchas, Julia mía?

Cerca la costa por fortuna está.  
Vuelve en tí; ¿no respondes? ¡qué agonía!

LA CONDESA.

Mira el fantasma, miralo; allí está.

(Señalando á un hombre que se acerca y cayenlo sin sentido). (Adam se dirige furioso á él y le dice):

ADAM.

Miserable! tu vista me ha robado  
De sus ojos la luz.

EL CAPITAN.

No hay salvacion.  
Ya está el casco del buque destrozado.  
Las olas nos arrastran.

EL DESCONOCIDO.

Maldicion!

ADAM.

Todos buscan sin duda la ribera,  
Y yo ¡triste de mí! no sé nadar;  
Ven á mi lado; ven; contigo muera  
Y en tumba de los dos truequese el mar.

(Estrechando convulsivamente entre sus brazos á la condesa que continúa desmayada).



## CANTO X.

Nos hallamos en Nápoles: la luna  
Su faz oculta entre tupidos velos,  
Y en la iglesia inmediata (pues estamos  
En cierto sitio donde existe un templo),  
Lentamente, y con son acompasado,  
Las nueve y media de la noche dieron.  
Sopla un aire sutil, propio sin duda  
De la estacion del aterido invierno,  
Y de un invierno crudo, como en Nápoles  
Jamás acaso los nacidos vieron.

Las calles accesorias á aquel punto,  
Lo mismo que este, yacen en silencio,  
Interrumpido apenas por los pasos  
De algunos transeuntes, que ligeros  
En el ancho portal van penetrando,  
De un edificio de sombrío aspecto  
Que enfrente de la iglesia se levanta  
De aquel paraje en el extremo opuesto.

Luego queda otra vez todo tranquilo  
En la tiniebla y soledad envuelto,  
Y un hombre que, embozado en una capa,  
Una sombra parecé ó un espectro,  
De un ángulo saliente de la iglesia  
Se aparta un tanto; mas, á poco, el puesto  
Vuelve á ocupar, y acecha cuidadoso  
Si alguno pasa por allí un momento.

—No viene, dice al fin; y con su planta  
Hierde impaciente y con vigor el suelo,  
Esclamando otra vez:—¿Dónde demonios  
Se habrá ocultado mi querido Pietro?  
Hace ya media hora que le aguardo,  
Y aunque él no sepa para qué le espero,  
Sabe ya que le aguardo y lo que pueden  
Mi brazo rudo y mi afilado hierro.  
Desdichado. Si alevé me vendiera...  
Mas no es posible que me venda Pietro.  
Podrá ser un malvado, si se quiere;  
Pero es tan fiel como lo fuera un perro.»

Así dijo aquel hombre misterioso  
Y aquel sitio cruzó con paso lento,  
Mientras otro embozado, que llegaba,  
Con gran cautela le salió al encuentro.  
Y es fama que los dos, allí reunidos,  
En baja voz, mas con seguro acento,  
Sin alejarse mucho de la iglesia,  
De este modo, lectores, departieron.

EMBOZADO 2.º

¿Hablo al capitán Jacobo?

JACOBO.

Yo soy, acércate, Pietro;  
Acércate y dime al punto  
Lo que has visto y lo que has hecho.

PIETRO.

He visto á los dos amantes.....

JACOBO.

Dónde?

PIETRO.

En su casa; y he puesto  
Mis ojos, en unos ojos  
Que son un par de luceros.

JACOBO.

Explicáte.

PIETRO.

La española  
Tiene un criado, un mancebo  
Español, llamado Pablo.  
De él...

JACOBO.

Amigo te has hecho.  
¿No es verdad?

PIETRO.

Precisamente.  
Ese diablo tiene celos  
De todos; de mi, no obstante,  
Que no sospecha sospecho.

JACOBO.

Sé claro y preciso. Sigue.—

PIETRO.

Voy al punto á complaceros,  
Capitán.

JACOBO.

Atento escucho.

PIETRO.

Y yo la historia comienzo.—  
Anticipándome á vos,  
Hace dias, capitán,  
A Nápoles, sin afán  
Llegué, y sin temer á Dios.  
Que estando nuestras cabezas  
En pregon, no es necesario  
Afirmar, cuán temerario  
Es hacer tales proezas.

JACOBO.

Tienes razon, Pietro amigo;  
Prosigue; mira mi afán.

PIETRO.

Justo es, mi capitán;  
Os interesa... y prosigo.  
Dejando nuestras montañas  
A esta corte al fin llegué,  
Y mis hábitos cambie  
Por otros, con buenas mañas.

Mudando de traje y modos  
Dejé á un lado mi rudeza  
Natural, y con llaneza  
Me puse á engañar á todos.  
Y noté con atención  
Lo poco que se divisa  
Tras la hipócrita sonrisa  
La maldad del corazón.

JACOBO.

Sigue, Pietro; mi paciencia  
No agotes, haciendo alarde  
De tu valor; á un cobarde  
Nunca encargué la prudencia.  
El que teme, siempre fué  
De sus terrores esclavo.  
Eres cauto y eres bravo  
Y por eso te envié.

PIETRO.

Quise, capitán, decir  
Que supe amigos hallar  
Y que pude averiguar  
Lo que os voy á referir.  
Hace un año, que á este suelo,  
Aunque parezca mentira,  
Vuestra condesa de Alcira  
Dicen descendió del cielo.  
Otros repiten, al verla  
Tan hermosa, que la mar  
Tuvo el capricho de echar  
Hacia la Italia esa perla.  
En esto, acaso aludian,  
Si mi magin no se atasca,  
A cierta negra borrasca  
Que el buque donde venian  
Ella y su hermano...

JACOBO.

Lo sé:  
Naufragó, y ella, salvada  
Fué por milagro...

PIETRO.

Y hallada,  
Mas tarde, ignoro por qué,  
Junto á su hermano, en la orilla.  
Siendo luego de estrañar  
Que sin él saber nadar  
La salvára...

JACOBO.

Es muy sencilla  
La esplicacion de esa oscura  
Historia que nadie sabe.  
Yo solo tengo la clave;  
Me la dió mi desventura.  
Prosigue.

PIETRO.

En salvo los dos,  
Diz que el rey, que quiso verlos,  
Se propuso protegerlos.

JACOBO.

Y lo hizo!

PIETRO.

Sí, por Dios.  
Segun mi crónica abarca,  
La de Alcira, de antemano,  
Fué esposa de un italiano  
Muy querido del monarca.

JACOBO.

Lo sé, lo sé.

PIETRO.

Tanto, en suma,  
El rey ya les favorece,

Que su poder, cunde y crece  
Como el aceite ó la espuma.

JACOBO.

No anduvo en verdad reacio...

PIETRO.

Dá el monarca, ellos reciben,  
Y hermano y hermana, viven  
En un soberbio palacio.

JACOBO.

Juntos...! qué rabia! y la gente  
No conoce la impostura;  
Y él goza de su hermosura  
Mientras mi amor lo consiente!  
Triste sino me persigue  
Con negro rencor profundo.

PIETRO.

Todo se arregla en el mundo.

JACOBO.

Prosigue, Pietro, prosigue.

PIETRO.

Al español se le acusa  
Porque ya la confianza  
Régia, parece privanza  
De que dicen que él abusa.  
Tanto le contempla el rey  
Que, segun todos me han dicho,  
Si él abrigara un capricho,  
Su capricho fuera ley.

JACOBO.

¡Basta ya! ¡Viven los cielos!  
¿No ves que me estás matando  
A medida que atizando  
Vas la hoguera de mis celos?  
Sin duda la adulacion  
Favorece á mi rival...

PIETRO.

Y sin embargo, es cabal  
Modelo de abnegacion.  
Todos le pintan sincero,  
Noble, honrado y generoso;  
Solamente le hace odioso  
Su cualidad de extranjero.

JACOBO.

Si alguno le tiene amor  
Yo haré que en odio se inspire,  
Yo haré que el pueblo le mire  
Cual le pinte mi rencor.  
A los grandes haré ver,  
Si el furor no ata mi lengua,  
Que el rey sus timbres amengua  
Con tan ciego proceder.

PIETRO.

Me ocurre un plan ingenioso:  
Hagamos correr la voz,  
Que circulará veloz  
Por ese mundo, afanoso  
De grandes noticias...

JACOBO.

Dí.

No aumentes mas mi impaciencia.

PIETRO.

Siempre la maledicencia  
Hizo milagros aquí.  
Nadie ha pensado, en verdad,  
En esta intriga de ley;  
Digamos que loco el rey  
Está por esa heidada.

JACOBO.

Insensato! ¿por ventura  
Pienzas que á mi se me alcanza  
Tomar tan ruin venganza?  
Mi venganza es mas segura,  
Mas grande. Firme en mi puesto  
Yo lucharé ¡voto á tal!  
Con ese necio rival  
Y ese rey á quien detesto.  
Pronto, Pietro, secundado  
Por tí...

PIETRO.

Lo espero impaciente

JACOBO.

Siento pasos; viene gente.  
Ven, hagámonos á un lado.

Guardaron silencio, y el ángulo oscuro  
Del templo, de nuevo guarida les dió;  
Y al punto dos hombres, tambien embozados,  
Cruzaron la plaza con paso veloz.

Y añade la historia secreta de Nápoles  
Que á Pietro, Jacobo con voz sepulcral,  
—¿Quién son los que llegan? le dijo al oído;  
Y Pietro responde:—Señor, es Adam.  
—¡Adam! Vive el cielo que está entre mis manos;  
Por fin el infierno mi súplica oyó.  
—¡Matémosle!—¡Calla! mi horrible venganza  
Será mas certera, mas grande y feroz.

¿Qué importa la vida? yo quiero quitarle,  
Aun mas que la vida, su dicha y su paz.  
Herirle en el alma; robarle el sosiego,  
Cubrirle de luto, llenarle de afán.

—Pensaislo despacio? Jamás un momento  
Cual este, propicio, podreis obtener.

—¡Silencio! ¡silencio! respétame y calla.  
¿No ves que se acercan? Ocúltate, ven...»

Callaron, y al punto los dos que venían,  
Sin ver á los otros, parados quedaron,  
Y cuenta la historia secreta de Nápoles,  
Que así, con sigilo, allí conversaron:

ADAM.

Ven, Pablo, la noche oscura  
Mis intentos favorece.  
Que mis ojos atestigüen  
Lo que mi razon no acierte  
A comprender.

PABLO.

¿Dudais?

ADAM.

Dudo

De tanta infamia. En mi mente  
No cabe la vil sospecha  
Que ver realizada teme  
Mi corazón. No es posible  
Que haya pechos tan alevos  
E ingratos; hombres que paguen  
De tal modo las mercedes,  
Que reciben y que imploran  
A su rey constantemente,  
Mientras que torpe le adulan  
Y sus instintos pervierten.  
Comprendo muy bien que el pueblo  
Romper sus grillos anhele;  
Que aspire la Italia entera  
A ser poderosa y fuerte  
Y grande; pero me aturde  
El cinismo de esas gentes  
Que besan al rey las plantas

Al par que sus plantas muerden,  
Y en secreto al pueblo adulan  
Le seducen y enloquecen.

PABLO.

Es cierto, señor, y ellos...

ADAM.

Habla: ¿por qué te detienes?

PABLO.

Dicen...

ADAM.

No sigas: presumo  
Cuanto á decir no te atreves.  
Sí, lo adivino: hace días  
Que la calumnia se cierne  
Sobre mí; la envidia infame  
Su mortal veneno vierte  
Sobre la fama de honrado  
De que gozo justamente.  
El cariño que el monarca  
Me demuestra; las mercedes  
Que, sin que yo las pidiera,  
Quiso desde luego hacerme,  
Han despertado los celos,  
La emulacion de esa gente  
Cortesana, que sin duda  
Me calumnia y me aborrece.  
Es cierto que no he nacido  
En esta tierra; que pueden  
Llamarme extranjero; es cierto;  
Mas este extranjero tiene  
Un alma noble, que sufre  
Cuando los buenos padecen.  
La patria del hombre honrado  
Es el mundo; el delincuente  
No tiene patria; el infame,  
Por extranjero tenerse  
Debe en todas partes; nunca  
Un malvado se condele  
Del llanto que en la desgracia  
Sus conciudadanos vierten.

PABLO.

Es verdad.

ADAM.

Óyeme, Pablo:

Muchas veces, muchas veces  
Hablé con el rey á solas  
Y traté de convencerle  
De que el amor de los súbditos  
Es el sosten de los reyes.  
No hay cadenas mas robustas  
Que las que el cariño teje,  
Pues son cadenas de flores  
Que las voluntades prenden.—  
Pluguiera á Dios que le hablasen  
Todos de la misma suerte!  
Pluguiera á Dios que la santa  
Verdad, tuviera su albergue  
En los palacios! que luego  
A las chozas descendiese  
Para que el rey y el vasallo,  
Ambos reciprocamente,  
En estrecho lazo unidos,  
Se amasen y protegiesen.—  
Mas ya llegan embozados  
Uno tras otro... ¿no adviertes?  
Míralos; no me engañaban.  
Por la acera de allí enfrente  
Como sombras misteriosas  
Se deslizan los que muerden  
Mi reputacion y adulan  
Al monarca; van á hacerle  
Traicion; en la sombra velan;

Por las espaldas le hieren,  
Y mañana, sin embargo,  
Irán como astutas sierpes  
Tal vez á victorearle  
Y desde luego á perderle,  
Divorciándole del pueblo  
Con medidas imprudentes.  
Son los conjurados; míralos:  
Unos tras otros se pierden  
Tras el portal de la casa  
Del duque. Pero ¿qué tienes  
Que miras hácia ese lado  
De tal modo?

PABLO.

Me parece  
Haber oído que hablaban  
Ahi detrás. (*Señalando al templo*).

ADAM.

Hoy te vence  
Sin duda el temor; ahora  
Nadie por aquí se atreve  
A pasar; el triste aspecto  
De la fachada imponente  
De esa iglesia...

PABLO.

La señora,  
Tan encargado me tiene  
Que cuida de la existencia  
Del hombre á quien tanto quiere...

ADAM.

¿No es cierto que ella me ama  
Con pasión?

PABLO.

Dianora suele  
Pintarme de la señora  
Condesa el afán vehemente.  
No descansa cuando estamos  
Lejos...

ADAM.

¡Ay! mi adversa suerte  
Ha persistido en negarme  
El bien que tanto apetece  
Mi alma. Tú no lo ignoras.  
Mi deseo mas ardiente  
Era poseerla, darle  
Mi mano, como ya tiene  
Mi corazón. Pero, apenas  
Pisamos el suelo éste,  
De allá de España, llegaron  
Tristes noticias: la muerte  
Desastrosa, inesperada  
Del barón...

PABLO.

Hace once meses  
Y mas, que murió. Del luto  
Muy pronto el término vence.

ADAM.

Tienes razón; pronto Julia  
Será mía; mi impaciente  
Corazón, esa suprema  
Ventura vislumbra alegre.

PABLO.

Dichoso yo, si eso mismo  
Del mio decir pudiese!

ADAM.

¿Amas á Dianora?

PABLO.

Tanto  
Que el pensarlo me estremece.

ADAM.

¿No eres feliz?

PABLO.

Tengo celos  
Que en el corazón me muerden.

ADAM.

¿De quién?

PABLO.

De Pietro.

ADAM.

Insensato!

Los celos son una fiebre  
Que se apodera del alma  
Y nos ciega y enloquece.  
Pietro es tu amigo.

PABLO.

Le tuve  
Por tal; pero el alma teme  
Una traición.

ADAM.

Ese hombre  
Bueno y honrado parece.  
Por lo demás, si Dianora  
Como presumo, te quiere,  
Será tuya.

PABLO.

¡Dios lo haga!

ADAM.

Si, si, necio ¿por qué temes?—  
¿Qué hora dió el reloj?

PABLO.

Las diez. Han dado

ADAM.

Pues irnos conviene  
De este sitio solitario  
Donde la traición se cierne  
Y afila el puñal oculta  
En las sombras que la envuelven.  
Sígueme, Pablo, y ten calma;  
Los conjurados poseen,  
Segun dijo el miserable  
Que ha delatado á sus gentes,  
Una medalla de bronce  
Que de contraseña suele  
Servirles. Yo no he logrado  
De alguna de ellas hacerme,  
Porque al delator los otros  
Se la han quitado. No puede  
Nadie sin ella en la casa  
Penetrar. Cuando comience  
El baile que allí vá á darse  
Yo haré que mucho no esperen.  
Sígueme, Pablo; veremos  
Si al fin los malvados vencen. (*Se alejan*).

JACOBO.

Pronto, Pietro! ya se van.  
¡Cómo brilla mi esperanza!  
Ellos dan á mi venganza  
La coyuntura y el plan.

Si sufrir desde la cuna  
Mi funesto sino fué,  
Hoy realizarse verá  
Los sueños de mi fortuna.  
Para vengarme viví;  
Por vengarme tuve aliento,  
Y en este mismo momento  
Esa ventura entreví.

Pronto, ¡Pietro! antes que estalle  
 Mi corazón de alegría;  
 Sígueme, y atento espía  
 Desde aquella boca calle.  
 Preven tu afilado acero;  
 Ten prudencia, mucho tino;  
 A nadie dejes camino;  
 Y al transeunte primero  
 Que al doblar la esquina aquella  
 Penetrar quiera en la casa,  
 Con diligencia no escasa  
 Impídele entrar en ella.  
 Yo entretanto ¡voto á tal!  
 Despierto estaré y alerta,  
 Velando junto á la puerta  
 Por si salen del portal.  
 Si el transeunte batallas  
 Por evadirse, tu acero...

Ya me entiendes: solo quiero  
 Arrancarle la medalla  
 Que lleve por contraseña.  
 Sin ella puede vivir,  
 Pero tiene que morir  
 Si en negártela se empeña.  
 Si por vivir te la dá,  
 Ponle el puñal por delante  
 Y condúcele al instante  
 Donde esperándome está  
 Nuestra gente: hazla saber  
 Que esta noche aquí conspiro;  
 Que resueltamente aspiro  
 A vengarme ó perecer.  
 Si mi capricho es tu ley  
 Demos un golpe maestro  
 Y el porvenir será nuestro:  
 Nos vengaremos del rey.

## CANTO XI.

### LA CONJURACION.

Un espacioso salón subterráneo, cubierto de tapices negros en el palacio del duque de \* \* \*.—Doble hiterá de escaños á los lados.—En el testero de enfrente, mesa con recado de escribir, un ejemplar de la Biblia, y varios papeles.—Conjurados con antifaces negros.—En la mesa de la presidencia tres hombres también enmascarados.—El salón está débilmente alumbrado por una lámpara que pende de las bóvedas.

#### UN CONJURADO.

Teneis razon, señores: ha sonado  
 La hora bendita de salvar la pátria  
 Que hoy dolorida y sin ventura, yace  
 A los pies de un tirano maniatada.  
 Teneis razon: ya es tiempo de que el sólio  
 Dé ese tirano, para siempre caiga,  
 Y que el pueblo, que gime entre cadenas,  
 De su ardiente furor rompa la valla.

#### OTRO CONJURADO.

Caiga el déspota odioso y maldecido.  
 Que nadie alivie sus mortales ánsias.  
 Harto tiempo sufrimos como esclavos  
 Acatando sus leyes malhadadas.  
 Esta noche...

#### TODOS.

¡Si, sí!

#### UN CONJURADO.

No mas, rendidos,  
 Nos halle el sol ante sus pies mañana;  
 Que perezca esta noche; que á su sombra  
 Se realice la empresa sacrosanta.

#### VARIAS VOCES.

¡Muera! ¡Muera!

#### EL PRESIDENTE.

Señores, perdonadme  
 Si un instante interrumpo vuestras pláticas.  
 Es fuerza dominar por un momento

El entusiasmo que enardece el alma.  
 Ya sabeis que afrontamos un peligro  
 Que nuestros cuellos sin cesar amaga.  
 Bajad la voz, que las paredes oyen  
 Y algunas veces las paredes hablan.  
 Esta noche el tirano inadvertido,  
 ¿Lo oís, señores? pisará esta casa  
 Y en su pecho el puñal hundir podremos,  
 En medio del festin y de la danza.  
 La empresa es fácil, y hacedera y justa;  
 Mas ese pueblo, que afrentado calla,  
 Servil doblando la rodilla, tiembla  
 Mirando el rostro del feroz monarca.  
 Mañana, cuando el sol los horizontes  
 Esclarezca, ese pueblo, esa canalla,  
 Verá con pasmo lo que habremos hecho;  
 Mas no por eso verterá una lágrima.  
 Temblarán de pavor ó de alegría  
 Parciales ó enemigos; sus miradas  
 Atónitas cruzándose, patente  
 Harán luego el estado de sus almas.  
 Su incertidumbre mostrarán los unos;  
 Los otros pensarán en su venganza,  
 É indecisos, perplejos, asombrados,  
 Todos verán lo que en la córte pasa.  
 Entónces, ¿me escuchais? todos vosotros...  
 Nosotros todos, con vigor, con calma,  
 De pátria y libertad el grito alzando,  
 Proclamaremos la unidad de Italia.

#### VARIOS CONJURADOS.

¡Bravo! ¡bravo! eso es.

#### TODOS.

Eso queremos.

#### EL PRESIDENTE.

¿Qué importa lo demás? que el grito salga  
 De nuestros labios, que lo escuche el mundo,  
 Y el mundo entero nos dará la palma.

Duerme el león; el pueblo no despierta;  
Mas si sacude su sopor, sus garras  
Sabrá clavar en los infames pechos  
De los que así, señores, nos ultrajan.  
Toda la tropa está de nuestra parte;  
La guarnición de Nápoles ganada  
Tenemos; la Sicilia espera ansiosa;  
Y al lado de Sicilia está la Italia.  
No mas fieros tiranos; no mas viles  
Estranjeros; no mas torpes privanzas.  
Muera el nécio español que nos insulta  
Y de nosotros sin cesar se aparta,  
Cual si temiese que en su frente el lodo  
Que quiere echarnos, para siempre caiga.

CONJURADOS.

Si, que muera ese torpe aventurero.

EL PRESIDENTE.

Fatal destino le sacó de España,  
Y del rey le condujo á la presencia  
Por labrar nuestro oprobio y su desgracia.  
Mueran los dos, el uno á nuestras manos  
Y el otro á manos de la plebe airada;  
Mas, antes, combinar nos es preciso  
El logro de esta empresa temeraria.  
Es preciso, señores, que esta noche,  
En medio del placer y la algazara,  
Un agudo puñal y un brazo fuerte  
Sobre el tirano con presteza caigan.  
Es preciso que alguno de vosotros  
Empeñe desde luego la palabra,  
Y se encargue de ser de la justicia  
De todos, todos los que aquí se hallan,  
El fiel ejecutor. ¿Quién, ahora mismo  
De esa difícil comision se encarga?

(Todos se miran y guardan silencio.)

EL PRESIDENTE.

¿No respondeis, señores? ¿es que, acaso,  
Cuando la hora se aproxima, os causa  
Remordimientos ó temor la empresa  
Que esta noche ha de verse consumada?  
Sabeis que yo, mi obligacion cumpliendo  
Como dueño esclusivo de esta casa,  
Haciendo sus honores, necesito  
Permanecer al lado del monarca.  
Falta, pues, que otros muchos, festejándole,  
Se agrupen en redor, siempre con maña,  
Teniéndole apartado de cualquiera  
Que vendernos quisiese en hora infausta.  
Por eso es fuerza que uno de vosotros  
Se encargue al fin, en nombre de la patria,  
De hundir tres veces en el seno impuro  
Del rey tirano la punzante daga.  
¿Quién de vosotros la alzará? decidme.

(Nueva indecision y nuevo silencio.)

UN ENMASCARADO, que penetra en el salon.

¿Buscáis un hombre? pues aquí se halla.

TODOS.

¡Bravo! ¡bravo!

EL PRESIDENTE.

¡Silencio! vuestros gritos  
Serán funestos á la noble causa  
Que hacer triunfar queremos, si escuchados  
Son por alguno que por fuera pasa.  
Buscábamos un hombre, y ese hombre,  
Mejor diremos héroe de la patria,  
Con voz segura y arrogante aspecto  
Se obliga al fin á consumir la hazaña.  
Bien venido el amigo y el hermano  
Que, con su arrojo y decision, nos saca  
De un piélagos de dudas enojosas  
En que yerto el espíritu flotaba.

Yo saludo al valiente; pero es fuerza  
Que el que prometa levantar armada  
Esta noche su diestra vigorosa,  
Nos muestre aquí sin antifaz la cara.

EL ENMASCARADO.

¿Para qué?

EL PRESIDENTE.

¿Para qué? voy á esplicarme:  
Quien echa sobre si la enorme carga  
De obrar por todos, consumando el acto,  
Temer no debe de nosotros nada.  
Poco vale una vida, si con otras  
Mil vidas esa vida se compara.  
Si fuéreis un traidor ¿quién nos responde  
De que vais á cumplir vuestra palabra?  
Es preciso que todos conozcamos  
Al héroe principal de esta jornada  
Para ofrecerle merecidos lauros  
Ó para herirle el corazon mañana.  
Descubrios.

(El presidente se levanta y todos le imitan.)

EL ENMASCARADO.

Yo os juro...

EL PRESIDENTE.

Quando el rostro  
Libre mostreis del antifaz que os tapa,  
Yo el juramento os tomaré que ahora  
Quereis hacerme.

EL ENMASCARADO.

Permitid que os haga

Una protesta....

EL PRESIDENTE.

Descubrios al punto  
Si un cobarde no sois.

EL ENMASCARADO.

¡Oh! ¡calla! ¡calla!  
¡Cobarde yo! ¿no temes que mi cólera  
Menudos trozos de tu lengua haga?  
¡Yo cobarde!

EL PRESIDENTE.

Descúbbrète.

EL ENMASCARADO.

¿Lo quieres?  
Mírame bien: contéplame á tus anchas.  
(Se quita el antifaz.)

EL PRESIDENTE.

¡Cielos! ¿que miro? la traicion infame  
Aquí á Jacobo de Riestri manda.

MUCHOS CONJURADOS.

¡Riestri!! ¿habeis oido? aquí el malvado...

JACOBO.

Silencio todos, ó temed mi saña.

(Pausa: profundo silencio.)

¿Quién habla aquí de pérfidas traiciones?  
¿Quién aquí, nécio, de malvados habla?  
¿Sois vosotros, que estais siempre temblando  
Cual vil rebaño de ovejuetas mansas?  
Bien moveis vuestras lenguas bajo el techo  
De un sótano empotrado en vuestra casa,  
Y al moverias, quereis pasar por héroes;  
¿Héroes vosotros? el oírlo pasma.  
Pasen por tales los que pan amargo  
Comen tal vez muy lejos de su patria  
Por haber sido buenos; los que pierden  
En negros calabozos muchas lágrimas  
Siendo inocentes; los que nunca medran  
Adulando á los fuertes; los que hablan

La verdad á los reyes y á los pueblos  
Sin ambicion y sin doblez insana.  
Nadie, cual yo, la sangre del tirano  
Beber anhela con mayores ansias;  
Nadie en el mundo, como yo, aborrece  
Al rey, pues odio me infundió su raza;  
Mas yo no soy traidor; yo no le adulo,  
Para medrar, con intencion bastarda.

VARIOS CONJURADOS.

¡Viene á insultarnos! ¿lo sufrimos?

JACOBO.

Vengo

A secundaros en la empresa árdua  
Que imagináis; mas con la frente erguida  
Quiero deciros las verdades claras.  
¿Qué hicisteis, no hace mucho, cuando el nombre  
Del pueblo, vuestros labios pronunciaban?  
Le llamásteis servil, le apostrofásteis  
Con los motes de plebe y de canalla.  
¡Hipócritas! ¿pensáis que pronunciando  
El nombre augusto de la hermosa pátria  
Lo mismo al rey que al pueblo en vuestro dolo  
Impunemente insultareis con rabiá?  
¡Insensatos! del pueblo habeis salido  
Y mercedes debeis á ese monarca.  
Vendeis al uno y calumniáis al otro.

PRESIDENTE.

Basta de insultos insolentes.

TODOS.

¡Basta!

JACOBO.

No basta, no, ¿pensásteis que he venido  
Indefenso, á ponerme en vuestras garras?  
Cerca de aquí, cien hombres apostados  
Tengo. Dispuestos á tomar venganza  
Están, y os juro que será tan grande  
Como cumple á quien ya no teme nada.  
Cada uno de ellos vale por cincuenta  
De vosotros; son fieras que se lanzan  
Con placer al combate, que la muerte  
Ven impasibles y el peligro aman.  
Si me tocais, si falto... este palacio  
Vereis envuelto en destructoras llamas.—  
Uno está de vosotros en rehenes.  
¿Conocéis por ventura esta medalla?  
Con ella penetré; pero su dueño  
Sumiso y triste su sentencia aguarda.

EL PRESIDENTE.

Es fuerza resignarse.

*(Cayendo sobre su silla y con desaliento.)*

UN CONJURADO.

Por desdicha

La defensa es inútil, temeraria.

JACOBO.

Es muy cierto, sois míos; pero ahora  
Nadie quiere ofenderos; nadie trata  
De averiguar los verdaderos móviles  
De los proyectos que poneis en planta.  
Poco me importa que vengais guiados  
Por una idea de ambicion insana,  
O porque solo os estimule el noble  
Afecto puro de salvar la pátria.  
¿Qué me importa? vosotros algun día  
Podreis hacer lo que mejor os plazca  
Renunciando á las torpes ambiciones  
O asesinando por mejor lograrlas.  
Yo no tengo ya hogar, no tengo amigos;  
Maldecido de Dios, perdida el alma,  
Con horror caminando por el mundo  
Voy siempre envuelto entre tinieblas vagas.

Solo un amor por mi desdicha tengo;  
Amor que el triste corazon traspasa,  
Pues el cielo me niega la ventura  
De poder abrigar una esperanza.

UN CONJURADO.

Casi loco parece: de sus ojos  
Brillantes chispas con furor exhala.

JACOBO.

Razon teneis en suponer que ahora  
Demente estoy; mas hablaré con calma.  
¿Sabeis vosotros lo que solo al mundo  
Puede ligarme, y á la vida amarga?  
Escuchadme otro poco y ya vereis  
Cómo mi historia sensacion os causa.

«Yo era un niño inocente; de mi madre  
En el regazo, con placer gustaba  
Esas dulces, suavísimas caricias  
Que el candoroso espíritu amamantan  
De los niños; apenas cinco años  
Entonces ¡ay! de mi existir contaba.  
Era mi padre un grande; mas no de esos  
Que tan solo lo son por su prosapia  
Mas ó menos ilustre; la nobleza  
Le era propia; no fué solo heredada.  
Dióle el cielo mil bienes; su fortuna  
Era cuantiosa; sus riquezas tantas  
Que mas de un cortesano le temia  
Y mas de un avariento le envidiaba.  
Muchas veces mi madre me ha pintado,  
Vertiendo siempre abrasadoras lágrimas,  
Sus acciones benéficas, su afable  
Trato, sus dotes, su grandeza de alma.  
Nunca un pobre infeliz llegó á su puerta,  
Sin que con dulce caridad cristiana  
Mi padre socorriera con su mano.  
La orfandad de aquel pobre ó la desgracia  
El pueblo sus acciones bendecia,  
Todo el mundo sus prendas alababa...  
¿He dicho todo el mundo? me equivoqué;  
La vil envidia se cebó en su fama,  
Y la negra calumnia maldecida  
Clavó en su pecho las sangrientas garras.  
Un amigo... un infame, secundado  
Por otro monstruo que abortó la España,  
Juró su perdicion, porque mi madre  
Rechazó una pasion torpe y villana.  
Era ese monstruo, de que os voy hablando,  
Adulador y amigo del monarca  
Y al fin clavó su venenoso diente  
En nuestros timbres con horrible saña.—  
Él acusó á mi padre de un gran crimen  
De lesa majestad; su vil palabra  
El traidor español apoyar supo,  
Falso testigo, pérfido y sin alma.—  
Un día... ¡infausto día! de inhumanos  
Esbirros; mi mansion fué rodeada,  
Y mi padre llevado á un calabozo  
Sin que inspirase su inocencia lástima.—  
Mas no, no he dicho bien; el pueblo acaso  
Vertió en secreto dolorosas lágrimas  
Mientras que alevos cortesanos torpes  
En sus rostros su júbilo mostraban.  
La cólera del rey era terrible:  
Nuestras pingües haciendas confiscadas  
Fueron al punto, y vine con mi madre  
Pobre á las puertas de mi rico alcázar.  
Mi triste madre me cogió en sus brazos  
Y vestida de luto, resignada,  
Renunciando á sus pompas, no podia  
Renunciár al esposo que adoraba.  
Sin verle, sin oírle, con el pecho

Lleno de afán y el alma destrozada,  
De la cárcel los ámbitos oscuros  
Conmigo quiso traspasar incauta.  
¡Vano intento! las puertas no le abren;  
Suplica, llora; ¡diligencia vana!  
Los feroces guardianes de mi padre  
No tienen ¡ay! ni corazón ni entrañas.  
Alóñita, confusa, dolorida,  
Llena de espanto, á la real morada  
Corre otra vez, y como siempre intenta  
Presentarse á la vista del monarca.  
Lógralo al cabo: ante sus pies se postra,  
Pide justicia, compasión demanda,  
Y al notar que á sus voces continúa  
Sordo, con loco frenesí me abraza.  
—Mi esposo está inocente, dando un grito  
La pobre madre congojosa esclama;  
Lo juro por mi hijo; por el tierno  
Niño, que pongo ante tus reales plantas.  
Míralo bien, el ángel de mi vida  
La de su honrado padre te demanda;  
No manches esta frente tan serena  
Ni empañes esta límpida mirada.  
Ten piedad y perdona; ¡es tan hermoso  
Impedir que se vierta sangre humana!

UN CONJURADO.

¡Pobre madre!

JACOBO.

¡Si, sí; pobre...! tan pobre  
Que mártir fué para mostrarse santa.  
—«Señora, dijo el rey; vuestro marido,  
Hoy en poder de la justicia se halla;  
Si los jueces por malo le condenan  
Cumpla su fallo la justicia humana.»

EL PRESIDENTE.

Continuad.

JACOBO.

¿No es muy cierto que esta historia  
Conmueve el corazón y aterra el alma?  
Mi padre era inocente y sin embargo  
La acusación inicua fué apoyada  
Por testigos comprados con el oro  
De aquellos que al honrado calumniaron.  
Los jueces, engañados ó vendidos,  
Deliberaron con horrible calma...  
Y un voto... un voto lúgubre, inclemente  
Inclinó hasta el abismo la balanza.

UN CONJURADO.

¿Y vuestra madre?

JACOBO.

Pronto fué viuda.  
Se alzó un cadalso en medio de una plaza  
Y mi padre infeliz, el hombre probo...  
Dejad que omita lo demás que falta,  
Sin pedir que os espique los detalles  
De aquella horrible maldecida infamia.  
Solo quiero decir que aquel día  
Una pobre mujer, desmelenada,  
Pálido el rostro y demacrado el cuerpo,  
De Nápoles corriendo se alejaba  
Con un niño en sus brazos, como loca  
Repetiendo estas lúgubres palabras:  
—¡Hijo mío, hijo mío! que el infierno  
Venga en tu auxilio si el Señor te falta;  
Que algún día la sangre de tu padre  
Sobre sus viles asesinos caiga.»

EL PRESIDENTE.

Triste historia.

= JACOBO.

¿No es cierto que es muy triste?  
Pues... oid lo demás. Mi infortunada

Madre, mas tarde, arrepentida, quiso  
Perdonar, y alejarme de la ingrata  
Tierra, dó abrí mis inocentes ojos  
Para ver mi desdicha consumada.  
Un buque nos dió asilo: para América  
Izó las velas la flotante casa  
Y en busca de un pariente al Nuevo Mundo  
La infeliz en sus brazos me llevaba.  
Desde entonces, confusos mis recuerdos  
Brotan ya en mi memoria: yo admiraba  
La grandeza del mar y me cernía  
Sobre el abismo cual se cierne el águila.  
Una noche serena, límpida, hermosa,  
El buque esbello rápido volaba  
Y yo, echado en el seno de mi madre,  
Bebiendo alegre las marinas auras  
Que entre el velamen sin cesar bullían,  
Las estrellas estático miraba.  
De pronto, un ronco acento, atravesando  
El espacio, se alzó sobre las aguas,  
Y el capitán del buque, á sus marinos  
Les dió instrucciones; pero en lengua estraña.  
Nada entendí, y el barco mas ligero  
Continuó navegando, y mas cercana  
Otra vez se escuchó la voz de antes  
Dominando el silencio que reinaba.  
¿Sabeis vosotros lo que aquello era?  
¿Podreis pensar en la aventura estraña  
Que allí nos deparó fiero destino?  
Yo mismo tiemblo solo al recordarla.  
Diseñando sus formas imponentes  
Sobre el vasto horizonte, se acercaba  
Ligero hácia nosotros otro buque  
De alto bordo y poderosas gaviotas  
Que, á modo de imponente gaviota,  
Con increíble rapidez volaba.  
Luego vióse una luz como un relámpago  
Y un sordo trueno se escuchó; una bala  
Silbando por encima de nosotros...  
Nunca podreis imaginar la infausta  
Escena que siguió; yo la recuerdo  
Y aun me parece que se turba mi alma.

VARIOS CONJURADOS.

¡Un combate en el mar!

JACOBO.

La tierra es grande;  
¿No es cierto? mas ¿qué importa? no es tan ancha  
Que el hombre tenga en ella suficiente  
Espacio; es fuerza que á los mares vaya  
A lidiar y á morir, aunque no pueda  
Tener luego una fosa y una lápida  
Que resguarden sus restos.—Fué un combate;  
Lo habeis adivinado; una batalla  
Que en el silencio de la noche augusta  
Impasibles los astros contemplaran.  
¡Oh! no sabeis, aquello era imponente,  
Sublime y horroroso: el mar en calma  
Y sobre el mar los dos buques sombríos  
Vomitando á torrentes la metralla.  
Luego... luego... ¿sabeis qué significa  
Un abordaje? unidas las dos bandas,  
De los flotantes edificios negros,  
Que allí con furia y con tesón luchaban,  
No hubo ya compasión para ninguno;  
Ni aun para el triste que entre fieras ansias  
Exhalando gemidos, iba luego  
A caer en los senos de las aguas.  
Todo fué confusión, al estampido  
De las armas de fuego; á las palabras  
De cólera, y horribles maldiciones;  
Sucedió el esterminio y la matanza;  
La lucha cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,  
Armados todos del puñal y el hacha.



## UN CONJURADO.

Funesta, horrible noche!

JACOBO.

Si, funesta;  
Muy funesta en verdad. Las rojas tablas  
De ambos puentes, estaban de cadáveres  
Y mutilados miembros atestadas,  
Cuando en el buque en que mi madre iba  
El incendio estalló; voraces llamas  
Envolvieron su casco y su velamen.  
Y al rojo resplandor que iluminaba  
Aquel cuadro fantástico y horrible,  
A manera de pátidos fantasmas,

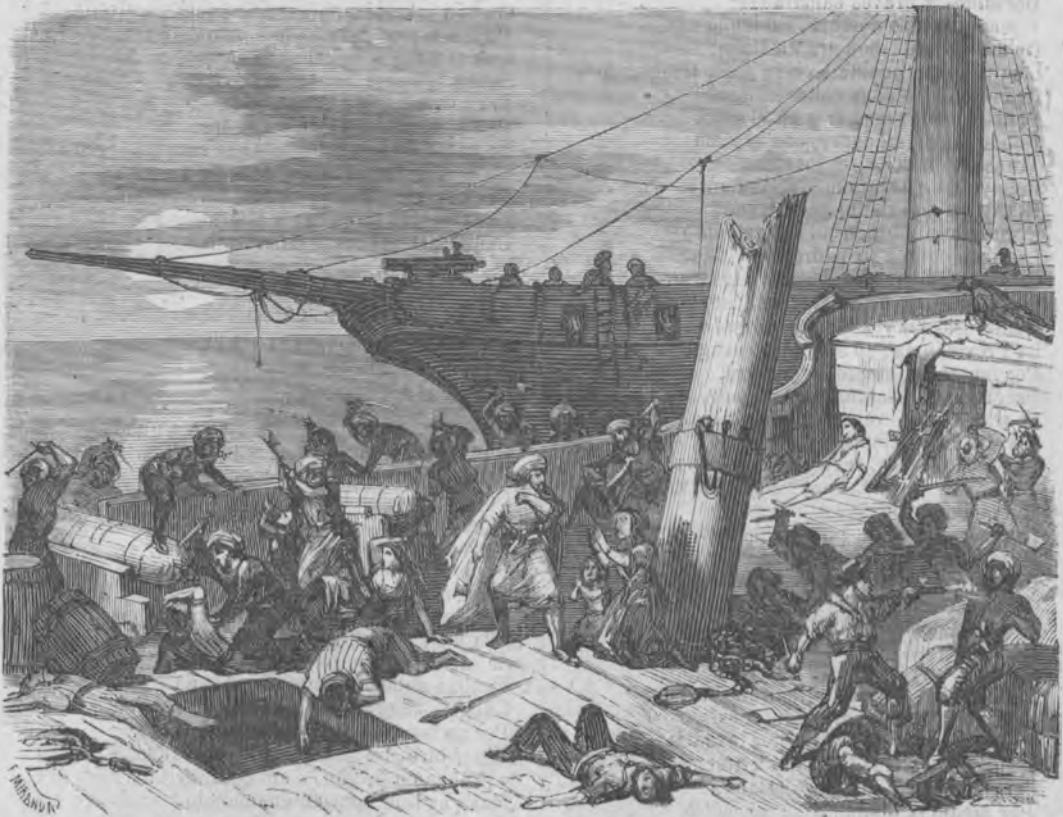
En su sangre bañados, cien espectros  
Por todas partes sin cesar se alzaban,  
Rechinando los dientes, y arrojándose  
Con furor sus coléricas miradas.

UN CONJURADO.

Temerosa aventura.

JACOBO.

Desde entonces  
¿Sabeis lo que fui yo? fui de un pirata  
Esclavo, y en su buque, prisionero  
Pasé los años de mi triste infancia.  
Desde entonces, con bárbara delicia,  
Los embates del cuerpo y los del alma



Soporté con tesón, y amé el peligro  
Y odié á los monstruos de mis males causa.  
Imité de mis dueños las proezas;  
Las peñas de los mares fueron blandas,  
Si á mi terrible corazón de acero  
Las peñas de los mares se comparan.  
Mi buque fué terror de los marinos  
Cuando el cetro heredé de aquel pirata,  
Que á mi madre infeliz con fuerza bruta,  
Hizo despues de su apetito esclava.

¡Oh! sí, yo he sido... ¿me escuchais, señores?  
He sido un monstruo en cuya frente osada  
Marcó Dios su anatema; he sido el buitro  
Que la sangre del hombre olfateaba  
Con feroz avidez...

UN CONJURADO.

Su acento rudo  
Espanto infunde y estremece el alma.

JACOBO.

Solo un día... (con pena lo recuerdo  
Y á la vez con placer); de la matanza,  
Del pillaje y del robo, con hastío  
Quise la vista separar cansada.  
Sentí el grito que al cabo la conciencia  
Despavorida y zozobante exhala,  
Cuando el hombre insensato frente á frente,  
De sus recuerdos por su mal se halla.  
Yo era rico, muy rico; con el oro  
Que llegué á poseer, me figuraba  
Que era fácil romper con mi pasado.  
¡Nécia ilusión! mi madre infortunada  
Murió entonces, contándome la historia  
Que acabo de narrar. Ardiendo en saña  
Juré sobre su cuerpo inanimado  
Tomar terrible y ejemplar venganza  
De aquellos que al cadalso condujeron  
A mi padre infeliz. La mar salada,  
Teatro de mis triunfos horrorosos,  
Dejé por fin. Enderecé mi planta  
Hacia Europa seguido de unos cuantos  
Decididos y bravos camaradas;  
Y tomando otro nombre, haciendo uso  
De mis tesoros, penetré en Italia.  
Llegué á este pueblo en que nací; temblando  
De emoción, en sus calles solitarias  
Penetré cierta noche; y en el sitio  
Donde murió mi padre, con el alma  
Transida de dolor, el juramento  
Renové de esterminio y de matanza.  
El rey ya no existía; pero vive  
El heredero á quien mi odio alcanza  
Lo mismo que á su padre; los villanos  
Calumniadores, que del mio causáran  
La muerte, de esta tierra se ausentarón  
Temerosos tal vez de que cansada  
La Providencia, su ejemplar castigo  
Por ignorados medios preparára.  
Preciso fué buscarlos; todo el oro  
Lo transfigura, vence, muda y tapa.  
Jóven aún, valiente; poseyendo  
Grandes tesoros, recorri á mansalva  
Las córtes de la Europa, donde he sido  
El ídolo querido de las damas.  
Causábame placer, placer inmenso,  
Mezclarme con la loca mascarada  
De impúdicas mujeres y de frívolos  
Cortesanos. Feliz me recreaba  
En ver su confusion, cuando mi lujo,  
Mi boato y mis trenes envidiaban.  
Tal vez; ¡ay! en el piélagó revuelto  
De aquella sociedad desenfrenada  
Que, idolatra del oro, pedestales  
Siempre á los ricos con ardor levanta,  
Hubiérame olvidado de mis orímenes  
Para gozar tan solo; pero estaba  
Por medio la memoria de mi padre  
Que tengo aquí en el corazón grabada.  
Paris, Lóndres, Madrid...: nunca en mal hora  
Pisára el suelo de la bella España,  
Que si allí mi venganza he realizado,  
Allí el valor, el corazón, el alma  
Para siempre perdí!

EL PRESIDENTE.

Ved, que impacientes  
Estamos.

JACOBO.

Dices bien: óyeme... y calla.  
He dicho que en Madrid vengarme pude.  
Los enemigos de mi padre estaban  
Emparentados; eran yerno y suegro  
Los que fueron infucos camaradas.

Era preciso esterminarlos; era  
Preciso, que la mano del pirata  
Cayera sobre ellos, como cae  
Segur cortante que los campos tala,  
O bramador torrente que los árboles  
Y hasta las peñas con furor arrastra.  
Y sin embargo, acobardado, tímido,  
Fuí lento en el obrar; mi mano armada,  
Cien veces vaciló, tembló... Cien veces  
Apagué irresoluto, la incendiaria  
Tea:—Yo estaba enamorado, loco,  
Sin que abrigar pudiera una esperanza.  
¡Oh! recuerdo la vez que conducido  
Fuí por desdicha ante la hermosa dama.—  
Allí el mónstruo... sí, sí, yo que no tuve  
Nunca, en mi vida, corazón ni entrañas,  
Temblando de emoción, tímido, débil,  
Dí á una mujer de mi pasión la palma.  
Era tan dulce de sus labios rojos  
La hechicera sonrisa! su mirada  
Tan penetrante y vívida, que ciegos  
Mis ojos, en los suyos no acertaban  
A fijarse; ¡qué oprobio! yo era un niño  
Que en secreto su amor acariciaba,  
Huyendo loco del amado objeto  
Que el valor y la calma le robara.  
Sabéis la causa de mis dudas? Ella  
Era hija y esposa infortunada  
De los dos asesinos de mi padre.  
Yo habia jurado esterminar la raza  
De esos dos mónstruos, reducir á escombros  
Sus hogares; mas ¡ay! que tuve lástima  
De la beldad querida, y á otras gentes  
Confíe por el pronto mi venganza.

EL PRESIDENTE.

Son las once; á las doce en punto, el baile  
Comienza; vendrá el rey, si no nos halla  
En nuestros puestos...

JACOBO.

Poco ya me queda  
Que decir; escúchame y ten calma.  
Falto yo de valor para cebarme  
De esa hermosa beldad en la desgracia,  
Dejé á Madrid, quedando confiados  
Mis planes á mis bravos camaradas.—  
Se dió un festín; en él mis enemigos,  
Sin escluir á la orgullosa dama,  
Debieron sucumbir; mas del veneno  
Ella y su padre, ignoro porque causa,  
Se salvaron; tan solo fué su esposo  
Víctima entonces de mi fiera saña.  
Luego... luego... mi vida fué un suplicio.  
Por un lado mi amor cobraba alas,  
Y por otro, mi padre, mi buen padre  
« ¡Véngame pronto! » sin cesar gritaba.  
Mas ¡ay! mi corazón enamorado,  
Os lo confieso con vergüenza y rábida,  
Al inclinarse á la mujer querida  
A ser bueno y humano se inclinaba.  
Fuí sombra de la hermosa; en los teatros,  
En el templo, en las calles... ¡oh! mal haya  
Mi loca ofuscación! yo la seguía  
Sin que tímido el labio una palabra  
Supiese formular; sin que mi acento  
Jamás en sus oídos resonára.  
Y ¿cómo hablar? El hombre maldecido,  
El hijo del ahorcado, el vil pirata,  
Era imposible que explicar pudiese  
De su ardiente pasión la activa llama.  
Fué preciso seguir la antigua senda:  
Maté, incendié, luché con mi desgracia  
Y otra vez, y otras mil, con rudo encono  
Juré matar al hijo del monarca

Que, al llevar al suplicio á mi buen padre,  
De mi desdicha y perdicion fué causa.  
Tal vez una sonrisa de la hermosa  
Mujer que idolatré, me separara  
De estos nuevos caminos que emprendia  
Sediento de esterminio y de matanza.  
Mas aquella mujer no pudo verme;  
¡No pudo verme porque ciega estaba!  
Tan ciega que, dejando el pátrio suelo,  
Con un imbécil dirigióse á Italia,  
Llamándole su hermano, cuando era  
El amante á quien loca idolatraba.

UN CONJURADO.

¿Y el nombre de esa hermosa?

JACOBO.

Ya parece

Que os interesa el nombre de esa dama.

¿No es cierto? pues oído...

EL PRESIDENTE.

No la nombres.

Ya con las señas que nos diste basta.

La mujer, que tú adoras en secreto,

Es la condesa; la española odiada

Que aquí vino á intrigar... y que merece

Un suplicio tambien.

JACOBO.

Cállate, calla,

Sella el labio; no manches con tu aliento

El dulce nombre de mi Julia amada.

Nadie, nadie en el mundo, mientras tenga

Fuerzas mi brazo y mi valor audacia,

Tocará ni á un cabello de esa hermosa.

Ella es un ángel de belleza rara

Que nunca os ofendió...

UN CONJURADO.

Razon le sobra.

OTRO.

Tiene razón: aquí ya no se trata

De matar á mujeres indefensas.

Hoy aquí la nobleza coaligada

Vá á vengarse...

JACOBO.

Mi vida he referido,

No con objeto de inspiraros lástima,

Sino solo ganoso de mostraros

Mis designios, mi cólera, las causas

De mi ardiente rencor; no me digáis

Que es noble y justa y conveniente y santa

Vuestra empresa. Yo solo necesito

Castigar al autor de mis desgracias,

Y hacer que mi rival sufra los golpes

Que rudamente sobre mi descargan

Los celos que me oprimen. Yo, privado

De mi hogar, de mis timbres y mi casa;

Perseguido, iracundo, con vosotros

Pretendo consumir mi última hazaña,

Juro, pues, esta noche, del tirano

Hendir el seno con mi aguda daga,

Y mañana labrar la desventura

De ese español que la de Aleira llama

Su hermano; yo os lo juro por el nombre

De mi padre.

EL PRESIDENTE.

Y al paso de la Italia

Serás libertador, por más que ahora

Solo pretendas aplacar tu saña.

Yo en nombre de estas gentes te saludo.

Sube al festin y en medio de la danza

Consuma, con valor heroico, el acto

De librarnos del déspota que arrastra

Tus timbres y los nuestros por el lodo,  
Mueran los dos; que Nápoles mañana  
Su caudillo te aclame; que tu justa  
Empresa, tenga el término que alcanzan  
Las que el cielo protege cuando tienden  
A dar al hombre libertades santas.

JACOBO.

¿Lo dudais? ved mi brazo, ved mi acero.

*(Blandiendo un puñal.)*

UN CONJURADO.

Es un bravo; tengamos confianza.

OTRO.

Con su presente y porvenir magníficos

De su pasado borrará las faltas.

EL PRESIDENTE.

Subamos al festin; la hora se acerca.

JACOBO.

Subamos luego si el festin aguarda.

UN CONJURADO.

Sí, Sí.

OTRO.

¡Viva el valiente!

VARIOS.

¡Viva! ¡Hurra!

JACOBO.

*(Con feroz ironía.)**(Hé aquí la ciega humanidad pintada.**Cien nobles impulsados por la envidia,**Al vil corsario y al bandido aclaman.)**(Se precipitan todos por una puerta secreta que abre el presidente. El local queda desierto y silencioso.)*

ADAM.

*(Levantando un tapiz y penetrando en el salon mira con inquietud los objetos que hay en él y dice con desconsuelo:)*

Llego tarde; perdido entre las sombras

De este vasto edificio, por desgracia

La série de sus tristes galerias,

Desconocidas para mí, ignoradas,

Crucé desorientado; llego tarde;

Todos marcharon cuando yo llegaba.

¿Dónde van? ¿qué pretenden? ¿por qué ocultan

La faz cobarde bajo negra máscara?

Quiéren matar al rey; ¿por qué? Sin duda

Porque ese rey me favorece y ama.

Tal vez entre esos hombres habrá alguno

Que todo se lo deba; tal vez haya

Quien con justicia delestearle pueda;

Pero es empresa por demás villana

La de herir á traicion, como la víbora

Que entre las flores del pensil se arrastra.

Por fortuna ese rey que me protege

No vendrá á ese festin donde le aguardan

Los torpes asesinos; le he rogado

Que no venga, y él oye mis palabras.

Descarguen sobre mí todas sus iras

Si es preciso; yo debo á ese monarca

Gratitud; yo le quiero, aun que conozca

Que ha cometido y que comete faltas.

¡Oh! ¿por qué todos, como yo, á los reyes

No guian por la senda que nos trazan

La virtud, el deber, el patriotismo

Y la razon y la justicia santa?

*(Se queda pensativo y luego dice con profunda**tristeza:)*

¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tú, algun dia,

Oscuro, abyecto y miserable, ansiabas

Penetrar atrevido en los palacios  
 Donde mundos de amor, de dicha ufana  
 Forjó en sueños tu ardiente fantasía  
 Ávida siempre de ilusiones gratas.  
 ¡Pobre Adam! ¡pobre loco! tus ensueños  
 Realizados se ven; mira, repara  
 En torno tuyo, y dime lo que encuentras;  
 ¿Qué ves? responde...! La traición malvada  
 Se cierne sobre tí; la envidia infame  
 Hince sus dientes en tu limpia fama  
 Y la lisonja fementida encubre  
 El negro encono que los pechos guardan.  
 ¡Oh! salgamos de aquí; tal vez ahora  
 Contra mi vida los menguados fraguan  
 Complot horrible...

(*Quiere salir; pero de pronto dice fijándose en los papeles que hay sobre la mesa.*)

¡Cielos! ¿qué descubro?

Ó mis ojos atónitos me engañan  
 Ó estos papeles... pero no, no hay duda;  
 Es una lista que quedó olvidada;  
 Y en ella consignados aparecen  
 Sus nombres todos... ¡todos! ¡Ah! me espanta.

La diabólica idea que mi mente  
 En este instante sin quererlo asalta.  
 Si el rey al ver la carta en que le ruego  
 Que no asista á ese baile, sospechára  
 Lo que sucede aquí; si la justicia  
 Penetrase de pronto en esta casa,  
 Y esta lista, estos nombres se leyeran  
 Y siguiese el castigo, la venganza...  
 ¡Oh! ¡imposible! los reyes nunca deben  
 Ver documentos que en su fondo guardan  
 Abismos de rencor, lagos de sangre,  
 Y acaso arroyos de inocentes lágrimas.  
 Vivan todos, Adam; que sus familias  
 Nunca vistan de luto por tu causa;  
 Que al rey tu protector guarden los cielos  
 Y á tí, que á torpes enemigos salvas.

(*Rompe los papeles, toca un timbre y viendo á un criado que aparece, y que va á dar un grito, le dice apuntándole con una pistola:*)

Oye y guarda silencio: en este instante  
 Vas á abrirme las puertas de esta casa;  
 Luego sube al festín y di á tus dueños  
 Que esta noche no esperen al monarca. (*Salen.*)

## CANTO XII.

Vila, ó casa de recreo, en las cercanías de Nápoles.—Gabinete, elegantemente amueblado, con un balcón que da al jardín.—Desde este balcón se descubre una dilatada campiña y más á lo lejos el Vesubio que de vez en cuando arroja espesas columnas de humo.—En la alcoba de dicho gabinete hay un precioso lecho con colgaduras de damasco.—Son las primeras horas de la mañana.

### ESCENA PRIMERA.

*La CONDESA DE ALCIRA duerme medio vestida en el citado lecho.—Se oye un laud y una voz de hombre que canta las siguientes estrofas:*

EL CANTOR.

Rico manto el sol se viste  
 De púrpura y de tisú,  
 Y nadar el alma puede  
 En océanos de luz.  
 Despierta, dueño querido,  
 Que al compás de su laud,  
 El que rendido te adora  
 Viene ahora  
 A ensalzar su esclavitud.

En las serenas  
 Noches de esto,  
 Yo mis cadenas  
 Beso, amor mio;  
 Y en las mañanas,  
 Frescas, lozanas,

Cuando las flores  
 Dan sus olores  
 Al valle humbrio,  
 Vengo á cogérlas;  
 Y al ver las perlas,  
 Bella española,  
 Con que guarnece cada corola  
 Blando rocío;  
 Llorando por tu desvío,  
 Mientras que llora la flor,  
 Vengo á cantarte, ángel mio,  
 Tiernas endechas de amor.

Despierta, despierta;  
 No duermas, mi bien;  
 Que un mundo de amores  
 Te vengo á ofrecer.

LA CONDESA.

(*Se arroja del lecho en extremo sobresaltada y dice:*)

No fué una ilusión, no á fé.  
 Otra vez la armoniosa,  
 Triste canción misteriosa  
 Entre sueños escuché.  
 Toca mi nécea esperanza  
 En la negra realidad  
 Y sigue la tempestad  
 En medio de la bonanza.  
 El alma llena de espanto  
 Y el corazón latir siento  
 Al escuchar ese acento,  
 Al percibir ese canto.

¡Dios mio! y en tanto, aquí  
Estoy sola; ¡qué agonía!  
¿Por ventura el mar envía  
Fantasmas en pos de mí?

LA VOZ DEL QUE CANTA.

Á la vista del peligro  
Jamás mi pecho tembló;  
Que una barca y una ola  
Fueron mi cuna y mi amor.  
Mas ¡ay! que al mirarte luego  
Tu hermosura me hechizó  
Y las ondas me arrojaron  
Y enviaron  
Á rendirte adoracion.

~~~~~

LA CONDESA.

¡Oh! no hay duda: esos acentos
Negras memorias esconden,
Y parece que responden
Á mis propios pensamientos.
¡Adam! ¿por qué se ausentó?
¿Por qué ese cantar oí?
Muerto á ese hombre creí
Y vive, no hay duda, nó.
Tengo miedo.

(Tira del cordon de una campanilla.)

ESCENA II.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Ven, Dianora.
Acércate, ven acá;
Ven y siéntate á mi lado,
Y si puedes mitigar
Mi pena, cùrala pronto,
Que es un suplicio fatal.

DIANORA.

En efecto, estais muy pálida;
Señora ¿por qué temblais?
¿Qué teneis? ¿estais enferma?
¿Quereis que llame?...

LA CONDESA.

No tal.
Quiero hablar contigo á solas
Con entera libertad.
¿Salió Pietro?

DIANORA.

Esta mañana
Temprano le vi marchar.

LA CONDESA.

¿No ha vuelto?

DIANORA.

Si no me engaño
Creo que pronto volverá.

LA CONDESA.

Dianora... tú me has querido
Siempre; ¿no es cierto?

DIANORA.

En verdad,
Señora, que no comprendo...
¿Cómo no os tengo de amar
Cuando huérfana en el mundo,
Y pobre, sin vos, quizás,
Me hubiera muerto de pena
En mi horrible soledad?
Yo os amo mas que á la vida
Que os debo; mas, mucho mas.

LA CONDESA.

Y sin embargo... me ocultas
Un sentimiento tenaz
Que de tu alma se apodera;
Que subyugándola está.
Tú amas á Pietro.

DIANORA.

(Llorando.) ¡Señora!...
¡Ay! tened de mí piedad.

LA CONDESA.

Conoces á Pietro?—Un día
Á casa le traje Adam
Poniéndole á mi servicio
Sin conocerle quizás.
Pero el corazon me dice
Que Pietro nos va á engañar.
No sé por qué, su sonrisa
Me es repulsiva; él será
Tal vez un honrado jóven;
Mas no le puedo mirar
Sin sentir frio en el alma...

DIANORA.

¡Oh! señora; desechad
La idea que habeis formado
De Pietro, que os ama ya
Tanto como yo.

(Poniéndose de rodillas.)

LA CONDESA.

Levanta;
No llores, no llores mas,
Y escucha y fija en tu mente
Lo que te voy á contar.
Sabes que hace muchos días
Que separada de Adam
Estoy; el rey lo ha querido.
En Roma mi amante está
Encargado de un negocio
De Estado; S. M.
Lo quiso así, y esa honra
Era preciso aceptar.

DIANORA.

Es cierto; pero ya pronto
Vuestro amante volverá.

LA CONDESA.

¡Ay! ojalá que así fuese
Para alivio de mi mal;
Mas pienso que todavía
Ausente de aquí ha de estar
Mucho tiempo...

DIANORA.

Yo pensaba...

LA CONDESA.

Un misterio grande hay
En todo esto, Dianora,
Que te voy á revelar.
Hace meses que una noche
Con Pablo salió mi Adam...—
¡Pobre Pablo! él me ha contado
La aventura singular.—
Era la noche sombría,
Y en un inmenso local
Ciertos nobles, congregados,
Trataban de asesinar
Al rey, que asistir debía
Á un baile.—Quiso mi Adam
Salvar al rey, pero ¿cómo
La catástrofe evitar?
Convertirse en vil espía
Y en delator además,
Era hacer negros oficios

Indignos de un alma leal.
Dejar que el rey fuese al baile
Desprevenido quizás,
Era esponerle á una muerte
Inevitable y fatal.
¿Qué hacer? Mi amante, que estima
A quien con tierna bondad
Nos ha protegido, pudo
Con un ardid, estorbar
Que fuese al baile el monarca;
Mas éste fué perspicaz;
Los conjurados temieron
Saliendo de la ciudad,
Y hubo destierros, prisiones
Que Adam pretendió estorbar
Inútilmente.

DIANORA.

Señora,
Fué justo; ¿por qué llorais?

LA CONDESA.

Porque mi estrella enemiga
No me abandona jamás,
Porque el rey llamó á mi amante
Á su cámara real,
Al cabo de algunos dias,
Y entre severo y jovial
Le dijo:—«Tú me has salvado
La vida; gracias, Adam.»
—«Señor, murmuró mi amante,
¿Cómo os podeis figurar
Que...»—«Silencio! dijo entonces
De nuevo el rey:—«Tú que estás
Persuadido, de que siempre
Deben saber la verdad
Los reyes, no puedes hoy
Los sucesos disfrazar.
Te soy deudor de la vida;
Mas contra la tuya están
Conspirando y hoy de Nápoles....
Hoy mismo te has de ausentar.
Una mision te encomiendo
Cerca de Su Santidad:
Parte á Roma; de tu hermana
Sabré entretanto cuidar.»

DIANORA.

Mucho vuestro tierno amante
Debió sufrir...

LA CONDESA.

Con afan
Rogó al rey que no le diera
Esa mision especial.
Sus ruegos fueron inútiles.
Usó de su autoridad
El rey, y Adam partió á Roma...
Dios sabe si volverá!

DIANORA.

¿Qué estais diciendo?

LA CONDESA.

Mi amante

Ha demandado piedad
Para los hombres ilusos
Que desterrados están
Ó presos; quiere que el rey
Dé á todos la libertad;
Quiere que las ligaduras
Del pueblo, que opreso está,
Se aflojen un tanto; pide
Lo que no puede lograr
Aunque el rey le tiene en mucho
Y le dispensa amistad.

DIANORA.

Y creéis?

LA CONDESA.

Si el rey perdona
Mi amante aquí volverá;
Si no perdona, nosotras
Nos tendremos que ausentar. (Pausa.)
Tal es, Dianora, el secreto
De esta ausencia que me está
Torturando; escucha ahora
Otro secreto fatal.
Pero antes... tengo miedo
De que puedan escuchar
Lo que te diga.

DIANORA.

Señora...

Estamos solas.

LA CONDESA.

Si tal.
Debemos solas hallarnos,
Si tienen fidelidad
Mis criados, si mis puertas,
Cual tengo mandado, están
Bien cerradas.

DIANORA.

Vuestras órdenes
Nadie osárá quebrantar.

LA CONDESA.

Tienes razon; y por eso
Aquí, ausente de mí Adam,
He pasado muchos dias,
Triste, si; mas sin temblar
Ni tener miedo.

DIANORA.

Y ahora
Le sentís...?

LA CONDESA.

Mucho.

DIANORA.

En verdad
Que me confundís, señora...

LA CONDESA.

¿Por qué, porque no me das
El título cariñoso
De amiga? yo no soy ya
La alliva condesa; soy
La infeliz...

DIANORA.

¡Oh! no sigais.
Para mí, siempre la misma
Mi protectora será.

LA CONDESA.

Pues bien, si tanto me quieres,
Dime por Dios la verdad.
Nada me ocultes, Dianora.
Di si sentiste cantar
Al pié de mis rejas.

DIANORA.

Creo

Que de un laud al compás...
Mas pensé que un caminante,
Al pasar á la ciudad,
Por entretener sus ócios
Iba cantando quizás.

LA CONDESA.

Y no escuchaste otras veces
Esa voz?...

DIANORA.

Yo... no, jamás.

LA CONDESA.

Y ¿no sabes que ese canto
Repetido con igual
Pertinacia, hace tres días
De espanto me hace temblar?
¿No sabes...?

DIANORA.

Juro, señora,
Que ignoraba cuanto estais
Diciendo.

LA CONDESA.

Pues bien, escucha,
Escúchame y lo sabrás.
Ese que canta...

(Interrumpiéndose.) ¿Quién llega?

DIANORA.

Es Pietro.

LA CONDESA.

¿Qué nos traerá?

ESCENA III.

La condesa.—Dianora.—Pietro. Éste se
adelanta con un pliego en la mano.

PIETRO.

De la ciudad un correo
Hace un instante llegó,
Y este pliego me entregó
Que es del señor, según creo.
Con prisa bien manifiesta
Preguntó por vos, señora,
Y se alejó sin demora
Sin aguardar la respuesta.

LA CONDESA.

Está bien, dame ese escrito.

ESCENA IV.

La condesa.—Dianora.

LA CONDESA.

Es de Adam, ¿qué duda tiene?
Ya la fé á prestarme viene
Y el valor que necesito.
Leamos. (Abre el pliego y lee.)

DIANORA.

(Aparte.) ¿Por qué razon
Taciturno Pietro está?
¿Será que no late ya
Para mi su corazón?
Su triste voz me revela
Un pesar hondo, sombrío,
Y su mirada ¡Dios mio!
Es un fuego que me hiela.
Huye unas veces de mí,
Y otras, con duros recelos,
Me sigue. Volvedme ¡oh cielos!
La ventura que perdí.)

LA CONDESA. (Con alegría.)

Pronto, mi amada Dianora;
Busca mis galas mejores;
Mis cintas, gasas y flores.—
Llegó de mi bien la hora.
Búscame el traje mejor
Y que mas me favorezca;
El que mejor te parezca
Por su riqueza y color.
¡Oh! ¡qué dicha! el alma ufana
Siento, y tranquila y dichosa.
Pronto, muy pronto en esposa
Va á convertirse la hermana.

DIANORA.

¿Qué decís?

LA CONDESA.

Pues para tí
Secretos no hubo jamás,
Oye esta carta y sabrás,
Lo que el cielo hizo por mí.

(Lee en voz alta:)

«Por fin, ¡oh mi Julia! del alma querida,
Se acaban las penas y nace el placer.
El rey me ha otorgado la dicha cumplida
Que apenas en sueños yo pude entrever.»
«Hoy vuelvo de Roma, do quedan alzados
Los votos que hiciste con hondo pesar;
Mas no es esto solo; ya son perdonados
Los nobles que al rey quisieron matar.»
«Al pié del monarca, postrado de hinojos,
Perdon para ellos humilde pedí;
El rey los perdona y ha visto en mis ojos
El llanto de gozo que alegre vertí.»
«De hoy mas, las familias de aquellos que estaban
Ausentes ó presos, dichosas serán;
De hoy mas los quejosos, que tanto te odiaban,
Parciales, amigos y adeptos serán.»
«Mas no es esto solo: al rey he contado
Mi vida y tu vida, mi amor y tu amor.
—«Tu estrella fué triste; me dijo admirado;
»Veamos si puedo vencer su rigor.»
«De hoy mas, eres noble y un título alcanzas;
»De hoy mas, en mis reinos grandeza tendrás;
»Por fin se realiza tu dulce esperanza,
»Por fin de tu Julia esposo serás.»
«Escribete al punto y dí que allí vamos;
»Que yo de tus bodas padrino seré.
»Felices los reyes que al bueno ensalzamos;
»Feliz yo, que premio tu amor y tu fé.»
«Así, Julia mia, el rey, con acento
Benigno me dijo. Feliz tambien yo
Que miro gozoso, llegar el momento
Que el alma sedienta del bien codició.»
«Alégrate, Julia, rendido de amores
Muy pronto iré á verte, pues verte es mi afán.
Prepara tus galas, tus joyas mejores,
Que hoy vá con su régio padrino, tu ADAM.»

(Deja de leer y dice:)

Por fin me ilumina ya
Hoy el sol de la alegría.

DIANORA.

¡Cuánta dicha en solo un día!

LA CONDESA.

Fuerza, por tanto será
Obedecer á mi amante
Y obsequiar, como es de ley,
A su protector el rey,
De quien es acompañante.
Preciso muestre sin tasa
Mi placer, riqueza y gusto,
Al ver al padrino augusto
Que viene á honrar nuestra casa.—
Búscame un traje completo
Y elige bien mis vestidos,
Que estar no deben reñidos
El júbilo y el respeto.
En cuanto á casa... eso, sí;
Da á todos mis instrucciones
Para que estén mis salones
Cual pueden estarlo aquí.
Luego irás al tocador...
¡Dios mio! ya soy dichosa.
Ya el recuerdo no me acosa
Del importuno cantor.

ESCENA V.

Dianora y luego Pietro.

DIANORA.

Su negra inquietud acaba
 Cuando comienza la mía.
 ¡Triste del que sufre penas!
 ¡Dichoso quien las olvida!
 ¡Pobre señora! está loca
 De placer y de alegría.
 Ya no recuerda el pasado
 Ni el porvenir le intimida.
 Le basta con lo que tiene;
 Que en el rincón en que habita
 Hoy con sus álas de oro
 Los amores la cobijan.

PIETRO.

Dianora.

DIANORA.

¡Pietro!

PIETRO.

Ahora mismo

Tu señora me decía
 Que hoy vendrá, probablemente,
 El mismo rey á esta vila.

DIANORA.

Es cierto.

PIETRO.

Y según colijo,

Júbilo inmenso respira
 Tu señora.

DIANORA.

¡Mi señora!

¿No es tuya á la vez que mía?

PIETRO.

No sé, mujer; para esclavo
 No nació el hombre; me indigna
 La esclavitud; yo he nacido
 Para cosas muy distintas.
 Quiero, como el aire libre
 Cruzar valles y colinas,
 Escuchando las canciones
 De las pobres avechillas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro! tus palabras
 Me confunden, me intimidan.
 ¡Ay! ¡ya no eres el mismo!
 No eres tú quien ser solías!

PIETRO.

¿Por qué razón?

DIANORA.

Ya te cansa

Esta existencia pacífica,
 Y te abruma mis palabras
 Y mis cuidados te hastían.
 ¿En qué, ¡ay de mí! te ha faltado
 Quien solo por tí suspira?

PIETRO.

¿En qué?... ¡Calla! de mis celos
 No aumentes la llama activa.

DIANORA.

¡Celos tú! ¿de quién? espícate.
 Dime de quién.

PIETRO. (Viendo á Pablo que se acerca.)

¡Mira! ¡mira!

Aquel hombre, que es tu sombra,
 De mi furor será víctima
 Si le amas.

DIANORA.

¡Pietro! ¡Pietro!

PIETRO.

Déjame en paz.

DIANORA.

(Deteniéndole.) Oye.

PIETRO.

(Rechazándola.) Quita.

ESCENA VI.

Dianora.—Pablo.

DIANORA.

Está celoso; ¡Dios mío!
 Mas ¿qué motivos le he dado
 Para abrigar esas dudas?

PABLO.

Dianora.

DIANORA.

Déjame Pablo.

¿Por qué vienes á inquietarme
 Si sabes que no te amo?

PABLO.

Ya lo sé; ya sé que adoras
 Á Pietro. Ciega, esquivando
 Mi inmensa pasión, entregas
 Tu corazón á un malvado
 Que nos vende á todos...

DIANORA.

¡Calla!

Sella por piedad tus labios.
 ¿Con qué derecho calumnias
 Al hombre que yo idolatro?
 ¿Qué mal te ha hecho?

PABLO.

Lo ignoras?

Robóme tu amor, tu mano.
 Se apoderó de los sueños
 De mi juventud; ingrato
 Con Dios me hizo, pues odio
 La vida que amaba tanto.
 ¿Quieres más? pues todavía
 Su crimen no he revelado.

DIANORA.

¿Qué dices?

PABLO.

Hace una hora
 Que dirigiéndome al campo,
 Por ver si olvidar podía
 Mis penas—intento vano!—
 Vi muchos hombres ocultos
 En un matorral; me paro
 Cauteloso, y sus palabras
 Escucho, sin ser notado
 Por ellos, que siempre hablaban
 Con cuidadoso recato.
 De pronto, un hombre de altivo
 Porte, de ademán bizarro,
 Joven aún, de estatura
 Elevada, de poblados
 Cabellos, de negros ojos,
 Bello, brioso, gallardo,
 Llegó al grupo, y vi que todos
 Al punto se levantaron,
 Dejándome ver que iban
 Cuidadosamente armados.
 En sus manos un laud
 Traía el recién llegado,
 Que á otro entregó, mientras todos
 Con respeto saludaron
 Su llegada.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

Perdona si te hago daño
Con mi historia.—Lo que queda
Por decir, es triste, infausto.

DIANORA.

Sigue, sigue.

PABLO.

El misterioso
Hombre aquel de quien te hablo,
Prorumpió en estas palabras:
—Preparad vuestros caballos,
Que hoy la condesa de Alcira
Será mía; secundado
Por Pietro, la robaremos;
Y en premio de tal hallazgo
Rico botín os ofrezco.

DIANORA.

¿Eso dijo?

PABLO.

Y en sus labios
Brilló siniestra sonrisa
Llena de orgullo satánico,
Mientras que todos, con júbilo,
À media voz exclamaron:
¡Viva Jacobo Riestri!
¡Viva el capitán!

DIANORA.

¡Dios santo!
¡Ah! ¿qué dices...? no, imposible.

PABLO.

¿Conoces al desalmado
Que lleva ese nombre?

DIANORA.

¡Calla!
¡Calla! me estás abrumando.

PABLO.

Es el bandido que à Nápoles
Hace tiempo infunde espanto.
El terror de los Abruzos
Y la Calabria; el osado
Capitán de foragidos
Que por do quier el estrago
Lleva consigo; es el hombre
Que hace frente à los soldados
Del rey; que no teme à nadie;
À nadie...

DIANORA.

¿Y Pietro...?

PABLO.

El villano
Es su cómplice; allí estaba
Con ellos.

DIANORA.

Cállate, Pablo.
Cesa por Dios.

PABLO.

Mas no piense
Mi infame rival odiado,
Jugarnos esta pasada
Impunemente. Yo el campo
Voy à recorrer ahora;
Y la voz de alarma dando
Por donde quiera, solcito,
Haré que los aldeanos,
Los lazaronis, los buenos
Pescadores, como honrados
Y valientes, vengan todos
A ofrecer su noble amparo
A la condesa.

DIANORA.

¡Detente...!

¡Triste de mí!

PABLO.

Yo, entre tanto,
Avisaré à la señora... (*Quiere salir.*)

DIANORA.

¡Oh! no, no turbes sus gratos
Ensueños; al rey espera
Y à su amante... Oyeme, Pablo.
Si ese Pietro es un infame
Que à todos nos ha engañado,
Vé luego y recluta gentes
Que aquí acudan à ampararnos.—
Que la condesa lo ignore
Todo; ¡todo!—Vete... ¡Sálvanos!

PABLO.

Dices bien; yo me retiro.
Adios. (*Saliendo.*)

(*Un momento despues se oye un grito ahogado y un ruido que parece lo produce el choque de un cuerpo que cae desplomado. Pietro se precipita en la habitacion armado de un puñal.*)

DIANORA.

¡Qué horror! (*Caee desmayada.*)

PIETRO.

(*Mirando hácia la puerta.*) ¡Mentecato!

ESCENA VII.

Pietro.—Dianora (*que continúa desmayada.*)

PIETRO.

Quiso conmigo luchar
Y la vida le costó.

(*Fija su ojos en Dianora*)

¡Pobre niña! me adoraba
Y la lleno de dolor.

(*Se para en medio del cuarto y dice:*)

De todos modos, he dado
Un paso violento, atroz.
Estamos comprometidos
Y hay que obrar con decision.
Si el capitán no viniera...
La señal aun no sonó
Y el rey, vendrá con su escolta
Y con Adam... ¡Corazon!
No tiembles; nunca cobarde
Teme un hombre como yo.
Entretanto, es menester
Ocultar en un rincon
El cádaver de ese hombre
Y el puñal que le mató.
En esa alcoba... eso es...

(*Entra apresuradamente en la alcoba, corre las cortinas del lecho y tomando la colcha de seda que lo cubre, sale nuevamente de la habitacion y trae en brazos, envuelto en la misma colcha, el cuerpo de Pablo, que deposita sobre el mismo lecho, volviendo à descorrer las colgaduras. Luego se dirige al balcon y abriendo las puertas de cristales mira con inquietud en distintas direcciones y dice:*)

Nadie llega; en derredor
La soledad y el silencio
Comparten ambos à dos
Su imperio. Solo distinguen
Mis ojos, en direccion
De la ciudad, una nube
De polvo, que, cual veloz
Torbellino, vá acercándose
Para infundirme pavor.
Nunca, en mi vida, he sentido
Semejante confusion.
¿Qué es esto? ¿por qué vacila
De tal modo mi valor?

¿Es que temo al rey que llega
Con su lucido escuadron,
O es que me ciega la sangre
Que mi rostro salpicó?
¡Pietro! ¡Pietro! tu desdicha
Por mala senda guió
Tus pasos; tú estás maldito,
Estás maldito de Dios.

(Después de una ligera pausa vuelve á fijar su vista en Dianora que da señales de volver en sí.)

¡Qué hermosa es! ¡pobre jóven!
Parece que á la razon
Vuelve; no quiero que vea
La sangre que derramó
El infeliz que allí duerme
Sueño eterno. *(La coge en brazos.)*

DIANORA.

¿Dónde estoy?

PIETRO.

Calla.

DIANORA.

Socorro!

PIETRO.

Silencio,

Desdichada!

DIANORA.

Compasion!

(Pietro le tapa la boca, y abriendo una puerta secreta se precipita por ella y vuelve á cerrar.)

ESCENA VIII.

La condesa de Alcira.

(Trae puesto un riquísimo traje.)

LA CONDESA.

¿En dónde estará Dianora?
La estuve aguardando en vano
Y ya su ausencia me estraña.
(Llamando.)
¡Pietro!—No vienen, me canso
De esperar.

(Tira del cordon de una campanilla.)

Nadie responde;

Nadie;—Pietro! Pablo! Pablo!

(Asomándose á la puerta que dá al corredor.)

¿Dónde estarán? ¿Se habrá puesto
Enferma Dianora?—Vamos,
Será que alguna sorpresa
Grata me están preparando.

(Se asoma al balcon.)

Respiremos el ambiente
Puro. ¡Qué cielo tan claro!
Ensánchate, pecho mio,
Que ya, á lo lejos, mirando
El logro de mi esperanza
Estoy; ginetes, caballos
Y una carroza... ¡qué gozo!
Será el rey; será mi amado
Adam, que en mi busca viene
Para estrecharme en sus brazos.
¡Oh! qué dicha!

ESCENA IX.

La condesa.—Jacobo y Pietro, sin ser vistos de ella.—Ambos hablan en voz baja.

PIETRO.

Capitan,

Allí está; vedla.

JACOBO.

¡Qué hermosa!

Sin duda espera gozosa

La llegada de su Adam.
Logrará verle? *(Con siniestra sonrisa.)*

PIETRO.

Presumo

Que no.

JACOBO.

Tambien yo lo creo.

Escucha. *(Siguen hablando bajo.)*

LA CONDESA. *(Desde el balcon.)*

El cuadro que veo
Me estraña: nubes de humo
Y fuego, con furia rara
El alto Vesubio arroja,
Y una luz brillante y roja
Inundó la Solfatara.
Entre tanto, el cielo está
Serenó, apacible y bello...

JACOBO *(á Pietro.)*

Vete y cuida bien: en ello
El bien de mi vida vá. *(Váse Pietro.)*

ESCENA X.

La condesa.—Jacobo.

(Al volverse la condesa da un grito de espanto viendo que Jacobo la contempla inmóvil y silencioso.)

LA CONDESA.

¡Cielos! ¡qué miro!

JACOBO.

Condesa,

No te estrañe mi venida.

LA CONDESA.

¿Qué buscáis?

JACOBO.

La calma y vida
Que recobrar me interesa.
Busco la luz apacible
De tus ojos brilladores.
Busco el fin de mis dolores.

LA CONDESA.

¡Huid, dejadme!

JACOBO.

¡Imposible!

¿Cómo quieres que de aquí
Ahora insensato me aleje?
¿Quieres que el alma me deje
Al separarme de tí?
Harto tiempo, con pesar,
Suspirando por tu amor,
El misterioso cantor
Vino tu sueño á turbar.
¡Oh! tu corazon no sabe
Lo mucho que yo sufría
Cuando á Adam y á tí os veía
En el fondo de la nave...
¿Te acuerdas? la tempestad
Nuestras vidas amagó.
Yo quise salvarte...

LA CONDESA.

¡Oh!

JACOBO.

¿Te acuerdas?

LA CONDESA.

¡Piedad! ¡piedad!

JACOBO.

En mi amoroso desvelo
Los peligros desprecié
Y sustraerte intenté
A la cólera del cielo.

La esperanza me halagó,
Luchar quise con tu amante;
Mas ¡ay! que en aquel instante
La tromba nos arrastró.
Tragóme el mar...

LA CONDESA.

Como á mí,
Como á todos!

JACOBO.

Es muy cierto;
Mas me tuvisteis por muerto
Y ahora vivo estoy aquí.
Las olas que me arrastraron,
Teniendo de mí piedad,
Para adorar tu beldad
A la vida me tornaron.—
Y fui tu sombra do quiera,
Siendo tú mi luz querida;
Luz que alumbra de mi vida
La oscurísima carrera.

LA CONDESA.

Pero ¡Dios mío! ¿quién eres?
¿Por qué tu labio derrama
En el pecho de una dama
Tan negro pavor? ¿quién eres?

JACOBO.

Al nacer, altos blasones
Tenia; mas hoy temido...

LA CONDESA.

¡Oh! calla.

JACOBO.

Soy un bandido;
Un capitán de ladrones.
Nunca inquieras la razón
Que me puso en tal estado.
¡Condesa! Dios te ha vengado
Hiriéndome el corazón.
Sígueme...

LA CONDESA.

¡Apártate!

JACOBO.

Ven.

Lejos de aquí, si es preciso,
Yo formaré un paraíso
Donde se anide mi bien.
Sígueme, ven, yo te adoro;
Amor prodigios realiza;
Todo amor lo diviniza
Y de él te guardo un tesoro.
Ven; que tus ojos divinos
A mis valientes fascinen
Y las faldas iluminen
De los montes Apeninos.
Y si quieres que otra vez
Mi condición no te ofenda,
De hoy mas seguiré la senda
Que me marque la honradez.

LA CONDESA.

¡Triste de mí!

JACOBO.

Yo que arrostro
Y hasta escarnezo la rey,
No temí atentar á un rey
Y ahora tiemblo al ver tu rostro.
Ten piedad; tu dulce voz
Mi llanto de fuego seque,
Y en manso cordero trueque
A quien es tigre feroz. (*Se acerca.*)

LA CONDESA.

Yo no os conozco; apartad.

JACOBO.

¡Piedad!

LA CONDESA.

Huid.

JACOBO.

Pues no quieres
Tenerla de mí, no esperes
Que á mi vez tenga piedad.
¡Ola! (*Toca un silbato.*)

ESCENA XI.

Dichos.—Pietro y varios hombres armados.

LA CONDESA.

¡Jesus! ¡Virgen mía!
Doleos de mi tormento. (*Cae de rodillas.*)

PIETRO (*á Jacobo.*)

No hay que perder un momento.

JACOBO.

¿Viene el rey?

PIETRO.

Sí.

LA CONDESA.

(*Dando un grito.*) ¡Qué alegría!
Mi amante llega. (*Levantándose.*)

JACOBO.

Si tal;

Y me llamará cobarde.

(*Riendo con feroz ironía.*)

Mas te juro que ya es tarde;
Tarde llega mi rival.

(*Cierra el balcon y dice:*)

El infierno en tu camino

Me puso; tu sombra fui;

Mas no me culpes á mí;

Culpa solo á tu destino.

Tal vez ¡ay! sobre tu frente

Mi negra infamia recae.

(*Mirando al través de los cristales.*)

Está visto: el rey nos trae

Mucha, y muy lucida gente.

Huyamos. (*Apoderándose de la condesa.*)

(*A Pietro.*) Todos en pos

Hácia el jardín avanzad.

Cerrad las puertas.

LA CONDESA.

(*Con voz ahogada.*) ¡Piedad!

JACOBO.

Téngala Dios de los dos.

(*Marchan todos, cerrando tras sí la puerta que se comunica con la galería.—Largo intervalo de silencio.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Adam.—El rey.—Caballeros.—Oficiales de la escolta del rey. Todos entran por la puerta secreta.

EL REY.

Yeamos este aposento,
Señores.

ADAM.

¡Intento vano!

Está la casa desierta;

Sola está; me la han robado!

¡Julia! ¡Julia!

(*Viendo cerrada la puerta por donde salieron los bandidos la golpea fuertemente.*)

EL REY.

¡Esto es horrible!

Tan horrible como extraño.

Robarla en mitad del día
Y en medio de sus criados!..
Inconcebible parece.

ADAM.

¡Julia...! ¡Julia...! ¡Pietro! ¡Pablo!
¡Dianora! ¿dónde os halláis
Ocultos? ¿no oís que os llamo?
¡Julia! prenda de mi alma!

EL REY.

Conde, calma tu quebranto.

ADAM.

¡Es imposible! ¡imposible!
¿No lo veis? me han desgarrado
El corazón.—El silencio,
La soledad, el espanto
Que en torno reinan, crueles
Se levantan como vagos
Fantasmas; dolientes ecos
Nuestras voces remedaron
Por los techos y las bóvedas
De nuestra casa rodando.
¿No advertís? nido de amores
Ella fué; mas la trocaron
En tumba de mi esperanza
Y de mis sueños dorados.
¡Julia! ¡Julia!

(Dá golpes en la puerta, que cede al fin. Adam se precipita en la galería.)

EL REY.

¡Pobre conde!

Señores: no era su hermano;
Era su presunto...

VARIOS.

Es lástima...

EL REY.

Mas ¿qué es esto? Aquí clavado
Hay un puñal.

(Tomando el de Jacobo, que éste, al irse, dejó clavado en la mesa. Adam retrocede al propio tiempo gritando:)

ADAM.

¡Sangre! ¡sangre!

Allí un crimen consumaron.
¿No lo veis? el pavimento
Está de sangre manchado.

UN CABALLERO.

¡Funesto trance!

OTRO.

¡Terrible!

EL REY.

Llegad, señores.

TODOS.

Veamos.

EL REY.

Un nombre aquí se descubre.

ADAM.

¡Un nombre! ¿y cuál?

EL REY.

Cincelado

Está, con todas sus letras
Sobre la plata del mango,
El del mortal que, atrevido,
Sin duda consuma el rapto.

ADAM.

Decidlo, señor, decidlo.
Decidme quién fué el malvado,
Y dadme vuestra licencia
Para vengar su villano
Proceder.

EL REY.

(Leyendo.) Jacobo Riestri.

TODOS.

¡El bandido!

EL REY.

El hombre infausto

Que mi poder desafia
Con empeño temerario.
Pronto, pronto, caballeros,
Ligeros de aquí salgamos.
Y dando la vuelta á Nápoles,
Probemos al desalmado
Que así mis iras provoca
Todo el rencor que le guardo.
Si hasta el presente su estrella
Del suplicio le ha librado,
Sepa al fin que mi justicia
No sufre mas desacatos.

ADAM *(con profunda desesperacion.)*

¡Muerta tal vez! ¡muerta!... muerta,
Cuando yo en álas volando
De mi pasión, le traía
Cuanta dicha ambicionábamos.
¡Muerta! me parece un sueño.
En tumba trocóse el tálamo.
¡Julia! ¡Julia!

(Se precipita en la alcoba y separa las cortinas del lecho.)

VARIOS CABALLEROS.

¡Cuadro horrible!

TODOS.

¡Un cadáver!

ADAM.

El de Pablo;
El de aquel pobre mancebo
Tan fiel, tan noble y honrado.
¡Venganza! *(Dando un grito.)*

TODOS.

Muera el bandido.

EL REY.

Salgamos de aquí, salgamos.

ADAM *(echándose á los pies del rey.)*

Señor: escuchad propicio
Antes mis ruegos. Si en algo
Mis servicios os merecen
Cariño, piedad y amparo,
Concededme lo que os pida
En este instante aciago.

EL REY.

¿Qué quieres de mí? ¿qué pides?

ADAM.

Quiero una lanza, un caballo,
Y libertad para irme
Por esos montes y llanos,
Loco de amor y de rabia
En pos del raptor malvado.
Quiero buscarle, y sediento,
De su sangre, como bravo
Leon, cebarme en mi presa
Y estrujarla entre mis brazos.

EL REY.

Cálmate, Adam.

ADAM.

La justicia
Humana, va caminando
Con lentitud siempre...

EL REY.

Ahora

No marchará tan despacio.
Yo concedo lo que pides:
Tendras lanzas y caballos...

ADAM.

Y ¡ay del bandido inclemente
Que la dicha me ha robado!

TODOS.

¡Oh! ¡sí; venganza!

EL REY.

Es muy justo,
Señores; justo que hagamos
Un ejemplar; pero ahora
Es fuerza, que moderando
Nuestras pasiones de hombre,
A Dios la vista volvamos.
Ved al través de esos vidrios,

(Señalando al balcon.)

El temeroso espectáculo
Que á nuestros ojos presenta
El Vesubio. De su ancho
Cráter, columnas de fuego
Y lava lanza irritado.
Ya los cielos se coloran
Con roja luz, y los campos

Vecinos, y las praderas
Y los chapiteles altos,
Todo á la vez aparece
En viva lumbre bañado.
Mirad el hirvierte fuego,
Que pone en el alma espanto,
Y el encendido torrente
Que se despeña bramando,
Mientras se conmueve y tiembla
La tierra con sobresalto.
¡Plaza á Dios, señores, plaza
Al Ser Supremo irritado,
Cuyo soplo hizo cenizas
A Pompeya y Herculano!
Y pues que Dios y el Vesubio
Parece que están airados,
Oigamos la voz del cielo
Nuestras rodillas doblando.

(El rey se arrodilla: todos hacen lo mismo excepto
Adam que permanece inmóvil, como fuera de sí
y con los ojos fijos en el volcan, cuya erupcion
vá creciendo gradualmente.)

CANTO XIII.

Entre salvajes y desnudas rocas,
Que cien montañas á su vez rodean,
Impetuoso, hácia profundo abismo,
Un torrente bramando se despeña.

Rugen los ecos pavorosos; tímidos
Del sol los rayos, al través penetran
De los terribles precipicios húmedos
Cubiertos de verdin y de malezas.

Tristo es el sitio; solitario, agreste.
Mansion parece solo de las fieras,
Y sin embargo, allí la planta humana
Grabó atrevida su profunda huella.

Tended, sinó, la vista indagadora,
Y en ambos bordes de la sima horrenda,
Vereis echado un puente, que en contacto
Puso dos moles de granito inmensas.

Lo que allí, poderoso cataclismo
Siglos antes acaso desuniera,
El hombre unió, buscando de ese modo
El paso que ese puente le franquea.

¿Quién ha sido el artífice? ¿qué mano
Sobre el abismo le tendió atañera?
¿Fué un pastor ó un bandido? ¿fué un magnate
O tal vez un piadoso anacoreta?

No se sabe; tan solo es evidente
Que entre cien picos de gigantes piedras,
No lejos del torrente, se descubren
Los derruidos restos de viviendas

Humánas; ¿qué es aquello? ¿fué algun tiempo
Imponente y sombría fortaleza,
Donde, huyendo estranjerías invasiones,
Dió el hijo del país gritos de guerra,

Ó fué acaso el asilo misterioso
Del cenovita austero? ¿Están desiertas
Esas ruinas, dó rapaces aves
Sus toscos nidos en los muros cuelgan?

Avanzad con sigilo; cuidadosos
Fijad la planta en las terribles quiebras;
Tended la vista, y aplicad atentos
El oido: ¿qué veis? ¿qué oís? No suena

Sola la voz del bramador torrente;
Gritos agudos en las alas llegan
De los vientos, y luego se perciben
Detonaciones que el espacio atruenan.

¿Quién invade atrevido esos lugares
Que tan terrible majestad ostentan?
¿Por qué el eco espantado repitiendo
Vá mil palabras que furor revelan?

Un hombre, varios hombres, entretanto,
De las ruinas salen y se alejan.
¿Qué es lo que allí sucede? ¿Quién habita
En tan triste y feroz naturaleza?

Un año hará, que un hombre, en cuyo rostro
Hermoso y varonil, estaba impresa
La huella de un pesar hondo y sombrío,
Llegó hasta allí cruzando ásperas sendas.

Llevaba puesto el traje de los hijos
De las altas montañas calabresas,
Y en su ademan terrible, aunque sereno,
Su decision y su bravura muestra.

En pos, y al lado suyo, caminaban
Otros hombres armados, de presencia
No menos dura y arrogante; y todos
Pasando el puente, y las desnudas breñas,

Que forman el abismo en donde salta
El torrente veloz, atrás le dejan,
Y van luego á perderse confundidos
En las ruinas que indicadas quedan.

Poco despues, el número de aquellos
Hombres, se ensancha y por encanto aumenta
Como si todos acudiendo fuesen
A una cita comun que se les diera.

Y juntos con empeño edificaron,
Durante el primer mes, una vivienda
Que, ignorada y oscura, les dá asilo,
Siempre que pisan la intrincada sierra.

Cundió entretanto en las comarcas fértiles
Que á la ciudad de Nápoles se acercan.
La fama de Jacobo y de los suyos
Que en todas partes el espanto siembran.

Y hubo quien hizo su retrato; y fueron
Pregonadas de todos las cabezas;
Mas nadie dió con los bandidos; nadie
Castigar pudo entonces su insolencia.

Hoy, perseguido, acorralado, loco,
Jacobo Riestri, en su desdicha inmensa,
Vé que Adam su retiro ha descubierto
Y que viene á quitarle á la condesa.

Es preciso evitarlo; ya que el cielo
No le dejó escaparse de su tierra
Y llegar hasta el mar, en donde un buque
Cerca de un puerto su llegada espera,

Él sabrá defender aquel tesoro
Que tantas horas de dolor le cuesta;
La mujer que al pirata ha convertido
En un esclavo que suspira y tiembla.

Mientras tanto, con afán,
Seguido de cien guerreros,
Por los ásperos senderos
Avanza iracundo Adam.

Suena incesante clamor
De guerra que espanto infunde,
Y con la voz se confunde
Del torrente bramador.

Y Adam sigue, sube, avanza,
Lleno de creciente ira;
Vá en busca de la Alcira
Que es su vida y su esperanza.

Ardiendo en fieros enojos
No hay nada que le intimide;
Fuego su acento despidie;
Rayos fulminan sus ojos.

Saltando de breña en breña
No mira dó pone el pié,
Ni al rudo enemigo vé
Que en atajarle se empeña.

Varonil, fiero, arrogante,
En su cólera infinita,
—«¡Adelante!» á todos grita,
Y todos van adelante.

Y recojen las montañas
De mil tiros el estruendo,
Que se van repercutiendo
En sus ásperas entrañas.

Un militar mal herido
Encuentra en la roca dura
Triste lecho y sepultura
Que le prepara un bandido.

Y otro de éstos, á su vez,
Lanzando un grito que aterra,
Al dar con su cuerpo en tierra
Dió en ella con su altivez.

Y ciego y furioso Adam
Vá las alturas tomando
Con las gentes que, á su mando,
De vencer ganosas van.

Y con valor y heroismo
Pisa las cumbres vecinas;
Descubriendo las ruinas
Y el puente sobre el abismo.

Y tambien á descubrir
Llegó despues, lector mio,
El triste cuadro sombrío
Que te voy á describir.

Pálida, y llena de mortal quebranto;
Suelto el cabello, el talle desceñido;
Juntas las manos en acción de súplica,
Y sofocando en su garganta gritos
Que el corazón despedazado arroja,
Julia se vé cercada de bandidos.
En el supremo instante en que al encuentro
De Adam, volar en su impaciencia quiso.
Ella vió á sus raptos apartarse
De su lado; los vió marchar unidos,
Armados y furiosos, pronunciando
Palabras de venganza y de esterminio.
Era evidente que su tierno amante,
Por salvarla pisaba aquellos sitios
Agrestes; de otro modo ¿quién pudiera
Arrostrar de tal suerte los peligros?
¿Quién sino Adam, su Adam, su tierno amante,
Disputar palmo á palmo aquellos riscos
Con tal bravura puede á los terribles
Bandoleros? No hay duda, el cielo quiso
Salvarla, y el momento se aproxima;
Oye á lo lejos del mortal querido
La voz; es él; el eco «¡Julia! Julia!»
Repite; Adam la llama, y es preciso
A su encuentro volar á todo trance;—
La mitad abreviarle del camino.

Pensando de ese modo, la condesa,
 Un esfuerzo supremo, esfuerzo digno
 De un alma de mujer apasionada
 Que solo atiende de su amor al grito,
 Venciendo varonil la angustia inmensa
 Que el corazon le oprime, del asilo
 Misterioso y oculto en que la guardan
 Salir intenta en el instante mismo.
 Deja al fin las ruinas tenebrosas
 De la que ermita fué, tal vez castillo,
 Y alzando á Dios, con tembloroso labio
 Y triste acento y ademan sumiso,
 Una corta plegaria, suplicándole
 Guarde la vida de su Adam querido
 Más que la suya propia, se dirige
 Hacia el puente que está sobre el abismo.
 Y á lo lejos descubre, entre las ásperas
 Crestas, al tierno, al cariñoso idolo
 De sus antiguos sueños, que avanzando
 En busca suya vá.— ¡Gracias, Dios mio!
 Dice entonces cruzando sobre el pecho
 Sus manos temblorosas; tú has querido
 Hacerme comprender cuánto le amo;
 Cuánto su audacia y su valor admiro.»

Calla Julia; despues, llena de espanto,
 Sin saber dónde ir, lanza un gemido
 De supremo dolor, de horrible angustia
 Que sus ansias revela y su martirio.
 Cerca de ella, de pié, sereno, inmóvil,
 Con los brazos cruzados, bello, altivo
 É imponente á la vez, como un fantasma
 Que surgiera del suelo de improviso,
 Vé á Jacobo Riestri, que la hiela
 Con la mirada de sus ojos, fijos
 En ella; tiemblan de furor los labios
 De aquel hombre por ella aborrecido;
 Y luego la infeliz oye aterrada
 Estas patábrás que el raptor le dijo:

—Tiembra, condesa, tiembra y no provoques
 Mi cólera y mis celos infinitos;
 Tiembra y no eleves tu plegaria al cielo
 Que sordo vá á mostrarse, cual lo has sido
 Tú para mí. Tu Adam en este instante
 Vá á probar mi rencor, mi odio sombrío.
 ¡Míralo! en alas de su amor, acude
 En busca tuya; ¡imbécil! no ha podido
 Presintir que si Dios hoy no me ayuda
 El hondo averno me dará su auxilio.
 Yo te adoro, mujer; tú me aborreces
 Y sin embargo, con tu cuerpo abrigo
 Y escudo me darás; invulnerable
 Soy junto á tí, porque tú Adam te ha visto,
 Y por mucho que estime su venganza
 Te quiere mas á tí. Desfallecidos,
 Él y los hombres que te siguen, miran
 Que aquí no pueden dirigir sus tiros
 Sin amagar tu vida y esponerte
 Á perecer entre los brazos míos.
 Venci, venci! mis bravos camaradas
 Se acercan hácia aquí; míralos! míralos!
 ¿Qué importa que tu amante, con los suyos
 Quiera salvar, corriendo, el precipicio?
 Tan pronto como Adam al puente llegue,
 Hecho astillas el puente en el abismo
 Caerá; el fiel Pietro tiené preparada
 Mi postrera venganza.— ¡Oh! no, ¡Dios mio!
 Gritó Julia; ¡imposible! tanta infamia
 En un pecho no cabe; ¿qué delito
 Cometí para ser tan desgraciada?
 ¡Oh! ten piedad, perdón, perdón! si he sido
 Sorda á tu amor, porque á mi Adam adoro,
 Mátame á mí, de hinojos lo suplico;

Mátame á mí que aborrecerte pude;
 Á mí que loca la culpable he sido.»

Así dijo, cayendo de rodillas,
 La condesa delante del bandido,
 En cuyos labios dibujada vióse
 Una infernal sonrisa. Al tiempo mismo
 Llegó Adam á la cumbre de aquel monte,—
 Que parte en dos el hondo precipicio,
 Por donde baja, en despeñado curso
 Y en rudos saltos, espumoso rio
 Que vá luego á tenderse perezoso
 En mas amenos y apacibles sitios.
 Breve es ya la distancia que separa
 Á los pobres amantes que el destino
 Vá para siempre á separar; Jacobo
 Se dirige á los suyos con altivo
 Ademan, y ella tiembra horrorizada
 Oyendo las palabras del bandido.
 —¡Perdon! ¡piedad! ¡salvad! ¡Adam, detente!
 Quiere decir; mas ¡ay! tan solo un grito
 Logra arrancar al destrozado pecho
 Que parece mas bien hondo gemido.
 Y Adam al puente llega, y en pedazos
 Rómpense al punto el arco y los estribos,
 Mientras llena de horror, Julia á su amante
 Vé rodar hasta el fondo del abismo.

Adios para siempre; ¡oh bellas
 Esperanzas! ¡pobre Adam!
 ¿De qué vá á servirte ahora
 Esa existencia inmortal,
 Si eterna será la herida
 Que en el alma llevará?
 Tal vez las aguas, que bajan
 Pulverizando el cristal
 Que se convierte en espuma,
 A su paso se abrirán;
 O ablandándose las peñas
 Que allí en aquel fondo hay,
 De su cráneo y de sus miembros
 Menudos trozos no harán,
 Para que viviendo siga;
 Para que pueda juzgar
 Todavía mas despacio
 Cuanto en el universo hay;
 Cuanto el hombre con su vista
 Puede en el mundo abarcar.

Así sucedió en efecto;
 Hecho ya el milagro está:
 Una piedra, desprendida,
 Hubiérase roto al dar
 En el fondo del torrente...
 É ileso se encuentra Adam.

¿Quién, sin embargo, de aquellos
 Abismos le sacará?
 ¿Quién despues de tanto y tanto
 Sentimiento y tanto afán,
 Podrá prestarle unos átomos
 De dicha, sosiego y paz?
 ¡Ay! que al caer al abismo
 Oyó á su Julia exhalar
 Un grito de esos que llevan
 Consigo el juicio quizás.
 Grito agudo y penetrante
 Que, al salir del pecho, vá
 Desgarrando las entrañas
 Como un agudo puñal.

Puros, nobles sentimientos
De dulce fraternidad,
Que siempre asilo encontrásteis
En aquella alma leal;
Dulces ensueños de amores
No realizados jamás;
Ambiciones contenidas
Por la generosidad
De aquel que amando lo bello
Amó lo justo y legal;
Adoradas ilusiones
De la juventud, ¿dó estás
Que por mas que Adam os busca
Hallaros no puede Adam?

Al caer del alto puente
En sus oídos tronar
Sintió una descarga horrible.—
¿Qué de sus gentes será?
Si los bandidos triunfaron
¿A dónde conducirán
A su Julia idolatrada
Que él se propuso salvar?
¿Cómo salir del abismo
Donde sepultado está?
¿Quién le ayudará a vengarse
Pues ya vengarse es su afán?
¿Existe aquel génio indómito
Que, en noche de tempestad,
Se apareció ante su vista
Con aparato infernal,
O aquellas tristes visiones
Que delante vió cruzar,
Fueron tan solo el producto
De pesadilla tenaz?

Adam olvidado había
Aquella noche fatal,
Porque delirio juzgara
Lo que fuera realidad.
Y ahora vé que un gran misterio
Su vida envolviendo está.
¿Cómo, sinó, el puente, roto,
Se fué al abismo a estrellar,
Y él, con lentitud pasmosa,
Casi desde la mitad
De aquella espantosa sima,
Descendió de un modo tal
Que parece que la mano
De un invisible titan
Le sostiene y vá en el fondo
Su cuerpo a depositar?
¿Es que allí la tierra pierde
Esa atracción natural
Que hace que los cuerpos busquen
El centro de gravedad?
¿Se han roto todas las leyes
Físicas? Mirad, mirad:
El torrente se ha secado;
Las aguas no cubren ya
Conmovidas é imponentes
Su lecho de perdnal.

Adam vive, Adam alienta;
Viéndolo asombrado está.
Todavía la esperanza
Puede en su pecho brotar.
Piensa en Julia; en su preciosa
Prenda, en su bien celestial.
¿Qué será de ella? La duda
Le asesina sin piedad.
Quiere salir de aquel antro;
Los montes quiere escalar,
Y sin embargo no puede;
Que el monte tajado está.

En vano en las duras rocas
Vá sus uñas a clavar;
En vano pide á sus miembros
Mas vigor y agilidad.
Libré el alma, desatado
El espíritu, volar
A las regiones etéreas
Pueden ¡ay! con libertad;
Pero la materia débil,
Sin fuerzas para luchar,
No obedece al pensamiento
Ni á la firme voluntad.

Entónces, Adam, frenético,
Viendo una impotencia tal,
Mira con horror su vida,
A la que quiere atentar.
Gritos de su pecho arranca;
Y con furioso ademán,
Mientras su estrella maldice,
Vá su cráneo a destrozár
Contra las rocas, que esquivan
Los golpes que en ellas dá,
Retirándose y abriéndose
Y volviéndose a cerrar.

Y luego, en torno, aterradora y fría,
Horrible carcajada resonó;
Y en noche oscura convirtiósse el día,
Y Adam de pronto, á su pesar, tembló.

Sintió en su rostro abrasador aliento;
Sintió una fuerza ruda y colosal;
Desconocido impulso, que violento
Le atrajo con la fuerza del iman.

Y parecióle que en la tierra hundía
Sus plantas; y que lleno de avidez,
Del globo á las entrañas descendía
Con incansable y loca rapidez.

Y al fin, en una encantada
Caverna maravillosa
De eléctrica luz bañada,
Fijar la vista asombrada
Pudo, y la atención curiosa.

Y un instante se olvidó
De su afán y su tristeza,
Viendo el lujo y la riqueza
Que allí dentro amontonó
Pródiga naturaleza.

Sobre rico pavimento
De oro, pilares macizos
De cristal, tienen su asiento;
Y es la bóveda un portento
De no soñados hechizos.

Cuajadas de pedrería
Por todas partes están
Las inmensas galerías,
Las naturales crujías
Que á perderse lejos van.

Y estaláctitas lucientes;
De azogue templantes fuentes,
Se descubren por dó quier;
Y rios de incandescentes
Metales se ven correr.

Y entre ráfagas de fuego
Y entre luces de color,
Que la sombra envuelve luego,
Sigue al silencio, al sosiego
Un rüido aterrador.

Rüido que producir
Suele el metal al salir
Y al estenderse bramando,
Con los diamantes chocando
Que engasta al dejar de hervir.

Adam, que apenas crédito
A su aventura dá,
Maravillado, atónito,
Procura descifrar
Si aquel mundo encantado
Existe en realidad,
Ó si es producto solo
De algun sueño fatal,
Ó de terrible fiebre
Que vino á quebrantar
Su fatigado juicio
Y á enloquecerle vá.

¿Se encuentra separado
De Julia por su mal
Ó acaso junto á ella
Soñando ó loco está?
Si sueña, si está loco,
Preciso es despertar,
Volver á su pasado
Estado natural.

Mas ¡ay! no está dementó!
No sueña; ¡pobre Adam!
La realidad es triste;
Mas es la realidad
Que vive en otros mundos;
Que Julia allí no está;
Que el cielo para siempre
Los quiso separar.

Pensando de este modo,
Del pecho, con afán
Exhala hondo gemido
Que muestra su pesar.
Y entre sollozos luego,
En su dolor mortal,
De lágrimas ardientes
Vertió triste raudal.

Y una nueva carcajada
En torno de él resonó
Que por la gruta encantada
Luego el eco repitió.

Y Adam, en furor montando,
Al desochar su agonía,
Levantó el rostro, buscando
A quien así se reía.

Y ver pudo junto á él
Aquella vision cruel
Que en cierta noche fatal
Se apareció por su mal,
Y que se presenta ahora,
A la vez fascinadora,
Y á la vez triste y jovial.

Y clava sus ojos
En él con enojos,
Se acerca, sonríe,
Y al ver que suspira,
Contenta le mira,
Ufana se engríe,
Se goza en su duelo;
Su pecho atormenta;
Su afán acrecienta
Con fiero rigor.
Y luego moviendo
El labio iracundo,
Así vá diciendo
Rompiendo el profundo
Silencio que reina
Allí en derredor.

«Ya sabes quién soy yo: yo soy el génio
Del dolor y del mal; alza tu frente
Y en la mia verás el anatema
De los cielos con signos indelebles.

Repara en mis facciones y recuerda
Que ya otra vez me aparecí en tú albergue.
Hoy estás á las puertas de mi imperio;
Mas nada temas ni por nada tiembles.

En los espacios del profundo averno
Todavía sumirte para siempre
No pretendo; que el hombre, cuando llora,
Algo de amable en su existencia tiene.

Hace un instante que llorar te he visto.
Y esto me prueba que en tu alma ardiente
La virtud y el amor no se extinguieron;
Que aun la bella esperanza te mantiene.

Raudales son las lágrimas que al hombre
Vivifican; que su alma fortalecen;
Yo los tengo agotados y deseo
Que con su fuego tu alicción los seque.

Oye y tiembra: yo fui príncipe un día
En la mansion de aquel que es rey de reyes;
Quise ciego arrojarle de su trono
Y él castigó mi presuacion rebelde.

Desde entonces, sin fé, sin esperanza,
Envidia al hombre que á esperar se atreve;
Y gozo si le encuentro descreído,
A su propio dolor indiferente.

En un rapto de cólera inaudita
Quisiste darte con furor la muerte;
Pero luego has llorado y con tus lágrimas
De tu Dios las entrañas enterneces.

Fuerza será que yo te comunique
Mi terrible maldad; que te exaspere
Hasta el punto de hacerte que algun día,
En risa y burla el sentimiento trueques.

Entonces, egoísta, dominando
El noble instinto y el amor que sientes,
Al gozar en tu propio sufrimiento
No sabrás del ajeno condolerte.

Te tendrás en tal caso por dichoso,
Cual otros muchos que riendo siempre
Del hermano las penas no adivinan,
Ni del pobre aliviar saben la suerte.

Te importará muy poco que los pueblos
Esclavos sufran opresoras leyes,
Ó que luego en licencia y anarquía
Sus adoradas libertades truequen.

Los hombres para tí serán mezquinos
Instrumentos, que sirvan de escabeles
A tu ardiente ambición: y en tu camino
La virtud hollarás de cien mujeres.

Nada de nécio sentimiento; el mundo
Materialista por do quier se vuelve;
Suma y resta, se engolfa en la política
Y á la poesía las espaldas vuelve.

¡El mundo...! he dicho mal; no es ese el mundo;
A más de Eúropa la orgullosa, tiene
Otras partes el globo, donde al hombre
Vas á estudiar, pues conocerlo debes.»—

Calló el ángel del mal un breve instante;
Sombrio inclina su marcada frente
Y un suspiro despues del pecho arranca
Que tristes ecos retumbando vuelven.

CANTO XIV

«Oye, dijo Satán, tras breve rato
De aterrador y sepulcral silencio;
Oye bien, y no estrañes que te hable
Veráz y humilde y te descubra el pecho.»

«Débil será un instante aquel que osado
Su afán oculta con desden soberbio;
Síncero, aquel que á la mentira eleva
Ricos palacios ó mezquinos templos.»

«Yo sólo sufro en mi dolor sombrío
Todas las penas de mi horrible infierno;
Conozco el bien de que los hombres gozan
Y por eso á los hombres aborrezco.»

«Ahora mismo, que al mal quiero inclinarte,
En tu interior por mi desdicha leo.
Tienes libre albedrío, tienes alma
Y en ella, sólo, dominar no puedo.»

«Un aughsto poder, poder que envidio
Y que á la vez maldigo, está en secreto
Hablándote; sin duda al bien te inclina
Mientras que al mal llevarte yo pretendó.»

«Piensas en Julia, en tu condesa hermosa,
Por quien fuiste sin duda honrado y bueno;
Sigues bañado en tus ardientes lágrimas
Y al amor alimentas en tu pecho.»

«La esperanza, ese sol esplendoroso
Que difunde sus mágicos destellos
Sobre el mundo moral, y al hombre presta
En todas partes bienhechor consuelo;»

«Ese don, ese bien incomparable,
Que al triste ofrece poderoso aliento,
En tu afanoso corazón, ahora
Echa raíces y retoños nuevos.»

«No ha llegado el instante todavía
Do que aborrezcas cuanto yo aborrezco;
Aun eres inmortal; amas y esperas
Y hacerte mio por mi mal no puedo.»

«Pues bien, vive; prolonga la existencia;
Sigue prestando á tu ilusión pretestos;
Cruza veloz el universo mundo;
Yo, si es preciso impulsaré tu vuelo.»

«Buscar á la condesa te propones.—
¿La hallarás? no lo sé; vedado tengo
Del porvenir el libro, en cuyas páginas
Solo sabe leer el Ser Supremo.»

«Puedo solo decirte que á tu hermosa,
El pirata, el osado aventurero,
Medio demente y casi moribunda,
Lleva consigo y se dirige á un puerto.»

«Los soldados del rey en vano quieren
Á Riestri apresar; una vez hecho
Astillas aquel puente, los bandidos
Tierras ganaron apreciando el tiempo.»

«Ya en un esquife presurosos entran;
Ya el mar azotan los delgados remos;
Ya cantando se alejan de la orilla;
Ya en la gran nave penetrar los veo.»

«Izan el bote; un hurra victorioso
Exhalan los salvajes marineros.
«¡Viva Jacobo!» dicen; largan rizos,
Y al buque impulsan favorables vientos.»

«Mas ¿qué tienes? ¿por qué, furioso, arrojas
Ayes profundos, y á mis pies cayendo
Compasion me demandas? ¿qué pretendes
Del DIAULO MUNDO en tu terrible duelo?»

«Yo no puedo hacer bien; vivo atizando
Las pasiones, las penas, los tormentos.
Julia se aleja; devolvete á Julia
Fuera hacerte feliz; yo no lo quiero.»

«Sufre, maldice, y aborrece al hombre
Que hondas heridas sin piedad te ha abierto.
Yo tan sólo inclinarte á la venganza
Y al esterminio y al estrago puedo.»

«Fuerza será que tú, que tanto un día
El mundo conocer quisiste nécio,
Peregrinando vayas por el mundo.—
Para salir de aquí te daré medios.»

Guardó silencio un rato
La aparición sombría,
En cuyo rostro entonces
Brillaba la alegría
De su indomable orgullo,
Que satisfecho vé;
Y luego haciendo círculos,
Con la siniestra mano,
Gemir hizo un momento
En el espacio al viento,
Mientras, altiva, hería
El áureo pavimento
Con su forzado pié.

Y vióse de repente
Surgir por todas partes,
Llenando los rincones
De aquella inmensa gruta,
Fantásticas legiones
De espíritus sin cuerpo,
De cuerpos sin espíritu
Que bellos ó espantosos,
Ya alegres, ya furiosos,
Las bóvedas escalan,
Se acercan por do quier.

Y al par que aquellos monstruosos génios
Moviendo sin cesar horrible ruido
En la caverna misteriosa entraron,
Esta, súbitamente, iluminada
Por torrentes de luz, mostró á los ojos
Del atónito Adam, nuevos portentos
Nunca vistos ni oídos. Por do quiera
Líquido oro, en desatadas fuentes,
Ó derretida plata, en hondos rios
Con cauces de rubíes y esmeraldas,
Corrieron presurosos; gruesos átomos
De perlas y diamantés, inundaron
Los espacios; carbúnclos encendidos
Alzaron luego gigantescas llamas
Rojas, que hiriendo las facetas bellas
De las piedras preciosas, un diluvio
De millones de chispas simularon.
Y al propio tiempo, el incesante ruido,
El sordo estruendo de los gritos roncós,
Que las cohortes infernales dieran,
La caverna atronaban. Los espíritus,
Que de formas al fin se revestían,
Luchaban con furor, ó en locás danzas
Se mezclaban riendo; ya con lúbricos
Movimientos, ó ya con grave, erguido,
Ridículo ademan; rostros hermosos
Y horribles á la vez, se acercan, huyen
Ó aparecen de nuevo, como el raudó
Torbellino que arranca de los árboles
Las ya pátidas hojas; sobre el fuego
Que metales y piedras enrojece,
Se acuestan sin temor; rompen los duros
Diamantes con sus dedos, y en seguida
Los labran, pulen y abrillantan; todo
Sin instrumento alguno. En los hirvientes
Arroyos de metales inflamados
Sus rostros lavan, exhalando gritos.
Huyen, suben y bajan arrojando
Carcajadas, chillidos penetrantes;

Y con antorchas, que encendidas llevan,
El calor de la ya abrasada atmósfera
Van aumentando sin cesar, gozosos
De que su jefe sus bahañas mire;
De que el huésped que allí encerrado tienen,
Su agilidad y su vigor admire.

Pero á la vez que Adam tal espectáculo
Vé con asombro, la razón turbada
Siente; sus ojos deslumbrados, ciegos,
Cierra por fin; el vértigo le invade.
La barabunda, el sin igual estrépito
Que aquellos génios infernales mueven,
Turban su alma combatida y triste.
Aunque inmortal y jóven, tiene en ella
Recuerdos dolorosos que le abruman.
El nombre de su Julia idolatrada
Vé en todas partes, por su mal, escrito.
Tiembla, suspira, y á caer exánime
Pronto irá sobre el duro pavimento.

Satán, entonces, con acento horrible,
Un solo grito pavoroso exhala
Que hace temblar de espanto á aquellos séres
Y que conmueve la caverna inmensa.
«Basta, callad, vasallos del infierno,»
Dice; y al punto, aterrador, sombrío,
Se esparce allí el silencio de las tumbas.

Y volviéndo hácia Adam la centellante
Pupila:—Escucha, añade, escucha y vuelve
Á recobrar las fuerzas que perdiste.
Vas á dejar muy pronto estas mansiones
Desconocidas; ellas son el pórtico
De mi eterna morada; en esta gruta
La envidiada riqueza tiene asilo;
Es su palacio. Si supiese un día
El hombre, los tesoros que aquí guardo,
Él, que nada respeta y que es idólatra
Del oro, á disputármelo atrevido
Vendría, y horadando estas montañas
Por lograrlo, gustoso moriría.»

«Tú, al salir de estos sitios encantados,
Perderás de esta cueva la memoria;
Mas ya que en ella entraste, yo te juré
Que vas á ser el Crespo de estos siglos.
Para viajar y recorrer el globo,
Para alcanzar honores, distinciones,
Triunfos y glorias, las riquezas valen.
Mas que el talento y la honradez y el largo
Empleo de una vida consagrada
Al amor de las ciencias y las artes.
Por eso, antiguamente, los humanos
Soñando en mentirosas crisopeyas,
Sus esperanzas y su fé, pacientes
Fundir pudieron, al querer que el plomo
En oro puro se trocara; ¡imbéciles!
Por eso hoy mismo en el crisol menguado
De la impudencia y el desdoro, arrojan
La virtud, el honor y el patriotismo
Muchos mortales que vivir podrian
Pobres, si; pero ricos de esperanza
Sin inventar esa moderna alquimia.»

«Tú, no obstante, pues bueno ser prefieres,
Vas á alcanzar la ciencia codiciada
Por tantos hombres, jóvenes ó ancianos,
Charlatanes ó sábios verdaderos,
Que en vigiliás y luchas incesantes
La paciencia y el juicio remataran.
Sorpresa por ti vá á verse ahora
La gran naturaleza: el mas recóndito
De sus secretos mostraré á tu vista.
Voy á enseñarte á fabricar el oro

Y el diamante; de hoy mas, del sol los rayos
Sabrás aprisionar en solo un poco
De tierra miserable, y luego de ella
El precioso metal saldrá brillante
Y puro y valioso; en ese escrito
Espicado hallarás el gran secreto.
Verás cómo la gota de rocío
Puede filtrarse en pedernales duros
O en movediza arena; y cómo al cabo
Puede trocarse en la brillante piedra
Que vale tanto en el mercado abierto
A la insaciable vanidad humana.»

«Eres rico; ya puedes á tu gusto
Correr el mundo y estudiarlo todo;
La juventud y el don de ser eterno
Alcanzaste tambien; ¿qué mas deseas?
Ser feliz; ¿no es verdad? y ¿cómo puedes
Serlo del todo, si te llamas hombre? (1)
Vas á partir de aqui; mas antes, quiero
Que contemples y admires mis legiones.
Ante ti voy á revistarlas todas.
Quiero que sepas, pues aquí reunidas
Las tengo ya, su oficio, sus maldades
Y su horrible y funesto poderío.
Ellas van invisibles, silenciosas,
A matar de los hombres la esperanza;
A escitar sus pasiones, á turbarles
El bien del sueño y de la paz bendita.
Ellas se esparcen por el globo, cruzan
Los vientos y los mares, que irritados
Se muestran si presienten su llegada.
Las aves y los brutos carniceros.
Trémulos huyen de ellas; solo el hombre
Las mira con desdén y muchas veces
Embragado y feliz las acaricia.
Tú tambien en la tierra su influencia
Sentirás; pero quiero que entretanto
Su contlicion y oficio reconozcas.»

«Esa que ves, de aspecto repugnante,
Y de ademán soberbio y orgulloso,
Es la que un día dominó en el mundo
Haciéndose adorar por dónde quiera;
La que osada levanta todavía
Sus ídolos y altares, amasados
Con el sudor y sangre de mil victimas;
La inventora de falsas religiones
Y de los cultos tórpes y ridiculos;
La que en nombre de Dios, pide á los pueblos
Terribles hecatombes.—Esa otra,
Que junto á ella con frialdad sonríe,
Es sin embargo su rival eterna;
Ella forma al incrédulo y le hace
Que niegue cuanto vé, que nada admire;
Que se complazca en rebajarse, haciéndose
Inferior á los brutos; no aceptando
Un Hacedor Supremo; un alma noble
Digna de grande, de inmortal destino.»

«Mas allá, silencioso, meditando
Sin cesar, está el génio de la guerra.
Busca un pretexto para hacer que locas
Las naciones se lancen al combate.
Él, muchas veces, el sagrado afecto
De la patria exagera de tal modo
Que á dos pueblos vecinos, casi hermanos,
Enciende en ira; fútiles pretextos
Bastan; tal vez el criminal capricho
De un rey, de un gobernante codicioso;
De un militar que engrandecerse quiere
Mostrando su valor. Y en todas partes

Se levantan ejércitos, se roban
A las madres sus hijos; á la industria
Y á las artes sus brazos; y se inventan
Horribles medios de matar; y un premio
Al inventor al punto se concede.»

«Allí está la deidad que á la política
Preside; no á la noble ni discreta
Ciencia de gobernar, que presta impulso
Al verdadero y sólido progreso;
Que dá la libertad siempre hermanada
Con el orden, la paz y la justicia.
Unas veces los pueblos maniatados,
Ignorantes y pobres, con paciencia,
En sus espaldas el infame golpe
De un látigo cruel callados sienten.
Otras, contentos, al romper su yugo,
En simulacros militares pasan
La vida inútilmente, abandonando
La esteva productora, sin que nunca
Se acuerden de instruirse y de ser buenos,
Dignos, honrados, laboriosos y útiles.
Mas ¿cómo, si entre tanto, mil querellas,
Por ambicion, por cálculo, por falta
De abnegacion sublime, un año y otro
En bandos apartados, los políticos
Solo se cuidan de luchar, de hacerse
Mútuas heridas que á la patria hundén
En un abismo de dolor inmenso?
¿Cómo, ese pueblo se instruirá, si en tanto
Que pobre está, le tiranizan unos
Mientras otros tal vez van predicándole
Que á la matanza bárbaro se incline? (1)

«Allí está la deidad que patrocina
Al vil calumniador; no hay honra alguna
Que de su lengua fementida escape.
Hiere á traicion en la nocturna sombra.
Ella ha inventado acaso eso que llaman
Crear atmósfera. La virtud mas grande,
Y el mas ilustre nombre, no se libran
De ese mordaz calumniador inicuo
Que matando el honor, las almas hiere
Impünemente, sin castigo alguno.»

«Allí está la lascivia con el rostro
Encendido, inflamada la mejilla,
Buscando el modo de manchar mil lálamos;
Destruyendo la paz de los hogares;
Echando todo á la culpable frente
De la adultera esposa; dando risas
Al que paga favores recibidos,
Con burlarse despues de la que loca
Olvidó por amarle sus deberes.»

«Mas lejos, en aquel brillante ángulo
De la caverna, la deidad se halla
Que al lujo y á la moda caprichosa
Preside. Por el lujo, por las leyes
Tiránicas que inventa cada día
El ansia de ostentar ricos adornos,
Trajes lujosos, arrogantes trenes
Y muebles ostentosos y magníficos,
Su paz tal vez con gusto sacrifican
Los mortales. Maridos arruinados
Cien innobles empresas acometen
Llegando hasta el abismo de la infamia,
Del deshonor, y del suicidio luego.
Pierden la esposa fiel, la tierna hija
Su paz y su candor; y mientras tanto
Los que van á gozar en sus salones

(1) En hebreo la palabra *Enosh* ó *hombre*, significa fiebre y dolor.

(1) Ya se sabe, concretándonos á España, que hay un periódico en ella que ha pedido un millon de cabezas españolas. Si será liberal el que pide eso.

De ese lujo que tanta dicha cuesta,
Tal vez de todo sin piedad se mofan,
Indagando los móviles ocultos
Del baile ó del festín; y averiguando
De dónde sale tanta y tal grandeza.»

Calló el ángel del mal un breve instante
Y luego continuó: «Si yo te hubiese
De enumerar despacio uno por uno
Los génius que aquí ves hoy congregados;
Si te fuera esplicando, una por una,
Sus acciones, los daños que en el mundo
Causan; prolijo por demás me haría.
Pronto sus hechos tocarás; ahora
Solo quiero mostrarte algunos otros
Antes que dejes mi opulenta gruta.»

«Allí vá la avaricia, procurando
Esconder bajo tierra sus tesoros.
Ella ha inventado la terrible usura
Que tantas almas á mi infierno trae.
Por la avaricia, que el dinero estanca
En manos infecundas, mil empresas
Útiles yácen en fatal olvido.
El industrial, el proletario humilde
Sin jornal, sin trabajo, acaso un día
Una limosna implora, si es que loco
A impulsos del dolor y la indigencia
No se arrastra al camino del cadalso.—
El avaro cruel, el codicioso
Que en secreto acaricia sus talegas,
Indiferente vé, cómo, postrada
Su pátria en la indigencia, se arruina
Sin talleres, sin campos, que explotarse
Pudieran y ofrecer cuantiosos frutos.»

«Allí están la mentira y la lisonja.
Sí severo y veraz alguno quiere
Pintar desnuda la verdad, mostrando
La humanidad, cuál es, y ser debiera,
La lisonja y el vil engaño, pronto
Pondrán sobre sus labios la mordaza
Y el estigma en su frente, calumniándole
Y haciéndole apurar amargo cáliz.
Ellas harán que el hombre se complazca
En juzgarse perfecto; ellas, llevando
Aduladoras frases al oído
Del monarca, ó del pueblo, nunca leales
Les mostrarán sus faltas ó sus crímenes.
Ellas irán cantando siempre ufanas
De cada siglo la coetánea historia
Sin decirle: *eres malo, porque puedes
Ser mejor y esa empresa no realizas*
Desechando los vicios que te afean.»

«No lejos de aquel grupo de callados
Génius, que vierten silenciosas lágrimas
Viendo su triste porvenir, se encuentra
Una deidad sin corazón, sin ojos,
Que rechaza lo sério á toda hora;
Que de todo se ríe; que se burla
De la virtud y del dolor.—Mas lejos
La vanidad construye cien alcázares
Sobre cimientos frágiles.—La ciega
Jactancia, busca allí nécius prosélitos
Que le quemén incienso y que la adulen.—
Cerca de ella se encuentran las deidades
Que pervierten los mas bellos talentos.
Aquella prestará rasgos sofisticos
Al orador sublime; aquella otra...
¿Sabes quién es? la de la injusta crítica;
La que presta sonrisas á los labios
De los pedantes escritores nécius

Que prendados tan solo de sus obras
Las de los otros furibundos muerden.»

«Allí están el valor mal entendido
Y el falso pundonor; con ellos marcha
El desafío injusto; el siempre infame
Duelo cobarde y desigual. Los hombres
Lo comprenden así; mas nunca logran
Rechazar esa bárbara costumbre.
Para el soberbio espadachín y el fátuo
Que la honra mancha, ó al honrado insulta,
No hay tribunales, códigos y un *público*,
Que su insolencia ó su maldad castiguen.
Es preciso que, acaso, el insultado
Víctima sea, ó que sus manos tiña
Con sangre de otro hombre, cuando el duelo
Nació tal vez de fútiles motivos.»

«Mas lejos... pero ya de tu vergüenza
Viendo estoy el carmín; suspiras triste
Y fatigado te ballas; demos punto
Á mi infernal revista. Tú, en la tierra,
Sentirás de esos génius el contacto.
Ellos mezclados, confundidos, marchan
Cruzando por los ámbitos del mundo.
Ellos son los ministros poderosos
Que mi encono y mi furia satisfacen.
Para torcer, para amenguar los bellos
Nobles instintos que el Creador pusiera
En el pecho del hombre, yo he logrado
Confundir las nociones de lo justo.
En las naciones mas civilizadas,
Que llevar á las otras algun día
Pudieran el progreso, he puesto rémoras
Constantes. La ambición, el lujo vano
Y el ánsia de medrar á toda costa,
Obteniendo fortunas insolentes,
Han torcido el derecho y corrompido
Las costumbres. Por eso, oscurecidas,
Vilipendiadas, la virtud modesta
Y la oscura pobreza, casi nunca
Lograron alcanzar altas mercedes;
Favores grandes, merecidos lauros.»—

«Comete un asesino entre las sombras
De la noche su crimen y á ocultarse
Corre veloz. Es justo que indignada
La sociedad le busque y le castigue.
Es justo; pero ¿acaso no sería
Justo tambien que el nombre averiguase
Del hombre heróico que pasó los años
De su vida luchando con la suerte
Triste y adversa, y que le diese un premio
Que á los buenos de estímulo sirviera
Y á los malos del vicio separara?—
No solo el crimen á ocultarse aspira.
Tímida la virtud y pudorosa
Se esconde casi siempre en su retiro
Cual la perla en su concha; y guarda humilde
Su abnegación, sus mas sublimes prendas.
Por eso es pobre, austera y silenciosa
Casi siempre. Por eso, el vicio insano,
Que se agita cubierto de oropeles,
Insolente la insulta y menosprecia.
Y los hombres hipócritas la aclaman
Sin ofrecerla poderoso estímulo
Y digna recompensa. En todas partes
Sostienen las naciones tribunales;
Casas de corrección, jueces, verdugos
Y una bien ordenada policía
Para aplicar la ley al delincuente.
¿Dónde está el funcionario consagrado
A averiguar dó la honradez se oculta,
Para *aplicarle* luego un premio digno
Segun se aplican las condignas penas?

¿ En dónde está la cifra consignada
 Para elevar un puesto de honra y gloria,
 De porvenir, de bienestar y holgura,
 Al ciudadano que en su hogar doméstico
 De paciencia y virtud modelo ha sido
 Sin aspirar al galardón y aplausos
 Que mas que nadie merecidos tiene?
 ¿ Dónde está consignada la partida
 Dedicada á librar solemnemente
 De la miseria, del dolor, del rudo
 Trabajo, alguna vez (aunque esta sea
 De tarde en tarde) á un hombre virtuoso?
 ¿ Se contenta tal vez esa justicia
 Humana, con dejar á la conciencia
 Del bueno el propio aplauso, mientras mata
 Al malo? ¿ por ventura ha pretendido
 Equilibrar los males y los bienes
 Amontonando los penales códigos
 Sin ofrecer en cambio á las virtudes
 Catálogos de justas recompensas?

« Vas á partir; apréstate. Los mares
 Te esperan otra vez, tu amante Julia
 Gime y llora en el buque del pirata.
 Si Jacobo reunir pudo un tesoro,
 Tú tienes otro inmenso, incalculable,
 Como jamás le poseyó ninguno
 Por muy rico que fuese. Si el dinero,
 Tan codiciado siempre por el hombre,
 Constituye su dicha, de seguro
 No habrá dicha en la tierra cual la tuya.
 De las arenas de desiertas playas,
 De las rocas que el mar rugiente azota,
 Y hasta del lodo miserable, puedes
 Sacar ese metal, y esas bellisimas
 Piedras que engastan solo los monarcas
 En sus diademas y en sus ricos centros.
 Parte, Adam, ten presente que te odio
 Mas que á todos los hombres; tú quisiste
 Ser inmortal; prolonga tu existencia
 Cuanto puedas; no quiero arrebatártela
 Ni aun descargar el peso de mi furia
 Sobre tí; sigue á impulsos de tu libre
 Albedrío; me basta con que el mundo
 Te presente á la vista sus escollos
 Y sus penas; me basta con que pruebes
 De los hombres el dolo y la malicia.
 Si alguna vez, doliente, exasperado,
 Mi nombre invocas y mi auxilio pides,
 Sin fé, sin corazón, sin ilusiones,
 Entonces, ya lo sabes, un asilo
 Yo te daré en mis horribidas mansiones. »

Calló Satán, y al punto un nuevo círculo
 Rápido en el espacio describió,
 Y de la gruta, la encantada bóveda
 En sus pilares de cristal tembló.

Bárbara, oculta, misteriosa música,
 Grande y propia de horrible bacanal,
 Sonó despues, y su discordé estrépito
 Fué de danza diabólica señal.

Y un muro de la cueva derrumbándose,
 Un cielo trasparente dejó ver;
 Y debajo del cielo un mar pacífico
 Al mismo tiempo se entrevió tambien.

Sobre las olas, atrevida, impávida,
 Gallarda cual ninguna otra se vió,
 Dulcemente impelida por el céfiro,
 Vá una nave alejándose veloz.

Dentro de ella, y en una rica cámara,
 Suspira un hombre con doliente afán,
 Es jóven, bello; tiene aire simpático;
 Muere de amores y se llama Adam.

De vez en cuando, por su frente pálida,
 Surca un terrible pensamiento cruel;
 Quiere dormir y al entornar sus párpados
 Vé que el insomnio se apodera de él.

Lanza un suspiro; luego algunas lágrimas
 Bañan su rostro lleno de dolor;
 Julia! Julia! repite estremeciéndose,
 Y una mano se lleva al corazón.

— « ¿ Á dónde voy? ¿ de qué manera insérita
 Hasta la nave trasportado fui?
 ¿ Qué me guarda el destino? ¿ Cuándo el término
 Podré encontrar á mi dolor sin fin? »—

Dijo; y dejando la citada cámara
 Á la cubierta con afán subió;
 Tendió la vista; el cielo estaba límpido;
 Tranquilo el mar y deslumbrante el sol.

En parte alguna se descubre un ápice
 De tierra; todo solitario está;
 Solo se escucha el cántico monótono
 Del marinero que en las vergas vá.

Luego tal vez la golondrina rápida,
 Seguida de otras, por allí cruzó.
 ¡ Feliz mil veces la avecilla tímida
 Que vá buscando un clima bienhechor!

Ella no siente el insufrible cúmulo
 De dolores que está sintiendo Adam;
 Ella no tiene pensamientos múltiples;
 Pero sabe muy bien á dónde vá.

Poco despues, con ademan solícito
 El capitán del buque se acercó
 Y al pobre Adam, que le miraba atónito,
 Con respeto y cariño saludó.

Y Adam volviendo del profundo éxtasis
 En que su mente sumergida está,
 — ¿ Dónde estamos? pregunta; ¿ cuándo á Nápoles
 Este buque velero tornará? »

Quedóse al parecer mudo y estático
 El capitán, que al cabo contestó:
 — Nos hallamos, señor, en el mar Jónico
 Y á Grecia vamos; lo mandasteis vos.

— ¡ Oh! ¿ qué dices? — Allí, si son verídicos
 Mis informes, repuso el capitán,
 El buque de Riestri el archipiélago
 Impávido á estas horas cruzará.

— ¡ Oh! prosigue. — Tal vez mas tarde al Mármara
 Conducirá orgulloso su bajel;
 Ó pasando el mar Negro, irá internándose,
 Siempre atrevido, en el de Azof despues. »

— Tal vez quiera salvar los montes Cáucacos,
 Tal vez quiera cruzar el Ararat;
 Y el mar Caspio dejando atrás, intrépido
 Tal vez llegue hasta el golfo de Balkan. »

—Luego todo lo ignoras? luego el bárbaro
Que la dicha del alma me robó
Vá á invadir esos montes y esos piélagos
Sin que pueda alcanzarle mi rencor?

Triste de mí!—Y Adam, vertió una lágrima
Que en su ardiente mejilla se secó;
Y rompiendo despues el triste diálogo
A su cámara al punto descendió.

~~~~~

Y allí á solas, en su mente  
Sintió brotar mil recuerdos;  
Y la duda y la esperanza  
Batallaron en su pecho.

—«Soy jóven, soy rico, dijo;  
La inmortalidad su aliento  
Me presta; el mundo me llama  
Y al mundo lanzarme quiero.

Julia! mi bien! que tus huellas  
Me haga vislumbrar el cielo.  
Contigo seré dichoso  
Aunque se oponga el infierno.»

Calló Adam; luego á su oído  
Llegaron confusos ecos  
Que aclarando su memoria  
Su corazón conmovieron.

Y al querer cerrar sus ojos  
Percibió el discordé estrépito  
Que allá en la lejana gruta  
Movieran fatales génios.

Y estas frases, confundidas  
Con aquel bárbaro estruendo,  
Le pareció que arrojaba  
El mar de sus hondos senos:

«Gallarda y erguida  
Se ostenta la nave  
Que marcha impelida  
De un viento suave.  
Miradla! ¡qué bella,  
Las aguas cruzando,  
Imprime su huella  
La estela marcando!  
¿No veis? Se dibuja

Su forma en el cielo.  
¿Qué mano la empuja?  
Parece una hada.  
¿Dó tiende su vuelo?  
¿Do vá? No se sabe.  
Tal vez, destrozada,  
Su marcha gozosa  
Detenga la nave  
La nave orgullosa.»

«Así, en ocasiones,  
El hombre camina,  
Forjando ilusiones  
De forma divina.  
Y nunca adivina  
Que el mal se avecina;  
Que vá, como el ave  
Que el lazo no advierte;—  
Cual misera nave  
Que busca la muerte.»

«Camina, camina!  
No cejes, Adam.  
Do quier que te elevés,  
Do quiera que lleves  
Tu duelo profundo,  
Tus tiernas memorias,  
Tus miseros juicios,  
Tus luchas, tus vicios;  
Tus dichas, tus glorias,  
Tal vez tus virtudes,  
Tu gozo, tu afán;  
Allí, no lo dudes;  
Contigo, iracundo,  
Irá el DIABLO MUNDO;  
Sus génios irán.»

~~~~~

Cesaron los rumores; el buque fué impelido
Por favorables vientos sobre la estensa mar,
Y Adam cerró sus ojos y se quedó dormido;
Dejémosle que duerma; dejémosle soñar.

.....

CANTO XV.

Siempre se ha dicho, con razon, que el tiempo,
Es del dolor del hombre panacea.
El borra los pesares que en el alma
Producen tristes y penosas huellas.

De la muerte del dulce objeto amado;
De una terrible y obligada ausencia,
Siempre mitiga el tiempo compasivo
Recuerdos que las almas atormentan.

De otro modo, la vida insoportable
Para nosotros en el mundo fuera,
Sintiendo siempre aglomerarse fieros
Pesares que se tocan y encadenan.

¿Influye en nuestra mente, por ventura,
Para hacer que el dolor sea chico sea,
El saber que es fugaz y breve el tránsito
Del misero mortal sobre la tierra?

¿Ó es que la edad, templando las pasiones,
Del corazón los impetus modera,
En tanto que con pasos silenciosos
La cansada vejez triste se acerca?

Veinte años, lectores, han pasado
Desde el momento aquel en que perdiera
Adam á la hermosura peregrina
Que fué su dulce y codiciada prenda.

Veinte años ! un siglo de la vida
Normal, del hombre que morir espera ;—
Un instante no mas, para el que sabe
Que juventud y vida tiene eternas.

Por eso es grande su dolor ; inmenso
El pesar que en su amante pecho lleva
Siempre guardado, al ver que el tiempo pasa
Inútilmente, y la vejez no llega.

¿Qué será de su Julia ? el orbe entero
Ha recorrido sin hallar sus huellas ;
Siempre en pos del pirata fué ; mas nunca
El vil Riestri su llegada espera.

Parece que aquel hombre condenado
Está tambien por singular estrella
Á vagar por los ámbitos del mundo
Cual si quisiese huir de su conciencia.

Luego, Adam le perdió por mucho tiempo
De vista ; en vano inquiere ; en vano intenta
Su paradero descubrir ; parece
Que al vil rival se lo tragó la tierra.

Durante un año y dos, Adam, el oro
Que sabe hacer, calenturiento emplea
En buscar á Riestri ; caravanas
Organiza, y cien buques luego apresta.

Lánzase él mismo por ignotas vias
Cruzando mares y ganando tierras,
É incansable, atrevido, siempre ansioso,
Dá al mundo entero repetidas vueltas.

Él ha llegado á los desiertos polos ;
En sus masas de hielo gigantescas
Un nombre amado, el nombre de su Julia,
Grabó, llorando, con su mano trémula.

Él ha cruzado las campiñas áridas,
Los arenales, las montañas yermas,
Del Africa assolada ; él ha pisado
Del Asia las ruinas gigantescas.

Ha visitado las llanuras fértiles
Y los vírgenes bosques de la América.
Y al pié de cataratas espumosas
La imágen evocó de su condesa.

En todas partes maravillas raras,
Climas diversos, impresiones nuevas ;
Pompa, lujo, esplendor, galas sin cuento
Le mostró la feráz naturaleza.

Espectáculos grandes y sublimes,
Que admiracion infunden y sorpresa ;
Que á entrever le obligaron con asombro
De Dios la majestad y la grandeza.

Mas ¡ay! en todas partes ha sufrido
Alternativas de dolor inmensas,
Sin lograr la ventura y el descanso
Que tanto el alma conseguir desea.

Do quier al hombre con dolor ha visto
Destruyendo la armónica belleza,
El soberbio y magnífico espectáculo
Que los orbes espléndidos ostentan.

Razas llenas de oprobio, envilecidas
Por infames y estúpidas creencias ;
Ceremonias absurdas que degradan
Y embrutecen los pueblos de la tierra.

La casta de los párias y las tribus
De los pulias (1) ha visto en la miseria
Ser perseguidas por los fieros hindos
Y ser tratadas como torpes bestias.

Ha visto á la viuda dolorida
Con el cadáver de su esposo, llena
De espanto alguna vez, otras de gozo,
Ser arrojada á la voraz hoguera.

Ha presenciado el repugnante cuadro
Que, ya difunta, la infeliz doncella
Ofrece en otras partes, sometida
Á un acto infame que su ley ordena (2).

Y al cruzar las llanuras y los montes
De salvajes comarcas, mil grotescas
Danzas vió, donde bárbaros canivales
Inhumano festin con gozo ordenan.

Y cautivo se ha visto ; y ha logrado
Fugarse luego ; y al lograr su vuelta
A pueblos cultos, con monarcas grandes
En contacto le han puesto las riquezas.

Y ha obtenido favores y altos títulos
Sin obtener felicidad completa ;
Sin ver su corazon contento y libre
Del grande amor que incógnito conserva.

Mil mujeres ha visto en su camino
De ponderada y sin igual belleza ;
Mas ¡ay! ninguna al ofrecerle dichas
El hondo abismo de su pecho llena.

Cansado ya de sus pesquisas vanas
De nuevo á Europa realizó su vuelta ;
Pisa por fin los españoles campos ;
Llega á Madrid y en su interior penetra.

Viene solo ; su Julia idolatrada
No está á su lado ; y sin embargo, lleva
Su mano al corazon ; porque en él siente
Latidos grandes que placer revelan.

Es que en Madrid, la suspirada pátria
Vuelve á encontrar ; la pátria en donde fuera
Tan desgraciado un dia ; donde pobre
Vivió entre gente miserable, abyecta.

Donde atrevido, loco y codicioso
El palacio escaló de la condesa ;
Donde habitó feliz con su Salada
Que hoy venturosa náda en las riquezas.

El es rico tambien ; es poderoso ;
La buscará ; sin duda no recuerda
Ella la ingratitude del torpe amante
Que quiso un dia separarse de ella.

Tal vez esté casada ; tal vez viva
Con el duque su padre. Si él vá á verla
Se amarán como hermanos, como amigos
Que se vuelven á hallar tras larga ausencia.

(1) Véase la quinta de las notas que van al final.
(2) Idem la nota sexta.

Luego verá al anciano D. Genaro,
Y á D. Juan de Alarcon; sus nobles diestras
Entre la suya estrechará gozoso.
Verá á Enrique y su noble compañera.

Con esta y con María, muchas veces
Hablarán con amor de la condesa;
De su Julia adorada...— Todavía
Algunas horas de esperanza restan.

¡Insensato! no sabe que el destino
Vá á golpear con bárbara rudeza
Su herido corazón, y que sus cálculos
En un abismo de dolor se estrellan.

La muerte despiadada se ha gozado
En descargar con su guadaña fiera
Sus repetidos golpes. Adam, sólo;
Sólo en su patria por su mal se encuentra.

¡Su patria! Bien mirado, el triste ignora
Cuál ha sido su patria verdadera.
¿Dónde nació? ¿en qué sitio allá en la infancia
Jugó feliz con plácida inocencia?

¿En dónde vió esos niños, que mas tarde
Convertidos en hombres, se recrean
Alguna vez en reanudar los lazos
Que entre los juegos la amistad estrecha?

Adam no ha sido niño; en su memoria
Nada inocente ó cándido conserva;
Tampoco será viejo; será siempre
Jóven, con ruda juventud eterna.

Siempre ardiente, agitada, impetuosa,
Circulará la sangre por sus venas;
Será juguete de pasiones locas,
Invencibles, volcánicas é inmensas.

Tendrá que amar, con un amor frenético,
Sin que ilusiones en el alma tenga;

Y al buscar un amigo cariñoso
Le verá sucumbir, si es que lo encuentra.

¡Pobre Salada! hundida en la desgracia
Y en la deshonra, de su edad primera
Pasó los bellos años, sin que nunca
Envidiara del rico la opulencia.

Luego se vió de súbito encumbrada,
Sin saber cómo, á espléndidas esferas;
Halló un padre, un hermano cariñoso,
Y noble y alta sociedad discreta.

Pero se halló para el placer marchita;
Miró al pasado, que le dió vergüenza,
Y pensando en Adam, dobló la frente,
Cerró sus ojos, y murió contenta.

Poco despues, el conde de la Banda
Vió también extinguirse su existencia;
Y el duque, anciano, sin sus caros hijos,
Buscarlos pudo en la region etérea.

Mas ¿á qué continuar? No brota un nombre
De los labios de Adam, sin que éste vea
Perdida una ilusion, rota una fibra
Del corazón que se estremece y tiembla.

Cada pregunta suya, obtiene luego
Siempre cruel é idéntica respuesta.
Quiere saberlo todo y no se atreve
A sondar la verdad que le rodea.

Está solo en el mundo, solo, solo,
Por mas que gentes por dó quier le cercan.
Únicamente un hombre vé á su lado
Que su pasada vida le recuerda.

¿Quién es? Seguidme, si queréis, lectores,
A un rico gabinete dó se encuentran,
Y escuchando sus pláticas, veremos
De Adam las grandes, las profundas penas.

CANTO XVI

Jóven, de elegantes formas
Y de arrogante apostura,
Su varonil hermosura
Muestra Adam á la sazón.

Mas á pesar de que es bello,
Inmortal, rico y potente,
En su rostro y en su frente
Se revela su afliccion.

Un hombre de edad madura,
Y continente severo,
Tal vez con los otros fiero;
Respetuoso con él;

De pié, inmóvil, apenado,
Sin duda que hable aguarda,
Y al ver que en hablarle tarda
Siente zozobra cruel.

Y la péndola metálica,
De un reloj que allí está andando,
Vá los instantes marcando
Con sonora lentitud.
Qué son los instantes lentos
Cuando el pesar nos acosa;
Cuando el alma no reposa
Y nos mata la inquietud.

Rompí al fin Adam el triste
Silencio que en torno impera,
Y cual si solo estuviera
Estas frases murmuró:
«Ya se ha hundido la esperanza
En un abismo profundo:
¡Ay! ¿existe el DIABLO MUNDO
O mi mente le formó?»

Al murmurar estas frases,
Atónito y asombrado
Miró en derredor, y al lado
A su acompañante vé,
Que con inquieta mirada,
Su extravío contemplando,
Sigue silencio guardando
Y permanece de pié.

Adam, confuso un momento
Quedó; mas luego sus ojos,
Sin inquietud, sin enojos,
Eir aquel hombre fijó.
Y tendiéndole una mano
Que él estrecha agradecido,
Con acento conmovido
De esta manera le habló:

—Siéntate Andrés, á mi lado,
Rompe hoy, sin que te asombres,
La valla que entre dos hombres
Levantó estrella ruin.

Deja á un lado tus respetos
Que de mi mal son testigos.
Conversemos como amigos.
Yo necesito de tí.

Obedeció silencioso
Andrés, tomando un asiento,
Mientras que Adam, con acento
Mas turbado, continuó.

—«Voy á partir de esta tierra
Donde la muerte implacable
Todo cuanto hallé de amable
Y querido me robó.»

«Mas antes quiero que seas,
Sabedor de mis intentos,
Que guardes mis pensamientos
En tu pecho noble y fiel.

Al emprender nuevamente
Por el mundo mi carrera
Deje yo una vez siquiera
Un recuerdo grato en él.»

Calló Adam, lanzó un suspiro,
Y Andrés á la par vertiendo
Una lágrima, sintiendo
Agotarse su valor,

Ambas manos á sus ojos
Quiso llevar impaciente
Y una de ellas claramente
Mutilada ver dejó.

—¡Pobre manco! dijo entonces
Adam; en combate insano
Sacrificaste la mano
Que es de los pobres el bien.

Y sin embargo anhelaste
Trabajar tarde y mañana,
Por dar á tu madre anciana
Paz, alimento y sosten.»

«Cuando, manco y pobre, á ella
La patria te devolvía
Ella, la infeliz, moría...

Dios perdona al matador!
—Dicen que fué atropellada
Por los caballos de un coche...
—Y tú entraste aquella noche
En Madrid.—Cierto, señor.

¿Por quién pudo esos detalles
Oscuros haber sabido?
Usted no habria nacido
Entonces...—Todo lo sé
Por un hombre que á tu lado
Vagó aquella noche triste.
¿Te acuerdas...?—¡Oh...!—Tú le viste...
—De su virtud sospeché.

—Tienes razon, cuando el día
Llegaba, de él te alejaste
Y de este modo le hablaste
Con militar bizzarria:
«Aunque manco, trabajar
Sabré con ardor profundo;
Que sin trabajo, en el mundo...
No hay honra ni bienestar.»

Al escuchar Andrés las frases últimas
De Adam, que á la memoria le traian
Un episodio breve, ya olvidado,
De los hechos remotos de su vida,
Levantando sus ojos, con asombro
Fijó en Adam de súbito la vista,
Y creyó que soñaba, que en la senda
De su vivir tal vez retrocedia.

—¡Oh! no hay duda, pensó, son sus facciones;
Su misma voz, y las palabras mismas
Que entonces pronuncié, repite ahora
Con el propio desden, con la ironia
Que yo entonces usé; mas ¿cómo puede
Ser él? yo sueño; mi razon se abisma.
Este es rico; aquel pobre; han trascurrido
Muchos años y ya sus pies irian,
De la vejez por las heladas lindes.
Canas y arrugas como yo tendria.»

Fué tanto el éstupor que demostrara
El buen Andrés, que, á ser menos prolijas
Las desgracias de Adam, éste se hubiera
Gozado en ver la admiracion escrita
En el rostro del hombre que en el suyo
Con tanto asombro sus miradas fija.
Mas ¡ay! que siempre en su dolor sumido,
Tan solo piensa en sus eternas cuitas.

—Oye, exclamó por fin, con voz solemne:
Oyeme, Andrés, y para siempre olvida
El encuentro del jóven de quien antes
Te hablé; no intentes, con piadosas miras,
Ó con pueril curiosidad, el velo
Romper, que oculta la existencia misera,
Infeliz é insondable de aquel hombre.—
Nunca le tengas, buen Andrés, envidia,
Aunque rico se ostente. Las riquezas
No constituyen la suprema dicha.
Tal vez.. oyeme y fija en tu memoria
Mis palabras: tal vez hay en tu vida
Un terrible dolor, que anticiparte
Pudo aquel hombre; pero no maldigas
Su memoria; perdónale; no quiso
Hacerte mal, y á compensarle aspira
En cuanto cabe dentro de este círculo

En que la pobre humanidad se agita.
No le busques, no inquietas lo que ha sido;
Mas, desde lejos, su memoria estima.»

Era el acento con que Adam hablaba
Firme y grave; su voz dulce y tranquila
Al parecer; pero sus bellos ojos
Luchas del alma, en su mirar indican.

—Oye, volvió á decir: hace dos meses,
Que, al penetrar en tu vivienda misera,
Y al ofrecerte un puesto aquí en mi casa,
Lágrimas vi rodar por tus mejillas.
—Señor...—Nada me espiques; lo sé todo.
—Yo lloraba de amor y de alegría
Porque estaba sumido en la miseria
Y tengo una mujer, tengo familia.

—¡Pobre Andrés! el trabajo no se encuentra
Siempre, ni el pobre que al trabajo aspira
Es apto, cual quisiera, para todo.
No siempre manos que el rencor mutila
En desastrosa guerra, encuentran luego
La mano de una patria agradecida.
Te engañó tu deseo; manco y pobre
Has sufrido en tu misera bohardilla;
Mas ya que el bienestar no conseguiste,
Al menos, tienes tu conciencia limpia,
Y al morir... cuando mueras... cuando acabes
De sufrir las miserias de la vida,
Séres habrá que cerrarán tus párpados...
Que tu memoria llamarán bendita.»

Púsose Adam de pie, cuál si quisiera
Dominar la impaciencia que sentía,
Y continuó en voz baja:—El tiempo sigue
Su rumbo, y mi zozobra no termina.
Y acercándose á Andrés:—Te he dicho, añade,
Que de España me ausento; en otros climas
Voy de nuevo á buscar lo que en ninguna
Parte, tal vez, por mi desgracia exista.
Sé lo que piensas; lo adivino al menos
Al mirar tu actitud; hablar querías
Y el sentimiento en tu garganta ahoga
Un pensamiento que en tu labio espira.
Me estás agradecido, me amas; quieres
Seguirme: ves que sufro y tu alma digna,
Noble, leal y cariñosa, ese
Gran sacrificio, buen Andrés, te dicta.
Gracias, gracias; por mucho que te estime,
Sólo debo partir; tú, en compañía
De tus hijos, podrás algunas veces
Pensar en mí. Si así lo verificas,
Ruégale al cielo que la paz me ofrezca
Y haz que mi nombre en tus recuerdos viva.»

«Ahora (volvió á decir Adam, sacando
De un cajón unos pliegos, que tenía
Ya escritos y lacrados), voy á darte
Un delicado encargo. Dos familias
Hube en Madrid, cuya memoria mi alma
Tiene en muy grande y venerada estima.
De aquellas dos familias solo quedan
Dos individuos; solo dos...! La impía
Muerte, sorda á mis ruegos, con enojo
Del catálogo inmenso de la vida
Los nombres de unos séres ha borrado
Que grandes prendas de virtud tenían.»

«Murieron, ya no sufren; pero vive
Alfredo Macanáz; Enrique y Luisa,
Sus padres, eran pobres; mas se amaban
Y su bien este amor constituía,
Un hombre inocuo; un tal Anselmo, quiso
Infamar á la buena esposa, y víctima

Fué Enrique, en duelo bárbaro, del hombre
Que traidora amistad le ofreció un día.
¡Pobre Enrique! su esposa al poco tiempo,
Lo mismo que su padre y que su hija,
Al sepulcro bajó; y el hombre infame,
El asesino que la paz bendita
De aquellos séres destruyó, se ostenta
Poderoso y feliz. No le castiga,
Como merece, la justicia humana,
Porque es ciega del hombre la justicia.»

«Pasó Adam una mano por su frente
Echando atrás los rizos que caían
De sus negros cabellos, y en sus labios
Se pintó melancólica sonrisa.
—Tú no sabes, Andrés, estas historias,
Continuó; no las sabes; pero escritas
Yo las tengo en mi mente; y á mis labios
Ella estas frases inconexas dicta.»

«Tú conoces á Alfredo; tú indagaste
Su paradero; tú viste á esa niña
Que lleva un nombre para mí sagrado;
Un nombre dulce para el alma mía.
Esa Julia, esa niña que á casarse
Vá con Alfredo; fué la última hija
De dos séres tambien buenos y honrados:
De D. Juan de Alarcon y de María.
Yo al saber que era huérfana, que estaba
Sola en la tierra; pero que era digna
Y buena y virtuosa, y que su mano
A su amante iba á dar, quise la mía
Tenderles, y no vi que siendo joven
Y opulento, de mí sospecharian.
Por eso al estrecharla entre mis brazos
Celoso Alfredo me miró con ira.
Es natural: ignora que yo llevo
Aquí en mi corazón yerbas cenizas;
Él no sabe quién soy; si lo supiera
De la verdad del caso dudaría.»

«No importa; serán ricos; cuando ausente
Me halle de aquí, á anunciarles mi partida
Irás tú y á entregarles este pliego
En que un dulce recuerdo les dedica
Mi cariño. La herencia que les queda
Viene de noble procedencia... es mía.
Riquezas hay diabólicas y esas...
Esas no irán jamás á manos dignas
Y honradas... (Y al decir esto, en el rostro
De Adam, se vió cruzar nube sombría.)

Después, continuó así:—«Cuando les lleves
Ese pliego, te ruego que les digas
Estas frases: un hombre que ha sufrido
Y sufre penas grandes, inauditas,
En nombre de otra Julia ese presente
Os manda: bendecid á la de Alcira
Y rogad por Adam. Casaos, ser ricos
Y buenos y felices; y si un día
Corresponder queréis al que ha querido
Labrar, en cuanto pudo, vuestra dicha,
Levantad en su nombre á vuestros padres,
Un panteón; honrad vuestra familia;
Llevad allí sus restos; y en la lápida
Donde sus nombres el cincel escriba,
Poned con letras de oro «aquí reposan
Don Genaro, Alarcon, Enrique, Luisa,
Y la noble mujer que tuvo un alma
Tan bella, cual su nombre de María.
¡Pobre amiga del alma! ella curando
De mi apenado corazón la herida,
Junto á mi Julia, comprender no pudo
Que al salvarme labraba mi desdicha.»

«Este otro pliego, para tí reserva;
No te abrirás hasta pasar tres días.
Ahora dame un abrazo; para siempre
Puede ser, buen Andrés, que me despida
De Madrid y de tí; seca tus lágrimas
Y nada temas, ni en seguirme insistas.
Debo estar solo; dentro de una hora
Me espera una mujer desconocida.
¿Quién será? ¿qué querrá? su nombre ignoro
Y sin embargo dióme estraña cita
Por medio de una carta misteriosa...
El mismo portador desconocia
Su origen; véte, Andrés.»—«El cielo guarde
Cien y cien años vuestra noble vida.»

~~~~~

ADAM.

Pobre Andrés, él prolongar  
Cien y cien años quisiera  
Esta vida horrible y fiera,  
Que encierra tanto pesar.  
Vida triste que arrastrar  
Ya no puedo en mi sufrir;  
Vida que he de maldecir  
Porque me dá el padecer:  
Vida que anhelo perder,  
Vida que quiero extinguir.

El tiempo, con su rigor,  
Todo en el mundo lo acaba;  
Él la montaña socaba  
Con impulso destructor.  
Mueren la planta, la flor;  
El ave, la fiera, el pez,  
El hombre con su altivez;—  
Todo se abisma, se hunde  
Y perece y se confunde  
En brazos de la vejez.

Yo solo ¡ay de mí! parece  
Que á mi juventud atado,  
Vivo siempre condenado  
A ver que todo perece.  
Mi cabello no encanece;  
No se gasta mi razon,  
Quiero con obstinacion  
Forjar locas ilusiones  
Y siento que las pasiones  
Bullen en mi corazon.

Y sin embargo, en su centro  
Se encuentra despedazado.  
Le siento duro y helado  
Y tiene una hoguera dentro.  
El alma á la vez encuentro;  
Ya en libertad, ya oprimida;  
Mi esperanza está perdida;  
Casi la vista la alcanza,  
Y no obstante, otra esperanza  
Veo brillar desconocida.

Lleno de pena y de mal,  
En mi loco devaneo,  
Al par que morir deseo  
Quisiera ser inmortal.  
¿Dónde y cómo? Error fatal  
Es querer vivir así  
Sufriendo como sufrí,  
Y sufro, en mi afan profundo,  
Vagando por este mundo  
Donde todo lo perdí.

Julia! mi bien! tú, que un día  
Viste mi infinito amor;  
Tú que miras mi dolor  
Y contemplas mi agonía;  
Inspirame, Julia mía!  
Dime cómo podré hacer,  
Sino para envejecer,  
Al menos, para sentir  
Que empiezo al cabo á morir  
Y á dejar de padecer.

Si es efímera y es breve  
La vida de los mortales,  
Quién no soporta sus males,  
Y á quitársela se atreve,  
Torpe y cobarde ser debe.  
Pero yo me convencí  
Que es la vida baladí,  
Que acabar es mi propósito,  
Para todos un depósito  
Y una carga para mí.

Mas díme, Julia, si está  
Aquí esa vida escondida;  
Si al extinguirse esa vida  
El alma muriendo vá.—  
Si hay un Dios, un mas allá  
El alma debe tener.  
Tómala el hombre al nacer;  
Con ella puede vivir;  
¿A quién se la dá al morir?  
¿Quién la viene á recoger?

Si Dios no existe, quizá,  
¿Cómo el sol brilla en la esfera?  
¿Es la materia grosera  
Quién aliento al mundo dá?  
¿La torpe materia está  
Siempre consigo luchando?  
¿Es ella quien albergando  
Tan altas aspiraciones,  
El bien de generaciones  
Futuras vá procurando?

¡Loco de mí! nada sé;  
Ciego estoy; todo lo ignoro.  
Por eso, Julia, te imploro  
Que auxilio tu amor me dé.  
Me falta el valor; la fé  
Me abandona; mi razon  
Se pierde en la confusion  
De dudas con que batalla,  
Y dentro del pecho estalla  
Mi agitado corazon.»

Quedó abismado en su dolor sombrío;  
Su frente tersa y pálida inclinó,  
Y el eco, al esparcirse en el vacío  
De su estancia, un suspiro repitió.

Y del reloj la péndola oscilante  
El compasado ruido se escuchó,  
Marcando lentamente cada instante  
Que Adam en negra soledad pasó.

~~~~~

Y entretanto á sus oídos
Llegaban los mil rumores
De las gentes que cruzaban
Por las calles de la corte.

Tal vez bizarros giuetes
Iban marchando al galope;
Tal vez orgullosas damas
Pasaban en ricos coches.

Aquí música sonora
Lanza agradables acordes;
Y mas allá voceando
Van ruidosos vendedores.

Y llegan, pasan, se alejan,
Se agitan, cruzan veloces,
Mientras que Adam permanece
Abismado en sus dolores.

~~~~~

Al fin, con aire sombrío.  
—Ese es el mundo exclamó;  
Quien por de fuera le mire  
Le hallará deslumbrador.

Dichosos ellos que gozan  
Mientras yo sufriendo estoy!  
Dichosos ellos que olvidan  
Lo que nunca olvido yo.»

Diciendo de esta manera,  
Tomó asiento en un sillón,  
Que junto á su mesa habia,  
Y un cofrecito sacó.

De aquel rico cofrecillo  
Dos joyas de gran valor,  
Tomó luego con visible  
Y penosa agitacion.

Era un collar de diamantes  
La una, que Adam besó;  
Y la otra una pulsera  
Que llevó á su corazón.

—Prendas del alma adoradas,  
Dijo con doliente voz;  
Prendas que fuisteis un dia  
Del objeto de mi amor.

Vosotras, que sois testigos  
De mi penosa afliccion,  
Vosotras que el mundo entero  
Recorristeis como yo;

Decidme, prendas del alma,  
Decidme, por compasion,  
¿Dónde se encuentra la hermosa  
Que otro tiempo os poseyó?

Decidme si podré verla;  
Decidme si loco estoy;  
Decidme, si estoy del todo  
Abandonado de Dios.»

Siguió el silencio reinando  
En la opulenta mansion,  
Hasta que Adam dando un grito  
Trocó en ira su dolor.

—¡Oh! basta, dijo: ya es fuerza  
Poner fin á mi afliccion:  
Todo en el mundo perece;  
Que perezca tambien yo.

¡Maldito el oro que darne  
No pudo dicha ni amor:  
Maldita mil y mil veces  
La vida que Dios me dió!»

.....

—Al cabo ya eres mio!  
Dijo tonante voz;  
Y EL DIABLO MUNDO al punto  
Allí se apareció.

Mas no era ya aquel ángel  
Soberbio del dolor,  
Cuya belleza el rayo  
Del cielo marchitó,  
Sino el mezquino génio  
Que lleva en su esterior  
Pintadas las ruindades  
Del torpe corazón.

El génio astuto y pérfido  
Que aliento y vida dió  
A la doblez, que ocultó  
Su bárbara intencion,  
Cuando en el mal ajeno  
Se ceba con furor,  
Y cinica sonrie  
Con vil satisfaccion.

~~~~~

—«Adam! escúchame;

Dijo Satán;
Óyeme y sígueme
Sin vacilar.
Tu vida eterna
Solo te dá
Duelos y llantos
Y hondo pesar.
Tú la maldices;
Adam! Adam!
Dios no ha tenido
De tí piedad.
Para tí sordo
Siempre estará;
Nunca tus ruegos
Le moverán.»

«Así los siglos
Correr verás.
Generaciones
Vendrán, irán,
Y desolado,
Falto de paz,
Falto de aliento,
Lleno de afán,
Tus afecciones
Con pecho leal
Pondrás en gentes
Que morirán
Después que torpes
Te hayan quizás
Atormentado...
Sígueme, Adam;
De mis imperios
Te voy á dar
Lo que mis númenes
Envidiarán.»

«Fiero y terrible
Desde hoy podrás
Por los espacios
Libre vagar.
Sobre las nubes
Cabalgarás
Cuando se anuncie
La tempestad,
Cuando se agite
Sañudo el mar,
Cuando el incendio
Fulgure mas.
Sígueme al punto,
Sígueme, Adam;
Yen á los hombres
A atormentar.
Jamás les demos
Tregua ni paz.»

«Que la palabra
Fraternidad
 Sea un sarcasmo
 Rudo y brutal,
 Cuando los broncez,
 Al estallar,
 Al mundo anuncien
 Guerra infernal.
 Tengan por héroe
 Al que dé mas
 Pruebas de horrible
 Ferocidad.
 Por *gloria* téngase
 Lo que no es mas
 Que humo que arroja
 La vanidad.»

«Haya en el mundo
 Gente falaz
 Que, haciendo alardes
 De santidad,
 Pretenda, hipócrita,
 Ciega quizás,
 Con las creencias
 Especular,
 Y anhele siempre
 Volver atrás.—
 Mas haya en cambio
 Quien, con afán,
 Diciendo al hombre
 Que un Dios no hay,
 Quiera que loca
 La humanidad
 Borre del alma,
 Con mano audaz,
 Aquel instinto
 Que la hace amar
 La sacrosanta
 Divinidad.»

«Ven y secundame;
 Sigueme, Adam.
 Ven, corrompamos
 La sociedad.
 Alcese al vicio
 Un pedestal;
 Que de los débiles
 No haya piedad;
 Que el oro sea
 Móvil fatal
 De cuanto sufra
 La sociedad.
 Que el lujo mate
 La honra, el solaz
 Y las virtudes
 Del santo hogar.
 De esta manera,
 Faltos de paz,
 Nunca los hombres
 Progresarán,
 Porque gozándose
 Siempre en su mal
 Iré apartándoles
 De la verdad.
 Por eso el mundo
 Penas te dá;
 Sientes por eso
 Ser inmortal.
 Dios te abandona,
 Dios sordo está,
 Nada te resta
 Ya que esperar.»

«Ven á mi infierno;
 Sigueme, Adam;

Que allí, á tus anchas,
 Podrás gozar
 Cuando tu espíritu,
 Sin trabas ya,
 Por los espacios
 Logre vagar,
 Siempre que ruja
 La tempestad;
 Siempre que exhale
 Lava el volcan,
 Siempre que el hombre
 Fiero y audaz
 Mueva en la tierra
 Guerra infernal.»

~~~~~

«Mas antes que en mis antros, que son menor infierno  
 Que el que te ofrece el mundo, consigas penetrar,  
 Es fuerza que, borrando tu loco amor eterno,  
 La imágen de tu Julia procures olvidar.»

«Es fuerza que al seguirme, y ya en seguirme tardas,  
 De vasallaje pruebas me vengas á ofrecer;  
 Es fuerza que esas joyas, que en ese cofre guardas,  
 Me entregues al instante, ó yo las tomaré.»

«Quien ama es mi enemigo; yo quiero corazones  
 Enteramente secos, sin dicha y sin amor;  
 El tuyo en sus recuerdos forjando está ilusiones,  
 Preciso es ya que sienta mi aliento abrasador.»

~~~~~

Calló; y feroz riendo
 La vision infernal, se fué acercando
 Lentamente, tomando
 Un aspecto feroz de monstruo horrendo.
 Y sus brazos tendiendo,
 Cayó por fin de un salto
 Cerca de Adam, que ansioso retenia,
 En medio de su pena y sobresalto,
 El cofrecillo en que guardado habia
 Las joyas estimadas,
 Y siempre idolatradas
 Que fueron prendas de su Julia un dia.

Y al par que el diablo quiso
 Apoderarse de ellas de improviso,
 Sirtió Adam que en su rostro se fijaba
 La sangrienta y fatidica pupila
 Del monstruo, que le helaba
 La sangre, y fascinaba
 Con su sonrisa, al parecer, tranquila.
 Y al percibir su aliento
 Poco despues, parécete que siente,
 Dentro del corazon y de la mente,
 Horrible fuego lento
 Que le roba las fuerzas y aniquila.

El punto á donde alcanza
 La rapidez sutil del pensamiento,
 Cuando el peligro presuroso avanza,
 Ó se acerca el momento
 De abandonar la última esperanza,
 Rayar debe sin duda en lo infinito.
 Regulada la ardiente fantasía
 Por la razon, que lúcida se ostenta,
 Un cúmulo de ideas nos presenta
 En un supremo aunque fugaz instante.
 Y brotan á la vez amontonadas
 Mil ideas que abarcan un profundo
 Espacio; acaso un mundo,
 De memorias futuras y pasadas.

Por eso, en mucho menos
 Tiempo, de aquel en que esplicar pudiera
 Un poco de lo mucho que sentia,
 Vió Adam brotar de los ocultos senos
 En que se encierran la razon, el alma
 Y el pensamiento rápido, mil cosas
 Oscuras á la vez y luminosas.
 ¿Era cierto que allí cerca tenia,
 Ansiosa de robarle vida y calma,
 Aquella horrible aparicion sombría?
 Mas ¿cómo el diablo á aparecerse atreve,
 Haciendo gala de su vil estofa;
 En plena luz del siglo diez y nueve
 Que ya del diablo á su placer se mofa?
 ¿Es que él solo, por ser tal vez eterno
 Despertaba las iras del infierno?
 Y si el infierno, por su mal, estaba
 En contra suya, ¿cómo, de qué suerte
 Escapará á su vida tormentosa,
 Que en modo alguno ama,
 Si sorda está la muerte
 Que él acaricia y con empeño llama?

Tal vez, desesperado,
 En su dolor profundo,
 Adam se hubiera echado
 En brazos de Satán, por huir de un mundo
 Á que cruel destino le encadena
 Haciéndole inmortal cual lo es su pena.
 Tal vez hácia el abismo
 Se dejara arrastrar; mas de repente
 Surgir sintió en sí mismo
 Rayos de luz y de esperanza hermosa,
 Que inundaron su frente.
 Y una voz misteriosa,
 Oculta; pero no desconocida:
 —«Vive, Adam, le gritó; vive un instante;
 Te lo ruega tu amante
 Que te prepara mas dichosa vida.»
 Y Adam sintió en su pecho
 Renacer el valor; mientras mostraba
 El diablo hondo despecho,
 Y en su auxilio llamaba
 Sus terribles legiones,
 Que invadieron de pronto los salones
 Y llenaron despues todo el espacio
 De aquel rico y espléndido palacio.

—«Sé lo que pasa en tí; en tu pecho leo;
 Dijo entonces con voz sorda y terrible
 La aparicion horrible;
 Salvarte es tu deseo.
 Tu amor viene en tu ayuda
 Y en tí ya es conviccion lo que era duda.
 Á mi grande poder crédito niegas;

Mas ya verás como mi enojo alcanza
 Á probarte que ya muy tarde llegas
 Á fijar en tu Julia tu esperanza.»

Y tendiendo una mano
 Aquel ángel maldito,
 Sobre las joyas, que apretaba en vano
 Adam sobre su pecho;
 Con furioso despecho
 Y con rencor insano
 Le arrancó la pulsera de diamantes,
 Que á los breves instantes
 Carbonizada y negra, fué un objeto
 De mezquina valia,
 Que su brillo y su mérito perdía.
 Y Adam, entristecido,
 Si bien luchando con tenaz bravura
 Contra los génios que en redor vagaban
 Y en silencio iracundos le asediaban,
 Lanzó un triste gemido
 Al ver la última prenda
 De su Julia, en poder de las cohortes
 Infernales, que en bárbaros trasportes
 Un grito agudo dieron...
 Que luego con espanto repitieron.

Y es, que á la vez que Adam se estremecia
 Al juzgar que ya todo lo perdía;
 Roto el collar de Julia, entre sus manos
 Vió destellar las luces y cambiantes
 De una cruz de magníficos brillantes
 Que del collar en el remate habia.
 Y la luz de la joya, levantada
 Por Adam, aumentó sus resplandores
 Yendo á herir de los réprobos las frentes;
 Las frentes que, humilladas,
 Á su pesar inclinan reverentes,
 En tanto que temblando
 Se van de Adam sombríos separando.

Ya era tiempo: la angustia le embargaba,
 Su espíritu abatido
 Por la emocion, descanso reclamaba.
 Quiso llamar; mas le faltó energia
 Y en su sillón cayó desfallecido,
 En tanto que ponía,
 Gozoso y satisfecho,
 La rica cruz sobre su amante pecho.
 Y casi se dormía;
 Casi sus ojos con placer cerraba,
 Cuando, súbitamente,
 Á un lugar misterioso, trasportado
 Se halló, do vió impaciente
 Lo que el lector sabrá (si es de su agrado),
 Al llegar al capítulo siguiente.

CANTO XVII

Un cariñoso recuerdo á mis buenos é ilustrados amigos

los señores

D. Leandro Pérez Cossío, D. Juan de Dios de la Rada y Delgado
y D. Francisco Perez Echevarria.

Es el paraje solitario y triste:
El sol su frente en el ocaso inclina;
El viento arrastra las lejanas nubes
Que estraños grupos al correr imitan.

Busca luego las copas de los árboles;
Entre sus ramas á ocultarse aspira;
Mas despues, impaciente, las conmueve,
Las dobla, escapa, y con enfado silba.

El crepúsculo avanza; vá la noche
Acercándose; ya su manto agita
Sobre el mundo, y en sombras vá envolviendo
La heróica y noble matritense villa.

Sólo está Adam; las tapias de la huerta
De un convento, tal vez su atencion fijan
Un instante; y al punto una campana
Con son doliente en el espacio vibra.

Es la hora en que el alma suele á veces,
Replegándose dentro de sí misma,
Evocar los recuerdos de la infancia
Que el hombre, tarde, acaso nunca olvida.

La hora en que, de niños, una madre,
Con ternura y piadosa fé solícita,
En nuestros labios inocentes puso
La oracion que á los cielos se encamina.

.....

No tiene Adam, para templar sus penas,
Esas memorias santas y benditas;
Esos vagos recuerdos; yerto y árido
Su corazon está como su vida.

Y, sin embargo, conmovido escucha
La campana que tañe todavía,
Mientras las aves, que volando pasan,
Van á buscar el sitio en donde anidan.

.....

—¡Oh! no hay duda, dijo al fin,
Su letargo sacudiendo;
Este es el lugar de aquella
Cita que anoche me dieron.

La tapia, el jardin, la huerta;—
Por un lado ese paseo
Sombreado por los álamos;
Y la iglesia algo mas lejos.

La huerta se comunica
Por la izquierda con el templo;
Esta es la puerta que sirve
Al hortelano de ingreso.

¿Quién será? ¿quién es la incógnita
Mujer, que con tanto empeño
Me llama? No es su lenguaje
Desvergonzado por cierto.

Yo hallé livianas mujeres
Que falsa virtud fingiendo...
Mas no, no puede ser esta
Como aquellas otras fueron.

¡Ah! ¿por qué, por qué motivo
Trasportado aquí me veo
Sin saber cómo? ¿qué trances
Hoy me deparan los cielos?

Julia! Julia! Si aun vivieses...
Pero no; no nos forjemos
Insensatas ilusiones
Que arrancar del alma debo.»

Y Adam, se quedó abismado
En un mar de pensamientos
Tempestuosos, sombríos,
Que en su mente iban surgiendo.

—Señor, si no me equivoco,
Dijo, acercándose, un viejo,
Anoche á V. cierta cita
En cierta carta le dieron.

—¡Cómo! eres tú por ventura
El estraño mensajero
Que esperaba?—Soy el mismo.

—A seguirte estoy dispuesto.
¿Qué quieren de mí?—Tan solo
Hablarle algunos momentos.

—Pues bien, conducíme...—Antes
Decir dónde vamos debo.

—¿Me necesitan?—Parece
Que sí.—Pues guíame luego.

Si sufre la que me llama;

Si es pobre, tenderle quiero

Mi mano; mas no me pida

Lo que ya ofrecer no puedo.

Tengo el alma destrozada...

—Entiendo, señor, entiendo;

Mas juro á Dios que en mi vida

Ejerci torpes empleos.

—¿Quién eres?—El hortelano

Mas antiguo del convento

Que ahí levanta sus paredes

En soledad y en silencio.

—¿Y qué quieres? habla, ¡espíciate!

—En sesenta años que tengo

Á nadie por esa puerta

Introduje.—Yo te ruego

Que hables; ¿qué mujer me llama?

¿Vive acaso en el convento?

—Sí.—Su nombre! hablal no tardes!

Ten compasion de mis ruegos.

Habla.—En el dia, responde

Por otro nombre diverso;

Pero se llamó Dianora.

Nada mas que decir tengo.»

Adam ahogando un gemido

Que brotaba de su pecho,

Enjugándose una lágrima,

Alzó sus ojos al cielo.

Y al ver las nubes que huían

Empujadas por los vientos,

Creyó entrever que con ellas

Iban á la vez, huyendo

Las remotas esperanzas

Que acariciára en secreto.

Luego impaciente, anhelante,

Siguió silencioso al viejo,

Y ambos á dos penetraron

En el jardin del convento.

Momentos hay en la existencia humana

Que el pensamiento agitan y conmueven;

Que arrebatan el alma con tirana

Violencia; instantes que á turbar se atreven

Al espíritu yerto;

Al mas estóico corazon, cubierto

Con la coraza resistente y fria

Que forja con sus años

Y sus tristes y negros desengaños,

La ancianidad que á nuestro fin nos guia.

Tal era aquel instante

En que Adam, al hallar en su pasado

De sus soñadas dichas lo ilusorio,

Conmovido, agitado,

Hallóse al fin delante

De la reja de un triste locutorio.

Y al través de la reja, que oprimia,

Como acerada malla cuerpo inerte,

Aquella estancia lúgubre y sombría,

Donde reina el silencio de la muerte,

Distinguieron sus ojos,

Por la luz de una lámpara guiados,

Una mujer que orando está de hinojos

Con los brazos cruzados.

Al verla, ahogó un gemido

De sorpresa y de angustia; ya no era,

La que allí sola oraba,

La jóven linda, dulce y hechicera

Que Julia tanto amaba,

Y que fué su constante compañera.

Perdieron sus colores

Frescos, suaves, sonrosos, bellos,

Sus mejillas; sus ojos rodados

De tintes azulados,

No arrojan ya sus vívidos destellos.

No es ya Dianora la que ser solia:

La edad y los dolores

La destruyeron con su mano impia.

Su rostro, sepultado

En pobres tocas, yace demacrado,

Y su cuerpo parece

Un cadáver salido de una tumba,

Que á la vista de súbito apa rece.

Ciñe un burdo sayal, que á su vez cubre

Un bárbaro cilicio.

¡Pobre mujer! ¿acaso pudo el cielo

Exigirle tan rudo sacrificio?

¿Será eterno su duelo

Y eterno su suplicio,

Porque, amando, una falta cometiera?

¡Oh! no, mil veces no; Dios vé propicio

Al alma que se muestra arrepentida;

Pero es falso que quiera

Dolor tan grande en tan pequeña vida.

De todos modos la infeliz Dianora,

Que es de aquel triste asilo superiora,

Afanosos recuerdos en su mente

Despierta; ¿sabe acaso

La mujer que allí reza y que le llama,

Si existe Julia; si su Julia le ama?

Vosotros, los que un dia

Amasteis como Adam y que perdisteis

Para siempre la paz y la alegría,

Vosotros solamente

Comprenderéis su bárbara agonía,

Y su afan impotente.

Si su Julia existiera

Acaso ya mostrará

Arrugas en la cara;

Blanca nieve en la negra cabellera;

Hielo en el corazon; solo él existe

Condenado á guardar siempre su eterno

Vigor, su juventud, su amor, su triste

Vida trocada en insufrible infierno.

Alzando su cabeza encanecida

La humilde y apenada religiosa,

Vió á Adam, y conmovida

Bajó su rostro en actitud medrosa.

Luego quiso esplicarse aquel portento,

Que á su vista asombrada se ofrecia.

Aquel hombre es Adam ¿qué duda tiene?

Mas ¿cómo, como viene

A ser, por artes mágicos y estraños,

El mismo que ella vió por vez postrera

Hace ya cuando menos veinte años?

¿Por qué es tan jóven como entonces era?

Si Adam de su secreto

Hizo entonces partícipe á Dianora,

La historia, no lo dice.

Bien mirado, él ignora

Si ese don, que hastiado ya maldice,

Pudo acaso en mal hora

Darle una estrella pérfida y traidora

Se sabe solamente

Que el pobre Adam con ademán vehemente
 Invocó de su Julia el nombre amado,
 Y que despues oia
 La historia dolorosa de un pasado,
 Hasta entonces por él siempre ignorado,
 Que Dianora por fin le referia.

Con cuanto afán, con cuanta desventura
 De aquellos labios lívidos, marchitos,
 Una á una, las frases recogiendo
 Fué en su dolor! Aquella historia era
 Resúmen de sus males infinitos
 Y último adios á su ilusión postrera.
 Mas ya, lector, es hora
 De saber lo que á Adam contó Dianora.

Cuando, roto aquel puente,
 Adam cayó hasta el fondo
 De aquel abismo estrecho,
 Que duro y fiero lecho
 Preparaba á las aguas del torrente,
 La condesa de Alcira, desmayada,
 Casi sin vida, vióse arrebata
 Por Jacobo y su gente;
 Y luego fué llevada
 Al puerto mas cercano,
 Donde un buque esperaba á los bandidos
 Que, así que libres en la mar se vieron,
 Su antigua vida continuar quisieron
 Otra vez en piratas convertidos.

Nadie pudo despues saber en Nápoles
 Lo que de Julia fué, nadie tampoco
 El fin supo de Adam; se quiso en vano
 De órden del monarca siciliano,
 Sus mortales despojos
 Hallar; el rey juró lleno de enojos
 Vengar á los amantes, dando caza
 Al infame raptor de la condesa;
 Mas fué impotente para tal empresa;
 Nadie el rumbo sabia
 Del buque que al bandido conducia.

Dianora, en tanto, llena
 De terrible afliccion, de inmensa pena,
 Siempre alzarse veia
 Dura, implacable, rigida, sombría,
 La imágen del feroz remordimiento.
 Ya Pablo con el pecho atravesado,
 Por Pietro asesinado,
 La apostrofaba con terrible acento.
 Ya Julia le pedia
 Al hombre que su bien constituia;
 Ya era Adam que en sueños se acercaba
 Y por Julia á su vez le preguntaba.

Su vida fué horrorosa;
 En vano el rey de Nápoles, mirando
 Su orfandad dolorosa,
 Dádivas mil, con mano generosa
 Le quiso conceder, de Adam honrando,
 Y de Julia, el recuerdo que tenia
 En mucho; ella sentia
 Que en Nápoles se ahogaba;
 Marchar necesitaba
 De allí, y á España dirigióse un día.

Y al cabo entró en Madrid; mas nadie supo
 Darle razon de Julia y de su amante.
 Sin duda sucumbieron
 Y por su causa desgraciados fueron.

Y el tiempo, siempre errante,
 Su camino siguió; pasaron dias,
 Semanas, meses, años, sin que nunca

Ese tiempo, que dicha y penas trunca,
 Ofreciese placeres y alegrías
 Á la pobre Dianora
 Que paz al cielo para su alma implora.
 Y al cabo, decidida
 Á probar si destierra su tormento,
 Y á buscar esa paz, siempre escondida,
 Llorosa y abatida
 Fué á encerrarse en el fondo del convento.

¡Cual su asombro, lectores, no seria
 Al encontrar á Julia! La condesa
 En aquel monasterio residia;
 Era ya su abadesa.
 Tambien sola en el mundo;
 Viuda de su Adam, sin ser su esposa,
 Sin padre, pues ya Lucas no existia,
 Su vida congajosa
 Y su dolor profundo
 En el claustro encerró. Las dos llorando
 De emocion, se tendieron
 Los brazos; desde entonces, allí unidas,
 Ya alegres, ya abatidas,
 Un pronto fin buscando,
 Su reciproco amor fortalecieron.

¿Cómo Julia, rompiendo sus cadenas,
 Escapó de las manos del pirata?
 ¿Supo aquel hombre respetar sus penas
 Y su virtud? Riestri, á quien la ingrata,
 La adversa suerte, y bárbara injusticia
 De los hombres, hicieron desgraciado,
 Nació, no obstante, para ser honrado.
 Riestri, que á su padre
 En un cadalso vió, siendo inocente,
 Se acordó de su madre,
 Que tambien presa un día
 Fué de un corsario bárbaro, inclemente,
 Á quien él indignado maldecia.
 Riestri, que mas tarde
 Fué un monstruo de crueldad, creyó grosera,
 Infamia, accion cobarde
 Abusar de la fuerza; Julia era
 Su único amor, su ídolo, su gloria,
 Su eterno y dulce encanto;
 Mas ella no le amaba,
 Y con horror creciente rechazaba
 Tanta inmensa pasión, cariño tanto.

Solo una vez el misero bandido,
 Dejando el blando ruego,
 Llegó á mostrarse en tigre convertido,
 Y hácia su presa abalanzóse ciego,
 Queriendo entre sus brazos
 Formar con ella indestructibles lazos;
 Pero Julia, indignada,
 Con el mismo puñal que él lleva al ciuto,
 Y que pudo arrancarle, decidida,
 Serena y esforzada,
 Juró perder la vida,
 Clavándolo en su pecho,
 Si con intento infame
 Se obstina en pretender que ella le ame.

Y al mismo tiempo que Riestri cede,
 Y un paso retrocede
 Dominando su amor y su despecho,
 Se oyó una voz de alerta
 Del buque en la cubierta.
 Y luego un cañonazo
 Hizo crugir su casco; y Julia sola
 Quedó otra vez; oyendo con asombro
 Y con creciente espanto,
 No enteramente exento de alegría,

Nuevos disparos, ruidos, griteria,
Y confusos lamentos
Mezclados con salvajes juramentos.

El buque del pirata,
De otras guerreras naves rodeado,
Al fin se vió apresado.
La negra estrella ingrata
De Jacobo Riestri, puso término
A sus fieros dolores.
Luchó como un león; murió matando,
Pensando en sus amores;
Pensando en los verdugos de su padre;
Pensando en los que luego
De ludibrio llenaron á su madre.
Y al revolverse, ciego
De furor, sobre aquellas rojas tablas
Por dó su sangre hasta la mar corria,
En su rencor profundo,
Lleno de afán y de dolor prolijo,
Con triste voz maldijo
Á los odiosos déspotas del mundo,
Y á los jueces venales
Que fueron causa de sus negros males.

De esta manera libre la de Alcira
Se vió; volver á España
Pudo, y buscar en el piadoso asilo,
Donde la halló Dianora,
Un santo y noble porvenir tranquilo.—
¿Sonó por fin la hora
Bendita, en que su alma
Logró completa y venturosa calma?
¡Ay! ¿quién puede saberlo? ¿á quién es dado
Leer del corazon en lo profundo?
Julia fué humilde, compasiva y buena;
Todo el mundo la amó; pero marchita
Su faz, tomó el color de la azucena,
Nublóse su mirada, y cada dia
Con pasos gigantescos
Se fué acercando hácia la tumba fria.

Y al fin llegó el instante,
En secreto, tal vez, acariciado
Mil y mil veces con ardiente anhelo.
En su lecho postrada,
De todas rodeada,
Cerró sus ojos y elevóse al cielo.
Mas antes que la vida
Dejara, conmovida
Y estática, fijando
Sus ojos con afán en el vacío
De la estancia.—¡Dios mio!
Esclamó; ¿por qué ahora, que me alejo
Del mundo en él le dejo?
¡Ay! miradle; ¡es Adam! vive, no hay duda;
Yo no estaba viuda;
Mi triste corazon me lo decia.»

Y luego, con acento suplicante:
—Oye, Dianora, dijo:
Si alguna vez, por permision divina,
Sabes que vive aquel que fué mi amante,
Y á este sitio sus pasos encamina,
Díle, al hablarle, que al Señor no ofendo
Porque aquí, en este instante,
Como siempre le vi, le sigo viendo.
Díle que á Dios el alma entrego hoy
Y que á esperarle en sus mansiones voy.»

Tal fué el triste relato
Que hizo Dianora, en tanto que, vertiendo

Adam de llanto un río,
Quedó abismado en su dolor sombrío.
Luego, al cabo de un rato,
El silencio rompiendo
Nuevamente, así dijo la abadesa:
—Hoy, sin duda, el Señor ha permitido,
Por medio de accidentes milagrosos,
Que os diga lo que dijo la condesa
Con labios temblorosos
Al exhalar su postrimer aliento.
Hasta este alejamiento
No era fácil llegáran
Las noticias del mundo; una novicia,
Que es hija de un buen hombre
Que de Andrés tiene el nombre,
Me dijo que su padre recibia
De vos favores grandes.
Por ellos la novicia os bendecia.
He cumplido mi encargo; si quereis
La tumba visitar de la que tanto
Con toda el alma os quiso,
Id, y regadla con piadoso llanto;
Contad con mi permiso.
Mas antes que me deis
El adios de una eterna despedida,
Pues á verme, señor, no volveréis,
Yo os ruego, por piedad, que perdoneis,
Pues vive arrepentida,
Á la pobre Dianora;—
Á la amante de Pietro, pecadora,
Que emponzoñó la paz de vuestra vida.»

Poco despues, de sus ojos
Vertiendo nuevos raudales,
Sobre losas sepulcrales
Adam se prostra de hinojos.

Que allí en una de ellas vió,
Por tosco cincel labrado,
El dulce nombre adorado
De aquella que tanto amó.

Nombre que en el alma escrito
Con letras de fuego tiene;
Nombre que su oido viene
A herir cual eco bendito.

¡Ay! los restos allí están
De aquella mujer querida;
Mas si ella perdió la vida
¿Cómo tiene vida Adam?

—¡Señor! Señor, con acento
Humilde, dijo por fin:
Si esta existencia ruin
Es un continuo tormento;

Si es la dicha imaginaria,
Y el bien que vamos tocando,
En humo se vá trocando...
Atended á mi plegaria.

Yo quiero, Señor, morir
Porque mi vida es sombría;
Porque me abruma y me hastia
Despues de tanto sufrir.

Porque al verme en la orfandad
Siempre esperando y sufriendo,
Yo mismo, al cabo, me ofendo
De mi propia necesidad.

La dicha á lo lejos ví
Y errando torpe el camino,
De un implacable destino
Miseró juguete fui.

¡Pobre de mí! yo buscaba
Á mi Julia por el mundo
Sin ver, en mi error profundo,
Que de Julia me apartaba.

Que ella aquí sin ilusiones,
Su existencia consumía,
Mientras que yo me perdía
En apartadas regiones.

Y hoy que vuelvo á este lugar,
Desesperado, confuso,
Miro que el cielo dispuso
Lo que no pude soñar.

Ciencia humana pretenciosa
Que nunca el bien adivinas,
¿Por qué con alas me quinabas
Quieres alzarte orgullosa?

Si ciega, torpe, impotente,
No sabes prestar al alma
La paz, la dicha y la calma,
Inclina ¡oh ciencia! tu frente.

Y tú, mi Julia, que ves
Mi hondo pesar y mi lloro;
Que sabes cuánto te adoro...
De Dios póstrate á los pies.

Ruégale tenga piedad
De mi eterno desconsuelo.
Contigo hallar en el cielo
Quiero la inmortalidad.

Mas no inmortal quiero ser
En este valle de abrojos,
Dó duelos hallan los ojos
Cuando buscan el placer.

No quiero ser inmortal
Aquí, donde siempre el hombre
Busca un fantasma sin nombre,
En una dicha ideal.

Dijo Adam; el silencio mas profundo
Siguió reinando fiero en derredor
De su duelo terrible no se apiada
Un hado bienhechor.

Siguen las tumbas solitarias, yertas
Callando entre la sombra sepulcral,
Que la luz indecisa de una lámpara
No puede desterrar.

Y Adam mira de Julia el nombre amado
Escrito allí; lo invoca en su dolor,
Y viendo que su Julia no responde
Se abisma en su aflicción.

Mas luego de su espíritu la duda
Se apodera; perdida ya la fé,
La esperanza, el valor que siempre tuvo
Para amar y creer,

—¡Oh! dijo al cabo con sañudo acento,
Dios no me atiende, Dios no me escuchó;
Tal vez mi mente imbécil, loca, estúpida,
Un mas allá creó.

Tal vez en pos de la implacable muerte
Que arrastra al hombre hácia la tumba ruin,
No hay mas que el hondo abismo de la nada;
Una noche sin fin.

Tal vez el alma con el cuerpo muere;
Tal vez de Julia solo quedarán
Unos restos podridos y asquerosos;
Gusanos... y no mas.

Tal vez los séres que en el mundo fueron
Siempre nobles modelos de virtud,
Y que un premio no hallaron en la tierra,
Írán al atahud,

Á igualarse por siempre con los malos
Que alcanzaran riquezas, gloria, honor...
¡Oh! qué horribles! qué helados pensamientos!
Tal vez no exista Dios.»

Calló; y luego una fiera carcajada
Desde lejos se oyó.

Y apagóse de súbito
La débil lámpara.
Por las cóncavas bóvedas
Rodando rápida,
Fué por breves intervalos
La voz sarcástica
Del génio de los réprobos
Que, ruda y áspera,
No hay Dios, repite, búscame,
Seca tus lágrimas.

Y Adam, que entre las sombras
Quedóse envuelto,
Sintió que aquellas tumbas
Se conmovieron.
Y que sus lápidas
Carcómicas y rotas
Se levantaban.

Y entre luces fosfóricas,
Con triste aspecto,
Su rostro le mostraban
Cien esqueletos,
Que luego huían
Agitando el sudario
Que les cubría.

Después, sintió una mano
Rígida, helada,
Que al posarse en su pecho
Tanto pesaba,
Que al fin, rendido,
Cayó inerte en el suelo
Dando un gemido.

Algo mas tarde, al entreabrir sus párpados,
Sólo se halló en la iglesia del convento,
Dó penetraban, suaves é indecisos,
De la luna los pálidos reflejos.

Al través de los vidrios de colores
De las altas ventanas, vé de nuevo
Aquellas nubes que inconstantes vagan
Ó se rompen al soplo de los vientos.

El astro de la noche algunas veces
Su faz oculta entre tupidos velos;
Y se abisman en sombras misteriosas
Las pilastras y bóvedas del templo.

¿Cómo Adam se halla en él? ¿fué, por ventura,
Trasportado en los brazos de un benéfico
Ángel de amor que de su mal se apiada,
Ó vino acaso de la cripta huyendo?

¿Fué cuanto vió, cabe la helada tumba
De la condesa, insoportable sueño?
Todo lo ignora, todo; solo sabe
Que ya su vida se trocó en infierno.

Turbado todavía, casi loco
Bajo el peso cruel de sus recuerdos,
Ni sabe definir dónde se halla
Ni á distinguir acierta los objetos.

Mas de pronto, creyó que percibía
Otra vez sobre el duro pavimento
En cada losa el nombre de su amada
Escrito con caracteres de fuego.

Y en los pilares y cimbrados arcos,
Sobre los muros y arquivadas bellas,
Bajo la grande y elevada cúpula;
En el altar, en los espacios huecos,

¡Julia! ¡Julia! vé escrito por do quiera;
¡Julia! esclama despues con labio trémulo,
Y los ecos repiten ¡Julia! ¡Julia!
La paz turbando y majestad del templo.

Entonces hueca, sonora,
Rugiente, á la vez que grata,
En la torre de la iglesia
Suenan otra vez la campana.
Su lengua inmensa de bronce
Mil vibraciones estrañas
Produce, y hiende el vacío
Con sus corrientes metálicas.

Parece que al cielo acude,
Que á los espíritus llama;
Que con su voz plañidera
Dirige á Dios su plegaria.
Que gime por los que sufren;
Que ruega por los que aman;
Que á todos dice en su lengua:

«Dormid en paz y con calma.»
»Yo con mis alegres voces
»Os despertaré mañana;
»Yo, si os ausentais del mundo,
»Os daré preces y lágrimas.»

Tal vez tales pensamientos
El pobre Adam formulaba,
Dejando por breve instante
Sus desdichas olvidadas,

Quando al perderse la última
Vibracion de la campana
En los aires, á su oído
Llegaron otras mas vagas,
Mas armónicas, mas dulces,
Pero no menos estrañas,
Dada la hora. (Ya eran
Las tres de la madrugada.)

Aquellos rumores débiles,
Ténues, vagos, que llegarán
Como agitados murmullos,
Como suspiros del aura,
Como misteriosas notas
Sentidas y no espresadas;
Como el inefable sueño

Mas puro de nuestra infancia;
Salieron lentas del órgano,
Cuyas teclas no tocaba
Maño alguna; cuyos ecos
No se asemejan en nada
A los demás; y los blandos
Sonidos, las notas gratas,
Tomando incremento fueron
Con gradacion estudiada,
Hasta convertirse en ráuidos
Torrentes de voces mágicas,
Enérgicas y brillantes,
De esas que mueven el alma;
De esas que agitan el pecho;
Que conmueven, que arrebatan,
Que seducen, que fascinan,
Y que trasportan y arrastran.

Y al mismo tiempo que esos torrentes
Por todas partes se desprendían,
Del pavimento brotó una nube
Que un nacarado matiz tenía.

Limpio de nieblas el firmamento
Mostró sereno su bello azul,
Mientras la luna lanzaba al templo
Sus plateados rayos de luz.

Y entre la nube que el templo inunda
Adam, atónito, llega á entrever,
Envuelta en tules de un blanco velo
La dulce imágen de una mujer.

Púdica y bella como ninguna
El gozo ostenta sobre su faz,
Sobre su frente blanca aureola
Luce, sus ojos se ven brillar.

Mueve sus labios blanda sonrisa;
Ostenta el talle breve y gentil;
Y en sus mejillas se ven mezclados
Tintes de rosa, grana y jazmin.

La nube avanza, se acerca, crece,
Sube á las bóvedas; y en tanto, Adam,
Tiende sus brazos, póstrase en tierra,
Y un grito luego de gozo dá.

—Es ella! es Julia! dice; y estático,
En la celeste, bella vision
Fija sus ojos, mientras que ella
Dicele luego con dulce voz:

«Adam! no sufras; Adam,
Desecha tu abatimiento;
Tus penas y tu tormento
Pronto término hallarán.»

«No maldigas tu existencia
 En tu cólera infinita;
 La resignacion bendita
 Da la paz á la conciencia.»
 «Huye siempre del abismo
 Sombrio y aterrador,
 De ese desconsolador
 Estéril materialismo.»
 «Si ves que el alma se lanza
 Tras de un bien que hallar ansia,
 No apagues con mano impia
 Esa luz de la esperanza.»
 «Deja el pesar que te oprime.
 Yo por tí rogué al Señor.
 ¡Adam! ¡Adam! hoy mi amor
 Para siempre te redime.»
 «Si fué causa de tu mal
 Aquel don que te hizo eterno,
 Trueca en un cielo tu infierno;
 Deja de ser inmortal.»

«En las mansiones de Dios,
 Dó dichosas habitamos,
 Salada y yo te esperamos;
 Ven á unirte con las dos.»
 «Que allí no existen los celos;
 Allí *paz y amor* ha escrito
 Ese Dios grande, infinito,
 Sobre el azul de los cielos.»

«Mas antes, preciso es
 Que algunos portentos veas.

En lograr cuanto deseas
 Tardarás, Adam, un mes.»
 «Ya pudiste traslucir
 El presente y el pasado
 Del hombre; mas no has logrado
 Vislumbrar su porvenir.»
 «Si en él fijas la atencion,
 Con caritativo anhelo,
 Tal vez un dulce consuelo
 Hallará tu corazon.»
 «Acaso entonces tambien,
 De tu pecho en lo profundo,
 Las huellas de EL DIABLO MUNDO
 Borren los génius del bien.»

.....
 Apena estas frases, con voz argentina;
 Pronuncia la hermosa celeste vision,
 Fugaz desaparece; y el templo ilumina
 Serena, indecisa, la luz matutina
 Que rompe á la noche su negro crespon.

Y cantan las aves, cruzando el vacío.
 La aurora se cubre de gasas y tul;
 La tierra prepara pomposo atavío,
 Al ver que con perlas la brinda el rocío,
 Al ver que los cielos se visten de azul.

Y vibra de nuevo la alegre campana
 Que á misa del alba la gente llamó;
 El sol vá mostrando sus tintas de grana,
 De rayos corona la bella mañana...
 Y el templo á los fieles sus puertas abrió.

CANTO XVIII

I.

Por fin ¡oh lector pio!
 Tu fatigado espíritu y el mio,
 Juntos van á extinguir de una carrera,
 Este libro sombrío
 Que su oportuno desenlace espera.
 Quién ¡ay! darme pudiera
 Talento, númen, calma,
 Grandiosa inspiracion, fuego divino,
 Fuego que arrastra, que enardece el alma,
 En el postrer momento en que á tenderte
 Mi mano cariñosa
 Voy, quedándome sólo en el camino
 De la vida azorosa
 Que al nacer me trazára mi destino!

Pero ¡ah! la mente mia
 Perdió el vigor y el entusiasmo ardiente.
 Rotas las cuerdas de mi lira; rota
 La dorada cadena de ilusiones
 Que, en secreto, insensato acariciára,

Y que perdida en mis recuerdos flota,
 Solo miro que ya sobre mi frente
 La blanca nieve de los años brota.

Mas ¿por qué me detengo
 En ponderar del hado los rigores
 Porque ya canas tengo?
 Eso ¿qué importa á nadie? ¿por ventura
 No hay varones mayores
 Que teniendo ya un pié en la sepultura,
 Se acicalan, se pulen y se engrien,
 Mando, cruces, riquezas ambicionan,
 Se divierten, se rien,
 Y ser dichosos por do quier pregonan?

Ved, sinó á D. Liborio,
 Viejecillo que frisa en los ochenta.
 No digamos que es ya ningun Tenorio,
 Pues eso fuera de su edad afrenta;
 Tanto mas, cuanto aguanta el purgatorio
 En vida; que segun la fama cuenta,
 La esposa del citado viejecillo
 Siempre fué por su génio un tabardillo.

Mas él vive contento,
 Aferrado tenaz á un pensamiento
 Á que todas sus glorias van sujetas.
 ¿Sabeis cual es?... que no pase un momento
 Sin rellenar sus arcas y gavetas,
 Con el mayor decoro
 Y decencia; que al fin, es todo un hombre
 De cierta ilustracion; y quiere oro
 Sin deshorrar su casa ni su nombre.

Verdad es que algun pobre sin ventura
 De la cruel usura
 De D. Liborio, triste se lamenta.
 Es muy cierto tambien que mucha gente,
 Segun la historia cuenta,
 Al verle el oro amontonar, murmura
 Advirtiendo que ni hijo ni pariente
 Legítimo heredero,
 Tiene el viejo, á quien pueda su dinero
 Dejar; mas es lo fijo
 Que, sin pariente ó hijo,
 Presta al ciento por ciento
 Y el sudor de los pobres regatea.
 Nunca dá una limosna; y si al fiado
 De su tienda le piden una vara
 De percal, ó de seda, de contado
 «Hoy no, mañana sí;» replica artero,
 Con intencion avara,
 Enseñando un letrado
 Que detrás de la puerta oculto tiene,
 Y con el cual á descartarse viene.

Entretanto, indecisa
 Vaga en sus labios siempre una sonrisa
 Indefinible, misteriosa, rara,
 Pues nadie ha descifrado si denota
 Que es malo quien la vierte ó idiota.
 Mas si bien se repara,
 No es idiota, ni jamás lo ha sido.
 ¿Cómo ha de serlo el hombre que ha sabido
 Reunir un capital tan saneado
 Y tan redondeado
 Que ya, segun se cree,
 Nueve ó diez casas en Madrid posee?

Por lo demás, su historia,
 Que todo el mundo sabe de memoria,
 Demostrará muy pronto,
 Que no es zurdo ni es tonto.
 El no aspiró á la gloria;
 Pero aspiró al dinero.
 Fué al principio tendero
 De comestibles; luego, progresando
 Del comercio en los prósperos caminos,
 Se fué, se fué elevando
 Y puso un almacén de ultramarinos.
 Concejal de Madrid y diputado
 Provincial, vió en extremo satisfecho
 Que reñidas del todo no se hallaban
 La gloria y el provecho.
 Siguió, pues, á los dos, franco, la pista
 Y mostró sus tendencias liberales
 Convirtiéndose luego en contratista
 Y en comprador de bienes nacionales.
 Los títulos obtuvo
 De liberal y honrado patriota;
 Del progreso en la esfera se mantuvo,
 Leyó á Voltaire, y luego
 Eligió muy formal,
 (Como dijo Espronceda)
 En cuanto á religion la natural.
 Mas, si hay alguien tan ciego,
 Tan audaz é imprudente,
 Que á su vista presente
 Al pobre desdichado,

Que sufre de miserias un abismo,
 —¿Qué tengo yo que ver, dice furioso,
 Con esos haraganes? yo he ganado
 Lo mio; que ellos hagan otro tanto.
 Lo demás, es querer el socialismo;
 Es caminar á un caos tenebroso
 Que causa indignacion, que infunde espanto.

Mas ya, justo es atienda
 Que impaciente estarás, lector, mirando
 Que D. Liborio aguarda en la trastienda
 De su almacén, con su mitad amada;
 Con su dulce mitad; su flaca esposa,
 La recatada y grave Catalina,
 Venerable ruina
 Que acaso un tiempo se juzgaba hermosa.

Dè un vetusto brasero
 En torno, están los dos, con un tercero
 Que charla por los codos,
 Si bien con buenos y estudiados modos.
 Se trata de política, y la vieja,
 De vez en cuando, deja
 Escapar un bostezo,
 Santiguándose, y luego se reclina
 En el respaldo del sillón; ladea
 Poco á poco el pescuezo
 Y en roncar á sus anchas se recrea.

—Deja que ronque, dijo D. Liborio
 Á su hablador y docto dependiente;
 La pobre ya no está para espinosas
 Polémicas políticas; y luego
 ¿Qué saben las mujeres de estas cosas?
 Sexo cobarde y ciego
 Ante todo se humilla; no le inflama
 Jamás de patria el sacrosanto fuego;
 No arde en sus pechos la potente llama
 Que el heróico varón altivo esconde;
 Al noble grito de matanza y guerra
 Nunca su débil corazón responde.
 Con ellas, en la tierra
 Solo afeminacion, *paz vergonzosa*
 Y esclavitud y vasallaje habria;
 Y la historia se haría
 Lánguida, pobre, oscura, empalagosa...

Tal vez aquí ensartára
 Un discurso magnífico Liborio
 Para hacer bien notorio
 Que fué hombre de pelo en pecho y cara;
 Y que al coger los rancieros cronicones,
 Aunque profesa ideas liberales,
 Le agrada y le electriza,
 Viejo y todo cual es, ver en la liza
 Como el hombre, apelando á las razones
 De las armas, en luchas desiguales
 Y en batallas campales
 La razon de la fuerza diviniza.

Mas fué el caso que alerta,
 Viejo, vieja y mancebo se pusieron,
 Al escuchar tres golpes que en la puerta
 De la casa en aquel instante dieron.
 Y aquí, aunque algun reproche
 Me valga mi manera de contarte
 Las cosas tan sin arte,
 Te diré que la accion pasa de noche;
 De una noche sombría,
 Pues dicen que tronaba y que llovía.

—Anda y mira quién es, dijo la vieja,
 Que ese fuerte llamar no me dió gusto.
 —¿Te asustaste, mujer?—Y ¿quién se deja
 Con golpes tales de tener un susto?

—Voy, dijo el dependiente
 Á ver quién es. Ya voy! —Salió el mancebo,
 Y es fama que de nuevo
 Entablaron la plática siguiente:

DON LIBORIO.

Sin duda será un vecino.

CATALINA.

Pues digo que me asustó.

DON LIBORIO.

Como siempre estás tocada
 De los nervios...

CATALINA.

Lo que es hoy

Bailo sola; mas ya viene
 El chico. (*Viendo al dependiente que vuelve.*)

DON LIBORIO.

¿Quién era, Anton?

ANTON.

¿Quién ha de ser? el vecino
 Del cuarto número dos
 Del piso tercero.

DON LIBORIO.

Hombre,

¿Le has alumbrado?

ANTON.

Me instó

Que no lo hiciera; y lo dijo,
 Por cierto, con una voz
 Tan particular que... vamos,
 Casi me infundió temor.

LIBORIO.

Cállate, calla.

CATALINA.

No calles.—

Si el chico tiene razon.—
 No te parece, Liborio,
 Que hay motivos...? Mira, yo
 Los tengo, y no son pequeños,
 Para mirar con pavor
 Á ese jóven...

DON LIBORIO.

No tan jóven,

Mujer, no tan jóven, no.

CATALINA.

Tendrá veinticinco años.

LIBORIO.

Cuarenta lo menos. Soy
 Gran fisonomista, y tengo
 Buen ojo.

CATALINA.

Calla, simplon;

No chochees; cinco lustros
 Es lo mas que yo le doy.

DON LIBORIO.

Bueno!

CATALINA.

Ya se vé.

DON LIBORIO.

Si digo

Que sí; que tienes razon...

CATALINA.

Además, que nada tienen
 Que ver su edad ni tu error
 Con lo que estaba diciendo.
 Hace poco que alquiló
 Ese jóven aquel cuarto
 De triste recordacion...

ANTON.

¿Pero es verdad...?

CATALINA.

Es tan cierto

Que todo el mundo lo vió.

DON LIBORIO.

Todo Madrid.

CATALINA.

Era un brujo

Que nuestro cuarto alquiló.
 Dijo llamarse Don Pablo,
 Parecía setenton
 Y mas pobre que las ratas.

DON LIBORIO.

El tunante, me robó
 Cuatro meses y diez y ocho
 Dias de alquiler...

CATALINA.

Y el bribon,

De la noche á la mañana
 Desnudo se levantó,
 Hecho un jóven; rozagante,
 Membrudo, insolente, atroz;
 Queriendo pegar á todos.
 Lo recuerdo con rubor.

ANTON.

Y ¿cómo pudo ser eso?

DON LIBORIO.

Á la calle se lanzó
 De aquel modo y á la cárcel
 Fué...

CATALINA.

Siendo de cajón

Que despues debió morirse.

DON LIBORIO.

Mas fué luego lo peor
 Que nadie alquilar el cuarto
 Quiso.

CATALINA.

Pues por eso, yo

Eché la llave dejándolo
 En igual disposicion,
 Sin querer tocar un mueble...

DON LIBORIO.

Debimos venderlos.

CATALINA.

¡Oh!

¡Calla! si el huésped volvía
 Y con su génio feroz
 Sus bártulos reclamaba...

DON LIBORIO.

¿Qué habia de volver?

CATALINA.

¿Qué no...? (*Pausa.*)

Yo pienso que sí; yo pienso
 Que ha vuelto. (*Con aire de firme conviccion.*)

DON LIBORIO.

(*Asustado.*) Mujer, por Dios!

¿Qué estás hablando?

CATALINA.

Ese jóven;

Ese bello señoron
 Que, hace poco, en nuestra puerta
 Los tres aldbabazos dió...

DON LIBORIO.

¿Opinas...?

CATALINA.

Ya no me cabe

Duda; y pierdo mi valor
 Al pensar que, acaso, arriba,
 Satanás con su escuadron,
 De brujos, vampiros, duendes...

DON LIBORIO.

¡Absurdos!

CATALINA.

Aun serás hoy

Capaz de negar que el viejo
 En muchacho se trocó.

ANTON.

Y, dígame usted, señora:
 ¿En qué funda su opinion

Para creer que ese nuevo
Vecino..?

CATALINA.

Á decirlo voy.

Hace unos dias que un coche
Junto á ta tienda paró,
Y de él descendió ligero
Ese apuesto señorón,
Cuya edad no hemos podido
Fijar; el uno le echó
Veinte, y el otro cuarenta;
Diferencia bien atroz
Por cierto;—aquí no te hallabas
Entonces, querido Anton;
Pero recuerdo que estábamos
Juntitos Liborio y yo.
Pasó el humbral, y parándose
Delante del mostrador,
Con unos ojos tan lánguidos,
Tan lánguidos nos miró,
Que casi en ellos ví lágrimas.
¡Ay! me causó compasion.
Despues, con acento triste,
Mas con simpática voz:
—¿Es aquí, señora, dijo,
De donde un tiempo salió
Un jóven que diz que estaba
Demente...?—Si, sí, señor,
Le contestamos, contándole
La historia, y notando yo
Que esa historia le causaba
La mas honda sensacion.
Nos hizo algunas preguntas
Con un interés mayor
De aquel que inspirar pudiera
Á un estraño; no omitió
El menor detalle; y luego
Que acabé mi relacion
Sacó un repleto bolsillo
Que generoso nos dió
Diciendo:—Desde hoy es mio
El cuarto número dos.

DON LIBORIO.

Eso si que es conducirse
Con delicada atencion.

CATALINA.

Ya lo creo; aquel bolsillo
Con su oro te fleché;
Mas ya te he dicho, Liborio,
Que eres un gran pecador,
Y que el oro ha de llevarte...

DON LIBORIO

¡Absurdo! ¡preocupacion!
Fanatismo, hipocresía,
Estupidez; tenga yo
Dinero...

CATALINA.

Mas te valiera

Ponerte mejor con Dios;
Dar limosna...

DON LIBORIO.

Quien no tenga...

Que lo gane como yo.

CATALINA.

Siempre sales con lo mismo;
Tal es tu eterna cancion.
¿No sientes lástima nunca
Viendo el ajeno dolor?

DON LIBORIO.

Pienso en mí, que es lo que importa.

CATALINA.

Quien no tiene religion
Ni cree...

DON LIBORIO.

¿Quieres callarte,

Catalina? ¡ó voto á brios..!

CATALINA.

¡Vota! ¡Jura!

DON LIBORIO.

(*Enfurecido*) ¡Catalina..!

ANTON.

¡Vamos, señora! ¡señor!
No olvidemos nuestro asunto.

DON LIBORIO.

Me insulta sin ton ni son.
Y no recuerda... Mas vale
Que nos callemos los dos. (*Pausa.*)
Mujer al fin, sin un solo
Adarme de ilustracion. (*Otra pausa.*)

ANTON.

Y ¿qué hizo el caballero
Despues que el cuarto alquiló?

CATALINA.

Tomó al momento las llaves,
Y con paso muy veloz
Subió al punto la escalera,
Saltando de dos en dos
Los peldaños; desde entónces,
Soto allí, como un huron,
Se pasa las horas muertas,
De dia y de noche... ¡Oh!
Y á mí no me cabe duda;
Es aquel mancebo atroz
(Con barbas ya y mas buen mozo)
Que tal bromazo nos dió.

DON LIBORIO.

Pues verás lo que yo hago
Cuando salga el nuevo sol.

CATALINA.

¿Qué harás?

DON LIBORIO.

Plantarle en la calle.

CATALINA.

Lo apruebo; tienes razon.
Si no fuésemos tan viejos...
Pero á nuestra edad... ¡que horror!
Ya no estamos para bromas
Ni sustos.

DON LIBORIO.

Lo dicho.—Anton,

Cierra la tienda; mañana
Irá bendito de Dios.
Mata las luces; envuelve
En la ceniza el carbon
Del brasero; echa las llaves
Y cerrojos; el farol
Apaga de la escalera;
Pon la barra en el balcon
Y á descansar. Que no abras
A nadie, ¿entiendes?—Adios.

~~~~~

La vieja, el viejo, el mancebo  
Se acostaron. Trascurrió  
El tiempo; pasó una hora;—  
Hora y media; luego dos,  
Y la casa sumergida  
En el silencio quedó.  
Todos los vecinos duermen,  
No se alza ninguna voz.  
Solo en el piso tercero  
Latiendo está el corazon  
Y trabajando la mente  
De un hombre, que en derredor  
No vé á nadie; mas que cuenta  
Con afanosa atencion  
Los latidos de su pecho;  
Las horas que dá el reló.

¿Á quién espera? ¿Qué intenta?  
 ¿Quién es? ¿Lo sabes, lector?  
 Pues si lo sabes, y quieres,  
 Sigueme á su habitación.

## II.

«Sobre una mesa de pintado pino  
 »Melancólica luz lanza un quinqué,  
 »Y un cuarto ni lujoso ni mézquino  
 »Á su reflejo pálido se vé (1).»  
 Adam halla por fin en su camino  
 Aquella estancia que su cuna fué;  
 Cuna de un hombre á la niñez ajeno,  
 Que no halló abrigo en el materno seno.

Cuna que nadie, con piadosa mano,  
 Llegó á mecer jamás; sitio dó un día  
 En jóven bello se trocó un anciano  
 Que á su vista entre sombras se ofrecía.  
 Y aquel jóven que alegre, audaz, ufano,  
 Gozar mil años del vivir quería,  
 Romper anhela el misterioso lazo  
 Que le une al mundo, y que se cumpla un plazo.

Y, sin embargo, con asombro advierte  
 Que, á medida que pasan los momentos,  
 Y que el plazo se estingue, y que la muerte  
 Se dirige hácia él con pasos lentos,  
 Tal vez su flaca voluntad inerte  
 Queda envuelta en cobardes pensamientos,  
 Que á formular no acierta; mas que al alma  
 Fuerzas le quitan y vigor y calma.

—¡Oh! dijo entonces con turbado acento;  
 ¿Por qué el hombre tan débil, tan menguado,  
 Se atreve á criticar el pensamiento  
 Del que todas las cosas ha trazado?  
 Fuera el hombre inmortal, y con violento  
 Enojo, de su vida exasperado,  
 Cansado de sufrir, renegaría  
 De sí mismo y de Dios con saña impía.»

Naciera como yo, jóven, vehemente,  
 Sin sentir de la infancia los albores,  
 Para hallarse de pronto frente á frente  
 De desengaños negros y traidores.  
 Naciera amando con amor potente  
 Sin ser correspondido en sus amores  
 Y entonces, maldiciendo la existencia,  
 No creería en la sábia Providencia.

Supiera que en un año, y en un día,  
 En una hora, en un momento dado,  
 La antorcha de su vida se estinguía,  
 Y viviera tal vez acobardado.  
 Supiera que al morir, con él moría  
 El alma, y al mirarse desgraciado,  
 Sin premio, sin estímulos en sus duelos,  
 Con razon blasfemára de los cielos.»

Puso Adam ambos codos en la mesa;  
 Sobre sus manos inclinó la frente  
 Y pensando despues en la condesa  
 Lanzó un suspiro de su pecho ardiente.  
 Y aquella imágen que llevaba impresa  
 Dentro del corazón y de la mente,  
 Creyó ver inundada de alegría  
 Que, al mirarle, feliz le sonreía.

Y las frases sonaron en su oído  
 Que en el templo su Julia pronunció:  
 —¡Adam! ¡Adam! mi amor te ha redimido;  
 Dios el plazo de un mes te concedió.  
 El pasado y presente has traslucido

Del hombre; solamente te faltó  
 Su futuro estudiar con noble anhelo,  
 Para hallar al morir gran consuelo.»

—¡Ah! sí; tienes razon, Julia querida,  
 Dijo Adam; y su frente alzó serena;—  
 Hay algo misterioso en nuestra vida  
 Que al conjunto vivir nos encadena.  
 Atracción singular, desconocida,  
 Que de placer ó de dolor nos llena  
 Al ver la humanidad marchar triunfante  
 Ó al mirarla humillada y zozobranete.

Mas ¿cómo averiguar lo que escondido  
 Está en el porvenir, cuando el presente  
 Fué para mí tal vez desconocido,  
 Y aun el pasado evoco inútilmente?  
 Yo el mundo con afán he recorrido,  
 Y turbio el corazón, turbia la mente,  
 Turbios los ojos tengo todavía,  
 Lo mismo que hace tiempo los tenía.

¿Es el sino de todas las criaturas  
 Sufrir un mal constante y sempiterno,  
 Ó fué causa de tantas desventuras  
 Aspirar con ardor á ser eterno?  
 ¿Ofrece Dios un cáliz de amarguras  
 Ó contra mí se desató el infierno?  
 ¿Sufren todos cual yo, ó es que, iracundo  
 Emponzoñó mi vida EL DIABLO MUNDO?

¿Son tan malos los hombres que merecen  
 Como justa expiación de sus delitos,  
 Las penas y congojas que padecen  
 Entre errores y males infinitos?—  
 ¿Esos pueblos, que nacen y perecen,  
 Están, acaso, por su Dios malditos?  
 ¿Resolverá la humanidad un día  
 El gran problema que aclarar ansia?

La cadena de rotos eslabones  
 Que la historia en sus páginas ostenta,  
 Ya ilustradas mostrando unas regiones,  
 Mientras que en otras la barbarie aumenta;  
 Ya destruyendo pueblos y naciones  
 Dó improductivo el suelo se presenta,  
 ¿No encontrará su enlace y compostura  
 Del orbe uniformando la hermosura?

Razas abyectas vagan temerosas  
 Ó terribles, allí dó un tiempo hubiera  
 Magníficas ciudades populosas.—  
 Aquí, en cambio, levántase allanera  
 La sociedad mostrando sus vistosas  
 Galas; allá la libertad impera,  
 Y en otras partes como bestia inmundada  
 Sufre el esclavo bárbara coyunda.

¿Es que ese Ser Supremo, cuyo nombre  
 La humanidad invoca, se ha gozado  
 En ver luchar y padecer al hombre  
 Que con sus propias manos ha formado?  
 ¿Quiere que un mundo ensangrentado alfombrado  
 El trono en que se ostenta despiadado?  
 ¡Oh! ¡imposible! si es grande y poderoso,  
 Magnánimo ha de ser y generoso.

Mas ¿cómo el hombre, que á su bien aspira,  
 Perfecto podrá ser? ¿de qué manera  
 Logrará el bienestar porque suspira?—  
 Si su bien siempre ha sido una quimera,  
 ¿Dó tienen la verdad y la mentira  
 Sus límites exactos? ¡Ay! pluguiera  
 Al cielo, desterrar la duda mia  
 Y á Dios el alma con placer daría.»

—¿Quieres saberlo? atiende!  
Gritó una voz del cielo  
Que resonó en su oído,  
Y estremeció su pecho.  
Atiende! Atiende! Atiende!  
Tres veces dijo el eco,  
Al par que en un vecino  
Reloj, con golpe lento,  
Las mismas campanadas,  
Sonoras, graves, dieron.

Adam, ansioso, entonces,  
Con brusco movimiento,  
Pretende levantarse;  
Mas ¡ay! sobre su asiento  
Al punto, un grito dando  
Que infunde al alma miedo,  
Sobre el sillón, inerte,  
Tornó á caer de nuevo.  
Y vé que ya perdido  
El juvenil esfuerzo,  
La voluntad encuentra  
Indóctiles los miembros,  
Como la mente torpes  
Los grandes pensamientos,  
Como las venas tardo  
Y perezoso el fuego  
De aquella sangre ardiente  
Que ya se trueca en hielo.

Atónito, aturdido,  
Alzó los brazos trémulos,  
Y el rostro entre sus manos  
Cubrió breves momentos.  
Y vió que su poblada  
Barba, que sus cabellos  
Rizados, y lucientes  
Como azabaches negros,  
Los unos se mostraban  
En blanca nieve envueltos,  
Los otros, no existían;  
¿Adonde, adonde fueron?

Después de la sorpresa  
De aquel primer momento  
En que, asombrada el alma,  
Miró agostarse el cuerpo,  
Volvió á mostrar su rostro  
Adam trocado en viejo.  
Mas ya su rostro estaba  
Casi jovial, sereno,  
Al ver que no le abruma  
El insufrible peso  
Con que llegó á oprimirle  
El don de ser eterno.

—La muerte se aproxima,  
Dijo; sus pasos siento.  
Al cabo mi esperanza  
Cumplida, ver espero.  
La ancianidad mitiga  
Los juveniles fuegos;  
Pero borrar apenas  
Consigue los recuerdos.  
Las fuerzas materiales  
Se van desvaneciendo;  
Mas el audaz espíritu  
Alzando sigue el vuelo.  
Yo siento que me asallan  
Los mismos pensamientos;  
Las mismas inquietudes;  
Idénticos deseos.  
Venid, cercadme ¡oh nobles,  
Y poderosos génius  
Que á la verdad augusta  
Podeis alzar mil templos!

Venid, venid, mostradme  
Si Dios al hombre ha hecho  
Á semejanza suya  
Para humillarle luego,  
Ó si piadoso y grande  
Le inclina á ser perfecto.  
Decidme si es el mundo  
Lugar de desconsuelo  
Donde la vil materia  
Nos lleva al desconcierto;  
Ó si el placer, la gloria,  
La dicha y el contento  
Existen, cual los pinta  
Nuestro tenaz deseo.  
¿Podrán las sociedades  
Al cabo de los tiempos  
Pisar resueltamente  
Las sendas del progreso?

~~~~~

Sí, respondió la voz que de lo alto
Descender parecía; el hombre puede
Aspirar á ese bien que tanto anhela
Y del que, ciego, separarse suele.

«Existe un porvenir grande, sublime,
Digno del hombre que de Dios procede;
Mas no del Dios que pintan insensatos
El fanatismo, y la impiedad rebelde.»

«No de un Dios que se goza en los tormentos;
Que á los hombres oprime y enmudece;
Mas tampoco el que ha dado á la materia
Luz, pensamientos, como algunos quieren.»

«Si el hombre careciera de albedrío;
Si libre voluntad no poseyese,
Como estúpido autómeta, sería
De una fuerza mayor esclavo siempre.»

«Tiene, pues, noble origen; tiene un alma;
Y aunque grandes pasiones alimente,
La razón le demuestra de qué modo
Puede al mal con vigor sobreponerse.»

«¿Cuál es el mal? ¿en dónde el bien se oculta?
¿Por qué caminos dirigirse puede
La humanidad á realizar sus altos
Destinos? ¿Dónde dirigirse debe?»

«¿Logrará entre sangrientas convulsiones
Romper con su pasado para siempre,
Ó deberá retroceder, buscando
Lo que á un triste pasado pertenece?»

«Revuelta humanida! deja un momento
Aspiraciones locas é imprudentes;
Avanza! avanza hácia el progreso; osténtate
Grande á la vez y poderosa y fuerte.»

«Mas no guardes audaz tu fortaleza
Para ultrajar al cielo y para hacerle
De tus nécias pasiones, de tus crímenes
Cómplice acaso y mísero juguete.»

«Dios es grande, piadoso, augusto, inmenso;
Él igualar al criminal no puede
Con el que siempre ha sido virtuoso.
Dejad que el virtuoso se alimente,»

«Con la grata esperanza de que un día
Vendrá en que un alto galardón encuentre.
No arranqueis de los pueblos esas nobles
Santas creencias que los hombres tienen.»

«Pero tampoco especuleis con ellas
Con avara intencion; tened presente
Que el Salvador del mundo, airado arroja
Del templo á los menguados mercaderes.»

«El hombre es bueno; el hombre cuando niño
Suele guardar tesoros casi siempre
De ternura y de amor; ¿quién ¡ay! agota
Luego en su pecho tan hermosas fuentes?»

«¿Qué aliento abrasador vá destruyendo
De las virtudes los preciosos gérmenes?
¿Tiene el hombre razon cuando supone
Que es con el hombre el cielo indiferente?»

«No; contempla esos cuadros admirables;
Esas augustas sacrosantas leyes
Que al través de los siglos que pasaron,
El Sinai y el Gólgota te ofrecen.»

«Ama á Dios y á tu prójimo; respeta
Y honra á tus padres pues amor les debes;
Nunca tus manos con brutal encono,
Maltratando á tu prójimo, ensangrientes.»

«No codicies sus bienes ni á la honra,
Cobarde y torpe, de su esposa atentes...»
Tal fué el código; el código que escrito
Fué con grandes y eternos caracteres.»



«Luego Jesus á redimir al hombre,
Y á darle libertad al mundo viene
Y escupido, insultado, escarnecido,
Sube al Calvario y en la cruz perece.»

«Quiso ser pobre y su pobreza infaman;
Quiso ser bueno y la maldad prefieren;
Quiso ser justo y su justicia insultan;
Dijo verdad y la verdad ofende.»

«Por eso aquella religion hermosa
Que paz, amor y caridad ardiente
Proclama; que al humilde, al afligido,
Al pobre, al bueno, ampara y fortalece,»

«Que en vínculos sagrados á los hombres
Trata de unir dichosos para siempre;
Niegan los unos; y otros con malvado
Intento, en arma de rencor convierten.»

«La semilla, no obstante fué sembrada;
Es fecunda; los hombres nunca pueden
En ángeles trocarse; pero al cabo
Se harán mejores porque serlo deben.»

«Brotará esa semilla; vendrá un día
En que el mundo los males considere
Que causan los extremos corruptores,
Y los extremos con vigor desdeñe.»

«La humanidad entonces convencida
De que Dios á los pueblos libres quiere;
Pero á la vez honrados, estudiosos,
Trabajadores, buenos y pacientes;»

«Se ilustrará, se mostrará gigante;
Grande en la paz porque la paz conviene;
No adaladora de fortunas ciegas,
No miserable esclava de los fuertes.»



«No intolerante, bárbara, opresora
De las conciencias; justa con los débiles;
Amante del saber y las virtudes;
De costumbres modestas é inocentes.»

«Ansiosa de un progreso que conduzca
Á un bienestar magnífico y perenne;
Amante de la paz, sin la que nunca
Las naciones podrán desenvolverse.»

«Todo á ese fin camina; en todas partes
La antorcha de las ciencias resplandece;
Las artes se levantan poderosas;
El vapor os arrastra y os impete.»

«Las distancias se abrevian; las naciones
Fraternizando van; miran los reyes
Altos ejemplos; y los pueblos, grandes
Nobles amigos, por su dicha tiénen.»

«Las masas de ilustrarse están ansiosas;
Tengan paz, santo amor, libres se ostenen;
Mas nunca las virtudes evangélicas
Con orgullo insensato menosprecien.»

«De este modo, es posible que algun día
Brille en el cielo el sol resplandeciente
De ese soberbio porvenir que tanto
Anhela el hombre y que alcanzar pretende.»

«Entonces, sin ejércitos, sin luchas,
Sin políticos bandos que entorpecen
La marcha de esos pueblos, las regiones
Incultas y salvajes se harán fértiles.»

«Á medida que el bárbaro no vea
Esclavitud, venganza, estrago y muerte;
Sino puras costumbres, verdadera
Ilustración y equitativas leyes.»

«Y habrá una sola religion bendita;
Una lengua, una patria, en donde alegres,
En fraternal abrazo confundidos
Los hombres digan: *Mi destino es este.*»

«Hemos sido en la tierra, humildes, probos;
»No hipócritas, ni impíos, ni rebeldes;
»Hemos amado la virtud; el cielo
»Sus altos premios reservarnos debe.»

Calló la voz aquella
Que Adam, atento
Escuchó, sumergido
En el silencio.
Voz que él ignora
Si del cielo descende
Ó si él la evoca.
Voz que acaso forjara
Su pensamiento;
Su acalorada mente
Durante un sueño.
Solo sabia
Que, ya viejo, al sepulcro
Se dirigia.

Tomó un papel y pluma,
Y allí escribiendo
Estuvo, segun cuentan,
Breves intervalos.—
Ratos fugaces
En que su rostro iba
Trasfigurándose.

Su frente se arrugaba;
Descoloridas
Sus mejillas y sienes,
Se deprimian.
En corto rato,
Para Adam trascurrieron
Algunos años.

—Adios, por siempre ¡oh vida!
Dice sin pena;
Mundo lleno de abrojos,
Con Dios te queda;
Yo, al separarme
De tí, miro que tienes
Bellas imágenes.

Tambien guardas virtudes,
Mundo, en tu seno;
Abnegacion sublime;
Puros afectos...
Solo te falta
Que los buenos unidos
Marchando vayan.

Son los mas... ellos pueden
Lograr, que al cabo,
Por egoísmo, se hagan
Buenos los malos;
Ellos un digno

Porvenir, darte pueden
Grande y magnífico.

III.

Un instante despues, Adam sentia
Que una fuerza potente le arrastraba,
Que con blando estupor adormecía
Sus miembros, y á la vez arrebatada
Su espíritu. Impaciente
Quiso mirar en torno, y vió inundarse
El espacio de luces, de armonía
Y de ricos perfumes olorosos
Mas que el incienso de la Arabia; bellos
Génios de amor por el inmenso espacio
Cruzaban; allí ardian
Con mágicos y espléndidos destellos
En cercos de rubies y topacios
Cien soles que en el aire aparecian.
Allí, ostentando sus vistosas galas,
La inmortalidad bate sus alas
Y el vuelo altivo presurosa tiende;
Surca el espacio y hasta Adam descende.
—¡Ven á mí! mi mansion no está en la tierra,
Dice con voz dulcísima y sonora
Que al alma llega; con su cetro de oro
La aparición divina,
Toca de Adam la frente, Adam la inclina
Contento con su suerte...
Y descansa en los brazos de la muerte.

Entonces... al romper el alma el vuelo
Dejando la materia inanimada,
Hallé, al alzarse al cielo,
Mas joven é inmortal que lo fué nunca,
El alma de su Julia idolatrada.
Y en tanto que, con ella
Y con Salada, en mundos penetrando,
De perfecta armonía,
Donde en noche jamás se trueca el dia,
Se iba siempre por ellos remontando,
Sin duda el trono de su Dios buscando,
Miró á la tierra, y vió con alegría
Que de su cuerpo inerte los despojos
Divinos génios con amor velaban,
Y que despues de sus inmóviles ojos
Para siempre los párpados cerraban.

IV.

Á la mañana siguiente
Advirtiéndolo Don Liborio
Que su huésped no bajaba,
Subió á su cuarto furioso.
Iba en pos del viejecillo
La que fué su purgatorio,
Es decir, su cara esposa
Que seguir quiso al esposo.
Con ellos tambien subia
Anton Percalina y Coco,
Perla de los dependientes
Por lo sutil y económico.

Y es fama que ante la puerta
De aquel cuarto misterioso,
Los viejos regalearon
Sus ideas con el mozo.

Quisieran los dos primeros
Buscar unos cuantos prójimos
Armados, porque pensaban
Que era el huésped un demonio.
Pero Anton que no creia
Tal cosa, ni por asomo,
Creyó que dar un escándalo
Era imprudente y anómalo.

—Ese señor que aquí habita,
Dijo, me parece un poco
Triste, pero tiene aire
De honrado; por él respondo,

—Pues vamos adentro, dicen
 Viejo y vieja, y con aplomo
 Anton Percalina, empieza
 Á llamar con buenos modos.
 Tira de la campanilla;
 Mas nadie responde; y todos
 Vuelven á llamar en vano.
 —Sin duda duerme.—Es notorio.
 —Veamos!...—Diantres! la puerta
 Entornada...?—Poco á poco...
 —Cuidado, Anton.—Catalina...
 —Vamos adentro, Liborio.

Entró la vieja en el cuarto;
 Lanzó un gemido del fondo
 Del pecho cóncavo, y luego
 Cayó en brazos de su esposo.

Y éste con los ojos fijos
 Estupefacto y absorto:
 —¡D. Pablo! grita con miedo,
 Y cierra al punto los ojos.
 «¡Es D. Pablo! el viejo mismo
 Que se trocó en aquel mozo...
 ¡Brujería! ¡Magia negra!
 ¡Vecinos! ¡á mí...! ¡socorro!»

—¡Descansa en paz! dijo entonces
 Un hombre de austero rostro,
 Casi anciano, que allí entraba
 Entre turbado y atónito.

Era Andrés; el pobre manco,
 Que enjugándose los ojos
 Luego se quitó el sombrero
 Con aire respetuoso.

—¡Ha muerto! dijo; su historia
 Misterios raros, recónditos,
 Encierra; en sueños un día
 Todo me lo dijo, todo!

Por eso, yo, que le debo
 El bienestar de que gozo;
 Que por él vertido hubiera
 Toda mi sangre gustoso,

Hace un mes que voy siguiéndole
 Con el mas firme propósito,
 Seguro de ver un día
 Algo que infundiese asombro.

Durante ese mes, le he visto
 Siempre bueno, afable, pródigo,
 Dar limosnas y consuelos
 Al pobre menesteroso.

¡Descanse en paz! era un hombre
 Que valia como pocos;
 Pero fué muy desgraciado.
 No conoció el lazo hermoso

De la familia, que amengua
 De la vida los enojos;
 Que endulza nuestros pesares;
 Que llena el hogar de gozo.

Dijo; tomó de la mesa
 Un papel y poco á poco
 Fué lo que sigue leyendo
 Entre cortados sollozos:

«Sediento de goces, de grandes placeres,
 De dicha suprema, de vida inmortal,
 Aquí cierta noche un misero viejo
 En jóven trocado se vió por su mal.»

«Lanzóse aquel jóven, que Adam fué llamado,
 Al mundo... ¡Cuán bello, cuán grande le halló!
 Mas ¡ay! traseurieron los años y el jóven
 Aquí dolorido y ansioso volvió.»

«Su pena era tanta, tan grande su duelo;
 Tan negro, tan triste juzgó el porvenir,
 Que solo la muerte, la muerte ahelada,
 Mostrarle podia el puerto feliz.»

«Yo soy aquel hombre: el cielo apiadado
 De nuevo al sepulero conduce mi pié.
 El jóven en viejo se vá convirtiendo...
 ¡Feliz yo que anciano me encuentro otra vez!»

«Eterna la torpe materia, seria
 Del alma tormento; al alma dejad
 Que busque otros mundos mas bellos, mas anchos,
 Dejadla que en ellos se ostente inmortal.»

«La cruz de brillantes, que llevo conmigo,
 La dejo á la Madre bendita de Dios,
 Que existe en la iglesia de aquel monasterio
 Do Julia, condesa de Alcira, murió.»

«Suplico á las gentes que aquí me encontraren
 Que tumba cristiana piadosas me den,
 Grabando en la losa que cubra mis restos:
 Aquí Adam reposa; rogad por su bien.»

V.

Dejó Andrés de leer; todos doblaron
 La frente con unción,
 Y en silencio á los cielos elevaron
 Una humilde oración.

Que ante la muerte el corazón del hombre
 Redobra su latir,
 Y asomar á los labios suele el nombre
 De aquel que dá el vivir.

Por eso D. Liborio conmovido,
 Mudando de opinion:
 —No hay duda, dice, me hallo convencido;
 Mujer, tienes razon.

—¿De qué, Liborio?—De que siente en ello
 El alma un gran placer:
 De que es, al fin, consolador y bello
 «Esperar y creer.»



NOTAS ADICIONALES.

1.^a—(Página 5.)

Mi primer intento al anunciar estas notas finales, fué el de estenderme en algunas consideraciones literarias, relativas al DIABLO MUNDO y á los demás poemas que hasta hoy se han escrito en lengua castellana; pero me falta espacio, humor y tiempo para dedicarme á este trabajo, que acaso daré á luz mas adelante.

Diré solo en este lugar, que cuando el señor D. José de Espronceda comenzó á construir con su gran talento el maravilloso palacio que dejó sin acabar, era yo muy niño y me hallaba á cien leguas de Madrid. No tuve, pues, el gusto de tratar ni de conocer al inspirado escritor. Tal vez su familia, tal vez sus amigos íntimos oirian de sus labios revelaciones importantes acerca del desarrollo, peripecias y fines del poema; tal vez tengan razon los que dicen que el argumento no estaba enteramente preconcebido. Sea como fuere, D. José de Espronceda debia bastarse á sí mismo para dar digna y magnífica terminacion á un trabajo que, á decir verdad, habia comenzado con escesiva grandeza para que no le ocasionase muchos desvelos, si habia de conducirle al último término por medio de sostenidas é interesantes gradaciones. El plano de semejante obra, era verdaderamente colosal; los cimientes de oro y diamantes; ¿de qué materia preciosa podia valerse el artífice al tratar de darle remate y digno coronamiento? La empresa era árdua y comprometida, aun tratándose de arquitectos del saber y de la inspiracion de Espronceda.

Por esta razon traté de hacer al principio repetidas salvedades, advirtiendo que no me presentaba con el carácter de *continuator*. A riesgo de que se dijese de la mía lo que se dice de las demás, he llamado á mi obra *segunda parte*, que puede servir de continuacion al poema. He dejado intacto el palacio, sin construir nada sobre él; he buscado sombra á sus espaldas y levantado á cierta distancia mi edifi-

cio con materiales míos. Así y todo, mi trabajo es digno de algun aprecio, no por su mérito, sino por el buen deseo; por las dificultades inmensas que presentaba; por la constancia que ha requerido, y hasta por la precipitacion con que últimamente he tenido que llevarle á cabo, compartiendo mis horas del dia y de la noche con otras ocupaciones que nada tienen de poéticas, pero que constituyen mi principal y mas inmediata obligacion. Tal vez lo ha comprendido así el público, dispensándome la mas favorable acogida, con la cual juzgo suficientemente recompensados mis desvelos, y desvanecidos en parte mis temores.

2.^a—(Página 9.)

Tambien habia pensado dar á conocer por medio de un breve extracto el argumento contenido en los seis cantos del poema del señor de Espronceda; pero desisto de ello, no solo por las razones antedichas, sino porque he considerado que son pocas las personas que desconocen aquel interesante libro, del cual se han hecho repetidas ediciones.

3.^a—(Página 54.)

El canto IX de la primera parte de mi libro que he dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, lo he tomado á la ventura, sin pretender hallar una cosa bastante digna del sábio escritor, del profundo político, del hombre de Estado eminente á quien se dirigia, porque en tal caso, jamás hubiera encontrado entre mis escritos nada que me pareciese apropiado, nada que pudiera llenar la medida de mis deseos. Tenia, pues, que renunciar á esa pretension; pero no me era posible dejar de pagar un tributo de gratitud á quien por tantas veces me ha dispensado su proteccion, que casi puedo decir que todo se lo debo; y en esta alternativa opté, como dejo indicado, por honrar una página cualquiera de mi obra con el

nombre de mi ilustre amigo y compañero de la infancia.

Hoy no pretendo hallarle dentro de las academias y liceos, en el momento de recibir grandes y merecidas ovaciones; no le busco en la tribuna pública del legislador, arrancando aplausos y plácemes con su elocuencia; ni tampoco dentro de las esferas del poder que ha ocupado en diversas ocasiones. Mejor quiero encontrarle en el seno de la vida privada, donde como modelo de hijos cariñosos, de buenos hermanos, de esposos dignos y de amigos consecuentes, el Sr. de Cánovas ha rayado siempre en virtudes, á tanta altura como pudo rayar en la vida pública, ya como gran literato, ya como consumado político.

En ese terreno; evocando recuerdos de lejanos accidentes, que no por ser frívolos ó ligeros dejan de ser gratos cuando el hombre avanza por el camino de la vida, y puesta la mano sobre el corazón, lleno de gratitud y de profundo afecto, ruego al Sr. de Cánovas que acepte benévola esta sincera manifestación de mis sentimientos.

Los que conocen al distinguido personaje á quien me dirijo, aunque sean sus adversarios políticos, saben que cuanto pueda decirse en su elogio es pálido y falto de expresión. Los que me conocen saben que nunca he medrado adulando. ¡Ojalá que mi carácter, unas veces taciturno, otras retraído y poco cortesano, exasperado casi siempre por repetidas contradicciones, no me hubiese alejado tanto, á pesar de los constantes impulsos de mi alma, de las personas á quienes debo gratitud, aprecio y altísimas consideraciones!

(4.^a—Página 171.)

El malestar producido por la demasiada tirantez política y por el lujo de arbitrariedad desplegado en los últimos tiempos, trajo aceleradamente la última revolución española, en la cual, sin embargo, este pueblo magnánimo y generoso, no ha querido llegar á los horrores de la revolución francesa; pero hay otro malestar que ha hecho que el socialismo se haya infiltrado en muchas provincias; queriendo aparecer adoptando la peor de sus manifestaciones. En vista de este último síntoma alarmante, quieren algunos que se mate al socialismo á fuerza de desdenes. Otros se asustan, y tan pronto como oyen hablar de pobres y ricos, de caridad, de establecimientos piadosos, de alguna protección al trabajo, etc., esclaman con escándalo: ¡socialismo! ¡socialismo! No hace muchos días que un periódico español, modelo por otra parte de sensatez y de cordura, ridiculizaba á Napoleón III porque había dado durante el tiempo que lleva al frente del vecino imperio, un poco de socialismo; es decir, porque ha-

bia proporcionado trabajo y pan á las clases proletarias y menesterosas. Yo no soy político, é ignoro por lo tanto si habré sido mal hecho hermoear á Francia y dar de comer á los jornaleros para tenerlos contentos y pacíficos; pero creo que si todos los monarcas del mundo, todos los grandes y todos los ricos de la tierra, tratarán un poco seriamente de imitar á Napoleón III en ese pensamiento; que si los caudales no se mantuviesen improductivos é indiferentes; que si se diese estímulo á la industria, á las artes y á las ciencias, no solo por los gobiernos, sino también por los particulares; que si los poderosos fueran mas caritativos, menos avaros de goces materiales, y la justicia mas inexorable con los pobres holgazanes, la cuestión social mejoraría. Pero el espíritu de partido lo mata todo y todo lo ridiculiza. Hasta la idea cristiana de hacer bien por los desvalidos, proporcionándoles medios de matar su hambre y de cubrir su desnudez.

5.^a—(Página 228.)

La existencia de las tribus y razas á que me refero, prueba que la decadencia y embrutecimiento de las sociedades han nacido casi siempre de la perversion del pensamiento humano, motivada por el fanatismo y por la influencia de religiones absurdas, tanto mas absurdas cuanto mas se aparten de la ley natural y de la moralidad y la justicia, eternas ó inmutables. Algunos filósofos y políticos modernos, proclaman la negación de todos los principios religiosos y desean formar una sociedad atea, la cual creo que no puede existir ni ha existido en pueblo alguno de la tierra, porque el hombre, á poco que medite, vé algo mas superior y mas grande que el hombre mismo. Ganosos algunos de los que antes he citado, de destruir toda creencia religiosa, comienzan por atacar al catolicismo y al cristianismo, llamando la atención sobre el número de sus prosélitos, que sin duda es muy inferior al conjunto de los comprendidos en las demás religiones y sectas conocidas.

Entre esas sectas y religiones figuran por la gran suma de adeptos, el *brahmismo* y el *budhismo*; pero la cantidad ¿significa la perfección? Esas religiones extendidas por toda la India, China, Japon, Tibet, el Asia central y otros puntos ¿no han podido y debido contribuir á matar en aquellas partes del globo, ó á paralizar cuando menos, la marcha del progreso y de la civilización? La vida y la inteligencia del hombre son pocas y muy fugaces para imponerse en los misterios de semejantes religiones. Las escrituras sagradas de Budha forman cien gruesos volúmenes, y los sectarios de esta creencia cuentan que ese tesoro inacabable de

libros, revelados ó nó, asciende á ochenta y cuatro mil tomos.

Pero lo que mas ha debido destruir la marcha de los humanos adelantos en aquellos países, ha sido indudablemente la infinita variedad de castas y de razas establecidas por las religiones que allí se observan. Así como el cristianismo procuró la unidad de la especie, declarando iguales y hermanos á todos los hombres, el budhismo y el brahmismo han procurado separarlos hasta lo infinito; y no contentándose con hacerlo así, los han degradado y envilecido de tal modo que han llegado á formar las castas de los párias y los pulias. Para dar una idea de ese envilecimiento moral y material, creo que mis lectores, algunos cuando menos, no tomarán á mal que concluya esta nota (tal vez no del todo inoportuna) reproduciendo los dos párrafos siguientes:

«A estos infelices (á los párias), se les considera menos que á los brutos; nadie se atreve á hablar con ellos á no ser sus compañeros de desventura. Si algun indio describe desde lejos á un pária, huye de su vista lleno de horror; cualquier objeto que toque se considera como profanado eternamente; y la abominación de esta casta llega hasta el punto de que se cree que la sombra de un pária contamina el agua ó la leche.»—«Estos infelices tienen fuentes suyas propias y cercadas de huesos de animales, en donde se les permite únicamente beber. Si están sacados por el hambre, lo manifiestan con voces lastimeras ó prolongados quejidos; entonces alguno de los indios mas caritativos los arroja unos cuantos puñados de arroz desde muy lejos, y el pária no puede recogerlos sino después que haya desaparecido aquel bienhechor. Si un pária se acerca á un guerrero, éste puede matarle impunemente.»—«Los que pertenecen á esta casta tan desventurada, que los indios reputan maldicida de Dios, son tal vez los restos de una antigua tribu, sometida por la violencia y la barbarie.» (COSTANZO.—*Historia universal*.)

«La tribu de los pulias, que habita en la costa del Malabar, es mas miserable aun y de peor condicion. Los desgraciados que la componen se encuentran en un estado de abyeccion tan estrepitosa, que llega hasta el punto de ser considerados como inferiores á los mas viles y asquerosos animales. Estos infelices, llamados *niadis* en algunas localidades, ni tienen siquiera la facultad de construirse una triste cabaña para guardarse al menos de las injurias del tiempo y de las invasiones de las fieras, que tanto abundan en aquellos contornos; la mayor parte de ellos duermen sobre los árboles, con cuyas ramas forman una especie de nido como los pájaros. Los *niadis* (clase privilegiada) tienen sobre los pulias el derecho de vida y muerte. Cuando á uno de aquellos se le pone en la cabeza probar su fusil, con la mayor saña fría, apunta al primer pulia que encuentra, y le mata ó estropea impunemente, como pudiera hacerlo con un animal cualquiera. Cuando este mismo pulia pasa por alguna cartereta pública, está obligado á gritar incesantemente, con el fin de notificar su presencia á los individuos de las demás castas, y desde el momento que divisa alguno de ellos, huye rápidamente para ocultarse á su vista.»—«Ninguna persona se atreve á tocar el cadáver de un pulia, que termina su existencia lejos de los de su casta; á las aves de rapina sirven sus restos de alimento.» (GLEVEL.—*Historia de las religiones*, traducida del francés por el doctor D. Nicolás Vicente Magan.)

6.^a—(Página 228.)

Nada mas diré por no ofender el pudor de mis lectores, de las abominables y repugnantes costumbres que observa religiosamente la casta denominada *mambury*; pero habiendo hecho alguna indicacion respecto de los tremendos funerales de los hindos, creo que alguna de las personas que tengan mi libro no tomarán á mal el que reproduzca los curiosos párrafos siguientes, tomándolos de la obra sobre las religiones que cité en la nota anterior. Dicen así:

«Se llama *sati*, á el acto que realiza una mujer cuando se arroja á la hoguera que consume los mortales restos de su

marido. En este terrible sacrificio se emplea y tiene lugar toda la pompa y fastuosa apariencia que despliegan los indios en sus ceremonias religiosas. Segun las diversas comarcas, varia ese sacrificio en sus formas; pero vamos á describir el modo con que mas comunmente se realiza entre las dos castas superiores. Adornada la viuda con sus mejores galas y joyas, cual en el día de sus bodas, es espuesta ante la puerta de la casa mortuoria, bajo una especie de pabellon cubierto con ricas telas y variedad de flores. Desde el punto en que aquella ha resuelto sacrificarse, en está vedado todo alimento; siéndola tan solo permitido masticar hojas de betel y debe además pronunciar continuamente el nombre del dios de aquella secta, á la que pertenece. Durante este tiempo, los instrumentos de música no cesan de comunicar al aire sus armoniosos acentos. Cuando es llegada la hora, echa á andar la viuda acompañada de sus parientes, amigos y muchos brahmanes, que situados constantemente cerca de su persona, la prometen en recompensa del acto de piedad que se prepara; para su marido, la remision de cuantos pecados y crímenes ha podido aquel cometer, y para ella una felicidad sin fin. Por medio de sus discursos, cantos y exhortaciones, se esfuerzan aquellos sacerdotes en sostener á la víctima en su primera resolucion, transformando además su mente por medio de licores espirituosos, mezclados con opio, que en cortas porciones la hacen beber durante la travesía. Una vez que la viuda ha llegado al sitio en que debe ofrecerse en holocausto á los manes de su marido, se despierte del modo mas afectuoso de sus parientes y amigos; reparte entre ellos sus mejores galas y adornos, y los abraza por última vez. En seguida, despues de haber dado por tres veces la vuelta alrededor de la hoguera fatal, se detiene sobre una pequeña eminencia que la domina, y desde allí se precipita en las llamas, cuya voracidad aumentan los concurrentes arrojando á la misma hoguera aceite, mancha y otras materias igualmente combustibles. Los músicos al mismo tiempo hacen resonar cada vez mas sus instrumentos, con el objeto sin duda, de que el pueblo no llegue á percibir los gritos y exclamaciones de la víctima. Despues que el fuego la ha devorado, se recogen cuidadosamente todos los huesos, y cenizas para arrojarlas en uno de los rios sagrados; y sobre el lugar mismo donde se ha consumado el sacrificio, se erige una capilla ó cualquier otro monumento para perpetuar su memoria.

Entre las castas que no acostumbran quemar á sus muertos, las viudas se hacen enterrar vivas junto con el cadáver de sus esposos. Cuando una de estas desgraciadas ha llegado al sitio de la sepultura, se la coloca en su fondo y allí mismo se sienta teniendo entre sus brazos los restos de su marido. En seguida se cubre el hoyo con tierra, de tal modo que quede solo descubierta la cabeza de la víctima, á la que se hace tomar un brevaje que algunos escritores aseguran ser un veneno; ó bien para abreviar su suplicio. La ahogaron cuanto antes por medio de un lazo corredizo. El pueblo no es admitido á presenciar tan horroroso espectáculo; pues se tiene buen cuidado de ocultarle á su vista por medio de una especie de valla que rodea toda la uesta.

En Bengala, despues de haberse bañado la viuda en el Ganges, junto con el cuerpo de su marido, se la coloca en una especie de catafalco situado sobre la misma hoguera, poniendo sobre ella el cadáver atravesado como figurando una cruz. En esta situacion todos los circunstantes entregan cartas, telas, alhajas y demás objetos, que por conducto suyo, piensan hacer llegar al otro mundo; de todo lo cual hace aquella un paquete que guarda en su mismo seno, y en aquel momento se prende fuego á la pira. En Bismagar, las mujeres no se queman, sino p sados muchos meses despues del funeral de sus maridos. Llegado el día fatal, asiste la viuda á un espléndido banquete cuyos honores hace, disponiendo en seguida por sí misma todo lo necesario para su próxima muerte. En Guzarate y algunas otras provincias, la hoguera se compone de una especie de choza construida con paja y mimbres bañadas de aceite y manteca. La viuda se coloca en su centro atada á un palo para que no pueda escaparse, y sosteniendo sobre sus rodillas el cuerpo de su marido. Terminados estos preparativos, se prende fuego á la cabaña, y en cortos momentos queda todo consumido.»

«En 1710, todas las mujeres del rajá de Marava se sacrificaron sobre su hoguera con un valor extraordinario; todas ellas se lanzaron de una vez á las llamas, exclamando: «Siva! Siva!» Los sacerdotes las colocaron en el rango de las divinidades, y desde entonces acá se las tributa un culto en el templo que se edificó en el lugar mismo de la horrorosa catástrofe. En las costas de Coromandel se ha visto algunas veces á las esclavas seguir á sus señores hasta la fatal hoguera, y perecer juntamente con ellos.»

«A pesar de lo dicho, no todas las viudas hindas muestran la misma intrepidez. Hay algunas á quienes la vista sola de la hoguera estremece, y que hacen lo posible por sustraerse al suplicio á que las condena una costumbre sacrilega. A las orillas del Ganges se celebraba no hace muchos años el *sati* ó sacrificio de la viuda de un brah-

man. La víctima cuyo exterior continente aparentaba una perfecta calma, respondió con sangre fría a los oficiales ingleses que la preguntaban, por qué causa se entregaba voluntariamente a la muerte. Después de los adioses y ceremonias de costumbre, casi empujada por los brahmanes se arrojó a la hoguera, y notando aquellos un movimiento de la víctima para salir del fuego, la cubrieron con toda la leña de que se componía la pira. Eso no obstante, la desgraciada redoblando sus esfuerzos pudo lograr el desahirse y saltar fuera de las llamas. Los brahmanes corrieron en su seguimiento y la volvieron a arrojar a la hoguera; á pesar de la oposición y resistencia de los soldados ingleses que se halaban mezclados entre los espectadores. Aun ensayó la infeliz nuevos medios de resistir á la multitud, y por todas partes la desgraciada viuda no escuchaba sino las mayores injurias. Los soldados ingleses quisieron intervenir de nuevo, pero fué en vano.»

esto tienen tanto interés, cuanto que la viuda en ese caso se adorna con todo lo mejor que posee.»

Terminaré diciendo que nunca la religion de Jesucristo ha autorizado errores y horrores de esa naturaleza. Ella que ha rechazado las escandalosas oscenidades y el brutal sensualismo preconizado por las demás: ella que aconseja la práctica de las virtudes austeras, que manda perdonar las injurias, amar al hombre, instruirle y consolarle; ella que ha tratado de elevar á la mujer y de hacerla pura, noble y buena, es la única en mi concepto, que puede llevar á cabo la gran redencion de la humanidad, conduciéndola por los verdaderos caminos de la civilizacion y del progreso. Los que quieren desprestigiarla, de cualquier manera, ya sea por mal entendido esceso de fervor, por carencia de sentimiento religioso, ó por querer acariciar delirios insostenibles, de cualquier género, (pues en todo cabe la exageracion, que es la que todo lo mata y lo destruye); esos cometen sin duda, yo así lo creo, una falta que lleva consigo resultados fatales de grandes consecuencias para los anhelados adelantos de las sociedades humanas.

Madrid, junio de 1869.

«Otra viuda, jóven de catorce años, habia logrado igualmente sustraerse al fatal suplicio, refugiándose en un arroyo vecino. Uno de sus parientes presentándole una hermosa tela, la decia: «Ven no temas, yo te envolveré en esta tela y te llevaré á tu casa.—A la hoguera es á donde quieres llevarme; contestó aquella implorando su piedad. Perdon! Perdon! déjame vivir ó iré á juntarme con los patrias!—Te juro por las aguas del Ganges, repuso el pariente, que es á tu casa y no á otra parte donde voy á conducirte.» Confiada en este juramento, el mas sagrado entre los hindos, la inocente jóven se dejó envolver en la tela; pero se realizó lo que ella mas temía; su perseguidor fanático la entregó á las llamas, siendo inútiles cuantos desesperados esfuerzos hizo la víctima para evitar de nuevo la muerte.

El encarnizamiento y teson que muestran los brahmanes para llevar á cabo estos horribles sacrificios, se explica por la sencilla razon, de que la mas grande y la mejor parte de los objetos preciosos y alhajas de que está revestida la víctima, quedan para ellos si aquella muere, y en



ERRATAS.

No en todas, pero sí en muchos ajemplares de la presente edicion, se han deslizado las siguientes:

Pág.	Columna.	Línea.	Dice.	Léase.
38	2. ^a	58	diálogo	monólogo
77	1. ^a	22	pelafustran	pelafustan.
126	2. ^a	30	irreprochable	reprochable
136	2. ^a	40	felicidad	fidelidad
140	1. ^a	18 19 20	Y entre tanto que Adam hondo vuelve Por la condesa que á encontrar no ha vuelto. Lanza, sus oos al pasado vuelve	Y entre tanto que Adam hondo suspiro Por la condesa que á encontrar no ha vneito, Lanza, sus ojos al pasado torna
163	2. ^a	35	repela	repele
Id.	2. ^a	53	escena	escenas
167	1. ^a	6	Se inspiraran los magníficos—	Se inspirarán magníficos
168	2. ^a	27	varones	barones
224	2. ^a	8	prestan	presta
234	2. ^a	última	futuras	presentes

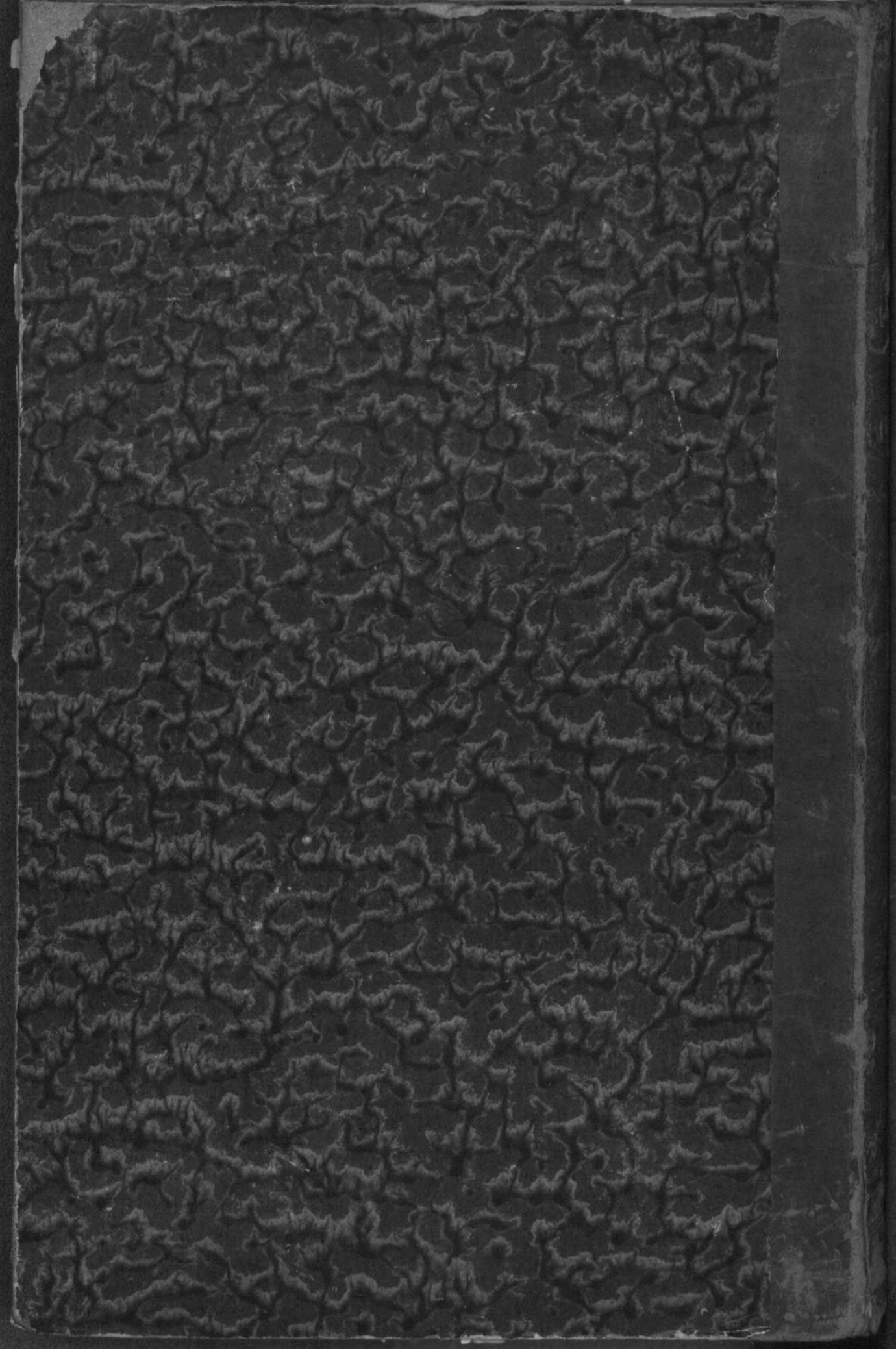
Biblioteca Pública de Valladolid



72020793 BPA 1967







EL DIABLO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

MUNDO

BPA
1967